



TRILOGÍA NEGRA
DE ESTOCOLMO I

DINERO FÁCIL
JENS LAPIDUS



Los bajos fondos de Estocolmo son un sumidero al que han ido a parar todos los desechos de la sociedad sueca: drogadictos, camellos, putas, mafiosos, ladrones, bandas... Todos quieren defender su territorio y lucrarse a cualquier precio. Campan a sus anchas por las páginas de esta incisiva novela y la policía sólo aparece en las actas judiciales. Una novela policial sin policías donde el objetivo es obtener *dinero* de la forma más *fácil* posible.

Jorge, JW y Mrado forman parte de la fisonomía de estos bajos fondos. Jorge está entre rejas, aunque en poco tiempo se fuga para cargarse al chivato que lo enchironó. Mrado se ve incapaz de compatibilizar su papel de matón yugoslavo con el de padre que lucha por la custodia de su hijita. Y JW conduce un taxi mientras se viste con ropa de Marc Jacobs de segunda mano e intenta aparentar ser de una clase social a la que no pertenece. La enigmática desaparición de Camilla, la hermana mayor de JW, será el nexo de unión de sus tres vidas y el desencadenante de un deseo de venganza con un denominador común: el gran capo Radovan.

Jens Lapidus, con la precisión de un neurocirujano, hace una incisión en la sociedad sueca y nos la muestra cruda, indiferente y escindida.



Jens Lapidus

Dinero fácil

Trilogía negra de Estocolmo - 1

ePub r1.4

Rob_Cole 19.12.2016

Título original: *Snabba Cash*

Jens Lapidus, 2006

Traducción: María Sierra Gutiérrez

Editor digital: Rob_Cole

Primer editor: Mezki (r1.0 a 1.3)

Corrección de erratas: Angelina y Irodri

ePub base r1.2



Le miré y asentí. «Un día duro», dije.

Él se encogió de hombros. «Yo también»,
dijo y se incorporó a la autopista.

DENNIS LEHANE

Funcionó. Sucedió. Se aglutinó.

Lo consiguió, había fabricado caballo.

JAMES ELLROY

PRÓLOGO

Se la llevaron con vida porque se negaba a morir. Quizá por eso la quisieron aún más. Porque estuvo ahí todo el tiempo, porque se notaba que era auténtica.

Pero también fue lo que ellos no entendieron, lo que se convertiría en su error. Que ella estaba viva, que pensaba, que estaba presente. Que planeaba derrotarlos.

Se le cayó un auricular de la oreja. Se le resbaló por el sudor. Se lo volvió a poner torcido, pensó que así se quedaría encajado, en su sitio, y podría seguir poniendo música.

El mini-iPod se bamboleaba en el bolsillo. Esperaba que estuviera seguro. No podía caérsele, era su pertenencia favorita y no quería ni pensar en los arañazos que le haría la gravilla del camino.

Lo tocó con la mano. No había peligro, los bolsillos eran lo suficientemente profundos, el iPod estaba en una posición segura.

Se había podido permitir regalarse el reproductor por su cumpleaños y le metió todos los mp3 que le cupieron. El diseño minimalista en verde metalizado mate la había decidido a comprarlo. Pero ahora tenía otro significado para ella, más grande. Le daba paz. Cada vez que cogía el iPod le recordaba estos momentos de soledad, las ocasiones en las que el mundo se quedaba al margen, cuando podía estar consigo misma.

Estaba sonando Madonna. Era su manera de olvidar, correr con música y sentir cómo la tensión aflojaba. Por supuesto, que al mismo tiempo además quemara grasa lo convertía en la combinación perfecta.

Flotaba con el ritmo. Corría casi al ritmo de la música. Levantó el brazo izquierdo un poco más y comprobó sus tiempos en el reloj. Cada vez que corría hacía nuevos intentos por batir su propio récord. Con la tenacidad de los que compiten, tomaba los tiempos, los memorizaba y luego escribía los resultados. El recorrido en total era de siete kilómetros. Su mejor tiempo estaba en treinta y tres minutos. En los meses fríos del año sólo entrenaba en interiores, en el gimnasio de SATS. Máquinas de musculación, cinta de correr y máquinas de *step*. En los meses cálidos seguía yendo al gimnasio pero cambiaba la cinta de correr por caminos pequeños y senderos de grava.

Se dirigió hacia el puente de Lilla Sjötull, al final de Djurgården^[1]. El agua despedía frío. Eran las ocho, y la tarde primaveral se disolvía en el ocaso. Las farolas del sendero aún no se habían encendido. El sol le daba en la espalda sin proporcionar ya ningún calor. Perseguía su

propia sombra alargada ante ella y pensó que pronto ya no sería visible. Pero en un rato, cuando las farolas empezaran a iluminar el sendero, su sombra empezaría a cambiar de dirección según fuera dejando atrás los focos bajo los que había corrido.

En los árboles empezaban a brotar las hojas. Las anémonas de bosque, con los capullos cerrados, se alineaban junto al sendero en la hierba. A lo largo del canal había carrizo seco y viejo que había sobrevivido al invierno. Las hermosas villas se elevaban a la izquierda. La embajada turca con las ventanas enrejadas. La embajada china, un poco más arriba en la colina, rodeada de altas vallas de acero, cámaras de vigilancia y carteles de advertencia. Junto al club de remo había un pequeño palacete, rodeado por una cerca de madera amarilla. Cincuenta metros más allá había una villa alargada con un cenador al lado y un garaje que parecía estar construido justamente en el interior de la montaña.

A lo largo de todo el recorrido de la carrera se extendían lujosas viviendas sin vigilancia. Cada vez que corría las observaba, gigantescas villas ocultas, protegidas por setos y vallas. Se preguntaba por qué intentaban parecer sencillos cuando todo el mundo sabía que en Djurgården no vivía nadie que no fuera importante.

Adelantó a dos chicas que caminaban a ritmo rápido. En Kungliga Djurgården^[2] hacían ejercicio con el típico estilo de *power walk* de Östermalm^[3]. Chaleco de plumas sobre un jersey de manga larga, pantalones de gimnasia y sobre todo una gorra bien calada. La ropa que llevaba ella era más seria. Cortavientos negro de Nike Clima-Fit y mallas. Ropa que respiraba. Sonaba a cliché, pero funcionaba.

Los recuerdos de hacía tres fines de semana volvieron otra vez. Intentó reprimirlos, y en su lugar pensar en la música o concentrarse en la carrera. Si se centraba en el tiempo que hacía para la mitad del recorrido alrededor del canal y en los gansos canadienses que tenía que esquivar, quizá podría olvidar.

En los auriculares sonaba Madonna.

En el camino de gravilla había heces de caballo.

Se creían que la podían usar de cualquier manera. Pero era ella la que los utilizaba. Esa postura era lo que la protegía. Era ella la que elegía lo que hacía y lo que sentía. En el mundo oficial eran hombres de éxito, ricos, poderosos. Sus nombres estaban en las portadas de los suplementos de economía, en los titulares de las noticias bursátiles y en los primeros lugares de la lista de Hacienda de contribuyentes por patrimonio. En realidad eran una panda de perdedores patéticos y lamentables, personas a las que les faltaba algo, personas que evidentemente la necesitaban. El futuro de ella estaba decidido. Representaría su papel en la función hasta que le conviniera dejar de hacerlo y desenmascararlos. Y si no querían ser desenmascarados

tendrían que pagar. Se había preparado, había acumulado información durante meses. Había conseguido confesiones, había escondido grabadoras debajo de las camas, incluso había filmado a algunos de ellos. Se sentía como una auténtica agente del FBI pero con una diferencia. Tenía mucho más miedo.

Era jugar a lo grande. Conocía las reglas, si salía mal significaría su final. Pero funcionaría. Su plan era dejarlo cuando cumpliera veintitrés. Largarse de Estocolmo a un sitio mejor, más grande. Mejor.

Dos chicas jóvenes, las espaldas bien rectas, se acercaban a caballo por el primer puente, junto a la hostería de Djurgårdsbrunn. Aún no habían sido expuestas al lado marginal de la vida. Como había sido ella misma antes de marcharse de casa. Se corrigió, porque aún era su objetivo. Ir con la cabeza bien alta en la vida. Lo iba a conseguir.

Junto al puente había un hombre con un perro. Hablaba por el móvil mientras la seguía con la mirada. Estaba acostumbrada a ser el centro de atención desde el principio de la pubertad y después del aumento de pecho a los veinte años fue la invasión total de miradas masculinas. Le gustaba y le daba asco al mismo tiempo.

El hombre era de constitución fuerte. Llevaba una chaqueta de cuero y vaqueros y en la cabeza una gorra redondeada. Pero había algo raro en él. Sus ojos no mostraban la típica mirada babosa. Al contrario, se le notaba equilibrado, concentrado, centrado. Como si hablara de ella por el móvil.

Se acabó la gravilla. Hasta el último puente, Lilla Sjötullsbron, el camino estaba asfaltado pero con largas grietas en varios lugares. Se planteó correr por el sendero abierto en la hierba a base de pisadas. Pero ahí había demasiados gansos. Sus enemigos.

Apenas veía el puente más adelante. ¿Por qué no encendían las farolas? ¿No se solían encender automáticamente cuando oscurecía? Aparentemente, no esa noche.

Había un furgón aparcado con la parte trasera hacia el puente.

No se veía a nadie.

Veinte metros más adelante había una lujosa villa que daba al lago. Conocía al dueño que había construido la casa sin licencia de obra dentro de un enorme y viejo granero que ya había en el lugar. Un hombre poderoso.

Antes de llegar a girar hacia el puente notó que el furgón estaba extrañamente cerca del camino de grava, a dos metros de ella cuando torció hacia la derecha.

Se abrieron las puertas del furgón. Salieron dos hombres. No llegó a darse cuenta de lo que pasaba. Un tercer hombre llegó corriendo hacia ella desde atrás. ¿De dónde había salido? ¿Era el del perro que la había observado? Los hombres del furgón la agarraron. Le pusieron algo sobre la boca. Intentó gritar, arañar, pegar. Cogió una bocanada de aire con fuerza y se mareó. Había algo en el trapo que sujetaban contra su boca. Se revolvió, les dio tirones en los brazos. No sirvió de nada. Eran demasiado grandes, rápidos, fuertes.

Los hombres la metieron a empujones en el furgón.

Lo último que pensó es que se arrepentía de haberse mudado a Estocolmo.

Una mierda de ciudad.

* * *

Causa: B 4537-04

Cinta 1237. Cara A: 0,0. Cara B: 9,2

TRANSCRIPCIÓN

Ésta es la causa B 4537-04 contra Jorge Salinas Barrio, punto número uno de los cargos, y éste es el interrogatorio al acusado, Jorge Salinas Barrio:

JUEZ: ¿Nos puede contar con sus palabras lo sucedido?

ACUSADO: No hay mucho que decir. El almacén en realidad no lo uso yo. Mi nombre sólo está en el contrato por hacerle un favor a un amigo. Ya saben, a veces uno tiene que echar una mano. En realidad sí he guardado cosas ahí en algunas ocasiones, pero está a mi nombre sólo en los papeles. El almacén no es mío. La verdad es que esto es más o menos todo lo que tengo que decir.

JUEZ: Bien, si es todo, el fiscal puede hacer sus preguntas.

FISCAL: ¿Con almacén se refiere al trastero de Shurgard Self-Storage de Kungens kurva?

ACUSADO: Sí, claro.

FISCAL: ¿Y dice que no es usted el que lo utiliza?

ACUSADO: Eso es. El contrato lo firmé yo para ayudar a un colega que no puede alquilar locales y eso. Tiene demasiadas reclamaciones como moroso. No tenía ni idea de que ahí tenían tanta mierda.

FISCAL: Entonces, ¿de quién es el trastero?

ACUSADO: No puedo decirlo.

FISCAL: En ese caso solicito remitirme a la página veinticuatro del informe de la instrucción. Es un interrogatorio con usted, Jorge Salinas Barrio, que tuvo lugar el 4 de abril de este año. Leo la cuarta sección, en la que dice lo siguiente: «El trastero lo alquila un hombre que se llama Mrado, creo. Trabaja con los peces gordos, ya me entiende. Yo he firmado el contrato pero en realidad es suyo». ¿Es correcto que usted declaró esto?

ACUSADO: No, no. Está mal. Habrá sido algún malentendido. Yo nunca he dicho eso.

FISCAL: Pero es lo que pone aquí. Pone que el interrogatorio lo leyó usted y lo aprobó. ¿Por qué no dijo nada si le entendieron mal?

ACUSADO: Bueno, estaba asustado. No es fácil explicarlo todo bien cuando uno está en un interrogatorio. Fue un malentendido. Los policías me presionaron. Yo me puse nervioso. Dije eso sólo para evitar que me siguieran interrogando. No conozco a nadie que se llame Mrado. Lo juro.

FISCAL: ¿Ah, no? Mrado dice en un interrogatorio que sabe quién es usted. Y usted ha dicho hace un momento que no sabía que hubiera tanta mierda en el trastero. ¿A qué se refería con «mierda»?

ACUSADO: A drogas. Lo único que yo guardé ahí fue alrededor de diez gramos para uso propio. Soy consumidor desde hace varios años, pero usaba el trastero para guardar muebles y ropa porque me cambio mucho de casa. Las otras cantidades no eran mías y no sabía que estaban ahí.

FISCAL: ¿Así que a quién pertenece la droga?

ACUSADO: No puedo hablar de eso. Ya saben, pueden tomar represalias. Creo que quien ha puesto ahí la cocaína es la persona a la que le suelo comprar droga. Tiene llave del trastero. Pero la báscula es mía. La uso para medir mis dosis. Para mi uso personal. Pero no vendo nada. Tengo un trabajo, no me hace falta trapichear.

FISCAL: ¿Y a qué se dedica?

ACUSADO: Soy conductor en una mensajería. Muchas veces en fin de semana, está bien pagado. Sin papeles, ya saben.

FISCAL: Así que, si le entiendo bien, dice usted que el trastero no pertenecía a alguien llamado Mrado sino a otra persona. ¿Y esta otra

persona es su camello? Pero ¿cómo han acabado ahí tres kilos de cocaína? Es mucho. ¿Sabe el valor que alcanzaría en la calle?

ACUSADO: Exactamente no lo sé, yo no vendo de eso. Pero es mucho, quizá un millón de coronas. Al que le compro la droga la deja en el trastero después de que yo le pague; así evitamos tener contacto directo y que nos vean juntos. A mí me parece un buen sistema. Pero ahora parece que me la ha jugado. Ha metido esa mierda en el trastero para que me encierren a mí.

FISCAL: ¿Podemos repasar esto otra vez? Dice que el trastero no es de una persona que se llama Mrado. En realidad tampoco es de usted. Tampoco es de su camello, pero él lo usa a veces para las transacciones entre ustedes. Y ahora usted cree que es él quien guarda toda esa cocaína ahí. Jorge, ¿piensa que le vamos creer? ¿Por qué iba a querer guardar su camello tres kilos de cocaína en un trastero al que usted tiene acceso? Además, está cambiando usted los datos todo el tiempo y no quiere dar nombres. No tiene credibilidad.

ACUSADO: Venga ya. No es tan difícil pero estoy confuso. La cosa es así: utilizo el trastero muy poco. Mi camello no lo utiliza casi nunca. No sé a quién pertenece la cocaína. Pero parece probable que sea la mierda de mi camello.

FISCAL: ¿Y a quién pertenecen las bolsitas de plástico con cierre?

ACUSADO: Deben de ser de mi camello.

FISCAL: ¿Y cómo se llama?

ACUSADO: No puedo decirlo.

FISCAL: ¿Por qué sigue diciendo que el trastero en realidad no es suyo ni tampoco la droga de su interior? Todo indica que es así.

ACUSADO: Yo no podría permitirme comprar tanta droga. Además ya he dicho que yo no trapicheo. ¿Qué más voy a decir? La droga no es mía, ya está.

FISCAL: Otros testigos de esta causa han mencionado también otro nombre. ¿Puede ser que la droga pertenezca a un amigo de Mrado que se llama Radovan? Radovan Kranjic.

ACUSADO: No, no lo creo. No tengo ni idea de quién es.

FISCAL: Sí, yo creo que sí lo sabe. Usted ha mencionado al ser interrogado que conoce al jefe de Mrado. ¿No se refiere a Radovan?

ACUSADO: Yo jamás he dicho nada de ningún Mrado, eso no es así, de modo que ¿cómo voy a saber de lo que habla usted? ¿Me lo puede explicar?

FISCAL: Aquí el que pregunta soy yo, no usted. ¿Quién es Radovan?

ACUSADO: Ya he dicho que no lo sé.

FISCAL: Inténtelo...

ACUSADO: ¡Joder, que no lo sé! ¿Es que no lo pilla?

FISCAL: Evidentemente, es un punto delicado. No tengo más preguntas. Gracias. El abogado puede preguntar ahora.

* * *

Ésta es la causa B 4537-04, la fiscalía contra Jorge Salinas Barrio, punto número uno de los cargos. A continuación se incluye el interrogatorio con el testigo Mrado Slovovic en relación con la droga de un local de almacenaje en Kungens kurva. El testigo ha prestado juramento y se le ha recordado lo vinculante de éste. Es el fiscal quien ha solicitado el interrogatorio y comienza con sus preguntas:

FISCAL: En la investigación previa en relación con el acusado, Jorge Salinas Barrio, se le ha mencionado como la persona que alquila un almacén en Shurgard Self-Storage en Kungens kurva, en el barrio de Skärholmen^[4]. ¿Qué relación hay entre Jorge y usted?

TESTIGO: Conozco a Jorge, pero yo no tengo alquilado ningún trastero. Nos conocíamos de antes. Yo también he andado metido en drogas, pero lo dejé hace un par de años. De vez en cuando me encuentro casualmente con Jorge. La última vez fue en el centro comercial de Solna^[5]. Me contó que ahora lleva sus asuntos de droga desde un trastero en el otro extremo de la ciudad. Me dijo que había subido de nivel y que había empezado a vender mucha cocaína.

FISCAL: Él dice que no le conoce.

TESTIGO: No es así. No es que seamos colegas, pero nos conocemos.

FISCAL: Bien. ¿Se acuerda de cuándo se lo encontró? ¿Puede contar más en detalle lo que le dijo?

TESTIGO: Fue en algún momento de la primavera pasada. En abril, me parece. Fui a Solna a visitar a unos antiguos colegas. Si no, no suelo ir mucho por allí. De camino a casa entré en el centro comercial para echar unos boletos de las carreras de caballos. Me encontré con Jorge

dentro de la oficina de apuestas. Iba muy bien vestido y apenas le reconocí. Ya me entiende, cuando éramos colegas se metía mierda.

FISCAL: ¿Y qué le dijo?

TESTIGO: Me contó que le iba bien. Le pregunté que qué hacía. Dijo que estaba haciendo buenos negocios con la farla. Se refería a la cocaína. Como yo ya no estoy en eso no quise oír más. Pero él alardeaba. Me contó que guardaba todo en un trastero al sur de la ciudad. Creo que dijo que en Skärholmen. Entonces le pedí que parara porque no quería saber nada de toda esa porquería que se traía entre manos. Se enfadó conmigo. Me dijo más o menos que me fuera a la mierda.

FISCAL: ¿Así que se molestó?

TESTIGO: Sí, se rebotó cuando le dije que me parecía que estaba diciendo chorradas. Quizá por eso se ha inventado que yo tengo algo que ver con ese trastero.

FISCAL: ¿Dijo algo más sobre el trastero?

TESTIGO: No, sólo dijo que guardaba la cocaína ahí. Y que estaba en Skärholmen.

FISCAL: Bien, gracias. No tengo más preguntas. Gracias por su comparecencia.

PARTE I

Capítulo 1

Jorge Salinas Barrio aprendió rápido las reglas del juego. Número *uno* *[6] resumido: no la lées nunca. En versión extendida se las sabía de memoria. No lèves la contraria. No devuelvas la mirada fijamente. Quédate siempre sentado. Nunca cantes. Por último, aguanta cuando te den por el culo sin quejarte. Metafóricamente hablando.

La vida de Jorge era un asco. La vida era una puta mierda. La vida era dura. Pero Jorge era más fuerte. Ya lo iban a ver.

El trullo se llevó su energía. Se llevó su risa. La vida de rapero reconvertida en una vida de mierda. Pero lo que sólo él sabía era que había un final, una idea que se convertiría en realidad, una salida. Jorge: el tío con el que no iban a poder. Saldría, se escaparía, se largaría de ese agujero de mierda. Tenía un plan. Y era buenísimo.

Perdedores: *adiós* *.

Un año, tres meses y nueve días en el trullo. Es decir, algo más de quince meses de más tras un muro de hormigón de siete metros de altura. El máximo tiempo que Jorge había pasado a la sombra hasta entonces. Anteriormente, habían sido temporadas más cortas. Tres meses por robo, cuatro por delito de drogas, allanamiento y conducción ilegal. La diferencia en esta ocasión: estaba obligado a crearse una vida a la sombra.

La cárcel de Österåker era de las llamadas de clase dos, una prisión cerrada de segundo grado. Su especialidad: gente condenada por delitos relacionados con drogas. Estrechamente vigilada desde ambas direcciones. No entraba nada ni nadie que no debiera entrar. Los perros adiestrados para encontrar droga husmeaban a todos los visitantes. Los detectores de metal husmeaban todos los bolsillos. Los monos husmeaban el ambiente en general. Con los tipos sospechosos ni siquiera se tomaban la molestia. Aquí sólo dejaban entrar a madres, niños y abogados.

Sin embargo no lo conseguían del todo. La prisión solía estar libre de drogas en los tiempos del anterior director. Ahora se tiraban bolsas con hierba por encima de los muros usando tirachinas. Los padres recibían dibujos de sus hijas que en realidad estaban totalmente impregnados de LSD. La mierda se escondía en los falsos techos de los espacios comunes, donde los perros no podían llegar a olerla, o se enterraban en el césped del patio de recreo. Todos y nadie podían ser acusados.

Muchos fumaban a diario. Bebían quince litros de agua al día para que no se notara en las pruebas de orina. Otros fumaban heroína. Se

quedaban tumbados en su habitación y fingían estar enfermos dos días, hasta que no había residuos en el pis.

La gente se quedaba mucho tiempo en Österåker. Se agrupaban. Los monos hacían todo lo que podían para deshacer las bandas: Original Gánsters (OG), los Ángeles del Infierno, Bandidos, los yugoslavos, la Hermandad Wolfpack, los Fittja Boys. Los que quieras.

Muchos monos tenían miedo. Tiraban la toalla. Aceptaban el billete de mil que les daban disimuladamente en la cola del comedor, en el campo de fútbol, en el taller. La dirección de la cárcel intentaba mantener el control. Separar. Enviar a los miembros a otros centros. Pero ¿qué más daba? Las bandas estaban en otros centros de todas formas. Las líneas de demarcación claras: raza, suburbio, tipo de delito. Las bandas racistas no aguantaban. Los pesos pesados eran los Ángeles del Infierno, los Bandidos, los yugoslavos y OG. Organizados en el exterior. Trabajaban chungo. Las actividades claras: hacerse con una pasta por medio de múltiples trabajos delictivos y por lo tanto actividades compatibles.

Los mismos grupos eran los que mandaban tras los muros. En la actualidad, los teléfonos móviles en miniatura introducidos subrepticamente hacían que fuera tan fácil como cambiar de canal con un mando a distancia. La sociedad podía rendirse directamente.

Jorge los evitaba. Sin embargo terminó por hacer amigos. Se las arregló. Encontró puntos de conexión comunes. Funcionó con los chilenos. Funcionó con los de la zona de Sollentuna. Funcionó con la mayoría de relaciones por la farla.

Se relacionaba con un latinoamericano mayor de Märsta, Rolando. El tío había llegado a Suecia en 1984. Sabía más sobre la farlopa que un gaucho de mierda de caballo, pero él personalmente no estaba enganchado a la farla. Le quedaban dos años por haber introducido en el país pasta de cocaína en botellas de champú. Como amigo, un buen tío. Jorge ya había oído hablar de él cuando vivía en Sollentuna. Lo mejor de todo: Rolando tenía contactos con los tíos de OG. Abría puertas. Proporcionaba privilegios. Le conseguía ventajas de la leche. Acceso a móviles, a maría, farla si uno tenía suerte, revistas porno, alcohol fermentado casero. Más pitos.

A Jorge le atraían las bandas. Pero también era consciente del peligro. Tú te atas. Tú te entregas. Tú les das tu confianza. *Ellos* te la juegan.

No se olvidaba de cómo le habían jodido. Los yugoslavos le habían entregado. Le habían llevado a juicio. Estaba encerrado por culpa de Radovan: el mayor cabronazo de todos los cabrones.

Con frecuencia se sentaban juntos en el comedor y hablaban en susurros. Él, Rolando y los demás latinoamericanos. Nada de español. Se corría el riesgo de que aquellos que estaban en bandas despertaran

las sospechas de los suyos. Toda la cháchara que quieras con tus compatriotas y tan contentos; pero nada de que *ellos* no te entiendan.

Hoy: a falta de casi dos semanas para que el plan se pusiera en marcha, había que parecer tranquilo. Era imposible conseguir escapar totalmente por su cuenta pero ni siquiera Rolando sabía nada aún. Jorge tenía que averiguar primero si se podía confiar en él. Necesitaba ponerle a prueba de alguna manera. Comprobar lo segura que era verdaderamente su amistad.

Rolando: un tío que había elegido el camino más difícil. Para ser miembro de OG no bastaba con enormes alijos de farla. Tenías que partirle la cara a quien a tu jefe le pareciera que se lo estaba buscando. Rolando había cumplido con su parte: los tatuajes enlazados alrededor de las cicatrices de los nudillos hablaban claramente su agresivo idioma.

Rolando cogió una cucharada de arroz. Hablaba el sueco típico de los emigrantes con la boca llena:

—Mira, pasta tiene todas las ventajas frente al polvo normal. Es como producto intermedio, sin acabar. Uno está más arriba. Tú no tienes que trapichear con tíos en la calle. ¿O no? Haces negocios con gente más fácil. Tíos sin la policía detrás de su culo cada vez que dan un paso. Además, más fácil para enviar. No suelta el puto polvo y es más fácil esconder.

Aunque Jorge había oído todas las ideas medio retorcidas de Rolando, a esas alturas la cárcel era una escuela de primera. Jorge receptivo. Había aprendido. Escuchado. Sabía mucho cuando entró. Tras quince meses en Österåker conocía el sector por dentro y por fuera. J-boy: orgulloso de sí mismo. Conocía la importación desde Colombia vía Londres. Dónde comprar, los precios vigentes, cómo distribuir, qué intermediarios usar, dónde vender la mierda. Cómo cortarla sin que los yonquis notaran nada y cómo mezclarla sin que la gente de Stureplan^[7] notara nada. Cómo empaquetar. A quién sobornar, a quién evitar, con quién llevarse bien. Uno de estos últimos: Radovan. Joder.

El comedor era un buen sitio para conversaciones privadas. Suficiente ruido como para que nadie pudiera oír bien lo que se decía. Además, no se interpretaba como que cuchichearan. Sin disimulos. Un murmullo totalmente ostensible.

Jorge necesitaba derivar la conversación hacia los temas apropiados. Tenía la obligación de saber la posición de Rolando.

—Lo hemos hablado mil veces. Sé que tú estás metido. Pero yo me voy a mantener lejos de la mierda una temporada. Cuando salga me largo de esta tierra nazi congelada. Y no pienso convertirme en un farlopero de mierda.

—Tú lo pillas. No consumir. Sólo vender. La verdad, sin más.

Con cuidado puso a Rolando a prueba:

—Tienes buenos canales. Tienes peces gordos que te respaldan, ¿no? Aquí no te toca nadie. Joder, te podrías escapar de aquí hoy mismo y lo conseguirías sin problema.

—¿Escaparme? No es mi idea ahora mismo. Por cierto, ¿sabes las noticias? Ya sabes ese tío de OG, Jonas Nordbåge. Le han cogido.

Jorge aprovechó:

—Sé quién es. El ex novio de Hannah Graaf. El que se escapó de la cárcel de Gotemburgo, ¿no?

—Ése. El mismo día que sale el juicio. Siete años y medio por dos robos con violencia y lesiones graves. El tío es un profesional de robar vehículos blindados.

—Pero qué coño, si la jodió.

—Da igual. Un rey. Escucha. Rompe una ventana y se deja caer desde el piso ocho, diecisiete metros. Cinco mantas a tiras. ¿Bueno o no?

—La hostia de bueno.

Jorge se dijo a sí mismo: Sigue, Jorge-boy, sigue. Guía la conversación, sonsácale. Oblígale a decir su postura sobre mí y la fuga. Con sutileza.

—¿Cómo le cogieron?

—Le respeto pero es bastante chapuzas. Salió por garitos de Gotemburgo. De fiesta. Quiere conocer una nueva Hannah con tetas grandes. Se piensa que es guay. Sólo se tiñó el pelo de blanco y se puso gafas de sol. O sea, ¿quiere que le descubran o qué?

Jorge asintió para sí mismo: demasiado chapucero teñirse sólo el pelo. Yo tendría más cuidado. Dijo:

—No tenía nada que perder. Debí de pensar: Qué coño, aunque me cojan no me va a caer más condena. No añaden más a siete años y medio.

—Pero casi lo consigue. Le pillan en Helsingborg.

—¿Estaba huyendo?

—Parece que sí. Coge una habitación de hotel con nombre falso. Cuando la pasma le pilla él lleva un pasaporte falso. Podría haber funcionado.

Primero largarse a Dinamarca, luego a otro sitio. Seguro que el tío ha escondido mucho dinero en algún sitio pero alguien ha cantado. Alguien le dice a la poli dónde está. Seguro que es alguien que le ve en un garito.

—¿Había alguien de OG que supiera que pensaba escaparse?

—Lo siento, Jorge, no puedo hablar de eso.

—¿Pero ayudarías a alguien de OG que fuera a escaparse?

—¿Pamela Anderson duerme boca arriba?

Gol. Jorge-boy, aproxímate. Ponle a prueba.

Jorge conocía la regla: los amigos de la cárcel no son como los amigos en el resto de la vida. Se regían por otras leyes. Las jerarquías de poder más claras. El tiempo que llevaban a la sombra contaba. El número de veces que les habían metido a la sombra contaba. Los pitos contaban, la maría contaba más. Los favores y los favores que se devolvían creaban relaciones. Tu delito contaba: los violadores y los pederastas valían cero. Los drogadictos y los alcohólicos muy abajo. Maltrato y robo, más arriba. Ladrones y traficantes en primer lugar. Sobre todo: contaba a qué banda pertenecías. Rolando, según las reglas de la vida en el exterior: un amigo. Según los principios de la cárcel: el tío jugaba en una división superior a la de Jorge.

Jorge dio un trago de cerveza sin alcohol.

—Una cosa es ayudar a alguien que ya se ha largado. Pero ¿ayudarías a escapar a alguien?

—Depende. El riesgo y eso. Yo no ayudo a cualquiera. Siempre voy a ayudar a un OG. Joder, *amigo* *, también a ti. Ya sabes. Yo nunca voy a cerrar el pico por un cabeza rapada de mierda o por uno de Wolfpack. Ellos saben eso. Tampoco ellos me van a ayudar a mí jamás.

Bingo.

Silencio durante tres segundos.

Rolando hizo algo que Jorge no había visto antes. Colocó bien los cubiertos en el plato. Lentamente.

Luego sonrió y dijo:

—Eh, Jorge, ¿tienes planes o qué?

Jorge no supo qué hacer. Sólo le devolvió una sonrisa.

Esperaba que Rolando fuera un amigo de verdad, de los que no traicionan.

Al mismo tiempo que sabía que los amigos del trullo se rigen por otras reglas.

Capítulo 2

Cuatro chavales sentados en un salón, calentando antes de salir de fiesta.

JW con el pelo engominado hacia atrás. Y sí, sabía que un montón de pringados odiaban su peinado, lo llamaban lamido de vaca al mismo tiempo que en su mirada se reflejaba un cierto odio. Pero semejantes comunistas no controlaban nada, así que por qué iba a preocuparse.

El siguiente chaval también llevaba el pelo engominado hacia atrás. El chico número tres lo llevaba más corto, cada cabello bien colocado en su sitio, sin huecos, el peinado dividido por una raya al lado cuidadosamente trazada, recta como si estuviera hecha con una regla. El clásico aspecto de Nueva Inglaterra. El pelo del último chaval era rubio, de largo intermedio, rizado, revuelto con encanto.

Los chicos de la habitación eran guapos, rubios. Rasgos limpios, espaldas rectas, buena postura. Sabían que eran atractivos. Chicos que sabían estar. Sabían cómo había que vestirse, cómo comportarse, cómo reaccionar de manera adecuada. Conocían los trucos para conseguir destacar. Conseguir tías. Conseguir acceder a lo bueno de la vida; noche y día.

El ambiente general de la habitación: subidón, sabemos cómo ir de fiesta, no hay posibilidad de que salga mal.

JW pensaba: esta noche es genial. Las ganas de fiesta de los chicos, a tope.

Como de costumbre se tomaron la primera copa en casa de Putte, el chico con la raya al lado. El piso, un bonito apartamento con un dormitorio y salón de cincuenta y dos metros cuadrados en la calle Artillerigatan, había sido un regalo de los padres de Putte por su veinte cumpleaños hacía dos años. JW conocía a la familia. El padre: un hombre de negocios que le hacía la pelota a la gente del entorno de los Stenbeck^[8] y hacia arriba y trataba a patadas a los que había más abajo. La madre: familia de dinero de toda la vida; aún eran dueños de casas por medio Estocolmo y de una finca agrícola de quinientas hectáreas en la región de Sörmland. Como debe ser.

Habían terminado de comer. Los envases de poliestireno seguían en la encimera. Comida para llevar de Texas Steakhouse de la calle Humlegårdsgatan, *tex-mex* de lujo con carne de calidad.

Estaban sentados en los sofás, tomando unas copas antes de salir.

JW se dirigió al chico de pelo rizado cuyo diminutivo era Nippe y le preguntó:

—¿No deberíamos marcharnos ya?

Nippe, que en realidad se llamaba Niklas, miró a JW. Contestó con su aguda voz de niño:

—Tenemos mesa reservada hasta las doce, así que no hay prisa.

—Vale, entonces nos da tiempo a tomarnos un whisky con Coca-Cola.

—¿Y cuándo nos vamos a meter la otra coca?

—Ja, ja. Qué gracioso. Nippe, tómatelo con calma, nos metemos unos tiritos cuando lleguemos, así dura más.

La bolsita con cierre con cuatro gramos le quemaba a JW en el bolsillo interior de la chaqueta. Los chicos solían turnarse para pillar los fines de semana. El suministro venía de un extranjero que a su vez le compraba a algún gánster yugoslavo. JW no sabía quién era el de más arriba pero intentaba imaginárselo, quizá el famosísimo Radovan en persona.

JW dijo:

—Tíos, esta noche voy a lo grande. Me he traído cuatro gramos. Tendremos como mínimo medio gramo para cada uno y sobraré para invitar a las chicas.

Fredrik, el otro chico con el pelo engominado, dio un sorbo a su bebida:

—¿Os dais cuenta de lo que debe de ganar ese turco con nosotros y todos nuestros colegas?

—Le debe de ir bien —sonrió Nippe. Fingió contar dinero.

JW preguntó:

—¿Qué márgenes creéis que tiene? ¿Doscientos por gramo? ¿Ciento cincuenta?

La conversación pasó a otros temas más habituales. JW se los sabía de memoria. Amigos comunes. Tías. Moët & Chandon. Algunas cosas siempre eran seguras. No es que no supieran hablar de otras cosas, no eran unos tarugos sino ganadores con una buena educación verbal. Pero los temas no variaban si no había un motivo para ello.

Al final la charla acababa por abordar el tema de las ideas de negocios.

Fredrik dijo:

—¿Sabéis? No hace falta mucho dinero para fundar una sociedad anónima. Es suficiente con cien mil coronas, creo que es el capital social mínimo. Si se nos ocurre una buena idea podemos hacerlo. Intentar hacer algunos negocios, registrar un nombre guay para la empresa, decidir el consejo de dirección y el director general. Pero por encima de todo, comprar cosas sin pagar IVA y eso. ¿No es una pasada?

JW analizó a Fredrik medio en broma. El chaval no tenía el más mínimo interés en las personas, lo que en cierto modo era un alivio, no preguntaba de donde era JW ni ninguna otra cosa sobre su pasado. Hablaba sobre todo de sí mismo, el consumo de marcas o de barcos.

JW se acabó de un trago su whisky con Coca-Cola. Se sirvió un gin tonic generoso.

—Suenas de puta madre. ¿Quién consigue las cien mil coronas?

Nippe intervino:

—Siempre se pueden conseguir, ¿no? Me gusta la propuesta.

JW se quedó callado. Pensó en dónde podría conseguir cien mil coronas y ya sabía la respuesta. En ningún sitio. No hizo ni un gesto. Siguió con el juego. Sonrió.

Nippe cambió de disco. Putte puso los pies sobre la mesa de centro y encendió un Marlboro Light. Fredrik, que acababa de comprarse un Patek Philippe, jugueteó con la pulsera y musitó para sí mismo: «Nunca un Patek Philippe es del todo tuyo. Tuyo es el placer de custodiarlo hasta la siguiente generación».

En el estéreo sonaba Magnus Uggla, el volumen en el ocho. Todos los que estaban en la habitación estaban de acuerdo: Uggla era el amo. Se cachondeaba de todo y de todos. «Dicen que no me importa nada, pero no me importa». La actitud correcta. ¿Por qué va a preocuparse uno por lo que piensen una panda de curritos?

A JW le encantaban estos ratos de copas antes de salir. Los temas de conversación. El ambiente. Eran chicos con clase. Chicos guapos. Chicos siempre igual de bien vestidos. Los miró con atención.

Camisas de Paul Smith y Dior y una hecha a medida en un sastre de Jermyn Street, en Londres. Una de la marca APC, francesa, con cuello americano y puños dobles. Para la parte de abajo, dos de los chicos llevaban vaqueros Acne. Otro llevaba vaqueros de Gucci: costuras intrincadas en los bolsillos traseros. Uno de ellos con pantalones de algodón negros. Las chaquetas eran elegantes. Una de la colección de primavera de Balenciaga, cruzada, marrón, bastante corta, el modelo

con doble corte trasero. Una de Dior de raya diplomática, un modelo estilizado con bolsillos dobles en un lado. Una hecha a medida en un sastre de Savile Row en Londres: costuras marcadas en los bordes de las solapas y forro rojo. Lana súper 150, la máxima calidad que había. Lo que distinguía a un buen traje: la flexibilidad de su forro, que no colgara. El forro de esta chaqueta era más suave, más flexible y tenía mejor caída que cualquier otro de los que había en las tiendas de Suecia.

Uno de los chicos no llevaba chaqueta. JW se preguntó por qué.

Por último, los zapatos: Tod's, Marc Jacobs, mocasines de Gucci con el clásico pasador dorado, los náuticos más vendidos de Prada, con el logotipo rojo como parte del talón de la suela. Originalmente diseñados para el barco de Prada de la Copa del Mundo.

Sobre el negro, cinturones de piel ajustados. Hugo Boss. Gucci. Louis Vuitton. Corneliani.

JW calculó el valor total: setenta y dos mil trescientas coronas. Sin contar los relojes, los sellos y los gemelos. No estaba mal.

Sobre la mesa había Jack Daniels, Vanilla Vodka, algo de ginebra, media botella de tónica Schweppes, Coca-Cola y una jarra casi llena de zumo de manzana; a alguien se le había ocurrido la idea de hacer martinis de manzana pero sólo había tomado una copa.

La opinión general de los presentes: no es aquí donde nos vamos a emborrachar. Nos la cogeremos en el bar. Ya estaba reservada una mesa en Kharma. Las pibas iban incluidas.

JW pensaba: Qué ambiente, qué energía, qué espíritu de camaradería tan estupendo. Eran tíos geniales. La noche de Estocolmo era para que ellos la conquistaran.

Examinó la habitación con la mirada. Techos de más de tres metros de altura. Gruesas capas de estuco. Dos sillones y un sofá gris sobre una alfombra auténtica. Cuatrocientos mil pequeños nudos hechos por un niño encadenado. Algunos ejemplares de revistas de náutica, motor, *Café*, *Slitz* tiradas en el sofá. En una de las paredes había tres librerías bajas de Nordiska Galleriet^[9]. Una estaba llena de CD, cintas de vídeo y películas en DVD. En la otra estaba el estéreo, un Pioneer, no de gran tamaño pero con cuatro pequeños altavoces de buena potencia colgados en los rincones de la habitación.

La última librería estaba llena de libros, revistas y carpetas. Entre los libros destacaban el nobiliario, las obras completas de Strindberg y los anuarios del colegio. La obra completa de Strindberg debía de ser un regalo de los padres de Putte.

La televisión era ancha, plana e indecentemente cara.

Todos tenían los zapatos puestos, según el estilo clásico^[10], lo que distingue a los que saben cómo se hacen las cosas en cuanto a estar en interiores. Las reglas: hay tres tipos de personas. Los que siempre entran con zapatos y tienen la actitud adecuada; ¿hay algo peor que ir con ropa de fiesta y en calcetines? El del tipo dos es el que se siente inseguro y mira qué es lo que hacen los otros, quizá se deje los zapatos puestos si los otros también lo hacen; el que hace lo que los demás, el que va con la corriente. Por último estaba el tercer tipo, que piensa que uno siempre tiene que quitarse los zapatos, el que va de un lado a otro silenciosamente con unos calcetines sudados, el que se busca lo que le pasa.

JW odiaba a la gente que iba descalza. Aún peor eran los agujeros de los calcetines. Lo que sugería como solución era sencillo: un tiro en la nuca. Ver un dedo del pie sobresaliendo le daba asco. Tan típicamente sueco. Burdo. Una verdadera característica del populacho. Las reglas del mundo de los calcetines resumidas: quedarse con los zapatos puestos, no usar jamás calcetines sin talón y tener cuidado de que nunca quede al descubierto el espacio entre el pantalón y el calcetín. El color, negro o quizá calcetines de fantasía de tonos más animados combinados con un estilo discreto en general.

JW llevaba calcetines hasta la rodilla para más seguridad. Siempre Burlington. Su truco: mucho más fáciles de emparejar después de la colada si todos son iguales.

El plan para esa noche era sencillo. Tener mesa era siempre una opción ganadora. Los requisitos para poder reservar los cumplían con facilidad. Consumir como mínimo seis mil coronas.

Luego, todo lo demás. Beber, meterse, beber, controlar a las pibas, quizá bailar un rato, charlar, ligar, desabrocharse más botones de la camisa, pedir champán, sin duda ligar, volver a meterse. Follar.

JW sentía que no podía dejar el asunto. Volvió a sacarlo. Las preguntas surgían en su cabeza. Cuánto podría ganar el camello turco. ¿Tenía que trabajar muchas horas al día? ¿Cómo era de peligroso? ¿A quién compraba? ¿Cuáles eran los márgenes? ¿Cómo conseguía clientes?

Dijo:

—¿Cuánto creéis que gana en un mes?

Fredrik, sorprendido, preguntó:

—Pero ¿quién?

—El turco. Al que le compramos la coca. ¿Es un Gekko en pequeño o qué?

Entre los chicos era habitual hacer referencias a *Wall Street*. JW había visto la película más de diez veces. Disfrutaba cada segundo de la simpleza que había en la avaricia.

Nippe soltó una carcajada.

—Joder, lo que hablas de dinero. No tiene ninguna importancia. Seguro que gana mucho, pero ¿qué tiene él de genial? ¿Te has fijado alguna vez en su ropa? Paletada de chaqueta de cuero de RocoBaroco o algo así. Una cadena de oro gorda de gitano por fuera, pantalones anchos de Grosshandlarn^[11], las solapas de la camisa demasiado grandes. Vamos, un auténtico gilipollas.

JW soltó una carcajada apagada.

Dejaron el asunto.

Dos minutos después sonó el teléfono de Putte. Sujetaba el móvil muy pegado al oído mientras hablaba, al tiempo que sonreía abiertamente a los chicos. JW no oía lo que decía.

Putte terminó la llamada.

—Tíos, tengo una pequeña sorpresa para nosotros esta noche. Están buscando aparcamiento.

JW no tenía ni idea de lo que hablaba. Los otros chicos sonreían.

Pasaron cinco minutos.

Llamaron a la puerta.

Putte fue a abrir. Los otros chicos se quedaron sentados en el salón.

Nippe bajó la música.

Entraron en la habitación una chica alta con abrigo y un chico culturista con chaqueta vaquera negra.

Putte estaba radiante:

—*Voilà*. Para calentar el ambiente de esta noche.

La chica se dirigió hasta el estéreo, caminando como si estuviera desfilando en una pasarela. Segura de sí misma y con estabilidad, casi deslizándose, con tacones de aguja tan altos como media Torre de

Kaknäs. No tendría más de veinte años. Pelo castaño totalmente liso. JW se preguntó si sería una peluca.

La chica cambió de disco. Subió el volumen.

Kylie Minogue: «You'll never get to heaven if you're scared of gettin' high».

La chica se quitó el abrigo. Debajo llevaba sólo un sujetador negro, tanga y medias con ligero.

Empezó a bailar al ritmo de la música. Desafiante. Seductora.

Se contoneaba. Sonreía a los chicos como si repartiera caramelos. Movía las caderas, jugueteaba con la lengua en el labio superior, apoyó un pie en el borde de la mesa de centro. Se inclinó hacia delante y miró a JW a los ojos. Él se rió a carcajadas. Gritó:

—¡Joder, qué puntazo, Putte! Está más rica que la que vino antes del verano.

La *stripper* se movía al ritmo de la música. Se tocó la entrepierna. Los chicos aullaron. Se acercó a Putte, le dio un beso en la mejilla, le lamió la oreja. Él intentó pellizcarle el culo. Ella retrocedió bailando con las manos a la espalda. Movía las caderas rítmicamente hacia delante y hacia atrás. Se desabrochó el sujetador y lo arrojó hacia donde estaba el culturista, que seguía inmóvil junto a la pared. La música retumbaba. Ella empezó a moverse más deprisa. Se contoneaba inclinándose. Sacudía los senos. Los chicos estaban sentados como si estuvieran en trance.

Se cogió el tanga. Lo deslizó hacia delante y atrás. Volvió a poner una pierna en la mesa. Se inclinó hacia delante.

A JW se le puso dura.

El número continuó cinco minutos más.

Cada vez mejor.

Nippe bromeó cuando hubo terminado:

—Joder, es lo mejor que he visto desde que hice la confirmación.

Putte se encargó del pago en el recibidor. JW se preguntó cuánto costaba.

Cuando la *stripper* y el escolta se marcharon, cada uno cogió una copa y volvieron a poner a Ugglá. Hablaron de lo sucedido.

JW quería ir al centro.

—Tíos, nos vamos ya. Vamos andando, ¿no?

Putte gritó:

—Joder, no. ¡En taxi!

Era hora de ponerse en marcha.

Putte llamó un coche.

JW daba vueltas a cómo iba a poder permitirse estar de fiesta con los chicos toda la noche.

Ugla cantaba: «Y en la ciudad vamos a tope y no nos cortamos por nada, levantarnos pibas se ha convertido en un deporte para nosotros».

Capítulo 3

El gimnasio: un garito serbio. Obsesión por los anabolizantes. Una granja de guardias de seguridad. En resumen, impregnado de Radovan.

Mrado llevaba cuatro años yendo a Fitness Club.

Le encantaba el sitio pese a que los aparatos estaban bastante hechos polvo. Fabricados por Nordic Gym, una marca antigua. Las paredes no estaban totalmente limpias. Desde el punto de vista de Mrado, no importaba. Lo que contaba eran la clientela y las pesas. La decoración en general: el típico *kitsch* de gimnasio. Plantas de plástico en dos contenedores blancos con tierra de mentira. Delante de las dos bicicletas estáticas, una televisión fijada a la pared que tenía puesto Eurosport. En los altavoces, eurotecno constantemente. Arnold Schwarzenegger posaba en pósteres de 1992, Ove Rytter en uno del Campeonato del Mundo de Gimnasia de 1994. Dos pósteres de Christel Hansson, la chica con tabletas de chocolate y tetas de silicona. ¿Sexi? No era el estilo de Mrado.

Objetivo: grandullones. Pero no los más pirados que competían; no estaban hechos de la pasta adecuada.

Objetivo: tíos que se preocupan de su cuerpo, del tamaño, de la masa muscular, pero al mismo tiempo conscientes de que ciertas cosas importan más que entrenar. El trabajo tiene prioridad. El honor tiene prioridad. Las acciones correctas tienen prioridad. La prioridad más alta siempre: *mister R*.

Radovan tenía un treinta y tres por ciento del gimnasio. La idea de negocio, brillante. Abierto veinticuatro horas al día, siete días a la semana todo el año. Incluso en Nochevieja, Mrado había visto a los chicos aullando delante del espejo. Levantar unos kilos más mientras el resto del país miraba los fuegos artificiales y bebía champán. Mrado nunca iba por ahí en esas noches. Necesitaba encargarse de sus asuntos. Sus horarios de apertura propios estaban entre las nueve y media y las once. El gimnasio, perfecto.

Además, el sitio era un lugar de acceso en varios sentidos. Lugar de reclutamiento. Imán de información. Campamento de entrenamiento. Mrado tenía controlados a los gorilas.

El rato inmediatamente después del entrenamiento en el vestuario: uno de los mejores del día para Mrado. Aún caliente tras la sesión, con el pelo mojado. El vapor de la ducha. El olor a gel de baño y a desodorante en aerosol. El dolor de los músculos.

Relajación.

Se puso la camisa. La dejó sin abrochar del todo. El cuello de Mrado era más ancho que las tallas de camisa disponibles. La ejemplificación de un cuello de toro.

La sesión del día: centrarse en la espalda, la parte anterior de los muslos y los bíceps. Movimientos lentos con los músculos de la zona sacra. Importante no tirar con los brazos. Luego dorsales. Entrenamiento para la espalda, la parte inferior. Luego los muslos. Trescientos cincuenta kilos en la barra. Se tumbó boca arriba y presionó hacia arriba. Decían que debía mantenerse el ángulo entre la parte inferior de la pierna y el pie. Según Mrado, palabrería para principiantes: el que realmente sabe estira un poquito más. Máximo intercambio. Concentración. A punto de cagarse encima.

El último momento: bíceps. El músculo de los músculos. Mrado sólo trabajaba con pesas.

Al día siguiente, cuello, tríceps y la parte posterior de los muslos. Abdominales todos los días. Nunca era demasiado.

En la recepción estaba su bloc con anotaciones de cada sesión. El objetivo de Mrado estaba claro: subir de ciento veinte kilos a ciento treinta kilos de músculo antes de febrero. Después, cambiar la estrategia. Definir. Quemar grasa. Para el verano sólo quedaría músculo. Limpio, sin grasa subcutánea. Una pasada de la leche.

Además entrenaba en otro sitio, el club de lucha Pancrease Gym. De una a dos veces por semana. La mala conciencia le agujoneaba. Debería ir allí con más frecuencia. Era importante desarrollar potencia muscular. Pero la potencia tenía que utilizarse en algo. La herramienta de trabajo de Mrado: el miedo. Con su tamaño llegaba lejos. Al final llegaba aún más lejos con lo que aprendía en Pancrease: romper vértebras.

Solía quedarse veinte minutos en el vestuario. Absorber la unión especial que se da entre los tipos grandullones en un gimnasio. Se miran unos a otros, asienten con la cabeza comprendiendo, intercambian frases sobre el programa de entrenamiento del día. Se hacen amigos. Aquí, además: los cachorros de Radovan reunidos.

Los temas de conversación al estilo de los chicos grandullones: BMW, la nueva serie 5. Un tiroteo en Söder^[12] el fin de semana anterior. Nuevos métodos para entrenar los bíceps.

Dos tíos zampaban atún en envases de medio kilo. Un tercero sorbía una bebida proteínica gris. Además le daba mordiscos a una barrita energética. Se trataba de atiborrarse de proteínas nada más acabar el entrenamiento. Reconstruir las células musculares agotadas con un tamaño aún mayor.

Una cara desconocida entre los chicos, un tío nuevo.

Mrado era grande. El tío nuevo: gigantesco.

No respetó el ritual habitual: venir algunas veces, mantenerse al margen. Fijarse en las cosas. Mostrar humildad. Mostrar respeto. Ese tío gigantesco estaba sentado en medio con los chicos.

Parecía creerse que era uno más del grupo. Por lo menos se mantenía callado de momento.

Mrado se puso los calcetines. Esperó. Siempre era lo último que se ponía. Quería tener los pies bien secos.

—Tengo un trabajo este fin de semana, por si hay alguien que esté interesado.

—¿De qué va? —preguntó Patrik. Sueco. Ex cabeza rapada que había dejado a los suyos y llevaba un año trabajando con Mrado. Los tatuajes nazis habían desaparecido en un arrebato. Eran difíciles de distinguir. Más bien una mancha verde.

—Nada importante. Necesito algo de ayuda, nada más. Lo de siempre.

—¿Cómo coño vamos a poder trabajar si no sabemos lo que es?

—Tranquilo, Patrik. No hace falta que montes un pollo. He dicho que lo de siempre.

—Claro, Mrado. Estaba de vacile. Perdona. ¿Pero de qué se trata?

—Necesito ayuda para las recaudaciones, ya sabéis, mis itinerarios en el centro.

Ratko, compatriota, amigo y compañero de armas de Mrado, levantó las cejas.

—¿Recaudaciones? ¿Es algo aparte de lo habitual? ¿No pagan cada fin de semana lo que corresponde?

—Sí, la mayoría. Pero no todos. Ya sabes cómo es. Quizá haya algunos sitios nuevos que también nos quieran.

Uno de los pocos árabes del gimnasio, Mahmud, se estaba poniendo cera en el pelo.

—Lo siento, Mrado, tengo que entrenar, ya sabes. Hago una sesión más todas las noches.

Mrado contestó:

—Entrenas demasiado. Ya sabes lo que se suele decir, Ratko. Hay dos cosas que hacen que te salgan rozaduras en el culo: ser demasiado pequeño en el trullo y tener que tomar por el culo, y estar todo el tiempo en el gimnasio y cagarte demasiado en los calzoncillos.

Ratko se rió a carcajadas.

—¿El trabajo es para toda la noche?

—Creo que puede llevar un buen rato. Ratko, ¿te vienes? ¿Patrik? ¿Alguien más? Sólo necesito un poco de apoyo. Ya sabéis, alguien que se encargue de que no parezca que estoy solo.

Nadie más se apuntó.

El tío gigantesco abrió la boca:

—Con lo jodidamente esmirriado que eres, debes de necesitar todo un ejército de tíos.

Silencio en el vestuario.

Dos posibles alternativas. El tío gigantesco se creía que era gracioso, intentaba ser uno del grupo. O el tío gigantesco le estaba desafiando. Buscaba la confrontación.

Mrado miró fijamente de frente hacia el vacío. No hizo ni un gesto. El sonido de la música arriba, en el gimnasio, llegaba con claridad. Mrado: el hombre que podía paralizar a todo un club de culturistas.

—Eres un tío grandullón. Eso te lo reconozco. Pero córtate.

—¿Y por qué? ¿No se pueden hacer bromas aquí o qué?

—Tú sólo córtate.

Ratko intentó calmar la situación:

—Tú, tranquilo. Claro que se pueden hacer bromas, pero...

El tío gigantesco saltó:

—Vete a la mierda. Hago bromas cuando y donde quiero.

Silencio sepulcral en el vestuario.

El mismo pensamiento en la cabeza de todos: el nuevo tío gigantesco está jugando a la ruleta rusa.

La misma pregunta en el coco de todos: ¿quería que lo sacaran en camilla?

Mrado se levantó. Se puso la chaqueta.

—Chaval, será mejor que subas y hagas lo que has venido a hacer aquí.

Mrado salió del vestuario.

Sin problemas. Tranquilo y calmado.

Doce minutos después. En la parte de arriba, en la sala del gimnasio. El tío gigantesco delante del espejo. Una pesa de cuarenta y cinco kilos en cada mano. Oscilaba ligeramente con el ritmo. Las venas como gusanos a lo largo de la parte inferior de los brazos. Los bíceps grandes como balones de fútbol. Arnold Schwarzenegger: puedes irte a la ducha.

El chico hacía esfuerzos. Resoplaba. Gemía.

Contaba cada repetición. Seis. Siete...

Eran las doce de la noche. En teoría el gimnasio estaba vacío.

Mrado, en la recepción, escribía la sesión del día en su cuaderno.

... Ocho, nueve, diez...

Patrik subió. Habló con Mrado. Le dijo:

—Te llamo el viernes para lo del trabajo. Creo que me apunto. ¿Vale?

—Cojonudo, Patrik. Cuento contigo. Ya hablaremos cuando me llames.

... Once, doce. Pausa. Descansar un minuto. Pero sin dejar que los músculos se enfríen.

Mrado se dirigió hacia el tío gigantesco. Se puso junto a él. Le miró fijamente. Los brazos cruzados.

El tío gigantesco hizo caso omiso. Volvió a empezar la cuenta. Resoplaba.

Uno, dos, tres...

Mrado levantó una pesa de veinticinco kilos. La levantó dos veces al mismo ritmo que el tío gigantesco. Mucho peso para unos bíceps recién entrenados.

... Cuatro, cinco.

Dejó caer la pesa en el pie del tío gigantesco.

Gritó como un cerdo acuchillado. Soltó sus pesas. Se agarró el pie. Saltaba sobre una pierna. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Mrado pensó: Pobre capullo imbécil. Deberías haber dado un paso atrás y haberte puesto en guardia.

Mrado dio una patada circular con todas sus fuerzas contra la otra pierna del tío. Ciento cincuenta kilos se desplomaron contra el suelo. Mrado encima de él. Inesperadamente rápido. Con la precaución de dar la espalda a la ventana. El revólver fuera. Smith & Wesson Sigma 38. Era pequeño, pero según Mrado era práctico que se pudiera llevar con facilidad debajo de una chaqueta sin que se notara.

Los que estaban fuera no podían ver lo que pasaba. Usar una pistola en un marrón: inusual en Mrado. Aún más inusual en el gimnasio.

El cañón en la boca del tío gigantesco.

Mrado le quitó el seguro al arma.

—Entérate bien, chiquitín. Me llamo Mrado Slovovic. Éste es nuestro gimnasio. No vuelvas a poner un pie aquí. Si es que te queda algún pie, claro.

El tío gigantesco, más acabado que un famoso de un *reality* después de tres meses, se dio cuenta de que se había equivocado de camino.

Quizá de manera definitiva.

Quizá era el final.

Mrado se levantó. Mantuvo el arma hacia abajo, apuntando al tío gigantesco, la espalda hacia la ventana. Importante. El tío gigantesco seguía tumbado en el suelo. Mrado se puso sobre su pie destrozado: ciento veinte kilos de Mrado sobre dedos recién machacados.

El tío gigantesco gimoteaba. No se atrevía a escabullirse.

Mrado se fijó: ¿era una lágrima lo que veía en la esquina del ojo de ese tío?

Dijo:

—Chaval, es hora de irse a casa a la pata coja.

Cae el telón.

Capítulo 4

La vida pasaba muuyyyy lentamente. Estar encerrado todas las tardes desde las ocho hasta las siete de la mañana daba mucho tiempo para pensar en la celda. Un año, tres meses y ya dieciséis días en el trullo. A prueba de fugas, decían. Olvídalo.

Jorge se subía por las paredes. Tenía ganas de echar un pito. Dormía mal. Iba al váter una y otra vez. Traía locos a los monos. Tenían que abrirle cada vez.

Las noches en blanco producían largas cadenas de pensamientos sobre recuerdos serios.

Pensaba en su hermana, Paola. Le iba bien en la universidad. Había elegido otra vida. Estilo vikingo, seguridad. La adoraba. Preparaba frases para decírselas cuando saliera, cuando pudiera verla de verdad. No sólo mirar la foto que había colgado junto a la cama.

Pensaba en su madre.

Se negaba a pensar en Rodríguez.

Pensaba en diferentes planes. Pensaba en el Plan. Sobre todo, entrenaba más que nadie.

Cada día daba veinte vueltas alrededor de la prisión por el interior de los muros. La longitud total: ocho kilómetros. Cada dos días: entrenamiento en el gimnasio de la prisión. La prioridad número uno, los músculos de las piernas. La parte anterior, la posterior, muslos y pantorrillas. Usaba los aparatos. Concienzudamente. Después estiraba meticulosamente. Los demás pensaban que estaba pirado. Metas: cuatrocientos metros en menos de cincuenta segundos, tres kilómetros en menos de once minutos. Quizá lo consiguiera ahora que había reducido el tabaco.

La zona estaba bien cuidada. La hierba bien recortada. Los arbustos bajos. Nada de árboles altos. El riesgo era evidente. Senderos de gravilla alrededor de los edificios. Bueno para las rodillas cuando corría. Grandes superficies con césped. Dos porterías de fútbol.

Una pequeña cancha de baloncesto. Algunos bancos con barra para hacer pectorales al aire libre. Podría haber sido un agradable campus universitario. Lo que estropeaba el espejismo: un muro de siete metros de altura.

Correr, la especialidad de Jorge. Tenía una constitución fibrosa como la de un guerrillero, nada de músculos inflados, nada de grasa innecesaria. Venas que se marcaban con claridad en los antebrazos. Una enfermera del colegio le dijo una vez que era el sueño de cualquier centro de donación de sangre. Jorge, joven y tonto, le dijo que soñara con otro porque era fea de cojones. En esa ocasión no hubo revisión médica para él.

Tenía el pelo liso, castaño oscuro, peinado hacia atrás. Los ojos: marrón claro. Pese a todo lo que había pasado en el barrio, una cierta inocencia en la mirada. En su momento le había facilitado vender farla.

Durante la semana trabajaban en los talleres. Les permitían salir en dos ocasiones todos los días: una hora para comer y entre las cinco y la cena, a las siete. Después, encerrados a cal y canto. Solamente estar en la celda. Los fines de semana tenían más tiempo al aire libre. Jugaban al fútbol. Hacían pesas. Se quedaban de pie en grupos. Fumaban, susurraban, se fumaban un porro cuando los monos no les veían. Jorge entrenaba.

Había empezado a estudiar a distancia en la Komvux^[13]. La dirección de la prisión lo valoraba. Le daba posibilidades de estar solo sin levantar sospechas. Estaba sentado con la puerta de la celda abierta y estudiaba entre las cinco y la hora de la cena todas las tardes. Un numerito que funcionaba. Los monos asentían con la cabeza como gesto de aprobación. *Putos* *.

La celda, pequeña: seis metros cuadrados de color marrón claro, ventana de medio metro cuadrado. Tres barrotes de acero horizontales pintados de blanco con veintidós centímetros de separación impedían la fuga. Pero el rey, Ioan Ursut, lo había conseguido. Régimen durante tres meses y luego se embadurnó de mantequilla. Jorge solía preguntarse qué le habría resultado más difícil deslizar entre los barrotes, si la cabeza o los hombros.

La decoración era espartana. Cama con un colchón fino de goma-espuma, escritorio con dos estantes encima y la correspondiente silla con respaldo de barrotes, un armario y un perchero de pared. Sin sitio para esconder nada en ningún sitio. Un listón de madera recorría toda la pared para fijar pósteres en él. No se podía pegar nada directamente a la pared; por el riesgo de que se escondieran drogas u otra cosa tras lo que se colgase en la pared. Jorge había puesto la foto de su hermana y un póster. Un clásico en blanco y negro: el Che, con barba desaliñada y boina.

Los monos revisaban la celda dos veces por semana. Buscaban drogas, alcohol fermentado casero u objetos metálicos grandes. Trabajaban a contracorriente. El lugar estaba hasta arriba de maría, alcohol casero y pastillas de Subutex^[14].

El entorno le provocaba claustrofobia. Otros días lo llevaba mejor: los pensamientos sobre la fuga eran un subidón. Mientras tanto, se comportaba como un puñetero drogata, de los que se esconden para ponerse. Se apartaba de todo y de todos. Peligroso/innecesario. Una sospecha sobre su plan y todo podría irse al traste; los capullos soplones les lamían el culo a los monos.

Pensaba en sus orígenes. Profesores disimuladamente racistas en Sollentuna. Asistentes sociales tontas, profesores de enseñanza especial cobardes, maderos puñeteros. Buenas condiciones para los predestinados malos pasos de un chaval del extrarradio. No tenían ni puta idea de la vida marginal. La justicia desplazada por las propias leyes de las bandas del extrarradio. Pero Jorge nunca se quejó. Especialmente ahora. Pronto estaría fuera.

Meditaba sobre el tráfico de farla. Recopilaba teorías. Analizaba. Tejía ideas. Aprendía de Rolando y de los demás.

Tenía sueños raros. Dormía mal. Intentó leer. Se hizo una paja. Escuchó a Eminem, Latin Kings y Santana. Pensó en su entrenamiento. Se hizo otra paja.

El tiempo pasaba la leeeeeche de despacio.

Jorge analizaba. Meditaba. Memorizaba. Fluctuaba entre subidones de ánimo y angustia. Se tomaba a sí mismo más en serio que nunca. Nunca en toda su vida había pensado tanto en algo. Tenía que funcionar. Jorge no tenía a nadie en el exterior que estuviera dispuesto a correr riesgos demasiado grandes. Consecuencia: estaba obligado a encargarse él mismo de la mayor parte. Pero no de todo.

Rolando no había vuelto a mencionar su conversación del comedor sobre la fuga. El tío parecía ser de fiar. Si hubiera soltado algo, el rumor habría corrido por Österåker desde hacía mucho. Pero Jorge necesitaba ponerle aún más a prueba. Corroborar que era el momento de revelar parte de su plan. El hecho era que necesitaba la ayuda de Rolando.

El primer problema real: necesitaba hablar con ciertas personas y debía tener cosas preparadas. Necesitaba unas horas fuera de la prisión. Österåker ya no daba permisos normales. Por otra parte, los internos podían obtener un permiso vigilado si tenían motivos especiales. Jorge lo había solicitado hacía dos meses. Tuvo que rellenar el impreso 426a. Indicó como motivo «estudiar y ver a la familia». Sonaba bien. Además era verdad.

Apreciaban que estudiara. Les gustaba que no formara parte de ningún grupo. Se consideraba que se portaba bien. Nada de follones. Nada de colocarse. Nada de broncas. Obediente sin ser un gilipollas.

Le concedieron un día, el 21 de agosto, por motivos de estudio y familiares. Incluso le dieron permiso para ir de compras y verse con amigos. El primer día en el exterior de los muros desde que ingresó. Prepararon un horario. Sería un día caótico. Fantástico. Quizá todo resultara, tenía que hacer un buen trabajo. J-boy no iba a pudrirse en Österåker el resto de la vida ni en broma.

El único problema: en los permisos de ese tipo siempre se iba acompañado de tres monos.

Y llegó el día D. Doce horas de histeria bien planificada.

A las nueve, Jorge y los monos que le vigilaban se subieron al minibús de la prisión en dirección a Estocolmo. Directamente a la Biblioteca de la Ciudad.

Jorge hizo bromas con los monos cuando entraron.

—¿Voy a reunirme con un nazi o qué?

No le entendieron.

—¿Qué quieres decir?

—Un bibliotecario.

Se troncharon.

Buen ambiente en el minibús.

El día empezaba bien.

Cincuenta minutos más tarde aparcaban en el centro.

Calle Odengatan.

Se bajaron.

Subieron la escalinata de la biblioteca.

En el interior: la Rotonda. A Jorge le molaba la altura del techo. Los monos le miraron de reojo. ¿Interés por la arquitectura o qué?

Preguntó por Riitta Lundberg. La superbibliotecaria. Ya le había contado la historia anteriormente, por teléfono: estudiaba a distancia en la Komvux desde una penitenciaría. Necesitaba buenas notas en el bachillerato para poder empezar una vida nueva cuando saliera. Buaa, buaa. Estaba haciendo un trabajo sobre la historia de Österåker y la

localidad en general. Trataría sobre el desarrollo cultural de la población.

Apareció Riitta. Era como Jorge se la había imaginado: académica tipo comunista con jersey tejido a mano. Un collar que parecía una vértebra barnizada. El prototipo de una bibliotecaria de carne y hueso.

Los monos se distribuyeron por la Rotonda. Se sentaron junto a las salidas. Le vigilaban a distancia.

Jorge sacó su voz melosa. Disimuló el acento de Rinkeby^[15] :

—Hola, ¿eres Riitta Lundberg? Soy Jorge. Hemos hablado por teléfono.

—Por supuesto. Eres el que está haciendo un trabajo sobre la historia de Österåker.

—Más o menos. Me parece una zona muy interesante. Está habitada desde hace miles de años.

Jorge había hecho los deberes. En la prisión había folletos. En la biblioteca del trullo se podían sacar algunos libros. Se sentía el amo de los trucos baratos.

Siempre que no le oyeran los monos.

Ella se lo tragó. Había preparado lo que él necesitaba después de su conversación telefónica. Algunos libros sobre la zona. Pero sobre todo mapas y fotografías aéreas.

Qué maja, qué maja Riitta.

Los monos comprobaron que las ventanas de la sala de lectura estaban a suficiente altura del suelo. Luego esperaron en la sala grande, junto a la salida.

La cosa estaba tranquila. No se enteraban de *nada* *.

Tres horas de lucha intelectual con los mapas y las fotos. No tenía costumbre. Pero no estaba totalmente perdido. Había mirado los mapas de la guía telefónica y libros de mapas de la biblioteca de la prisión en las semanas previas para aprender cómo estaban diseñados. Lamentó haber hecho pellas en las clases de geografía del colegio.

Extendió todos los documentos ante sí. Pidió que le dejaran una regla. Repasó los mapas uno a uno. Las fotos aéreas una a una. Eligió los mapas que mejor mostraban el terreno y los caminos. Eligió las fotos más detalladas. Buscó carreteras cercanas, las zonas boscosas más próximas, senderos claramente marcados. Estudió los lugares de vigilancia que conocía, su ubicación y la relación entre sí. Comprobó los

accesos a la autopista. Las posibilidades de tomar diferentes rutas alternativas. Se aprendió las señales de las zonas pantanosas, de las elevaciones del terreno, de los bosques. Vio que el terreno era bueno. Midió. Se hizo una composición mental. Reflexionó. Marcó. Evaluó.

¿Cuál era la mejor escapatoria?

El interior: dos edificios principales de una planta con las celdas de los internos y un edificio de dos plantas con las zonas de trabajo y el comedor. Además, había un pequeño edificio con la enfermería, el de los monos de varios pisos, el comedor de los monos y la zona de visitas. Entre los primeros edificios y los últimos había un muro más.

El exterior de la prisión: zona talada de unos treinta metros con la excepción de unos pocos arbustos, maleza y árboles jóvenes de menor tamaño. Luego, bosque durante kilómetros. Pero había pequeños caminos.

Cerró los ojos. Memorizó. Estudió de nuevo las imágenes y los mapas. Repasó las alturas. Se cercioró de que entendía qué líneas indicaban las diferencias de altura del terreno. Cuáles eran caminos. Cuáles eran cursos de agua. Se fijó en las escalas, diferentes en los distintos mapas. Un centímetro representaba cincuenta metros, un centímetro era trescientos metros, etcétera. Jorge: más meticuloso de lo que nunca hubiera podido imaginarse. Creó una imagen general de toda el área.

Al final tuvo tres alternativas para el lugar de escapada y tres para el coche que esperaba. Hizo una copia de un mapa. Marcó los lugares en el mapa. Los numeró. Lugar A, B y C. Lugar uno, dos y tres. Se los grabó en la memoria.

Lo volvió a comprobar todo.

Salió.

Los monos se habían aburrido. Jorge se disculpó. No había que tener roces con ellos ese día. Cuando terminó parecieron contentos.

La siguiente parada era la más importante de todas las del día: el primo de Jorge, Sergio. Hermano de armas de los tiempos de Sollentuna. La clave del plan.

Jorge y los monos entraron en el McDonald's que había junto a la biblioteca. El olor a hamburguesas le trajo recuerdos.

Se saludaron con una gran sonrisa.

—¿Primo ?* ¡Qué alegría verte!

Sergio: vestido con un chándal negro. Una gorra de rejilla como un puñetero cocinero. Saludó a Jorge haciendo chocar su puño contra el de

él. Típico de las bandas. Era innecesario que su primo fuera en plan gánster cuando los monos estaban mirando.

Se sentaron. Charlaron de cosas intrascendentes. Todo en español. Sergio invitó a los cuatro a hamburguesas. Cojonudas. Los monos se sentaron a otra mesa. Comían como cerdos.

McDonald's parecía más moderno que la última vez que Jorge había ido. Nueva decoración. Sillas de madera clara. Las fotos de las hamburguesas tenían un aspecto mucho más aparente. También las cajeras tenían un aspecto más aparente. Más ensaladas y verdura; la opinión de Jorge: comida de conejos. Sin embargo era el símbolo de la libertad. Sí, sonaba tonto, ñoño, pero McDonald's era algo especial para J-boy. Su restaurante favorito. Su punto de encuentro. La dieta básica de la peña del extrarradio. Pronto podría estar ahí a su aire.

Se sentía agobiado. Tenía que ir al asunto.

Le contó a Sergio su plan de fuga resumido.

—En un mapa están marcados tres posibles sitios y otros tres posibles. En uno de los sitios, marcado con una cifra, tiene que estar el coche. En uno de los sitios marcados con una letra tienes que seguir el resto de las instrucciones. No sé aún qué sitios son los que van mejor. Tengo que volver y meditarlo. Te escribiré cuáles serán en una carta, en la tercera línea desde el final pondré la cifra y la letra que indican el lugar. La copia del mapa y las instrucciones están dobladas en la página cuarenta y cinco de un libro que se llama *Legal Philosophies*. El autor se llama Harris. En la Biblioteca de la Ciudad, ahí al lado. ¿Lo entiendes? — preguntó Jorge.

Sergio: no era el hombre más listo del mundo, pero de estas cosas se enteraba. Jorge con una eterna deuda de gratitud, pese a que tenía que encargarse de la planificación por su cuenta. Sergio lo cumpliría todo lo bien que pudiera.

Jorge preguntó por su hermana. El olor a McDonald's mezclado con los recuerdos de Paola. Los momentos con comida basura significaban nostalgia.

El resto de su conversación fueron tonterías, hablaron de familiares, antiguos colegas de Sollentuna y pibas. Paripé delante de los monos.

Ya era hora de largarse.

Cuando se despidieron, Jorge le dio a Sergio cuatro besos en cada mejilla. Intercambiaron frases de cortesía chilenas.

Ya eran las cuatro. A las siete tenían que volver él y los monos.

Siguiente parada: tenía que comprar calzado. Había pedido catálogos. Había leído sobre el tema. Había llamado a las tiendas. Investigado. Gel, Air, Torsión y el resto de las técnicas para calzado cómodo. Todas las chorradas/tecnología de pega del mundo. Se trataba de ir más allá de la palabrería. Comprar cosas buenas de verdad. Las dos cualidades necesarias: buen calzado de carrera, importante; la mejor capacidad de absorción de impacto del mercado, aún más importante. A los monos les pareció que sería divertido ir a tiendas de deporte cutrecillas. Jorge controlaba. Stadium en la calle Kungsgatan tenía el surtido más amplio.

Cogieron el minibús hasta un aparcamiento en la calle Norrlandsgatan. Jorge pidió que le dejaran conducir ese corto trayecto. Los monos dijeron que no.

Bajaron del coche. Uno de los monos le pidió a un tipo que acababa de aparcar que le cambiara un billete de veinte en monedas de una corona. El mono pagó el tique de aparcamiento.

Salieron a la calle.

Una sensación fabulosa. La ciudad. La calle Kungsgatan. El pulso. El calor de agosto. Jorge se acordaba. Conduciendo por Kungsgatan en un BMW 530i, también llamado el buga de los farloperos. Dos días antes de que le entrullaran. En realidad, el coche se lo había dejado un amigo durante una temporada, pero así y todo, con estilo, había vivido la vida. Había vivido a lo grande. Pibas. Había vivido según su reputación.

Y ahora: Jorge había vuelto a la ciudad.

¿Qué había aprendido desde entonces? Por lo menos sabía una cosa: lo siguiente que fuera a hacer estaría bien planificado. Y entonces se dio cuenta de lo que le diferenciaba de muchos otros. Se sentía el más grande, el mejor, el más seguro. Pero todos en su entorno pensaban eso de sí mismos. La diferencia era que en el fondo Jorge sentía que no era así; y ésa era su fuerza. Haría que en el futuro siempre se pensara las cosas dos veces. Siempre planificar, preparar: tener éxito en lo imposible.

Siguió soñando.

Miró a su alrededor. Los monos en posición a su alrededor.

La gente se movía por la calle. El ritmo de la vida en libertad. Miraba fijamente. *Chicas* * guapas. Casi se había olvidado: las tías siempre estaban mucho más guapas en verano que en invierno. Pero claro que eran las mismas tías. ¿Cómo podía ser? Un misterio.

Y Jorge pronto estaría fuera. Deslizarse por Kungsgatan. Pellizcar un montonazo de traseros. Levantarse a todas las pibas. Poder ser Jorge de nuevo.

*Joder**, qué ganas de estar fuera. Le habían concedido un permiso. Sólo eso ya era tener mucha suerte. Sólo con tres monos en Kungsgatan. Vaya oportunidad. Salir corriendo sin más. Estaba en forma. Fuerte. Conocía la ciudad. Era un niño travieso. Por otra parte, el riesgo era demasiado grande. Los monos estaban siendo agradables pero sabían hacer su trabajo. Estaban totalmente pendientes. Le observaban al máximo. Controlando al máximo. Podía joderla para nada. Ir por libre. Interrumpir el permiso. Impedirle completar su verdadero plan.

No estaba preparado. No podía huir en ese momento. El riesgo de joderla era demasiado grande.

La dependienta estaba buena. *Jorge*, salido. Pero el calzado era más importante que ligar. No había el modelo que él quería. Ya lo sabía. Asics 2080 Duomax, con gel en los talones. Principal cualidad: buenísima absorción del impacto. Sin embargo, dio vueltas por la tienda durante un rato. Era grande. Él y los colegas a los trece años habían levantado cosas de ahí, cuando Sollentuna se les quedó pequeño. De nuevo: imágenes de la adolescencia. Primero McDonald's y luego la tienda de deportes. ¿Qué coño pasaba?

Dio una vuelta por las otras secciones, por mirar. Además de los zapatos compró un par de pantalones para correr y una camiseta de baloncesto.

Dieron las cinco. Iban bien de tiempo. Sólo quedaba una cosa. Tenía que ver a un amigo, un antiguo mono de la cárcel, Walter Bjurfalk. El tío había dejado el trabajo voluntariamente hacía un año. A los monos les parecía bien. No veían nada raro en que Jorge y el antiguo mono quedaran. Algunos monos se hacían amigos de los internos, sin más. Los monos que le vigilaban no tenían ni idea de por qué Walter había dejado el trabajo en realidad.

Estaban sentados en Galway's, en Kungsgatan. Un sitio de vikingos. El local decorado con el típico verde al estilo de los pubs irlandeses. Con pósteres en las paredes: Highgate & Walsall Brewing Co. Ltd. Intentaban ser ocurrentes: *En Dios confiamos; para todo lo demás: tarjeta o metálico*. Olía a cerveza. Era agradable.

Los monos se sentaron a unas mesas de distancia y todos pidieron café. Jorge pidió un agua mineral marca Ramlösa de la variedad con poco gas. La cerveza no estaba autorizada en los permisos vigilados. Walter pidió una Guinness. El camarero tardó diez minutos en tirarla.

Charlaron. Recuerdos del verano anterior, cuando hubo pequeños disturbios en Österåker. Lo que les había pasado a los tíos que habían montado bronca. Lo que les había pasado a los que habían vuelto a entrar. Al final, cuando había pasado media hora, Jorge bajó la voz, preguntó aquello por lo que había ido:

—Walter, tengo un asunto serio que hablar contigo.

Walter levantó los ojos de su cerveza con curiosidad en la mirada.

—Dispara.

—Me voy a largar. Y una mierda me voy a pudrir yo tres años más en la cárcel. Tengo una idea que puede funcionar. Confío en ti, Walter. Siempre fuiste un buen guardia. Yo sé por qué pediste la baja. Lo sabemos todos. Tú eras bueno con nosotros. Nos ayudabas. ¿Me quieres ayudar ahora? Por supuesto que suelto pasta.

Jorge, seguro al noventa y nueve por ciento de Walter. El último porcentaje: Walter podía estar haciendo un doble juego. En ese caso, J-boy estaba jodido.

Walter se lanzó:

—Es difícil escaparse de Österåker. En los últimos diez años sólo lo han conseguido tres tíos. A todos los han pillado en menos de un año después de escapar. Porque eso es lo más difícil, ocultarse después de la fuga. Mira lo que les pasó a Tony Olsson y a los otros chavales. Más te vale haberlo planeado todo bien. De lo contrario estás perdido. Ya lo sabes, estaban ocultos debajo de un puente en Sorunda cuando las fuerzas especiales los cogieron. No tenían ninguna posibilidad. Por otro lado eran violentos. Joder, que se aguanten. Yo ya no estoy en el sector, por así decirlo, no sé si puedo ayudarte. Pero por pasta lo puedo intentar. Dime lo que quieres. Yo no cantaré jamás, eso lo sabes.

Jorge ya se había decidido. Iba a apostar por Walter.

—Necesito que me digas algunas cosas. Te doy cinco mil pavos si me ayudas.

—Ya te digo que lo intentaré.

Una sensación rara. Sentado en el exterior en un pub, los monos sólo a unos metros de distancia, y hablando de planes de fuga con un ex mono. Tensión facial. Control del lenguaje corporal. Encargarse de que no se le notara lo estresado que estaba. Jorge puso las manos en las rodillas, bajo la mesa. Las piernas cruzadas. Jugeteaba con una servilleta. La rompió en tiras. Intentó concentrarse.

—Dos preguntas. Primero quiero saber cuáles son las rutinas que siguen los monos cuando nos vigilan mientras tenemos tiempo libre y podemos estar en el patio. Luego necesito saber cuánto tardarían en iniciar la persecución de alguien que escape saltando por encima del muro, posiblemente cerca del edificio D del lado sur.

Walter dio un sorbo a su cerveza. Se le quedó espuma en él labio superior.

Empezó a hablar de lo que había hecho el verano anterior. Charleta sin interés. Jorge le miró: Walter estaba pensando, meditando, pero no quería soltar prenda por los monos.

Jorge miró de reojo. Los monos hablaban entre sí. Se relajaban.

Mola.

Se tranquilizó.

Walter sabía lo suyo. Hizo un repaso a lo que controlaba. Buena información. Útil. Por ejemplo: ubicación de los espacios de vigilancia, alertas de fuga, códigos de comunicación, rutinas prefijadas. Horas de los cambios de turno, horarios para las inspecciones, sistema de alarma. Los planes de alerta A y B, de los que A era intento de fuga de un solo interno, B intento de fuga de varios. Se saltó el C, alerta en caso de motín. Los conocimientos de Walter valían su peso en oro.

Jorge, eternamente agradecido. Prometió encargarse de las cinco mil coronas de Walter en unas semanas.

Los monos hicieron un gesto con la mano.

Hora de volver.

J-boy se dijo a sí mismo: Ya estoy más fuera que dentro.

Capítulo 5

Nadie de la parte alta de Estocolmo sabía lo siguiente de Johan Westlund, alias JW, el pijo *más* pijo de todos los pijos. Era un ciudadano normal, un perdedor, un triste suequito medio. Era un pufo, un engaño que jugaba un doble juego a lo grande: llevaba una vida de lujo con los chicos de dos a tres días por semana mientras que el resto del tiempo tenía que racanear al máximo para que le cuadraran las cuentas.

JW fingía ser un megapijo. En realidad era un muerto de hambre. Comía pasta con ketchup cinco días a la semana, nunca iba al cine, se colaba en el transporte público, se llevaba el papel higiénico de los baños de la universidad, mangaba comida en el supermercado ICA y calcetines Burlington en NK^[16], se cortaba el pelo él mismo, compraba su ropa de marca de segunda mano y se colaba gratis en el gimnasio SATS, cuando la chica de recepción no se daba cuenta. Vivía como huésped en casa de una tal señora Reuterskiöld. Justo eso sí que lo sabían Putte, Fredrik, Nippe y los otros chicos. Que vivía realquilado era lo único que no había podido ocultar de su verdadera situación. En cierto modo lo aceptaban.

JW se convirtió en un experto en estrategias de ahorro. Usaba las lentillas sólo los días en que se veía obligado a hacerlo y llevaba las lentillas de un mes de duración mucho más del tiempo máximo, hasta que los ojos le escocían. Siempre llevaba su propia bolsa cuando iba a comprar comida, se hacía su propia mezcla de muesli para el desayuno, compraba alimentos de la marca Euro-shopper^[17], rellenaba botellas de Absolut con vodka barato de Alemania; milagrosamente nunca notaban nada.

Cuando nadie le veía, JW llevaba una vida mísera. Muy mísera.

La parte de los ingresos iba muy ajustada. Recibía dinero del Estado: subvención para estudios, préstamo de estudios y subvención para vivienda. Pero con sus hábitos eso no daba para mucho. Le salvaba su trabajo extra: taxista ilegal.

Era difícil cuadrar los números. En una noche se ventilaba con los chicos fácilmente dos mil coronas. En una buena noche con el taxi se sacaba con suerte la misma cantidad. Sus ventajas como conductor: era joven, sueco y con buena pinta. Todos se atrevían a subirse con JW.

La dificultad del juego consistía en convertirse en uno de ellos de verdad. Se había leído *Fredrik & Charlotte*^[18], había aprendido la jerga, la etiqueta, las reglas y las normas no escritas. Escuchaba con atención la manera de hablar, el tono nasal. Se esforzó hasta que borró

su dialecto del norte. Aprendió a utilizar la expresión «vaya cutrez» de manera correcta, aprendió qué ropa gustaba, los destinos de esquí en los Alpes que contaban, qué sitios de veraneo dentro de Suecia valían. No era difícil imaginárselo. Torekov, Falsterbo, Smådalarö, etcétera. Sabía que se trataba de gastar con clase. Comprar un reloj Rolex, comprar un par de zapatos Tod's, comprar una chaqueta de Prada, comprar un portafolios Gucci de piel de cocodrilo para los apuntes de clase. Estaba deseando llegar al siguiente paso: comprar un BMW descapotable para poder completar la última de las tres condiciones: pelo peinado hacia atrás, bronceado, BMW.

JW lo hacía bien, funcionaba. La alta sociedad le aceptó. Contaba. Se le consideraba divertido, guapo y generoso. Pero sabía que de todas formas algo notaban. En su historia faltaba algo, no conocían a sus padres, no conocían el colegio al que había ido. Y era difícil mantener las mentiras. ¿Se preguntaban a veces si de verdad había estado en St. Moritz en la semana blanca? Ninguno de los que había ido allí en esas fechas le recordaba. ¿Realmente había vivido en París, muy cerca del barrio de Marais? Su francés desde luego no era estupendo. Tenían la sensación de que algo no cuadraba, pero no sabían qué. JW era consciente de sus dificultades, camuflarse, adaptarse y parecer auténtico en el fondo. Ser aceptado.

¿Y por qué? Él mismo no sabía la respuesta. No porque no lo hubiera meditado: entendía que era una búsqueda de afirmación, un método para sentirse especial. Pero no entendía por qué lo había elegido. Justo esa manera, que era el camino más directo a la humillación. Si le descubrían, más le valía dejar la ciudad. A veces pensaba que era justo por eso por lo que lo hacía, para averiguar de una manera autodestructiva hasta dónde podía llegar. Para obligarse a pasar la vergüenza de ser descubierto. En el fondo, Estocolmo le daba lo mismo. No era de ahí. No sentía que pudiera conseguir ahí nada más profundo que llamar la atención, fiestas, tías, la vida glamurosa y el dinero. Cosas superficiales. Podría ser cualquier ciudad. Pero en ese momento lo que funcionaba era la capital.

JW tenía una historia real. Venía de Robertsfors, al norte de Umeå, y se mudó a Estocolmo en segundo curso de bachillerato. Cogió el tren sin sus padres, con dos maletas y la dirección del primo de su padre. Se quedó ahí tres días, luego arregló lo de la señora Reuterskiöld. Se lanzó al mundo en el que ahora se encontraba. Cambió de estilo, de manera de vestir y de peinado. Empezó en el instituto de bachillerato Östra Real^[19], iba con la gente correcta. Al principio sus padres estaban preocupados, pero cuando decidía hacer algo no podían evitarlo. Después se tranquilizaron: si él estaba contento, ellos estaban contentos.

JW pensaba poco en sus padres. Durante largas temporadas era como si no existieran. El viejo era supervisor en un aserradero, lo más opuesto posible a los planes de vida de JW. La madre trabajaba en la oficina de empleo. Estaba muy orgullosa de que él fuera a la universidad.

Por el contrario, en lo que sí pensaba con frecuencia era en un acontecimiento de la propia familia. Una tragedia extraña y sin resolver. Un hecho que todos conocían en Robertsfors pero que nunca mencionaban.

La hermana de JW, Camilla, llevaba desaparecida cuatro años y nadie sabía qué había pasado. Transcurrieron semanas antes de que nadie se diera cuenta de que había desaparecido. En su piso de Estocolmo no había ni rastro. En las conversaciones con sus padres no había pistas. Nadie sabía nada. Quizá fuera sólo un malentendido. Quizá se había cansado de todo y se había largado al extranjero. Quizá era una estrella de Bollywood y vivía a lo grande. JW no soportó el ambiente tras el suceso. Papá Bengt se había entregado a la bebida, a la autocompasión y al silencio. Mamá Margareta había intentado mantener todo a flote. Se convenció de que era un accidente, se convenció de que funcionaría si uno se implicaba en el club local de Amnistía, si trabajaba aún más, si iba a un terapeuta y hablaba de sus pesadillas, de manera que, como el capullo del psicólogo se las recordaba dos veces por semana, las volvía a soñar una y otra vez. Pero JW sabía lo que él creía: no había ni la más puñetera posibilidad de que a Camilla le hubiera dado por marcharse a algún sitio y negarse a dar señales de vida en cuatro años. Se había ido de verdad. En el fondo todos pensaban lo mismo.

Eso le reconcomía. Y había un culpable que no había pagado por ello.

El ambiente en casa amenazaba con destrozarle. Se vio obligado a marcharse. Al mismo tiempo, se sintió obligado a repetir el viaje de su hermana. Camilla, tres años mayor, también se marchó pronto de Robertsfors, a los diecisiete años. Aspiraba a algo más que a consumirse en el reino de la falsa felicidad. Su madre decía que cuando eran pequeños Camilla y JW se peleaban y se pegaban más que otros niños. No había nada positivo en su relación. Pero dos años después de que ella viviera en la ciudad, se desarrolló un vínculo. Él empezó a recibir SMS, a veces llamadas cortas, en ocasiones llegaban correos electrónicos. Alcanzaron una especie de entendimiento, sus aspiraciones iban en la misma dirección. JW podía verlo ahora, se parecían mucho. Camilla en la fantasía de JW: la reina de Stureplan. La guapa más salvaje de las fiestas. Admirada. Conocida. En el lugar que él iba a alcanzar.

El negocio del taxi ilegal era sencillo. Abdulkarim Haij, un árabe que había conocido en un bar hacía un año, le dejaba un coche. Lo recogía con el depósito lleno y lo devolvía con el depósito lleno. Los otros conductores de la ciudad le aceptaban; sabían que conducía para el árabe. El precio se acordaba para cada trayecto. JW escribía la información en un cuaderno, a qué hora recogía un cliente, adónde iba, cuánto le cobraba. El cuarenta por ciento del dinero iba para Abdulkarim.

De vez en cuando el árabe hacía controles. Por ejemplo, uno de sus socios fingía ser un cliente y hacía un trayecto en el coche con JW.

Abdulkarim comparaba luego lo que su espía había pagado y lo que ponía en el cuaderno. JW era honesto. No quería perder ese dinero extra. Era su salvavidas, su salvación en la carrera por conseguir puntos con los chicos.

JW tenía una única regla cuando conducía. No hacía carreras desde Stureplan. El riesgo de ser descubierto era evidente en su propio territorio.

JW iba a conducir esa noche. Recogió el coche en casa de Abdulkarim en Huddinge, un Ford Escort de 1994 que en algún momento había sido blanco. El interior estaba hecho un asco, no había reproductor de CD y el relleno de los asientos se había desplazado hasta los extremos. Se rió al ver los intentos del árabe por mejorar el coche: Abdul había colgado tres ambientadores en forma de pino en el retrovisor.

JW se dirigió hacia casa. Una noche fresca de agosto: perfecta para el negocio del taxi. Como siempre, era difícil encontrar aparcamiento en Östermalm. Los jeeps de ciudad ocupaban demasiado espacio. Se le cayó la baba cuando pasó junto a la nueva belleza de Porsche: Cayman S. El cruce entre un 911 con un Boxter: la definición de la belleza. Por fin encontró un sitio para aparcar. El Ford no era el coche más grande del mundo.

Subió a su habitación en casa de la señora Reuterskiöld. Eran las nueve. No tenía sentido empezar con el taxi antes de alrededor de medianoche. Se sentó con los libros de texto. Tenía examen cuatro días más tarde.

El piso estaba junto al parque Tessin. La zona por debajo de Gärdet le valía, la parte de encima de Gärdet no habría funcionado: demasiado estirada. La habitación tenía veinte metros cuadrados, con entrada propia, baño y una gran ventana sobre el parque. Tranquilo y silencioso, como quería la señora. El problema era que tenía que ser puñeteramente silencioso cuando conseguía llevarse a casa a alguna chica.

La decoración la componía una cama de un metro y veinte, un sillón con tapicería roja y un escritorio de Ikea en el que había puesto su portátil. Se lo había mangado a un memo despistado en la universidad. Facilísimo. Esperó hasta que el dueño se fue al baño. La mayoría se llevaba los ordenadores consigo pero algunos se arriesgaban. JW vio la posibilidad, lo metió en su bolsa y se marchó disimuladamente.

Su vieja lámpara de escritorio de la infancia estaba atornillada a la mesa con huellas pegajosas donde hubo pegatinas infantiles. Todo un corte. Era importante apagarla cuando conseguía ligar.

Ropa tirada por todos los lados. En la pared había un póster: Schumacher con un mono de Fórmula 1 echando champán desde el podio.

La habitación era sencillamente austera. Prefería ir a casa de las chicas.

JW no tenía nada en contra de estudiar. Hacía sus propios trabajos en lugar de copiar los de otros en la Red, participaba de manera activa en los seminarios cuando estaba preparado, intentaba que le diera tiempo a hacer los ejercicios prácticos después. Hacía todo lo posible por ser ambicioso.

Abrió los libros. Financiación era el examen más difícil. Necesitaba más tiempo.

Meditó, hizo cálculos, tecleó en la calculadora. Sus pensamientos volvían a la conversación con los chicos del día anterior. ¿Cuánto ganaba en realidad el patero por vender coca? ¿Cuánto sacaba al mes? ¿Qué márgenes tendría? Riesgos contra posibles ingresos. Tenía que poder calcularse.

JW hizo mentalmente una lista de sus objetivos en la vida. Uno: no descubrir su doble vida. Dos: comprarse un coche. Tres: llegar a ser riquísimo. Finalmente, averiguar lo que le había pasado a Camilla. Una manera de superar el suceso, si era posible.

Principles of Corporate Finance. Repasó siete páginas.Cuál es la diferencia entre financiar una empresa por medio de acciones y por medio de préstamos. ¿Cómo cambia el valor de la empresa? Acciones preferentes, valores Beta, ratio de retorno, obligaciones y otros. Tomaba notas en un cuaderno, marcaba en el libro con un rotulador amarillo fosforescente, se estaba quedando dormido sobre las páginas abiertas llenas de gráficos y ecuaciones.

Cuando se quedó dormido se le cayó el rotulador. Eso le despertó. Pensó: A estas horas no tiene sentido seguir. Hora de ganarse el pan conduciendo.

Iba a ir a Medborgarplatsen, en Södermalm. Eran las once y cuarto. Fue por la calle Sibyllegatan hasta Strandvägen y pasó el parque Berzelii. Una zona peligrosa, demasiado cerca del barrio de los chicos. Los pensamientos bullían. ¿Qué sabía en realidad sobre la vida de su hermana en Estocolmo? Los SMS, las llamadas telefónicas y los correos que había recibido con frecuencia no tenían mucha sustancia. Camilla había tenido un trabajo extra en el Café Ogo en la calle Odengatan y había estudiado en la Komvux para subir las notas de sueco, matemáticas e inglés. Había tenido un novio. JW ni siquiera sabía cómo se llamaba. Sólo sabía una cosa que le interesaba: el tío conducía un Ferrari amarillo. En su casa de Robertsfors había fotos de Camilla en el coche, en las que estaba radiante y saludaba a través de una ventanilla bajada. La cara del chico no se veía en las fotos. ¿Quién era?

Johan dejó atrás el Ministerio de Asuntos Exteriores, en la plaza Gustav Adolf. Había mucha gente que había salido. Todos estaban de vuelta de

las vacaciones e iban a recuperar todo lo que se habían perdido vagueando en sus casas de campo y navegando. En Slussen entró en el túnel en dirección a Medborgarplatsen.

Aparcó el coche delante del hotel Scandic y salió. Se colocó junto a Snaps. Ahí siempre solía haber alguien que quería ir a casa o ir al centro.

Salieron tres chicas. La posibilidad de una buena carrera. Ladeó la cabeza, se puso en plan JW irresistible.

—Hola, chicas. ¿Necesitáis un taxi?

Una de las chicas, rubia, miró a sus amigas. Entendieron de qué se trataba y asintieron. Dijo:

—Sí. ¿Cuánto nos cobras por ir a Stureplan?

Mierda, no hay otra. Mano izquierda, sonreír. Dijo:

—Hay mucho tráfico allí. Entiendo que os parezca un lío, pero ¿os parece bien si os dejo en Norrmalmstorg? —Ataque de encanto. Con acento de emigrante fingido: *Special price for you only* ^[20] .

Risitas. La chica rubia dijo:

—Sólo porque eres así de mono. Pero nos tienes que hacer un buen descuento.

El trato estaba cerrado, ciento cincuenta coronas.

JW se dirigió a Norrmalmstorg. Las chicas charlaban. Iban a Kharma. Se lo habían pasado tan bien en casa de Caroline. Qué comida tan estupenda, un ambiente genial, bebidas guais. Estaban taaaaan borrachas. JW dejó de prestar atención. Esa noche no podía interesarse en nada más que en conducir el taxi. Sonrió, con aire misterioso.

Las chicas parloteaban. ¿No quería apuntarse? JW notaba las vibraciones, podía pillar cacho con toda facilidad. Pero había un gran obstáculo, no eran el tipo de tías con las que quería salir. Suecas medias.

Antes de dejarlas dijo:

—Chicas, tengo que preguntaros una cosa.

Se pensaron que iba a intentar algo.

—¿Alguna vez que hayáis salido habéis conocido a una chica que se llama Camilla Westlund? Alta, guapa, de Norrland. Hace como cuatro años.

Las chicas parlanchinas parecieron pensárselo bien.

—No se me da muy bien eso de los nombres, pero a ninguna de nosotras le suena Camilla Westlund —dijo una de ellas.

JW pensó: Quizá eran demasiado pequeñas, quizá no iban de fiesta a los sitios adecuados en esa época.

Se bajaron junto a la parada del autobús de la plaza de Norrmalmstorg. Les dio el número de su móvil.

—Llamadme en cualquier momento si necesitáis un coche.

Hora de volver a conducir.

Aparcó en Kungsträdgården. No podía dejar de darle vueltas. Era la primera vez que había preguntado a alguien por Camilla. ¿Por qué? ¿Quizá alguien recordara algo?

Siete minutos después, el siguiente pasajero ya estaba sentado en el vehículo.

La noche estaba tranquila. Todo iba bien, a los noctámbulos les gustaba cómo estaba la cosa, querían irse a casa. JW se encargaba de eso.

Más tarde. La noche era un éxito, hasta ese momento, dos mil coronas. JW hizo cálculos mentales. Eso significaba mil doscientas en su bolsillo.

Estaba de pie esperando en el exterior del bar Kvarnen, en la calle Tjärhovsgatan. Sobre todo pipiolines e hinchas del equipo de fútbol Hammarby. La cola era larga, mejor formada que la de Kharma. Gente más mema que la de Kharma. Más baratos que los de Kharma. En ese momento no dejaban entrar a nadie, había pasado algo. Había dos furgones de policía aparcados en el exterior. Las luces azules bañaban los muros. JW quería marcharse de allí rápidamente, era innecesario arriesgarse llevando el coche.

Se dirigía hacia el Ford cuando una figura conocida salió a su encuentro. Alguien que caminaba con ritmo, vestido con un traje bien cortado, con pantalones anchos. El nacimiento del pelo alto y cabello corto y crespo. JW supo quién era sin llegar a ver la cara: Abdulkarim. Le acompañaba su gran amigo, su gorila privado, Fahdi.

JW le miró, esperando que no hubiera ninguna movida.

Abdulkarim dijo hola, abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del copiloto. El gorila se metió encogido en la parte de atrás.

JW se puso al volante.

—Me alegro de verte. ¿Hay algo en especial que quieras comprobar?

—No, no. Tranquilo, tío. Llévanos al Spy.

Spy Bar. Stureplan. ¿Qué podía decir?

JW puso el coche en marcha. Tardó en contestar. Tomó una decisión: no podía haber mala relación con el árabe.

—Pues al Spy Bar.

—¿Algún problema?

—Claro que no. No pasa nada. Es un placer llevarte, Abdul.

—No me llames Abdul. Es esclavo en árabe.

—De acuerdo, jefe.

—Yo sé que tú no quieres ir a Stureplan, JW. Yo sé que tú no quieres que te vean allí. Tienes amigos buenos en ese lugar. Te da vergüenza, tío. Eso no se hace nunca.

El capullo del árabe lo sabía. ¿Cómo? Quizá no era tan raro, después de todo. Abdulkarim salía mucho. Habría visto a JW con sus amigos por Stureplan, habría pillado por qué no solía hacer carreras hacia allí. El resto eran cálculos fáciles.

Tenía que minimizar el daño.

—No es para tanto, Abdulkarim. Venga ya, no es gran cosa. Claro que tengo que ganar algo de dinero. Quiero salir de fiesta y eso. Y está claro que uno no le cuenta esto a todo el mundo.

El árabe asintió. El árabe se rió a carcajadas. El árabe dirigía la conversación. Estaban de charleta.

Entonces salió el tema. La oferta.

—Tú sabes, yo entiendo que tú necesitas dinero. Yo tengo una propuesta. Escucha bien, esto puede ir bien para ti.

JW asintió con la cabeza. Se preguntaba qué iba a pasar. Abdulkarim se enrollaba hablando una pasada.

—Además de taxi yo tengo otro negocio pequeño. Vendo farla. Yo sé que tú compras mi coca. Por Gurhan, tú sabes, el turco que tú y tus colegas le compráis. Pero Gurhan no funciona. Es un judío. Intenta pegármela. Timar con la diferencia. Vende con precio más caro que debería. No hace cuentas bien. Y peor, también compra a otro. Quiere hacerse el listo. Enfrentarnos y sacar ventaja. Me presiona. Dice: Si no es a cuatrocientos el gramo pues no quiero esta semana. Mal rollo. Y tú entras aquí, JW.

JW le escuchaba pero no entendía.

—Perdona pero no comprendo.

—He pensado, ¿quieres vender en vez de él? Todo esto del taxi lo haces muy bien. Vas a los sitios guapos. De verdad, yo lo sé. Garitos donde la gente tiene la nariz tan llena de azúcar como una nariz de azúcar. Lo harías bien.

—¿Qué es una nariz de azúcar?

—Da igual. ¿Quieres o no?

—Joder, Abdul. Tengo que pensármelo un poco. El otro día precisamente lo estuve pensando. Dándole vueltas a cuánto se saca el turco.

—No me llames Abdul. Y claro, puedes pensarlo. Pero recuerda, puedes ser como el Tío Gilito. Nadar en la pasta.Quieres hacerlo, lo noto. Llámame antes del próximo viernes.

JW se concentró en conducir. Bajaron por la calle Birger Jarlsgatan. Estaba nervioso. Buscaba a los chicos con la mirada, al tiempo que intentaba hundirse en el asiento.

Abdulkarim charlaba en árabe con el gorila de la parte trasera. Se reía. JW sonrió sin saber por qué. Abdul le devolvió la sonrisa, siguió hablando en árabe con Fahdi. Se acercaban a su destino.

Stureplan. Las colas delante de los clubes y los garitos, enormes: Kharma, Laroy, Sturecompagniet, Clara's, Köket, East, The Lab y más. Más gente en la calle que durante el día. Una verdadera mina de oro para los conductores de taxis ilegales.

JW paró. Abdulkarim abrió la puerta.

—Ya sabes lo que hay. Antes del viernes.

JW asintió con la cabeza.

Arrancó y se marchó a toda velocidad.

En la última carrera de la noche, JW cogió a un hombre de mediana edad borracho que farfulló algo sobre Kärrtorp. JW ofreció hacer la carrera por trescientas coronas.

Condujo en silencio. Necesitaba pensar. El hombre se quedó dormido.

La carretera de Nynäs estaba a oscuras. Apenas algunos coches y algún que otro taxi. JW sentía que la ansiedad de tener que decidir empezaba a dominarle.

Por una parte: una suerte fantástica, una oportunidad, una verdadera posibilidad. No había márgenes mejores que los que ofrecía la coca. ¿Qué podría ser? ¿Comprar un gramo por quinientos y venderlo a mil? Cálculos mentales. Sólo los chicos se gastaban fácilmente cuatro gramos por noche. Debería poder colocar veinte gramos. Por lo menos. Multiplicó. Las ganancias de una noche: diez mil. La hostia.

Por otra parte: peligroso de la leche, totalmente ilegal, desagradable. Un error y podría perderlo todo. ¿Estaba hecho para eso? Una cosa era consumir de vez en cuando. Vender era totalmente diferente. Ser parte de la industria de la droga, ganar dinero con que la gente se destrozara la nariz, se derrumbara y destruyera su vida. No le parecía muy bien.

Por otra parte: nadie se arruinaba la vida por la farlopa, por lo que él sabía. La mayoría de los que se metían era gente con vidas ordenadas. Los chicos, por ejemplo, se metían porque era divertido, no para huir de una existencia de lo peor. Estudiaban, tenían dinero y buenas familias. No tenían ningún problema. No había peligro de yonquis machacados. No había peligro de que JW tuviera remordimientos.

Por otra parte: Abdulkarim y su gente posiblemente no fueran los chavales más buena gente de la ciudad. El gorila del asiento trasero, por poner un ejemplo. Se veía a trescientos metros de distancia: Fahdi era peligrosísimo. ¿Qué pasaría si JW no podía pagar, si se metía en líos? ¿Si metía la pata con la venta? ¿Si le robaban el género? Quizá fuera demasiado peligroso.

Por otra parte: el dinero. Una manera segura. Una manera fácil. Aprender de Gekko: «I don't throw darts, I bet on sure things»^[21]. En este sector los ingresos estaban garantizados. JW tenía la necesidad y no sería un triste sueco medio. Sería el final de la ropa de segunda mano, los peinados caseros y vivir de huésped. El final de las privaciones. El sueño de poder vivir con normalidad podía convertirse en realidad. El sueño de un coche, un piso, una fortuna, podía convertirse en realidad. Podría formar parte de las ideas de negocio de los chicos.

PODER FORMAR PARTE.

Ser empresario de la coca de éxito contra ser perdedor.

Criminalidad contra seguridad.

¿Qué hacer?

Capítulo 6

Noche de sábado en Estocolmo: colas, tarjetas de crédito, minifaldas. Los de diecisiete años, borrachos. Los de veinticinco años, borrachos. Los de cuarenta y tres años, borrachos. Todos borrachos.

Los porteros con chaquetas de cuero y tono chulesco: Que no, que no, que no. Algunos no lo cogían: buscar tu tipo de garito o que te nieguen la entrada, no intentes entrar ahí donde no pegas.

A lo largo de la calle Kungsgatan los suequitos medios iban en caravana. Por Birger Jarlsgatan desfilaban los pijines. Todo era como siempre.

Mrado, Patrik y Ratko iban de incursión. Se tomaron una cerveza en Sturehof antes de empezar. Esa noche tocaba Södermalm.

Los guardarropas eran minas de oro. Cálculo para un garito medio: obligar a todos los que lleven algún tipo de chaqueta o similar a que la dejen. Veinte coronas por cabeza. Otro tanto en el caso de los bolsos. Pasaba una media de cuatrocientas personas. Total: al menos ocho mil por noche. Del noventa por ciento no quedaba constancia. Todo el dinero al contado. Imposible que el gran hermano estatal controlara los ingresos. Y los únicos gastos eran una chica mona de pie que se encargaba del asunto.

La organización del reparto: los yugoslavos se llevaban una cantidad fija de tres mil pavos por cada noche de fin de semana. Nada por los días de diario. El garito y los encargados de los guardarropas tenían sus propios acuerdos sobre cómo distribuir el resto. Ganancia asegurada: un buen negocio para todos.

La estrategia para esa noche: Mrado y Ratko se colocaban detrás. Patrik delante, se encargaba de la charla.

Se trataba de llevar bien el asunto. Si se jodía algo, eso significaba que Mrado tendría problemas. La lucha por el favor de Radovan se había recrudecido. Mrado en competencia con los otros hombres que había justo debajo de R: Goran, Nenad, Stefanovic. Otra cosa había sido cuando Jokso estaba al mando: entonces funcionaban como un equipo. Los serbios, juntos.

Había tres categorías de guardarropas en Estocolmo: los que controlaba Radovan, los que controlaban otros, como los Ángeles del Infierno o el rey de los garitos, Göran Boman, y finalmente los que intentaban ser independientes. Esto último no era bueno. Se arriesgaban a ir por libre.

Empezaron en Tivoli en la calle Hornsgatan. El sitio lo controlaba Radovan. Patrik se dirigió a la chica que trabajaba en el guardarropa. Mrado asintió con la cabeza. La conocía de antiguo. Le puso la mano a Patrik en el hombro.

—De esto me puedo encargar yo. La conozco.

Todo iba bien. Ella sacó la ficha número 162. La noche estaba empezando. Él echó un vistazo a la caja. Parecía cuadrar. No había nada guardado aparte.

Siguieron adelante. El sitio de enfrente, Marie Laveau, lo controlaba Göran Boman. Ya le llegaría la hora algún día, pero de momento había que dejar las cosas tal cual.

Continuaron hacia Slussen. La noche era fresca. Ratko contó cómo planeaba aumentar el volumen de la parte superior del cuerpo. Comer proteína sin grasa: atún y pollo. Meterse anabolizantes. Hacer sesiones dobles. Ideas nuevas sobre cómo planificar su entrenamiento.

Mrado le miró. Ratko estaba cachas, pero le faltaban muchas horas de gimnasio para llegar a jugar en la categoría de Mrado.

Patrik confesó que había comido helado sólo dos veces en el último año. Lo único que tomaba que no fuera sano era cerveza.

Mrado se quedó absorto en sus pensamientos. Los chicos no se centraban en lo importante. Pensaba en Lovisa, su hija. Su ex, Annika, vivía con ella. Mrado tenía un convenio de régimen de visitas, desde la noche del miércoles hasta la noche del jueves cada dos semanas. No era suficiente, pero así y todo eran los mejores días del mes. El ciclo diurno-nocturno de su trabajo como cobrador-camello-matón le iba perfectamente. Todo el día libre para visitas a Skansen^[22], teatro infantil, las últimas películas de Walt Disney. Comían pizza, veían vídeos y leían libros infantiles serbios. Mrado podía decir con sinceridad a los de su entorno: Soy un buen padre. Y sin embargo no podía pasar más tiempo con su hija. El derecho de familia del departamento social, Annika, la sociedad, todos pensaban que un hombre serbio no podía hacerse cargo de un niño. Chorradas.

Debería retirarse. Organizar un régimen de visitas más frecuente. Pasar más tiempo con Lovisa. Dejar de ser un tipo duro.

Subieron por la calle Götgatan. Empezaron a recorrer la lista de garitos. La mayoría de ellos ya estaban controlados, pero había algunos que iban por libre. Patrik trabajaba bien. Entraba. Mrado y Ratko se ponían detrás de él, bien visibles. Los brazos cruzados. Patrik pedía hablar con el responsable del guardarropa. Patrik explicaba las ventajas. Patrik: con vaqueros ajustados, camiseta, chaqueta verde del

ejército fina, cráneo rapado con cicatrices. Tatuajes en el cuello que sobresalían.

Siente el miedo.

—Nos encargamos de que os evitéis problemas con grupos y bandas. No querréis que os roben la caja del guardarropa un montón de noches. Nuestro seguro cubre eso. Os podemos ayudar a conseguir más clientes que paguen. Tenemos muchas buenas ideas sobre cómo aumentar la efectividad en el guardarropa. Bla, bla, bla.

La mayoría lo pillaban. Algunos ya habían recibido visita anteriormente. Ni un problema. La gente no quería que los yugoslavos se les echaran encima. Algunos se negaban. Patrik no montaba un numerito. Sólo pedía volver. Sabían que tenían un marrón: aceptar o recurrir a otro.

Avanzaron por Götgatan. Hacia Medborgarplatsen. Era la una. Muchos sitios empezaban a cerrar. Más abajo, en Medborgarplatsen, Snaps, Sante 4, Kvarnen, Gröne Jägaren, Mondo, Göta Källare y más allá Metro y Öst 100 aún estaban abiertos.

Snaps era de Göran Boman. Gröne Jägaren de los Ángeles del Infierno.

Entraron en Mondo, en el edificio Medborgarhuset. Discoteca juvenil. Mucha gente. Patrik hacía su trabajo. Ellos pillaron el planteamiento. Quisieron llegar a un acuerdo. La mayoría de los dueños de garitos contaban con el gasto del guardarropa en su cuenta de resultados. Mrado observó que el ex cabeza rapada trabajaba bien. Durante los años que llevaban trabajando juntos Patrik había moderado su faceta más explosiva, había alcanzado el estilo adecuado: tranquilo, seguro, imponía respeto.

Se fueron de allí a la una y cuarto. Medborgarplatsen bullía de taxis ilegales.

Siguieron hacia uno de los bares y clubes nocturnos más grandes de Söder, Kvarnen. Un antiguo garito de borrachos y lugar de encuentro para los hinchas del Bajen^[23]. Kennedy aprisionado por los brazos extendidos de los hinchas cuando el Hammarby ganó el Campeonato de Liga de 2001. La sala antigua había sido una cervecería. Techo alto. Columnas, mesas de madera, friso de madera en la pared, estilo fin de siglo. La decoración de la sala nueva de tema acuático con acuario y gotas azules y estilizadas en las paredes. En el sótano el tema era el fuego, las paredes de color naranja, sin mesas grandes. Sólo taburetes altos y mesas pequeñas fijadas a la pared para apoyar las cervezas.

La cola llegaba hasta Götgatan. Treinta y cinco metros de larga. Bien ordenada. Gente moderna muy peinada y con accesorios. Los alternativos con botas militares, envueltos en pañuelos palestinos. Los

capullos poperos, pelo teñido de negro con flequillo. Los hinchas del Bajen, a su aire.

El Kvarnen atraía a muchos.

Mrado, Patrik y Ratko se saltaron la cola. La gente les miró con mala cara. Pero, sin embargo, ni una queja. Lo captaban. Veían la evidente aura de respeto.

El portero dijo no.

—Aquí nadie se cuela.

Esto es el democrático Söder. Imbécil. Patrik se lo tomó con tranquilidad. Explicó que sólo quería hablar con el del guardarropa. El portero no controlaba. Se negaba a dejarlos pasar. Mrado se preguntó quién sería ese cretino. Miró fijamente. Patrik volvió a intentarlo. Explicó que no querían colarse, sólo iban a tratar unos asuntos con el del guardarropa. El portero giró la cabeza. Vio a Mrado. Pareció entender. Les dejó entrar.

El guardarropa lo llevaban los propios porteros. Poco habitual. Significaba problemas.

Los porteros responsables del guardarropa: tres chicos grandes. Las camisetas abultadas, las placas de los chalecos de seguridad se notaban a través de la tela. Dirigían la masa humana con chulería. Hablaban con la jerga de Söder. Inflexibles con la exigencia de pagar el guardarropa pese a que muchos sólo llevaban chaquetas finas. Esos chicos trabajaban para SWEsecurity, una empresa vikinga para chicos vikingos en el sentido literal de la palabra. Gilipollas.

El que estaba al cargo pilló a la primera con quien estaba tratando. Quizá había oído la discusión del exterior por el auricular.

—¿Qué tal? Bienvenidos al Kvarnen. Lamentablemente no estamos interesados en vuestros servicios, pero pasad a tomar una copa.

Patrik se había rebotado con la provocación en la entrada: su lado explosivo había vuelto.

—¿Eres el responsable del guardarropa esta noche? ¿Podemos entrar a hablar un momento? Tengo una propuesta.

Mrado y Ratko se mantuvieron entre bastidores. Mrado, totalmente pendiente. Intentaba escuchar.

El portero dijo:

—Soy el responsable aquí, pero no tengo tiempo para charlar ahora. Podéis pasar o marcharos. Lo siento.

—No nos han tratado muy bien en la puerta. Quiero hablar contigo ahora, ¿lo entiendes? Tus otros dos chicos seguro que pueden apañárselas solos diez minutos.

Actitud. Los otros dos porteros miraban de reojo. Comprobando que no había bronca. El que estaba al cargo dijo:

—Disculpadme, quizá no me he explicado antes con suficiente claridad. No estamos interesados en vuestros servicios. Tenemos nuestro propio sistema. No quiero ser desagradable pero tenéis que entender que nos arreglamos por nuestra cuenta. Sin vosotros.

El lenguaje corporal de Patrik gritaba: quiero partirle la cara a este tío.

Los puños cerrados; los nudillos, blancos. Los tatuajes hinchados.

Mrado se adelantó, puso la mano en el hombro de Patrik. Le tranquilizó. Se giró hacia el que estaba al cargo:

—De acuerdo, entramos. Nos sentamos y te esperamos. Ven cuando tengas tiempo para hablar.

Tensión al máximo.

Mrado tiró de Patrik. Ratko les acompañó.

Patrik cedió. Entró con ellos.

Anticlímax.

Los porteros habían ganado.

Mrado pidió unas cervezas. Se sentaron a una mesa.

El ruido de fondo en la cervecería era muy alto.

Patrik se inclinó hacia Mrado.

—¿Qué coño ha sido eso? No podemos tolerarlo. ¿Por qué me has agarrado para apartarme?

—Patrik, ahora tranquilo. Te entiendo muy bien. Vamos a hablar con él, pero no delante de todos los clientes. No delante de los otros porteros. Habría problemas. Escúchame. Nos sentamos aquí y nos lo tomamos con calma. Quizá venga a hablar con nosotros. Quizá no. Pero no lo olvidamos, esperamos y cuando el cabrón ese vaya al servicio o se vaya

a casa o lo que sea, entonces tenemos una charlita con él. Le explicamos cómo son las cosas.

Patrik se calmó. Parecía más satisfecho. Ratko se crujió los nudillos.

Se calmaron. Mrado se tomó una cerveza sin alcohol. Observó a las tías. Observó el lugar. Observó al portero disimuladamente. Se sentó de manera que pudiera ver el guardarropa. Pero nada de mirar fijamente hacia allí de manera exagerada. Todo controlado.

Volvieron a hablar del tronco de Ratko. Comentaron preparados de doping. Mrado reveló algunos secretos de Radovan aunque no debía. Patrik habló de que había disparado con una Magnum el fin de semana anterior: el retroceso, la presión, los impactos.

Patrik entró en temas personales. Le preguntó a Mrado:

—¿A cuántos has matado?

Mrado, extremadamente serio.

—Estuve en Yugoslavia en 1995. Tú mismo puedes sacar tus conclusiones.

—Sí, pero ¿aquí, en Suecia?

—Yo no hablo de eso. Hago lo que hace falta para que el negocio funcione bien. Te puedo enseñar una cosa, Patrik, la lealtad hacia R y el negocio lo es todo. A veces uno tiene que tirar para adelante y hacer lo que toque. Uno no puede sentarse a darle vueltas y arrepentirse de lo que ha hecho. No estoy orgulloso de todo.

Patrik presionó:

—¿Como qué, por ejemplo?

—Aprende una cosa más. Hacemos más de lo que decimos. A veces tienes que hacer cosas que no son agradables. ¿Qué quieres que te diga? Por ejemplo, me he visto obligado a encargarme de amigos que no han sido de fiar o de algunas mujeres, putas, que han hecho el tonto. No puedo decir que ese tipo de cosas sería lo primero que pondría en mi *curriculum*.

Patrik se calló. Entendió la situación. De algunas cosas sencillamente no se habla.

Charlaron de otros asuntos.

Pasó una hora.

En la sala del bar crecía el nivel de fiesta.

El chico de la puerta seguía en su sitio. Eran las dos y cuarto. El sitio cerraba a las cuatro. Esperaron. La gente de fiesta iba muy curda. Mrado se tomó un agua con gas Ramlösa. Patrik pidió su sexta cerveza. Empezaba a estar bastante borracho. Ratko tomaba café. Patrik volvió a hablar del tratamiento que les habían dado en la entrada. Se encendió. Los maricones de los porteros iban a cobrar. Los maricones de los porteros acabarían llorando. Gateando. Rogando. Gimiendo. Hechos papilla.

Mrado le tranquilizó. Miró hacia el guardarropa. Los porteros pasaban de ellos. ¿Eran idiotas? ¿No se daban cuenta de con quién estaban tratando?

Pasó una hora más.

Esperaron. Siguieron charlando.

En una ocasión el portero principal se levantó de su sitio.

Patrik apuró su vaso. Se levantó. Mrado vio que estaba bien, no demasiado borracho. Mrado se puso de pie, enfrente de Patrik. Cara a cara.

Los ojos de Patrik estaban abiertos de par en par. El aliento le apestaba. Un encendedor delante de su boca y la explosión del garito habría sido peor que la de una gasolinera.

Mrado le cogió la cara con las manos. El ruido del local molestaba. Gritó:

—¿Estás bien?

Patrik asintió. Señaló en dirección a los baños. Tenía ganas de hacer pis después de tanta cerveza.

Fue hacia allí.

Mrado se sentó. Ratko le miró, se inclinó hacia delante sobre la mesa. Preguntó:

—¿Adónde ha ido?

—Al servicio.

Un pensamiento atravesó a toda velocidad la mente de Mrado: joder, no haberse dado cuenta. El portero seguro que había ido al baño y Patrik iba para allí sin Mrado o Ratko.

Mrado se levantó. Hizo una seña a Ratko.

—Acompáñame. Ahora.

Salieron tras Patrik medio a la carrera.

Entraron en los aseos.

Azulejos blancos y grandes lavabos metálicos. Una de las paredes cubierta por un espejo. Cinco urinarios en la pared opuesta. Más adelante estaban los cubículos de los retretes. Goteaban. Pis en el suelo.

Contacto.

El portero principal estaba de pie ante uno de los urinarios. Había tres chicos de pie que charlaban junto al lavabo. Tenían pinta de idiotas: camisas desabrochadas con camisetitas debajo. Más adelante había dos chicos jóvenes haciendo cola para los retretes.

Patrik dirigiéndose hacia el tío.

El portero se dio la vuelta. Todavía tenía la polla en la mano.

Patrik se quedó de pie a cuarenta centímetros de él.

—¿Te acuerdas de mí? Me has despachado sin más. Has rechazado totalmente nuestros servicios. ¿Te pensabas que eso no iba a tener su castigo?

El portero se dio cuenta de la situación. Musitó algo. Intentó tranquilizar a Patrik. El chico tenía experiencia. Con la mano libre empezó a buscar el auricular.

Patrik dio un paso más, condecorador o no de que Mrado y Ratko le habían seguido hasta el aseo.

Le dio al portero un cabezazo en la nariz. La sangre parecía aún más roja en contraste con los azulejos blancos cuando salió despedida contra la pared. El portero llamó a sus compañeros a gritos. Intentó empujar a Patrik. El portero fuerte. Grande. Patrik cabreado. Los idiotas junto al lavabo empezaron a gritar. Los chicos junto a los cubículos salieron corriendo para detener la bronca. Mrado se interpuso. Los alejó de un empujón. No eran precisamente unos tíos difíciles. Ratko se puso junto a la salida. La bloqueó. Patrik agarró al portero por el pelo. Le golpeó la cabeza contra el urinario. Salieron dientes volando. Volvió a golpearle. Salieron más dientes volando. La nariz se rompió por un número indeterminado de sitios. El urinario parecía un cubo de un matadero. Patrik volvió a golpear la cabeza del portero de nuevo. Sonaba a hueco. Le soltó. El portero se desplomó en

el suelo. Inconsciente. La cara irreconocible. Los idiotas del lavabo lloraban. Los críos de los cubículos lloraban.

Dos compañeros porteros pasaron corriendo junto a Ratko. Patrik se quitó de encima con un empujón a uno de los porteros. Ratko salió. Mrado agarró con las manos la rodilla del primer portero. Le agarró. Le hizo una llave. Retorció. El chico se cayó como una marioneta cuando se le sueltan los hilos. Mrado agarró el pie del chico desde otra posición. Lo retorció. Patrik arrasaba, gritaba, soltaba tacos. Mrado dijo con voz tranquila:

—Márchate de aquí ahora, Patrik.

El ex cabeza rapada salió. Mrado estaba solo. Vio a Ratko y a Patrik fuera de los aseos. Giró el pie un poco más. El portero ensangrentado tenía convulsiones bajo el urinario. El portero que tenía agarrado Mrado gimoteaba. Quedaba un portero de pie. Dudaba. Parecía calcular las posibilidades. Dos porteros en el suelo. Fuera de juego. Quedaba en el cuadrilátero: él, solo, contra un yugoslavo enorme. Y dos chicos más fuera. ¿Dónde estaban los refuerzos?

Alboroto en el exterior.

Silencio en el interior de los aseos.

Mrado dijo:

—Chicos, esta noche habéis cometido un pequeño error. Os habéis metido con quien no debíais. Pronto nos pondremos en contacto con vosotros en relación con nuestros negocios. Una cosa más, no le deis mayor importancia a esto. Seguro que vosotros solitos entendéis por qué.

Mrado soltó al chico y salió del aseó. Los tres porteros se quedaron dentro. Como gilipollas.

Mrado, Ratko y Patrik se deslizaron entre la masa de gente. En el exterior del Kvarnen brillaban las luces azules de los coches de los maderos. Se subieron a un taxi. Patrik con sangre en la chaqueta y en la camiseta. Mal asunto.

Era un hervidero de policías.

Capítulo 7

Pronto sería el momento. Jorge, sentado en silencio en el comedor. Concentrado. No hacía caso del golpeteo de los cubiertos, los ruidos que hacían al comer y el parloteo. Ese era el día.

Rolando le llamó a gritos cuando se levantó:

—Jorge, ¿vienes luego a fumar un porro?

Rolando era irónico. El único que lo sabía.

Jorge dijo:

—No grites tanto, el mono ese de ahí puede oírte.

Rolando se rió.

—No entiende palabras así. Es de Mölnbo.

Jorge puso la mano en el hombro de Rolando:

—Te voy a echar de menos, *hombre* *.

La mirada de Rolando se volvió seria.

—Joder, Jorge, haces lo correcto, lo sabes. ¿No puedes contar al viejo gánster Rolando cómo va a ser? ¿Quién quiere seguir interno toda la vida?

—*Loco* *, no puedo contártelo hoy. Ya lo entenderás. Mira y disfruta. Tú sólo haz lo tuyo.

Jorge se levantó. Sentía que verdaderamente iba a echar de menos a Rolando, sus chorradas sobre la pasta de cocaína, sus explicaciones sobre la unidad de OG y los robos de transportes blindados.

Había puesto a prueba a Rolando varias veces. Había revelado cosas para ver qué pasaba. Por ejemplo, que entrenaba así porque estaba preparando una fuga. Si Rolando hubiera cantado, Jorge habría podido decir que todo era una broma. Pero todo estaba tranquilo. Rolando había mantenido el pico cerrado. No se había filtrado nada. Se podía confiar en el latino. Jorge había tomado la decisión. Rolando tenía un papel importante que desempeñar en el plan. Ese día tenía que hacer su parte.

Pero todo dependía de Sergio, a quien Jorge había visto durante el permiso. Que pudiera encargarse de todo lo que hacía falta desde el exterior. Treinta metros por fuera de los muros: zona talada; era difícil hacer algo que llevara demasiado tiempo sin ser descubierto. Si funcionaba ese día, Jorge tendría una eterna deuda de gratitud con él.

Jorge sabía lo suficiente como para conseguirlo. Las rutinas de los guardias. Por dónde vendría Sergio. Dónde estaría aparcado el coche. La mejor ruta por la que ir. Las bifurcaciones de las carreteras. Jorge sabía que corría cuatrocientos metros en cincuenta segundos y tres kilómetros por debajo de los once minutos. Sabía que todos se quedarían con la boca abierta. Jorge controlaba. Jorge sabía. Se iba a dar el piro, sin violencia y sin que Sergio se arriesgara demasiado. Era todo un rey.

En la prisión, tras la comida tenían una hora de descanso del trabajo. Todo listo y preparado. Entonces tendría lugar. El plan era sencillo y genial. Jorge inesperadamente tranquilo. Si la cosa se iba a la mierda, pues a la mierda.

Jorge volvió a su celda. Cerró la puerta. Quitó el póster del Che Guevara. Desatornilló el listón de madera con las uñas. Se soltó con facilidad. Lo había hecho muchas veces antes.

Sacó la cuerda, dispuesta como una pequeña serpiente en el espacio que él había vaciado en el hormigón. El único lugar donde los monos no miraban durante las inspecciones de la celda. Un espacio pequeño pero largo. Perfecto para una cuerda.

Pensaban que habían sido inteligentes con lo del listón. Jorge, el fugitivo de la salsa, era más inteligente. Sinceramente, pensaba que incluso su hermana estaría orgullosa. Por mucha formación universitaria que tuviera, tenía gusto por las cosas bien hechas.

La cuerda: realizada con largas tiras de sábanas retorcidas. El ritual antes de dejar la colada una vez por semana: cortar una tira, aproximadamente de un centímetro de ancho. El tío que recibía las sábanas todas las semanas era colombiano. Su trato: el tío no decía nada sobre que las sábanas de Jorge estaban raras a cambio de un paquete de tabaco a la semana.

La cuerda aguantaría bien. Cada trozo había sido comprobado antes de añadir el siguiente.

Salió.

Tiempo soleado en el exterior. Molaba. Calor antes del verano.

El patio estaba lleno de gente. El mono de guardia jugaba al fútbol con los chicos. Rolando estaba en el equipo contrario al del mono. Qué bonito.

Jorge miró el reloj.

Pasaría exactamente a los treinta segundos.

Rolando le miró de reojo. Tras diez segundos, hizo la señal que habían acordado. Rolando cogió impulso. Corrió hacia el mono. Entrada deslizándose a lo Vieira. El mono cayó al suelo. Gritaba como un cerdo. Se retorció de dolor. Atención, cero.

Jorge corrió hacia el muro. Se colocó en posición.

Esperó.

Vio lo que había planeado desde hacía tanto tiempo: la parte superior de una escalera de aluminio se asomaba por encima del muro, desde el otro lado.

Sergio, el salvador, había seguido las instrucciones. Había conducido lo más cerca posible, había dejado el coche donde acababa el bosque y donde la zona talada era más pequeña. Había corrido los últimos metros, había colocado la escalera apoyada contra la parte exterior del muro en el punto que habían acordado. En el sitio correcto. A la hora correcta. En el segundo correcto. Estupendo.

Jorge cogió la cuerda. La llevaba enrollada en el pantalón. Fijó el gancho, recién fabricado con uno de los aros de la canasta de baloncesto que había pagado caro para conseguir que se lo bajarán. Lo había curvado una hora antes con la ayuda de Rolando.

Se colocó frente al extremo de la escalera. Miró hacia arriba. Había contado con eso.

Sintió el peso del gancho. Lo sopesó. Ese momento era el único que no había podido ensayar. Todo dependía de que consiguiera enganchar la cuerda en la parte superior de la escalera y tirar de ella sobre el muro hasta su lado.

La lanzó. La cuerda blanca describió un arco en el aire. Pasó por encima de la parte superior y redondeada del muro. No acertó con el extremo de la escalera. Tiró de la cuerda hacia un lado. Esperaba que el gancho se fijara en la escalera en alguna otra parte más abajo. Notó resistencia. Mierda. Dio otro tirón. Nada lo retenía. Tiró de la cuerda. El gancho cayó de nuevo en el interior del muro. Puta mierda. Se aproximó con rapidez. Lo recogió y se puso en la posición correcta. La escalera seguía en el otro lado, el extremo superior se veía claramente. La salida. Tenía que acertar esta vez. Volvió a lanzar. Venga. Sonido

metálico. ¿Habría acertado? Tiró de la cuerda. Ahí. Resistencia. El gancho se había atascado en algo; era la escalera. Probó a dar un tirón. Funcionaba. Empezó a tirar. Tiró más fuerte. La escalera chirrió. Se veía sobre el muro más de la mitad. Hizo grandes esfuerzos; aunque era de aluminio, pesaba. Al final, cayó hacia el interior. Se oyeron gritos en el fondo. Se giró. Vio que el mono se levantaba. Intentaba dar con el *walkie-talkie*. Jorge se movió con rapidez. Colocó la escalera contra el muro. Un vistazo por encima del hombro. El mono corría hacia él. Jorge trepó tan rápidamente como pudo. Buen agarre. No pesaba demasiado. Brazos fuertes. Encima de la parte superior. Miró hacia abajo, hacia atrás; más monos en plena acción. Tiró la escalera de una patada. Cayó en la hierba. Se descolgó por la parte exterior del muro. Se soltó. Esperó. Cinco metros de caída. Una caída difícil. Asics 2080 Duomax con gel en los talones; sin embargo no cayó bien sobre el pie. *Mierda* *.

Salió corriendo. Pesar sesenta y siete kilos era bueno en ese día. La adrenalina disparada. El sendero del bosque le llamaba.

La imagen del mapa en la cabeza. Le dolía el pie. Sus miras puestas en el punto dos. Sentía el sudor por la espalda. Oía su resuello. Pesado. Joder, ¿no estaba en mejor forma? Relájate. Baja los hombros. Concéntrate en la zancada. Piensa en la respiración.

Recuerda: garantizado que estás en la mejor forma física que has tenido nunca. Garantizado que es la mejor forma física de todos los internos. Garantizado, el tío más listo. De verdad. A la mierda el pie jodido.

Más deprisa.

A través de la zona de bosque. Seguir el sendero de gravilla.

Sergio debería haberse marchado hacía un buen rato.

La espalda totalmente mojada. En medio de la agitación un pensamiento para el sudor. Su olor ahora: penetrante, intenso, estresado.

Siguiendo por el sendero de gravilla.

No te pares por nada.

Y ahí estaba el coche. Sergio lo había aparcado justo donde habían acordado. Punto número dos. Un mundo feliz. Jorge oía sirenas en la distancia. Se metió en él. La llave en el contacto. Arrancó a toda velocidad.

Dios existía.

Las sirenas del fondo se acercaban.

Capítulo 8

La cola se veía desde Sturecompagniet. JW iba andando con los chicos, calle Sturegatan arriba. Iban de subidón, acelerados, increíblemente lanzados. JW lo sentía en todo el cuerpo: iban a tope.

Esa noche, más temprano, habían cenado en Nox. Habían pedido un vino estupendo para cenar. Llevaban tres semanas sin salir. Sus necesidades reprimidas bullían por salir: Putte quería darse el lote, Fredrik emborracharse, Nippe perseguir chicas. JW iba de subidón, quería probar su nuevo trabajo extra y marcar el territorio.

Treinta gramos de farlopa que eran suyos, adelantados por el árabe, envasados en diez bolsas para sellos con cierre, Red Line, del tres. Llevaba en los bolsillos seis gramos. El resto estaba escondido detrás del radiador de la entrada del portal de la señora Reuterskiöld.

Los chicos avanzaban a ritmo de paseo. JW caminaba dando largas zancadas laterales. Pensaba en la banda sonora de la película *Men in Black*.

La cola no era una cola; era un organismo formado por cuerpos humanos. La gente gritaba, hacía señas con la mano, se apretujaban, se empujaban, vomitaban, lloraban, ligaban. Los guardias intentaban contenerlos. Los paraban a todos y los dirigían a las diferentes colas por detrás de las cintas. La cola para los que tenéis tarjeta de Kharma. La cola para los que tenéis tarjeta VIP de Kharma. La cola para los que tenéis tarjeta VIP-VIP. El resto ni os molestéis. Estamos llenos. Esta noche sólo dejamos pasar a clientes fijos. ¿No lo pilláis? Que estamos LLENOS.

Unos macarrillas crecidos amenazaron con montar pelea. Los chicos de la Bolsa daban disimuladamente billetes estrujados de quinientos. Las chicas ofrecían mamadas. Recibían un no de un portero tras otro. En el aire flotaba una palabra que nadie expresaba pero que conocían todos a los que no dejaban pasar a través de la cinta de terciopelo: humillación.

Necesitaron cinco minutos para abrirse paso hasta los porteros. Algunos entendían la señal y dejaban pasar a los chicos. Otros pensaban que el mundo era justo, intentaban retenerlos. Afilaban los codos y apretaban.

Nippe le hizo una seña a uno de los porteros.

La infalible confianza en sí mismo, que JW hacía esfuerzos por copiar, funcionó como se esperaba. Pasaron con facilidad. La humillación era para que la procesaran otros. La sensación era mejor que el sexo.

En la taquilla les recibió un chico alto y rubio de rasgos limpios, Carl. El tío era de la jet-set, de la de verdad. Por eso le llamaban Jet-set Carl. Él y un socio eran los dueños. Kharma, el local de los pijos por encima de todos los demás.

Nippe abrió los brazos.

—¿Qué tal, Carl? Veo que esto va muy bien, como siempre. Hay una pasada de gente fuera esta noche. Qué genial.

—Sí, estamos contentos. Drangler pincha esta noche, es una pasada la de gente que hay. ¿Tenéis mesa?

—Claro, como siempre.

—Genial. Luego hablamos. Que os lo paséis muy bien, chicos.

Jet-set Carl entró en el local.

Nippe se quedó descolocado un momento. Le dan la espalda después de tanto lamer el culo. JW pensó: Ha funcionado, ¿qué más da?

La chica de la taquilla reconoció a Nippe. Le hizo una señal para que pasaran.

Una vez dentro, el sitio estaba medio vacío.

Nippe y JW se miraron. Se partieron de la risa. Los gritos de *los* porteros se oían en el interior:

—Está lleno, esta noche sólo gente con tarjeta de cliente.

Una hora más tarde Nippe estaba arrodillado en los aseos. Inclinado sobre la tapa del inodoro, con servilletas de papel dispuestas por el suelo.

Putte aprovechó para disfrutar de un Marlboro Light, canturreando la canción eurotecno de la pista.

—¿Por qué es tan popular en Kharma justo este tipo de música? ¿Por qué no música con algo más de parte cantada? Quizá RnB o hip-hop. ¿O por qué no algo de pop antiguo del bueno, tipo Melody Club? Pero no, en teoría ponen sólo eurotecno de fiesta comercial, descafeinado y jodidamente aburrido. O sea, una porquería.

JW se cansaba a veces de los aires sabelotodo sobre música de Putte. El tío almacenaba más de ocho mil canciones en mp3 en casa en su disco duro y siempre tenía que quejarse del gusto de los demás. JW dijo:

—¿Tienes que quejarte? Esto está de puta madre esta noche.

Nippe puso un espejo en la tapa bajada del inodoro. Se notaba el desgaste, marcas marrones en la tapa y en la parte superior del inodoro de los cigarrillos que la gente se había fumado a escondidas y luego los habían puesto ahí mientras se dedicaba a otras cosas. Por ejemplo, hacerse unas rayitas como ellos mismos en ese momento, hablar por el móvil, mear, que les hicieran una mamada. Si JW entornaba los ojos parecía como si hubiera pasas dispuestas sobre la tapa.

JW sacó una bolsa de sellos y vertió cuidadosamente sobre el espejo alrededor de un tercio del contenido en tres montones.

Nippe pareció sorprendido.

—¿Has vuelto a comprar tú esta semana?

—Claro. Pero a otro tío.

—Vale, ¿mejor precio que el del turco?

JW mintió:

—No demasiado, pero el tío es más agradable. El inmigrata ese me parecía de lo más molesto. Esta noche he traído mucho. Si sabéis de alguien que quiera, avisadme —sonrió—. Preferentemente nenas, claro.

Nippe hizo tres rayas con el polvo.

—Esto va a estar bien. Me coloco sólo de ver las rayas. Joder, voy a batir mi récord esta noche. Por lo menos tres tías.

JW le miró.

—Si lo consigues eres increíble. Ya me pareció una pasada cuando conseguiste que te la chuparan dos chicas en una noche.

—Sí, pero esta noche juego en la división máxima. Lo siento en los huevos. Después de esta pequeña poción mágica estoy a tope de forma. Por lo menos tres chicas van a comer carne.

—Eres demasiado. ¿Vienes o qué?

Putte apagó su pitillo contra el inodoro. Otra pasa más.

—Yes, amigo, aquí o en el baño de chicas. Y ahora que se acerca el verano, Humlan^[24], es lo más.

JW quería ser como él, Nippe, el príncipe sin corona de las mamadas de Stureplan. Con una elaborada confianza en sí mismo que siempre se notaba; en cualquier entorno en el que estuviera, irradiaba seguridad. Pero a veces JW se preguntaba hasta qué punto era real. Por ejemplo, ¿pensaba Nippe de verdad que él era un regalo de Dios para las chicas o era sólo que actuaba tan bien que se lo creía él mismo? Independientemente de lo que fuera, lo convertía en alguien que causaba impresión, ese tío del que hablaban todos. Alguien que JW quería ser. Y sin embargo no quería ser como él. El tío era tan tonto...

Nippe se sacó un billete de cien del bolsillo trasero. Lo enrolló al estilo Hollywood, se inclinó y aspiró sobre el espejo.

JW y Putte fueron los siguientes.

El polvo hizo efecto en el acto.

Dinamita blanca.

La vida sonreía.

Perdió a los chicos en la pista de baile. La música retumbaba. Bob Sinclair con voz distorsionada: *Love Generation*. La máquina de humo funcionando en una esquina. El estroboscopio centelleaba. El mundo en fotogramas. Fotograma uno: las tías de primera. Fotograma dos: la tía mueve los brazos por encima de la cabeza. Fotograma tres: el escote de la misma tía delante de la cara de JW.

Kharmá era un verdadero ligódromo; para pijos.

Estaba mareado, excitado. Era como si funcionara con gasolina de noventa y ocho octanos. JW quería bailar, magrear, meter mano, restregarse. Sobre todo, quería explotar. Quería tener una erección tan intensa que un gato pudiera afilarse las uñas en ella.

Movía las piernas diez veces más lejos de lo que solía.

La sensación era clara: era el mejor, el más salido, el más inteligente. El más genial. Ya lo iban a ver.

Se le acercó otra chica. Le besó en la mejilla. Le gritó al oído:

—Hola, JW. ¿Qué tal? ¿Cómo lo pasasteis el fin de semana antepasado?

JW echó la cabeza hacia atrás. La miró con fijeza.

—Sophie, qué guapa estás esta noche. ¿Estáis aquí todas?

—Sí, pero Louise no, está en Dinamarca. Ven a nuestra mesa a saludar.

Se cogieron de la mano. Él se dejó llevar.

Pasó la mirada por las personas de la mesa. Cuatro chicas increíblemente guapas sentadas, vestidas con tops que enseñaban más de lo que escondían. Los colores rosa, malva y turquesa dominaban. Todas con sujetadores *push-up* o tetas de silicona, vaqueros ajustados o minifaldas.

Ponte recto, joder; concéntrate.

Nippe ya estaba sentado a la mesa, abrazaba a una de las chicas. Estaba zalamero, bromeaba, la miraba fijamente a los ojos. JW pensó: ¿Qué número hace en la lista? Joder, aún no le podía haber dado tiempo con la primera.

JW se sentó. En la mesa había una bandeja para combinados: una cubitera con una botella de vodka y botellas de veinticinco centilitros de tónica Schweppes, ginger ale, soda y russian. JW vio confirmada una norma básica: hay que beber combinados o champán, pero no cerveza.

Era difícil hablar con la música. Sophie le sirvió un vodka con soda. JW dio un sorbo, removió la bebida y cogió un cubito de hielo con los dedos y se lo metió en la boca. Lo chupó con fuerza. Sophie le miró y dio un sorbo a su bebida.

Repasó mentalmente los consejos de Abdulkarim. Empieza invitando gratis. Haz amigos siendo generoso, amigos a los que les guste la coca. Amigos que tengan dinero o que tengan amigos con dinero. Asegúrate de que la gente se meta lo menos posible en el propio garito; es un sitio poco seguro. Mejor ir a tomar la última a casa. Organiza reuniones en casas para tomar la última. Dásela a medio conocidos en la casa, después de salir. Métete en casa. Al principio no vendas grandes cantidades, no te interesa crear un mercado de reventa.

Nippe se inclinó hacia delante y empezó a hablar con Sophie. JW no oía lo que decían. En cambio se dedicó a disfrutar del subidón, se desabrochó un botón de la camisa y dio varios tragos a la bebida. Sentía que sus pensamientos eran tan afilados como una hoja de afeitar Mach 3.

JW tenía ideas propias. No llevaría mucho encima de una vez, si le pillaban podía decir que era para consumo propio. El resto lo escondería en distintos sitios bien pensados. Cuando hubiera vendido todo: a casa a coger más. Sin problemas, Stureplan estaba lo suficientemente cerca del parque Tessin. Aún más importante: tener

contentos a los amigos para que no cuestionaran demasiado por qué siempre iba a ser él quien se encargara de pillar de ahí en adelante.

Sophie se inclinó hacia delante y rozó la oreja de JW con sus labios. Él se estremeció.

Ella fue directa al grano:

—Nippe dice que tienes coca. ¿No vamos a poder probar un poquito?

En su interior le dio las gracias a Nippe. Esto era la apertura. Juega tus cartas bien ahora, no montes un número por esto.

Dijo:

—Claro, me queda un poco. Tráete a tu amiga Anna y nos vamos a Humlan un rato.

Se volvieron a coger de la mano, se apretujaron entre la muchedumbre. Pasaron el grupo de pijos, las tías con silicona, los tipos de la mafia yugoslava y los tíos de la Bolsa.

La música eurodisco seguía retumbando.

Se dirigieron hacia la salida. Estaba lleno de gente junto a las taquillas de la entrada. Jet-set Carl estaba en su sitio y supervisaba el movimiento por la taquilla. Pero su auténtico cometido, más importante, era abrazar, sonreír, presentar, charlar, reír, coquetear. Jet-set Carl controlaba. Jet-set Carl tenía estilo. El dinero entraba a espuestas. JW tomó nota mentalmente: es un buen contacto para el futuro.

JW se acercó. Se colocó con Sophie y su amiga Anna, cada una a un lado, y le ofreció la mano. Jet-set Carl levantó las cejas.

—Y tú eres...

JW preparado. Contestó:

—El amigo de Nippe Creutz, ya sabes.

JW vio en sus ojos que le reconocía. Pero quizá no era de verdad. Una de las más importantes habilidades de Jet-set Carl era hacer que la gente se sintiera bienvenida y recibida de manera agradable pese a que él no les recordara o no tuviera ni remota idea de quienes eran. Algunos lo llamaban falsedad. JW lo llamaba mentalidad para los negocios.

JW soltó algunas frases cortas preparadas con rapidez. Fueron respondidas con carcajadas. Carl se fijó en las chicas que flanqueaban a JW; había hecho lo correcto. Explicó que sólo iban a dar una vuelta pero

que pensaban volver a entrar pronto. Carl asintió. JW hizo algunas bromas más. Conectaron, buen rollo. Jet-set Carl parecía contento.

JW se dijo a sí mismo: Lo has hecho muy bien, JW.

Salieron. Eran las dos. La cola era gigantesca, histérica, caótica. Avisó a un portero de que volverían enseguida. Humlan se abrió ante ellos, aún verde oscuro pese a que ya empezaba a amanecer. El ruido de la cola se oía a lo lejos. Las chicas iban a tope. Se sentaron en un banco. Hicieron bromitas tontas. El aire era fresco, el sudor se secó. JW seguía parlotando, soltaba un cumplido tras otro, forzó la maquinaria de encantador al máximo. Se mostraba cercano, de su lado.

—Vaya, qué guapas estáis esta noche. ¿Habéis echado el ojo a algún chico guapo? Nippe está muy bien, ¿no? Puedo encargarme de colocártelo, Sophie.

Etcétera, etcétera. Sophie estaba brutalmente guapa. JW le tenía muchas ganas.

Él las conocía pero, en cierto modo, no. Las chicas pertenecían al grupo del internado Lundsberg, un colegio cuyo lema era conocimiento, tradición, unión. Todos llevaban el mismo nombre de pila que sus padres y los padres de éstos. JW estaba al tanto de casi todo por los chicos. Conocía la jerga y la etiqueta. Debería poder tener una oportunidad.

Anna se rió.

—¿No ibas a darnos algo a probar?

JW dijo:

—Por supuesto, casi me olvido.

No había querido forzar demasiado el asunto. Había esperado a que ellas preguntaran.

Sacó un estuche con un espejo, de tipo plegable. La bolsita para sellos estaba preparada en el bolsillo interior de la chaqueta. Hizo un montoncito y lo colocó con una cuchilla de afeitar; tres rayas delgadas. Mostró a las chicas un tubito de acero cepillado. Miró a su alrededor y les ofreció el tubo.

—Por favor. Servíos.

Un cuarto de hora más tarde entraron las chicas. El portero las recordaba, chicas como Sophie y Anna habrían entrado de todas las maneras; pasaron a través de la cola como Moisés a través del Mar Rojo.

JW se quedó en el parque, quería meterse un tirito más él solo.

Todo iba de puta madre. Las chicas parecían contentas. Colocadas, rebotantes de energía y llenas de espontaneidad. Era un buen principio. El primer paso de JW en el mundo de la coca. Con c, como *cash* ^[25] .

Las cosas sólo podían ir a mejor.

El cielo estaba de color gris claro.

La rampa cubierta de cristal de la Biblioteca Real que bajaba hacia el almacén parecía brillar. JW solía sentarse ahí a estudiar cuando no lo hacía en casa. Allí había visto a Sophie en muchas ocasiones. Había aprendido a reconocer el claro sonido de sus tacones cuando iba de una clase a otra, había observado a sus amigas, había observado a cuáles saludaba. Y después de un tiempo resultó que él conocía a varios chicos y chicas de su grupo. Los círculos eran más pequeños de lo que se había pensado.

Cogió el estuche y sujetó el tubo en la mano.

Entonces lo vio.

El motor sonó como una central nuclear en pequeño cuando pisó retumbando por Sturegatan, como una línea a través de la noche de Estocolmo.

Un Ferrari amarillo.

Su primer pensamiento: el modelo parecía coincidir con el que había visto en las fotos de Camilla.

Su segundo pensamiento: difícilmente puede haber más de un coche como ése en Estocolmo.

El recuerdo de la hermana le invadió.

Tenía que saber.

¿Quién sería el dueño del coche?

* * *

TRIBUNAL DE ESTOCOLMO

SENTENCIA

Ministerio fiscal

Fiscal Markus Sjöberg

Fiscalía de Estocolmo

Denunciantes

1 - Joakim Berggren, 740816-0939

Vapengatan 5

12652 Hägersten

2 - Daniel Lappalainen, 801205-2175

Lundagatan 55

11727 Estocolmo

Acusados

1 - Patrik Sjöquist, 760417-0351

Rosenlundsgatan 28

11853 Estocolmo

2 - Mrado Slovic, 670203-9115

Katarina Bangata 37

11639 Estocolmo

Defensor público

Abogado Martin Thomasson

Apartado de Correos 5467

12131 Estocolmo

DELITOS COMETIDOS

Agresión grave.

LEGISLACIÓN APLICABLE

Capítulo 3, sección 6 del Código Penal.

PENA:

Prisión; 3 años.

CARGOS DESESTIMADOS

Punto 2 de la acusación (Mrado Slovovic, agresión).

FUNDAMENTOS

Punto 1 de los cargos (Patrik Sjöquist; agresión grave).

Pruebas

El fiscal se ha remitido como *prueba escrita* a un informe médico relativo a las lesiones de Joakim Berggren. El informe hace referencia entre otras a una fractura del tabique nasal, mandíbula rota por dos sitios, una fractura en el pómulos derecho, abrasiones de la piel en cinco lugares, hematomas y tumefacción en mejillas y frente, hematoma alrededor del ojo derecho, tumefacción y heridas en los labios, pérdida de cuatro dientes en arco superior e inferior así como derrame cerebral, considerable edema cerebral y conmoción cerebral.

Como *prueba oral* el fiscal se ha remitido al testimonio del demandante, Joakim Berggren, al testimonio del testigo Peter Hållen, guardia de seguridad en el restaurante Kvarnen, así como al testimonio del testigo Christer Thräff, cliente del mencionado restaurante en el momento del suceso.

El denunciante Joakim Berggren ha relatado entre otras cosas lo siguiente. Los tres hombres, Patrik Sjöquist, Mrado Slovovic y Ratko Markewitsch llegaron al restaurante Kvarnen hacia la 1:20 del veintitrés de agosto de este año. El guardia que se encargaba de la cola de la entrada, Jimmy Andersson, informó a Berggren por medio del sistema de comunicación interno de que los tres hombres se habían comportado de forma amenazadora y habían solicitado hablar con la persona responsable del guardarropa. Jimmy Andersson optó por dejarles entrar. Berggren comprendió que los hombres pertenecían a la denominada mafia de los guardarropas, una parte de los bajos fondos organizados de Estocolmo que intenta ganar dinero con los guardarropas de diferentes restaurantes y bares. Por lo tanto les comunicó que el Kvarnen no estaba interesado. Pese a esto, les admitió en el restaurante. Los tres hombres se comportaron de forma agresiva. Patrik Sjöquist dijo entre otras cosas que se negaban a marcharse del local si no podían hablar con el responsable del guardarropa. Después de unos dos minutos, los hombres entraron en el local sin haber conseguido hablar con nadie en relación con el guardarropa. Berggren siguió trabajando en el guardarropa y en la entrada. Hacia las 3:00 se dirigió al aseo para orinar. Patrik Sjöquist entró en el baño. Enseguida entraron también los otros dos hombres. Berggren estaba de pie junto al urinario. Patrik Sjöquist se dirigió hasta él y le dio un cabezazo en el tabique nasal. Cree que le rompió la nariz. A continuación Patrik Sjöquist agarró a Berggren por el pelo y le golpeó la cabeza contra el borde del urinario.

A continuación, Patrik Sjöquist golpeó de nuevo la cabeza de Berggren contra el canto del urinario al menos tres veces. Recuerda que Patrik Sjöquist gritaba: «Maricón de mierda» y «Esto es lo que les pasa a los que son como tú». Después, Berggren perdió el conocimiento.

Preguntado sobre los cargos, el acusado Patrik Sjöquist ha declarado lo siguiente. Joakim Berggren le amenazó y dijo que le iba a machacar «si volvía a poner un pie en el Kvarnen». El motivo de esto era que Patrik Sjöquist se había negado a dejar su chaqueta en el guardarropa. Cree que es por eso que Joakim Berggren piensa que pertenecía a alguna de las denominadas «mafias de los guardarropas». Más tarde fue al aseo a orinar. Una vez allí, Joakim Berggren le dio un empujón en el pecho. Intentó protegerse y se inició la pelea. No recuerda exactamente lo que sucedió pero sabe que recibió una serie de puñetazos y que fue él quien luchó contra Joakim Berggren. Se protegió contra los ataques de Joakim Berggren. Sin embargo admite haber golpeado a Joakim Berggren en la cara como máximo en tres ocasiones. El motivo de esto fue protegerse y actuó en defensa propia. No cree haber golpeado la cabeza de Joakim Berggren contra el urinario. Él no haría algo semejante. A continuación entraron dos personas corriendo en el aseo. Sjöquist no sabía que eran guardias de seguridad. Uno de ellos empezó a luchar contra Mrado Slovic. Sjöquist no sabe por qué. Estaba bebido en el momento del suceso.

Criterios del tribunal

El guardia de seguridad Peter Hållen ha declarado entre otras cosas que vio a Patrik Sjöquist sujetando a Joakim Berggren por el cuello cuando entró en el aseo. También vio que Mrado Slovic le hacía una llave a uno de los otros guardias, Daniel Lappalainen, y le agarró de la pierna. El cliente del restaurante Christer Thräff ha declarado que oyó que Patrik Sjöquist le gritaba a Joakim Berggren que iba a cobrar «hasta que aprendiera» así como que vio que Patrik Sjöquist le daba un cabezazo a Joakim Berggren. Los testimonios de los testigos resultan fidedignos. El tribunal considera además que el testimonio de Joakim Berggren es fidedigno. Por ejemplo, ha descrito detalles sobre lo que gritó Patrik Sjöquist. Su relato lo respaldan los informes médicos y las declaraciones de Peter Hållen y Christer Thräff.

Patrik Sjöquist no tiene ninguna lesión de la que haya constancia y no recibió atención médica tras el suceso. El testigo Christer Thräff ha relatado que fue Patrik Sjöquist quien dio un cabezazo a Joakim Berggren sin mediar provocación. Debido a esto, el tribunal considera que el relato de Patrik Sjöquist no es fidedigno.

En conjunto, el tribunal considera que Patrik Sjöquist ha causado lesiones a Joakim Berggren tal y como sostiene el fiscal. No se puede considerar que Patrik Sjöquist haya actuado en legítima defensa. La agresión ha sido excepcionalmente brutal y ha de juzgarse como grave al haber consistido en repetidos golpes en la cabeza con graves lesiones

como consecuencia. El cargo queda demostrado y por lo tanto se admite. El delito se califica de lesiones graves.

Patrik Sjöquist aparece en siete ocasiones en el registro de antecedentes penales. El tribunal de Nacka fue el último y le condenó a cuatro meses de cárcel por agresión. Otras entradas del registro se refieren entre otros a otra condena por agresión así como condenas por amenazas, acoso racista, delito en relación con la legislación sobre tenencia de armas, delito en relación con dopaje e infracciones de tráfico. Según el Organismo de Prisiones y Libertad Condicional de Estocolmo, consta que Patrik Sjöquist lleva una vida ordenada. Trabaja como albañil y dedica gran parte de su tiempo al culturismo.

Sus ingresos anuales son de aproximadamente 200 000 coronas al año. No hay necesidad de vigilancia. Patrik Sjöquist ha accedido a realizar trabajos sociales. La pena establecida para tal delito es alta, por lo que no puede plantearse otra condena salvo prisión. Por lo tanto se fija una condena de cárcel; tres años.

Punto 1 de los cargos (Mrado Slovoic; agresión).

Pruebas

El fiscal se ha remitido como *prueba oral* al interrogatorio con el demandante, el guardia de seguridad Daniel Lappalainen, así como al interrogatorio con el testigo Peter Hållen, guardia de seguridad.

Daniel Lappalainen ha relatado entre otras cosas lo siguiente. No sabe si llevaba puesta su placa de guardia de seguridad en el momento del suceso. Se dio cuenta de que «algo pasaba» en el aseo de caballeros. Cuando entró vio que Joakim Berggren estaba tirado en el suelo. Había sangre en la pared y en la cara de Joakim Berggren. Había varias personas en el interior del aseo. Les dijo a todos gritando que se quedaran dentro del aseo. Un hombre salió corriendo y pasó a su lado. Otro hombre, Mrado Slovoic, le agarró por la pierna de manera que perdió el equilibrio. Mrado Slovoic le agarró luego el pie. Le hizo mucho daño. Pensó que Mrado Slovoic iba a romperle el pie. A continuación, Mrado Slovoic le dijo que «el Kvarnen volverá a recibir una visita» y que «Joakim Berggren se había metido con los chicos equivocados». A continuación Mrado Slovoic y Patrik Sjöquist salieron del local.

El guardia de seguridad Peter Hållen ha manifestado lo mismo en el punto 1 de la acusación.

Al ser interrogado sobre los cargos, el acusado, Mrado Slovoic, ha manifestado lo siguiente. El guardia de seguridad Joakim Berggren había sido muy desagradable con su amigo Patrik Sjöquist previamente, esa misma noche. Cuando Mrado Slovoic entró en el aseo de caballeros vio que la situación era tumultuosa y que Joakim Berggren y Patrik Sjöquist se estaban peleando. Iba a separarlos cuando entraron

dos hombres en el aseo. Mrado Slovoic no vio que eran guardias de seguridad. Uno de los hombres, Daniel Lappalainen, debió de pensar que Mrado Slovoic estaba involucrado en la pelea porque intentó derribarle con una llave. Mrado Slovoic se asustó mucho. Mrado Slovoic consiguió no obstante zafarse de Daniel Lappalainen. Puede que le agarrara el pie a Daniel Lappalainen para soltarse, pero no lo hizo con fuerza. Daniel Lappalainen no llevaba ninguna placa de seguridad y Mrado no sabía que era guardia de seguridad.

Crterios del tribunal

Los testimonios de Daniel Lappalainen y Mrado Slovoic no concuerdan sobre quién atacó a quién y si Mrado Slovoic agarró a Daniel Lappalainen del pie para defenderse o no. Ambos han proporcionado testimonios fidedignos. La versión de Daniel Lappalainen la respalda el testimonio de Peter Hällén con relación a cómo Mrado Slovoic derribó a Daniel con una llave. La versión de Mrado Slovoic la respalda que Patrik Sjöquist declarara que fue el guardia de seguridad quien empezó a luchar con Mrado Slovoic.

De acuerdo con la legislación sueca, el testimonio del acusado será la base de la evaluación del tribunal si el fiscal no lo refuta. En las actuales circunstancias se trata de la palabra de uno contra la del otro y ambas versiones tiene un cierto respaldo en lo que vieron las otras personas. También ha de señalarse que no hay ningún certificado médico que confirme que la pierna de Daniel Lappalainen haya sufrido lesiones. Sin embargo se considera irrefutable que la situación general en el interior del aseo del Kvarnen fue tumultuosa. En esta situación se inició una trifulca y pudo resultar confuso determinar quién atacó a quién. Se considera demostrado que Mrado Slovoic entró en el aseo con posterioridad a Patrik Sjöquist y por lo tanto puede haber interpretado la situación de manera diferente. Incluso si Mrado Slovoic hubiera lesionado la pierna de Daniel Lappalainen de la manera que se ha dicho, esto pudo haber sido como defensa, ya que Mrado Slovoic interpretó que estaba siendo atacado y por lo tanto actuó en lo que consideró legítima defensa, es decir, creyó que existía un peligro inminente de ser víctima de un acto delictivo. Tampoco se ha demostrado que Daniel Lappalainen llevara su placa de guardia de seguridad. La declaración de Mrado Slovoic sobre que no se dio cuenta de que Daniel Lappalainen era un guardia deberá por lo tanto ser tenida en consideración. En conjunto, el tribunal encuentra que el fiscal no ha conseguido acreditar el presunto delito. Por lo tanto se desestima el cargo.

CÓMO APELAR: véase la información adjunta (DV 400).

La apelación se elevará ante el tribunal de apelación y se presentará al tribunal en un plazo máximo de tres semanas a partir del día de hoy.

En nombre del tribunal,

TOR HJALMARSSON

Capítulo 9

Mrado, en el tranquilo barrio residencial; como los pingüinos en Skansen. No encajaba. Sin espacio. Demasiado pequeño. El clima equivocado. Observado. Menos mal que Radovan le invitaba a su casa muy pocas veces.

No encontraba aparcamiento. Aumentaba el riesgo de no llegar a tiempo. Circuló. Observó. Quizá alguien iba a coger su coche para marcharse. Improvisó la ruta. Sin costumbre. Sin estructura. Sin éxito.

Le preocupaba otra cosa.

Ni un sitio libre para aparcar su Mercedes SL 500. Al final aparcó demasiado cerca de un paso de peatones. Posible multa; a la mierda, el coche era alquilado. La multa iría a parar a la compañía de *leasing*.

Mrado se dirigió hacia la casa de Radovan.

La casa: una construcción larga de una planta, seguro que de trescientos cincuenta metros cuadrados. Muros blancos y techo plano con tejas negras. Los marcos de la puerta y de las ventanas de madera oscura. Jardín bien cuidado durante el verano. Pendientes de la reina, plantas vivaces, rododendros. Ahora sumiéndose en el inevitable marrón del otoño. El terreno rodeado por una valla de madera, aproximadamente de un metro y medio de altura. En el interior crecían cincoenramas. Desde el exterior tenía un aspecto apacible, aburrido y amable. Mrado sabía que se ejercía una estrecha vigilancia desde el interior.

—*Dobra došao*, pasa, Mrado.

Stefanovic, el chico para todo de Rado, abrió la puerta. Guió a Mrado por la casa.

Radovan estaba en la biblioteca sentado en un sillón de piel. Bien vestido, como siempre. *Blazer* azul marino. Pantalones claros de pana. Bien peinado. Las arrugas/cicatrices de la cara formaban la palabra «respeto».

Papel pintado oscuro en la habitación. A lo largo de las paredes librerías altas y bajas. En las paredes, sobre las librerías: iconos, cuadros y mapas enmarcados. Europa y los Balcanes. La bella Donau. La batalla de Kosovo. La República Federal de Yugoslavia. Los héroes de la historia. Retrato de Karayorye. El santo Sava. Sobre todo: mapas de Serbia-Montenegro.

Stefanovic les dejó solos.

Radovan dijo en serbio: «Bienvenido».

—El placer es mío. No nos vemos con mucha frecuencia. —Mrado permaneció de pie.

—Siéntate, por Dios. No, no nos vemos con mucha frecuencia. Es mejor así. Pero hablamos por teléfono.

—Por supuesto. Siempre que quieras.

—Mrado, vamos a saltarnos las formalidades. Me conoces, me expreso con claridad. No significa que sea nada personal. Seguro que sabes lo que opino de lo que pasó en el Kvarnen.

—Te entiendo.

—Fue una mierda. Esas cosas no pueden pasar. Confío en ti y tú lo fastidias. Ahora la situación está descontrolada. ¿Entiendes lo que has hecho? Esto puede llevar a una guerra.

—Lo siento muchísimo, Rado. Evalué mal la situación. Asumo toda la responsabilidad de lo ocurrido.

En la cabeza de Mrado: toda esa mierda es en realidad culpa de Patrik. Pero no valía de nada rehuir la responsabilidad. Si uno era el responsable, era el responsable.

Radovan dijo:

—Coño, claro que lo asumes. De lo contrario, estarías loco. Conoces nuestra situación. Ese *skinhead* que llevas, Patrik, ha sido condenado por lesiones graves. No puede llamar ni escribir así como así. Ni entra ni sale información. No tenemos ni puta idea de lo que dice de nosotros. No se puede confiar en todo el mundo. Más te vale que no cante. Más nos vale.

—Creo que todo irá bien.

—Te has portado bien durante todos estos años. Y ahora esto. ¿Por qué no paraste a ese *skin* aficionado? La policía puede romper a ese chaval igual que un huevo contra una sartén. Además, los Ángeles del Infierno, Bandidos, Boman o algún otro pueden joderla. La situación entre los grupos de esta ciudad ya está lo bastante tensa. No se puede permitir que empeore.

Mrado, en circunstancias normales don Tipo Duro. Pero Radovan era el tipo de hombre ante el que la gente, incluso la mafia yugoslava, bajaba la voz y al que evitaban mirar a los ojos. Mrado sentía preocupación,

Radovan, enfadado de verdad. El pensamiento que surgía: prohibido fastidiar la relación con Radovan. Repito: prohibido fastidiar la relación con Radovan.

Por otra parte, llevaba la mayor parte del trabajo. Llevaba los guardarropas, los cobros y otras cosas. Recordaba los tiempos de Dragan Joksovic, cuando él y Rado estaban a la misma altura. Colegas en el monopolio de la violencia de Jokso. Ahora Radovan estaba sentado, diciéndole que se había «portado bien» durante todos esos años. Vaya chorrada, era Rado el que se había portado bien y cuando estaba Jokso. Era asqueroso: Radovan jugaba a ser Dios.

Además: la parte de Mrado no era en ese momento suficientemente grande. Rado le dejaba para asuntos demasiado pequeños. Por encima de todo, una parte de las ganancias demasiado pequeña. Como si no tuvieran un pasado. Como si R hubiera sido siempre el hombre principal de la jerarquía.

Pero en ese momento se trataba de hacerlo bien. Pensar de manera constructiva. Buscar soluciones. Mejorar el ambiente de manera sutil.

—Rado, Patrik es de buena pasta. Por mi honor. Aunque todavía tenga un genio cargante, demasiado impetuoso, pero no canta. Es legal. Sabe lo que hay. Eso no me preocupa.

—Eso es una buena noticia. Pero de todas maneras podemos tener movida. Patrik es un lelo, joder, el tío necesita un mapa para encontrar su propio baño. Hay varias situaciones posibles. La primera es que la pasma presione al *skin* para que nos delate. Entonces iniciarían una investigación de la hostia, la policía se lanzaría sobre todos los garitos de los que tenemos un control parcial. Quizá debamos dejar una buena parte de nuestros sitios y retirarnos. Otra posibilidad es que los Ángeles del Infierno, Göran Boman o algún otro hablen porque llevamos una estrategia demasiado ofensiva con los guardarropas. No queremos empeorar la situación actual, y si alguien lo sabe ése eres tú, Mrado. Cuatro de nuestros chicos cayeron la última vez. Por no hablar de lo que te pasó a ti. Conozco la guerra. Yo mismo soy una guerra, joder. Eres consciente del equilibrio, tras Jokso no se ha permitido que nadie se convierta en rey. Entre nosotros, Mrado, ya pueden olvidarse. Pero ahora mismo no está la situación como para remover las cosas.

—Haces un buen análisis, Rado. Como siempre. Permíteme que aporte algunas ideas más. ¿Quieres oírlas?

—Por supuesto. Entre otras cosas es por eso por lo que hemos quedado. ¿Qué has pensado?

—Patrik sabe lo que hay. Conoce nuestro código. Los soplones caen. Hace sólo unos días vio lo que le pasó a un tío del gimnasio que no se comportó bien. No era un alfeñique. Patrik el *skin* lo pilla. Si canta, no va a vivir más tiempo del que tarde en ir y volver a los urinarios sin

vigilancia del trullo. Créeme, sé de muchos que han acabado mal en Tidaholm. Pero que cante, eso no va a pasar.

Mrado había pensado. Cargado de ideas. Perspectiva de helicóptero. Grandes perspectivas. Perspectiva de futuro. Panorama. Puntos de vista sobre la expansión. Radovan quería ser el rey. Tenía potencial. Al mismo tiempo: Mrado quería exponer sus puntos de vista sobre su participación en la sección de los guardarropas.

—No debemos soltar los guardarropas. Desde el año pasado, cuando metimos la quinta marcha en esa actividad, hemos conseguido aproximadamente trescientas mil mensuales en los seis meses de frío y cerca de ciento cincuenta mil mensuales en los meses de calor. Se trata de unos veinte sitios. Cuantos más sitios podamos controlar, más se acostumbrará la gente a tener que pagar. Al final, hasta los bares más pequeños de esta ciudad podrán cobrar algo por la ropa de la gente. La pega es qué hacemos con la pasta. Los guardarropas son perfectos. Operamos sólo en metálico. Hacienda no tiene posibilidad de calcular nuestros ingresos. Todo el dinero va en negro. Los mismos locales no declaran ni un céntimo de todo esto.

Radovan se rió. Le encantaba toda esa palabrería. Entornó los ojos. Sacó papel y lápiz. Calculadora. Ya sabía las cifras. Ya sabía los beneficios. Ya sabía que el dinero en metálico era dinero limpio. Pero Mrado sabía que a Radovan le gustaba oír lo que ya sabía.

—Funciona bien, Mrado. Estoy de acuerdo; ahora mismo tenemos un problema con el blanqueo. Necesitamos liberarnos del dinero en algún sitio. Clara's y Diamond no consiguen absorber las cifras que genera el negocio de los guardarropas. Necesitamos más compañías. En cierto modo es un problema de lujo. Demuestra que el negocio va sobre ruedas.

Mrado contestó:

—Los videoclubes funcionarían bien, creo yo. El gran hermano nunca puede llegar a averiguar cuántas películas se han alquilado de verdad. Podemos inflar los ingresos todo lo que queramos. Puedo encargarme. Lo he hecho antes. Si contra toda expectativa la cosa se fastidia y el Estado empieza a sospechar algo, caerá la cabeza de otro, un testafarro.

—Muy bien. ¿A quién cogemos?

—A alguien sin antecedentes de quiebras. Alguien que no sea demasiado tonto pero que tampoco tenga mucho que perder. Yo me encargo. Pero el testafarro no protege realmente el blanqueo. Protege más bien de la quiebra si acabamos con demasiadas deudas de impuestos y cosas así. Tú no vas a ensuciar tu nombre con quiebras sospechosas. Por cosas así acaba uno con prohibiciones de ejercer actividades comerciales.

—Tú controlas. Empieza mañana mismo.

Stefanovic llamó a la puerta. Traía té chai y biscotes italianos. Radovan se reclinó hacia atrás. Mojó los biscotes. Como un vikingo. Hacía ruido al comer. Charlaron sobre la hija de Radovan. Iba a empezar el colegio. Colegio privado, colegio en el centro, colegio en la urbanización. ¿Qué era mejor? Mrado contó su propia mierda. Que veía a Lovisa demasiado poco. La lucha con la madre. El estilo de Rado: preguntó si él podía hacer algo Mrado pensó: Todo lo contrario. Si los servicios sociales se enteran de que estás de por medio estoy jodido como titular de la patria potestad.

Sobre el suelo había dos alfombras auténticas. Radovan había encargado la decoración de estilo clásico. Los libros en las estanterías, principalmente para que se vieran. En las baldas: enciclopedias y mapas. Antologías de autores serbios. Mrado ni siquiera reconocía los nombres, Jo van Jovanovi, Sima Milutinovi-Sarajlija, Marko Kraljewitsch. Sólo uno de ellos le era conocido, el premio Nobel Ivo Andri.

Mrado pensó en su profesora de lengua materna del colegio, que le había hecho leer a Ivo Andri. Un año después era el amo de las peleas en Södertälje.

Radovan dejó el vaso de chai.

—El negocio de los cigarrillos funciona de maravilla. Goran es muy bueno. Pero no podemos confiar en eso a largo plazo. En la actualidad toda la sociedad está en contra del tabaco. La prohibición de fumar en los bares es una ruina, las nuevas imágenes de pulmones renegridos son asquerosas, el mayor control de las fronteras con los países extracomunitarios causa problemas.

—Tienes razón, pero es importante que mantengamos nuestros contactos con los transportistas. No es fácil volver a montar la logística. Pronto se abrirá totalmente el Báltico con la incorporación a la UE. La heroína es allí ocho veces más barata. Incluso aunque haya una cierta subida de precio, tenemos que estar preparados. Los mismos conductores que hoy transportan cigarrillos pueden llevar nuestro caballo.

Siguieron discutiendo. Repasaron todas las actividades y proyectos de Radovan: el tráfico de cigarrillos y alcohol, los cobradores, la droga, las copias de Jack Vegas, los burdeles en pisos, las putas a domicilio.

Además los medio legales, el garito Clara's Bar y el club The Diamond. Lavanderías.

En resumen, flujo de ingresos, pasta que entraba sin parar, dinero por el que había que pagar impuestos para que saliera limpio por otro lado.

Los garitos no bastaban para eso. Tenía que parecer que Radovan cumplía la ley, un ciudadano respetable.

Conclusión: decididamente necesitaban los dos videoclubes. Quizá más.

Mrado intentaba abordar todo el tiempo la cuestión de su parte de los guardarropas.

Al final: se acercó el vaso de té a la cara e intentó beber, aunque evidentemente estaba vacío. Esperaba haber ablandado a Radovan lo suficiente.

—Radovan, también quería hablar de las finanzas en relación con los guardarropas.

Radovan levantó la mirada de los papeles con cifras que tenía ante sí.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que no haya llevado muy bien el asunto de Patrik, pero me hago responsable y realizo un buen trabajo. Acabamos de repasar las cifras. Van hacia arriba. ¿Cuál va a ser mi parte de todo eso?

Silencio.

Mrado hizo un intento:

—¿Me has entendido?

Un muro de hormigón.

—Mrado, permíteme que te aclare una cosa. Tú no pones ninguna regla. Por muy jodidamente buenas que sean las ideas que se te ocurran, todos los negocios son míos. Por muy buenos que sean los negocios que hagas, al fin y al cabo es mi dinero el que hay que administrar. Discutiremos tu parte del pastel cuando me apetezca. No dejemos que eso nos estropee la noche. Voy a olvidar lo que acabas de preguntarme, ¿de acuerdo?

Mrado se quedó mudo. ¿Cómo podía haber cometido semejante error de apreciación? Joder, con lo que se había arrastrado para poder hacerle la pregunta sobre su parte. Otro pensamiento tomó fuerza: algún día otro se convertiría en el amo del cotarro.

Dieron las ocho. Pasaron al comedor. La mujer de Radovan llegó a casa. Charló con Radovan y Mrado durante media hora. Estaba delgada. Mrado opinaba que era la mujer serbia más guapa que había visto nunca.

Cenó en la cocina con la niña.

Radovan reaccionó de manera impecable. Como si la pregunta de Mrado nunca se hubiera producido.

El ambiente volvió al estado normal.

Descorcharon un borgoña de 1994. Radovan lo probó.

—Supongo que ya lo sabrás, pero Jorge Salinas Barrio se ha escapado.

—Me lo ha dicho Ratko. Creo que la semana pasada el *Expressen* publicó un artículo sobre el asunto. No contaba mucho pero aparentemente se escapó saltando el muro. Un buen trabajo.

—Es malo que esté fuera. Nosotros nos encargamos de que fuera enjuiciado. Puede jodernos bien en nuestros negocios de coca. Por lo que creo, está cabreado con nosotros y probablemente su vida ahora mismo será jodidísima. Huyendo, sin demasiados amigos. Puede optar por hacer alguna estupidez. Sinceramente, no sé cuánto sabe. ¿Lo sabes tú?

—En realidad no. Pero entiendo lo que quieres decir. ¿Qué deberíamos hacer?

—De momento nada, pero si intenta algo tenemos que pararle. Enseñarle quién manda. Agarrarle con firmeza. ¿No, Mrado? De la manera en que tratamos a los broncas.

Mrado miró su copa de vino. ¿Era eso una indicación sobre cómo Radovan pensaba tratarle a él si seguía planteando exigencias? Daba igual. Ese Jorge debía probar jarabe de palo inmediatamente. El latino era un peligro para los yugoslavos.

Mrado tenía otras cosas en las que pensar. Organizar los guardarropas tras el fiasco del Kvarnen, buscar un testaferro para crear las empresas de blanqueo de dinero, luchar por su hija. El latino podía esperar.

Además: la situación no estaba como para adelantarse a las órdenes de Radovan. El ambiente ya estaba enrarecido.

Esperaría el visto bueno antes de lanzarse sobre el cabrón de Jorge.

Y el ambiente estaba enrarecido. Tenía que meditar sobre eso.

Capítulo 10

Jorge *the Man*, el rey de los canallas, se la había pegado a la pasma. La bofia ya podía buscarle. Pero, olvídate, no van a encontrar a Jorge-boy.

Estaba fuera. Estaba libre. Era el tío más total de la ciudad.

Pensaba en lo que se habría dicho. El hombre que corría más rápido que Ben Johnson. El hombre que les había dado por culo a los monos con su habilidad. El hombre que había huido de Österåker con la ayuda de un par de sábanas y un gancho hecho con un aro de baloncesto. *Slam dunk* [26]. Le dio las gracias al Estado por la velada y dijo adiós.

El hombre. El mito. La leyenda.

Y no tenían ni puta idea.

Los planes de Jorge puestos a punto para la fuga. Su plan actual: mantenerse con vida en libertad. Conseguir pasta. Largarse del país. En otras palabras: poca cosa como plan.

San Sergio había llevado la escalera al lugar correcto. Había salido pitando de allí y se había llevado su coche del bosque antes de que Jorge siquiera hubiera llegado a la mitad de la zona talada. El otro coche lo había aparcado perfectamente.

Un visionario de las fugas. Un latino con huevos.

Jorge había ido a ciento diez por un sendero forestal. Rally, como en los bosques de Värmland. Los monos no se enteraron de nada, no le vieron entrar en el coche. Creyeron que había seguido corriendo. Todo planificado. El camino se ramificaba tres veces. Cuando los monos se coscaron de que había desaparecido en coche, seguro que les hizo falta una hora para averiguar qué ruta había tomado. A la autopista. Pasar de largo por Akersberga. Desvío. Entrar en el bosque. Ahí se reunió con su primo. El coche que había esperado a J-boy lo había robado Sergio tres días antes. Ahí se quedó. En el maletero, un bidón con gasolina. Le prendieron fuego. No merecía la pena quedarse a mirar las llamas.

En el territorio de los gnomos se perdían todos los rastros.

Si es que la pasma llegaba tan lejos.

Llegó al piso a las dos y media de la madrugada. Hasta entonces había estado esperando en el coche toda la noche, hasta que la situación fuera segura. Para evitar que algún vecino viera llegar a Jorge. Comieron falafel, bebieron refrescos de cola y café. Escucharon Power Hit Radio.

Charlaron. Se mantuvieron despiertos. Jorge se relajó después del subidón de adrenalina.

Los días siguientes: Jorge se alojó en el piso vacío. Era de la tía de Sergio. La vieja llevaba siete semanas viviendo en la residencia para ancianos de Norrviken.

Lo acordado: Jorge podría estar ahí diez días como máximo. Jorge no podía poner un pie en la calle. Jorge no debía hacerse notar. Después podría hacer todo lo que quisiera pero pagaría a Sergio por todo. Palabra.

Jorge, agradecido. Sergio era un ángel. Ya había hecho más que nadie. Se había sacrificado. Se había arriesgado. Había corrido riesgos. Como hacen los familiares, pero algo que nunca nadie había hecho por él.

No pensaba quedarse más de una semana.

Encerrado en el piso. Qué fuerte. Era libre. Y estar así, de nuevo encerrado. La única diferencia era que había más metros cuadrados que en la celda de Österåker. Tenía que prepararse para su nueva vida de fugitivo.

Jorge se dejó crecer la barba. Se cambió el corte de pelo. Se tiñó el pelo de negro.

Le pidió a Sergio que le comprara bigudíes y líquido de permanente. Thio Balance Permanent, quinientos mililitros. Se leyó a fondo las instrucciones. Se colocó sobre el borde de la bañera. Se mojó el pelo con el teléfono de la ducha. Enrolló cuidadosamente los mechones de pelo alrededor de los pequeños rulos. Menos mal que nadie le podía ver. Se sentía como un verdadero sarasa.

Ensayó una nueva forma de caminar. Intentó disimular su voz todo lo posible.

Jorge lo sabía: la gente te reconoce instintivamente por tus pautas de movimiento, tu manera de caminar, de hablar, de pasarte la mano por el pelo y sonreír. Tus tics inconscientes y el uso de expresiones especiales. Según Jorge, la única buena acción de Rodríguez: el tío les había grabado en vídeo a él y a Paola cuando eran pequeños. Dos personas totalmente diferentes: chico y chica; fibroso y grácil; anguloso y redondeada. Sin embargo sus pautas de movimiento eran casi idénticas. Jorge se acordaba. Los códigos de identificación, más peligrosos que el aspecto.

Cambia eso, Jorge-boy. A toda leche.

Lo del piso fue duro. Quería salir. Quitó el espejo del recibidor y lo puso contra la pared del salón. El primer día caminó desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde, el pelo como Marge de *Los*

Simpson , y practicó nuevas pautas de movimiento. Ensayó nuevos tics. Ensayó una nueva forma de hablar.

El nuevo peinado después de doce horas: pelo rizado. No resulto tan ensortijado como se había imaginado, aunque se había dejado los bigudíes el doble de tiempo del que decía el envase.

Se aplicó crema de bronceado sin sol Piz Buin, la más oscura. Según las instrucciones de la parte de atrás del tubo, el color duraría tres días. Debería funcionar.

Al final el efecto total: parecía un mestizo, el mestizo *macanudo* *. Con cirugía de labios y nariz ni su madre le reconocería.

Fantástico.

Las persianas bajadas. En la habitación, la luz permanentemente medio gris. El piso era pequeño. Un dormitorio, salón y cocina. En la habitación había una cama estrecha sin sábanas. Jorge imaginaba que en la residencia tendrían de eso. Pero parecía que a pesar de ello habían vaciado todo cuando se llevaron a la señora. En el salón había un sofá, un televisor, una alfombra y una mesa de centro baja de madera oscura. Del techo colgaba una lámpara amarilla de cristal. Las librerías estaban llenas de fotos de la familia, postales de Chile y libros. La mayoría en español. Se preguntó si tendría familia. Intentó mirar las postales. Leyó algunas. Se cansó después de un rato. Las zapatillas Asics no habían estado a la altura. El pie le seguía doliendo. Quizá se le había torcido.

A mitad del día llamó al timbre de los vecinos de arriba, de abajo y de al lado. Se escondió en la escalera por si abrían. Nadie en casa. Podía ver la tele.

De todas formas bajó el volumen. No había canales de cable. Puso la carta de ajuste y escuchó las noticias. Nada sobre él. Vio repeticiones de programas, películas matutinas y la teletienda. Se puso nervioso.

Intentó ensayar el estilo de andar. Modificar el ritmo. Mover el brazo. La pierna derecha se le iba un poco al dar el paso. *Nigga with attitude* ^[27] . Estilo de andar con alma. Movimientos fluidos. No fingirlo sino que pareciera auténtico. Dar la sensación de que se había movido así toda la vida. Que lo llevaba en la sangre. Innato.

Leyó los periódicos vespertinos que le llevó Sergio. No decían mucho de la fuga. Sólo un artículo corto en el *Expressen* al día siguiente y una reseña en el *Aftonbladet* .

Según el *Expressen* :

Un hombre condenado por delito grave relacionado con la droga se fugó de la prisión de Österåker en la tarde del jueves de forma espectacular. Uno de los guardias de la prisión declaró para el

Expresen que el fugado, Jorge Salinas Barrio, era un interno modélico y que el personal no sospechó que planeara fugarse. Según una fuente del interior de la prisión, Jorge Salinas Barrio huyó saltando por encima del muro con cierta ayuda desde el exterior. Después se habría dirigido hacia el bosque, donde probablemente le esperaba un vehículo. La misma fuente declara que en los meses anteriores al suceso el fugitivo estuvo entrenándose corriendo de una manera que dicha fuente califica como «obsesiva». La dirección de la prisión ha expresado su autocrítica por lo sucedido al mismo tiempo que su satisfacción por que la fuga haya tenido lugar sin mayor violencia.

Tras la ola de fugas en 2004, cuando, entre otros, Tony Olsson, condenado por el asesinato de un policía en Malexander, consiguió fugarse en dos ocasiones en el mismo año, se mejoró la vigilancia y la seguridad de las penitenciarías del país. Tras el suceso de ayer, el departamento de prisiones ha comunicado que es posible que se realice una investigación para aumentar aún más el nivel de seguridad en prisiones de esa categoría.

Jorge sonrió. Así que les había parecido que se había entrenado con exageración. Se preguntó ¿qué pensarían de sus estudios en la Biblioteca de la Ciudad? ¿Habían llegado a coscarse de lo que había hecho allí?

Al segundo día no vino nada en los periódicos. Se sintió decepcionado. Al mismo tiempo fue un alivio: cuanta menos atención, mejor. Echaba de menos correr. No le gustaba el silencio. Le daba miedo que su cuerpo en forma y entrenado se deteriorara.

El tiempo pasaba tan lento como una motocicleta sin trucar. Intentaba planificar. Se hacía pajas. Miraba por entre las persianas. Se notaba nervioso. Ensayaba el nuevo Jorge una y otra vez. Buscaba sonidos sospechosos en la calle o en la escalera. Fantaseaba con su éxito en el extranjero.

La tristeza: diez veces peor que en la cárcel.

Durmió mal. Se despertó. Escuchó. Levantó las persianas. Observó por la mirilla de la puerta.

Paseó de un lado para otro. Se vio en el espejo. ¿En quién iba a convertirse?

El dilema de Jorge: lo único que sabía hacer era traficar con cocaína. ¿Pero cómo introducirse en la actividad sin descubrirse? Le respetaban por ser Jorge. No por ser como-sea-que-se-fuera-a-llamar. Era un sector difícil para introducirse uno solo. No se podía sin apoyos.

Necesitaba un nuevo número de identidad y una dirección para poder ocultarse tras una personalidad falsa. Además: quería poder colarse en el cercanías y el metro. Si le pillaban a uno, siempre se podía dar el

número de identidad y la dirección de otra persona y los vigilantes se quedaban satisfechos.

Además: necesitaba darse rayos UVA para evitar la crema de bronceado sin sol. Necesitaba lentillas marrones más oscuras que su color natural. Necesitaba otra ropa en lugar del chándal mugriento que le había dejado Sergio. Necesitaba un móvil. Necesitaba ponerse en contacto con ciertas personas. Sobre todo: J-boy necesitaba dinero al contado.

Echaba de menos a Paola. Quería llamarla pero sabía que no debía. Había que esperar.

Después de cinco días se le fue la pinza. Se imaginaba que cada coche que paraba en la calle era de la pasma. Sergio llegó por la noche, comentaron la situación. Los maderos aún no habían hablado con Sergio. Todo parecía tranquilo. Sin embargo, Jorge estaba nervioso. Quería largarse.

Sergio le recogió el día siguiente a las seis de la mañana. Jorge estaba hecho polvo. No había dormido ni un minuto. A cuatro patas, con una bayeta en la mano, había limpiado del suelo pelos y cualquier posible huella suya.

Fueron hasta Kallhäll. Jorge le pidió a Sergio que diera unas vueltas más para confundir a posibles perseguidores.

Sergio sacudió la cabeza.

—Estás demasiado nervioso.

El siguiente sitio donde dormiría Jorge: una habitación en casa del mejor amigo del hermano de Sergio, Eddie. La ventaja: si la poli iba detrás de él, ahí perderían la pista definitivamente. El inconveniente: se ampliaba el círculo de los que sabían dónde se encontraba.

En realidad lo idóneo era vivir con gente que no supiera quién era ni le reconociera. A Eddie no se le podía engañar. Se partió de risa cuando vio a Jorge. *El Negrito* *. Le presentaron a la mujer de Eddie y dos críos. Ella no tenía ni idea de la historia de Jorge. No era el mejor arreglo, pero valía.

Jorge se pasó días enteros tumbado en la cama. Oía gritos de niños. Estudiaba la estructura del techo. Pensaba en cómo lo habría pasado su madre cuando llegó a Suecia embarazada de él. Huyendo de la dictadura. Sola con sus recuerdos. Se avergonzaba de saber demasiado poco. De no haber preguntado las veces suficientes.

La habitación, pequeña. En realidad era de uno de los niños. Piezas de Lego tiradas por el suelo. Pósteres de DJ Méndez y de los personajes de *El señor de los anillos* . Cortinas de flores colgadas de las ventanas.

Leía cómics. Deseaba poder jugar en la X-box de Eddie, pero no se atrevía a salir de la habitación. Añoraba el piso de la vieja, al mismo tiempo que reconocía que estaba más seguro en éste. Añoraba la libertad. Añoraba poder salir.

Unos días más tarde, Eddie llamó a la puerta en mitad del día, a las dos. En realidad debería estar trabajando. Jorge lo pilló a la primera: algo iba mal. Eddie, sudoroso. Los zapatos aún puestos. Sus niños gritaban por detrás.

—Jorge, tienes que largarte. Han llamado a Sergio para interrogarle.

—¿Cuándo ha sido eso? ¿Cómo te has enterado?

—Le han llamado por la mañana y le han dicho que tenía que comparecer antes de la una. Me ha llamado inmediatamente y me ha dicho que te lo comunicara pero que no te llamara.

—Estupendo. Como yo le dije, nada de llamadas. Pueden pincharlas y a saber qué coño más podrán hacer. ¿No te han seguido?

Eddie: no era el latino más espabilado del mundo. Pero ya se las había visto en otras así. Sabía que había que vigilar si tenía a alguien detrás.

Jorge empezó a vestirse. Además del chándal, Sergio le había prestado una cazadora. No eran muchas las pertenencias que había que empaquetar: un tubo de crema autobronceadora Piz Buin para ponerse moreno sin necesidad de exponerse al sol, los bigudíes, un cepillo de dientes, dos pares de calzoncillos y un par de calcetines extra. Todo era de Sergio, más cinco mil coronas que le había dejado.

Metió las cosas en una bolsa del supermercado ICA. Dio a Eddie un beso en la mejilla. Guiñó el ojo a los niños, que gritaban. Le dio las gracias al mayor de los críos por dejarle su habitación. Esperaba que Eddie no le hubiera contado a su mujer cómo se llamaba ni quién era.

Llevaba diez días huido. ¿Ya estaba yéndose todo a la mierda?

Escribió una nota para Sergio en español. Con el código que habían acordado. Se la entregó a Eddie.

Salió del piso. Le pareció oír una sirena en el exterior. Abrió la puerta de la calle.

Miró hacia la esquina. No había ningún coche en la calle. Ninguna persona. La cosa estaba tranquila. El latino paranoico a la fuga.

¿Qué coño iba a hacer?

Se empezaba a notar más fresco. Era el 9 de septiembre. Jorge anduvo por la ciudad todo el día. El centro: calles Drottninggatan, Gamla Brogatan, plaza Hötorget, Kungsgatan. Stureplan. Comió en McDonald's. Miró por las tiendas. Intentó observar a las tías.

No podía disfrutar. Sólo estresarse. Ya fuera por obsesión o necesaria precaución, miraba a su alrededor como si cada tío que pasaba fuera un poli en su búsqueda.

Os presento al Jorge hundido: *el Jorgelito* *, un mierdecilla asustado. Quería llamar a su hermana. Quería hablar con su madre. Casi quería volver a la cárcel.

No podía ser, tenía que concentrarse. Dejar de pensar todo el tiempo en su madre y en su hermana. ¿Qué coño le pasaba? La familia lo era todo, claro, ésa era la regla básica. Pero si uno no tenía una familia como es debido y se veía forzado a salir adelante por sus medios, entonces se aplicaban otras reglas. Se concentró en lo importante.

Sin sitio donde dormir ni amigos/cómplices en los que confiar en ese momento.

Cinco mil pavos en el bolsillo. Podría pagar a algún antiguo colega de la coca para que le alojara algunas noches. Pero el riesgo era demasiado grande, cantan por cualquier cosa.

Podría ir a algún albergue juvenil. Posiblemente demasiado caro. Además, pedían documentación.

Podría ponerse en contacto con su madre o su hermana, pero seguro que la pasma las estaba vigilando estrechamente y era innecesario hacerlas pasar por algo desagradable.

Joder.

Durante los días que había pasado en la cama en la habitación del niño, había ido creciendo una idea: entrar en un refugio para los sin techo. Resolvería la necesidad de cama pero seguía necesitando pasta. También había otra idea, más grande. Peligrosa. Temeraria. Intentó dejarla a un lado, puesto que estaba relacionada con Radovan.

Jorge preguntó a unos yonquis de la plaza de T-Centralen dónde se podía dormir. Le aconsejaron dos sitios: Nattugglan, el albergue municipal de Slussen, y Karisma Care en la plaza Fridhemsplan.

Fue andando hasta la estación de metro de Hötorget. Eran las ocho de la noche. Los torniquetes no eran como los que había antes de que entrara en la cárcel. Era más difícil colarse. Unas barreras altas de plexiglás que se deslizaban hacia los lados cuando uno pasaba la tarjeta por una ranura en la parte frontal del torniquete. No quería malgastar

dinero. No quería ir andando hasta Slussen. Evaluación de riesgos. Los torniquetes eran demasiado altos para saltarlos. Observó al taquillero, que estaba leyendo un periódico. Parecía pasar de su trabajo. Observó el flujo de gente. No había mucha. Circuló. Deambuló. Observó. Al final llegó un grupo de jóvenes. Caminó entre ellos. Se deslizó con ellos. Pegado detrás de un chaval de veintitantos. El torniquete emitió un pitido al detectar que había pasado detrás de alguien. Al taquillero le importó tres pimientos.

Fue hasta Slussen. Miró la dirección en un plano de transportes urbanos que había en la estación.

Estaba cansado. Estaba deseando acostarse.

Llegó al albergue, calle Högbergsgatan, las nueve en punto.

Llamó al timbre. Le abrieron.

Tenía un agradable aspecto hogareño. La recepción estaba justo al lado de la entrada. En el interior de la sala: una mesa larga y sillas, fregadero y horno en una de las paredes. En un rincón había un televisor. La gente estaba sentada y jugaba a las cartas. Comían. Veían la televisión. Conversaban. Nadie le hacía caso. No había nadie que él reconociera. No había nadie que pareciera reconocerle. Estupendo.

La mujer de la recepción se parecía a la bibliotecaria de la Biblioteca de la Ciudad. El mismo estilo, la misma ropa marrón.

—Hola. ¿Te puedo ayudar? —dijo y levantó la mirada de un crucigrama.

Jorge dijo:

—Claro. Últimamente he tenido problemas para encontrar un sitio donde vivir. Me han dicho que este sitio está bien.

Puso la voz melosa de «compadécete de mí». No necesitaba fingir. Estaba hecho polvo de verdad. La mujer pareció comprender. Los trabajadores sociales/asistentes/psicólogos siempre eran comprensivos. Jorge conocía a los de su especie.

—Nos quedan camas, así que no tiene por qué haber ningún problema. ¿Llevas mucho tiempo sin vivienda?

Conversar. Ser amable. Decir alguna cosa creíble.

—No demasiado, unas dos semanas. Es una situación difícil. Mi chica me ha echado de casa.

—Parece duro. Pero al menos puedes dormir aquí algunas noches. Quizá se arreglen las cosas con tu novia. Lo único que necesito para que puedas quedarte aquí es tu nombre y tus datos personales.

Joder.

—¿Necesitáis de verdad esos datos? ¿Para qué?

Pensó: Sí que tengo un número de identidad. ¿Correré algún riesgo si se lo doy?

—Sé que muchos no quieren proporcionarlos, pero es que hasta esta actividad cuesta dinero. Enviamos la factura directamente a tu trabajador social, si lo tienes, doscientas coronas por noche, así que lamentablemente necesito tus datos personales.

Coño. No podía quemar sus datos personales falsos. No funcionaría.

—No puede ser. Pagaré al contado.

—Lo siento, ya no aceptamos pagos en metálico. Hace dos años que dejamos de aceptarlos. Quizá deberías ponerte en contacto con tu oficina de servicios sociales.

Joder.

Jorge se rindió. Dio las gracias. Volvió a salir a la calle.

Lamentó haberlo intentado. Esperaba no haber despertado sospechas.

Se preguntó si alguien le habría reconocido. Se miró en un escaparate. Pelo negro. Rizado. La barba empezaba a ser más larga. La piel más morena de lo que era de verdad. Debería ser suficiente.

Un termómetro marcaba catorce grados.

¿Dónde iba a dormir?

Pensó en su otro plan: su idea para conseguir dinero. ¿Se atrevería?

Desafiar a Radovan.

PARTE II

Capítulo 11

JW volvió a contar los billetes. Veintidós mil coronas limpias y encima había estado de fiesta como París Hilton, cuatro fines de semana seguidos, y además se había podido comprar una chaqueta de Canali.

Sopesó los cuarenta y cuatro billetes de quinientos rodeados por una goma. Normalmente, estaban escondidos en un par de calcetines en el ropero. La venta de coca daba buenos resultados. En un mes había ganado dinero. Había devuelto lo que le debía a Abdulkarim y además había aprobado el examen de financiación.

Abdulkarim le elogió, quería que se dedicara a la coca a jornada completa. Los cumplidos le animaron. Los cumplidos generaron confianza y estupendos sueños de futuro. Pero JW lo rechazó; tenía decidido hacerlo todo al mismo tiempo: ir de fiesta, la venta, la universidad.

Los chicos habían aceptado que él se encargara del suministro. Eran unos chicos estupendos. Les parecía bien que se les entregara la mercancía sin tener que ensuciarse las manos. El único que reaccionó fue Nippe, que se metió con él en broma:

—¿Estás corto de pasta o qué? Eso parece, cuando tienes que colocar farla todo el tiempo. Dímelo y mi padre te puede hacer un préstamo.

JW no le hizo caso. Pensó: pronto puedo comprar al padre de Nippe y hacer que eche el cierre para siempre.

JW se miró en el espejo. La melena de león estaba favorecedoramente engominada con dos toques de cera para pelo Dax recién aplicada, incluyendo todas las aplicaciones previas, que en realidad nunca desaparecen del todo con el lavado. Antes se cortaba el pelo él mismo. Ahora se abrían nuevas posibilidades, quizá podría ir a los mismos peluqueros que los chicos: Sachajuan, Toni & Guy, Hårgänget. Un grato pensamiento.

Toda su ropa era de segunda mano: los vaqueros de Gucci, la camisa de Paul Smith y los zapatos Tod's con la característica suela de goma granulosa. Precisamente por eso fue tan agradable ponerse la chaqueta de Canali. Sin arrugas, buena caída, tacto crujiente. Incluso olía a nueva.

Medía un metro y ochenta y dos, rubio, con cara delgada. Muñecas finas. Cuello fino. Todo fino. Dedos de pianista. Mandíbula prominente.

JW cambió de pose ante el espejo: Soy guapo, pero quizá necesitaría hacer un poco de músculo. Tarjeta anual de SATS, *here I come* ^[28] .

Era sábado. Iba a acompañar a Nippe a la casa de campo de los padres de uno de sus amigos. Lövhälla Gård, en la región de Sörmland. Anteriormente, JW había tratado con el chico, Gustaf, algunas veces en la discoteca Laroy. El plan era cena, fiesta y pasar allí la noche. Estarían algunas personas que no conocía. Lo mejor de todo: Jet-set Carl también estaría.

Con un poco de suerte quizá pudiera conseguir algo con Sophie. Con más suerte podría causar buena impresión a Jet-set Carl. Decididamente, una puerta abierta para la venta de coca.

Eran las tres de la tarde. JW se sentía desmotivado y espeso, aunque ni siquiera había salido de fiesta la noche anterior. Se sentó en la cama, dobló las piernas y volvió a contar el fajo de billetes.

Disfrutó, jugueteó con los billetes de quinientos. Esperó a que Nippe le llamara con el claxon desde la calle.

La curva de ventas se disparaba hacia arriba. El fin de semana siguiente a haber invitado a Sophie y Anna en Humlan, su primer buen negocio. Empezó invitando otra vez. Pero nunca más en Humlan. Decidió que era algo que no podía repetirse. Demasiado clase B.

Estaban sentados en casa de Putte, como siempre. Todo el grupo: JW, Putte, Nippe y Fredrik. Además, Sophie, Anna y dos chicas más de Lundberg. Los chicos participaban en el acuerdo. JW pillaba la nieve y todos compartirían el gasto. Esta vez las chicas querían participar. JW soltó la charla en plan generoso, hizo el papel de espléndido y les invitó a todos a una raya. Las dos chicas nuevas, Charlotte y Lollo, no lo habían probado nunca. El ambiente pegó un subidón, no sólo en sentido figurado. Se sentían ardientes, espontáneos, colocados de narices. Todos apreciaban a JW, el chaval que se encargaba de que hubiera fiesta. Después de tres horas se metieron en unos taxis y fueron a Stureplan. JW se llevó cuatro gramos. Entraron en la discoteca Köket. Hicieron lo de siempre: bailaron, se emborracharon, coquetearon. Nippe consiguió que dos tías le hicieran una mamada cada una. Después de media hora una de las chicas, Lollo, se acercó a JW y le dijo que aquello le parecía genial. Le preguntó si tenía más y le aseguró que pagaría encantada. JW pareció preocuparse. Le dijo que no tenía que pagar, pero que le había prometido un poco a otro amigo. Ella dijo:

—Guay, pero yo quiero unas rayas y tengo que pagarlas.

Él dijo:

—De acuerdo, voy a ver si puedo conseguir alguna cosa.

Pensó: Después de todo el que paga es tu padre. Le colocó todo a mil doscientas el gramo. El precio de compra era seiscientas. El beneficio fue de dos mil cuatrocientas coronas. Comparado con el taxi, era demasiado: toda una noche machacándose en el Ford frente a tres minutos de conversación seductora con Köket mientras estaba de pie con una copa en la mano y mirando a una chica guapa todo el tiempo. No estaba mal.

El fin de semana siguiente fue igual, aunque con otras personas. Tomar algo antes de salir, ir a otro sitio, tomar algo después en otro piso. Sacó siete mil coronas limpias pese a que había invitado en total a cinco gramos.

La semana siguiente quedó con Sophie en un café de Sturegallerian. Hablaron de sitios de fiesta guais, ropa bonita, conocidos comunes. Incluso hablaron de cosas serias. Lo que querían hacer cuando acabaran la universidad. Sophie estudiaba Empresariales pero quería entrar en la Escuela de Comercio en el quinto semestre. Tenía que conseguir notable en todos los exámenes, estudiar mucho, disciplinarse. Luego se iría a Londres y prosperaría. JW quería trabajar con valores, se le daban bien los números. Ella entró en lo personal, le preguntó sobre sus padres y sus orígenes. JW tuvo que realizar maniobras de despiste, dijo que habían vivido la mayor parte de su infancia en el extranjero, que ellos vivían en una finca en la región de Dalarna y que seguro que no les conocía. Ella preguntó por qué no vivían en la región de Sörmland o algún otro lugar más cercano a Estocolmo. JW cambió de asunto. Estaba acostumbrado, tenía a qué recurrir. Hablaron de la familia de ella. Funcionó, Sophie dejó de lado el pasado de él y contó el suyo.

Venía del campo, de una finca, y había empezado primero en un colegio normal. No funcionó. Los compañeros de clase no eran buenos con ella. La llamaban esnob, no querían estar en el mismo equipo de gimnasia que ella, pensaban que estaba bien robarle la goma de borrar. Casi sonaba ñoño pero JW lo entendió, de verdad. Después de sexto la cambiaron a Lundsberg. Con los suyos. Le encantó.

JW no podía soltarla. Era su mejor canal de venta y era muy sexi, pero además era verdaderamente una buena persona. Una buena chica. El objetivo, claro: tenía que trabajársela, en ambos sentidos.

El fin de semana siguiente, JW salió con Sophie y su grupo de amigas a una fiesta privada. Lollo adoraba la farla, le gritó a JW:

—Con eso consigo una vida sexual tan fantástica...

A Sophie le encantaba la farla. A Anna le encantaba la farla. A Charlotte le encantaba la farla. A todos los de la fiesta les encantaba JW. Consiguió ocho mil.

El fin de semana siguiente, el anterior a éste, el viernes tomaron algo antes de salir en casa de Nippe, luego Kharma con mesa reservada y tomar algo después en casa de Lollo. El sábado empezó con cena en casa de Putte, luego mesa de socio en Café Ópera. Terminó tomando la penúltima con un montón de gente nueva, otra vez en casa de Lollo.

Día de récord. Ingresó once mil limpias.

En las semanas siguientes intentó estudiar. Se sentía como una persona nueva. La venta de coca había hecho maravillas en su economía, en su confianza en sí mismo y en su guardarropa. Sin embargo no se sentía en paz. Los pensamientos sobre el Ferrari amarillo le perturbaban. La noche en la que el árabe le sugirió que vendiera coca fue la primera vez que preguntó por Camilla. Había albergado la esperanza de que quizá alguien supiera algo, pero en el fondo no creía que pudiera llegar a nada. Sin embargo, ahora tenía el Ferrari, a una velocidad loca por la calle Sturegatan, como una imagen constante en su mente. Tenía que saber más.

Llamó a Tráfico. Lamentablemente, JW no recordaba la matrícula del coche pero de todas formas la cosa funcionó: el registro de vehículos era una institución pública maravillosa. Cualquiera podía averiguar quién era el dueño de todos los coches con matrícula sueca. Si la marca del coche era poco común se podía obtener información incluso sin el número de matrícula. Según el funcionario de Tráfico, el año en que desapareció Camilla había dos Ferraris amarillos en Suecia. Uno era propiedad del millonario de la informática Peter Holbeck y el otro de una compañía de *leasing*, Dolphin Finans, S. A. La empresa estaba especializada en coches deportivos y yates.

JW empezó investigando a Peter Holbeck. Había ganado su fortuna con una consultoría de Internet. A JW le parecía tan evidente *a posteriori*. ¿Cómo hostias podían pensar que cada consultor iba a facturar cinco millones por cabeza por crear páginas web que podía hacer cualquier quinceañero al que le gustara la informática? Pero eso no había sido inconveniente para el empresario y visionario de mentira Peter Holbeck. Vendió a tiempo. La empresa de Internet tenía ciento cincuenta empleados. Medio año después de la venta cerró la empresa. Ciento veinte empleados se quedaron sin trabajo. Peter Holbeck se sacó trescientos sesenta millones. En la actualidad se dedicaba a esquiar ochenta días al año y el resto del tiempo lo pasaba con sus hijos en Tailandia u otros lugares de clima cálido.

La pregunta de JW: ¿Qué había hecho el millonario de la informática durante la primavera en la que desapareció Camilla?

Se inclinaba por respuestas sencillas; intentó llamar a Holbeck. Le llevó tres días dar con él. Al final tuvo suerte. Holbeck tenía el aliento entrecortado cuando contestó:

—Al habla Peter.

—Hola, me llamo Johan. —No era habitual que JW se presentara con su verdadero nombre—. Tengo algunas preguntas para usted; espero que mi llamada no le moleste.

—¿Es periodista? No soporto hablar con ustedes.

—No, no lo soy. Es sobre un asunto privado.

Holbeck pareció sorprenderse:

—Adelante.

—Estoy buscando a una mujer, Camilla Westlund. Desapareció hace unos cuatro años. No se sabe adónde fue. Antes de su desaparición sabemos que se la vio a veces en un Ferrari amarillo. Usted tenía uno ese año. Pensaba que quizá supiera algo. ¿Quizá prestó el coche a alguien o algo así?

—¿Llama de la policía o es periodista?

—Periodista ya le he dicho que no. Tampoco policía. Un particular.

—Da lo mismo. No sé de qué leches me habla. ¿Qué está insinuando?

—Disculpe si parece raro. Sólo quería saber si recordaba algo.

—Whatever^[29]. La mitad del año estuve en las Montañas Rocosas. Esquiando. El resto del tiempo lo pasé en Österlen y en Florida. Con mis hijos. El coche estaba en un garaje en Estocolmo.

JW se dio cuenta: no tenía sentido presionar más. Holbeck había contado suficiente. Finalizó la llamada.

Al día siguiente buscó durante horas información sobre Holbeck en Google. Al final acabó en las páginas del archivo del periódico *Aftonbladet*. Holbeck era mencionado en los artículos como turista de lujo. Era correcto, tenía casas en Österlen y en Florida y había estado esquiando en Estados Unidos el mismo año que desapareció Camilla. Quizá el millonario de la informática no estuviera involucrado.

Además, había otro Ferrari amarillo.

JW comprobó además la compañía de *leasing*, Dolphin Finans, S. A. Sólo el nombre sonaba sospechoso. Se puso en contacto con el registro de empresas. El funcionario fue muy amable, comprobó que la empresa había quebrado un año antes. Todos los activos, coches y barcos, habían sido adquiridos por una compañía alemana. No había mucho más que

JW pudiera hacer. Casi era un alivio, podría dejar el asunto del Ferrari.
¿O no?

Sonó un claxon en la calle. JW miró hacia el exterior y vio a Nippe en el nuevo Golf que le habían regalado sus padres por su veintiún cumpleaños.

Fueron hacia el sur por la E4; de camino a la cena, fiesta, posibilidades. En la radio sonaba un clásico de Petter^[30]. JW no era un gran fan del hip-hop pero a pesar de ello no podía evitar disfrutar de la letra: «Soplan nuevos vientos».

Trataba sobre él. *Big time* ^[31]. Ahora le tocaba a él dejar de vivir una doble vida, ser como ellos, de verdad. Más forrado que ellos. Comérselos para desayunar.

Siguieron charlando. JW escuchaba. A Nippe le ponía Lollo. Nippe pensaba que Jet-set Carl había sido muy chulesco el fin de semana anterior. ¿Se pensaba que era alguien o qué? Nippe dedicó cumplidos a la chaqueta de Canali de JW. Nippe discutió el último *reality*. Nippe parloteaba sin parar.

—Creo que ya no me voy a especializar en financiación. Me estoy planteando marketing.

JW estaba medianamente interesado.

—El marketing es lo más, sobre todo el branding. Vendes cualquier producto, fabricado todo lo barato que quieras, al precio que quieras. Siempre que se hagan el branding y marketing adecuados. Ahí hay un potencial de la hostia.

—Sí, pero al final lo que cuenta es la actividad principal y el apalancamiento del capital invertido, la financiación. Si tu marketing cuesta demasiado y no consigues llegar a tener ganancias de verdad, te mueres.

—Claro, pero se gana dinero. Mira Gucci y Louis Vuitton. La ropa, las tiendas en Estocolmo, las colecciones de moda, todo eso no es más que una excusa. Lo que hace ganar pasta de verdad son los accesorios de marca. Gafas de sol, perfumes, cinturones, bolsos. Mierda fabricada en China, cosas secundarias. Cuestión de branding.

Para JW, Nippe no era el chico más listo del mundo, y ese día parecía haberse emperrado en una palabra concreta.

Siguieron charlando.

JW disfrutaba de la vida. Para el mes siguiente pensaba triplicar la venta. Hacía cálculos mentales, multiplicaba, planificaba, estructuraba.

Veía las curvas de venta, crecimiento, metálico. Se veía a sí mismo en alza.

Llegaron al cabo de una hora. Nippe le contó que era una antigua casa solariega donde vivían los padres de Gustaf. Los padres: ambos buenos amigos de Su Majestad el Rey.

Les recibió Gustaf. JW hizo el mismo análisis del chico que las otras veces que le había visto: era la esencia del pijerío. Vestido con chaqueta de tweed, chinos blancos, corbata roja, camisa de cuadros con puños de doble botón y mocasines de Marc Jacobs. El pelo firmemente engominado hacia atrás; lucía una auténtica melena de león.

El edificio principal tenía por lo menos dos mil metros cuadrados. Dos enormes arañas de cristal colgaban entre las columnas del vestíbulo y en las paredes había cuadros de paisajes nevados. Una escalera en curva ascendía hasta el piso superior. Gustaf les presentó a Gunn, la gobernanta de la casa, como él dijo.

—Es ella quien me cuida cuando mis padres están fuera.

JW contestó:

—Esta noche va a hacer falta.

Gunn se rió. JW se partió. Nippe soltó risitas. Gustaf soltó más carcajadas que nadie.

Las vibraciones eran claramente buenas. Parecía caerle bien a Gustaf.

Gunn se llevó a Nippe y JW y se instalaron en una habitación de invitados en una de las alas del edificio.

JW jugueteó con la papelina que llevaba en el bolsillo. Catorce gramos, por si acaso.

La cena era a las siete y media. Sophie y JW jugaron un partido de dobles contra Nippe y Anna: siete-cinco; seis-cuatro; cuatro-seis; siete-cinco. El ánimo a tope en los ganadores. Nippe era un mal perdedor, tiró la raqueta al suelo. Anna se mantuvo tranquila. En realidad, JW no había crecido jugando al tenis y estaba agradecido por su habilidad para los deportes de pelota, que le permitía salir airoso; parecía que había jugado al tenis toda la vida.

Se ducharon. JW durmió media hora en la habitación. Nippe pasó.

Se pusieron el esmoquin. JW llevaba un Cerruti de segunda mano que dijo que le había costado doce mil pavos. El precio real había sido de dos mil quinientos. Nippe preguntó si JW había traído mercancía.

—Últimamente parece que siempre se puede contar contigo.

JW no supo si era un comentario bueno o malo. ¿Había sido demasiado directo?

Se rió.

—Tengo un poco. ¿Quieres una raya?

Compartieron treinta miligramos, lo suficiente para una ligera subida.

La farla hizo efecto inmediatamente.

El ataque de risa les asaltó sorprendentemente rápido.

Bajaron la escalera para tomar el aperitivo en el salón. JW se sentía la persona más inteligente del mundo.

Los otros catorce invitados esperaban con copas de champán en la mano. JW observó al grupo.

Los chicos: JW, Fredrik, Nippe, Jet-set Carl, Gustaf y tres chavales más.

Las chicas: Sophie, Anna, Lollo y cinco tías que JW no conocía de antes. Todas eran niñas bien. Chicas con buenos genes. Unos padres ricos significaban madres guapas, o viceversa. Sabían cómo maquillarse. Se ponían el colorete adecuado, la mejor sombra de ojos, la base uniforme. Sobre todo, cómo ponerse la crema autobronceadora para dar una imagen de frescura. Se vestían bien, escondían lo que no estaba tan bien: un estómago caído, cintura demasiado ancha, pecho demasiado pequeño, espalda demasiado plana. Resaltaban sus puntos fuertes: cuello bonito, labios carnosos, piernas largas. Chicas en forma, delgadas. Las probabilidades de que tuvieran tarjeta de SATS eran muy bajas.

Gustaf era selectivo a la hora de invitar. Era un honor para JW que le hubiera invitado aunque sólo se hubieran visto tres veces antes de esa noche.

Todos daban sorbos a sus bebidas, charlaban de cosas intrascendentes, se lo tomaban con calma. JW se tuvo que obligar a contenerse, estaba tan a tope... Sentía que con cada frase que se pronunciaba podría hacer la broma más divertida del mundo. Nippe le guiñó un ojo: Tú y yo, JW, en pleno subidón de coca.

Se sentaron a la mesa.

JW estaba entre Anna, a quien le vendía con frecuencia, y una chica que se llamaba Carro. Funcionó, era fácil hablar con ambas.

El entrante ya estaba en la mesa. JW lo vio al momento, no era de este mundo. Tosta con caviar de corégono marca Kalix, nata agria y cebolla roja picada. La idea en sí no era muy original pero lo que causaba el efecto era la gran fuente de cristal de la mesa: al menos cinco kilos de caviar extra Kalix. Gula. JW se sirvió abundantemente en su plato, al menos por un valor de cuatrocientas coronas.

Gunn trajo el plato principal, falda de ciervo con salsa de rebozuelos y patatas en gajos. A JW le encantaba la caza. Tomaron un Burdeos. Anna habló de la bodega de sus padres. Para postre, sorbete de moras y frambuesas. JW se prometió a sí mismo: en diez años tendría su propia Gunn. Maravillas gastronómicas tremendamente deliciosas.

El ambiente se aligeraba al ritmo de las botellas que traía Gunn. Después del postre, Gustaf pasó con una botella helada de vodka Grey Goose y sirvió copas generosas. El calor aumentó aún más.

Las chicas miraban a Jet-set Carl y a Nippe. Siempre Nippe.

JW miraba a Sophie.

Ella pasaba de él.

La sala no era una sala. La palabra adecuada era un gran salón. O quizá un gran comedor. Enorme, techo altísimo, decoración suntuosa. Del techo colgaban dos arañas de cristal con velas. Papel pintado granate con rayas anchas de dos tonos diferentes. De las paredes colgaban cuadros modernistas, posiblemente algunos eran buenos.

JW había ido con Sophie al Museo de Arte Moderno esa semana. No es que él fuera precisamente un amante del arte pero Sophie dijo que le gustaban las combinaciones de color intensas y por eso le atraía más el arte moderno. JW estuvo leyendo varios días sobre lo que había en el museo, quería impresionarla. Sin darse cuenta, se formó una idea sobre varios artistas. Quizá uno de los cuadros era un Kandinsky. Uno enorme con tres áreas de color apagado que hacía juego con el papel pintado quizá fuera un Mark Rothko.

La mesa estaba puesta con estilo y detalle. Mantel de hilo blanco, servilletas de hilo verde planchadas a rulo y servilleteros de plata. Posavasos antiguos bajo las botellas de vino. Cubertería de reluciente plata y copas de cristal auténtico. Como debe ser.

A JW le encantaba todo eso.

Siguieron charlando. A los chicos les gustaba oír sus propias voces. Jet-set Carl fanfarroneaba, Nippe hacía chistes malos y Fredrik hablaba de ideas de negocios. Como siempre.

Anna habló de su último viaje a St. Moritz. Se ponía brillo de labios cada dos frases. Ella y una amiga habían hecho amistad con un equipo de polo que iba allí todos los años para jugar partidos en el lago helado. Normalmente trabajaban en bancos de Londres, el polo era una pequeña diversión de fin de semana. JW se apuntó, contó su viaje a Chamonix del año anterior. Se inventó la mayor parte, fantaseó y exageró. La única vez que había estado en los Alpes de verdad había sido cinco años antes en la semana blanca, un viaje barato en el que quince chicos de Umeå y Robertsfors se apretujaron, durmieron y se tiraron pedos en un autobús durante veintisiete horas.

Anna era guapa y agradable. Pero gris. Sin brillo. La escuchó, se rió de sus bromas y le hizo preguntas sobre lo que contaba. Hizo todo lo necesario para parecer interesado. Ella seguía charlando, parecía disfrutar de su compañía. JW sólo pensaba en Sophie.

La cena seguía adelante. Estaban un poco borrachos, aunque muy tranquilos. Gunn traía y llevaba cosas. Todos parecían expectantes.

Fredrik pronunció el discurso de agradecimiento.

Se levantaron de la mesa y pasaron a una especie de bar. Contra dos de las paredes había amplios sofás con muchos cojines. Delante de cada sofá había una mesa baja. En las mesas Gunn había puesto portavelas de Ittala de cuatro colores diferentes. En uno de los rincones de la sala había una barra construida con panel de madera clásico. Tras la barra: copas de vermut, vasos altos, vasos de whisky, jarras de cerveza y copas de vino en una vitrina empotrada. En los estantes, alineadas una barbaridad de botellas de alcohol.

Gustaf se puso tras la barra. Gritó que era el camarero de la velada y que era el momento de tomar pedidos. Alguien puso música, Beyoncé. El ambiente subió.

Pimplaron. Bebieron martinis de manzana, gin tonics, cerveza. El padre de Gustaf tenía una batidora de bebidas auténtica. Hicieron bebidas con fruta: daiquiri de fresa, piña colada.

JW cogió una cerveza. Observó a sus amigos.

Nippe ligaba con Carro, Jet-set Carl estaba de pie junto a la barra y hablaba con Gustaf, el resto de los invitados estaban sentados en los sofás y charlaban.

La música sonaba de fondo. JW oía a Gunn hacer ruido en el comedor.

Notó que algo estaba mal.

JW comprendió el error. Faltaba volumen en la sala del bar; nadie bailaba, nadie se reía, nadie gritaba. La conclusión, fácil: no había verdadera marcha, lo que significaba una mala fiesta.

Pasó tras la barra y se dirigió a Gustaf. Escuchó un rato lo que decía Jet-set Carl antes de disculparse. Pidió hablar con Gustaf a solas. Le dijo que fueran a otra habitación.

Volvieron al comedor, donde la mesa ya estaba totalmente recogida. Gunn era eficiente. JW acercó una silla a Gustaf.

—Gustaf, es de puta madre estar aquí. Vaya cena de la leche. —JW conocía la regla lingüística básica: decir tacos sólo en frases positivas. Empezó a vender su negocio—. He pensado esta locura. Resulta que he traído unos gramos de farlopa. Tú ya la has probado. ¿Nos metemos un poco? Seguro que la fiesta se pone a tope.

—Sí, llevas razón. ¿Tienes coca? Joder, qué genial. Tenemos que tomar. ¿Cuánto quieres por ella?

La mejor pregunta posible. JW evitaba decir claramente que quería que le pagaran. Gustaf quería que hubiera ambientazo en su reunión. ¿Quién no lo querría? JW podía facilitararlo.

—No suelo vender, pero ahora mismo tengo de sobra. ¿Quieres seis gramos? Te los paso a mil doscientas el gramo. Basta para toda la noche. Las chicas se ponen como locas, ya lo sabes.

Gustaf aceptó de inmediato. No llevaba dinero, pero le prometió pagarle la semana siguiente. JW no tenía inconveniente.

Gustaf se volvió a poner tras la barra. Gritó:

—¡Que aquí hay coca, joder! —JW ya le había prestado un tubo y dos espejos.

Todos salvo dos chicos se metieron un tiritito, veinte miligramos cada uno.

La fiesta explotó.

Subieron la música. Tres chicas se subieron a las mesas que había ante los sofás y se pusieron a bailar; oscilaban las caderas. Fredrik berreaba con *Call on me* de Eric Prydz. Sophie se balanceaba. Nippe se estaba dando el lote a lo bestia con Carro en uno de los sofás. Jet-set Carl seguía el ritmo con Ímpetu. Bailaba al estilo pijo, moviendo una mano en el aire al ritmo de la canción.

El ambiente de fiesta era un hecho. La transformación a fiesteros, máxima. Los dos chicos que no habían tomado coca la primera vez

probaron. Causó el efecto deseado. Todos hacían ruido, bailaban, estimulaban los músculos de baile. La música retumbaba. La fiesta a tope. Todos se servían bebidas con generosidad. Gritaban con las canciones, se reían de nada, bailaban, saltaban sin parar como conejos de Duracell. Se sentían superatractivos. A tope. De lujo. Jet-set. Las palabras clave en los cuerpos de todos: energía, inteligencia, empalmados. La fiesta de Gustaf era lo más. *Rock on* ^[32] .

Cinco horas más tarde se acabó la cocaína. JW aún estaba de subidón. Había observado a Sophie toda la noche. Ella pasaba de él totalmente. Él se sentía engañado.

Sin embargo Anna se le acercó. Le dijo que le parecía muy agradable, le dio las gracias por la compañía durante la cena y empezó a bailar con él. Se agarraban cada vez más. La mitad de la gente se había dormido. El resto estaban tumbados en los sofás y hablaban o se metían mano.

JW y Anna subieron a la habitación de ella.

Eran las cinco y media. JW aún se sentía despejado.

Cerraron la puerta con llave y se sentaron en la cama.

Anna soltaba risitas. Se miraron. Se besaron. Se excitaron. JW le acarició el pecho por encima de la ropa. Ella le abrió la bragueta y le sacó la polla, se inclinó y empezó a chupársela. Le manchó la polla de brillo de labios. Él gimió. Realmente intentó aguantar, no quería correrse aún. Se separó y se puso de pie, le quitó la ropa a ella. Le lamió el pecho. Ella volvió a agarrarle la polla y la introdujo dentro de ella.

Follaron apasionadamente.

Acabó demasiado rápido.

Marcha atrás. Él se corrió en la mano.

Se secó con la sábana.

Se quedaron tumbados inmóviles, se relajaron un rato.

Anna siguió charlando, quería hacer una valoración de la velada.

JW no quería hablar. La cocaína era mejor que la Viagra; tras quince minutos volvió a tener ganas.

Se saltaron los preliminares; follaron directamente.

Se corrió después de como máximo dos minutos. Penoso.

Se sintió vacío.

Durmió fatal.

Capítulo 12

Las áreas de responsabilidad de Mrado en la estructura de Radovan: los guardarropas, meter en cintura a los chavales, cobros en general. A veces ayudaba a poner en su sitio a camellos y clientes de prostitutas que se creían que eran Dragan Joksovic o putas que se creían que podían decidir por sí mismas. Por lo general le ayudaban Ratko u otros tíos del gimnasio.

Además Mrado se encargaba de su propio negocio. Empresa de importación. Compraba madera de Tailandia. Teca. Ébano. Balsa. Vendía a ebanistas, decoradores y constructores. Iba bien. Sobre todo hacía falta tener ingresos declarados.

Los dolores de cabeza de Mrado: Patrik condenado. Probablemente el ex *skin* no fuera a entregar a nadie, pero siempre se corría ese riesgo. Qué puta mala suerte que el *skin* se hubiera descontrolado tanto. Peor que Mrado hubiera estado tan equivocado como para sacarle a Rado el tema de que quería una parte mayor cuando el jefe estaba enfadado. ¿Se avecinaba una crisis de confianza entre Radovan y él? Aún más: Mrado debería encontrar a ese farlopero, Jorge. Y todavía más: Mrado había recibido de Radovan la orden de encargarse del llamado proyecto Nova, la pasma junto con la fiscalía en una operación gigantesca para acabar con el crimen organizado de la ciudad. Conclusión: Mrado tenía que ver a Lovisa, de lo contrario iba a explotar. La zorra de Annika tenía un litigio contra él en los juzgados. Estaba preparado para luchar por su hija. Parecía que la sociedad estuviera en su contra. También él tenía derecho a tener una buena relación con su hija, qué coño.

Tenía problemas para dormir. No eran las obligaciones o la cantidad de cosas que tenía que hacer lo que le despertaba en mitad de la noche; eran los pensamientos sobre Lovisa y una vida diferente. El riesgo de no poder verla. Las reflexiones sobre lo que haría si dejaba sus actuales actividades. Quizá hubiera otra manera, otros sectores en los que pudiera encajar. Pero no, Mrado era el que era. Esta ciudad necesitaba hombres como él. En ese momento el problema más pequeño era conseguir un testaferrero para la empresa del videoclub. Empezaría por ahí.

Habló con la gente del gimnasio. Nadie quería comprometerse. No porque tuvieran grandes fortunas que perder, al menos de las que tuviera conocimiento el gran hermano, sino porque no querían tener quiebras. Los chicos tenían sueños de negocios a lo grande. Al final todos tenían que ir por lo legal de alguna forma. Conclusión: no te busques innecesariamente malos expedientes que se reflejen en el registro.

Mrado tampoco quería fastidiarla. Al mismo tiempo, si había movidas, que otro se llevara el golpe.

Podría llamar a alguno de sus iguales: Goran, Nenad o Stefanovic. Todos súbditos del rey yugoslavo, al mismo nivel que Mrado en la jerarquía. Tíos que controlaban. Al mismo tiempo competidores en la carrera por el favor de Radovan.

Llamó a Goran.

El tío era el importador de tabaco y alcohol de Radovan. Un pelota. Un lameculos. Si Rado le pusiera a parir, se tumbaría boca arriba y sacudiría las patas. Como un perro. Pese a todo, el tío se las apañaba asquerosamente bien con sus mercancías. Grandes ingresos, facturaba setenta millones al año.

La importación de cigarrillos y alcohol: logística complicada, matemáticas administrativas, desarrollada metodología de envío y transporte. Un grupo de empresas global basado en el Estocolmo del crimen. Alcohol legal y garrafón. Por Finlandia desde Rusia, el Báltico, Polonia y Alemania. Reempaquetado; el país de origen, anónimo; el método de elaboración, borrado. Goran dominaba el sector. Tenía sólidos contactos en el Sindicato de Transportes Sueco. Tenía controlados a los conductores. Conocía a los jefes. Sobornaba a las personas adecuadas. Se movía por las carreteras europeas adecuadas. Falsificaba hojas de cargo, preparaba envíos creíbles, emisores y receptores. Captaba a los tíos más duros. A los que querían ganar pasta rápido. A los que ponían límites mínimos. Tíos que trabajaban jornada completa sin declarar una corona.

Mrado quería llegar a estos últimos. Otro tipo de gente distinto a los tíos del gimnasio. Más mayores. Sin prestigio. Que empinaban el codo. Que no aspiraban a tanto. Tíos grises.

Mrado al teléfono con Goran. Fingió incluso para él mismo que le caía bien. En serbio:

—Goran, amigo mío. Soy yo.

—Así que eres Mrado. ¿Desde cuando somos amigos?

Goran chulo ante todo y ante todos salvo con *il padre*, Don R. Mrado tragó. Aceptó la mierda; su misión era más importante.

—Trabajamos para el mismo hombre. Somos compatriotas. Nos hemos emborrachado juntos. ¿No somos amigos? Somos más que amigos.

—Que te quede claro que no somos amigos y no somos familia. Yo soy un hombre de negocios. Nunca he terminado de entender a lo que te

dedicas en realidad. Partirle la cara a la pobre gente de los guardarropas. ¿También les levantas las chaquetas?

—¿De qué hablas?

—El fin de semana pasado me quitaron la chaqueta en Café Opera. Los capullos del guardarropa no tenían ni idea. Alguien la señaló y dijo que se le había perdido la ficha.

—Esas cosas pasan.

—¿Esas cosas pasan en los guardarropas que controlas tú?

—Ni idea.

—Deberías comprobarlo.

—Goran, no suelo pedir ayuda. Tampoco ahora. Te voy a recompensar, eso no es ayudar.

—Deja de hablar en clave. De esta conversación puede salir algo bueno, lo noto. Lo que me pregunto es qué. Has empezado muy amable. Me has llamado amigo.

A cualquier otro, Mrado le habría colgado. Habría ido a por él. Habría acabado con esa persona. Pero primero, por ejemplo, le cortarían los dedos uno a uno con unas tijeras de podar.

—Tan rápido como siempre, Goran. Necesito a alguien que sepa de los conductores. Un tío en el que se pueda confiar. Si me consigues un buen contacto te cedo el cinco por ciento de lo que yo gane al final con esto.

—¿Cuánto sacaré yo al mes?

—Aún no lo sé exactamente, pero se trata de montar un asunto gordo de Rado. Voy a montar dos compañías para él. Diría que será al menos de cinco mil para arriba. Limpias.

—¿De cinco mil para arriba por un nombre? ¿Al mes? ¿Qué gol me quieres colar?

—No te meto ningún gol. Es que es muy importante para mí que esto funcione. Por eso estoy dispuesto a soltar pasta.

—Qué coño. Dispara. ¿Qué puedo perder? ¿Qué necesitas exactamente?

Mrado se lo contó sin explicar demasiado.

Goran dijo:

—Tengo un tío. Christer Lindberg. Te mando un SMS con su móvil. ¿Te vale?

—Claro. Gracias. Te llamo en esta semana y te cuento qué tal. Después de todo quizá seas bastante bueno.

—¿Bueno? Bueno es mi segundo nombre. Acuérdate.

Mrado colgó. Se preguntó si había sido listo o si se la habían jugado.

Capítulo 13

Se acercaba el otoño. Jorge había conseguido plaza en el albergue para catorce noches de las últimas veinticuatro. Había comprado sus datos personales a un yonqui en Sollentuna Centrum por tres mil pavos hasta final de mes. Los albergues pasaban el cargo a la trabajadora social del yonqui. El tío cobró su subvención; prefería pasta para heroína y anfetaminas.

Jorge no entendía por qué casi sólo había vikingos en el albergue cuando sabía que los verdaderamente pobres eran los extranjeros. ¿No tenían orgullo?

La vida en el albergue no estaba tan mal. Incluía comida bien preparada en el desayuno y la cena. Jorge veía la televisión. Leía los periódicos. No venía nada de su fuga.

Hablaba poco con los demás.

Intentaba hacer flexiones de brazos, abdominales o saltar a la cuerda cuando no había nadie. No podía correr, el pie todavía estaba jodido por el salto desde el muro.

A la larga no funcionó. No podía arreglarse el pelo sin que la gente se extrañara. No podía ponerse la crema autobronceadora sin que la gente le mirara. Corría el riesgo de que alguno de los sin techo le reconociera. Además, después de catorce días el albergue empezaba a cargar quinientas coronas por noche, en lugar de doscientas. No había justicia. El dinero del yonqui podía acabarse. La trabajadora social podría sospechar.

No podía permitirse pagar a su primo, Sergio, o a su contacto de los monos, Walter. Una vergüenza.

Todo era una mierda.

Pensamientos grises, con miedo. No era bueno mentalmente.

Sin correr nada. Asquerosamente fofo. No era bueno físicamente.

No se había escapado para eso.

Tenía que conseguir dinero.

Un mes en el exterior. Bien mirado, no estaba nada mal. Mejor que muchos otros. Pero tampoco era un éxito. ¿Qué se había pensado? ¿Que iban a aparecer gratis un cirujano plástico, un pasaporte y un pastón?

¿Que iba a encontrar un kilo de farla debajo de su almohada en el albergue de Nattugglan? ¿Que su hermana le iba a llamar y le iba a decir que había conseguido billetes de tren para Barcelona y le dejaba el pasaporte de su novio para una temporada? Seguro.

Sergio había corrido muchos riesgos. Jorge no había tenido noticias de él desde el día que se marchó de casa de Eddie. No se atrevía a ponerse en contacto con él. La mala conciencia le reconcomía. Debería pagarle. Pero ¿qué iba a hacer?

¿Qué coño iba a hacer?

No creía que la pasma tuviera su búsqueda como máxima prioridad. A sus ojos no era nadie, era un drogata inofensivo. Para la policía era prioritario detener a los ladrones de vehículos blindados, los violadores y demás criminales violentos. En eso tenía suerte; no había usado la violencia en la fuga. Sin embargo la vida de fugitivo no era fácil. La solución estaba en el dinero.

La idea sobre Radovan. Su as en la manga.

No quería usarlo. Había pensado acostado por las noches en los albergues. Había dado vueltas. Sudado. Le recordaba las noches anteriores a la fuga. Pero de alguna manera, peor. Entonces las cosas sólo podían salir adelante o no salir. Ahora las cosas podían joderse o joderse aún más. Sin embargo, tenía esperanzas. Quizá funcionara.

La idea: Jorge había trabajado para la organización de Radovan. Sabía cosas que ellos no querían que se filtraran. Sobre todo no sabían exactamente cuánto sabía Jorge. Podía asustarles. Había aprendido las reglas en el trullo y mantener el pico cerrado siempre tenía el valor de que devolvieran el favor. Los yugoslavos deberían estar dispuestos a soltar pasta.

R era difícil de localizar. Nadie podía ni quería revelar su número de casa o de móvil.

Sencillamente, no había manera de alcanzar al jefe yugoslavo.

El esbirro de Radovan, el traidor que le había entregado con su testimonio, Mrado, le serviría igual de bien. Jorge se pondría en contacto con él.

Al final le dio el móvil de Mrado un antiguo camello de Märsta. Mrado no era Radovan, pero era lo más cerca a lo que podía llegar Jorge. Tenía que bastar.

Llamó desde un teléfono público de la estación de metro de Östermalmstorg.

Los dedos le temblaban mientras marcaba el número.

Reconoció inmediatamente la voz de Mrado. Oscura. Lenta. Brutal.

Estaba cagado. Se recompuso:

—Hola, Mrado. Soy Jorge. Jorge Salinas Barrio.

Silencio durante un momento. Mrado se aclaró la garganta.

—Jorge, me alegro de oírte. ¿Qué tal la vida en el exterior?

—No me vengas con chorradas. Me hundisteis hace dos años. Lo que soltaste en el juicio fue una putada. Pero ahora estoy dispuesto a cerrar un acuerdo.

—Vaya, sí que vas al grano. ¿De qué se trata?

Jorge no reaccionó a la provocación.

—Sabes de qué se trata. Yo os cubrí las espaldas a Radovan y a ti. Vosotros me la jugasteis. Debéis devolverme el favor.

—Ya. —Mrado con tono sarcástico—: Entonces tendremos que encargarnos inmediatamente de que quedes complacido.

—Podéis optar por pasar de mí. Pero entonces voy a cantar inmediatamente. Sabes que sé demasiado de los negocios de Radovan. Me cayeron seis putos años por vuestra culpa.

—Tranquilo, Jorge. Si nos perjudicas nos encargaremos de que vuelvas al trullo enseguida. Pero un pequeño trato es una buena idea. ¿Qué habías pensado?

—Fácil. Que Radovan me consiga un pasaporte y cien mil coronas en metálico. Me largo del país y no volveréis a saber de mí.

—Le transmitiré tus peticiones a Radovan. Pero no creo que le guste. El chantaje no es lo suyo. No es algo a lo que se someta. ¿Cómo te localizo?

—¿Crees que soy imbécil o qué? Yo te llamaré a este número dentro de diez días. Si no acepta mi trato le voy a joder bien.

—Menos mal que Radovan no ha oído eso. Llámame dentro de dos semanas. Los buenos pasaportes no son cosas que uno compre en cualquier lugar.

—No, diez días. Podéis encargarse del pasaporte en Tailandia o donde coño sea. Y oye, una cosa más. Si por casualidad yo tuviera algún accidente,

ya me entiendes lo que quiero decir, todo lo que sé saldrá a la luz inmediatamente.

—Entendido. Lo dicho, dos semanas.

Mrado colgó. Chulesco el yugoslavo. Sin embargo era Jorge el que había tomado la iniciativa. Pero ahora sólo podía aceptar. Dos semanas. Era mejor de lo que esperaba; podría conseguir dinero. ¿Estaban empezando a irle las cosas bien?

Jorge se quedó parado. Los pasajeros pasaban a su lado.

Jorge-boy, el más solitario del mundo.

Solo y abandonado *.

Jorge había meditado una oportunidad que se le ofrecía. Los vikingos estaban cerrando sus casas de verano. Un nuevo mercado de vivienda para él. Quizá le resolvería al menos un problema.

En cuestión de pasta iba jodido. Le quedaban mil coronas de las cinco mil que le había dado Sergio.

Hasta la fecha, sus gastos, demasiado altos. Tres mil coronas en total por el albergue. Cada sesión de rayos uva: sesenta y cinco coronas. Algo de comida para el almuerzo. Un par de pantalones, guantes, dos camisetitas, un jersey de punto, calzoncillos, calcetines y una cazadora de invierno de Myrorna^[33] : cuatrocientas cincuenta coronas. Preparativos para un frío otoño.

Se dio una última sesión de rayos. Ya estaba moreno. Había conseguido el estilo de caminar. El balanceo adecuado. Ahora quería alejarse una temporada. Esperar la respuesta de Radovan.

Cogió el metro hasta la estación Kungliga Tekniska Högskolan. No sabía exactamente adónde iba a ir. Sólo que quería ir hacia el norte. A algún lugar solitario. Descartó los autobuses directos que iban a Norrtälje. En lugar de eso se subió al autobús 620, que también iba a Norrtälje pero con una ruta más sinuosa.

Echó una cabezada.

El autobús dejó atrás Akersberga. Paletos en el autobús. Una señora con dos perros salchicha le miraba fijamente.

Se bajó en una parada en un sitio bonito, Wira bruk. La bolsa de plástico con la ropa enrollada alrededor de la muñeca. Dejó que diera vueltas y se desenrollara.

No era su estilo de territorio. Jorge había estado en el campo una vez en toda su vida, una excursión con el colegio cuando tenía trece años. Terminaron por mandarle a casa. No se podía hacer fuego en el bosque.

A la derecha, una iglesia de piedra. El campanario construido aparte, de madera gris. Algunas lápidas en la hierba alrededor del edificio principal. A la izquierda, cuesta arriba. Bosque. Un camino seguía hacia delante y otro hacia la izquierda. Más adelante, sembrados. Habían cosechado.

El cielo era gris.

Debería moverse.

Fue hasta la bifurcación. Miró por el camino que iba hacia la izquierda. Algunas casas y coches aparcados. Se acercó. Vio una señal: *Wira bruk - Centro municipal* Atravesó el aparcamiento. En total nueve coches. Pensó en robar uno, pero pasó. Fue hacia las casas.

A la izquierda corría un riachuelo. Pintoresco. Un puente. Árboles de hoja caduca. Sendero de gravilla. Un quiosco rojo. Parecía cerrado para el otoño, aunque se habían olvidado fuera el muñeco de los helados GB. Más adelante había tres edificios más grandes; entre ellos una extensión de gravilla. Carteles en los edificios. Antigua escuela. Antigua parroquia. Antigua casa del comendador. Una pareja de mediana edad entró en la escuela. Estaba en el sitio equivocado. Ahí no había casas de veraneo. Era un puto museo.

Otra vez a la carretera principal.

Siguió andando. Quince minutos. Ni una casa a la vista.

Quince minutos más.

Vio casas más arriba, entre los árboles.

Se acercó.

Las primeras parecían habitadas. En el exterior había un Volvo V70.

Fue hasta la siguiente. Bosque alrededor.

Jorge se preguntó si había hecho lo correcto yendo allí. En campo contrario. Datos sencillos sobre J-boy: no era precisamente del tipo que ha crecido como un boy-scout, biólogo de campo o corredor de orientación. Exposición limitada al mundo sin asfalto ni McDonald's. La casa estaba unos trescientos metros más allá. No se veía desde la primera casa. No había ningún coche en el exterior. Era grande. Dos terrazas acristaladas. Pintura roja desgastada. Cantos blancos. Pintura verde alrededor de las ventanas. La terraza inferior apenas se veía,

tapada por los árboles pequeños y los arbustos. Jorge subió por el camino. La grava crujía. La puerta de entrada a la casa daba hacia el jardín, la parte de atrás mirando desde el camino. Perfecto. Miró por todas las ventanas. Nadie en casa. Llamó a la puerta. No contestó nadie. Llamó en voz alta. No salió nadie. Volvió a salir al camino. No se veía ninguna persona ni ninguna casa. Volvió. Intentó encontrar dispositivos de alarma. *Nada* *. Se puso los guantes. Rompió una ventana. Alargó la mano con cuidado. No quería cortarse. Abrió el pestillo. Funcionó. Abrió la ventana. Se subió. Entró de un salto.

Escuchó. No sonaba ninguna alarma. Llamó otra vez. No hubo respuesta.

Mola.

Pasados dos días, se sentía como en casa. Había convertido una habitación con la ventana hacia el seto en su dormitorio. Evitó las demás ventanas. Limpió la cocina en busca de papeo. Encontró arroz, pasta, conservas, cerveza sin alcohol, arenques. Sucedáneo de caviar caducado. No era su comida favorita pero valía.

Durante los días hacía flexiones y saltaba con un pie. Más ejercicios: abdominales, dorsales, estiramientos. Quería mantenerse en forma. Recuperar lo que había perdido en los albergues.

Nerviosismo. Los oídos totalmente pendientes. Prestaba atención a los coches. El crujido de la grava. Las voces del exterior. Cogió una lata de cerveza vacía y la puso en el picaporte de la puerta de la calle: si alguien la tiraba al suelo, el sonido sería suficiente para despertarle.

Todo estaba tranquilo. Silencioso. En calma. Aburrido de cojones.

Dentro de diez días llamaría a Mrado.

No pudo dormir esa noche. Los pensamientos le inquietaban. ¿Qué iba a hacer si Radovan se negaba a llegar a un acuerdo? ¿Cómo iba a conseguir dinero? Quizá tuviera que ponerse en contacto con alguien del negocio de todas formas. Colocar algunos gramos. Trapichear. Ingresar pasta. Volver a las viejas rutinas.

¿Qué había pasado con Sergio? ¿Eddie? ¿Su hermana? ¿Su madre? Realmente debería llamarlos. Demostrar que le importaban.

Pensó en la calle Sångvägen. Su primer par de botas de fútbol. El campo de hierba cerca de la calle Frihetsvägen. La sala de recreo de Turebergsskolan. El trastero del sótano de la casa. Su primer porro.

Joder, qué ganas tenía.

Se levantó. Miró por la ventana. En el exterior empezaba a haber luz. Del suelo se elevaba neblina. El paraíso de los suecos. Diviértete con la

paradoja: él, Jorge, el hijo del asfalto, inmerso en el mundo de los vikingos y disfrutaba. Era tan bonito...

Justo en ese momento pasaba de que alguien le viera.

Capítulo 14

JW se convirtió rápidamente en un chico de moda. La voz se corrió después de la fiesta en Lövhälla Gård, los comentarios sobre la juerga duraron semanas. Lo loco que había estado Nippe, lo divertido que había sido ver a Jet-set Carl de farra, las bromas tan divertidas que había hecho Lollo, lo salido que Nippe estaba siempre. Los cotilleos exageraron lo que se bebió, los bailes, los escándalos y el subidón para beneficio de JW.

Las semanas siguientes trajeron buenos ingresos. Abdulkarim le adoraba. Vaticinó brillantes planes de futuro juntos, tenía la visión de que se adueñarían de la ciudad. JW no sabía si tomar a Abdul en serio o si era una broma. El árabe hablaba muchísimo.

JW dejó el taxi y se encargó de que otro chico le sustituyera. Primero se aseguró de que Abdulkarim lo aprobara.

JW se veía a sí mismo con nuevos ojos: el hombre de éxito, el hombre de nieve, el hombre ligón: se llevó a casa tres chicas en dos semanas. Récord para él. Se sentía como un mini-Nippe.

Durante el día arrasaba en cuestiones de compras. Se hizo con dos pares nuevos de zapatos: mocasines de Gucci con la hebilla dorada y botines de Helmut Lang para el invierno. Se compró un traje, un Acne con las costuras visibles en las solapas. Era moderno, posiblemente demasiado formal. Quizá no en el estilo estricto correcto. Se dio un atracón de camisas con puños dobles: Stenströms, Hugo Boss, Pal Zieri. Compró vaqueros, pantalones, calcetines, cinturones, camisetas y gemelos. La mejor compra de todas fue un abrigo Dior de cachemira, para el invierno. El precio era de doce mil coronas. Caro, por supuesto, pero cuesta estar en la cumbre. Lo colgó delante de su cama para que fuera lo primero que veía cuando se despertaba. Era bonito del copón.

JW disfrutaba de cada minuto. No ahorraba ni un céntimo.

En cuanto al Ferrari, se repetía: en ese año había dos coches en Suecia. No podía ser imposible encontrar a alguien relacionado con ellos, alguien que hubiera conocido a Camilla o que en cualquier caso supiera más que la policía. Peter Holbeck, el dueño de uno de los coches, apenas había utilizado el suyo. En ese caso no parecía probable que Camilla hubiera tenido que ver con él, el tío no estaba nunca en Suecia. Quedaba la compañía de *leasing*, Dolphin Finans AB. La compañía había quebrado hacía un año; era patentemente sospechoso.

JW buscó información sobre la compañía de *leasing* en el registro de empresas. Se trataba de una empresa ya constituida y sin actividad que

se había comprado, Grundstenen AB, pero habían cambiado el nombre directamente a Leasingfinans AB. Medio año después cambiaron el nombre por Finansieringsakuten i Stockholm AB. Un año más tarde volvieron a cambiar el nombre por Dolphin Finans AB. Tres cambios de nombre en menos de tres años. *Fishy* ^[34]. Durante todo el tiempo, desde la compra de la compañía original, una y única persona había sido el administrador, un tal Lennart Nilsson, nacido el 14 de mayo de 1954. JW comprobó los datos del hombre en el registro civil.

Lennart Nilsson estaba muerto.

JW solicitó la información de la declaración de quiebra.

Curiosa información la de los documentos: Lennart Nilsson era un adicto conocido de Nacka ^[35] que había fallecido de cirrosis. Según la información obligatoria del síndico de la quiebra sobre posibles irregularidades, el hombre era probablemente un testafarro.

JW se encontraba en un callejón sin salida. El Ferrari era de *leasing* de una empresa que había quebrado y cuyo único representante físico había fallecido. ¿Cómo iba a continuar?

La única vía que se le ocurrió fue ponerse en contacto personalmente con el síndico de la quiebra. Llamó, consiguió hablar con una secretaria y solicitó hablar con el abogado. Un montón de obstáculos según la secretaria, que cada vez que JW llamaba decía: «¿Podría volver a llamar? Lo siento, está reunido». JW le pidió que le dijera al abogado que le llamara. Pensó que eso bastaría. El tío no llamó. JW tuvo que insistir mucho. Le llevó más de una semana dar con él.

Al final hablaron; para JW fue un verdadero chasco. El abogado/síndico no tenía más información que la que había en la documentación de la quiebra. La compañía no tenía ninguna contabilidad, ningún empleado, memorias anuales muy escuetas. El interventor no estaba en el país y no estaba claro quién era el dueño de las acciones.

Todas las pistas que llevaban al Ferrari terminaban con una quiebra que decía «delito» a gritos. Estaba más que claro que algo no cuadraba, pero JW abandonó los pensamientos del coche durante unos días. No había mucho que pudiera hacer.

Intentó dejarlo como estaba.

No funcionó. Los pensamientos estaban ahí todo el tiempo. Su hermana había desaparecido y tenía que poder averiguarse más.

Hacía cuatro años, un policía le había dicho las probabilidades a la familia de JW:

—Lamentablemente, lo normal es que si no encontramos a la persona desaparecida en una semana la persona esté muerta. El riesgo es de nueve sobre diez —siguió explicando el policía—. Por lo general, la persona no es víctima de un crimen violento sino que se trata de accidentes como ahogamientos, ataques al corazón, accidentes desgraciados. El cuerpo se suele encontrar. Si no sucede, eso puede indicar que son otras las circunstancias que han causado la muerte.

El recuerdo de la conversación con el policía le dio ideas a JW. Sabía que las últimas noticias que se tenían de Camilla eran de la tarde del 21 de abril del año de su desaparición. Cuando llamó a una amiga, Susanne Pettersson, que por lo demás era la única conocida de Camilla que la policía había localizado en Estocolmo. Le dijo a la policía que no sabía nada. Su único contacto era que estudiaban juntas en la Komvux. Quizá por eso no se había preocupado de ella antes.

Según JW, la policía no podía haber hecho un trabajo muy meticuloso, porque seguro que habían visto las fotos de Camilla en el Ferrari. Sin embargo, no se mencionaba en los informes a los que la familia de JW había tenido acceso. También podían haber pasado otras cosas por alto.

JW se aferró a las escasas probabilidades: uno de cada diez desaparecidos no estaba muerto.

Quizá Camilla vivía.

Estaba obligado a saber más, una obligación hacia su hermana. Una semana después de enterarse de lo del administrador muerto de Dolphin Finans AB, llamó a Susanne Pettersson. Charlaron un rato. No había llegado a terminar en la Komvux. Ahora trabajaba como dependienta en el H & M del centro comercial Kista Galleria. Cuando él sugirió que se vieran, ella le preguntó si no bastaba con esa llamada. Era evidente que no tenía interés en profundizar en la historia de Camilla.

De todas formas, JW fue hasta Kista. Vagó por las calles interiores anchas y bien iluminadas hasta encontrar la tienda de H & M y pudo preguntó quién era Susanne. Se presentó. Se quedaron de pie en medio del local. Había pocos clientes en la tienda a mitad del día. JW se preguntó cómo podía ser rentable.

Susanne tenía el pelo teñido de rubio pero el color oscuro real se le veía en las raíces. Estaba vestida con vaqueros estrechos que llevaba remetidos en un par de botas altas y un top rosa con este texto sobre el pecho: *Cleveland Indians*. Todo su lenguaje corporal decía: No quiero hablar contigo. Los brazos cruzados, la mirada fija en cualquier sitio salvo en JW.

JW intentó presionarla amablemente:

—¿Qué asignaturas estudiabais juntas?

—Volví a coger casi todas las asignaturas. Matemáticas, sueco, inglés, sociales, historia, francés. Pero el colegio nunca fue lo mío. Yo quería ser abogada.

—Aún puedes serlo.

—No, ahora tengo dos niños.

JW puso voz de franca alegría:

—Qué estupendo. ¿Cuántos años tienen?

—Uno y tres años, y no es estupendo, mi chico me dejó cinco meses antes de que naciera el pequeño. Me quedaré en esta tienda hasta que me devore la celulitis.

—Qué pena. No digas eso. Todo es posible.

—Probablemente.

—Lo es, te lo aseguro. ¿No podrías contarme algo más sobre Camilla?

—Pero ¿por qué? La policía me preguntó todo lo que necesitaba saber hace cuatro años. Yo no sé nada.

—No pasa nada. Es sólo que tengo curiosidad. Verás, yo apenas conocía a mi propia hermana. Me preguntaba qué asignaturas estudiasteis juntas y eso.

—Yo habría sido una buena abogada, ¿sabes? Sé argumentar bien si hace falta, y entonces apareció Pierre y lo fastidió todo. Y ahora estoy aquí. ¿Sabes lo que gana una dependienta?

JW pensó: Esta chica jamás podría haber sido una buena abogada. Era incapaz de centrarse.

—¿No recuerdas qué asignaturas estudiaste con Camilla?

—Déjame pensar. Creo que estudiamos juntas sueco e inglés. Solíamos hacer los deberes juntas, estudiar antes de los exámenes. Ella sacó buenas notas, aunque hacíamos bastantes pellas. Yo tuve unas notas de mierda. Nunca terminé de entender cómo lo había conseguido Camilla. Pero tampoco la conocía demasiado bien.

—¿Sabes de alguien con quien se relacionara?

Susanne se quedó callada durante un rato demasiado largo.

—En realidad no.

JW la miró a los ojos.

—Por favor, Susanne. Me preocupo por mi hermana. ¿No tengo derecho a saber lo que le ha pasado? ¿No tengo derecho a hacerte estas preguntas? Sólo quiero saber más sobre la vida de Camilla. Por favor.

Susanne se dio la vuelta, miró hacia las cajas vacías como si tuviera que atender a algún cliente invisible. Claramente molesta.

—No creo que tuviera amigos fuera de las clases de la Komvux. Camilla iba por libre. Pero pregúntale al profesor de sueco, Jan Brunéus. Puede saber algo.

—Genial. ¿Sabes si sigue en la Komvux?

—Ni idea. Algunos lo consiguieron, otros no. Yo nunca terminé. No he vuelto a poner un pie allí desde entonces y tampoco pienso hacerlo. No sé nada de Jan. Pero hay muchas dependientas que han ganado mucho dinero. Han ganado en *reality shows* y cosas así. Es posible que a Camilla le haya pasado algo así.

Susanne dijo que tenía que seguir trabajando. JW captó la indirecta, se fue a casa. Le daba vueltas al último comentario de Susanne: *reality shows* y Camilla. ¿Cuál era la conexión?

Pensó que tenía que concentrarse en los estudios y en el negocio de la coca, no podía dedicar más tiempo a jugar a los detectives. La pista de Susanne Pettersson no le había llevado a ningún sitio. Si hubiera sabido algo, la chica se lo habría contado.

JW estaba estudiando en casa cuando le llamó al móvil Abdulkarim. El árabe quería verle, preferentemente ese día. Decidieron comer en el Hotel Anglais, en la calle Sturegatan.

JW siguió estudiando. No podía quedarse atrás en los estudios. Se lo había prometido a sí mismo: encantado de meterse, vender, ganar millones y ser feliz, pero no debía dejar la universidad. Lo veía con los chicos. Había dos tipos de personas a las que pagan sus padres. La certeza de que nunca iban a tener que preocuparse económicamente convertía a uno de los tipos en vagos, faltos de compromiso, caprichosos, memos. Pasaban de los estudios, cateaban los exámenes, se metían con los que eran ambiciosos. Querían establecerse por su cuenta, fingían ser empresarios, visionarios. De todas formas, al final todo se solucionaba. Para el otro tipo, la certeza de que jamás tendrían que levantar un dedo para conseguirse el sustento les causaba angustia. Querían demostrárselo a sí mismos, tenían que demostrárselo a sí mismos, para conseguir éxitos propios, hacerse merecedores de las fortunas que de todas formas iban a heredar. Estudiaban en la Escuela de Comercio, derecho, en Londres. Se quedaban hasta la una de la madrugada haciendo trabajos en grupo cuando iban a tener parciales, exámenes, pruebas orales. Si tenían tiempo trabajaban además en

bufetes de abogados, bancos o con papá. Obtenían logros, llegaban a algo por su cuenta.

JW no era del todo amante de los atajos. Sin duda podría vivir de la coca algunos años, pero de todas formas quería asegurarse su situación: estudiar bien, no abandonar la carrera.

Guardó los libros. Se desnudó y se metió en la ducha.

Cogió el teléfono de la ducha con la acostumbrada meticulosidad, el chorro en dirección opuesta a él, e intentó conseguir la temperatura adecuada. ¿Cómo era posible que independientemente de lo que uno manipulara el grifo fuera tan difícil acertar? Demasiado caliente. Un nanomilímetro hacia la izquierda: demasiado fría.

Empezó echándose agua por las piernas. El vello rubio en la misma dirección que el chorro de agua que lo mojaba. Puso la alcachofa en el soporte, dejó que el agua le mojara el pelo, la cabeza y el cuerpo. Abrió más el agua caliente.

Intentó dejar a Camilla a un lado. Se puso a pensar en Sophie. ¿Qué estaba haciendo mal? En la fiesta de Lövhälla Gård pensó que lo iba a conseguir. En cambio fue Anna, su mejor amiga. Anna estaba bien pero le faltaba ese algo especial. Qué torpeza había sido tirarse a Anna. El cotilleo sobre la fiesta fue tan grande que casi escriben sobre el evento en *Se & Hör* ^[36]. Sophie podría haberse enterado. Quizá se había rebotado.

Sophie a ojos de JW: guapa de la hostia, cuerpo de modelo de trajes de baño, sexi como una tía de *Playboy*, encantadora como una presentadora de televisión inteligente. Además tenía cerebro. Luchaba verbalmente con él cada vez que conversaban. Destacaba con razonamientos inteligentes cada vez que abría la boca. Superaba sus chistes con brillo en los ojos. Pero no era sólo eso; también parecía buena persona, pese a haber pasado de él como una chica de Lundsberg cualquiera. Tenía la nota máxima, diez sobre diez. Tenía que quedar con ella pero sin los chicos, solo.

JW abrió aún más el agua caliente. Pensó en mearse en la ducha pero optó por no hacerlo. No era su estilo.

Quizá no estaba jugando lo suficientemente bien. Quizá debería pasar de Sophie. No estar tan evidentemente colgado. No parecer tan contento cuando se veían. Hablar menos con ella y ligar más con sus amigas. JW odiaba ese juego con las chicas. Sin embargo era un experto en su propio juego delante de los chicos. Pero cuando se trataba de Sophie, cuando estaba cerca sólo quería estrecharla en sus brazos. Abrazarla, besarla y todo eso. ¿Cómo iba a poder ser frío? Se las arreglaba para traerse a casa ligues del bar. Soltar algunas frases. Llevárselas a la

cama. Follar. Presumir delante de los chicos. Pero lo serio era más complicado. El juego en serio era complicado.

Abrió más el agua caliente. Siempre lo hacía así, empezaba con una temperatura difícil de conseguir que resultaba agradable, pero tras unos minutos estaba demasiado fría. Abría el agua caliente. Al final el agua estaba casi hirviendo. El espejo se empañaba, el baño se convertía en una sauna.

Hora de almorzar con Abdulkarim. JW salió de la ducha y se arregló en el baño. Se puso Happy de Clinique en las axilas e hidratante Biotherm en la cara. La cera del pelo era lo último que se ponía; el pringue era difícil de quitar de los dedos. Se miró en el espejo y pensó: Soy guapo.

Salió. Tiritaba. Se vistió. Se puso el abrigo de cachemira; un chaval con clase. Se metió en el bolsillo su mp3 recién comprado, un Sony minúsculo, y se puso los auriculares en las orejas. No encajaban demasiado bien y tenían tendencia a caérsele. Puso una canción de Coldplay y se dirigió hacia Sturegatan. Era un día claro. Ya eran las tres y veinte.

El Hotel Anglais estaba medio vacío. En una mesa había dos camareras sentadas doblando servilletas para la noche. Detrás de la barra había un chico con vaqueros y camiseta colocando las botellas de alcohol. En los altavoces ocultos sonaba *Sly and the Family Stone*. Los únicos dos clientes estaban sentados en una mesa. Abdulkarim no parecía haber llegado aún.

Una de las chicas que doblaban servilletas le recibió.

Él dijo: «Hola».

Ella contestó: «Baberiba». Ocurrente.

JW se sentó en una mesa junto a la ventana, lejos de los otros clientes, y pidió un café. Miró por la ventana, que iba del suelo al techo. Daba a Sturegatan, Humlegården estaba justamente enfrente. Pensó en la primera vez que invitó a Sophie y Anna a un tirito en el parque. La puerta de entrada a la red de contactos. Apenas habían pasado cinco semanas. Había conocido a más personas nuevas en ese tiempo que en toda su vida. Grupos de colegas controlados por la cocaína.

Casi no había gente en la calle a las tres y media de un día de diario. Algunos agentes de Bolsa estresados con trajes azul oscuro pasaban de largo medio corriendo. Dos madres, cada una con su cochecito en una mano y el móvil en la otra iban paseando hacia Humlegården. Una estaba embarazada, otra vez. JW pensó en Susanne Pettersson. Él también estaría amargado en su situación. Pasó una señora con un perrito con correa. JW se inclinó hacia atrás en la silla y sacó su móvil.

Escribió un SMS a Nippe preguntándole lo que iban a hacer esa noche: «¿Quizá una copa en el Plaza^[37] ?».

—*Salam aleicum* . ¿Qué tal los estudios? —la voz suave de Abdulkarim, casi sin acento. JW levantó la mirada del SMS.

Abdul estaba junto a su mesa. Por lo menos la misma cantidad de cera en el pelo que JW pero con otro corte. Un peinado a lo paje. Abdulkarim siempre llevaba un traje con el cuello de la camisa por fuera de la chaqueta. Como si fuera un honrado trabajador de la Bolsa o un abogado. Lo que le delataba eran los pantalones. Eran como tres veces más anchos que la moda actual, con pinzas en la parte superior. En 1996 el mundo de los pantalones había continuado adelante sin que Abdulkarim lo siguiera. Lo único que conseguía llevar bien era un bonito pañuelo de seda que le sobresalía del bolsillo de la chaqueta. Abdulkarim caminaba con movimientos estudiados, tenía siempre en la cara una sombra de barba sin afeitar y ojos oscuros y brillantes.

JW contestó:

—Los estudios van bien.

—¿No es un poco gay eso de estudiar? ¿Cuándo vas a ver que hay caminos más rápidos al éxito, amiguete? Yo creí que ya lo habías comprendido.

JW se rió. Abdulkarim se sentó. Hizo una seña con todo el brazo para llamar a la camarera. Abdul en estado puro. Hacía gestos demasiado exagerados, un descarado nada sueco.

Abdulkarim pidió tiras de solomillo de buey marinado en sésamo y tallarines. Moderno. Le dio tiempo a decir que quería el número de teléfono de la camarera, que debería cambiar la música que sonaba en el local y que quería saber si el buey lo habían colgado bien. Se partió de risa con esto último.

JW pidió sopa de pescado con alioli.

—Qué bien vernos aquí. Ya empezaba a cansarme de hablar por teléfono contigo todo el tiempo.

—Tienes razón. Tenemos que vernos para celebrar. Es un momento glorioso, Abdulkarim. Y si puedes conseguirla, necesito más, ya lo sabes.

—Te va muy bien. ¿Has cambiado eso que te he dicho? —Abdulkarim señaló el móvil de JW.

—No, aún no. Perdona. Voy a comprar uno nuevo esta semana. El último de Sony Ericsson. ¿Lo has visto? Tiene una cámara que está a la altura de las cámaras digitales normales. O sea, una pasada.

—O sea, una pasada —Abdulkarim le imitó—. Ya conozco tu historia. Deja de decir «o sea» como si siempre hubieras vivido en Östermalm. Además, quiero que te compres un móvil nuevo hoy. Joder, hay que tener cuidado. Hacemos buenos negocios, tú y yo. Demasiado bueno para joderlo por unos teléfonos malos, ya me entiendes.

El árabe podía parecer ridículo a veces, pero JW sabía que el tío era un profesional. Cuidadoso, nunca mencionaba en público palabras como policía, pasma, riesgo, cocaína, farlopa o droga. Sabía que el personal de los restaurantes y los clientes podían escuchar a hurtadillas mejor que cualquier viejo cotilla con el audífono subido al máximo. Sabía que la policía pinchaba los móviles, rastreaba a los titulares. Las reglas de Abdulkarim, seguras. Llama siempre con móviles de tarjeta, cambia de tarjeta cada semana, casi siempre cambia de teléfono cada dos semanas.

—Sabes, tengo dos chicos más que venden. Funcionan bien. Claro, no tan bien como tú, pero van bien. De las cifras y eso no podemos hablar por teléfono. Los precios bajan. Los proveedores de mi jefe no son perfectos. Yo creo que por lo menos hay dos intermediarios hasta el mayorista.

—¿Por qué no vais directamente al mayorista?

—Por un lado no es asunto mío, porque yo trabajo para el jefe, no voy por mi cuenta. Creí que lo sabías. Por otra parte, creo que el mayorista está en Inglaterra. Difícil de localizar. Difícil negociar con él. Pero hoy no hablamos de precios de compra. Al revés. Quiero contarte que necesitamos vendedores. En el extrarradio. Alguien que conozca el mercado allí. Alguien que venda a otros que también vendan. Alguien que conozca el sector y los trucos, tú me entiendes. Los precios bajan. El artículo se está haciendo popular en el extrarradio de Estocolmo. A principios del año pasado, la proporción era más o menos de veinte el extrarradio, ochenta el centro. A finales del año pasado era cincuenta y cincuenta. ¿Lo entiendes, amiguete? El extrarradio se despierta. Ya no está en esto sólo la gente del centro, tus amigos de clase alta y la gente que sale por la noche. Son todos. Vikingos, panchitos, adolescentes. Son cosas populares. Como Ikea o H & M. Hablamos de un volumen más grande. Hablamos de precios de compra más bajos. Márgenes que aumentan. ¿Me sigues, estudiante?

A JW le encantaba la conversación del árabe. Hablaba mejor sueco de lo que parecía, como un verdadero empresario, negocios serios. Lo único perturbador era que, por algún motivo, Abdul parecía aterrorizado con su jefe. JW se preguntó por qué.

—Suenan interesante. Muchísimo. Pero ¿sabes?, el extrarradio no es mi territorio. No puedo vender allí. No conozco a nadie allí. Sencillamente, no soy yo.

—Yo sé que tú quieres que todos piensen eso de ti. A mí me vale, tú tienes tu mercado y trabajas bien. Pero, escucha. —Abdulkarim se inclinó sobre la mesa. JW entendió el gesto, puso el plato a un lado. Cruzó los brazos y acercó el cuerpo. Abdul le miró a los ojos y bajó la voz—: Hay un tío, chileno o algo así, que se ha escapado de la cárcel. Me acuerdo de él de hace unos años, un camello pequeño que no controla mucho. Pero dicen que el tío conoce el extrarradio norte igual de bien que tú los aseos de Kharma. En el trullo ha aprendido mucho más. Es mejor escuela que Botkyrka y Tensta^[38] juntos. Conozco a varios amigos suyo de Österåker. Dicen que es la hostia de listo. El chileno hizo una superfuga hace cinco o seis semanas. Trepó el muro o algo así y desapareció en el bosque. Un muro de siete metros, ¿te imaginas? Los guardias se quedaron parados con la boca abierta. Es un buen tío. Pero ahora tiene una presión de la leche. Seguro que aún no se ha ido del país. Tiene eso que necesitamos. Además trabajará gratis si yo me ocupo de él.

—¿Qué quieres que te diga? No me parece que suene muy bien. No entiendo por qué me quieres involucrar con un tío que evidentemente va a atraer a la policía como la mierda a las moscas.

—Ahora al principio yo no me involucraré con él. Tú sí. Quiero que le encuentras. Le haces la pelota. Le pagas. Le cuidas. Luego nos ayudará a hacernos con el extrarradio. Pero no le asustas, piensa que está fugado. De eso se trata. ¿Lo entiendes, amiguete? Como está huido va a depender de que nosotros le demos un medio de vida, un sitio seguro donde vivir, que no le delatamos.

A JW no le gustaba lo que estaba oyendo. Al mismo tiempo le había cogido el gusto, le había picado el gusanillo del negocio del árabe. Al principio había tenido sus dudas pero ahora todo era brillante. La idea del fugitivo chileno quizá no fuera tan mala después de todo.

—¿Por qué no? Vamos a probar. ¿Cómo y dónde encuentro a ese chileno?

Abdulkarim se rió fuerte. Alabó a JW. Alabó a Alá. JW pensó: ¿Es que Abdul se va a volver religioso o qué?

El árabe se inclinó aún más hacia delante y pasó información a JW. Lo poco que sabía. El nombre del fugitivo: Jorge Salinas Barrio. El tío era de Sollentuna y su familia estaba compuesta por una madre, un padrastro y una hermana. El mejor consejo de Abdulkarim: Ve a Sollentuna y habla con la gente de los círculos adecuados. Eso debería dar algún resultado, *inshallah*, pero deja claro que no eres un inspector de la pasma.

Para terminar, metió una bolsa en el bolsillo de la chaqueta de JW. Este la tocó con la mano: billetes. Miró a Abdul, que abrió las manos estirando los diez dedos:

—Ahí tienes esta cantidad y un papel con seis nombres. Esa es la mejor ayuda que te puedo dar.

JW sacó la nota. Todos los nombres menos uno sonaban a español. El dinero era, como dijo el árabe, «para untar a todos los sin techo de Sollis para que dan información del fugado».

JW se tomó su sopa. Abdul pagó la cuenta.

Salieron. Había refrescado.

JW empezó a pensar. Eso podía convertirse en algo grande. Podría llegar a manejar un pequeño grupo empresarial propio.

Buscaría a ese chileno.

Se fue a casa. Le costaba estudiar. Perdió la concentración. Se tumbó encima de la cama e intentó leer el último número de *Café*.

Sonó el móvil. JW cayó en la cuenta de que había olvidado cumplir su promesa a Abdulkarim de comprar uno nuevo.

La voz de Jet-set Carl al otro lado del auricular.

De puta madre. ¿Qué querría?

Después de saludar Carl dijo:

—JW, joder qué genial estuvo lo de Lövhälla Gård. De locos.

—Total. Tenemos que repetirlo.

—Claro que sí. Qué genial que vinieras y te encargaras de la fiesta. Creo que todos lo apreciamos de verdad.

—Me alegro. Yo suelo encargarme de que haya un poco de diversión y eso.

—¿Sabes que me cargué uno de los sofás saltando?

JW tradujo el tono: sin problema, podía reírse.

Carl se tronchaba.

—Era una pieza auténtica de Svenskt Tenn^[39].

—¡Venga ya! ¿Qué dijo Gunn?

Hablaron de la excelente cena.

Más risas. O sea, Gunn.

Charlaron sobre la excelente cena, los trucos para ligar de Nippe y que Jet-set Carl había pagado quince mil para que arreglaran el sofá, que Gunn debió de preguntarse por qué todos estornudaban a la vez al día siguiente.

En la mente de JW rondaba una única pregunta durante la conversación: «¿Por qué me llama Jet-set Carl?».

La explicación llegó al momento:

—Este fin de semana es mi cumpleaños y tengo pensado hacer una gran fiesta en casa el viernes. ¿Podrías encargarte de conseguir algo de diversión?

JW estaba acostumbrado a la jerga y a los rodeos. Pese a todo, le llevó un segundo comprenderlo.

—¿Quieres decir coca? Por supuesto. ¿Cuánto necesitas?

—Ciento cincuenta gramos.

A JW casi le da un ataque al corazón.

Dios.

Se esforzó por parecer impasible.

—Es mucho pero creo que puedo conseguirlo. Primero tengo que comprobar que no hay problema con esa cantidad.

—No quiero ser pesado pero tengo que saberlo pronto. Llámame dentro de una hora. Si no lo sabes pregunto a otros. ¿Cuál es tu precio?

JW calculó mentalmente con rapidez. De vértigo; siempre y cuando pudiera conseguir esa cantidad. Quizá pudiera rebajar el precio de compra a quinientos. Podría cobrarle a Carl por lo menos mil. Para él: al menos setenta y cinco mil.

Jesucristo Superstar.

—Voy a hacer todo lo que pueda, Carl. Te llamo en cuanto lo sepa.

Jet-set Carl le dio las gracias. Parecía estar de buen humor.

Colgaron.

JW sentado en la cama; con la erección más grande de todo el norte de Europa.

* * *

DAGENS NYHETER

Octubre

La policía inició una gran operación anoche.

La policía de Estocolmo inició anoche una gran operación contra la delincuencia organizada. El objetivo es neutralizar al menos un tercio de los ciento cincuenta criminales seleccionados que se han seleccionado de entre los más peligrosos del entorno criminal y disuadir a los jóvenes de que cometan delitos graves.

La operación, llamada internamente Nova, en realidad debería haber empezado hace seis meses. Las acciones planificadas debieron ser suspendidas, ya que hubo que dedicar los recursos a una serie de destacadas investigaciones.

Sin embargo, anoche tuvo lugar la primera intervención. Un centenar de policías del área regional, del área especializada en narcóticos en locales de ocio, algunos efectivos especializados en bandas así como otras unidades participaron en una serie de acciones en diversos lugares de Estocolmo y su periferia. El resultado del trabajo no se conoce y el área regional no ha contestado a las preguntas del *Dagens Nyheter*.

Por medio de Nova, la dirección de policía regional espera combatir la red de criminales más o menos profesionales que está detrás de, entre otros, graves delitos violentos, servicios ilegales de protección, tráfico de drogas, proxenetismo y contrabando de cigarrillos. En el plan de acción del proyecto se constata que los delitos violentos aumentan en la región de Estocolmo y la tendencia a utilizar armas ha cambiado.

La estrategia consiste en atacar en primer lugar a las figuras principales de las redes. Para esta actuación se han elegido ciento cincuenta conocidos criminales de toda la región que se han considerado especialmente destacables. El objetivo es que con al menos cincuenta de ellos «se consiga que dejen de cometer delitos de manera permanente, ya sea impidiendo su actividad o persiguiéndoles legalmente». Ninguna de esas personas está cumpliendo condena en la actualidad ni están imputados por delitos por los que se les pueda condenar a más de dos años de prisión.

El objetivo ha de alcanzarse en un máximo de dos años.

Capítulo 15

Camino de casa de Radovan. En el estéreo, música serbia. Zdravko Colic. Mrado, cabreado: el maricón de Jorge se había puesto chulo. Había amenazado a Radovan. Indirectamente había amenazado a Mrado. Había intentado chantajearles. Había intentado hacerse el listo. Había jugado con fuego.

Jorge sabía cosas del comercio de cocaína. Conocía los lugares de almacenamiento, las rutas de entrada, los métodos de contrabando, camellos, compradores, laboratorios, las variedades de corte. Lo más importante: el patero sabía quién movía los hilos. Don R en persona corría el riesgo de acabar jodido. *Gospodin Bog*; el capullo del patero era el que tenía que acabar jodido.

Ese mamonazo. Mrado iba a encontrar a Jorge, le iba a atar y a cortarle en trocitos. Se lo iba a comer. Le iba a cagar encima. Se lo iba a comer. Iba a volver a cagar encima de él.

Mrado había llamado a Radovan directamente después de la conversación con el patero. La voz de Radovan estaba más tranquila que la de Mrado. Pero Mrado notaba las vibraciones bajo la superficie: Rado, aún más cabreado que él.

Jorge, prepárate para la venganza de los yugoslavos.

Lo positivo de la provocación del latino: el suceso desviaba la irritación de Radovan con Mrado. La última vez que se habían visto, la relación entre ellos estaba por los suelos. Radovan había ido demasiado lejos.

Después de veinte minutos: ya estaba en Näsbypark. Urbanización de chalés. Un puto paraíso ostentoso en forma de cuadrícula. Se puso junto al coche y encendió un cigarrillo. Lo sujetaba entre el índice y el pulgar: estilo eslavo. Daba caladas profundas. Tenía que tranquilizarse antes de la reunión con el grande. Tosió con fuerza. Pensó en los cuadros de Radovan. ¿Precio total? No se podía medir con dinero.

Apagó el cigarrillo. Subió hacia la casa.

Llamó.

Abrió Stefanovic. No dijo nada, sólo guió a Mrado hasta la biblioteca. Radovan sentado en el mismo sillón que la vez anterior. La piel del reposabrazos, desgastada y blanquecina. En la mesa una botella con whisky, Lagavulin de dieciséis años.

—Mrado, siéntate. Gracias por venir rápidamente. Podríamos haber hecho esto por teléfono pero quería mirarte a los ojos para ver que no estás cabreado. Tienes que tomártelo con calma. Tenemos que tomárnoslo con calma. Resolver esto paso a paso. No es para tanto, hay gente que lo ha intentado antes. La única diferencia es que ahora quizá él sí sepa algo. Cuéntame lo que ha dicho. Desde el principio y con todos los detalles, por favor.

Mrado se lo contó. Intentó ser breve sin omitir lo importante: la chulería del patero.

—Jorge Salinas Barrio está escondido. Tú sabes más que yo de esa historia, fuiste tú el que me informó. Por lo que he oído el tío es un héroe en Österåker. Incluso los tipos más duros de las prisiones de Kumla y Hall admiran su estilo y su finura. Desaparecido como un puñetero Joe Labero^[40]. Debería haberme encargado de él directamente. Joder.

—Joe Labero, me gusta el símil. Pero no digas que deberías haberle quitado de en medio. No sabemos qué habría pasado. Sigue contándome.

Mrado le contó la llamada de Jorge. Que parecía estresado, que el panchito probablemente había llamado desde una cabina, que quería un pasaporte y cien mil pavos, que había dicho que saldría a la luz un montón de mierda si le sucedía algún accidente.

Radovan se quedó sentado en silencio. Llenó los vasos de Lagavulin. Dio un sorbo.

—Sabe mucho de nosotros. Pero no tanto como para que yo obedezca a la mínima lo que él diga. Ésta es su gran oportunidad para obligarme a ayudarlo. Por supuesto que le podría dar un pasaporte nuevo. Un fajo de billetes. Una nueva vida en algún país cálido. La pega es que se ha equivocado conmigo. Nadie me obliga a hacer esas cosas. Además, ¿quién dice que eso le va a bastar? Ya sabes cómo eran los cabrones croatas en nuestro país. No les bastó con el noventa y nueve por ciento de la costa, sino que la querían toda. Este tío es igual. Si un día le consigo una nueva identidad, puede volver al siguiente a pedir dinero. O a pedir billetes de avión para el extranjero. O a pedir lo que coño sea: porciones del imperio de Radovan.

Mrado se rió. Rado: el rey gánster que hablaba de sí mismo en tercera persona. Mrado se tranquilizó. Mejor ambiente que la última vez que había estado ahí. Notaba cómo el whisky le calentaba el cuerpo. Le relajaba los hombros. Acariciaba el estómago.

—Su baza es lo que sabe o lo que quizá sabe. No estoy del todo seguro de que tenga suficiente información como para perjudicarnos, pero representa un riesgo. Nuestra baza es que le podemos volver a mandar directamente a la cárcel sin pasar por la casilla de salida. El

inconveniente que tiene es que se corre el riesgo de que pierda la esperanza si le volvemos a enviar al trullo. Si no tiene nada por lo que vivir salvo hacer músculo en Kumla, nos venderá. No te quepa duda.

—Perdona, Radovan, ¿por qué no nos lo cargamos sin más?

—No trabajamos así. Demasiado peligroso. Ya has oído lo que ha dicho. Se filtrarán cosas. No sabemos con quién más ha hablado. Jorge Salinas Barrio no es tonto. Si nos le cargamos te aseguro que se habrá encargado de que toda la información que no queremos que vea la luz salga de alguna manera. Ya sabes, puede habersele ocurrido cualquier cosa. Guardar documentos sobre todo el asunto en alguna consigna. Si la palma y no va nadie a meter monedas de diez coronas, la puerta se abre, y alguien verá todos los papeles que haya dejado, incluidas detalladas descripciones de nuestra actividad. O quizá ha preparado un correo electrónico que se envíe automáticamente a la pasma si en determinada fecha él no lo para. Ya ves a lo que voy: no podemos cargárnoslo. Es demasiado listo para eso. Pero hay maneras. Métodos clásicos, ya me entiendes, Mrado. Le localizas o te pones en contacto con él por otras vías. Hazlo a tu estilo. Le explicas que se puede olvidar de que Radovan se vaya a asustar por sus métodos de chantaje. Luego, cuando estés seguro de que ha entendido de parte de quién es el mensaje, le machacas. ¿Has acuchillado a alguien en el estómago alguna vez?

—Sí, bayoneta. Srebrenica, 1995.

—Entonces ya lo sabes, se sangra de la hostia, tumba a cualquiera. Tantos órganos y tanto daño. Es el método con Jorge: machácale sin piedad. Como una cuchillada.

—Entendido. ¿Tengo carta blanca?

—Sí y no. No puede palmarla. Nada de cuchillos, era sólo un ejemplo. Por así decirlo, tienes que tratarle con mano de seda dura. —Radovan se rió de su propia broma.

—Entiendo. ¿Sabes dónde se le puede encontrar?

—En realidad no. Pero es de la zona de Sollentuna. Pregunta a Ratko o a su hermano, ellos son de allí. Una cosa más. No puedes herir al cabrón del patero tanto como para que tenga que ir al hospital. Entonces volvería a la cárcel y correríamos los riesgos que te he comentado. En el trullo, sin esperanza, pasará de todos nosotros. Nos venderá.

—Confía en mí. A ese cabrón no se le romperá ni un hueso. Pero deseará haberse quedado en casita con su madre.

La dureza de Mrado; Radovan sonrió. Dio vueltas al whisky en el vaso. Dio un trago. Se reclinó hacia atrás en el sillón. Mrado acelerado.

Quería salir a la calle. Alejarse de Radovan. Al gimnasio. Charlar con los chicos. Buscar pistas. Resolver el misterio. Machacar a Jorge.

Hablaron de otras cosas: caballos y coches. Nada de negocios. Nada de que la vez anterior Mrado había solicitado una participación mayor en los guardarropas. Tras quince minutos, Rado se excusó:

—Tengo unas cosas que hacer. Y, Mrado, teniendo en cuenta el fiasco del Kvarnen, quiero lo de Jorge para ayer.

Mrado bajó al gimnasio. Charló con los chicos de la recepción. Interrumpió su conversación sobre los últimos medicamentos para la musculación. Les hizo preguntas. ¿Conocían a alguien que estuviera cumpliendo condena en Österåker? ¿Conocían a alguien que trabajara de guardia en Österåker? ¿Sabían algo sobre la estupenda fuga que había tenido lugar ahí hacía seis semanas?

Uno de ellos dijo:

—Pareces interesado. ¿Vas a ingresar y quieres saber cómo escaparte?

—Se rió de su propia broma.

Mrado, benevolente. Pasó de darle un corte. Al contrario, bromeó:

—Estar preparado facilita las cosas, ¿no?

El chico se inclinó sobre el mostrador:

—Esa fuga fue totalmente impresionante. En serio, el tío que saltó sobre el muro debe de ser Serguéi Bubka en persona. Siete metros, Mrado, ¿cómo salta uno eso sin pértiga? ¿Es Spiderman o que?

—¿Conoces a alguien que esté dentro?

—No conozco a nadie que esté dentro. Soy una persona de bien, lo sabes. Tampoco conozco a ningún vigilante de prisiones. Habla con Mahmud. Ya sabes, los árabes siempre son medio criminales. La mitad de la familia está encarcelada. Mira en las duchas, creo que acaba de terminar su sesión de la mañana.

Mrado bajó las escaleras. Entró en el vestuario. Mahmud no estaba ahí. Otros chicos estaban cambiándose. Mrado saludó. Volvió a subir. Echó un vistazo por la sala de la derecha. Retumbaba el eurotecno. De Mahmud, nada. Miró en la sala de la izquierda. Vio a Mahmud de rodillas en una colchoneta de goma roja. Hacía estiramientos de la espalda. Parecía un bailarín de ballet grotesco haciendo una pose.

Mrado se arrodilló a su lado.

—¿Qué pasa, flacucho? ¿Qué tal la sesión? ¿Qué has hecho?

Mahmud no levantó la mirada. Siguió estirando la espalda.

—Flacucho lo serás tú. La sesión ha ido bien. Hoy he entrenado fuerte la parte inferior de la espalda y los hombros. Combina bien, son zonas alejadas. ¿Qué tal tú?

—Bien. Necesito ayuda con una cosa. ¿No hay problema?

—Claro. Mahmud no se echa para atrás. Ya lo sabes.

—Estupendo. ¿Conoces a alguien que esté encerrado en Österåker?

—Sí, el marido de mi hermana está ahí. Ella va a menudo a verle. Les dan una habitación para ellos, se lo pasan bien. —Mahmud cambió de posición. Se incorporó. Los brazos entre las piernas. Estiró la espalda. Crujido de vértebras.

—¿Cuándo va a volver de visita?

—No sé. ¿Se lo pregunto?

—Sí. ¿No puedes llamarla cuando acabes aquí? Necesito saberlo lo antes posible.

Mahmud asintió. Se quedaron callados. El árabe hizo algunos estiramientos más. Mrado esperó. Charló con otros dos chicos de la sala. Bajaron al vestuario. Mahmud llamó a su hermana. Hablaron en árabe. La hermana iba a ir el jueves.

Quedaron en un bar de Söder. Kebabs superbaratos, grasientos y falafel en pan de pita a veinte coronas. Mrado pidió tres. Observó el lugar. En las paredes, fotos de la Cúpula de la Roca de Jerusalén y textos en árabe. ¿Genuino o para atraer clientes? ¿Qué más da si los kebabs eran tan buenos que se derretían directamente en la boca?

La hermana de Mahmud, según Mrado: patera vulgar. Ropa un poco demasiado ceñida. Falda un poco demasiado corta. Demasiado maquillaje. Demasiados accesorios falsos de Louis Vuitton. Mucho, muchísimo sueco de Rinkeby. Controla un poco cómo hablas, tía.

Era dócil. *Nemas problemas* ^[41]. Él la instruyó sobre lo que debía preguntar: ¿Jorge había tenido más relación de la habitual con algún preso en los días anteriores? ¿Con algún mono? ¿Cómo había saltado el muro? ¿Pertenece a alguna banda? ¿Sabían quién le había ayudado desde el exterior? ¿Quiénes eran sus amigos en el trullo?

Ella lo apuntó y prometió memorizarlo antes de su visita a la prisión. Por las molestias quería dos mil al contado.

Mrado conocía a los que eran como Jorge, nunca tenían la boca cerrada. Presumían, se jactaban, se iban de la lengua.

Se sentía seguro, con un contacto dentro de Österåker encontraría pronto al latino.

La caza podía empezar.

Capítulo 16

Sueños en español. «Jorgelito, me quedo aquí sentada hasta que te hayas dormido. Jorgelito, espera aquí que voy a buscar el libro de cuentos. Jorgelito, ¿te he dicho que eres mi príncipe? Paola es mi princesa. Vosotros sois mi familia real».

Jorge se despertó.

En el exterior era de día. La habitación, cálida. Los hermosos sueños, terminados. Estaba tumbado en un colchón que había quitado de una cama y puesto en el suelo. Reducía el riesgo de que alguien le pudiera ver desde el exterior. Doble seguridad: en el exterior de la ventana de la habitación sobresalían arbustos altos, ocultaban la visión del interior.

En total había pasado seis días en la casa. Aburrido. Pronto llamaría al yugoslavo. Luego, *adiós, amigos **, se marcharía del país tan pronto como pudiera.

Se dio la vuelta. No tenía fuerzas para levantarse. La tristeza le daba cansancio. Pensó en Rodríguez. Un día volvería Jorge-boy. Le redecoraría la cara. Le haría arrastrarse. Besar los pies de mamá. Llorar. Arrastrarse. Gimotear.

Quizá había sido torpe. Descuidado. Por ejemplo, el día anterior se le había acabado la comida. Salió al camino. Lo siguió hasta que llegó a una carretera mayor. Siguió andando. Vio agua. Barcos que la gente estaba poniendo en dique seco. El paraíso dorado del otoño. Aproximadamente una hora y media. Una tienda de alimentación, ICA Nygrens. Entró.

Nunca se había sentido tan moreno como allí, en la tienda nacional aria de la esencia sueca. El panchito en marcado contraste. Nadie dijo nada. A nadie pareció importarle. Pero Jorge, *el Negrito **, pensó que le iban a linchar, sumergirle en pintura para el casco del barco venenosa y echarle muesli por encima.

Compró espaguetis, patatas fritas, pan, embutido, huevos, mantequilla y cerveza sin alcohol. Detergente para lavar a mano y tinte para el pelo. Pagó en metálico. No le dio las gracias a la cajera. Sólo asintió con la cabeza. Creía que todo el mundo le miraba. Le odiaba. Planeaba denunciarle a la policía.

Una vez fuera de la tienda se sintió estúpido. Intentó caminar por el bosque para volver a casa. No funcionó. Aparecía directamente en terrenos y jardines privados. Tuvo pánico de que la gente estuviera en casa. De que sospecharan algo, de que soltaran algo, de que se

cabrearán, de que denunciaran al negrata a la policía. Volvió a salir a la carretera grande. Esperaba que nadie notara su presencia, el fugitivo.

Jorge frió dos huevos. Untó con mantequilla cinco rebanadas de pan. Les puso encima embutido. Bebió agua. En el fregadero se balanceaba una montaña de platos y cubiertos. ¿Para qué iba a molestarse en fregar? Ya lo haría más adelante el verdadero dueño de la casa.

Se sentó a la mesa en la cocina. Se comió las rebanadas de pan rápidamente. Toqueteó el tablero de la mesa. Parecía viejo. Se preguntó si los dueños de la casa serían pobres o si es que querían una mesa vieja a propósito.

Entonces, algo sonó en el exterior de la casa. Los oídos de Jorge abiertos de par en par.

Se oyó una voz.

Se agachó.

Se deslizó de la silla al suelo.

Se tumbó boca abajo.

Se arrastró hasta la ventana. Si alguien iba a entrar estaba jodido. Si era la policía quien estaba afuera, estaba definitivamente jodido.

Mierda, haberse preparado tan mal. Ninguna de sus cosas empaquetadas. Su ropa, el tinte, la comida, los artículos de higiene: todo tirado por la habitación en la que dormía. Gilipollas. Si tuviera que salir corriendo inmediatamente no podría llevarse ni una mierda.

Intentó mirar por la ventana. No vio a nadie en el exterior. Sólo el entorno tranquilo del jardín, rodeado de arbustos de espino blanco podados y dos arcos. Se volvió a oír la voz. Sonaba como si viniera del sendero que subía hasta la casa. Corrió doblado hasta otra ventana. Cruzó la entrada. Crujieron las anchas tablas de madera del suelo. Joder. No se atrevió a mirar por la ventana. Quizá podrían verle desde el exterior. Primero escuchó. Oyó una voz más, más próxima, pero no del todo cercana. Al menos dos personas que hablaban entre sí. ¿Era la pasma o eran otros?

Volvió a escuchar. Una de las voces tenía un ligero acento extranjero.

Miró con cuidado. No había ningún coche aparcado. No veía a nadie. Miró a lo largo del camino que continuaba pasada la casa hacia un granero rojo oscuro detrás del jardín. Ahí. Tres personas caminaban hacia la casa.

Jorge evaluó la situación a toda velocidad. Puso en la balanza ventajas contra inconvenientes. La casa estaba bien. Caliente, relativamente

protegida de la vista, alejada de la ciudad y de la búsqueda de la bofia. Podía atrincherarse ahí hasta que se le acabara el dinero. Por otra parte, las personas acercándose desde el granero. No podía ver bien quiénes eran.

Podrían ser los dueños de la casa. Quizá no fuera su casa sino que tenían curiosidad. Echó un vistazo por la ventana. Vio la montaña de platos sucios, vio el colchón en el suelo, vio el desorden.

Podría ser la bofia.

El riesgo, demasiado grande. Mejor empaquetar sus cosas y largarse antes de que llegaran. Había más casas. Más camas calientes.

Jorge arrojó sus cosas en dos bolsas, la comida en una y la ropa y los objetos de higiene en la otra. Fue hasta la puerta. La parte superior era una ventana pintada. Miró por la ventana. No vio a nadie. Abrió la puerta. Caminó rápidamente hacia la izquierda. No por el sendero de gravilla hacia el camino pequeño. Al contrario: se coló por una abertura en los arbustos. Se arañó con las espinas.

Le pareció oír las voces más claramente.

Mierda.

Echó a correr sin darse la vuelta.

Capítulo 17

JW de camino a la cumbre. La oferta de Jet-set Carl, una puerta de oro. Abdulkarim más que feliz. Hablaba de sus planes de expansión.

—Encuentra a ese Jorge —le recordó a JW— y vamos a ser los amos de esta ciudad.

JW se esforzaba en encontrar al chileno, no en vano. Había iniciado búsquedas por aquí y por allá. Había cenado con gente de la zona de Sollentuna y les había ofrecido dinero por información que permitiera ponerse en contacto con el fugitivo; el asunto se resolvería.

Ese día tenía otro proyecto.

JW había llamado al profesor de la Komvux, Jan Brunéus, hacía unos días. El profesor se acordaba bien de Camilla pero en realidad no quería hablar de ella. Cuando JW insistió, le colgó.

JW no se sintió capaz de asimilar aquella reacción en ese momento. No se molestó en volver a llamarle. Intentó evitar pensar en el asunto.

Pero ese día era el momento. Se sentía obligado.

Se puso los vaqueros, la camisa, el abrigo.

Caminó hacia el Instituto de Bachillerato de Sveaplan, más abajo de Wennergrens Center, ahí estaba la Komvux. Quería conocer a Jan Brunéus en persona.

La calle Valhallavägen rugía más de lo habitual, ya fuera por el tráfico lento y atascado o por su dolor de cabeza. Probablemente por ambas cosas.

Al final de la calle Sveavägen vio el edificio de la escuela.

Eran las once y media. La gente estaba en la hora del almuerzo. JW sospechó que la secretaría cerraría para comer. No quería tener que esperar hasta que volvieran, no hizo caso de las flechas ni los carteles; en lugar de eso, preguntó directamente. Una mujer con una mochila marca Kånken, que probablemente se estaba marchando, le indicó bien: entrada grande, escaleras arriba, luego a la derecha. JW corrió contracorriente. Sobre todo jóvenes de su edad que salían para ir a comer. Clase media cansada; no entendían que había caminos más rápidos hacia la vida a lo grande.

Subió los escalones de tres en tres. Se quedó sin aliento.

Llegó a la secretaría.

Una mujer con falda tableada y blusa anticuada estaba saliendo por la puerta con movimientos decididos que indicaban: Voy a cerrar ahora.

Típico.

Él dijo:

—Hola. Por favor, ¿podría hacerle una pregunta antes de que cierre?

JW se había convertido en un maestro de la cortesía; llamaba de usted a la secretaria. Había aprendido bien en su ambiente de Estocolmo.

La señora se ablandó y le dejó entrar. Se puso detrás de un mostrador.

—Necesitaría hablar con un profesor de aquí, Jan Brunéus. ¿Tiene clases esta semana? Y si es así, ¿en qué aula?

La mujer hizo un gesto, pareció molesta. A JW no le gustaba ese estilo. Eran las formas de algunas personas; en lugar de comunicarse directamente iban por la vida poniendo caras.

Sacó un horario y se desplazó por las diferentes casillas con el dedo. Al final dijo:

—Hoy tiene una clase que acaba dentro de diez minutos, a las doce. Aula cuatrocientos veintidós. Es un piso más arriba.

JW le dio las gracias con amabilidad. Por algún motivo quería quedar bien con esa mujer. Tenía la sensación de que podía hacerle falta.

Corrió escaleras arriba. Encontró el pasillo correcto.

Aula cuatrocientos veintidós. La puerta estaba cerrada, aún faltaban cinco minutos para la hora de la comida.

Esperó en el exterior. Puso la oreja en la puerta, oyó una voz monótona pero no reconoció si era la de Jan Brunéus.

JW observó el pasillo. Paredes beis, ventanas anchas, plafones sencillos de porcelana blancos en el techo, pintadas junto a los radiadores. La típica sensación de instituto. Se había imaginado otra cosa en la Komvux. Más madurez.

Se abrió la puerta de la clase.

Salió un chico negro con ropa grande y vaqueros que le caían casi hasta las rodillas. Una veintena de alumnos salieron en tropel tras él.

JW miró el interior de la clase. Algunas chicas estaban de pie junto a los pupitres y recogían lápices y cuadernos.

El profesor borraba el texto de una pizarra blanca. No vio a JW.

Debía de ser Jan Brunéus.

El profesor iba vestido con un traje marrón de pana con coderas de cuero. Bajo la chaqueta llevaba un jersey de punto verde con cuello de pico. La barba de tres días dificultaba apreciar la edad pero probablemente tuviera en torno a cuarenta años. Sus gafas eran de montura fina, quizá de la marca Silhouette. JW opinó que tenía un aspecto agradable.

Se acercó a Jan.

Jan se dio la vuelta, observó a JW.

JW pensó: ¿No veía el parecido con Camilla?

Jan preguntó:

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me llamo Johan Westlund. Quizá recuerdes que hablamos por teléfono hace unos días. Quería hablar de mi hermana, Camilla Westlund, si te parece bien.

Brunéus se sentó en la tarima. No dijo nada. Sólo suspiró.

¿Quería parecer amistoso o qué?

Las chicas que se habían quedado en la clase salieron.

Jan se levantó y cerró la puerta tras ellas. Volvió a sentarse en la tarima.

JW se quedó de pie en silencio. Sin hablar.

—De verdad que te pido disculpas por mi comportamiento. Me alteré al pensar en ella. Todo lo relacionado con su desaparición es tan trágico... No era mi intención colgarte.

JW escuchó sin contestar nada.

—Recuerdo muy bien a Camilla. Era una de mis alumnas favoritas. Era lista y mostraba interés. Tenía muy pocas faltas de asistencia. Le di sobresaliente en todas las asignaturas.

JW pensó: Los profesores se preocupan de cosas irrelevantes, como la asistencia.

—¿Qué asignaturas estudiaba contigo?

—Sueco, inglés y, si recuerdo correctamente, sociales. Verás, pasan por mí unas doscientas caras al año, pero me acuerdo de Camilla. Os parecéis mucho.

—Eso suele decir la gente. ¿No podrías contarme más de lo que recuerdas de ella? Sé que se relacionaba con una chica que se llama Susanne Pettersson. ¿Tenía más amigos aquí?

—¿Quién podrá ser Susanne Pettersson? De ella no me acuerdo. Pero de hecho no creo que Camilla tuviera muchos amigos, lo cual es raro. Al fin y al cabo era muy extrovertida y agradable, en mi opinión. Guapa además.

Algo no encajaba. Susanne Pettersson había dicho que ella y Camilla solían hacer pellas. Ahora Jan Brunéus decía que Camilla casi no había tenido faltas de asistencia. ¿Los profesores solían contar esas cosas?

Charlaron dos minutos más. Jan hablaba en términos generales.

—La Komvux es una importante institución de la sociedad. No todos encajan en el bachillerato. Aquí pueden obtener otra oportunidad.

JW quería marcharse de la clase. Lejos de Jan Brunéus.

Jan le dio la mano.

—Toda esta historia es una pena. Envíales un saludo a tus padres de mi parte. Diles que Camilla habría llegado lejos.

Jan cogió del suelo un portafolios de piel desgastada y desapareció por el pasillo.

JW volvió a la secretaría. Comprobó los horarios de apertura. Habían cerrado para el resto del día. ¿A que era típico?

En casa consultó la guía telefónica. Ciudad de Estocolmo, Administración de Educación. Llamó al número de centralita y pidió que le pasaran con alguien que pudiera responder preguntas genéricas sobre calificaciones y documentos públicos. Habló con el responsable de la normativa de calificaciones para bachillerato. Discutieron las

preguntas de JW durante quince minutos. No hizo falta más. JW obtuvo las respuestas que quería.

Decididamente, volvería a la secretaría. Hurgaría a fondo en el archivo de calificaciones de la escuela. Había algo que no cuadraba en el relato de Jan Brunéus.

Capítulo 18

Mrado había jugado a ser detective dos días y medio mientras esperaba que la hermana de Mahmud fuera de visita a Österåker. Encargó las fotos del pasaporte de Jorge. Llamó a sus dos contactos de la policía, Jonas y Rolf. Prometió cinco mil pavos al que le proporcionara información útil sobre el cabrón de Jorge. Comprobó los parientes del latino en el registro civil. No le dio ninguna pista. Dio un toque a su colega Nenad, que era el responsable de Radovan para coca y putas. Nenad ni se acordaba de Jorge más que por el juicio. Mrado desayunó con Ratko y su hermano, Slobodan, alias *Bobban*. Le orientaron sobre el mapa de la criminalidad en el noroeste de Estocolmo. Los yonquis con los que debería hablar, con el personal de qué garitos debería charlar, qué camellos conocían los círculos de Jorge. Fue a Sollentuna y Märsta dos veces y charló con distintos contactos relacionados con la cocaína y con latinos. Bobban le acompañó. Eso debería ayudarle.

La mayoría ya sabía quién era el fugitivo y a los que no les pusieron delante de la nariz las fotografías del pasaporte. Un héroe. Una leyenda. Todos querían invitar al héroe a una copa. Homenajear al tío. Felicitar al tío. Pero nadie le había visto.

La madre de Jorge vivía con un nuevo hombre y tenía una hermana, Paola. La madre vivía en las afueras de Estocolmo. La hermana en Hägersten.

Encargó las fotos del pasaporte de la hermana y de la madre. Obtuvo dos resultados en Google con el nombre de la hermana. Había escrito un artículo en el periódico de la asociación Gaudeamus de la Universidad de Estocolmo y había participado en las jornadas literarias. Una chica lista. Evidentemente intentaba salir adelante desde cero. Quizá debería verla más de cerca en la universidad.

Llamó al departamento de literatura. La hermana estudiaba el curso C^[42], a saber qué era eso.

Mrado fue hasta Frescati. Aparcó el coche en la parte de atrás de los edificios azules. El Mercedes sobresalía. El resto de los coches del aparcamiento: coches cutres.

La universidad para Mrado: tierra desconocida. Población: alfeñiques, tíos que hablaban más que actuaban, cuatro ojos. Sarapas. Sin embargo, para sorpresa de Mrado, había un montón de chicas guapas.

Miró los carteles. Encontró el departamento de literatura. Subió en ascensor. Preguntó a una vieja en el pasillo quién era el responsable del curso C. Le dieron el nombre del ayudante de la cátedra. Miró más

carteles. El despacho del ayudante aún más lejos en el mismo pasillo. En el exterior de la puerta un cartel más: *Me encanta mi trabajo... a la hora de la comida y del café*. Mrado llamó a la puerta. Ahí no había nadie. Preguntó a una mujer en la sala contigua. El ayudante estaba en una reunión en la sala C 119. Volvió a coger el ascensor, hasta abajo del todo. Los pasillos parecían estar a medio terminar. Del techo colgaban conductos y tambores de ventilación. Algunas paredes parecían estar sin pintar. En un rincón había paneles blancos de madera apoyados contra la pared. Miró las flechas. Encontró la sala. Llamó a la puerta. Abrió un chico con chaqueta y flequillo de punta. Mrado pidió hablar con el ayudante de la cátedra de literatura. Puso el pie de manera que la puerta no pudiera cerrarse. Miró fijamente al chico. El del flequillo de punta se quedó parado. Tras quince segundos apartó la mirada. Llamó a la ayudante. Una chica joven; máximo veinticinco años. Mrado se había esperado una mujer de más edad. Preguntó de qué se trataba. Le contó una milonga. Le dijo que tenía que comprar unos libros a una chica pero que no había aparecido. Se preguntaba si la ayudante tenía su número de teléfono o si sabía dónde tenía clase ese día. Ella preguntó que por qué tanta prisa. Mrado le contó otra milonga más, que tenía que irse de viaje y necesitaba los libros ese mismo día. Era muy urgente. La ayudante: ingenua y demasiado buena. Subieron en ascensor hasta su oficina. Buscó el teléfono de Paola y el horario del curso C. Le dijo a Mrado que había tenido suerte.

—Paola tiene hoy un seminario en la sala D 327.

Por fin tenía suerte.

Cómo ella podía dejarse engañar por un yugoslavo de dos metros iba más allá de su entendimiento.

Hacia la D 327. Volvió a mirar los carteles. Buscó la sala.

El mismo número que con la ayudante de cátedra. Abrió un tío. Mrado le pidió que llamara a Paola.

Mrado cerró la puerta de la sala del seminario tras ella. Paola entendió inmediatamente que algo iba mal. Sacudió la cabeza. Dio un paso para atrás, giró la cara hacia un lado. Mrado llegó a ver sus ojos. Si la desazón tenía un rostro, ése era el de ella.

No era lo que Mrado esperaba de una experta en literatura. Vestida con una blusa azul claro de solapas anchas. Vaqueros oscuros ajustados. Estilo pulcro. Pelo negro, recogido en una coleta. Brillante. Aspecto inocente. Algo se despertó en Mrado.

Hizo una señal hacia un aseo. Se dirigieron allí. Paola con movimientos tensos. Mrado, concentrado. Entraron en el baño. Mrado cerró la puerta.

El aseo estaba lleno de pintadas. Sobre todo con bolígrafo y rotulador. Mrado, sorprendido. ¡Los universitarios no deberían hacer esas cosas!

Le dijo a Paola que se sentara en la tapa de la taza. La cara de ella ardía.

—Tranquilízate. No quiero hacerte daño, pero no tiene sentido que grites. Prefiero no usar la violencia con las chicas. No soy de ésos. Sólo necesito saber un par de cosas.

Paola hablaba un sueco perfecto. Sin rastro de acento extranjero.

—Se trata de Jorge, ¿verdad? ¿Se trata de Jorge? —A punto de llorar.

—*You got it, babe* ^[43]. Se trata de tu hermano. ¿Sabes dónde está?

—No. No tengo ni idea. No lo sé. No he tenido noticias tuyas. Mi madre tampoco. Sólo hemos leído lo que han escrito de él en los periódicos.

—Espabila. Tú le caes bien, me imagino. Claro que se ha puesto en contacto contigo. ¿Dónde está?

Ella sollozó.

—He dicho que no lo sé. De verdad que no lo sé. Ni siquiera ha llamado.

Mrado presionó:

—No mientas. Pareces una chica lista. Puedo convertir tu vida en un infierno. Puedo arreglarle la vida a tu hermano. Sólo dime dónde está.

Ella siguió negando categóricamente.

—Niña, escúchame bien. Deja de cerrarte en banda. Este baño es un asco, ¿no te parece? Las paredes están llenas de pintadas. Tú estás saliendo de todo esto. Quieres conseguir una buena formación. Ir hacia arriba en la vida. Tu hermano también puede conseguir una buena vida.

Ella le miró directamente a los ojos, las pupilas grandes, brillantes. Él vio su propio reflejo. Había dejado de llorar. El rímel le dibujaba rayas negras en las mejillas.

—De verdad que no lo sé.

Mrado analizó. Hay personas que pueden mentir. Embaucar. Engañar a cualquiera. Resistirse a la policía, fiscales y abogados interrogatorio tras interrogatorio. Incluso resistir a tipos como Mrado. Quizá creen en sí mismas. Quizá tienen un gran talento para actuar. Otras personas intentan mentir y se les nota inmediatamente. Los ojos se van hacia arriba y a la izquierda, lo que indica que están fantaseando. Se

ruborizan. Sudan. Se contradicen. Se saltan detalles. O al contrario, intentan estar tranquilas. Fingen que no pasa nada. Hablan despacio. Pero se les nota. Están demasiado seguras. Cuentan las cosas demasiado de corrido. Dejan el cuerpo anormalmente inmóvil. Están demasiado seguras de sus declaraciones.

Él los conocía todos. Paola no pertenecía a ninguno de esos tipos. Mrado llevaba suficiente tiempo en el sector de la protección y de los cobros. Había presionado a la gente para que soltaran la pasta. Los había forzado a contar dónde estaba escondida la caja del día, cuánta farla habían vendido, dónde iban a entregar el alcohol de botellón, a cuántos clientes se habían tirado. Había apoyado su revólver contra la sien de personas, en sus bocas, contra sus pollas. Había pedido respuestas. Había evaluado sus respuestas. Les había sacado a la fuerza las respuestas. Era un experto en respuestas.

Mrado le miró las manos. No la cara. Lo sabía: la gente controla el careto pero no el cuerpo. Las manos contaban la verdad.

Paola no mentía. Era verdad que no sabía dónde estaba el cabrón de Jorge.

Mierda.

La dejó sentada en la tapa del inodoro. Paralizada.

Fue a la plaza de aparcamiento medio a la carrera. Entró en el coche. Cerró la puerta con un golpe fuerte. Iba a ver a la hermana de Mahmud.

Mrado sentía el estrés. La vio nada más llegar, sentada con una Pepsi-Cola delante. El garito árabe estaba hasta la bandera. Dos mujeres con velo con al menos ciento cuarenta niños ocupaban la parte posterior. En la anterior había algunos vikingos que se recreaban en la Suecia multicultural. La hermana de Mahmud alargó la mano. Significado: quiero mis dos mil. La tía dócil la vez anterior. Ahora: un problema de actitud considerable.

Mrado suspiró. Pensó algo que le sorprendió a él mismo: demasiados don nadies adoptaban una pose de tipos duros. Se lo había encontrado con frecuencia. Borrachos vikingos en paro, porteros con escasa formación académica y macarras bravucones de Rinkeby hacían el gilipollas. ¿Eso les protegía? ¿Les permitía no sentirse escoria? Esa tía era una perdedora evidente. ¿Por qué lo intentaba siquiera?

Se sentó.

—Niña, vamos a esperar con el dinero. Lo tendrás pronto. Cuéntame ahora lo que te ha dicho.

Antes de que ella llegara a decir nada él presintió la respuesta.

—Mi chico, él sabe nada.

—¿Qué quieres decir? Conocería a Jorge.

—No, ellos no hay relación.

Se estaba irritando. La tía no podía hablar claro, joder. Alguien debería denunciarla por uso indebido.

—Espabila. Claro que sabía quién era Jorge. Piensa. ¿Qué ha dicho?

—¿Qué pasa? Tú crees yo no recuerdo. Ahora vengo de ahí. Ya he dicho, ellos no hay relación.

—¿Quieres tu pasta o qué? ¿Sabía quién era el latino o no?

—Él sabe. Él dice, el fugar más grande que él oye hablar.

—Querrás decir la fuga. ¿Dijo la fuga?

—Joder, hablas mucho. Mi chico ahí no. Él no en motivación.

—Tía, si quieres la pasta tendrás que hablar de manera que se te entienda. —Mrado estaba perdiendo la paciencia. Empujó la silla hacia fuera. La indicación: espabila o me largo.

—Él en otro sección. Motivación no. Está en otro sitio. ¿Entiendes?

Mrado entendía. Se deprimió. La hermana de Mahmud era un asco. En Österåker había dos secciones. Una para los internos que querían poner sus vidas en orden; motivarles para que dejaran las drogas. Aprender las reglas de la sociedad. Programas pedagógicos, talleres, psicología de mierda y terapia de parloteo. Por supuesto que Jorge había estado ahí, en la llamada sección de motivación. Entonces lo que ella decía cuadraba: su puto chico no sabía *zilch* ^[44].

Capítulo 19

Se fue a otra casa. Se alojó ahí dos días. Y ahora estaba cambiándose de nuevo. Se trataba de mantenerse en movimiento.

Caminó durante tres horas. Quería alejarse de la zona en la que había estado; la colaboración entre vecinos, su peor enemigo. Su aspecto de negrata, una amenaza. Entran en la casa de una familia y de repente todos los desconocidos con pelo oscuro de la zona resultan sospechosos. Un milagro que hasta entonces nadie le hubiera parado en el camino para preguntarle quién era y qué hacía ahí.

Soplaba un viento frío. Mediados de octubre no era su época del año favorita. Pero Jorge-boy había sido previsor. El jersey de punto y la cazadora de invierno le mantenían caliente. Le dio las gracias a Myrorna.

Se desvió del camino grande. En una señal leyó: «Dyvik, tres kilómetros». Camino más pequeño. Aún ninguna casa. Bosque de abetos por todos los lados. Siguió andando a paso ligero. Hambriento. Cansado. Se negaba a desesperarse. J-boy: aún en ascenso. Hacia el exterior. Hacia delante. Hacia el éxito. Radovan se inclinaría ante él. Le daría un pasaporte. Pasta. Posibilidades. Se largaría a Dinamarca. Quizá invertiría algunos miles en farla. Trapichear. Ganar guita. Marcharse. Quizá a España. Quizá a Italia. Se compraría una identidad de verdad. Volver a empezar de cero. Hacer de camello importante con sus amigos malos de Suecia. Contactar con sus antiguos colegas del barrio, todos menos Radovan estarían a la luz de su brillo. El imbécil yugoslavo le rogaría poder participar en los negocios del rey de la farla, Jorge.

El camino iba cuesta abajo. El bosque se abrió. Vio casas. A la izquierda, un granero con dos tractores verdes para el desguace en el exterior. Más allá, caballos. Mal asunto. Alguien vivía en ese sitio. Siguió andando. Encontró otra choza. Se metió.

Una cocina pequeña, un salón y dos habitaciones, en una de ellas una cama doble, en la otra una cama individual. Hacía frío. Encendió la calefacción. Se dejó la cazadora puesta.

Sacó de la bolsa la comida. El frigorífico y el congelador, desconectados, una buena señal de que habían cerrado la casa para el invierno. Se frió dos huevos, cortó gruesas rebanadas de pan. Puso los huevos encima. Miró en la despensa. Casi vacía: una caja de bombones Aladdin pasados de fecha, dos latas de tomate triturado y alubias. No valía para nada.

Se sentó en el salón. Abrió las puertas de una rinconera pintada con flores recargadas en rojo y azul; hasta arriba de botellas de alcohol. El gordo. La mayor potra de la ciudad.

Pasó de la seguridad. Jorge-boy iba a pasarse una tarde muyyyyy agradable. Sin refrescos. Sin hielo. Sin fruta ni licuadora para hacer combinados. A la puta mierda. Los hombres de verdad beben a palo seco. Jorge preparó una cata de whiskys para él. Puso cinco vasos en la mesa del salón. Sirvió cinco tipos diferentes. Cogió los de nombres más sospechosos: Laphroaig, Aberlour, Isle of Jura, Mortlach, Strathisla.

Se comió los bombones Aladdin revenidos. Encendió la radio de un estéreo Sharp enorme. Se iluminó una pantalla con dibujos y rayas amarillas e intermitentes al ritmo de las canciones. Muy de 1991.

Mortlach, el mejor. Se tomó un vaso más. Cantó las canciones de la radio. Intentó hacer gorgoritos como Mariah Carey.

Echó agua en un vaso y más whisky en el otro. Beber a palo seco no era lo suyo, pero qué coño. Se tomó el vaso de un trago.

Toda la casa le daba vueltas. Mal construida. Las esquinas torcidas. Las ventanas inclinadas. Se rió solo: el nuevo arquitecto urbano del campo. La borrachera le envolvió.

Alegría. Al mismo tiempo, el pequeño Jorgelito, tan solo.

Subidón de borrachera. Al mismo tiempo, debía estar alerta.

Se sentó en el suelo para mejorar la estabilidad.

De repente se acordó de algo en lo que no había pensado desde hacía mucho. Lo recordó sin ningún motivo en especial. Sencillamente, le apareció en la mente. Cuando él y su madre fueron juntos a la tienda. Quizá tenía seis, siete años. Paola ya estaba en casa y les esperaba. Estaba preparando la cena. Todo menos el arroz; no tenían suficiente en casa, así que Jorge y su madre tuvieron que ir a comprar. Rodríguez se negó a ayudar y Jorge no se atrevía a ir solo. Vio ante él la cara de su madre. Claramente, sus ojeras oscuras y las arrugas de la frente que hacían que pareciera como si siempre se estuviera preguntando algo pero nunca llegara a la respuesta. Él le preguntó: «Mamá, ¿estás cansada?». Ella puso la bolsa con el arroz sobre el asfalto. Le cogió en brazos. Le acarició el pelo y le dijo: «No, Jorgelito, si dormimos bien esta noche mañana estaré muy descansada. Todo saldrá bien».

Jorge alargó el brazo para coger la botella. Se sirvió más Mortlach.

La habitación daba demasiadas vueltas.

Se levantó.

Perdió el control.

Aterrizó en el suelo.

Tres días más tarde. Jorge tenía serios problemas. La comida se había acabado hacía veinticuatro horas y sólo le quedaban cuatrocientas coronas. No tenía fuerzas para hacer abdominales. No tenía fuerzas para caminar hasta otra casa. Lamentablemente no se podía vivir de whisky y agua.

Necesitaba ir a una tienda y comprar.

Necesitaba conseguir pasta. La pregunta: ¿Aceptaría Radovan su propuesta? Si no, la necesidad de gita aumentaría todavía más.

Pero lo peor: se sentía muy solo.

Necesitaba hablar con alguien; verse con algún viejo amigo o familiar. Contacto humano.

¿Había llegado ya al límite?

Tenía que ir al centro. Comer. Conseguir pasta mientras esperaba para llamar al yugoslavo. Así estaban las cosas.

Jorge miró los mapas de la librería. La escala era malísima. Miró las páginas finales de la guía de teléfonos local; quería saber cómo volver a la casa cuando su misión en la ciudad estuviera concluida. Buscó Dyvik.

Pensó en robar un coche.

Capítulo 20

Sin duda era la fiesta de todas las fiestas; el sarao privado más caro y prestigioso del año.

JW se imbuyó en la sensación con varios días de antelación. Era deslumbrante, alocada, lujosa. Sobre todo, era puñeteramente jet-set.

Carl Malmer, alias Jet-set Carl, alias el príncipe de Stureplan, cumplía veinticinco años e iba a dar una fiesta a lo grande en su piso de tres dormitorios y salón de ciento cincuenta metros cuadrados. El piso estaba en la calle Skeppargatan y la azotea estaba reservada desde hacía meses.

Las pibas más guapas estaban reservadas; los hijos de las mejores familias, invitados; los pijos más guais, componentes incuestionables de la fiesta. JW fue con Fredrik y Nippe. Habían tomado una copa antes en casa de Fredrik. Eran las once y media. En el vestíbulo había percheros atestados y un chico negro enorme sin chapa de portero pero con aspecto inequívoco: chaqueta de cuero negra, jersey de cuello alto, vaqueros oscuros. Fredrik se rió:

—¿Tienen portero en una fiesta privada?

El portero comprobó sus nombres en una lista y asintió con la cabeza.

Colgaron los abrigos y entraron.

Calor, aroma de perfume, ruido de fiesta y olor a «*eau de pasta*» les golpearon tan deliciosamente como a la entrada de los mejores garitos de Stureplan. Se deslizaron entre unas chicas menores de edad que parecía que acababan de llegar, se arreglaban el maquillaje delante del espejo de la pared del recibidor. Nippe babeaba; no podía evitar empezar a ligotear con las chicas. Fredrik preguntó por Carl. Alguien señaló hacia el interior de la cocina. Arrastraron a Nippe con ellos.

La cocina tenía por lo menos cincuenta metros cuadrados. Una de las encimeras convertida en bar ocupaba el centro de la estancia. Dos chicos con bandanas preparaban las bebidas. Era una locura la de gente que había. La música de los altavoces: The Sounds. En medio de todos estaba de pie Jet-set Carl en persona con un esmoquin blanco y una sonrisa deslumbrante.

—¿Qué tal, tíos? —Carl les abrazó y les dio la bienvenida. Les presentó a las dos chicas con las que estaba hablando. Superpibones de marca mayor. Fredrik charló y Nippe hizo su numerito para ligar. JW miró a su

alrededor con aspecto aburrido. Se trataba de mantener la imagen, no se le podía notar lo impresionado que estaba.

Pensó: Carl tiene que ganar un pastón con sus fiestas y la actividad del club, casi más de lo que se saca con la coca. La parte de la cocina estaba recién decorada. Boffi, diseño italiano para los que pueden permitírselo. Superficies de trabajo de Corian con tiradores de armarios alargados y discretos. Horno de acero mate, Gaggenau; cuatro quemadores de gas y una parrilla integrada. El monomando y el grifo de cromo de líneas limpias como un cuello de cisne sobre el fregadero. El frigorífico y el congelador eran metalizados, tamaño americano, con tiradores redondos y anchos. A la izquierda del frigorífico había una bodega de puerta transparente llena de botellas. La cocina daba casi más puntos de adulto que tener hijos.

En la muchedumbre, mezcla correcta de famosos A, B y C. JW observaba el conjunto de personas: Bingo Rimér, la princesa Madeleine con acompañante, Peter Siepen, Fredrik af Klercker, Mi-ni Andén, Emma del reality *Supervivientes*, Runar Søgaaard, Daniel Nyhlén, Felipe Bernardo, Mikael Persbrandt, Ernst Billgren, E-Type, Sofi Fahrman, Jean-Pierre Barda, Marie Serneholt, Michael Storåkers.

En medio de todos ellos se veía a Leif Pagrotsky.

Nippe fue absorbido por la muchedumbre, desapareció para mezclarse con la gente. Fredrik encendió un cigarrillo.

Jet-set Carl se volvió hacia JW.

—Me alegro de verte. No habías venido antes, ¿verdad?

—No, pero tienes un piso la hostia de bonito.

—Gracias. Me gusta mucho.

—¿A cuántos has invitado esta noche?

—A muchos, también he reservado la azotea. Arriba ya hay seguro ciento cincuenta personas, va a ser lo más. Tienes que subir a verlo, la comida está allí. Más tarde también van a pasar cosas en la azotea.

—¿Qué dicen los vecinos?

—He reservado habitaciones en el Grankan para las familias del piso de al lado y del piso de abajo. Estaban totalmente encantados.

—¿Quién no lo estaría si le invitan a una noche en el Grand Hotel?
¿Están bien las cosas?

—Claro. Qué genial que pudieras conseguirla con tan poca anticipación. Está en el dormitorio.

—¿Ha llegado Sophie?

—Sí, mira en la terraza.

JW le dio las gracias y se escabulló. Era estupendo que él y Carl estuvieran empezando a desarrollar una relación.

Salió al vestíbulo, hizo una seña con la cabeza al portero y subió por las escaleras.

La azotea parecía un bosque de setas metálicas, calefactores de gas para hacer más agradable el fresco aire de octubre. Carl no se había arriesgado lo más mínimo: una tercera parte de la terraza la ocupaba una carpa. Pero esa noche no llovía. Las setas de metal lanzaban calor y las chicas estaban cómodas con sus tops mínimos y sus joyas. JW buscó a Sophie con la mirada. La aglomeración aumentaba. En unos altavoces enormes sonaba el último éxito de Robyn.

En medio de la masa humana había una decena de chicas que intentaban conseguir que la gente se animara a bailar. Quizá era demasiado temprano, en una hora la terraza haría explosión. La gente sólo necesitaba beber más y una raya de coca.

La comida estaba muy bien presentada. Se habían dispuesto pequeñas porciones en cucharas, una minitosta con foie, nata agria con caviar de corégono y cebolleta, revuelto de patatas con un poco de caviar ruso. Sólo había que coger la cuchara de un solo bocado, echarla en un recipiente que había en la mesa y luego elegir una nueva cuchara de *gourmet*. Más adelante había platos con un soporte para la copa de vino. El bufé consistía en brocheta de pollo marinado con lima, tabouleh y salsa de chile agridulce. El personal del *catering* trabajaba con eficacia. Rápidamente se reponían las cucharas con nuevos bocados, el recipiente se vaciaba al mismo ritmo y las copas se rellenaban.

Verdadera sensación de Nueva York en la noche de Estocolmo.

Por todos lados había carteles puestos con publicidad de Kharma. Jet-set Carl no era tonto; se desgravaba la fiesta a cuenta de la compañía.

Sophie estaba al fondo, justo donde empezaba la carpa. JW avanzó hasta ella. Estaba hablando con un chico alto con chaqueta de raya diplomática y vaqueros estrechos. El chico tenía una especie de imagen moderna pintada en la espalda de la chaqueta. Estaba sin afeitado, con el pelo tan corto como la barba de dos días. JW le reconoció. Era un publicitario de cierta fama que tenía en los labios una permanente sonrisa burlona. Un par de años antes la revista *Elle* le había elegido el

septuagésimo tercer hombre más sexi de Suecia, ampliamente conocido por ser un coleccionista de ligues. Un verdadero payaso.

Se puso junto a ellos, quería que le presentaran. Sophie pasó de él a lo bestia, charlaba con el payaso moderno. JW se metió las manos en los bolsillos, se esforzó por conseguir el aspecto de no estar interesado, la mandíbula caída.

Ella no le hizo ni puto caso.

Él se rindió, pasó de ella. Entró en el juego y bajó al salón.

Una palabra en su cabeza: mierda.

Algo iba mal con Sophie. JW se preocupó: ¿ella se había dado cuenta de que él era un bluf? Los hábitos asentados eran difíciles de ocultar. Un chaval de Robertsfors sencillamente no puede emparejarse con la chica más guay de Stureplan.

Pensamiento: ¿en qué consistía en realidad su anhelo por Sophie? ¿Quizá representaba una encarnación de Camilla? Una chica de fiesta con cerebro. A su hermana le había pasado algo, algo en lo que él evitaba pensar. Sin embargo él había hecho lo mismo que ella. Se mudó a la ciudad, salía de fiesta, gastaba dinero. Se enamoraba de chicas que se parecían a ella. Fingía la vida a lo grande como ella. Camilla había llevado una especie de doble vida, sin duda ante sus padres pero también ante JW. Quedó claro tras ver sus fotos en el Ferrari, pero aunque ella no le hubiera hablado del coche. Sólo una vez le había dado un indicio a JW: «Gano más pasta en dos meses que mamá en un año». ¿Por qué? ¿Y cómo era posible que sólo hubiera tenido una amiga, Susanne, en la Komvux? Por lo que JW recordaba de ella, Camilla era la chica más sociable de Robertsfors.

Los pensamientos le reconcomían: pensaba en lo que había averiguado sobre Jan Brunéus tres días antes.

Todo el asunto era raro.

Tenía que saber más.

En el salón estaban más apretujados que en un vagón de metro con retraso un lunes por la mañana. En un rincón un estroboscopio lanzaba rayos de luz. Seis focos móviles de tonos diferentes daban color a la pista de baile y un rayo láser dibujaba imágenes en la pared opuesta. En el suelo había una máquina de humo y los altavoces gigantescos de las esquinas de la habitación se encargaban de que vibrara todo. En dos pantallas planas, fijadas a la pared, pasaban videoinstalaciones de Ernst Billgren.

JW volvió a obtener la confirmación: la gente con dinero va de fiesta mejor.

Estaba bailando salvajemente con alguna famosa siliconada de veinte años del reality *Paradise Hotel* cuando vio desde el salón la puerta cerrada. Delante de ella había otro portero. Mayor, más discreto, más engominado, con el pelo peinado hacia atrás. De nuevo el factor revelador: la vestimenta. Jersey de cuello alto negro, vaqueros oscuros y chaqueta de cuero fina en el interior. JW le reconoció, era el jefe de los porteros de la empresa de seguridad más importante de Stureplan, Tom Schultzenberg.

Pensó: tiene que ser ahí.

El portero comprobó su lista. JW entró.

Se encontraba en el dormitorio de Jet-set Carl, reconvertido en un café libanés; súper privado. Habían quitado la cama, en su lugar había en el suelo pipas de agua de color latón, sabor de frutas en el tabaco. Telas moradas y rojas colgadas de las paredes. Una gruesa alfombra y cojines con borlas y bordados dorados creaban un efecto relajante en la habitación. Sin embargo, el ambiente era intenso: alegre, activo, sexi. JW lo captó directamente. En medio de la habitación había una mesa de cristal. En medio de la mesa, un montón de farlopa.

Impresionante.

Alrededor de la mesa había seis personas sentadas en cojines. En ese momento, dos de ellas estaban metiéndose un tirito. Otras dos estaban preparándose el suyo. Todas las personas de la habitación esnifaban fuerte por la nariz, se quitaban el polvo con la parte inferior de la mano, estornudaban y parloteaban sobre lo bella que era la vida.

JW observó su trabajo, su entrega. La habitación VIP sin fronteras. Vaya invitación, vaya clase.

Se sentó en un cojín rojo oscuro. Se estiró para coger una cuchilla y empezó a hacerse una raya. Una chica frente a él le miró fijamente, le absorbió con la mirada. JW le devolvió la sonrisa, se metió la cocaína. El tubo era de cristal.

Cuatro horas más tarde, JW estaba un poco más sudoroso de lo que resultaba cómodo. Había bailado, se había relacionado, había intentado enrollarse delante de Sophie con la chica de la habitación de la cocaína. Ella siguió haciendo como si nada. En total habían hablado sólo diecisiete minutos. Él recurrió a todos los comentarios encantadores que pudo. Pensamiento: si esa noche no la conseguía, no la conseguiría jamás. Charló con Jet-set Carl, con sus amigos Fredrik y Nippe, se metió unos tiritos con ellos, se metió unos tiritos con la piba siliconada de *Paradise Hotel*. Charló con famosos e hijos de millonarios. Se vendía.

El mensaje de JW era sencillo: soy lo más y soy tu vendedor local de cocaína. Cómprame a mí.

Él no vio de dónde vino. De repente, Sophie estaba ahí, le cogió de la mano, le miró. Esta vez quería algo más que hablar. Se notaba.

JW ya de subidón. No podía distinguir entre el calentón, la cocaína y el amor. Se movieron apretujados entre el gentío. Eran las cuatro y la fiesta había alcanzado su culmen. Aún estaba abarrotada de gente, pero no tanto como antes. JW encontró su abrigo en el suelo del vestíbulo, el de Sophie aún seguía colgado de una percha. Llamaron al ascensor. Se rieron juntos. JW presionó la mano de Sophie. De momento no había más contacto corporal. En medio de su fascinación, JW sentía preocupación. ¿Estaba claro de verdad?

De camino hacia abajo dijo Sophie:

—¿Y ahora qué?

JW la miró. Sonrió. Recurrió a un tópico:

—¿No podríamos ir a tu casa a tomar un té?

Ella sonrió. JW se puso aún más nervioso, intentó no mostrar nada.

En la calle se oía retumbar la música de la fiesta varios pisos más arriba. JW dijo:

—Qué raro que no se queje nadie. ¿Es que Carl ha mandado a toda la manzana al Grankan?

Sophie con sonrisa de Mona Lisa.

—¿Quizá les gusta la música?

Empezaron a caminar. JW no estaba seguro de la dirección. Pensó: ¿estaba jugando con él? ¿Era una broma? Ella había dado un giro de ciento ochenta grados: primero había pasado de él como si tuviera menos interés que una cerveza sin, para después arrastrarle con ella.

Pasado un rato, ella paró. Parecía que iba a decir algo. El corazón de JW dio algunos latidos de más.

—Claro que vamos a subir a mi casa a tomar un té.

¿La suerte estaba llegando?

Siguieron caminando por Linnégatan, pasaron delante del 7-Eleven. Al menos diez personas de la fiesta de Carl estaban en el establecimiento

zampano perritos calientes. JW no tuvo ánimos para saludar, no quería dejar que nada pudiera molestar.

Él y Sophie estaban callados, lo cual era inusual en ellos. Siguieron andando sin más hacia la casa de Sophie.

Llegaron a su casa en la calle Grev Turegatan, un pequeño estudio de treinta y tres metros cuadrados. Ella entró en la cocina. JW no entendía nada. ¿De verdad iba a hacer té? Él quería acariciarla, besarla y abrazarla, estar tumbados, hablando toda la noche. Al mismo tiempo quería acostarse con ella más que ninguna otra cosa.

El subidón de la coca estaba empezando a esfumarse. Se le ocurrió una cosa. Fue al baño y abrió el grifo. Creó un sonido que disimulara. Se sacó la polla y empezó a masturbarse. La inspiración se la había dado la película *Algo pasa con Mary*. Pensó en Sophie desnuda. Se corrió en dos minutos. Se quedó contento con su medida de seguridad; si pasaba algo con Sophie, podría aguantar más tiempo.

Abrió la puerta y salió.

Sophie estaba de pie junto a la cama. El top se le había deslizado por un hombro. ¿Era una señal?

Ella le miró a los ojos como si dijera: ¿A qué esperas?

Él dio dos pasos hacia delante, se quedó a cuarenta centímetros de su cara. Esperaba la reacción de ella. Mierda, qué cobarde era. Ni siquiera ahora, con todas las señales que le estaba mandando, se atrevía a dar el primer paso. Estaba demasiado asustado, demasiado nervioso. No quería hacer el ridículo y quemar sus naves con ella. Perder oportunidades futuras. Sophie dio un pasito hacia delante. Las puntas de sus narices se rozaron. Él esperaba que ella no pudiera sospechar lo que sentía; su corazón a 230 latidos por minuto.

Ella le besó. Por fin.

Él se sintió volar. Flotaba de felicidad.

JW la rodeó con los brazos. Le devolvió el beso. Ella tenía el mejor sabor del mundo: tabaco, alcohol y aroma a Sophie. Acabaron en la cama. Le quitó el top con cuidado. Le puso las manos sobre los senos por encima del sujetador. Ella le lamió el cuello.

JW le puso la mano sobre el trasero, por encima de los pantalones. Empezó a besarle el cuello, el pecho y el vientre. Le desabrochó los ajustados vaqueros y tiró de ellos. La besó en la parte interior de los muslos. Ella gimió. JW tenía muchas ganas de metérsela pero al mismo tiempo quería esperar. Sophie empezó a quitarse ella misma el tanga. Al grano; estilo Sophie. Él siguió besándola alrededor del pubis al mismo

tiempo que le acariciaba el pecho izquierdo. Pellizcó suavemente el pezón. Dijo:

—¿Puedo probar?

Sophie contestó diciendo: «Mmmm». Él la chupó suavemente por el exterior de los labios. Después de un rato dejó que la lengua se deslizara hacia el interior y diera vueltas lentamente. Primero en círculos, luego de arriba abajo. Apenas se lo podía creer. La estaba haciendo disfrutar. La estaba haciendo gemir.

Sophie tiró de él hacia arriba y le empujó contra el colchón boca arriba. Le quitó la camisa. Le arrancó los pantalones. Se metió su polla en la boca. Le chupó con movimientos rápidos. Él miró hacia abajo con cuidado y guardó esa imagen en el disco duro de su memoria: él y Sophie.

JW se incorporó. Le daba miedo correrse. Ella mantuvo su polla en la mano. Se estiró hacia la mesilla de noche. Buscaba algo. Él quería penetrarla y no entendía qué estaba haciendo. Ella volvió a inclinarse. Luego abrió un condón.

JW angustiado; odiaba los condones. Dijo:

—¿Hace falta eso?

—No vengas con bromas, JW. Claro que sí.

Él lamentó siquiera haberlo mencionado. Tenía que intentarlo. Ella se lo puso y tiró de él hacia sí. Justo antes de que le fuera a guiar dentro de ella, se le bajó. Intentó reírse. Ella le miró inquisitiva. JW suspiró. Se tumbó boca arriba.

Sophie preguntó:

—¿Tú y los condones no combináis bien o qué?

—Joder, Sophie, estoy tan contento... —Estuvo a punto de decir que era el día más feliz de su vida pero se cortó, ya había dicho demasiado. Era innecesario abrirse más, aunque ella era la más maravillosa—. No sé qué pasa. Es que no funciona muy bien con las gomas.

El condón le colgaba. Ella tiró de él. Empezó a besarle la polla. De nuevo se le puso dura. Ella tiró de la piel hacia abajo y le lamió la punta. Besó los testículos. Se le puso durísima. Ella cogió un nuevo condón del mismo cajón. JW intentó relajarse. Cogió el condón él. Se lo puso. Se tumbó boca arriba. La puso a ella encima. Ella le cogió la polla para colocarla bien.

Olía a látex.

Se le bajó.

Ella dijo:

—No pasa nada, les pasa a todos los chicos.

JW pensó en una lista de las mentiras más habituales que había leído dos años antes en el suplemento *På Stan* de *DN*.

Capítulo 21

Mrado se sentó a una mesa del sótano abovedado del Café Piastowska, calle Tegnératan. Había pedido un filete Belwederski con chucrut y Okocim, cerveza polaca. Le gustaba el local. Paredes de ladrillo y paneles de madera oscura. Una bandera con el águila imperial polaca colgada en la pared más corta. Anuncios de cerveza fijados al techo. La camarera con aspecto genuino: una mujer de mediana edad canosa con integridad.

Sacó papel y lápiz.

A su alrededor: bullicio. Era fin de semana. Alguien estaba celebrando su treinta cumpleaños, las mesas unidas para formar una mesa larga. Los invitados del cumpleaños pedían cerveza y gritaban al cantante del piso de arriba que bajara.

Bajó un alfeñique de pelo largo con una guitarra acústica sujeta con una banda negra alrededor del cuello. Cantó con voz suave: «Soy un ligón del espacio». Los de la fiesta de cumpleaños aullaron contentos.

Mrado desconectó. Estaba cansado, la noche anterior había dormido peor que en una trinchera en Bosnia.

Intentó pensar. Estructurar. Analizar. Encontrar pistas. Ante él, sobre la mesa, un cuaderno. Anotó preguntas en una columna en la parte izquierda de la hoja. ¿Qué había hecho Jorge? ¿Adónde se había marchado? ¿Quién podía saber dónde estaba?

Anotó respuestas probables en otra columna en la parte derecha. El latino había pedido un pasaporte, había llamado desde una cabina de Suecia. Conclusión: Jorge no había salido del país.

Jorge tenía que haber planeado la mayor parte por su cuenta. Es decir, que huía sin demasiada ayuda. No se ocultaba en casa de su hermana, probablemente tampoco en la de su madre. Si estaba en la zona de Sollentuna, el latino no salía al exterior en ningún momento. Tampoco podía tener mucho dinero ahorrado. Por lo que Mrado recordaba, el patero estaba totalmente tieso cuando ingresó en Österåker hacía año y medio. Además, estaba chantajeando a Rado para conseguir dinero.

En resumen: Jorge se mantenía escondido en algún lugar barato, en Suecia, probablemente en la zona de Estocolmo. Solo.

En medio de la hoja: una columna para las preguntas que aún no tenían respuesta. ¿Quién había sido la última persona que había estado en contacto con Jorge? ¿Adónde se dirigió después de la fuga? Mrado

subrayó dos palabras centrales: *lugar ahora* . En realidad su búsqueda no le había llevado a nada. Intentar averiguar dónde podría estar el patero era igual de fácil que hacer un rompecabezas de una imagen del cielo sólo con piezas azules.

Podía esperar la llamada de Jorge, asustarle entonces. Amenazarle con hacer daño a su hermana/madre. Pero ésas no eran las órdenes de Radovan. Al contrario: buscar, hacer daño y dejar claro quién decide. Además, Jorge había roto con su familia. En ese caso no servían las amenazas.

Mrado dio un último trago a la cerveza. Pidió la cuenta. Pagó. Dejó propina. Mientras subía la escalera del sótano le vibró el bolsillo. Cobertura de nuevo. Un SMS. Cogió el móvil. No reconocía el número. Leyó el SMS: «Llámame a este número a las ocho. Rolf». El contacto en la pasma. El muy cobarde usaba el móvil de su hijo o el de su hija para ponerse en contacto con Mrado. El SMS: buenas noticias. Quizá Rolf supiera algo.

Eran las ocho. Mrado sentado en su coche en el exterior del club de lucha libre Pancrease, en la calle Odengaun. Llamó a Rolf. Meticuloso en no ser explícito con su nombre, el nombre de él u otros detalles. Como siempre, una llamada concisa.

—Hola, soy yo.

—¿Todo bien?

—Claro, ¿y tú?

—También, es que, eh..., he tenido un día difícil. Todo el día encajonado en un coche en el asiento del conductor. Tengo una contractura.

—Deberías entrenarte más. Salir a correr de vez en cuando y hacer cincuenta dorsales cada noche, y ya verías cómo te encuentras mejor. ¿Qué tienes para mí?

—He mirado un poco eso de lo que hablamos. La sección de la zona norte interrogó a un tío hace un mes. Sergio Salinas Morena, un camorrista de Sollentuna. Es primo del que buscas. No se consiguió nada, pero aparentemente era sospechoso de haber colaborado.

—Muy bien, muchas gracias. Iré a ver. ¿Es todo?

—Es todo. Hasta otra.

Mrado arrancó el coche. Condujo hasta el cruce de las calles Sveavägen y Odengatan. Giró hacia Norrtull. Esa noche no iba a haber entrenamiento en el club. Llamó a Ratko; necesitaba sus contactos en Sollentuna. Ratko estaba en casa de su chica en Solna. No parecía estar muy despejado para acompañarle de caza. Pese a ello, accedió a que le

recogiera en la calle Råsundavägen. ¿Qué iba a hacer? La norma: cuando Mrado pide algo, hay que cumplir.

Fueron por la autopista E4 hacia Sollentuna. A Ratko no le sonaba el nombre Sergio Salinas Morena. Llamó a Bobban: él sí reconocía el nombre. Pensaba que el tío vivía en la zona de Sollentuna. No sabía más.

La carretera estaba mal iluminada. Ratko llamó a antiguos amigos de Märsta y Sollentuna, preguntó por Sergio. Mrado, sorprendentemente desconcentrado. No tenía fuerzas para escuchar la charla por teléfono de Ratko. Estaba cansado. Pensaba en Lovisa. Pronto sería la vista previa oral en el tribunal. Annika quería que ni siquiera se le permitiera ver a su propia hija cada dos semanas. Joder.

Volaban por la autopista. Mrado había conducido infinidad de veces con exceso de velocidad. Una ocasión la recordaba especialmente: cuando nació Lovisa. Cesárea inmediata. Había ido al hipódromo de Solvalla con unos colegas. Recibió una llamada de Annika, las contracciones le habían empezado pero no había roto aguas. Llamó al hospital. Le dijeron: Quédate tranquila hasta que las contracciones sean regulares. Mrado se quedó en Solvalla. ¿Por qué iba a ir a casa si aún no era el momento? Cuando se marchaba llamó a casa. No contestaba. Preocupación. ¿Se había marchado sin avisarle? En la mesa del comedor había una nota: *Me he ido al Huddinge. Era urgente*. Mrado volvió corriendo al coche. Arrancó a toda velocidad. Condujo a ciento setenta por hora hasta el hospital de Huddinge. Iba derrapando en las curvas. Se preocupó más de lo que lo había hecho en toda su vida. Recorrió a la carrera el largo sendero de acceso a la entrada principal del hospital. Cuando llegó, empapado de sudor, ya habían sacado a Lovisa. Su ritmo cardíaco había empezado a bajar, no había tiempo que perder. Antes de que la durmieran, Annika oyó cómo el cirujano decía al resto del equipo médico que tenían cinco minutos para actuar. De situación urgente a cesárea a vida o muerte. Mrado llegó tarde al nacimiento de su propia hija: nunca podría perdonárselo. Pero las dos horas siguientes fueron de las mejores de su vida; en una habitación contigua con Lovisa, tres mil trescientos treinta gramos, tumbada sobre su pecho. Ella presionó la cabeza bajo su barbilla. Rozó su cuello con su minúscula boca. Parecía estar tranquila. Annika aún no había despertado tras la cesárea. Sólo Mrado y Lovisa; como debería ser siempre. Como quizá podría ser si él tirara la toalla. Si se despidiera de toda esa mierda.

Ratko le dio un empujón.

—Eh, ¿no me oyes?

Ratko había obtenido lo que buscaba. Sergio Salinas Morena: trabajaba como mensajero, vivía en la calle Allevagen en Rotebro.

Mrado pisó a fondo. Dejaron atrás Sollentuna. Siguieron por la E4 hacia el norte. Giraron a la izquierda en la carretera de Staket.

El pulso aumentaba. La tensión crecía. Mrado, con ganas.

Salinas Morena vivía en el cuarto piso. Observaron las ventanas. Seis de las nueve ventanas del cuarto piso estaban iluminadas. Tres viviendas por planta. Al menos una ventana de cada piso estaba encendida. Con suerte habría gente en casa en todos. El edificio tenía un aspecto ajado. Estaba anocheciendo, sin embargo se veían los grafitis mal hechos. La pintura de los muros exteriores estaba desconchada.

Ratko se quedó en el portal. Mrado subió. Llamó al timbre y al mismo tiempo puso un dedo en la mirilla.

Una chica gritó algo en español desde el interior del piso.

No sucedió nada. Mrado volvió a llamar.

Abrió un chico. Mrado estudió al tío. Unos veinticinco años. Vestido con una camiseta negra con grandes letras impresas: texto blanco con letra gótica. *El Vatos Locos*. Vaqueros gastados. Pelo oscuro. Aspecto chulesco. ¿Se creía que estaba en Los Ángeles o qué?

Sergio miró interrogante a Mrado. No dijo nada. Arqueó una ceja. Significado: ¿Y tú quién coño eres?

Mrado observó el piso, más allá de Sergio. Un pasillo con tres puertas. Sonido de televisión desde alguna habitación. No se veía a la mujer que había oído a través de la puerta. En general, ajado y feo. Una alfombra sintética pelada en el suelo. Algunos pósteres en las paredes. Un huevo de zapatillas de deporte alineadas y tiradas por la entrada.

—¿Eres Sergio? ¿Puedo pasar?

—Eh, ¿quién eres?

Mrado pensó: Ahora no muestran ningún respeto.

—Eso podemos hablarlo dentro. ¿Puedo pasar? —Ni en broma iba a repetir la pregunta una vez más.

Sergio no se movió. Miraba fijamente.

Ninguno apartaba la mirada. El tío debió de entender que Mrado no era policía. ¿Entendía que Mrado era uno de los más temidos en los bajos fondos de Estocolmo? No estaba claro.

Al final, Sergio abrió las manos.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Eres Sergio?

El tío dio un paso hacia atrás. Dejó entrar a Mrado. En el piso olía a cebolla quemada.

—Sí. ¿Y quién eres tú?

Mrado pensó: Qué capullo cabezón. No paraba de bravuconear.

—Digamos que no necesitas saber quién soy. Yo no necesito saber de ti más que si eres Sergio. Quiero una respuesta a una pregunta, luego me voy. ¿Dónde está Jorge?

La mano izquierda del tío se movió involuntariamente. Los músculos del cuello se tensaron.

El tío sabía algo.

—¿A qué Jorge te refieres?

—No te hagas más tonto de lo que eres. Tú sabes dónde está. Me lo vas a contar, quieras o no.

—No sé de qué me hablas.

—¿Exactamente qué palabra no has entendido?

—*Pendejo* *, ¿te crees que puedes venir a mi casa y decir gilipolleces?

Mrado, en silencio. Sólo miraba. El tío estaba loco, quizá el rey en su calle; un don nadie en el mundo real. ¿No lo pillaba?

Sergio empezó a gritar en español. De la habitación del televisor salió una chica con pantalones de punto y camiseta negra.

Sergio estaba flipando. Mrado estaba impasible, Sergio levantó los brazos. Se puso en posición de lucha con los puños cerrados. Una mano extendida, la otra en guardia ante la cara. La chica se acercó a Sergio. Dijo algo en español. Pareció intentar calmarle. Miró inquisitiva a Mrado.

Sergio gritó:

—¡Venga, croata gordo!

Mrado dio un paso más. Sergio le golpeó con el brazo derecho. El puño tembló un segundo antes. Lo suficiente para Mrado; paró el golpe. Bloqueó el brazo de Sergio. Presionó la mano de Sergio hacia atrás, la

muñeca en un ángulo forzado. Forzó todo el brazo hacia atrás. Sergio aulló. Intentó golpear con su mano libre. Dio a Mrado en el hombro. Perdió el equilibrio. Cayó. La chica gritó. Mrado encima de él. Siguió presionándole la muñeca hacia atrás.

—Sergio, escúchame. Dile a tu chica que cierre el pico.

La chica seguía dando alaridos. Mrado se levantó, la cogió por los brazos. La empujó hasta el suelo. Ella se sentó con la espalda contra la pared. Intentó levantarse de nuevo. Sergio, aún en el suelo, le dio patadas en las piernas a Mrado. Le hizo daño. Su error: cabrear a Mrado. La chica fue hacia él. Él le dio una bofetada. Ella volvió a caer. Se dio con la cabeza contra la pared. Sonó como si alguien hubiera botado una pelota de tenis contra una caja de resonancia. Se quedó tumbada. El tío empezó a levantarse. Un caos de la leche. Mrado le golpeó en el estómago. El tío se dobló, la boca abierta. Le costaba respirar. La chica lloraba. Mrado se sacó del bolsillo de la chaqueta un rollo de cinta aislante. Había tenido la esperanza de poder evitar todo eso. Cogió la mano izquierda de Sergio, le apretó entre el pulgar y el índice. Debería de hacerle un daño de cojones. Le dobló el brazo hacia atrás. Se lo ató con cinta al otro brazo. Sergio daba patadas sin parar. Mrado le tumbó con cuidado, como en los entrenamientos en Pancrease a toda velocidad. Le ató los pies.

Sergio aulló:

—¡Cabronazo!

Mrado no hizo caso. Trabajó con eficacia. Ató a la chica. La arrastró a otra habitación. Joder, la situación se había vuelto más complicada/peligrosa de lo que había planeado. Llamó a Ratko, le pidió que subiera.

Se inclinó sobre Sergio:

—No hacía ni puta falta que pasara todo esto.

—*Pendejo* *.

—Parece que tienes un vocabulario limitado. ¿No sabes más tacos?

Sergio cerró el pico.

—Es sencillo. Sólo tienes que decirme dónde está Jorge. No vamos a entregarle.

Sin respuesta.

—Ya ves de qué tipo soy. No me voy a marchar de aquí hasta que hayas hablado. No te hagas el imbécil. ¿Por qué tienes que complicar la noche? ¿Por qué no me lo cuentas?

Ratko entró por la puerta. Cerró tras de sí. Miró la entrada disgustado. El calzado y la ropa por el pasillo. Los pósteres, arrancados. Un taburete volcado. Un latino cabreado y atado hecho un bulto en el suelo.

Mrado le dio una bofetada a Sergio. El efecto directo: la mejilla se le puso roja como una naranja sanguina. Seguía ofreciendo resistencia. Mrado le dio otra bofetada más. Le dijo que hablara. El latino siguió callado.

Jugaron al yugoslavo bueno y el yugoslavo malo. Mrado le dio tres, cuatro bofetadas. Le exigió a gritos que hablara. Ratko le dijo que no tenían intención de hacer daño a Jorge, que le desatarían, que le untarían si decía dónde estaba escondido su primo.

Sin respuesta.

Mrado cogió la mano de Sergio; parecía la mano de un bebé en la palma de la de papá.

Sergio, rígido. Tensaba la cinta.

Mrado le rompió el meñique.

Sergio aulló. Perdió la compostura. Su pose se vino abajo.

Gimoteaba. Lloraba.

Dijo entre lamentos:

—No sé dónde está. No tengo ni idea. Lo juro.

Mrado sacudió la cabeza. Cogió el dedo anular de Sergio con la mano. Lo dobló hacia atrás.

Mucho.

Casi hasta romperlo.

Sergio se derrumbó. Le salió a borbotones. Lo contó casi todo:

—Vale, vale, cabrones. Le ayudé un poco. Después de que salió. Estuvo en casa de mi tía. Se quedó allí cinco días. Luego se le empezó a ir la pinza. Se creía que la pasma estaba en la calle en cada coche que había aparcado. Estaba flipando. Me obligó a sacarle de ahí. Le dejé dinero. No sé adonde se ha ido. Jorge me ha traicionado. Me iba a untar por la ayuda. Y no he visto ni un céntimo. Vale menos que una bolsa con mierda de perro.

—Vale. Sabrás adonde le llevaste, ¿no?

—Joder, sí que lo sé. Se quedó en casa de un tío que se llama Eddie. Luego la policía me llamó para interrogarme. Entonces se largó de allí. Y juro sobre la tumba de mi padre que no sé adonde se fue. Lo juro.

Mrado miró a Sergio; no mentía.

—Bien. Ahora vas a llamar a ese Eddie. Le vas a decir que tienes que saber dónde está Jorge. Finge que todo va bien. Di que le prometiste ayudarle con algunas cosas. Y ojo, aquí mi amigo —Mrado señaló a Ratko— habla español. Así que nada de trucos.

Sergio cogió su móvil. Mrado le cogió la mano a Sergio. Le informó al latino:

—Una palabra sobre lo que ha pasado aquí y ya puedes olvidarte de la mano izquierda.

No contestaron en el primer número que marcó Sergio. Mrado comprobó la agenda del teléfono. Había tres números: Eddie móvil, Eddie casa, Eddie trabajo. Sergio probó con Eddie casa. Contestaron. Hablaron en español. Mrado intentó entender. Esperaba que no se le notara la mentira, porque Ratko hablaba español más o menos igual de bien que Sergio el serbio. Pero entendía palabras sueltas. La conversación por buen camino. Sergio anotó algo que le dijo Eddie en la parte de atrás de un sobre. Ratko sudaba. ¿Estaba nervioso? La chica estaba serena. Los vecinos, tranquilos. El tiempo se había parado.

Sergio colgó. Su cara no mostraba expresión alguna.

—Dice que Jorge desapareció de su piso el mismo día que me interrogaron. Dice que no sabe adonde fue. Que iba a dormir en parques o en albergues y luego conseguiría pasta.

—¿Cómo me puedo asegurar de que no mientes?

Sergio dio un respingo. Vuelta a la chulería:

—Si te quieres asegurar, tendrás que ir a Trygg-Hansa^[45], gordo.

Mrado le volvió a coger el dedo índice.

Lo rompió.

—No me llames eso. Dame algo en lo que confiar o te rompo la mano entera.

Sergio gritó. Aulló. Lloró.

Tras unos minutos: se calmó. Parecía apático.

Habló en voz baja, entrecortadamente:

—Jorge le dio a Eddie una nota. En clave. Jorge y yo inventamos un código secreto. Hace unos meses. Eddie me lo ha leído. Podéis comprobarlo con él si no me creéis. Pero no me hagais más daño. Por favor.

Mrado asintió. Sergio le mostró las letras que había escrito en la parte de atrás del sobre: *Pq vgpq fppfg kt. Fxgtoq gp nc ecng. Sxg Fkqu og cdxfg*. Combinaciones de letras incomprensibles. Una especie de criptografía. Sergio lo explicó. Era sencillo.

—Cada letra en realidad es la que va dos lugares antes en el alfabeto. Pone: *No tengo dónde ir. Duermo en la calle. Que Dios me ayude* *.

Mrado le pidió que lo tradujera. Sergio miró a Ratko.

Mrado dijo:

—No entiende ni una palabra.

El latino se lo tradujo.

Mrado y Ratko en silencio en el coche de camino a casa. Mrado había rasgado un trozo de la cinta para que Sergio pudiera soltarse en unos minutos.

Mrado dijo:

—¿Te parece que no era necesario?

Ratko mostrando irritación en la voz:

—¿Hay arroz en China?

—No te preocupes. No dirá nada. Se delataría a sí mismo.

—Pero ha sido arriesgado. Los vecinos pueden haberlo oído.

—Están acostumbrados a la bronca.

—No tan acostumbrados. El panchito gritaba más que una puta bosnia.

—Ratko, ¿me puedes hacer un favor?

—¿Cuál?

—No me vuelvas a cuestionar nunca más.

Mrado siguió conduciendo. Dejó a Ratko en Solna. Volvió con su chica. Mrado pensó: Enhorabuena, tienes una vida.

Nueva información que emplear: el latino fugitivo se había largado. Pensaba dormir en la calle o en un albergue. Pero ya hacía más frío. Jorge tenía que ser idiota para dormir al aire libre en esa época del año. Era muy probable que estuviera en un albergue.

Mrado llamó a información. Le dieron el teléfono y la dirección de tres albergues de Estocolmo. Stadsmissionen tenía dos sitios: Nattugglan y Kvällskatten. El tercero, Karisma Care, estaba en Fridhemsplan.

Se dirigió a Karisma Care.

Llamó. Le dejaron entrar. Una recepción pequeña. Un gran tablón de anuncios frente al mostrador de la recepción con anuncios de *Situation Stockholm* ^[46] : posibilidad de hacerse repartidor. Cursos de la Escuela Popular: descuento para los sin techo. Carpetas de información sobre tipos de ayudas. Fotos del comedor benéfico del Ejército de Salvación. Cursos de yoga en Mälärhöjden.

Tras el mostrador, una mujer pequeña y morena. Con una blusa azul y una rebeca encima.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quería saber si sabes si alguien que se llama Jorge Salinas Barrio ha dormido aquí en las últimas cuatro semanas —dijo Mrado con voz neutra.

—Lamentablemente, no puedo contestar. Tenemos ciertas normas de confidencialidad.

Mrado ni siquiera podía enfadarse. La mujer parecía muy agradable.

Sólo le quedaba una cosa por hacer. Se fue al coche. Se preparó para dormir. Reclinó el asiento al máximo. Quería tener la oportunidad de hablar con los sin techo, incluso con los más madrugadores, por la mañana cuando dejaran el albergue.

Durmió mejor que en casa. Soñó que paseaba por una playa y no le dejaban entrar en un albergue que había en unos toboganes en la linde del bosque. Intentaba tirar arena a las personas del tobogán. Se reían. Raro.

Se despertó. Eran las seis. Compró café y un bollo en el 7-Eleven. Se mantuvo despierto desde entonces. Escuchó la radio.

Las noticias de las siete: manifestaciones contra Estados Unidos en Oriente Próximo. ¿Y qué? En Irak seguro que recibían menos castigo

por parte de los americanos que por parte de sus propios líderes. Como de costumbre, Europa no se enteraba de nada. Pero los serbios lo sabían. Pese a ello: toda crítica contra los yanquis era buena. Los muy cerdos habían bombardeado Yugoslavia hasta arrasarla.

En la calle no pasaba nada. Mrado estaba empezando a dormirse otra vez.

Eran las siete y diez: el primer sin techo salió por la puerta. Mrado abrió la puerta del coche y le llamó para que se acercara. El tío, con barba gris de dos días, capas de chaquetas y botas de nieve viejas, pareció preocuparse al principio. Mrado sacó la voz amable. Le enseñó fotos de Jorge. Le explicó que probablemente hubiera cambiado el color del pelo o algún otro elemento de su aspecto. Le explicó que el latino había estado en el albergue en algún momento de las últimas cuatro semanas. Le explicó que le caerían mil pavos si le contaba algo útil. El sin techo no sabía nada. Pareció esforzarse, especialmente cuando oyó lo de las mil coronas.

Mrado esperó. Tras diez minutos salieron dos sin techo. Les soltó lo mismo que al primero. No reconocieron a J-boy.

Continuó. Probó con doce personas. Eran casi las ocho y media. Karisma Care cerraría en media hora. Nadie tenía ni puta idea y lo peor era que no parecían mentir.

Al final salió un hombre de mediana edad. Dientes estropeados. Por lo demás un aspecto relativamente cuidado. Abrigo, pantalones negros, guantes. Mrado llamó al tío. Le soltó el rollo: explicó, enseñó, le doró la píldora. Le ofreció mil pavos. Se notaba que el hombre pensaba. Sabía algo.

—Reconozco a ese tío.

Mrado sacó dos billetes de quinientos. Los frotó.

—He visto a ese payaso al menos tres veces en Karisma Care. Verás, he pensado en ese tío, se echaba en el suelo y hacía abdominales sin parar. Luego se duchaba y se ponía crema autobronceadora. Menudo individuo.

—¿Así que estaba más moreno que en la foto?

—Ya sabes, los negros quieren ser blancos, como el tronco ese, Michael Jackson. Los blancos quieren ser morenos. Como ese mangante de tu foto, que ya era medio moreno así que era sospechoso. Por cierto, en persona también tiene el pelo más rizado que en la foto, también más barba. Intenté hablar con el tío ese una vez. Tampoco es que hablara mucho. Pero conocía los otros albergues de la ciudad, así que quizá los encuentres en alguno.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé? Protestaba un huevo. Decía que el nivel era mejor en los otros sitios. Nattugglan, por ejemplo. Menudo payaso. Uno no se tiene que quejar cuando le dan cama, desayuno y cena por menos de doscientas. Hay muchos que protestan, ¿sabes? No saben ser agradecidos.

Mrado le dio las gracias al viejo. Se sintió verdaderamente alegre. Le dio los dos billetes de quinientas. Le dijo que corriera la voz: el que supiera algo sobre el tío moreno de pelo rizado podía informar a Mrado y pasar por caja.

Capítulo 22

Lo primero que quería hacer Jorge era comer. McDonald's, Sollentuna Centrum: McTasty, hamburguesa de queso, patatas fritas grandes y ketchup servido en esos vasitos blancos. Jorge disfrutó. Al mismo tiempo: angustia de tamaño grande; se le había acabado el dinero y faltaban dos días para llamar a Mrado. Las palabras *necesidad de pasta* retumbaban.

Había llegado desde la casa. Se había traído una botella de whisky del mueble bar. Se había dormido en el autobús. Joder, qué gusto; uno de los sitios más tranquilos de la ciudad. Relajación a lo grande. Se fue directamente a Sollentuna. No se atrevía a ponerse en contacto con Sergio o Eddie. La bofia quizá los vigilara. En lugar de eso llamó a unos amigos de antes, Vadim y Ashur, con los que solía vender coca en los buenos viejos tiempos.

No debería haberlo hecho pero no pudo contenerse; el deseo de contacto humano, demasiado grande.

Le dieron la bienvenida como a un rey. J-boy: el fugitivo de leyenda. El mito de la coca. El latino con potra. Le dejaron dinero para McDonald's. Le recordaron tiempos más felices, los colegas del asfalto, las tías de Sollentuna.

De puta madre.

Vadim y Ashur: amigos internacionales. Vadim llegó a Suecia desde Rusia en 1992. Ashur: sirio de Turquía.

Según Jorge, Vadim podría haber llegado lejos. El tío tenía determinación, era ambicioso, listo, tenía familia que ganaba pasta; tenían tiendas de informática en cada centro comercial a lo largo de media línea de cercanías en dirección a Märsta. Pero el gusto por el estilo de vida *gangsta* le perdió. Se pensó que vender un poco de coca le convertiría en el rey de la calle. De acuerdo, se había apañado bien, había estado preso sólo periodos cortos, no como Jorge. Pero ¿qué aspecto tenía en la actualidad? Castigado como un borrachuzo vikingo. Trágico. El tío debería moderar un poco sus hábitos.

Ashur: siempre con una gran cruz de plata colgada del cuello. No se metía en movidas. Trabajaba de peluquero. Tenía controladas a las tías del barrio. Durante el día les hacía mechas, por la noche se acostaba con ellas. Encantaba a las tías al ciento diez por ciento con su charla sobre cortes de pelo y reflejos.

Jorge debería estar seguro. Pese a todo: su aspecto, bastante cambiado. Vadim ni siquiera le reconoció al principio.

Después de las hamburguesas fueron a casa de Vadim. El tío vivía en un tugurio en la calle Malmvägen: colillas, tubos para esnifar, botes de cerveza y papel de fumar por todo el suelo. Encendedores, cartones de pizza, botellas de alcohol vacías y cucharillas quemadas por la mesa del salón. ¿Qué vicio no tenía Vadim?

Abrieron el whisky. Lo tomaron con agua templada como sibaritas. Y cerveza. Luego quemaron chinas gordas. Pusieron a Beenie Man a todo volumen. Jorge adoraba la compañía. Eso era estar libre.

Se emborracharon. Se colocaron. Se aceleraron. Vadim soltaba ideas para conseguir pasta: uno tenía que hacerse chulo, uno debería hacerse una página web y vender maría por correo, uno debería espolvorear los bocadillos de los alumnos de básica con farlopa, para que fueran adictos a una edad temprana. Cambiar sus golosinas por pasta de coca. Jorge le seguía el juego. Se excitaba. Conseguir pasta. Conseguir pasta.

Vadim tenía un aspecto taimado, sacó una caja de cerillas. Desdobló una bolsa casera hecha con plástico de cocina. Vertió dos gramos de coca en un espejo.

—Jorge, esto es para celebrar que estás en la ciudad —dijo Vadim mientras hacía tres rayas.

Menuda fiesta.

Jorge no había imaginado ni en sueños que fuera a probar perico esa noche.

Quizá no fuera el tubo para esnifar más elegante; cada chico tenía su propia pajita, que Vadim había quitado de tres tetra-bricks.

Un esnifado rápido. Primero una sensación de cosquilleo en la base de la nariz. Un segundo después: una sensación de cosquilleo en todo el cuerpo. Se convertía en un subidón. Lo máximo. El mundo en el mejor estado. *Jorge the man. The return of Jorge* ^[47]. El mundo estaba preparado para hacerse con él.

Ashur hablaba de tías. Había quedado en el Mingel Room Bar de Sollentuna Centrum con dos chicas a las que solía cortar el pelo. Chicas guapas. Aulló:

—Una, bueno, teníais que verle el culo. Una doble de Beyoncé. Un pibón. Si alguno de nosotros pilla cacho esta noche le prometo el mejor corte de pelo gratis.

Claro que iban a tener chicas. Claro que iban a salir.

Jorge esperaba ligar con la doble de Beyoncé.

Repitieron, más whisky y cada uno una raya más.

La cocaína hacía retumbar el ritmo de la música.

Bajaron al coche de Ashur.

Mingel Room Bar: el Kharma de Sollentuna. Pero no del todo. Fíjate en Jorgelito en el exterior del sitio. Hasta arriba de coca, whisky y cerveza. No sentía el frío. Sólo se sentía a él mismo. Sólo sentía crecer las ganas de fiesta. Observaron la cola. Máximo veinte personas obedientemente en línea. Miraron a las tías que se aproximaban hacia la cola desde la estación de cercanías. Ashur las despreció:

—Suecia. En este país las tías no saben caminar bonito. Sólo los tíos caminan bien. Teníais que ver en mi país, se deslizan como gatas.

Jorge miró. Ashur tenía razón: las tías caminaban como tíos. Rectas, decididas. Sin contonearse, sin balanceo del trasero, sin sexo en los pasos. Pasó. Si la tía como Beyoncé estaba ahí dentro iba a ir a por todas.

Vadim dijo que conocía al portero. Fue hasta él. Intercambiaron unas frases en ruso. Todo bien.

En el preciso momento en que Jorge, Vadim y Ashur iban a entrar, el portero levantó la mano. Pasó de la mirada inquisitiva de Vadim. El portero miraba hacia la calzada. La cola se detuvo. Se calló. La gente se giró.

Luces azules.

Un coche de policía aparcó junto a la acera.

Mierda *.

Salieron dos maderos. Fueron hacia la cola.

El cerebro de Jorge, trabajando con la agudeza de la coca: ¿qué estaban buscando? ¿Debería pirarse o confiar en su nuevo aspecto? Una cosa era segura: si salía corriendo le perseguirían porque era sospechoso que se largara.

Se quedó. ¿Cómo había podido ser tan imbécil como para salir de farra?

Vadim cerró los ojos. Parecía que movía los labios pero no emitió ningún sonido.

Jorge se sentía más tenso que un sustituto nuevo en su colegio durante la primera clase. No se movió. No pensó. Hizo lo mismo que Vadim: cerró los ojos.

Miró la cola con ojos entornados. Un madero con una linterna.

Iluminó las caras de todos. Las tías que había al final del todo soltaron risitas.

Como era de esperar, los tíos se pusieron en plan duro. Uno de ellos le dijo al policía de la linterna:

—Si no tenéis tarjeta de socio no vais a entrar.

El madero contestó:

—Tranquilo, chaval.

Una actitud de mierda.

Continuaron a lo largo de la cola. La gente preguntaba qué pasaba. Los policías mascullaron algo incomprensible.

Iluminaron a Ashur. Sonrió. Señaló al madero que tenía la linterna en la mano.

—Hola. Soy el dueño de Saxateket, en el centro comercial. Creo que unas mechas te quedarían muy bien.

De hecho, el policía sonrió.

Continuaron.

Iluminaron a Vadim. Mucho tiempo. Su rostro consumido atrajo la atención de la policía.

—Hola, Vadim —dijo el de la linterna—, ¿qué tal?

—Todo bien. De primera.

—¿Y sin movidas?

—Claro, como siempre.

—Sí, como siempre. —Ironía policial.

Jorge miraba hacia delante. Le parecía todo neblinoso. No podía concentrarse. El tiempo se detuvo.

¿Qué coño iba a hacer?

Paralizado.

Se acercaron a él. Le iluminaron la cara. Intentó relajarse. Sonreír lo justo.

Capítulo 23

JW, con la angustia del día siguiente. Se sentía como una patata asada con una gorra de plomo. Se había despertado a las ocho y media. Se arrastró de casa de Sophie a la suya. Se sentó en el suelo junto a la cama y tuvo náuseas durante veinte minutos. Luego se tomó cuatro vasos de agua en un intento desesperado por reducir la resaca. Después del agua vomitó en el inodoro, y se sintió claramente mejor. Se durmió.

Se había vuelto a despertar, tras sólo dos horas de sueño. Se sentía como se merecía. No podía dormirse otra vez. Los ataques de resaca venían en oleadas. Todo había sido tan raro con Sophie... Se sentía como la definición de la palabra «penoso». Por otra parte, había hecho su mayor entrega de farlopa. Así que la noche podía considerarse como una especie de éxito.

Se prometió a sí mismo tomar sólo refrescos de cola en el futuro. Jamás alcohol.

Se prometió arreglar las cosas con S.

Se quedó en la cama pese a que no podía dormir. No tenía fuerzas para levantarse.

Se prometió por enésima vez: en el futuro, sólo refrescos de cola.

JW se despertó un rato más tarde. Se acordó de por qué no debía dormir más. El día incluía dos proyectos que llevar a cabo. Por un lado iba a averiguar si la historia de Jan Brunéus cuadraba. Por otro necesitaba encontrar a ese tal Jorge. Se lo había tomado con un poco de calma en ese frente. Los planes de expansión de Abdulkarim requerían acción.

Se saltó una clase por la mañana en la universidad. En lugar de eso, volvió al Instituto de Sveaplan. Subió a la secretaría. La secretaria le reconoció y le saludó alegre. Llevaba la misma falda que el día anterior.

JW dijo:

—Tengo para usted una solicitud quizá poco habitual.

La mujer sonrió. JW había hecho un buen trabajo siendo amable cuando estuvo la vez anterior.

—Quería ver las notas de una persona que estudió aquí hace cuatro años, Camilla Westlund.

La mujer siguió sonriendo pero hizo una de sus muecas, frunció el ceño. Giró la cabeza, miró a JW de lado con los ojos entornados. Significado: esta vez has ido demasiado lejos.

—Lamentablemente, no las proporcionamos.

JW había hablado con la Administración de Educación de la Ciudad de Estocolmo. Había contado con una respuesta negativa de la secretaria. Estaba preparado. Había estudiado, pulido sus argumentos. Se sentía seguro. Recurrió a la arrogancia directamente. No tenía sentido ser blando con la vieja.

—Verá, las notas son documentos oficiales que han de proporcionarse salvo que por algún motivo se hayan calificado de confidenciales. Si no puede demostrar que se han calificado como tal e indica el motivo para esto, serán entonces públicos y por lo tanto me los proporcionará inmediatamente. Si se niega a proporcionármelos estaría cometiendo prevaricación, lo cual es punible.

La mujer hizo una nueva mueca pero todo el tiempo con la misma sonrisa en los labios. Sus ojos miraban fijamente hacia abajo y a la izquierda. Inseguridad.

JW siguió como si estuviera leyendo:

—Incluso otros documentos que emitan aquí en la Komvux son oficiales y muy probablemente sean públicos. De acuerdo con la ley de confidencialidad no hay base para no proporcionarlos. Así pues, le ruego que sea tan amable de traerme las notas de Camilla Westlund en todas las asignaturas que estudió aquí. Gracias.

La mujer se dio la vuelta. Entró en una sala contigua. JW la oyó hablar con alguien.

Janne Josefsson^[48] , puedes retirarte.

La secretaria volvió.

Nuevo gesto, una sonrisa aún más falsa. Los ojos centelleaban en una expresión facial servil.

—Tengo que ir a buscarlos al archivo. ¿Puedes esperar? —No dijo nada sobre que se había equivocado.

No importaba; JW había ganado el primer punto.

La secretaria desapareció.

Estuvo fuera veinte minutos.

JW se puso nervioso. Mandó SMS, miró su agenda en el móvil, los pensamientos oscilaban entre las estrategias de venta de cocaína, las actitudes insustanciales de Abdulkarim, los paseos en Ferrari de Camilla y el chileno que tenía que encontrar. Todo a la vez. Sin estructura.

Volvió la mujer. En la mano llevaba una funda de plástico que le entregó.

JW estudió los documentos: copias de notas. Educación para Adultos Municipal de Estocolmo. Instituto de Sveaplan. Las notas de Camilla Westlund estaban rellenas a mano.

Sueco: cursos a, b: Sobresaliente,

Inglés: cursos a, b: Sobresaliente.

Matemáticas: curso a: Bien.

Historia: cursos a, b: Insuficiente.

Ciencias Sociales: curso a: Sobresaliente,

Francés: cursos a, b: Bien.

JW se quedó en la oficina. Su mirada fija en las notas. Algo estaba mal. Tenía que averiguar qué. Jan Brunéus le había dado a Camilla clase de sueco, inglés y sociales. Cuadraba con lo que le había dicho, que tenía sobresaliente en todo. En las otras asignaturas había sacado sólo bien y un insuficiente. Pero Susanne le había dicho que hacían muchas pellas. No era de extrañar que Camilla sólo hubiera sacado bien e insuficiente en algunas asignaturas. La cuestión era cómo había sacado sobresalientes con Jan.

JW tenía que saberlo.

Volvió a llamar a la secretaria. Le pidió que trajera los demás documentos sobre Camilla.

Esta vez fue más rápida. Sabía dónde tenía que buscar.

La secretaria volvió cinco minutos después con una carpeta de plástico similar en las manos. Otros papeles.

Estaban relacionados con la asistencia de Camilla Westlund. Los mismos cursos que se recogían en las notas. Su asistencia media estaba por debajo del sesenta por ciento. La cabeza le daba vueltas. La oficina de Komvux se encogía a su alrededor, le presionaba. Le sofocaba. La asistencia de Camilla en sueco, inglés y sociales: por debajo del treinta por ciento. Algo estaba mal de narices. Nadie sacaba un sobresaliente con tantas faltas de asistencia. ¿Por qué mentía Jan Brunéus?

Se volvió hacia la mujer de la secretaría:

—¿Sabe dónde se encuentra Jan Brunéus en los descansos? —JW se esforzó por sonreír.

—Seguro que está en la sala de profesores. —Señaló con la mano.

JW se dio media vuelta. Corrió por el pasillo.

La puerta de la sala de profesores estaba abierta. Pasó de llamar. Entró directamente.

Miró a su alrededor. Siete personas sentadas alrededor de una mesa grande de madera clara. Comían galletas danesas y bebían café.

Ninguno de ellos era Jan Brunéus.

JW se esforzó.

—Hola, perdón que les moleste. Quería saber si saben dónde está Jan Brunéus.

Una de las personas a la mesa contestó:

—Ya se ha marchado a casa.

JW se rindió. Se marchó.

Le sonó el móvil de camino a casa desde la Komvux. JW primero pensó en pasar de cogerlo; ya tenía bastante en lo que pensar. Luego cayó en que podía ser Abdulkarim. Cogió el teléfono. Demasiado tarde.

La llamada perdida era de José móvil.

José era uno de los tíos cuyo nombre le había pasado Abdulkarim para buscar a Jorge. El tío era camarero en un garito de la zona de Sollentuna, Mingel Room Bar. JW le había conocido dos días antes y le había invitado a comer en Primo Ciao Ciao, pizzería de verdadero lujo. JW le ofreció dos mil coronas por información sobre Jorge. José controlaba, sabía quién era Jorge, le consideraba un héroe. A principios de la década del 2000 era del mismo grupo que Jorge. JW le contó las cosas más o menos como eran: no quería hacer daño a Jorge, quería ofrecerle oportunidades, quería ayudar a Jorge a ponerse de pie en su nueva y maravillosa vida en libertad. Como un Jesús en miniatura. Pero José no sabía entonces nada del fugitivo.

JW esperó quince minutos para volver a llamar. Caminó por Valhallavägen repasando qué quería saber y para qué tenía fuerzas en ese momento. Los pensamientos sobre Jan Brunéus le perturbaban.

Estaba obligado a concentrarse. El asunto de Camilla no podía quitarle toda la energía del negocio de la farla. No en ese momento.

JW diciéndose a sí mismo: Concentración. Suelta ya la angustia por C. Es más emocionante jugar a ser detective en relación con un chileno huido que con Camilla. Jorge, el tío fugado; la posibilidad de JW para poder formar parte de algo grande.

Llamó a José.

JW se dio cuenta directamente de que José tenía información superimportante-tienes-que-actuar-a-toda-leche. Alguien que se parecía a Jorge había sido visto en Sollentuna la noche anterior. El patero había estado de fiesta salvaje con dos otros gánsteres de Sollentuna, Vadim y Ashur. Tíos conocidísimos en el noroeste de Estocolmo. Jorge se fue del garito cuando cerraron, a las tres. José fue a la salida, donde todavía seguían los fiesteros. Estaban acelerados. Hablaban de lo cerca que había estado la pasma de pillarles. El héroe tenía el pelo rizado, parecía más moreno, con más barba. Vadim sólo se reía. No reveló nada pero dijo lo suficiente: «Ah, éste es un chico malo nuevo. Esta noche va a dormir en mi casa porque la pasma siempre le está persiguiendo, la última vez, esta noche». José captó el mensaje.

JW le hizo dos preguntas antes de colgar: ¿Donde vive Vadim? ¿Qué hora es?

José sabía la dirección: Malmvägen 32. Cerca de Sollentuna Centrum. Era la una.

JW se paró en la acera. Levantó la mano para coger un taxi.

Esperó. A esas horas no había muchos coches.

Pensó en el chileno que iba a localizar. ¿Qué le iba a decir?

Pasaron seis minutos. ¿Por qué no había ningún taxi?

La inquietud volvió a apoderarse de él. No había nada peor que esperar un taxi.

Hizo una seña a un taxi que parecía vacío.

Pasó de largo.

Hizo una seña a uno más, Taxi Stockholm.

Paró.

JW subió. El conductor dijo algo en un sueco incomprensible.

JW dijo:

—A Malmvägen 32, por favor.

Fueron hacia Norrtull.

Salieron a la E4, el ritmo era lento.

JW cambió de opinión, había algo peor que esperar un taxi: estar sentado en un taxi y esperar que el tráfico avanzara.

Capítulo 24

Mrado acababa de terminar el entrenamiento de fin de semana. El punto de encuentro por excelencia de las máquinas de matar. Cargo de conciencia; iba demasiado poco por allí. Pancrease Gym: *Krav Maga*, *shootfighting*, lucha tailandesa, *combat taekwondo*. Los locales del sótano consistían en una sala grande con el suelo recubierto de colchonetas. Cuatro sacos de arena de ochenta kilos colgados a lo largo de una de las paredes cortas. En una esquina, un amplio armario de metal con guantes sudados, almohadillas y chalecos de protección. En la otra, un cuadrilátero de boxeo.

El instructor se llamaba Omar Elalbaoui. Profesional del *shootfight*, cuarto dan, Japón. El gancho de izquierda más rápido de la ciudad. Campeón de peso medio del Pride Grand Prix MMA, *Mixed Martial Arts*, todos los estilos juntos. Un coleccionista de podios sueco-marroquí. Poeta de la violencia. Temido profeta del *full contact*.

Narices rotas, rodillas destrozadas, hombros dislocados: incontables. Y la pregunta: ¿qué significa miedo? La filosofía de Omar Elalbaoui predicaba: «El miedo es tu peor enemigo. Todos tienen miedo a algo. Tú no tienes miedo a hacerte daño. Tienes miedo a hacerlo mal, a hacer un mal combate, a perder. Es lo único a lo que tienes que tenerle miedo. Nunca te conviertas en un perdedor».

MMA: todo permitido; patadas, golpes, rodillazos, codazos, tirarse, llave al cuello, llaves. Nada de guantes gigantes o cascos de cobardes. La única protección eran guantes pequeños, protector bucal y suspensorio. El deporte de los deportes. Fuerza bruta, flexibilidad y rapidez eran factores importantes, pero sobre todo estrategia e inteligencia.

Era lo máximo: nada de aparatos, nada de circuitos avanzados o planes, nada de reglas complicadas. Sólo luchar. El que se rendía primero o resultaba noqueado perdía. No hacía falta complicarlo más.

Las ventajas de Mrado: su tamaño, peso, fuerza en los golpes. Alcance. Pero los tíos de Pancrease eran buenos. Aguantaban los golpes. Evitaban las patadas. Paraban las zancadillas. Mrado recibía castigo con frecuencia. En una ocasión, hacía cuatro años, se lo tuvieron que llevar en ambulancia al hospital Södersjukhuset con la nariz rota por dos sitios. Pero la cuestión era que a Mrado le gustaba recibir castigo. Le hacía sentir que estaba vivo. Entrenarse en no estar asustado. Seguir dando puñetazos aunque la cabeza estuviera abotargándose. No rendirse jamás.

Por lo general, las competiciones tenían lugar en el pabellón Solnahallen. Los organizadores burlaban con facilidad la prohibición

estatal sobre el boxeo. A veces luchaban en jaulas, *vale-tudo* brasileño. Mrado conocía a los tíos, muchos entrenaban o habían entrenado en Pancrease. Conocía los estilos de la gente, sus debilidades/puntos fuertes. En la última competición en Estocolmo se sacó diez mil pavos por apostar bien. El MMA en sus diferentes formas estaba convirtiéndose en un deporte importante.

Mrado controlaba. Había entrenado las técnicas. Había entrenado los grupos musculares adecuados. Cuantos más fuertes fueran los músculos/ligamentos/articulaciones, más difícil era hacerse un esguince. Cuanto más flexible, menor riesgo de distensión. Parar de la manera correcta. Ver venir los golpes. Seguir el movimiento del contrario. Al mismo tiempo: tensar el grupo muscular correcto para recibir el impacto. Por encima de todo: un cuello fuerte reducía el desplazamiento de la cabeza. Con su cuello, Mrado era casi inmune a ser noqueado.

Mentalmente: tu dolor aumenta con el miedo y se reduce con la agresividad.

El único problema de Mrado: últimamente había entrenado demasiado en el gimnasio y demasiado poco en Pancrease. Conflicto de intereses: músculos muy desarrollados, peor movilidad. Tenía que bajar. Articulaciones más rígidas. Movimientos menos fluidos. Series de golpes más lentas.

La lucha era un estilo de vida.

Tras el entrenamiento, Mrado se puso un par de pantalones de chándal. Una sudadera. El sudor se secó. No se duchaba en Pancrease. Se duchaba en casa. Los chicos del club eran demasiado jóvenes. Demasiado nerviosos. A Mrado le gustaban más los gorilas del Fitness Club. Se tomó una bebida proteínica. Cuando llegara a casa se tomaría su propia poción mágica de esteroides.

Cogió el coche para ir a casa.

Cruzó el puente Västerbron, el lugar más bonito de la ciudad. Iluminado desde abajo. Vistas sobre un territorio: el imperio de negocios anexionado de los serbios. Ningún panchito fugado se lo iba a quitar.

Tras cuatro minutos ya estaba en la calle Katarina Bangata. En casa. Ahora tocaba encontrar aparcamiento.

El piso: dos dormitorios, salón y cocina. Salón, dormitorio de Mrado y dormitorio de Lovisa.

El salón: estilo lujoso de Europa del Este. Sofás de piel negra en un rincón. Mesa de cristal. Librería con estéreo, televisión de pantalla plana y reproductor de DVD. Cosas caras. Más cosas en la librería: CD, sobre todo serbios y rock, Bruce Springsteen, Fleetwood Mac y Neil Young. Películas en DVD: acción, películas de boxeo, todos los *Rocky* y

documentales serbios. Fotos de la familia en Belgrado, el rey sueco, Slobodan Milosevic y Lovisa. Tres botellas de buen whisky y una de Stoli Cristall. El resto del alcohol en otro anuario. Cuatro carabinas colgadas en la pared, compradas en un mercado de armas de Vojvodina; símbolo del alzamiento contra los turcos en 1813. En una vitrina ancha al lado de la librería: dos pistolas Browning, una réplica de una Magnum .41 Smith & Wesson, una bayoneta y una mina terrestre auténtica de la guerra. La bayoneta estaba muy usada. La constante pregunta sobre la mina: ¿Está desactivada? Mrado mantenía la tensión. Nunca le contaba a nadie cómo estaba.

Se sentó en el sofá. Encendió el televisor.

Fue cambiando de canal. Vio unos minutos de un programa de naturaleza sobre cocodrilos. Se cansó. Siguió zapeando. Mierda en todos los sitios.

Jugueteó con su revólver. Mrado usaba munición Starfire. La punta de la bala, hueca. Efectiva al impactar: explosión. Arrancaba la suficiente carne como para matar con un disparo.

Puso el revólver en la mesa. Pensó.

El mayor fiasco del mundo, lo del tal Jorge. Se sentía irritado consigo mismo por no haber conseguido encontrar al latino, con Radovan por su estilo arrogante y con Jorge por mantenerse oculto.

Repasó su cuaderno. Preguntas y posibles respuestas. En el medio, una columna para las preguntas sin respuesta. Dos palabras subrayadas: *lugar ahora*, en un círculo. Las pistas se habían acabado. Pero solían delatarse antes o después. Se les acababa la pasta. Querían quedar con tías. Vivir la *dolce vita*. Era difícil vivir a la fuga. Aunque Jorge se mantenía oculto. Sin embargo, Mrado estaba seguro, el panchito estaba aún en el país/ciudad. No podía haberse terminado todo.

Pero ¿dónde iba a seguir buscando?

Mrado se inclinó hacia atrás.

Su móvil vibró.

Era un SMS: «Anoche vi a Jorge. Ahora está en casa de Vadim».

Bingo.

Subidón de adrenalina.

Mrado llamó a ese número. Un chaval, Ashur, contestó. Mrado recordaba el nombre. Uno de los tíos a los que él y Ratko habían

enseñado fotos de Jorge en sus expediciones a Sollentuna. Escuchó la historia, contada en un sueco lamentable.

Ashur, Jorge y otra buena pieza, Vadim, habían salido de fiesta la noche anterior. Habían ido al Mingel Room Bar de Sollentuna y habían cogido una cogorza. A Jorge casi le había cogido la policía. El latino había pedido a Vadim que le dejara dormir en su casa. La teoría de Ashur: aún estaban ahí, sólo eran las doce de la mañana.

Mrado le dio las gracias. Prometió pasarse y darle la recompensa prometida más tarde.

Se puso la chaqueta de piel. Se metió una porra de goma en el bolsillo interior. Metió el revólver en la funda. Bajó al coche.

Condujo por la ya conocida carretera hacia Sollentuna. Ya iba a resolverse el asunto, coño.

¿Qué era lo más inteligente? ¿Ir directamente al piso como con Sergio y ponerse manos a la obra? Corría el riesgo de que Vadim, Jorge y quizá otras personas del piso fueran más difíciles de reducir que la chica gritona de Sergio. Riesgo número dos: si los vecinos oían algo y la pasma aparecía, Jorge volvería a la cárcel. Con lo que sabía, el latino podría hacer caer grandes partes del imperio yugoslavo. Conclusión: Mrado quería abordar al latino cuando estuviera solo.

Mientras tanto, llamó a Ratko, Bobban y otros contactos. Les preguntó si conocían a Vadim. Quién era el tío. Si era peligroso. Les encargó el trabajo de llamar y averiguar más: si el tío trabajaba, ¿dónde era? ¿Con quién se relacionaba? ¿Llevaba armas?

Mrado estudió el portal. Entraba y salía gente. Se fijó: una cantidad inesperada de gente en movimiento para ser mediodía. Inmigrantes, yonquis, maltratadores, criminales en general apiñados en un tugurio parecido a aquel en que se había criado él.

Mrado estaba en medio de una conversación con Bobban cuando salió una persona que se parecía a Jorge.

Había visto al latino cuatro o cinco veces antes. La última: un juicio en el que él había testificado para que le cayeran a Jorge seis años. Radovan y Mrado le habían entregado a los lobos; había que asumir algunas pérdidas. Entonces: el latino, un chico joven, bravucón, con ropa moderna y ostentosa. Cadena de oro y crucifijo. Gel en el pelo. Cuidada barba de dos días. Movimientos rápidos y forma de hablar rápida y airada. Ahora: la persona en el exterior del coche, un pedazo de negro. Pelo rizado, piel marrón oscura. Caminaba como un rastafari, despacio, con ritmo. Ropa gruesa, cazadora acolchada sucia. Sin embargo había algo en el aspecto descuidado de esa persona que indicaba otra cosa: estaba en forma.

Tenía que ser el latino.

Mrado se hundió más tras el volante. Vio que Jorge miraba a su alrededor. Luego se dirigió a la estación de cercanías. Demasiada gente cerca para hacer nada.

Mrado esperó hasta que Jorge dobló la esquina hacia la entrada de la estación. Salió del coche. Se puso un par de gafas de sol. Le dio a la bufanda una vuelta extra alrededor de la barbilla. Rezó al gran dios de los coches: haz que mi coche se quede sin que lo rayen, lo toquen, lo roben en la calle más peligrosa de Sollentuna.

Se dirigió a la esquina que Jorge había doblado.

Jorge no giró escaleras arriba, hacia el tren. Por el contrario, siguió recto. Hacia Sollentuna Centrum. Mrado se mantuvo a distancia. Al mismo tiempo, no quería perder de vista a Jorge.

En el interior de Sollentuna Centrum. Mrado esperó unos segundos en el exterior de las puertas correderas automáticas antes de seguirle. Justo cuando atravesó las puertas vio que Jorge entraba en ICA. Mrado entró en la tienda Expert de enfrente. Menudo detective estaba hecho, todo un Martin Beck^[49]. Llamó a Ratko. Le preguntó en serbio:

—Ratko, ¿dónde estás? Es importante.

En conversaciones anteriores, Ratko se había quejado por el tratamiento exagerado que había recibido Sergio. Ahora se dio cuenta de que algo estaba en marcha.

—Estoy en casa. Estoy viendo la carrera de STCC. ¿Le has encontrado?

—Sí. Ha dormido en casa de un tío de Sollentuna. Se está marchando de ahí ahora mismo. Prepárate. Vete al coche.

—Con lo a gusto que estaba. ¿Adónde voy?

—Aún no lo sé. Tú estate preparado.

—Ya he salido por la puerta.

—Mola. Te llamo. Adiós.

Jorge salió de la tienda. Dos bolsas en cada mano. Parecían estar llenas de comida. Seguro que el latino iba a su escondite.

Le siguió hasta el tren. Regla básica: cuando sigues a alguien, nada de movimientos rápidos. Un tío como Jorge estaba totalmente alerta; reaccionaría inmediatamente.

Jorge salió al andén. Mrado se quedó en la sala de espera. Esperaba que la luz del exterior hiciera que las puertas de cristal parecieran espejos. Jorge parecía atento.

Llegó el tren en dirección a la ciudad. Jorge subió. Mrado subió en otro vagón.

Volvió a llamar a Ratko. Le pidió que fuera hacia la ciudad.

En cada estación, Mrado miraba por las puertas. Jorge no se bajó.

El tren aminoró la marcha. Entraba lentamente en la estación de Centralen.

Paró. Mrado miró afuera. Vio que Jorge se bajaba.

Mrado esperó junto al tren hasta que Jorge bajó las escaleras hacia la estación de metro T-Centralen. Le siguió. Jorge, más adelante entre la gente. Mrado se concentró, no podía perderle ahora.

Atravesaron el pasillo hacia T-Centralen.

Un grupo de indios tocaban la flauta y un tambor, junto a una columna había una mujer con una gabardina que estaba repartiendo *La Atalaya*.

Jorge: abajo en el andén del metro. Mrado le seguía. Distancia apropiada.

Jorge: entró en el metro con dirección a Mörby Centrum. Mrado: en otro vagón en el mismo tren.

El vagón medio vacío. Dos macarras con gorras y cortavientos, potenciales futuros fichajes, sentados con los pies en los asientos. Un chico de Stureplan que no pegaba: rubio, abrigo tres cuartos, vaqueros estrechos, pelo engominado hacia atrás. Escuchaba su reproductor de mp3.

Jorge: se bajó en KTH. Mrado: lo mismo.

Jorge se puso junto a los horarios de los autobuses, pasados los tornos. Miró los horarios. Entró en la tienda de prensa. Compró algo. Las bolsas parecían pesadas. Fue hasta la parada del autobús. Mrado fue detrás. El chico de Stureplan del metro también estaba ahí, se paró en la misma parada de autobús que Jorge. Probablemente sólo una coincidencia.

Mrado miró el número del autobús: 620. Aparentemente Jorge esperaba el autobús para ir hacia la zona de Norrtälje.

Mrado llamó a Ratko. Le informó:

—Ve hacia KTH.

Llegó el 620. Ratko no había aparecido. Mrado se alejó en dirección al quiosco de venta de salchichas en mitad de Valhallavägen. Junto a él: una fila de taxis.

Jorge: subió al autobús. Éste se puso en marcha.

Mrado dijo al taxista:

—Siga al autobús 620.

Lo siguieron durante treinta minutos. Mrado se preocupó. Jorge era listo. Estaba en guardia. Podría empezar a preguntarse por qué el mismo taxi iba todo el tiempo entre dos y cinco coches detrás del autobús.

Mrado mantenía el contacto con Ratko.

Se pasó a su coche en Åkersberga.

Le siguieron a distancia. No tenía nada de raro. Muchos coches que iban variando marchaban en caravana tras el autobús. Este no se detuvo en muchas paradas.

Aparentemente, el latino seguía ahí.

Al final: parada de Dyvik. El autobús paró. Jorge se bajó.

También el chico de Stureplan. Raro, pero ahora no había tiempo para pensar en ello.

Mrado gritó:

—¡Gira, coño!

Ratko giró en la misma dirección en que iba Jorge. Mrado se agazapó en el asiento del copiloto. Pasaron a tres metros de Jorge. Conducían todo lo lento que se atrevían. Como si no conocieran el sitio. Por el retrovisor le vieron continuar andando. Funcionó unos minutos. Luego resultó sospechoso. Tenían que seguir adelante. Perdieron a Jorge de vista tras ellos.

Pararon el coche. Salieron. Mrado se metió entre los árboles, en el bosque. No se le veía desde la carretera. Ratko empezó a caminar en sentido contrario. Hacia Jorge.

Tras dos minutos llamó Ratko:

—Está en la carretera a cien metros de mí. Todavía sigue en dirección hacia ti. ¿Qué hago si me reconoce, se asusta y empieza a correr?

—Sigue hacia él. Pasa de largo como si nada. Cuando estés seguro de que ya no puede verte, da la vuelta. Empieza a seguirle. Yo me encargo de él aquí.

Mrado esperó. No había casas en las proximidades. No había personas. No había ningún problema.

El móvil encendido. El nombre de Ratko seleccionado en la agenda. Listo para llamarle.

Jorge llegó. Bolsas en las manos. Aspecto cansado. A veinte metros, más abajo en la carretera. Mrado llamó a Ratko. Susurró. Le dijo que corriera.

Mrado salió de los árboles como un duende del bosque malo tamaño XL.

Jorge lo comprendió inmediatamente. Pánico en la mirada. Soltó las bolsas. Se giró. Vio a Ratko llegar corriendo desde atrás. Se dio cuenta de la situación. Intentó salir corriendo; demasiado tarde. Mrado le agarró de la cazadora.

El retorno de los yugoslavos. La caída del panchito.

Mrado golpeó a Jorge en el estómago con todas sus fuerzas. Jorge se dobló. Cayó. Ratko llegó desde atrás, le agarró, con la ayuda de Mrado arrastraron al latino hacia los árboles. Fuera de la carretera. Mrado cogió las bolsas. Jorge vomitó. Olor ácido. Restos de comida en los zapatos de Mrado. Menudo cerdo. Mrado con la porra en la mano, golpeó a Jorge en la parte superior de la espalda. Jorge cayó al suelo. Quedó a cuatro patas. Mrado siguió golpeando. Jorge gritaba. Mrado meticoloso; no le rompió nada. Nada de fracturas. Nada de derramamiento de sangre. Nada de heridas mortales. Nada que precisara atención médica. Sólo le pegó con la porra de goma. En los muslos, los brazos. Le pegó en la espalda, el cuello, el estómago. Le zurró. Le apaleó. Le machacó.

Jorge intentaba ponerse de rodillas. Se inclinó. Se protegió la cabeza. Se acurrucó.

Mrado dejó que la porra siguiera. Rebotar una y otra vez sobre el cuerpo del latino.

Al final: Jorge, una mancha mojada. Destrozado. Casi inconsciente.

Mrado se agachó:

—¿Me oyes, cabrón?

Ninguna reacción.

Mrado le levantó la cabeza tirando del pelo.

—Si puedes oírme, pestañea.

El latino pestañeó.

—Ya sabes de qué va esto. Has intentado jugársela a las personas equivocadas. A Radovan no le gusta tu estilo. Tú te lo has buscado. ¿Quién coño te crees que eres? Chantaje a Rado. Acuérdate de esto: siempre te vamos a encontrar. Estés donde estés, fugitivo, en el trullo. En casa de tu madre. Nunca olvidamos. Siempre castigamos. Si sueltas la más mínima mierdecilla sobre nosotros, la próxima vez no seré tan bueno.

Mrado soltó el pelo de Jorge. La cabeza volvió a caer.

—Y una cosa más —Mrado sacó su móvil. Accedió a las fotos del teléfono. Lo sujetó delante de la cara de Jorge—. ¿Reconoces a esta chica? He hablado con ella sobre ti. Puedes preguntárselo. La conozco bien. Sé dónde vive. Dónde estudia. Qué clases tiene durante el día. No le fastidies las cosas. Sería una pena, una chica tan guapa.

Capítulo 25

Jorge ausente/consciente. Oscilaba. El dolor era salvaje. Cerró los ojos. Esperó. Oyó que los yugoslavos se iban. Crujidos en el bosque. Su sonido desapareció. Esperó. Escuchó. Solo.

Golpeado hasta quedar hecho migas. No se podía mover. No sentía las piernas, estaban dormidas. También los brazos. Notaba la espalda; se desmayó.

Volvió en sí. Oyó pasar un coche por la carretera. Oyó su corazón. Intentó mover el brazo. Se hizo daño.

Vomitó.

Se quedó tumbado.

La mente clara: Jorgelito en medio del bosque. Machacado. Tirado. Humillado. Creía que era el rey. En realidad, el inútil más ingenuo. Habían ido a ver a Paola. Dios, que no le hubieran hecho daño. Que no la hubieran humillado. La llamaría cuando saliera de ahí. Cuando pudiera moverse. Paola, la mejor hermana del mundo.

Cayó en la oscuridad.

Ella había aceptado la actitud del pequeño Jorge. Cuando tenían catorce años llegó a casa del colegio con una carta en la mano. *Por la presente le comunico que Jorge Salinas Barrio estará expulsado del colegio Tureberg durante seis semanas a partir de la semana 10. El motivo de esta medida es sus graves problemas para colaborar así como la influencia negativa que ejerce sobre los otros alumnos y el trabajo escolar. En innumerables ocasiones el abajo firmante ha puesto en su conocimiento la problemática de Jorge e incluso hemos hablado con la trabajadora social del colegio Tureberg, Inga-Britt Lindblom, sobre las posibilidades de que Jorge comprenda el alcance de su comportamiento. Lamentablemente, sus patrones destructivos de conducta han empeorado durante este semestre, lo cual también discutí con él y con usted el 3 de febrero de este año. El colegio no ve otra salida más que expulsar a Jorge durante el periodo de tiempo arriba mencionado. El Ayuntamiento de Sollentuna le ofrece clases a domicilio. No dude en ponerse en contacto conmigo para más información. Jan Lind, rector.* Mamá lloró y Rodríguez pegó. Jorge pensó: Si mi verdadero padre estuviera aquí me habría llevado de vuelta a Chile. Pero Paola no estaba enfadada, ni apática. No buscó excusas. Sólo fue amable. La única que habló con Jorgelito en serio, Aunque era un chico duro, fue agradable hablar. Ella le dijo: «Tú eres el príncipe de mamá y también mío. Nunca lo olvides. Hagas lo que hagas. Tú eres nuestro príncipe».

En el bosque alguien llamó a Jorge por su nombre. No podía estar más inmóvil ni más callado de lo que ya estaba. ¿Habían vuelto los yugoslavos?

No apareció nadie.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí tirado? ¿Diez minutos? ¿Dos horas?

El vómito apestaba.

Estaba acabado. Los yugoslavos eran más listos de lo que se había pensado. Debería haber estado más atento. Debía de haber sido la resaca. ¿Cuánto tiempo le habían seguido Mrado y su compinche? No estaban en el autobús. No estaban en su vagón de metro, no los había visto en la parada del autobús en KTH. No había visto que un mismo coche hubiera seguido al autobús. ¿Le habían seguido desde Sollis^[50]? ¿Cómo sabían que estaba en casa de Vadim? Sospechas: el cabrón ruso debía de haber cantado. O algún otro del garito de la noche anterior. ¿Le habían reconocido? Hijos de puta.

Intentó mover una parte pequeña del cuerpo, el dedo índice. Al principio no lo notaba. Tres segundos más tarde, todo el brazo le palpitaba de dolor. Demasiado daño. Gritó fuerte. Pasó de si los yugoslavos aún estaban ahí.

Alguien volvió a gritar su nombre.

Vomitó.

Las oraciones en su boca: *La madre que te parió* *. Los pensamientos en su cabeza: ¿en quién podía confiar ahora? ¿Sergio? ¿Eddie? ¿Ashur? ¿Podría ponerse en contacto con su hermana? ¿Se atrevería a llamar a su hermana? La fuga de la cárcel estuvo muy bien engrasada, fue fluida. Rápida. La mejor hasta entonces. Pero la vida después de la fuga: Jorgelito había pensado a demasiado corto plazo. Se había creído que sería fácil. El mismo error que los demás, había sido débil, había salido de fiesta. Había necesitado contacto social.

Intentó abrir los ojos. Abetos a su alrededor. La luz se filtraba y moteaba el suelo. Marrón, agujas, calvas. No se oían pájaros.

¿Qué iba a pasar? Una cosa era arriesgarse él para conseguir dinero de Radovan. Pero ¿poner en riesgo a su hermana?

Pensó en sus dos tatuajes. En el hombro derecho un diablo que sonreía. Dibujado sólo con tinta negra. Alrededor llamas rojas, naranjas y amarillas. En la espalda un crucifijo con el texto: *The Man*, con letra gótica. Se había pensado que él era *the man with the master plan* ^[51] cuando en realidad era un pringado. Jodido.

Un perdedor en la lona en la cuenta atrás.

Capítulo 26

Un chico de lujo de paseo por el bosque. JW buscaba a Jorge considerando dos posibilidades: o bien el chileno estaba herido en algún lugar entre los árboles o los yugoslavos se lo habían llevado en el coche.

Empezó por el lado de la derecha. Caminó en zigzag, primero unos diez metros hacia el interior del bosque, luego en diagonal hacia la carretera. Después otra vez diez metros recto hacia el interior del bosque.

Se acordó de *La loca historia de las galaxias*. «Peinad la zona», ordenaba la caricatura de Darth Vader. En la siguiente imagen, sus ayudantes arrastraban grandes peines por el suelo. Mel Brooks: tan clase B y sin embargo tan ocurrente.

JW peinó el bosque.

No encontró ningún Jorge entre los abetos.

Una hora y veinte minutos antes JW había llegado a Malmvägen justo a tiempo de ver salir del portal a alguien con el aspecto de Jorge. El detective JW retrocedió unos pasos, tras la esquina de la casa, lo cual demostró ser totalmente correcto. Miró hacia delante. Vio salir a un hombre enorme de un coche demasiado lujoso e ir tras el chileno. Algo no encajaba. El hombre no llegaba a alcanzar a Jorge. Todo el tiempo se mantuvo unos metros más atrás. Tras un rato quedó claro: el hombre gigantesco perseguía al chileno.

El hombre cumplía todos los requisitos del aspecto de gánster yugoslavo clásico: chaqueta de piel tres cuartos, bufanda, vaqueros negros, zapatos de piel. El cuello más ancho que el de Hulk. Los brazos a los costados arqueados hacia fuera, parecía como si siempre estuviera cargando con un televisor. Pelo corto color ceniza, el flequillo cortado recto. Las mandíbulas revelaban una férrea dieta de testosterona.

¿Por qué cojones le había puesto Abdulkarim en esa situación? JW se sentía como un policía fracasado. No se atrevía a aproximarse aunque tenía a Jorge a su alcance. La cuestión aún mayor era quién era el yugoslavo gigantesco. ¿La mafia serbia también quería aprovecharse de los conocimientos sobre coca del chileno?

Continuó el seguimiento. Subió hacia la estación de cercanías. JW se quedó en la parte inferior de las escaleras mecánicas y oyó que el tren entraba en la estación. Subió corriendo y se metió en un vagón. Podía ver a través de los cristales de las ventanas al yugoslavo en el siguiente vagón. Bien.

La tensión, total. JW se olvidó del asunto de Camilla totalmente.

El yugoslavo gigantesco se bajó en T-Centralen. No se veía a Jorge pero JW supuso que el yugoslavo controlaba. Le siguió hacia abajo.

Se bajó en KTH. Dejó distancia con el yugoslavo. Vio a Jorge esperando en una parada de autobús. JW se dirigió con paso decidido hacia la misma parada. Se tenía que notar que su única meta en la vida era el autobús 620. De camino hacia allí pasó a dos metros del yugoslavo gigantesco. JW no sabía si resultaba misterioso que fuera a la misma parada que Jorge, pero pese a ello notaba la cercanía del yugoslavo tan intensamente como si hubieran estado cara a cara en un ascensor estrecho. El tipo tenía presencia.

Algunas personas subieron después de Jorge pero el yugoslavo no estaba en el autobús. ¿Se había rendido? Jorge estaba sentado apretujado junto a una mujer de mediana edad con el bolso en las rodillas. En los asientos de delante estaban sentados los dos hijos de la mujer con cucuruchos de helado en las manos. Estaba libre uno de los asientos de detrás, en el otro estaba sentado un abuelo con una gorra. No era momento de hablar con el chileno; habría que esperar hasta que se bajara. JW se sentó al fondo del todo.

Se bajó en la misma parada que el chileno. Caminó tras él, unos cientos de metros más atrás. Tras un rato vio a un yugoslavo acercarse corriendo. Comprendido, estaban allí. Medio minuto más tarde oyó gritos. Le entró pánico. ¿Qué leches iba a hacer? Se escondió entre los árboles. Se quedó parado, escuchó. Esperó. Y ahí estaba. Pensó en buscar a Jorge. Pero no se le veía. Tras haber cubierto cien metros JW cambió de lado. Merecía la pena dedicar otra hora a buscar.

Se oyó un grito. No tan alto como los anteriores pero igualmente lleno de dolor.

Intentó ir en dirección al sitio de donde había venido el sonido. Miró a su alrededor. Vio árboles oscuros, senderos cubiertos de agujas. En algunos lugares las ramas de los abetos llegaban hasta el suelo y ocultaban lo que pudiera haber debajo. JW avanzó, levantó las ramas, miró debajo. Se pinchó con las agujas. El bosque no era precisamente su entorno. Además se estaba cagando de miedo.

Siete metros más adelante vio en el suelo bolsas de plástico llenas de alimentos. JW siguió el rastro. Más adelante se veía una persona agazapada. ¿Era el chileno? ¿Vivía?

JW miró a su alrededor. No había yugoslavos por ahí. Llamó. No recibió respuesta. Se acercó. El chico parecía muerto. JW se puso en cuclillas a su lado. Pronunció el nombre de Jorge. De verdad que no quería encontrarse con un muerto.

Al final hubo una reacción.

Jorge, con los ojos aún cerrados, murmuró:

—Márchate.

JW no sabía qué iba a decir. Pensó: Qué bien que el tío vive. Pero ¿qué ayuda necesita? No es una buena idea involucrar una ambulancia.

—Hola. ¿Cómo estás? ¿Puedo hacer algo?

—Lárgate.

—Qué bien que estás vivo. Sé quién eres. Te reconozco. Llevo buscándote varias horas.

Jorge abrió un ojo. Tenía algo de acento de sueco de Rinkeby.

—¿Y tú quién coño eres?

—Me llamo Johan. No tengo ni idea de quién te ha hecho esto ni por qué. Estás hecho un asco. Necesitas cuidados. Tienes que escucharme. Te traigo noticias geniales.

—Que te largues. No tienes que ver conmigo una mierda. No te he visto nunca.

—Espabílate. Te llamas Jorge Salinas Barrio y te fugaste de Österåker el 29 de agosto. Desde entonces has estado viviendo como un fugitivo, tiene que ser duro. Tú conoces el negocio de la cocaína mejor que nadie. Eres el rey de la farlopa en la zona de Estocolmo. ¿Me estás escuchando?

Jorge estaba tumbado sin moverse. No decía nada. Pero tampoco decía que no.

—Trabajo para un árabe, Abdulkarim Haij, ¿sabes quién es?

Jorge volvió a alzar la mirada. JW lo interpretó como: Sigue hablando.

—Él me proporciona farla. Verás, yo vendo a la gente de Stureplan y gano mucho dinero. Se les puede sacar hasta mil cien por gramo. No está mal. Pero imagínate si se pudieran bajar los precios de compra aún más. Eso es lo que vamos a hacer cuando nos expansionemos. Y te conocemos, sin nosotros no tienes vida. Aparentemente, además de la policía también hay otra gente que te está buscando. Ahora puedes olvidarte de ellos. Vamos a ayudarte, vamos a volver a levantarte. Te conseguiremos pasaporte, *pesetas* *, lo que necesites. La policía no tiene ni una posibilidad. Tampoco los yugoslavos esos. Si trabajas para nosotros te follarás.

JW recuperó la respiración. Le daba igual que Jorge pareciera estar totalmente ausente. Notaba lo excitado que estaba, llevaba días pensando en ello. Ahora era difícil tomárselo con calma.

—Escucha, hemos estudiado el crecimiento en Estocolmo. La coca está saliendo del centro. Es la nueva tendencia, la nueva droga del pueblo. Va a ser como la maría. Y el precio baja cada día. Cuando entraste en la cárcel el gramo costaba mil doscientas. Ahora muchos venden farla del ochenta y cinco por ciento por ochocientas. Eso significa que los volúmenes se disparan y nosotros, que tenemos buenos contactos, podemos comprar a precios rebajados. Los ingresos añadidos aumentan radicalmente. Y aquí es donde entras tú, nos vas a ayudar a ingresar más. Sobre todo vas a vender a la gente del extrarradio. Tú y yo, juntos, vamos a hacernos los dueños de esta ciudad. ¿Me sigues? Dueños de esta ciudad.

Jorge con voz gimoteante. *Maricón **, lárgate.

ACTA

Vista previa oral en el tribunal de Estocolmo.

Caso n.º T 3245-06

Tribunal

Juez interino Patrick Kenbäck

Actuario

Secretario del juzgado Oskar Hävermark

PARTES

Demandante

Annika Sjöberg, 690217-1543

Gröndalsvägen 172

11769 Estocolmo

Presente

Representante y asesor según la ley de asistencia jurídica:

Abogado Göran Insulander

Apartado de correos 11244

11221 Estocolmo

Presente

Demandado

Mrado Slovovic, 670203-9115

Katarina Bangata 35

11639 Estocolmo

Presente

Representante:

Abogado Martin Thomasson

Apartado de correos 5467

11231 Estocolmo

Presente

CAUSA

Patria potestad, custodia, régimen de visitas, etcétera.

El actuario repasa lo anteriormente acontecido en el caso.

DEMANDAS

Göran Insulander manifiesta que Annika Sjöberg solicita la patria potestad exclusiva sobre la hija, Lovisa, así como su concesión como medida provisional.

Martin Thomasson manifiesta la postura de Mrado Slovovic según lo siguiente. Se opone a la solicitud de Annika Sjöberg. Por su parte, solicita tener derecho a un régimen de visitas *semanal* desde las 18 horas de los *martes* hasta las 18 horas de los *viernes* , así como su concesión como medida provisional.

Goran Insulander manifiesta que Annika Sjöberg se opone a la solicitud de Mrado Slovovic. Accede a que Mrado Slovovic tenga derecho de visita *cada dos semanas* , desde las 18 horas de los *martes* hasta las 18 horas de los *miércoles* .

FUNDAMENTOS, ETCÉTERA

Göran Insulander manifiesta los motivos y las circunstancias de las demandas de Annika Sjöberg como sigue. Annika Sjöberg y Mrado Slovic se casaron hace aproximadamente nueve años. Tuvieron a su hija Lovisa dos años más tarde. Lo mejor para Lovisa es no tener demasiado contacto con Mrado Slovic, ya que es una influencia muy negativa sobre la hija, aparte de que para ella es peligroso estar con él. Además, no es capaz de colaborar con Annika Sjöberg en las entregas y recogidas relacionadas con las visitas. Mrado Slovic la ha amenazado en una serie de ocasiones. Pese a ello, Annika Sjöberg considera que Lovisa puede tener visitas limitadas con su padre, ya que es importante para un niño tener contacto con sus dos progenitores. Lovisa nunca pregunta por Mrado Slovic. En el año 2002 empezó a deteriorarse la relación entre las partes. Mrado Slovic no estaba nunca en casa por la noche y dormía la mayor parte del día. Se enfadaba cuando Lovisa gritaba o hacía ruidos y no se encargaba de ella. Era Annika Sjöberg quien se encargaba de las comidas y la higiene de Lovisa. Mrado Slovic se movía en ambientes criminales y en la primavera de 2004 Annika Sjöberg decidió separarse. Mrado Slovic se enfadó mucho por esto y amenazó, entre otras cosas, con llevarse a Lovisa a Serbia. También dijo en dos ocasiones que le iba a romper el cuello si no le dejaba vivir con Lovisa. Durante los años 2004-2006 las visitas a Lovisa han sido problemáticas. Durante periodos prolongados, el más largo de cuatro meses, no vio a Lovisa. En varias ocasiones Mrado Slovic no apareció cuando tenía que devolver a Lovisa sino que se la quedaba hasta tres días más sin el permiso de Annika Sjöberg. Lovisa está muy estresada y duerme mal después de estar con él. Cuando está en casa de Mrado Slovic, le deja ver vídeos toda la tarde y no le hace comida adecuada para ella. Él sigue moviéndose en ambientes criminales y anteriormente ha sido condenado por varios delitos violentos. Conocidos de Annika Sjöberg declaran que han visto a Mrado Slovic en su coche deportivo con Lovisa conduciendo a velocidades muy superiores a las permitidas. En una ocasión se la llevó con él a un club de lucha deportiva donde estuvo junto al cuadrilátero y vio cómo noqueaban a Mrado Slovic. Esto afectó mucho a Lovisa. Es dañino para Lovisa relacionarse con Mrado Slovic. En parte porque se la lleva con él a actividades claramente peligrosas. En parte porque se encuentra dentro de un entorno de criminalidad. Además, Mrado Slovic no es capaz de colaborar con Annika Sjöberg.

Martin Thomasson manifiesta los motivos y las circunstancias de las demandas de Mrado Slovic como sigue. Lovisa tiene necesidad de su padre. No es cierto que sea peligroso para ella relacionarse con él. Él no conduce con exceso de velocidad con ella en el coche. Le da de comer adecuadamente y ver la televisión no es lo único que hace. Realizan muchas actividades juntos, entre otras cosas van a Skansen y hacen pasteles. En una ocasión Lovisa acompañó a Mrado Slovic al local de entrenamiento de deportes de lucha, pero no es cierto que ella viera cómo le noqueaban. Sin embargo él y Lovisa boxearon en broma en el cuadrilátero de una manera totalmente inofensiva. El motivo por el que Annika Sjöberg afirma hechos no verdaderos es porque tiene celos de Mrado Slovic, ya que poco después de su ruptura él inició una

relación con una nueva mujer. Los problemas para recoger o entregar a Lovisa son por Annika Sjöberg, que a veces se derrumba psicológicamente. En esas ocasiones se queda apática en la cama y no es capaz de cuidar de Lovisa. Este comportamiento ya empezó durante el matrimonio de las partes. Cuando Annika Sjöberg se encuentra en esos periodos depresivos Mrado Slovovic considera que no es positivo para Lovisa estar con Annika Sjöberg.

Lovisa se encuentra muy a gusto en sus visitas con Mrado Slovovic y en varias ocasiones ha expresado que quiere estar más tiempo con él. En la última visita de Mrado Slovovic, en enero de este año, Lovisa dijo que quería «vivir con papá» como vivía «con mamá». Siempre se pone muy triste cuando tiene que volver con Annika Sjöberg. Annika Sjöberg se ha negado a que Mrado Slovovic se lleve a Lovisa a Serbia para visitar a su abuelo paterno. Mrado Slovovic nunca ha tenido intención de llevarse a Lovisa sin el conocimiento de Annika.

Lo mejor para Lovisa es que las partes mantengan la patria potestad compartida y que pase aproximadamente el mismo tiempo con su padre que con su madre. Sin embargo, en las circunstancias actuales, Mrado Slovovic considera que un derecho de visitas de martes a viernes es suficiente.

Bajo la guía del actuario, las partes discuten una solución consensuada. No se alcanza un acuerdo.

Se considera finalizada la vista con notificación de que se comunicará el fallo presencialmente en la secretaría del juzgado el veintitrés de febrero de este año a partir de las 13:30 horas.

Tras deliberación a puerta cerrada, el tribunal falla lo siguiente.

SENTENCIA

(Se comunicará el veintitrés de enero de este año a las 13:30 horas).

Motivos

El tribunal no encuentra en la situación actual motivos suficientes para retirar la patria potestad compartida. Por lo tanto, la solicitud de Annika Sjöberg en este sentido queda desestimada.

En cuanto al derecho de visitas, el tribunal constata que durante los últimos cinco años Mrado Slovovic ha visto a Lovisa de manera irregular. Con estos antecedentes el tribunal decide que por el momento el régimen de visitas sea de un día cada dos semanas. De resultar positivo el régimen de visitas las propias partes podrán discutir la ampliación de las formas de visita.

Conclusión

Hasta que las cuestiones se resuelvan por juicio o decisión que tenga validez legal o los padres alcancen un acuerdo sobre el asunto y el acuerdo sea aprobado por los servicios sociales o se decida otra cosa, el tribunal decide lo siguiente:

Se mantiene la patria potestad compartida de Lovisa para ambas partes.

Las necesidades de Lovisa de momento se satisfacen con un régimen de visitas para Mrado Slovovic cada dos semanas desde los miércoles a las 18:00 horas hasta los jueves a las 18:00 horas.

Cómo apelar

La apelación se elevará ante el tribunal de apelación y se presentará al tribunal en un plazo máximo de tres semanas a partir de la fecha del fallo.

Firmado:

OSKAR HÄVERMARK

PARTE III

(CUATRO MESES MÁS TARDE)

Capítulo 27

Las fronteras psicológicas grabadas en el territorio de Estocolmo. La geografía dividida en tres partes de Kungsgatan. Al final del todo, hacia Stureplan había bonitas tiendas de moda, cafés, terrazas, cines y tiendas de electrónica. La tienda de Diesel, The Stadium, Wayne's y McDonald's. Blue Moon Bar y The Crib. Rigoletto, Saga y Royal. El-Giganten y Siba. Todos se movían por ese trecho: vikingos, la gente de Stureplan, las bandas del extrarradio. Siguiente tramo, desde Hötorget hasta Vasagatan: el trozo más cutre. Garitos espantosos y restaurantes ruidosos. La parte de las peleas, poblada por macarras extranjeros y suecos medios. La última parte, el cruce de Vasagatan hasta el puente, no tenía restaurantes ni garitos normales, tiendas o cafés. Ahí había sólo sitios con un perfil propio: el teatro Oscar, Fasching y Casino Cosmopol. Clientela de más edad. Una mezcla creativa de fanáticos de la revista, amantes del jazz y jugadores.

Un corte en sección de la vida de ocio/compras/nocturna de Estocolmo. Kungsgatan, aceras con calefacción, siempre libres de nieve, siempre con ambiente. Siempre histeria consumista. Tres capas diferentes. Tres mundos diferentes a lo largo de la misma calle.

Mrado estaba sentado en la barra de Kicki's Bar & Co., uno de los sitios cutres de la parte central de la calle, y esperaba a Ratko. Cerveza de graduación alta & Co.: ale, cerveza de graduación media, sidra.

Estaba cansado de cojones.

Miró agotado hacia delante. Grupos de macarras de veinte años con plumas robados de la marca Canada Goose. Se negaban a quitarse las cazadoras; eran símbolos de un mundo al que en realidad jamás tendrían acceso. Observó a una distancia prudente. No sabían quién era él. Sin embargo lo pillaban: no hay que meterse con ese gigantón de la barra. Si el guardarropa del local hubiera sido suyo, las cazadoras de esos pipiolos panchitos habrían estado colgadas en las perchas desde hacía mucho.

En las paredes letras de neón. Formaban las palabras: *Copas de Kicki*. Letras alternando rojo, azul y amarillo.

Mrado y Ratko habían decidido tomarse una cerveza antes de ir al Casino Cosmopol, más arriban en Kungsgatan. Mrado necesitaba conseguir dinero limpio. Las tiendas de vídeo/tapaderas para blanquear dinero no funcionaban como deberían. No conseguían absorber el flujo de dinero. El casino era siempre una solución de emergencia para blanquear dinero.

Eran las cinco y diez. Ratko no solía llegar tarde. ¿Sus quejas habían aumentado últimamente? Eso no podía ser. Mrado estaba por encima de Ratko en la jerarquía de los yugoslavos. En consecuencia sólo iba a esperar diez minutos más.

Pidió una cerveza más. Repasó los últimos meses.

La situación de Jorge se había resuelto bien. Habían pasado cuatro meses y el latino había estado tranquilo desde entonces. Sin dejarse ver. Sin más intentos de hacer el tonto. Mrado había recibido pistas. Jorge seguía en la ciudad, aún llevaba el aspecto moreno para seguir escondido. Iba tirando haciendo lo único que sabía, vender farla para algún camello. A Mrado le importaba una mierda quién fuera mientras no le molestara.

Mrado había seguido trabajando con lo habitual. Echaba de menos a Lovisa. Maldecía a Annika. El 23 de febrero habían comunicado el fallo provisional del tribunal: doble comunicación. Era agradable seguir teniendo la patria potestad compartida. Era una putada tener un régimen de visitas de sólo un día cada dos semanas. Suecia volvía a traicionar a los serbios.

Todas las noches Mrado se despertaba entre las cuatro y las cinco y no podía dormir. Como una vieja. Solía echarse al colete un lingotazo de whisky para poder volverse a dormir. ¿Qué coño pasaba?

Una vez entró en la habitación de Lovisa buscando tranquilidad. Se sentó en su cama. Crujió. El ruido le recordó algo. No sabía qué. Abrió un cajón de su escritorio. Vio las pinturas. Cayó en qué le recordaba el crujido. Se sentía hartó. Angustiado. ¿Qué iba a pensar Lovisa de él si alguna vez se enteraba de toda la mierda que había hecho? ¿Era posible ser un buen padre y al mismo tiempo romperle los dedos a la gente? Debería dejarlo.

Por lo demás, la vida había seguido como siempre. Las ramificaciones crecían. La pasta entraba. Últimamente, los asuntos grandes habían sido llevar las tiendas de vídeo y pensar en cómo enfrentarse a los cerdos de la policía y su nuevo proyecto Nova. Radovan había convocado una reunión sobre Nova. Todos los compañeros discutirían los esfuerzos de la pasma por pararles los pies. El propio Mrado, Goran, Nenad y Stefanovic.

Las compañías de videoclub que había creado tras la gran búsqueda del testafarro, Christer Lindberg. Mrado no quería a alguien que despertara las sospechas del Registro de Empresas, Hacienda y demás curiosos. Había comprobado en el registro civil que el tío estuviera empadronado en Suecia, en Tráfico que no hubiera ninguna importación sospechosa de BMW alemanes que llamaran la atención, en Hacienda que las deudas con el fisco estuvieran a cero, en el Servicio de Embargos Ejecutivos y en la empresa de registro de morosos Upplysningscentralen que el tío no tuviera ningún expediente por morosidad. Por último había

comprobado las listas internas de la policía; todo tenía que parecer limpio. Mrado le dio las gracias a su contacto en la policía por los datos de este último registro.

Christer Lindberg, al menos en apariencia era un ciudadano responsable. Debería funcionar.

Mrado no quiso verse con Lindberg en persona, se mantuvo a distancia. Goran se había encargado de explicarle casi todo. Mrado sólo habló con el tío una vez por teléfono. Lo único que supo fue que Mrado era un amigo de Goran que le daría una buena pasta a cambio de firmar unos documentos y responder a posibles preguntas de Hacienda.

Lindberg según Mrado: la caricatura de un obrero. Hablaba a más no poder el sueco de los suecos medios, explicaciones semi-profundas/ símiles y tópicos en todas las frases. Mrado pensó en su única conversación. No pudo evitar reírse para sus adentros.

—Hola, soy un amigo de Goran. Se trata de una idea de negocio sobre videoclubes. ¿Te ha comentado algo al respecto?

—Vaya que sí.

—¿Sabes de qué trata el asunto?

—Vamos, que uno no se ha caído de un guindo. Pillo la idea.

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Qué hacías antes de empezar a trabajar para Goran?

—Aquí servidor trabajaba en la misma empresa de transportes, Ostmans Åkeri, en Haninge.

—¿Qué tal era eso?

—Era como la noche y el día, vamos.

—¿Qué quieres decir?

—Resulta que Ostman empinaba el codo. Un día apareció Göran. Se encargó de todo el tinglado. Vamos, que se lo curró bien.

—Se llama Goran.

—Ja, ja. Eso, Goran. Me cuesta un poco eso de los nombres.

Fue suficiente. Mrado no quería tener ninguna relación con Lindberg.

Envió los papeles al tío. Le pidió que firmara. Le explicó un poco más de qué se trataba, que un amigo de Mrado y Goran iba a abrir videoclubes.

Se necesitaba que alguien que estuviera empadronado en Suecia figurara como administrador de las compañías. Lindberg recibiría una cantidad de doce mil por firmar. Después le darían diez mil cada seis meses mientras todo siguiera adelante. Mrado le instruyó sobre qué hacer en caso de que Hacienda u otra autoridad fisona preguntara algo.

Asunto finiquitado, como dijo Lindberg.

Mrado se puso en contacto con una empresa que vendía compañías constituidas sin actividad. Compró dos. Pagó cien mil por cada una. Envío todos los papeles firmados por Lindberg. Cambió los nombres: Videospecialisten i Stockholm AB y Videokamraten AB. Abrió cuentas bancarias. Cambió de interventores. Consiguió locales.

Una de las tiendas estaba en Karlavägen. También se hicieron con un local de un antiguo videoclub, Karlaplans Video. ¡Una lástima los dueños turcos! Mrado envió a Ratko y a Bobban para que los asustaran un poco. Fueron allí diez minutos antes de la hora de cierre una noche de octubre. Explicaron la situación. Los turcos se negaron. Dos días más tarde, cuando iban a abrir la funda de *Batman Begins* que alguien había dejado en el buzón de devoluciones, ¡bum, bum! Uno de los turcos perdió cuatro dedos y la visión del ojo izquierdo.

Un mes más tarde, Mrado compró el local por treinta mil. Regalado.

El otro videoclub estaba en Södertälje Centrum. El local había sido una tintorería. Al dueño anterior, también turco, le fue fatal. Una coincidencia poco afortunada: los yugoslavos contra los turcos. Las apuestas contra los yugoslavos, bajas. El tío de la tintorería vendió voluntariamente por veinte mil coronas. No hubo que hacer nada más.

Encargó que restaurasen y reformasen los locales durante noviembre. Empleó a Rivningsspecialisten i Nälsta AB, la empresa de demolición de Rado. Una manera cómoda de generar IVA repercutido/devengado y de que la compañía de demolición facturara legalmente.

Mrado tiró las películas porno de Karlaplans Video. Trajo una gran cantidad de películas infantiles; el paraíso Disney al cuadrado. Tiró una de las paredes, puso muchas cajas de golosinas para venderlas a granel. Reformó el mostrador de la caja, lo adaptó para que se pudiera vender boletos de lotería, periódicos e inscribir a los nuevos socios. Pintó las paredes, puso carteles publicitarios de los últimos DVD para niños, arregló el sitio, empezó a vender libros de bolsillo en un rincón. Producto final: el videoclub más amable y adecuado para los niños de todo el barrio de Östermalm.

Causaba una buena impresión.

La tienda de Södertälje: Mrado vendió las máquinas de la tintorería a unos viejos conocidos, sirios. Södertälje era su Jerusalén. Mrado lo

sabía, se había relacionado con sirios durante toda su infancia y adolescencia. Incluso le invitaban a bodas alguna vez. Los sirios: una de las redes más cerradas de Estocolmo. Dominaban las tintorerías y las peluquerías de clase B. Empresarios. Mrado cuidaba de sus conocidos. Tintorerías y peluquerías; unas actividades al menos tan buenas para el blanqueo de dinero como los videoclubes. Podría venirle bien.

En dos meses los videoclubes funcionaban perfectamente. La idea base era sencilla. Mrado tenía cuatrocientas mil coronas en metálico. Doscientas mil fueron para la compra de las compañías. Se ingresaron cien mil en las cuentas bancarias de cada empresa, divididas en ingresos menores. El dinero era suficiente para pagar los locales, las obras y la compra de películas en vídeo y DVD. Los chicos del gimnasio estaban a diario en los locales entre las cuatro y las diez de la noche. Salario sin declarar: b. c. (Bajo cuerda). Sobre el papel Radovan era empleado y accionista. Mrado, empleado a media jornada. Ingresaba dinero en las cuentas de las compañías cada dos días. Cuando todo estuvo en marcha cada tienda generaba en realidad cincuenta mil coronas al mes. En la contabilidad maquillada de Mrado: trescientas mil al mes. Tras el sueldo de Radovan de veintisiete mil y el de Mrado de veinte mil al mes, el resto de los costes, impuestos y gastos sociales: aproximadamente ciento cincuenta mil coronas legales por tienda. En resumen: los sueldos más los activos que había en las empresas, limpios de polvo y paja.

El dinero de la gestión de los guardarropas pasaba por los videoclubes a efectos de papeleo; así, por el otro lado, tras los cargos de los impuestos, salían coronas honradas. Y lo mejor: si se iba a la mierda, Lindberg se llevaría el golpe. Ni Mrado ni Radovan estaban en la dirección y no constaban en ningún registro.

Pese a las empresas de blanqueo de dinero, tenía problemas. No eran suficientes. Los últimos meses sus problemas para dormir eran peores que antes. La situación con Rado: más irritado que nunca. ¿Se debía a la solicitud de Mrado de tener una parte de los guardarropas? El jefe yugoslavo se sentía superior. Otorgaba competencias a Goran y a los otros, pero no a Mrado. R planeaba algo a espaldas de M. Los indicios se filtraron por Ratko y Bobban. Pregunta: ¿R había encargado a Mrado montar los videoclubes para mantenerle ocupado? Pregunta número dos: ¿Qué era Mrado sin Radovan? Pregunta número tres: ¿Qué podía hacer Mrado aparte de esto en su vida? ¿Había otra posibilidad?

Todo era mejor antes.

Ratko no apareció. Mrado se levantó. Pagó. Se fue solo al casino.

Casino Cosmopol: el tugurio de juegos del Estado por excelencia. La filosofía de la hipocresía en estado puro. El juego es un pecado luterano, el juego es un derroche/una estupidez/asocial, el juego conduce a la adicción; al mismo tiempo el ministro de Economía gana un pastón con él. La gente necesita diversión, pan y espectáculo. Venga ya, un poco de

juego es emocionante. Triss, Lången, Keno, Tian, V75, Oddset, Tippet, póquer por Internet, Jack Vegas^[52], etcétera. Las máquinas Jack y Miss Vegas lo peor, ingresaban cinco mil millones al año para el gran hermano. Llevaban a gente a la ruina. Hundían familias. Destrozaban sueños. La nueva enfermedad de la sociedad del bienestar, junto al sobrepeso, era la adicción al juego. Había subido un setenta y cinco por ciento desde que habían abierto los casinos y las máquinas Jack Vegas.

Los porteros del casino saludaron a Mrado. Pasó de largo por las taquillas de entrada. A la gente normal le comprobaban la tarjeta de identidad y comparaban con las fotos de su base de datos. La primera vez que alguien iba al casino le hacían una foto. Con Mrado no hacía falta; tenía tarjeta anual. Además: Mrado era Mrado.

El sitio era una mezcla entre un local de ocio estilo fin de siglo y el ferry de Finlandia. Cinco pisos. La planta que daba a la calle, la más deliciosa. Techo alto, casi quince metros. Techo de paneles de madera hermosamente pintados. Motivos y estuco originales. Cuatro arañas de cristal enormes. Las paredes de espejo hacían que la sala pareciera más grande de lo que era. En el suelo una moqueta roja. Ocho grandes mesas de ruleta colocadas por parejas. Entre cada dos mesas, sobre una tarima, un empleado del casino con esmoquin o traje sentado en un sillón de piel negro giratorio. Misión: mantener los ojos fijos en el juego, encargarse de que nadie hiciera trampas. Apuesta mínima en las mesas de ruleta: cincuenta coronas para apostar por un número, quinientas para apostar por un color, par/impar o columna. Un billete de mil volaba fácilmente en cinco minutos. Además: cinco mesas de blackjack y de bacará. Dos mesas de sic bo para los asiáticos. Máquinas de Jack y Miss Vegas, tragaperras y otras máquinas por todos los lados.

La hipocresía volvía a ser evidente, alguien le dio un folleto a Mrado: *¿Tienes problemas de ludopatía? No es nada de lo que avergonzarse. Más de 300 000 suecos sufren de la misma adicción que tú. Pero hay ayuda. Llámanos al CENTRO DE DEPENDENCIAS*. Alucina con esa mierda: repartían esos folletos a los jugadores, al tiempo que se podía sacar sin problema cien mil de la propia caja del Casino Cosmopol.

Entre la clientela, como siempre, había al menos un treinta por ciento de asiáticos. El resto, tíos vikingos, pateros viejos, mujeres de mediana edad con escotes demasiado pronunciados, un grupo de chavales jóvenes y jugadores profesionales, los que pasaban allí todas las noches.

Mrado saludó a bastantes conocidos. Continuó hacia arriba, hacia el cuarto piso, donde tenía lugar el verdadero juego. Póquer.

Segundo piso: moquetas marrones, mesas de blackjack, algunas ruletas de tamaño medio, montones de máquinas. Un bar. Mrado fue hasta la barra. Saludó al camarero. Le preguntó que qué tal. Todo bien. De fondo sonaba Frankie Boy. Siguió subiendo.

Tercer piso: igual que el segundo pero sin bar. En la escalera se encontró con uno de los chicos de recepción del gimnasio.

Mrado saludó:

—¿Qué pasa?

—Hazle un favor a un viejo amigo: acompáñame al viaducto de Klaraberg y empújame.

Mrado se rió.

—¿Te has vuelto a fundir todo el presupuesto del mes?

—Sí, hostias. Se ha ido todo al garete, estoy totalmente jodido. Esta noche me he ventilado treinta mil pavos. Nada de vacaciones para mí. *Joder, todo está perdido, si llovieran coños yo sería asexual* ^[53].

—Tranquilo, eso lo dices siempre. No pasa nada, te arreglarás.

—Tengo que practicar más con los chicos del gimnasio. Gente más de mi clase, ¿verdad? ¿No deberíamos organizar una velada de póquer? Tomarnos unos whiskys, fumarnos unos puros...

—No es ninguna tontería, pero muchos pasarán del alcohol. Demasiadas calorías peligrosas.

—Sí, pero qué coño voy a hacer. No tengo ninguna oportunidad contra los que están aquí.

—¿Sólo están los tíos fuertes esta noche?

—Ya te digo.

—¿Has visto a Ratko?

—Aquí no. Tampoco le vi ayer en el gimnasio. ¿Habéis quedado?

—Más le vale tener una buena excusa. Habíamos quedado hace veinte minutos.

—Si le veo le digo que estás aquí arriba, y cabreado. Me tengo que ir a casa ya, si no esto puede acabar mal de verdad.

Mrado siguió subiendo. El tío de la escalera estaba claramente al borde de la ludopatía. Mrado se preguntó qué era peor: ¿la ludopatía o la adicción a los anabolizantes?

Abrió las puertas giratorias del último piso. Moquetas verdes. Del mismo color que los tapetes de las mesas de póquer. Techo negro con

focos dirigibles discretos. Ahí no había paredes de espejo; sin embargo los tramposos abundaban. Mrado saludó. Los jugadores legendarios de Estocolmo estaban ahí: Berra K, Jokern, Piotr B, Majoren y otros. Hombres con el mismo ritmo diurno/nocturno que Mrado. Trabajaban desde las diez de la noche hasta que cerraba el casino, a las cinco. Tíos que siempre iban por ahí con al menos cinco mil pavos al contado sujetos con una goma. Genios de las matemáticas inadaptados.

En la mitad de la sala sólo había máquinas tragaperras.

En la otra mitad estaba la mesa de póquer. Gruesas cuerdas de terciopelo mantenían a distancia a los curiosos y a los mirones furtivos. El póquer estaba de moda. En medio de la parte larga de cada mesa: el crupier del Estado, vestido con camisa blanca, chaleco rojo y pantalones negros. El ambiente, serio, tenso, con la más profunda concentración.

Dos de las mesas eran para apuestas altas. Alguno parecía desesperado, quizá habían volado los ahorros de la familia. Alguno resplandeciente, quizá acababa de ganar veinte, treinta mil en un bote. Los demás sólo estaban muy centrados en el juego.

Sitios libres en una de las mesas caras. *No limit* : sin límites en las apuestas. Era posible hacer *all in* . Unas veinte manos a la hora. El Estado se llevaba el cinco por ciento del bote. Un placer caro; pérdidas excluidas.

La idea de Mrado se basaba en que con todas las ganancias de más de veinte mil en el póquer del Estado se podía obtener un recibo, eran legales. Mrado no era el mejor del mundo pero a veces tenía suerte. En ese caso: apostar fuerte. Esa noche las probabilidades eran pocas: muchos buenos jugadores a la mesa. Pero por otra parte las apuestas serían más altas, más dinero que se podía blanquear. Con suerte quizá pudiera blanquear cien mil. Su plan: jugar ajustado. Apostar sólo si tenía una buena mano de apertura. Táctica precavida de bajo riesgo.

Se sentó.

El juego: *Texas hold'em* . Súper de moda desde que el Canal 5 había empezado a retransmitir las competiciones estadounidenses. Atraía a muchos novatos a la mesa de póquer, aunque era la variante de póquer más difícil. Rápida, el mayor número de manos por hora proporcionaba las máximas posibilidades de ganar. Un bote mayor que en el *Omaha* o *seven card stud* con más jugadores a la mesa. Nada de cartas descubiertas salvo las cinco comunes del montón. El juego de las ganancias rápidas/grandes.

Esa noche parecía que sólo había clásicos a la mesa.

Bernhard Kaitkinen, más conocido como Berra K. Aún más conocido como el hombre que la tenía más larga en Estocolmo, lo cual él nunca

perdía la oportunidad de resaltar: Berra, el de la boa. Siempre vestido con traje claro, como si estuviera en el casino en Montecarlo. Había estado con la mayoría de las damas de la alta sociedad: Susanna Roos, redactora jefe de *Svensk Damtidning*, Charlotte Ramstedt y otras. Berra K: un fanfarrón, un embaucador, un caballero. Sobre todo: un fantástico jugador de póquer. Mrado conocía sus trucos. El tío siempre hablaba de otras cosas, distraía, creaba su propia cara de póquer dándole a la lengua sin parar.

Piotr Biekowski: un polaco pálido. Había ganado el campeonato del mundo de backgammon unos años antes. Se había pasado al póquer; había más dinero ahí. Vestido con chaqueta oscura y pantalones negros. Camisa blanca arrugada, los dos botones superiores desabrochados. De estilo nervioso, inseguro. Suspiraba, se lamentaba, esquivaba la mirada. Quizá eso engañara a los principiantes del casino. No a Mrado, él lo sabía: nunca juegues demasiado alto contra Piotr; te vaciará la cartera.

Enfrente de Mrado: un chico joven con gafas de sol que Mrado apenas conocía vagamente. Mrado le miró fijamente. ¿Se creía el chaval que estaba en Las Vegas?

Mrado empezó con la gran ciega; mil pavos que alguien, en este caso Mrado, estaba obligado a aportar como apertura del juego. Nadie podía participar sin apostar esa cifra como mínimo.

Piotr fue con la pequeña ciega: quinientas coronas.

El crupier repartió las cartas.

La mano de Mrado: cinco de corazones y seis de corazones.

Aún no se había repartido el *flop*.

Berra K reaccionó primero, dijo:

—Estas cartas me recuerdan una partida que jugué en un barco a las afueras de Sandhamn el verano pasado. Tuvimos que dejarlo porque empezó una tormenta de relámpagos del demonio.

Mrado no hizo caso de la charla sin sentido.

Berra K pasó.

El de las gafas de sol empezó con mil.

Piotr apostó quinientas, subió al nivel de la gran ciega.

Mrado volvió a mirar sus cartas. La mano era bastante horrorosa, pero, así y todo, conectaban, eran cartas consecutivas del mismo palo y no costaba nada aguantar una vuelta más. Comprobó, continuó.

Flop : las tres primeras cartas sobre la mesa. Siete de corazones, seis de tréboles y as de picas. No era lo idóneo contra su mano. Pocas posibilidades de color. Piotr empezó a quejarse; su estilo.

Mrado obligado a pensárselo bien. El juego era fuerte. Piotr podía estar disimulando un buen juego; lamentándose, suspirando y quejándose, estaría intentando que el resto de los jugadores subieran sus apuestas. En ese caso Mrado debería pasar, pese a que tenía posibilidades de color y de escalera. Se había prometido jugar con contención.

Se retiró, la apuesta continuó sin él.

El de las gafas de sol lo vio. Aumentó cuatro mil. No estaba mal. Quizá era uno de los nuevos advenedizos que habían aprendido todo jugando delante de un ordenador en Internet. Pero presencial era diferente.

Turn : la cuarta carta en la mesa. Un siete de diamantes.

Piotr, el primero en ir. Puso quince mil pavos.

El de las gafas fue con treinta mil. Doblaba la apuesta, algo gordo.

Todos los ojos en Piotr. Mrado lo sabía, el polaco podía tener un trío, incluso un full. Pero también: el tío podía ir de farol a lo bestia.

Piotr fue con todo: *all in* , cien mil coronas. Alrededor de la mesa se oyó un murmullo de sorpresa.

El de las gafas carraspeó. Jugeteó con sus fichas.

Mrado observó a Piotr. Se convenció, el polaco iba de farol; un destello rápido en la mirada le delató. Sus ojos se encontraron. Piotr supo que Mrado lo sabía.

El de las gafas de sol no lo vio. Se asustó de la ofensiva.

Pasó.

River : la última ronda de cartas en la mesa; no llegó a repartirse.

Mrado pensó: El polaco va fuerte esta noche. Juega a lo grande sin nada.

Hora de la siguiente partida.

El juego continuó.

Mano tras mano.

Mrado se iba manteniendo.

Piotr jugaba agresivamente. Berra K hablaba de tías. Distraía. El de las gafas de sol intentaba recuperar lo que acababa de perder.

Tras veinticuatro manos: la de Mrado, *big slick* de corazones. El clásico del mundo del póquer: un as y un rey. Tienes las posibilidades de lo mejor que se puede tener, escalera real, y tienes las cartas más altas. Sin embargo no tienes nada. Binario: si funciona rompes, si se fastidia, estás jodido.

Una solitaria gota de sudor en la frente de Mrado. Podría ser su oportunidad. Hasta entonces había jugado de forma conservadora. Piotr, Berra K y el de las gafas de sol no creerían que fuera a apostar sin tener algo. Por otra parte, podía ser un truco. Uno juega sobre seguro, engaña a todos haciéndoles creer que uno nunca arriesga. Luego va una vez de farol a lo grande.

Su mejor mano de apertura de la noche. Se decidió; por las empresas, para salvar la situación con Radovan; apostar a lo grande.

La gota de sudor se paró en la ceja de Mrado. Tan cerca de una escalera real y sin embargo apenas una posibilidad entre varios miles.

Jugueteó con una ficha en la mano.

Pensó: Me lanzo.

Apostó cinco mil.

Berra K lo vio. Cinco mil. Juego fuerte.

El de las gafas de sol se retiró. Era una locura seguir en un juego tan agresivo sin tener nada en realidad.

Piotr, con la gran ciega, subió. Total, veinte mil. De locos.

Berra K, Mrado y Piotr, todos tenían una cantidad tremenda de pasta ante sí.

Mrado se lo pensó: Ahora se trata de *make it or brake it*. Conocía las probabilidades, su mano era una de las diez mejores aperturas que uno puede tener en este juego.

Miró a Piotr. ¿Había visto el mismo destello en los ojos que en la primera mano, en la que el polaco fue de farol? La sensación era la misma. Piotr se traía entre manos algún truco. Mrado seguro; el polaco intentaba ver si colaba; era el turno de Mrado para llevarse a casa un pastón.

Siguió adelante. Veinte al centro de la mesa.

Berra K empezó a desbarrar otra vez. Hablaba sobre partidas de locura y que ésa era la más loca de todas. Luego se retiró. No era inesperado.

Quedaba Mrado contra Piotr, a la espera de las primeras cartas sobre la mesa.

El de las gafas de sol se las quitó, incluso Berra K dejó de hablar. Silencio alrededor de la mesa.

El *flop* mostró as de trébol, dos de diamantes, dama de corazones.

Piotr apostó quince mil más. Quizá para echarle un pulso a Mrado. Un juego asquerosamente fuerte.

En todo caso, Mrado tenía una pareja de ases, la mejor pareja que se puede tener. Tenía que conseguir algo bueno con la carta más alta, el rey. Y aún tenía posibilidades de una escalera real. Continuó. Puso quince mil. Lo vio.

Pensaba hundir al cabrón polaco.

Turn : jota de corazones. Una potra tremenda. Las posibilidades de Mrado para lograr una escalera real se mantenían. No iba a rendirse ahora. Además, se sentía más seguro: el polaco no tenía nada con lo que hacerle frente. El tío estaba yendo de farol a lo grande.

Una locura por todos lados.

Piotr subió todavía treinta más.

A Mrado le pareció ver ese destello en los ojos.

Se arriesgó, hizo un *all in*, el resto de la pasta que tenía ante sí, ciento veinte mil. Todas sus fichas en un todo por el todo. Pidió a Dios haber visto bien, que Piotr estuviera yendo de farol.

Piotr lo vio inmediatamente.

El crupier sintió la presión alrededor de la mesa. Tanto Mrado como Piotr descubrieron sus cartas.

Todos alrededor de la mesa se inclinaron para ver.

Mrado: casi una escalera real, salvo por el diez de corazones.

Piotr: trío de ases.

A Mrado se le encogió el corazón. El cabrón del polaco no había ido de farol esta vez. El destello en los ojos había sido otra cosa; quizá de triunfo. La oportunidad de Mrado era que el *river* fuera un diez de corazones.

El crupier tardó en servir el *river*. Piotr se removió nervioso en el sillón. Todos los de la sección de póquer se pusieron de pie, sentían que algo grande se estaba decidiendo en una de las mesas. Si Mrado ganaba se llevaría más de trescientas mil.

El crupier sirvió la carta: tres de trébol.

Mrado estaba muerto.

Ganador: Piotr. Trío. Todo el bote. Mrado había perdido ciento sesenta mil en una mano. Felicidades.

Mrado oía su propia respiración. Aturdido, sentimientos de traición. A punto de vomitar.

Sentía latir su corazón. Latidos rápidos, tristes.

Piotr apiló las fichas. Las barrió dentro de una bolsa de tela.

Se levantó. Dejó la mesa.

Alguien llamó a Mrado por su nombre. En el otro lado de la zona acordonada con terciopelo esperaba Ratko. Más de cincuenta minutos después de la hora acordada. Mrado le hizo una seña con la cabeza. Volvió a girarse hacia la mesa de póquer.

Se quedó sentado como entre la niebla. La frente le quemaba. Sudaba.

Al final el crupier se volvió hacia él y preguntó:

—¿Va a participar en la siguiente partida?

Mrado lo sabía, a él le acababa de suceder una catástrofe. Para el crupier era sólo una pregunta sobre si podía empezarse la siguiente mano.

Mrado se levantó. Se marchó.

Bobban solía decir: El hockey va demasiado rápido. Mrado lo sabía; todavía va más rápido el *Texas hold'em*. Se había fundido más de ciento sesenta mil en una hora y media. Ésa no era su noche. Debería haberse coscado: demasiados tíos que controlaban alrededor de la mesa.

Ratko estaba de pie junto a una máquina tragaperras y daba la espalda a la mesa de póquer. Estaba metiendo billetes de veinte.

Mrado le tocó en el hombro.

—Has llegado tarde.

—¿Yo tarde? Es cierto, pero tú has estado jugando casi una hora. Me has hecho esperar.

—Pero eres tú el que ha llegado tarde. Habíamos quedado a las ocho.

—Te pido disculpas por eso. ¿Cómo te ha ido?

Mrado callado.

Ratko volvió a preguntar:

—¿Te ha ido como el culo?

—Ha ido tan de puta pena que estoy pensando en tirarme por el viaducto de Klaraberg.

—Lo siento.

Mrado se quedó de pie y observó a Ratko jugar. Estaba jodido. No debería haber jugado estando tan cansado. Dinero que era de los videoclubes. Eso no podía saberse.

Joder.

Ratko metió un último billete de veinte. Pulsó el botón de jugar. Los dibujos de la tragaperras dieron vueltas.

La cabeza de Mrado daba aún más vueltas.

Capítulo 28

Back in Business ^[54] . La sensación que duraba: J-boy, el gánster más malo de la ciudad. *El choro* *. Renacido de sus cenizas. Se había levantado de lo que habían creído que era una derrota.

Su vida oscilaba entre el odio justificado y la venta de coca a alto nivel: el odio contra Radovan & Co. Los que le habían apaleado. La venta de coca: el trabajo para Abdulkarim.

Pero Jorge era el hombre de los planes, hundiría el imperio de Radovan de una vez por todas. Se encargaría de que el mafioso yugoslavo fuera encerrado o derribado para siempre. Sólo necesitaba más información y tiempo para planificar.

A R le llegaría su día. Jorgelito estaba seguro de cojones.

Imágenes del pasado.

Jorge se había recuperado sorprendentemente rápido. Primero, cuando JW le encontró machacado en el bosque, no entendió nada. ¿Quién coño era ese chaval de Östermalm? Hablaba de nuevos mercados, del sector de la coca en desarrollo. ¿Quería participar?

Quince minutos de explicaciones a un latino destrozado.

Jorge apenas le escuchó entonces.

JW prometió que iba a venir un coche. Que le iba a conseguir analgésicos.

Jorge le pidió que se fuera.

JW se fue por la carretera.

Jorge se quedó tumbado solo. Un movimiento de un milímetro significaba un dolor de otro planeta. El frío se iba apoderando de él. Jorge quería desmayarse. Desaparecer. Pero las preguntas daban en su cabeza más vueltas que el dolor: ¿los yugoslavos le harían daño a Paola? ¿Le dejarían en paz ahora? ¿Debería marcharse del país cuanto antes? En ese caso, ¿cuáles eran sus posibilidades? Sin dinero, sin pasaporte, sin contactos. En otras palabras: las mismas oportunidades de salir adelante que un debilucho chulo en Österåker.

El bosque se oscurecía. El tiempo empeoraba. Los troncos de los árboles parecían negros. Las ramas se inclinaban hacia el suelo.

Parecía que los brazos y los fémures estuvieran rotos. Parecía que la espalda se la hubieran abierto en canal. Parecía que le habían hecho un ano más junto al suyo; la impresionante simetría de la naturaleza al completo: dos ojos, dos orejas, dos fosas nasales, dos brazos, dos piernas. Y ahora dos anos.

Intentó dormirse. No hubo manera.

Estaba congelado.

La definición de la eternidad: la hora y media de Jorge en el bosque hasta que JW volvió a aparecer. Con él iba un tío grande, un gorila. Le levantaron. Jorge pensó que se iba a morir por segunda vez en cuatro horas. Peste o cólera. Primero muerto a palos por un yugoslavo loco; luego muerto al ser acarreado por un libanés enorme.

Un Mazda blanco, una furgoneta, esperaba en la carretera. En la parte trasera había una camilla acolchada. Le ataron. Un hombre con aspecto sueco, que Jorge creyó entonces que era un verdadero enfermero de ambulancia, le puso morfina. Cayó en un sopor. Soñó con bolsas de comida que se movían solas.

Fragmentos de recuerdos.

Se despertó en una habitación desangelada. Confundido. A salvo, pero asustado por si había acabado en un hospital. Le cuidarían al mismo tiempo que le descubrirían; vuelta a la celda de Österåker. Luego llegó el dolor. Aulló.

Un hombre grande en la habitación, el mismo que le había llevado a la furgoneta. El hombre: jersey de cuello alto y vaqueros azul oscuro. Jorge se dio cuenta de que no estaba en un hospital. Algo en el hombre indicaba lo contrario: su cara no encajaba en el sistema sanitario. Rasgos duros y oscuros.

Arañazos/cicatrices en un lado de la cara. El hombre sonrió, un diente de oro brilló en la hilera superior. Quizá era eso lo que lo delataba, nadie que trabajara en un hospital sonreía con un diente grande recubierto de oro.

El hombre, Fahdi, sonrió:

—*Allahu Akbar* , estás vivo.

Algunos días después. Se despertó. Alguien le estaba limpiando el brazo, estaba verdoso. En un brazo y en el muslo izquierdo: costras de heridas que se estaban curando. Mejora. Así que ya no tenía moratones de la paliza; estaba verde de la paliza.

El tío que le lavaba el brazo se presentó como Petter y dijo:

—Te vas a poner bien, tío.

Jorge dejó caer el brazo de nuevo en la cama. El chico se estiró para coger un vaso con una bebida roja. En el vaso había una pajita. La sujetó contra la boca de Jorge. Jorge sorbió. Sabía a jugo de frambuesa.

El chico salió. Jorge miró la pared. Cortinas echadas. ¿Había una ventana detrás? Intentó girar la cabeza. Le dolía demasiado. Se quedó tumbado inmóvil. Volvió a dormirse.

Sueños de morfina: Jorge caminaba por una carretera oscura con Paola. Junto al camino, altos muros verdes de piedra. Los focos iluminaban partes de la carretera. Asfalto blando. Los pies de Jorge se hundían. Creaban huellas en la masa espesa, cálida. Pensaba: Si tengo que salir corriendo ahora, ¿con qué rapidez puedo arrancar? Su hermana se volvió hacia él: «Mi príncipe, ¿quieres jugar a la guerra conmigo?». Jorge intentó levantar el pie. Era difícil. La masa de asfalto se pegaba. Negra, densa. Le resultaba pesado.

Unos días más tarde: Paola saltaba a la cuerda. Dos cuerdas. Hechas con sábanas. Dos amigas de ella daban a la comba. Paola: ocho años. Jorge corrió hacia la cuerda. Iba a caerse. A tropezar. Y justo entonces: una enorme cama elástica azul. La caída fue blanda. Dio vueltas. No se levantó. La cama era demasiado blanda. Como arenas movedizas. Se hundía. Intentaba apoyarse en las manos, los codos, las rodillas. Paola se reía. Las niñas se reían. Jorge lloraba.

Más tarde: el chico que le había limpiado, Petter, sentado junto a la cama. Dijo que todo iba a salir bien. Que Jorge se pondría bien. Más guapo.

Jorge no tenía fuerzas.

No preguntó qué iban a hacer.

Una luz intensa le cegó.

Giró la cabeza. Cerró los ojos.

Sintió instintivamente que alguien se le acercaba a la cara.

Un hombre que no había visto antes le untó la cara con algo.

De repente: dolor extremo.

Gritos.

Parecía que le habían arrancado la nariz.

Se incorporó.

El hombre le sujetó.

Le dio algo de beber.

Volvió a dormirse.

Alguien le sacudía.

—Despierta, amiguete. Has dormido lo suficiente hoy.

Jorge levantó la mirada. Un hombre de pelo oscuro. Quizá treinta años. Traje. Camisa con solapas anchas. Los botones superiores desabrochados. En la cabeza una gorra blanca tipo Craig Davis.

—Abre los ojos bien.

Jorge miró en silencio.

—Soy Abdulkarim. Tu oportunidad aquí en la vida. Tu jefe.

Jorge confuso.

—Ya llevas tres semanas aquí. Te vas a volver yonqui de morfina si no estás bien ya. Tienes que funcionar. Levanta el brazo.

Jorge levantó el brazo. Amarillo en la parte superior, cerca del hombro, pero en general bien.

—Parece que estás perfecto, amiguete. Alá es grande.

Abdulkarim tenía un espejo en la mano.

Jorge vio su propia imagen: un hombre delgado de pelo oscuro con barba, quizá veinticinco años, ojeras oscuras, nariz importante, casi de boxeador, piel color oliva.

Una variante de Jorge.

Se rió. Al mismo tiempo se sintió triste. Por una parte, ésa era su oportunidad; Abdulkarim, quienquiera que fuese, le había arreglado. Le había puesto una nueva crema autobronceadora, le había rizado el pelo, se lo había teñido. Mejor de lo que lo había hecho él. Además estaba mucho más flaco.

Pero, aparte de eso, algo había diferente en la nariz.

—¿Qué me habéis hecho en la nariz?

Abdulkarim se rió.

—Rota en dos sitios, amiguete. Ha venido aquí un tío a arreglarla. Espero que no te ha dolido mucho. Yo creo que está más bonita ahora. Quizá un poco plana, pero más guay.

Jorge como Nikita: recogida de la calle. Despertaba maquillada, arreglada, para convertirse en una nueva supersoldado. ¿Cómo iba a ser el resto de la historia?

Abdulkarim siguió hablando:

—Te han zurrado bien. Eras como un arándano cuando te hemos encontrado. Luego eras como Hulk. Con manchas verdes. ¡Qué pena que no tienes su fuerza!

Jorge se dio la vuelta en la cama.

Abdulkarim intentó ser gracioso:

—Vaya cerdo. ¿Te han echado un polvo también? ¿Quién hacía de mujer?

Jorge se durmió.

Todo sucedió rápidamente. Casi estaba completamente recuperado de la paliza de Mrado y Ratko. El único problema: la cicatriz de la espalda y el dolor en uno de los brazos. Le habían dado la oportunidad de quedarse en Suecia y ganar *pesetas* *. Que le hubieran roto la nariz y se la hubiera arreglado uno de los subordinados de Abdulkarim podía ser una ventaja. Le había quedado torcida, más ancha. El aspecto de Jorge cambió aún más.

Había pasado el tiempo suficiente tras su fuga. Su foto ya no era una de las cien primeras que salían en los ordenadores de la pasma cuando recibían soplos. Jorge se dio cuenta de que tenía una oportunidad con su nuevo aspecto, la ayuda y el dinero del árabe.

Se dio cuenta de por qué él era tan perfecto para Abdulkarim: sus conocimientos sobre el mundo de la coca unidos a la dependencia y la deuda de gratitud hacia el árabe le convertirían en el perro más fiel de la escudería de camellos de Abdul. La idea de negocio de Abdulkarim funcionaba como se la había explicado JW. El extrarradio estaba listo para la invasión de la farlopa. A Jorge le gustaban los planes. En Österåker él mismo había pensado en términos semejantes.

Durante varios días de noviembre, Jorge y JW se sentaron en el piso de Fahdi a planificar la organización. Abdulkarim se pasaba por allí y discutía las directrices más generales. ¿Cuánta coca creían que iban a necesitar para enero? ¿En qué municipios del extrarradio pensaban empezar? Jorge soltaba nombres. Gente con la que tenían que ponerse

en contacto. Camellos que podían contratar. Gente con la que se debería consultar. Fahdi traía *pizzas* y Coca-Cola.

Abdulkarim seguía hablando de la importación. Tenían que traer más. Estructurar un tráfico más inteligente.

Jorge enseñó todo lo que sabía. El chaval de Östermalm, JW, absorbía los conocimientos igual que un crío de noveno la cerveza el día de fin de curso. Según Abdulkarim, el chico era un fiero vendiendo a la gente de Stureplan. Jorge en superioridad de conocimientos. Pese a eso, JW intentaba parecer habituado. Esnob. A Jorge no le gustaba ese estilo.

Abdulkarim, sospechoso pero bien. Cada dos frases le daba las gracias a Alá, y con la siguiente fijaba los precios de la coca. Una noche, en casa de Fahdi dijo:

—Jorge, ¿puedo hacer una pregunta seria?

Jorge asintió. Abdul continuó:

—¿Cuál es tu religión?

Jorge sacudió la cabeza.

—Mi madre es católica. Yo creo en Tupac. Él vive.

Intentaba bromear. Toda la gente del gueto conocía a Tupac. El árabe contestó:

—Verás, hay una guerra. Tú tienes que elegir un lado. ¿Tú crees que los vikingos te van a aceptar porque tienes pasta? Alá puede marcar el camino.

JW sostenía que el árabe no siempre había sido así. Antes: sólo hablaba de coca. Alá era decididamente un nuevo jugador en el campo.

A finales de noviembre, Jorge volvió a las calles. Al principio estaba paranoico. Miraba a su alrededor cada tres pasos, la pasma o los yugoslavos volvían en los sueños. Dormía en casa de Fahdi. Cada vez que el libanés llegaba a casa por la noche Jorge se despertaba, pensaba que todo se había acabado para él. Tras unos segundos: el sonido de las películas porno le calmaba. Se dio cuenta de que en realidad tenía otro aspecto. Más delgado. Más negro. La nariz más ancha.

Iba a darse rayos UVA de manera habitual. Seguía rizándose el pelo. Intentó aprender a usar unas lentillas marrón oscuro que le había dado Abdulkarim. La fluidez al caminar mejoraba día a día, hacía todo lo posible para caminar como un *gangsta*.

Necesitaba un piso propio.

Jorge se puso en contacto con Sergio y le dio las gracias por la ayuda. Le bendijo/le elogió. Le contó que todo estaba bien pero que no podían verse en una temporada. Sergio comprendió, le explicó: sus dedos rotos aún estaban torcidos. Su novia aún angustiada.

Jorge odiaba a los yugoslavos aún más.

Mandó un SMS a Paola desde un móvil de tarjeta que le había dado Abdulkarim: «Estoy vivo y bien. ¿Cómo estás? No te preocupes por nada. Saluda a mamá. Abrazos, J».

Dos chicos, el sueco que le había cuidado, Petter, y un tunecino, Mehmed, se convirtieron en los asistentes de farla de Jorge. Siguiendo sus órdenes, buscaron gente en la zona de Sollentuna. Repartieron gramos a las personas adecuadas. Vendieron más. El propio Jorge se trabajó otras localidades. Sitios donde su cara, aunque fuera nueva, nunca había sido conocida. Todo fue sobre ruedas. En enero vendieron por un valor de cuatrocientas mil coronas brutas. Tras descontar el coste de compra y la parte de Abdulkarim: ciento cincuenta mil para repartir entre Jorge, Petter y Mehmed. La vida era estupenda. Jorge como un rey: Jorgius Maximus.

Un pensamiento que casi nunca tenía tiempo de meditar: ¿eso estaba predeterminado? ¿No podría cualquier tío normal de un gueto de Estocolmo llegar a nada más que a trapichear farla? ¿Estaba el camino preparado cuando su madre decidió dejar Chile e intentó convertirse en una ciudadana normal en un país nuevo? Era como cuando uno subía al metro en una estación y se daba cuenta de que iba en dirección contraria. No había nada que se pudiera hacer. No se podía saltar del tren en marcha. ¿Qué pasaba si se tiraba del freno de emergencia? Jorge y sus colegas lo habían hecho con frecuencia cuando eran unos críos. La mierda de tren no paraba en mitad de las vías como uno podría suponer; primero iba hasta la estación siguiente antes de parar. ¿Qué sentido tenía un freno de emergencia si de todas maneras uno se veía obligado a ir hasta donde no quería?

Los proyectos de futuro de Jorge cambiaron lentamente. Marcharse del país lo antes posible ya no estaba tan claro. Hundir a Radovan se había convertido en lo más importante. Y en ese camino quedaba mucho por recorrer. Sabía desde antes mucho sobre el comercio de cocaína de Don R; pero no lo suficiente. Radovan debía de haberse pensado que J-boy tenía mucho más. ¿Por qué si no iba a enviar a Mrado y Ratko tras él? Jorge necesitaba más, cosas lo suficientemente gordas para hundir a Radovan definitivamente.

Lo suficiente para no poner en riesgo a Paola.

Lo suficiente para saciar su odio.

Los planes de Abdulkarim llevaban tiempo. Establecer la venta de coca en las poblaciones del extrarradio oeste más unas zonas seleccionadas

del sur: Bredäng, Hägerstensåsen, Fruängen. Además estaba planificando/preparando un cargamento de nieve muy grande. Quizá directamente desde Brasil.

Jorge estaba ocupadísimo con su vida en libertad.

Capítulo 29

El mismo viaje interior: SJ^[55]. JW de camino a Robertsfors. ¿Iba de vuelta a casa o se marchaba de vacaciones? ¿Dónde estaba su hogar en realidad? ¿En los pisos de los chicos, los baños de Kharma, donde se hacían los negocios de farla, su habitación en casa de la señora Reuterskiöld o en Robertsfors, en casa de papá y mamá?

Iba oyendo su mp3: Coldplay, The Sadies y más pop al mismo tiempo que se comía una bolsa de coches de gominola. Intentaba resolver el eterno misterio de si había alguna diferencia de sabor entre los blancos, los rojos y los verdes. Hacía catas a ciegas.

Estaba oscuro en el exterior. Su imagen se reflejaba en la ventana. JW pensó: Para un narcisista como yo, es una situación maravillosa.

El vagón estaba casi vacío de gente. Una de las ventajas de ser estudiante era que se podía viajar cualquier día de la semana. Por supuesto que se podía haber permitido coger cualquier tren o avión, casi todo lo caro que fuera, pero era innecesario; una tontería despertar las sospechas de sus padres.

En realidad debería estudiar. Escribir un trabajo sobre teorías nacionales de macroeconomía: la relación entre los tipos de interés, la inflación, los tipos de cambio. Hasta tenía el portátil encendido en las rodillas. Pero los movimientos del tren le adormilaban. Se sentía cansado.

Apagó el ordenador. Se llenó la boca de gominolas y cerró los ojos. Masticó y pensó en el pasado.

Habían pasado unos cuatro meses desde que encontró a Jorge en el bosque. Desde entonces la expansión de coca de Abdulkarim se había llevado la mayor parte de su tiempo. JW y Jorge, los responsables del proyecto, cada uno en su zona. La pasta entraba, un promedio de cien mil al mes. Pronto se compraría su BMW, al contado, y quizá un piso de cooperativa. Primero necesitaba blanquear el dinero.

Los estudios apenas iban bien. Aprobaba los exámenes por los pelos. ¿Estaba rompiendo su promesa? El efecto positivo era que empezaba a hacerse un nombre en la jungla de Stureplan. Todos los que estaban interesados en el perico le conocían. JW obedecía las órdenes de Abdulkarim, era precavido a la hora de dar su móvil. No podía ser fácil. La gente podía llamar, dejar mensajes. JW devolvía la llamada, comprobaba las personas, establecía las condiciones. Jugaba según la estrategia del árabe: con seguridad.

Salía con los chicos, más y más con Jet-set Carl y otros conocidos, gente que había crecido en Bromma, Saltsjöbaden y Lidingö. Dentro de Djursholm. Paréntesis importante: los sabelotodo creían que se decía *en* Djursholm, no *dentro de*, cuando los que controlaban lo decían justo al contrario. Eran personas con contactos y pasta: organizadores de fiestas, farloperos; por encima de todo clientes.

JW entró en contacto con los ambientes cercanos a la familia real. Glamur al máximo. Los hijos del grupo social de los dueños de tierras. Fiestas salvajes con las familias de los vencedores. Ventas de farla importantes. Un estadio propio con billetes de entrada caros.

Sophie y él quedaban dos o tres veces por semana. A veces salían a comer, a tomar una copa a un bar o a dar un paseo.

Su problema, según JW: la relación no se desarrollaba. Parecía como si todavía estuvieran jugando. Ella no le llamaba en varios días. JW no devolvía la llamada. Esperaban. Se hacían los duros.

El sexo no valía nada estando sobrios. Embarazoso. JW muy nervioso. Acababa en diez segundos. Como máximo. Intentaba asegurarse de que sucediera en los subidones de coca. Funcionaba mejor.

Tras algunos meses, su relación se volvió más estable. Se quedaba a dormir en casa de Sophie varios días a la semana. Al mismo tiempo: quedaba algún tipo de distancia. A veces ella no quería quedar sin que JW entendiera por qué. Él la anhelaba cada vez que los periodos entre los encuentros eran demasiado largos.

Jorge estaba bien, no era del tipo de JW, pero muy bien. El chileno sabía una pasada de cocaína. JW intentaba absorber toda la información, conocimientos y trucos.

El tren aminoró la marcha al llegar a Hudiksvall. JW observó la estación. En el otro lado del andén había un lago. Estaba a mitad de camino de casa.

Tres días antes, Abdulkarim le había llamado. El tono de voz parecía excitado.

—JW, tengo en marcha una cosa muy grande.

—Soy todo oídos, Abdulkarim. Cuenta.

—Vamos a Londres. Organizamos la importación grande.

—Ah. ¿Y eso? ¿Tu jefe secreto también está en esto? —JW se sentía más y más seguro con Abdulkarim, casi se atrevía a plantarle cara.

—Tranquilo, *habibi*, mi jefe está en esto. Cosas grandes, ¿sabes? Mucho más grandes que nuestras otras importaciones. Vamos a contactar a los proveedores directamente. Esto va a ser buenísimo, *inshallah*. Tienes que reservar billetes para nosotros. Yo, Fahdi y tú. Necesitamos unos cinco días. El 7 de marzo máximo hay que estar allí. Tienes que conseguir habitación de hotel, lo quiero bueno. Organizar buenos clubes. Conseguir un arma para Fahdi. Organizar Londres para mí. ¿Entendido, amiguete?

JW se ponía enfermo cada vez que Abdulkarim usaba la palabra «amiguete». Pero no se sentía tan seguro como para hacerle burla al árabe. En cambio le gustaba la situación.

—Por supuesto. Organizaré el viaje. Pero tengo que ver la fecha, tengo exámenes y eso. ¿Y quién consigue un arma allí?

—No, nada de ver la fecha. Hay que estar allí el 7 de marzo. El arma, tú lo hablas con Jorge. Y tú, amiguete, quiero también una visita turística organizada en Londres. Big Ben, Beckham y todo eso.

Sonaba emocionante. Fabuloso. Abdulkarim y él habían hablado mucho de ello; necesitaban bajar los precios de compra aún más para aumentar la importación. Encontrar vías de entrada inteligentes. Tras la visita a Robertsfors pensaba encargarse de la organización del viaje.

Lo único que ya había mirado era cómo conseguir un arma en Londres. Jorge conocía a un tío que había estado en el trullo en Inglaterra. Se pusieron en contacto con él. Se pusieron en contacto con sus contactos. Se comprometieron a pagar dos mil libras. Enviaron un anticipo de quinientas libras con Money Transfer. Acordaron un lugar para la entrega. Una pistola yugoslava, Zastava M 57, 7.63mm, estaría disponible en la estación de metro de Euston Square a las doce el 7 de marzo.

Decididamente, un nivel más alto para JW. Se sentía eufórico por poder ir y negociar directamente con los grandes. Acceder a la sala VIP del negocio de la farlopa.

Una cosa le preocupaba: JW notaba que Abdulkarim estaba cambiando. Hablaba más del islam y de la política mundial. Empezaba a llevar un gorro musulmán blanco. Hacía referencias al sermón del último viernes en la mezquita. Alababa a Mahoma cada tres palabras, dejó de beber alcohol y se quejaba de que Estados Unidos dirigiera el mundo. Según JW, el árabe estaba cavando su propia tumba. Sólo había una lealtad: la venta. Nada más podía ser prioritario, ni siquiera el dios de uno.

JW no había visto a su madre y a su padre desde el verano anterior. El contacto desde entonces había sido escaso. Una llamada de mamá Margareta alguna vez cada dos semanas había sido todo. Sus preguntas recurrentes le irritaban. ¿Cómo van los estudios? ¿Vas a subir pronto a visitarnos a nosotros y a la abuela? Sus respuestas recurrentes eran

machaconas. Los estudios van bien, saco todos los exámenes bien. No tengo tiempo para subir, tengo que encargarme de mi trabajo extra de taxista. Que no, mamá, que no es peligroso.

El amor y la mala conciencia bien mezclados. Todo el tiempo notaba el miedo en la voz de Margareta. El miedo a que algo le pasara.

Él veía la cara de Camilla ante él. ¿Qué sabía él que sus padres ignoraran?

Había averiguado algunas cosas.

Si no hubiera visto el Ferrari amarillo hacía más de cinco meses, todo habría seguido como siempre. Una añoranza serena. Dolor contenido. Represión consciente.

Quizá fuera la velocidad del coche lo que le molestó. El ruido. El rugido del motor. La chulería descabellada de conducir por la ciudad por lo menos a noventa kilómetros por hora.

JW se había visto en la disyuntiva de seguir buscando y descubrir algo desagradable o dejarlo ahí. Pasar de todo, intentar seguir dejando atrás la historia como había hecho los últimos años. Lo mejor quizá fuera pasar a la policía esa información que había obtenido. Dejarles que hicieran su trabajo.

No podía ser; no cuando Jan Brunéus mentía sobre algo.

JW le había llamado. El profesor era evidentemente reticente a verle de nuevo. JW actuó con sutileza. Hizo intentos. Le contó lo que le alegraba que hubiera conocido a Camilla. Jan salió con excusas. No tenía tiempo, iba a ir a una conferencia de profesores, estaba enfermo. Tenía que corregir exámenes, se iba a ir de vacaciones.

Pasaron las semanas. JW dejó de llamar. En lugar de eso volvió directamente a la escuela a regañadientes.

Usó el mismo método que la otra vez. Se puso a esperar en el exterior del aula. El mismo chico negro que salió por la puerta la vez anterior también en esta ocasión salió el primero.

Jan estaba aún en la clase. JW tuvo imágenes retrospectivas de la vez anterior que había estado allí; las mismas chicas se habían quedado en la clase. Guardaban los cuadernos en las bolsas.

Se quedó de pie en el umbral de la puerta y esperó una reacción. Jan se lo tomó con calma. Fue hasta JW. Ni siquiera parecía sorprendido.

Le saludó:

—Hola, Johan. He pensado mucho en ti. Entiendo que pienses que mi comportamiento ha sido raro.

JW le miraba a los ojos.

¿Quién era Jan Brunéus? JW había averiguado bastante. El profesor estaba casado, sin hijos, y vivía en un adosado en Stureby. Conducía un Saab. Además de en la Komvux daba clases en un instituto. No aparecía en Google. En la superficie parecía normal. Pero ¿quién no?

JW contestó:

—En absoluto.

—Te propongo algo. Vamos a dar un paseo. ¿Qué te parece si vamos hacia Haga Forum? Es muy agradable.

JW asintió. Jan tenía algo que explicar.

Era diciembre. Cero grados y con nieve. En Brunnsviken se había formado una fina capa de hielo. A JW no le gustaba ese tiempo; era difícil llevar zapatos bonitos, la tendencia era demasiada suela de goma y muy poca elegancia.

Iban andando por detrás de Wennergrens Center cuando Jan empezó a hablar.

—He sido un mierda. Debería haber quedado contigo hace mucho para contártelo. Lo admito.

De su boca salía vaho al hablar.

—Toda esta historia me pesa como una losa. Tengo pesadillas y no puedo dormir. Me despierto en mitad de la noche preguntándome qué pasó en realidad con Camilla.

Silencio compartido.

Jan continuó:

—Era una pena. Tenía pocos amigos. Creo que su inteligencia despertaba el rechazo de otras chicas. Se le notaba que quería llegar a algo. Quizá era la ambición lo que asustaba a los demás. De todas maneras, yo me volqué con ella. La animaba. Solía discutir con ella tras las clases. Le gustaba mucho el inglés, me acuerdo. Quiero decir que era una mujer adulta. Aquí en la Komvux ya no son niños. Pese a ello a veces los veo como a niños. El paso por la escuela básica normal de la mayoría no ha estado exento de problemas. Con frecuencia hay algo que les falta.

JW se preguntó cuándo iba a ir al grano.

—Cuando apareciste aquí queriendo saber más sobre Camilla me asusté. Me sentí culpable. Por no haberle prestado más atención. Por no haberlo visto venir. Su dolor y alienación. El estado de ánimo. La depresión. El suicidio.

JW se paró. Pensó: ¿De qué estaba hablando? Nadie sabía lo que le había pasado a Camilla.

—¿De dónde te sacas lo del suicidio?

—No lo sé con seguridad, pero ahora, mirando hacia atrás, veo que las señales estaban ahí. Adelgazó. Debía de tener problemas de insomnio, venía con ojeras profundas. Se cerró más y más en sí misma. Sencillamente estaba mal. Yo estaba ciego. Me echo la culpa. Debería haber dado la voz de alarma. Al mismo tiempo, ¿cómo iba a saberlo?

La idea no era nueva. JW se había preguntado muchas veces cómo se habría sentido su hermana en realidad.

Jan continuó:

—Por eso me he mantenido alejado de ti. No he conseguido manejar esta historia. Tenía miedo. Entiendo si te preguntas qué he hecho. De verdad que tengo que volver a pedirte perdón.

Caminaron cien metros más. JW no tenía mucho que decir. Jan dijo que tenía que volver al Instituto de Sveaplan. Le esperaban más clases.

Se dieron la mano.

JW le observó. Jan llevaba una cazadora acolchada de Melka. Tenía una postura espantosa, caminaba con pasos rápidos hacia el edificio de la escuela. Parecía estresado.

JW se quedó solo en el exterior de Haga Forum. Helado y pensando. ¿Jan le había dado buenas notas a Camilla para ser amable? ¿Para animarla? ¿Porque había visto su estado mental?

Se sintió deprimido. Por su hermana. Porque no había surgido nada nuevo. Si Camilla se había suicidado, ¿dónde estaba su cuerpo? ¿Por qué no había dejado ninguna carta? ¿No era el suicidio un grito de ayuda, como decían los psicólogos? No, pese a no haber conocido a su hermana demasiado bien, la conocía lo suficiente para saber que no se había quitado la vida. Ella no era de esos.

JW fue directamente a Kista. Abdulkarim se iba a enfadar; habían acordado quedar para intercambiar dinero al contado por coca, pero tendría que esperar.

Kista Centrum había sido remodelado desde la última vez que había estado allí: los cines, los restaurantes, las tiendas de ropa, los almacenes Åhléns, lo que quieras. Fue directamente a H & M. Esperaba que Susanne Pettersson trabajara ese día. Habían pasado varios meses desde que fue allí por primera vez y ella le sugirió que debía localizar a Jan Brunéus.

Era como si se quedara paralizado durante largos periodos. No tenía fuerzas para hacer nada sobre el asunto de Camilla. Le echaba la culpa al negocio de la farlopa, los estudios, la relación con Sophie. Cuando investigaba lo ocurrido, tenía lugar de manera intermitente, brusca.

Susanne estaba de pie en la caja. Había poca gente en la tienda. JW le pidió hablar un rato. No hubo problema, otra chica se encargó. Susanne y él se fueron a la sección de vaqueros.

Evidentemente, ella estaba estresada por la situación. Miraba a uno y otro lado, con la vista buscaba clientes, a sus compañeros, a cualquiera que pudiera oírles.

—Perdona que me haya plantado aquí de esta manera. Y lo lamento si te molesto. ¿Cómo estás?

—Todo bien.

—¿Qué tal los niños?

—También están bien.

—Quería contarte que he conocido a Jan Brunéus, vuestro antiguo profesor.

—Ya.

—Te lo resumo. Dice que Camilla se sentía fatal. Que debe de haberse suicidado. Que intentó animarla, ayudarla. Se culpa a sí mismo porque las cosas fueron como fueron.

—¿Ah, sí?

JW esperó. Susanne tenía algo más que decir.

No dijo nada.

—¿Qué opinas tú?

—No sé nada más. Será como dice Jan.

JW la observó.

—Susanne, tú sabes algo. ¿Por qué Jan sólo le puso sobresalientes a Camilla si vosotras nunca ibais a clase?

Susanne dobló un par de vaqueros. Se negó a contestar. JW lo vio con claridad; sus mejillas enrojecieron.

—Joder, Susanne, contesta.

Ella cogió cuidadosamente otro par de vaqueros. Desgastados deliberadamente en las rodillas y muslos. Puso una pernera contra la otra. Lo dobló en tres pasos. El bolsillo trasero y la etiqueta simétricos. El logo de Divided a la vista del cliente.

La música de fondo de la tienda, clara: Robbie Williams.

—¿No lo has comprendido aún? ¿Es que no conocías a tu hermana? ¿No sabes para qué tenía talento? Pregúntale al salido de Jan Brunéus la próxima vez que le veas. ¿Es que crees que Camilla sacó notas altas en otras asignaturas? No. Sólo con él. ¿Sabes cómo solía ir vestida a sus clases?

JW no comprendía. ¿De qué estaba hablando?

—¿No lo entiendes? Durante todo el semestre Camilla fue el juguete de Jan. Buenas notas a cambio de sexo. Ese cerdo se la tiraba.

El tren dejó atrás Sundsvall. El revisor llamó: «Pasajeros recién subidos». JW abrió los ojos. De nuevo consciente. Dos meses desde que Susanne Pettersson le hubiera casi gritado la explicación de las buenas notas de Camilla.

¿Quién era su hermana en realidad? ¿O quién había sido? ¿Era ella, al igual que él, una buscavidas que había acabado en el ambiente equivocado? Que no había aguantado la presión y se había largado de la ciudad. ¿O se había encargado alguien de que ella desapareciera de escena? Y en ese caso, ¿por qué?

JW tenía hambre pero no quería comer. En una hora y media estaría sentado a la mesa de sus padres para cenar y era importante que no perdiera el apetito para entonces. Que no estuviera demasiado lleno.

Se levantó. Fue al coche restaurante. No porque pensara comprar algo sino por el hormigueo de las piernas. El desasosiego se apoderaba de él con más frecuencia en los últimos meses. Cuando se iba a sentar a estudiar, en clase, cuando estaba esperando a Fahdi o a algún otro con el que había quedado para que le proveyera de coca. Tenía que moverse. Centrarse en algo. Había aprendido a manejarlo. A estar preparado. Siempre su reproductor Sony en el bolsillo interior, con frecuencia llevaba consigo un libro de bolsillo, se bajaba juegos guais al móvil. Los

márgenes de sus cuadernos de la universidad, llenos de dibujos de muñequitos.

Y ahora sentía que tenía que moverse. Los juegos del móvil no iban a ayudar. Tenía que darse una vuelta. La pregunta que le preocupaba: ¿eran sus nuevos hábitos de esnifar o el asunto de Camilla lo que le ponía tan nervioso?

Observó a la gente del vagón. Gente gris, cansada. El sueco medio al cuadrado. JW se camufló con el mismo estilo que otros muchos: vaqueros Acné, sudadera Superlative Conspiracy y zapatillas Adidas de medio pelo. Se fundía. Se adaptaba para el encuentro con sus padres.

Tras la conversación con Susanne se había decidido: la búsqueda ya no era asunto suyo. Pese a todo, tuvo una sensación rara cuando llamó a la policía, al investigador a cargo del asunto. Le explicó lo que había averiguado: que Jan Brunéus tenía algún tipo de relación con Camilla Westlund antes de que ésta desapareciera. Que Susanne Pettersson lo sabía y se lo había contado. Que Jan había dado notas máximas a Camilla pese a su baja asistencia a clase.

El policía le prometió investigar más a fondo. JW dio por hecho que quería decir que iban a interrogar a Jan Brunéus.

Que JW se pusiera en contacto con la policía era una contradicción. Abdulkarim no podía enterarse.

Sin embargo se sintió bien; había soltado lastre. Que la policía hiciera su trabajo.

Volvió a hundirse en la negación. Se concentró en la farlopa, los estudios y Sophie. Preparaba el viaje a Londres. Discutía estrategias con Jorge. Vendía. Trapicheaba. Ganaba una pasta.

Se había decidido, no les iba a contar a sus padres lo que le había contado a la policía. Llegaría a Robertsfors en cinco minutos. Le sonaban las tripas violentamente. ¿Era preocupación o es que tenía hambre?

En realidad no sentía ninguna preocupación por ver a sus padres.

Hacía casi medio año que se había despedido y visto la cara agotada de su madre y la expresión seria de su padre. ¿Estarían mejor ahora? JW no tenía fuerzas para recordar el trágico cortejo fúnebre de sus vidas. Su meta era alejarse. Empezar de nuevo. Ser aceptado como algo diferente. Mejor. Más grande que la vida descafeinada de sus padres con la correspondiente angustia de haber perdido una hija. Quería olvidar.

El tren entró en la estación. Había gente esperando a los que llegaban y otros para marcharse ellos mismos. Los frenos emitieron un chirrido

penetrante. Su vagón se paró justo delante de sus padres, que le esperaban. JW vio que no hablaban entre sí. Como siempre.

Intentó relajarse. Parecer contento y tranquilo. Como debería.

Bajó al andén. Al principio no le vieron. Él fue hacia ellos.

Margareta intentó llamarle, JW lo supo. Pero por algún motivo no podía elevar la voz desde el asunto de Camilla. Así que ella fue a su encuentro con una sonrisa tensa.

Abrazos.

—Hola, Johan. ¿Te cogemos el equipaje?

—Hola, mamá. Hola, papá. —JW le pasó sus bolsas a Bengt.

Caminaron juntos en silencio hasta el aparcamiento. Bengt no le había dicho aún ni una palabra a su hijo.

Estaban sentados en la cocina. Paneles de madera en las paredes y superficies de trabajo de acero inoxidable. Una cocina eléctrica Electrolux, en el suelo una jarapa de plástico y una mesa de madera brillante de Ikea. Las sillas eran copias de Carl Malmsten. En el techo, una copia de una lámpara PH con un reflejo cálido en tonos lila. Encima del fregadero colgaban recipientes verdes con etiquetas: azúcar, sal, pimienta, ajo, albahaca.

La comida estaba en la mesa. Escalopines con salsa de queso azul. Una botella de vino, Rioja. Una jarra de agua. Un bol de cristal con ensalada.

JW no comió mucho. La comida estaba rica, pensó, pero no era por eso. Estaba verdaderamente rica. A mamá siempre se le había dado bien cocinar. Era otra cosa: el estilo, los temas de conversación y que Bengt siempre hablaba con comida en la boca. La ropa de Margareta estaba tan mal... JW se sentía como un extraño. La mezcla le perturbaba; el desprecio mezclado con la seguridad.

Margareta se estiró para coger la ensalada.

—Cuenta más, Johan. ¿Cómo te va?

Silencio unos segundos. Sus verdaderas preguntas eran: ¿Cómo te va en Estocolmo, la ciudad donde desapareció nuestra hija? ¿Con quién te relacionas? ¿No irás con malas compañías? Preguntas que ella jamás haría directamente. Miedo a que le recordaran. Miedo a acercarse demasiado a los gritos oscuros de la realidad.

—Me va bien, mamá. Apruebo los exámenes. El último fue uno de economía nacional. Somos más de trescientos estudiantes en las clases. Sólo hay un aula lo suficientemente grande para que quepamos.

—¡Huy! ¿Tantos sois? El profesor tendrá un micrófono, ¿no?

Bengt, con una masa gris de escalopines masticados en la boca:

—Pues claro que lo tienen, mamá. Sí, lo tienen. Y es gracioso porque dibujan un montón de gráficos y curvas. Ya sabéis, en un mercado perfecto, donde la curva de la demanda se cruza con la curva de la oferta se halla el precio. Todos los estudiantes dibujan cada gráfico en sus cuadernos y como hay tantas curvas diferentes todos han comprado Bics de cuatro colores, ya sabéis, esos bolígrafos con cuatro colores diferentes, para poder distinguir las curvas. Cuando el profesor dibuja una curva nueva, trescientos estudiantes cambian de color al mismo tiempo. Un pequeño clic cada uno. Repiquetea en toda el aula.

Bengt sonrió.

Margareta se rió.

Contacto.

Siguieron hablando. JW preguntó por sus antiguos compañeros de clase de Robertsfors. Seis chicas ya eran madres. Uno de los chicos, padre. JW sabía que Margareta se preguntaba si él tenía novia. Pasó de contestar. Ni él mismo lo sabía.

Una cierta sensación de calma se apoderó de él. Cálida, segura, dolorosa.

Tras la cena Bengt preguntó si iban a ver las noticias de deportes juntos. JW sabía que era un intento de tener cercanía con su hijo. Sin embargo, declinó la oferta, prefería hablar con su madre. Bengt se fue solo al salón. Se sentó en su sillón giratorio con su correspondiente reposapiés. JW le miró desde la cocina. Se quedó sentado y hablando con Margareta.

Aún no habían nombrado a Camilla. JW pasaba de que fuera un tabú. Para él, sus padres eran los únicos con los que podía plantearse hablar de ella.

—¿Habéis sabido algo?

Margareta entendió lo que quería decir.

—No, nada nuevo. ¿Crees que el caso sigue aún abierto para ellos?

JW lo sabía, al menos ahora debería estarlo. Pero él tampoco había tenido noticias.

—No lo sé, mamá. ¿Habéis cambiado algo en la habitación de Camilla?

—No, todo está como antes. No entramos. Papá dice que a Camilla le tranquilizará que él no invada su espacio. —Margareta sonrió.

Bengt y Camilla habían tenido grandes peleas el año anterior a que Camilla se mudara a Estocolmo. Ahora JW pensaba en ello con nostalgia: portazos, llantos que llegaban desde dentro del baño, gritos desde el interior de la habitación de Camilla. Bengt en la terraza con un cigarrillo Gula Blend entre los dedos; las únicas ocasiones en las que fumaba. Quizá Margareta sentía lo mismo. Las alarmantes peleas eran sus últimos recuerdos de Camilla.

JW cogió un trocito más del pastel de arándanos azules. Miró a su padre en el salón.

—¿Vamos con papá?

Vieron juntos la película de los martes de TV4: *Mucho ruido y pocas nueces*. Una interpretación moderna de Shakespeare con el idioma del texto original. Difícil de comprender. JW casi se duerme durante la primera mitad. Durante la segunda se preguntó cuántos ingresos perdería durante el fin de semana. Mierda, ver a sus padres suponía un alto coste económico.

Bengt se durmió.

Margareta le despertó.

Le dieron las buenas noches. Se fueron a su habitación.

JW se quedó solo. Se preparó mentalmente. Pronto subiría a su habitación. La de ella.

Zapeó por los canales. Se quedó cinco minutos en la MTV. Ponían un vídeo de Snoopy Doggy Dog. Culos agitándose al ritmo de la canción.

Apagó.

Se pasó al sillón giratorio.

Dio una vuelta.

Se sentía vacío. Asustado. Pero, sorprendentemente, no inquieto.

Apagó las lámparas.

Volvió a sentarse.

El silencio era mucho más profundo que en el parque Tessin.

Se levantó.

Intentó subir la escalera sin hacer ruido. Se acordaba casi paso a paso de qué peldaños crujían y qué estrategia usar para evitarlo. El pie dentro de la parte ancha, el pie en el medio, saltarse un escalón entero, pisar al fondo, en la parte estrecha, y así hasta arriba.

Desde que se había marchado de casa crujían dos peldaños más.

Quizá no hubiera despertado a Bengt. A Margareta seguro que sí.

La puerta de la habitación de Camilla estaba cerrada.

Esperó. Pensó que su madre quizá ya se hubiera vuelto a dormir. Tiró de la puerta hacia el marco al mismo tiempo que bajaba lentamente el picaporte. No hizo ruido.

Cuando encendió la lámpara lo primero que vio fueron las tres gorras de baloncesto que Camilla había colgado en la pared de enfrente. Una gorra oscura de NY, una de los Red Sox y una de cuando acabó la primaria, en noveno. Texto: Joder qué buenos somos con letras negras sobre fondo blanco. A Camilla le gustaban las gorras como a un niño gordo le gustan los pasteles. Sin complicarse. Si lo había, lo quería.

La habitación intacta de una chica de diecisiete años. Según JW, era casi más infantil que eso.

En medio de la pared había una ventana. En el lado opuesto de la habitación estaba la cama. Camilla había dado la tabarra durante un año para que le pusieran una cama de uno y veinte. Colcha rosa con volantes. Cojines de varios colores, algunos con corazones, repartidos al pie de la cama. Los había hecho Margareta. Camilla solía tirarlos al suelo a patadas cuando se iba a dormir.

La habitación de una chica.

Cada cosa era un recuerdo.

Cada cosa, una cuchillada en las defensas de JW.

Más gorras en una librería. Encima de ésta también había fotografías enmarcadas: la familia de Idre, JW de bebé, tres amigas de su clase: maquilladas, sonrientes, llenas de expectativas ante la vida.

Los demás estantes estaban llenos de gorras.

Encima de la cama había un póster de Madonna. Una mujer fuerte, obstinada, de éxito. Se lo había regalado a Camilla un chico con el que salió en octavo. Era cuatro años mayor que ella y un secreto para mamá y papá.

JW pensó que después de la desaparición, cuando él aún vivía ahí, nunca había entrado en la habitación. Llevaba vacía tantos años...; el efecto de los recuerdos guardados y reforzados le golpeó como un puñetazo.

Camilla al finalizar el colegio, en noveno. Pelo recogido. Vestido blanco. Más tarde, esa misma noche: gorra de béisbol con colores de camuflaje. Las historias que JW había oído sobre cómo se comportó en la fiesta de promoción. Siguiendo recuerdo: Camilla y JW peleándose por los últimos pegotes de Nutella. JW metido en su habitación y molido a palos, untado con su propio bocadillo; con una gruesa capa extra de Nutella. Más tarde: Camilla junto a JW sentada en el borde de la cama, cuando volvieron a ser amigos. Le enseñaba sus CD: Madonna, Alanis Morissette, Robyn.

Leyó los textos de las fundas. Hablaban de que sin duda se iba a marchar a Estocolmo.

Disfrutaban de estar juntos.

En la pared de la izquierda había una librería empotrada y dos armarios con puertas de espejo.

En la librería había libros para chicas sin leer y CD, pero sólo los que no se había llevado consigo a Estocolmo. Un estéreo Sony, regalos de la confirmación. A Camilla le gustaba la música más que leer.

JW abrió los armarios.

Ropa: vaqueros elásticos, faldas mini, tops de colores pastel que dejaban el estómago a la vista, cazadora vaquera. Un abrigo negro de pana. JW se acordaba de cuando Camilla llegó a casa con él. Se lo había comprado en H & M de Robertsfors por cuatrocientas noventa y nueve coronas. Demasiado caro, opinó su madre.

Junto a los tops doblados había una caja para guardar cosas con cantoneras de metal. JW no la había visto nunca. Cartón duro gris. JW reconocía ese tipo de caja, las había parecidas en las tiendas Granit de Estocolmo.

Sacó la caja y la puso sobre la cama.

Estaba llena de postales.

Media hora más tarde, ya había leído todas las postales. En total diecisiete. Camilla llevaba viviendo en Estocolmo tres años escasos

cuando desapareció. Durante ese tiempo fue a casa en tres ocasiones. Margareta, triste. Bengt, molesto.

Era evidente que de todas maneras había mandado postales. Cartas que JW nunca había visto y que Margareta había conservado y guardado en la habitación de Camilla. Quizá pensara que ése era su sitio, como si ningún otro lugar fuera lo suficientemente sagrado para conservar los fragmentos de la vida incompleta de su hija.

La mayoría tenía un contenido que él ya conocía. Camilla describía por encima la vida de Estocolmo. Tenía un trabajo extra en un café. Salía con las otras camareras. Vivía en un estudio de Södermalm que alquilaba por medio del dueño del café. Estudiaba en la Komvux. Dejó el café y empezó en un restaurante. En un sitio ponía que se había subido a un Ferrari.

Ni una palabra sobre Jan Brunéus.

En algunas cartas mencionaba a su novio. No decía el nombre, pero estaba claro: el novio era el dueño del coche.

Una postal, la última, contenía novedades para JW.

Hola, mamá:

Me encuentro bien. Las cosas me van bien y he dejado el trabajo del restaurante. Ahora trabajo como camarera en un bar. Tengo un buen sueldo. He pensado que voy a pasar de la Komvux. La próxima semana me iré a Belgrado con mi novio.

¡Saludos para papá y Johan!

Besos y abrazos,

Camilla

Eso era algo que JW no sabía: que Camilla había estado o había pensado ir a Belgrado. Con su novio.

Saco una sencilla conclusión: ¿por qué iba alguien a Belgrado? Porque era de allí.

¿Quién era de allí? El hombre del Ferrari.

Era un yugoslavo.

Capítulo 30

Stefanovic de orador. Probablemente no conocía el concepto de consultoría estratégica pero si hubiera estado en Ernst & Young, habrían estado orgullosos.

Era algo serio. Organizado. En la sala VIP del piso superior del establecimiento de Radovan, la élite reunida en torno a una mesa de reuniones. Radovan, Mrado, Stefanovic, Goran y Nenad. Las conversaciones se mantenían en serbio.

Mrado: responsable de los guardarropas y demás actividad de protección/extorsión.

Stefanovic: guardaespaldas de Radovan y jefe de economía.

Goran: dirigía el contrabando de alcohol y tabaco.

Nenad: el mayor proveedor de cocaína de los camellos de Estocolmo, que además se encargaba del negocio de las putas, burdeles clandestinos y servicio de *call girls* ^[56]. Abarcaba todo el espectro de servicios. De entre los colegas, Nenad era el más cercano a Mrado; veía en él el mismo impulso de independencia que él también sentía. No era un lameculos como Goran o Stefanovic.

La sala y el local habían sido inspeccionados durante horas. Tenían a la pasma encima. Stefanovic había buscado posibles micros: bajo las mesas, sillas, detrás de las lámparas, bajo las molduras. Habían comprobado la gente del bar un piso más abajo, los coches sospechosos en la calle, posibles cámaras en las ventanas de enfrente. La primera vez que la banda de Radovan se veía en vivo en más de un año y medio. Peligroso.

Stefanovic empezó ceremonioso:

—Señores, hace cinco meses se me encargó estudiar qué vamos a hacer con respecto a Nova. Ya lo conocéis. La policía de Estocolmo inició el proyecto hace medio año. En su punto de mira estamos nosotros y algunos otros grupos. Ya han capturado a más de cuarenta personas, sobre todo del extrarradio oeste. Treinta ya han sido juzgadas. El resto se está pudriendo en la cárcel a la espera de juicio. Todos los que estamos en esta sala figuramos en su lista de las ciento cincuenta personas que componen el núcleo del crimen organizado de esta ciudad.

Goran se rió:

—¿De dónde se habrán sacado semejante tontería?

Stefanovic le cortó:

—Muy gracioso, Goran. ¿Eres tonto porque eres un don nadie o eres un don nadie porque eres tonto?

Goran abrió la boca. La volvió a cerrar, sin decir palabra. Como un pez.

Radovan le miró. Por lo general Goran era su ojito derecho; ahora quería seriedad. Mrado pensó: un punto menos para Goran.

Stefanovic dio un trago de agua mineral.

—Durante los últimos años nos hemos centrado en nuestras cinco diferentes actividades. Como además sabéis, claro que llevamos algunas otras cosas apetitosas: falsificación de cargas, cosas de IVA, etcétera. En total facturamos aproximadamente sesenta millones de coronas al año. A esto le deducimos los gastos generales, el precio del blanqueo de la pasta y la remuneración de los chicos. Quedan aproximadamente unos quince, netos. A esto añadimos las ganancias de vuestras y nuestras actividades legales conjuntas. Clara's, Diamond, Q-court. La compañía de derribos y los videoclubes, etcétera. Todos sois accionistas de una u otra forma. Vivís bien de esto. Pero los sectores funcionan de manera diferente. Varían los márgenes. El negocio de las putas va a toda marcha. El tabaco va bien. La farla por las nubes. ¿No, Nenad? ¿Cómo está el precio actualmente?

Nenad habló despacio.

—Compramos a cuatrocientas cincuenta. Vendemos a entre novecientas y mil cien. Después de gastos ganamos de media cuatrocientas por gramo si no lo cortamos.

—Está bien. Pero todo se puede mejorar. Si podemos aproximarnos a los clientes, podemos bajar más los precios. Además, la cocaína es el sector con más riesgos. No hay que poner todos los huevos en la misma cesta. Es importante que tengamos actividades diferentes en funcionamiento simultáneamente. El riesgo con el perico es muy alto. Tenemos que ser flexibles y poder alternar entre las diferentes áreas, dependiendo de la relación entre riesgo y precio.

Radovan asintió.

A Mrado no le sorprendía el nivel de la conferencia. Había hablado con Stefanovic dos días antes, cuando le contó las instrucciones que había recibido de Radovan:

—La presentación es para hombres de negocios profesionales que se dedican al crimen. Se trata de cifras, estadísticas. Análisis de

antecedentes, previsiones, soluciones constructivas. Nada de charla simple de gánsteres.

Sin embargo, Mrado sorprendido. Una descripción inusualmente abierta del imperio de Radovan. Claro que Mrado y los demás sabían aproximadamente lo que abarcaba la estructura de Don R; pero ésta era la primera vez que R en persona, por medio de Stefanovic, describía las cifras en detalle.

Mrado observó a los hombres alrededor de la mesa.

Todos con trajes de primera. Hombros anchos. Nudos de corbata anchos como los de los reporteros de deportes del Canal 4. Amplias sonrisas cuando oían las cifras.

Radovan en el lado corto de la mesa. La cabeza echada hacia atrás, la barbilla hacia arriba. Daba la impresión de que quería tener una visión de los otros desde arriba. Concentrado, gesto duro.

Stefanovic: aspecto insignificante. Mrado sabía la verdad: era el otro medio cerebro de Radovan.

Goran se encontraba sentado con los brazos cruzados sobre el pecho. Casi tan *cachas* como Mrado. Casi tan retorcido como un adolescente en rebelión. Seguía a Stefanovic con la mirada. Escuchaba y analizaba la estrategia. Tenía delante un cuaderno.

Nenad iba al estilo Stureplan. Pelo engominado hacia atrás, traje de raya diplomática, camisa rosa. Pañuelo de seda a juego en el bolsillo del pecho de la chaqueta. Lo que le delataba era la cruz serbia tatuada en las manos. El rey de la cocaína/jefe de los chulos con aspecto de rey de la cocaína/jefe de chulos. Intentaba mostrar una actitud relajada: voz pausada, movimientos lentos, pero siempre estaba nervioso.

Stefanovic se levantó. Paseó de un extremo a otro de la habitación una y otra vez.

—Permitidme que os haga un breve resumen histórico.

Goran tomaba notas.

—Durante los últimos años ha surgido competencia. Cuando se cargaron a Jokso en 1998, muchos de nosotros pensamos que las cuotas de mercado estaban libres para apoderarse de ellas, que no había muchos que tuvieran la intención de repartírselas. Luego llegó la paz de 2001 entre los Ángeles del Infierno y Bandidos. Recordaréis las condiciones. Ninguna de las bandas se expandiría. Estaban presentes en Malmö, Helsingborg y dos sitios de la costa oeste. Pero fueron listos, en lugar de hacer crecer los clubes originales, crecieron los filiales: Red & White Crew y Red Devils, X-Team y Amigos MC. *We are the people your parents warned you about* ^[57], como ellos mismos dicen. Chicos malos.

Hoy en día Suecia está llena de ellos, también aquí en Estocolmo. No siendo esto suficiente, las bandas de las cárceles se han puesto en marcha en serio, Original Gangsters, Hermandad Wolfpack, Fucked for Life y otros. Al principio eran grupos sin organización de jóvenes criminales y macarras crecidos. Hoy en día están casi tan bien organizados como las bandas de moteros, incluso fuera de la cárcel. Aún más, la mafia rusa, bandas estonias, por no hablar de Naser, a éstos los conocemos bien, y los cabrones de los polacos con su importación ilegal de Mercedes se han hecho con grandes sectores del mercado. ¿Qué ha pasado?

Stefanovic los miró uno a uno. Eran tíos curtidos. Lo que había contado no era ninguna novedad. Pese a ello, en su mirada se notaba que comprendían que los yugoslavos quizá ya no fueran los más grandes, los más malos, los más guapos. La edad de oro se había terminado. Ya no eran los señores del castillo.

Nenad se colocó un mechón engominado.

—Puedo explicar lo que ha pasado. En este país dejan entrar a demasiados pateros, joder, primero los albanos-kosovares, los tíos chungos de Naser, y los demás. Luego todos los gambianos, asquerosos; son los dueños de la mitad de toda la heroína de esta ciudad. Y los rusos, una cosa de locos, trafican con tabaco junto con Bandidos. Alianzas impías. Peores que los croatas, los eslovenos y los americanos juntos. Cierra las fronteras. Expulsa a cada tío con aspecto de oriental que cruce la frontera con el culo lleno de droga.

Stefanovic dijo:

—Hay mucho de verdad en lo que dices. Pero no son sólo los nuevos inmigrantes los que han creado la competencia. Vemos nuevas alianzas. Nuevas bandas. Han aprendido de nosotros y de las bandas de moteros de Estados Unidos. Nosotros tenemos algunas ventajas, todos venimos de la sagrada Serbia. Hablamos el mismo idioma, tenemos las mismas costumbres y contactos, somos homogéneos. Pero hoy en día eso no vale. En especial ahora, cuando la paz se ha roto. Está teniendo lugar una nueva guerra; y nos afecta. Hasta ahora han caído dos de Bandidos, uno de los Ángeles del Infierno y uno de OG. Pero nosotros también hemos sido castigados. Todos sabéis lo que ha sucedido. Hace dos meses dispararon a uno de los nuestros, resultó herido grave. Esto seguirá si no hacemos algo; la guerra, el proyecto Nova. He pensado en esto. Radovan ha pensado en esto. Mrado y yo hemos hablado con algunos más, de lo cual os vamos a hablar más adelante. En resumen, hay muchos más jugadores que, por ejemplo, hace cinco años, la paz se ha roto y la policía está reforzando sus posiciones por medio del puto proyecto Nova. Nos señalan, se infiltran, alteran los equilibrios. Cuando cae gente dentro de unos grupos determinados, los otros grupos se piensan que tienen vía libre para tomar el relevo. Hacemos la guerra cuando deberíamos colaborar. Pero tenemos una propuesta para solucionar el problema. Mrado os la va a contar.

Stefanovic repartió un papel fotocopiado con nombres. Lo señaló.

—Éstas son las bandas que controlan el crimen organizado en Estocolmo. He escrito debajo de cada banda a lo que se dedican y en qué zonas de la ciudad. Por ejemplo, veis que los Ángeles del Infierno llevan guardarropas en toda la ciudad, algo de tráfico de drogas, especialmente en el extrarradio sur, introducción de precursores, máquinas de juego en toda la ciudad así como protección y extorsión. No hay más que comparar. Los que se dedican a los mismos negocios que nosotros y dónde actúan. Enseguida voy a pasarle la palabra a Mrado. Él ya ha hablado con algunas de las bandas de la lista. Ha discutido la solución.

Goran se inclinó sobre la mesa como si pensara que si no lo hacía los demás no le iban a oír.

—Sinceramente, no entiendo por qué tenemos que buscar una solución. No veo ningún problema, porque yo controlo totalmente mi negocio. Si hay alguien que tiene problemas, que se los resuelva él solito.

Mensaje claro dirigido a Mrado y Nenad: No cumplís con vuestras funciones.

Stefanovic se apoyó con ambas manos en la mesa. Las mangas de la chaqueta le cayeron sobre la camisa y los gemelos, en forma de revólveres en miniatura. Se inclinó sobre la mesa, imitando a Goran.

—No hay mucho que discutir, Goran. Hacemos esto juntos. Evaluamos y analizamos lo que es mejor para Radovan y para nosotros. No sólo para ti. Si no lo entiendes, puedes discutir personalmente el asunto en privado con Rado. *End of story* . Fin de la historia.

La segunda vez en ese día que Goran la cagaba. La segunda vez que le daban una colleja. ¿Cuántas chorradas iba a aguantar Rado?

Radovan sentado tranquilo. La mirada fija en Goran. Juego de poder.

Goran le devolvió la mirada un microsegundo. Luego asintió con la cabeza.

Mrado se aclaró la garganta. Había preparado la charla la noche anterior. Algunas partes eran fuertes, Goran podría montarla de nuevo.

—Como ha contado Stefanovic, he estado en contacto con algunos grupos. Entre otros, los Ángeles del Infierno y Original Gangsters. Y hemos encontrado la solución, se trata de un reparto del mercado. Dividir entre nosotros las áreas en las que trabajamos. Los grupos trabajan de manera diferente. Los Ángeles del Infierno están mucho mejor organizados que Original Gangsters. Por otra parte, OG están dispuestos a asumir mayores riesgos y tienen mejores contactos en el

extrarradio. En el documento de Stefanovic ya veis a qué se dedican. Los Ángeles del Infierno compiten con nosotros en los guardarrupas, cocaína, tráfico de alcohol. Son más grandes que nosotros en extorsión y máquinas de juego. OG se dedica a cocaína y algo de extorsión y diferentes robos a vehículos blindados con poca planificación. Mi evaluación es que OG no representa una amenaza directa a nuestras actividades. Podríamos pasar de ellos directamente. Pero por otra parte pueden realizar una actividad que compita con la nuestra junto con otros grupos que sí compitan por los mismos mercados que nosotros, por ejemplo. Esto crea un efecto dominó. Como ejemplo, los Ángeles del Infierno; están dispuestos a discutir un reparto en cuanto al contrabando de alcohol o los guardarrupas. Stefanovic y yo vamos a investigar más. Voy a reunirme con más personas y ver qué se puede hacer. Los gambianos, Bandidos, la Hermandad Wolfpack y otros. La cuestión es que tenemos que reforzarnos por esa mierda de Nova y conseguir que la guerra finalice. Lo sabéis bien, a nadie le gusta que le llamen soplón pero en una guerra algunos pierden el honor. Delatan a gente en lugar de luchar con ellos hombre contra hombre. El proyecto Nova se beneficia de que todos estemos en guerra con todos.

Mrado siguió explicando. Describió las bandas. Los grupos que mandaban en la ciudad. Parentescos y alianzas impías. Grupos étnicos, raciales y geográficos.

Los hombres estaban sentados en silencio. Ninguno quería soltar su mercado. Al mismo tiempo todos entendían el problema. Principalmente: ninguno quería discutir con Radovan.

Mrado pensó en el ambiente que ya conocía de antes. Rado no estaba totalmente satisfecho. Tras este análisis, la situación de Radovan debería mejorar. Mrado había empezado un gran trabajo con el reparto.

Mrado terminó su presentación.

Radovan dio las gracias a Stefanovic y a Mrado.

Todos encendieron sus móviles.

Unos minutos de charla sin contenido.

Goran se disculpó. Dijo que tenía que marcharse.

Rado parecía complacido.

—Gracias por haber venido. Creo que esto puede ser el principio de algo nuevo, algo grande. Podéis marcharos si queréis. Personalmente, había pensado en pasar una noche divertida.

Se abrieron las puertas de la sala. Dos chicas con falda corta entraron con un carro con alcohol. Sirvieron bebidas.

Se cantaron canciones serbias de fiesta.

Nenad le pellizcó el culo a una de las chicas.

Rado se rió.

Luego trajeron comida.

Mrado casi se olvidó de lo que sentía por Radovan.

Iba a ser una noche larga.

* * *

MEMORANDO

(Confidencialidad según el capítulo 9, párrafo 12 de la ley de confidencialidad).

PROYECTO NOVA

Fuerzas conjuntas de la Dirección Regional contra la delincuencia organizada

Delincuencia relacionada con los Balcanes en Estocolmo.

Informe n.º 7

Antecedentes

El siguiente memorando se basa en los informes y las sospechas del grupo de investigación de delitos económicos de la policía del distrito de Norrmalm y de la Unidad Especial para Bandas en colaboración con las fuerzas conjuntas de la Dirección Regional contra la delincuencia organizada de Estocolmo (en adelante denominados conjuntamente el Grupo de Investigación). Los métodos empleados comprenden una visión general a partir de las experiencias recopiladas por la policía de Estocolmo, recopilación de información por parte de personas dentro de las redes criminales, los denominados infiltrados, escuchas técnicas así como interconexión de los registros requeridos. El memorando se elabora con motivo de la nueva información obtenida de una persona juzgada y condenada (X) que anteriormente ha sido activa en la red abajo descrita así como de escuchas de los conflictos internos dentro la dirección de la red yugoslava.

Desde el verano del año pasado, el Grupo de Investigación, con recursos aumentados, ha seguido a una serie de personas que pertenecen a la denominada mafia yugoslava (en adelante la Organización). Los miembros de la Organización sospechan de las personas nuevas, por lo que resulta difícil infiltrarse en la Organización. Esto se fundamenta en

gran parte en la homogeneidad étnica de la Organización. En las partes superiores de su jerarquía sólo hay hombres de edades comprendidas entre los veinticinco y los cincuenta y cinco años, todos ellos o sus dos progenitores nacidos en la antigua Yugoslavia, en la actualidad Serbia-Montenegro. Están los llamados soplones que están dispuestos a proporcionar información relativa a la Organización debido a la bien documentada violencia de sus miembros. La Organización se ha hecho famosa por realizar duras amenazas y en los últimos años se puede relacionar con ellos una serie de delitos muy violentos (véanse los informes 2-4). Las escuchas telefónicas o mediante otro tipo de técnicas con frecuencia resultan infructuosas, ya que las personas de la Organización emplean móviles de tarjeta que cambian con frecuencia y además realizan barridos de los lugares donde se encuentran.

Desde hace tres meses el Grupo de Investigación sospecha que la Organización se está preparando y planifica su actividad para encarar la amenaza que representa el proyecto Nova.

Actividades de la Organización

Hay sospechas relacionadas con las siguientes actividades criminales: contrabando de alcohol y tabaco, proxenetismo, extorsión y protección, así como fraude y robo de cargamentos.

Sujetos

Radovan Kranjic . El líder de la Organización es el ciudadano sueco Radovan Kranjic (también conocido como Rado, Don R y el jefe yugoslavo), 600113-9231, nacido en una población desconocida de la antigua Yugoslavia, en la actualidad Serbia-Montenegro. Llegó a Suecia en 1978 como solicitante de empleo.

Anteriormente, Kranjic ha trabajado, entre otros, como portero y guardaespaldas. Actualmente, posee y dirige un restaurante, Clara's Kök & Bar Sociedad Anónima (número de empresa 556541-2353), en el centro de Estocolmo. Declara ingresos de la empresa así como de su condición de accionista en Diamond Catering Sociedad Anónima (número de empresa 556554-2234), en total 321 000 coronas en el último ejercicio fiscal.

En el pasado, Kranjic ha sido juzgado por lo siguiente. 1982: agresión menor. 1985: amenazas, agresión, tenencia de armas, exceso de velocidad (cumplió ocho meses de cárcel). 1989: amenazas, delito fiscal, tenencia de armas (cumplió cuatro meses de cárcel). 1990: agresión (cumplió cuatro meses de cárcel). A partir de 1990 no consta ninguna falta ni delito por parte de Kranjic.

Kranjic está casado con Nadja Kranjic y tienen una hija juntos. Se cree que Kranjic ha participado en la guerra de la antigua Yugoslavia durante 1993-1995, cuando pasó largos periodos fuera de Suecia. Se afirma que tiene buenos contactos con secciones del movimiento

nacionalista serbio, entre otros con Zeljko Raznatovic, más conocido como Arkan, cuyo ejército privado paramilitar, los Tigres, realizó acciones de limpieza étnica en Kosovo en 1992-1995. Durante la última parte de los noventa fue el número dos de la Organización en Estocolmo y se encargaba sobre todo de la actividad de extorsión y el comercio de cocaína. Se cree que Kranjic habría empezado en este periodo la actividad de proxenetismo.

Mrado Slovovic . Es subordinado directo de Radovan Kranjic. Slovovic, 670203-9115, que es ciudadano sueco, llegó a Suecia en 1970 desde la antigua Yugoslavia. En el pasado ha trabajado como portero y en la importación de productos de madera tailandeses. Practica el culturismo y deportes de lucha.

En el último año fiscal, Slovovic declaró 136 000 coronas, ingresos procedentes de su negocio de madera así como de algunas ganancias de juego.

En el pasado ha sido juzgado por lo siguiente. 1987: conducción en estado de embriaguez. 1988: agresión grave, tenencia de armas y delito menor de estupefacientes (cumplió un año de cárcel). 1995: allanamiento, robo y resistencia violenta (cumplió veinticuatro meses de cárcel). 2001: amenazas. A partir de 2001 no consta ninguna falta ni delito por su parte. Slovovic fue acusado por última vez de agresión grave a un portero del restaurante Kvarnen de Estocolmo. Los cargos fueron desestimados en relación con Slovovic. El otro acusado, X, fue condenado a tres años de cárcel por agresión grave. X se cree que es uno de los subordinados de Slovovic y ha trabajado con él dentro de la actividad de cobros de guardarropa de la Organización. Además Slovovic está en la actualidad en disputa con su ex mujer, Annika Sjöberg, sobre los derechos de visita y patria potestad de su hija en común, Lovisa.

Se cree que Slovovic ha formado parte de los arriba mencionados Tigres durante la masacre de Srebrenica de 1995. Slovovic es muy violento y además de los hechos del Kvarnen ha cometido con toda seguridad un gran número de delitos que se considerarían agresión grave siempre que se llevaran a juicio. Entre otras cosas, el grupo de narcóticos de la policía de Norrmalm ha intentado infiltrarse en un grupo de culturistas del gimnasio Fitness Club de Sveavägen en Estocolmo, que sirve como base de reclutamiento de sujetos criminales. El dieciocho de agosto del año pasado, el infiltrado policial (Y) fue agredido con objetos del gimnasio así como amenazado con un arma de fuego por parte de Slovovic. Y no cree que Slovovic sospeche de su relación con la policía sino que la agresión tuvo lugar como una «demostración de poder» por parte de Slovovic.

Slovovic es responsable de la actividad de protección de la Organización así como de extorsión y amenazas en general. La actividad de protección se dirige sobre todo a restaurantes y bares de la zona de

Estocolmo, pero también contra otras empresas que operan en zonas «grises» de la legalidad.

Stefanovic Rudjman . Es sobrino de Kranjic y el guardaespaldas personal de él y su familia. Nacido en Suecia, 770612-1279. En el pasado estudió en la Universidad de Estocolmo, entre otras cosas derecho y economía. No se ha licenciado en ninguna de los dos. Anteriormente ha trabajado como auditor en la auditoría Rusta Ekonomi Sociedad Anónima (número de empresa 556743-3389).

En el último año fiscal, declaró 859 000 coronas, ingresos que principalmente consisten en dividendos de acciones y otros valores.

El Grupo de Investigación sospecha que Rudjman se dedica al blanqueo de dinero para, entre otros, Kranjic. Rudjman no tiene antecedentes previos salvo una serie de multas de tráfico durante la década de 2000. Está soltero. Se cree que Rudjman también maneja las inversiones de Kranjic. Entre otras, Rudjman ha invertido grandes cantidades en proyectos urbanísticos en el área de Belgrado.

Conflictos internos, etcétera

El Grupo de Investigación ha recopilado información sobre los conflictos internos de la Organización. Conocen bien el proyecto Nova y se están organizando para hacer frente a las operaciones policiales. Por ello su dirección planea un reparto del mercado de cierto tipo de delitos entre ellos y otros grupos criminales para evitar la competencia entre sí. El método demostró tener éxito durante la denominada paz entre las bandas de moteros Bandidos y los Ángeles del Infierno. El Grupo de Investigación cree que se ha confiado a Mrado Slovovic y Stefanovic Rudjman investigar, planificar así como llevar a cabo dicho reparto del mercado. Slovovic ha estado en contacto con una serie de otras redes y organizaciones criminales. Es muy difícil vigilarle y cambia con frecuencia de teléfono. Además no hay autorización para aumentar la vigilancia. Probablemente tiene pensado reunirse con más grupos criminales de Estocolmo en un futuro próximo. Dentro de la Organización hay algunos conflictos internos relacionados con el intento de reparto del mercado.

De la escucha de una conversación telefónica entre Kranjic y Rudjman el quince de febrero de este año (cinta SPL 3459-045 A) se concluye que Kranjic ya no confía en Slovovic. El siguiente extracto de la transcripción de la conversación está traducido del serbio:

KRANJIC: Probablemente tengamos que deshacernos de los guardarropas y apartarle [a Mrado]. No confío en M.

RUDJMAN: Pero él significa mucho. Hace un buen trabajo. Se encargó del cabronazo chileno ese. Castiga a los que no se comportan bien. Putas, porteros, gente que va por libre.

KRANJIC: Claro, pero ya no se comporta bien. El otoño pasado exigió una parte mayor de los beneficios. Se puede olvidar. Luego el incidente del Kvarnen. Mal hecho y sin pensar. Pero sobre todo, y aquí voy a ser un poco personal, se trata de la historia. No acepta que yo haya tomado el control. Hace mucho trabajábamos al mismo nivel. Es otro motivo más por el que tiene que irse. Su confianza flaquea.

El Grupo de Investigación considera que esto es una señal más de que el proyecto Nova ha tenido éxito en su primera fase inicial, perturbar la criminalidad organizada y conseguir que se debilite.

Acciones

El Grupo de Investigación sugiere las siguientes acciones motivadas por lo anteriormente expuesto:

Aumentar la actividad de investigación sobre Mrado Slovic y Radovan Kranjic en el alcance que se autorice.

Continuar los intentos de recopilación de información por parte de X.

Continuar los intentos de infiltrarse en la Organización.

Presupuesto para las acciones: ver anexo 1.

Comisario judicial Björn Stavgård

Investigador especial Stefan Krans

Capítulo 31

Jorge tenía tantas ganas de orinar que podría haber llenado una botella de zumo de manzana. Una idea divertida, quizá invitar a alguien. «Toma un poco de zumo». El color era traicioneramente parecido.

Tuvieron que pasar semanas hasta que captó una regla fundamental en el sector de la vigilancia/investigación: ten siempre contigo una botella en la que mear si estás de vigilancia en un coche. Si es una botella vacía de zumo de manzana, da lo mismo.

Los cristales traseros del coche eran tintados; era necesario para que nadie pudiera verle. Con cristales normales sería demasiado incómodo, tendría que estar tumbado en un asiento reclinado. Además, había peligro de quedarse dormido.

Todo estaba tranquilo en la casa de Radovan. Era el primer día que pasaba así. El primer día de muchos.

El coche, un Jeep Cherokee, que había robado en Östermalm a las tres de la madrugada. Con placas nuevas. Reducía el riesgo de que le descubriera la pasma.

Jorge, el ángel de la venganza, hundiría el imperio de Radovan de alguna manera. Sólo tenía que averiguar cómo.

Todo lo que sabía en ese momento era que el odio daba para mucho. Una *vendetta* que requería aún más paciencia que la fuga de Österåker. Iba a investigar, buscar, sumar uno más uno.

Averiguar mierda sobre Radovan. Para empezar, comprobar las rutinas de Don R. Un buen comienzo: sentarse en el coche y esperar a que sucediera algo raro y meditarlo.

En la calle no pasaba nada.

Miró hacia la casa.

Había nieve en el techo.

No estaba claro si había alguien en casa.

Siguió mirando fijamente, como si se hubiera vuelto a inscribir en la Komvux; curso de arquitectura de chalés.

Entre las cinco y las seis de la tarde se quedó adormilado. Mal asunto. Necesitaba mantenerse despierto. Al día siguiente pensaba llevarse tabaco, Coca-Cola y quizá una Gameboy.

El día pasó.

El odio seguía.

Unos días más tarde estaba otra vez sentado en el exterior de la casa.

Se obligó a pensar cómo podría canalizar los sentimientos contra Radovan. Las ideas claras desde hacía una semana. Antes había apartado los pensamientos. Sólo quería sobrevivir mientras estaba en fuga. Adaptarse a Abdulkarim. Hacer un buen trabajo. Ganar algo de dinero. Conseguir un pasaporte. Largarse del país. En la actualidad disfrutaba de poder andar por la ciudad sin que le reconocieran. La idea de dejar Suecia empezaba a resultarle dura. Al contrario: cuando reuniera suficientes coronas iniciaría algo contra Radovan.

Una idea: existía la posibilidad de que en realidad estuviera trabajando indirectamente para Radovan. Jorge conocía el Estocolmo de la farla. No había muchos sujetos con capacidad suficiente como para sacar adelante el nivel de ventas de Abdulkarim. El árabe a veces parecía ridículo pero Jorge lo sabía, el tío controlaba de cocaína a tope. Según Jorge, daba lo mismo. No era probable que el jefe de Abdul en realidad fuera Rado; los serbios y los árabes no solían funcionar bien juntos. Y si era Radovan el que dirigía, la ironía era perfecta.

Necesitaba planificar otros proyectos, su primer trabajo de verdad para el árabe. Encargarse de que un cargamento de coca llegara bien, directamente de Brasil.

En eso era un experto.

Teoría elemental: un truco viejo puede funcionar si uno lo hace bien. Jorge se había preparado. Se iba a recibir una cantidad significativamente más grande de lo habitual. La cocaína se había conseguido por medio de contactos de los contactos de Brasil. Buen precio. Cuarenta dólares el gramo. En los últimos meses el tráfico telefónico, intenso. El acuerdo, cerrado: los billetes, comprados; nuevo teléfono de tarjeta, conseguido; las personas, informadas; los funcionarios de aduanas de Sao Paulo, sobornados. La habitación de hotel, reservada. Lo más importante: el correo, conseguido. Era una mujer.

La detección de fallos, realizada. Abdulkarim había comprobado dos veces la planificación.

De nuevo: un truco viejo puede funcionar si uno lo hace bien. La aduana/policía del aeropuerto de Arlanda se pegaba a las posibles

mulas más que los chicos del extrarradio a las bandas a las que querían pertenecer, como lapas.

Jorge repitió: lo iba a hacer bien.

Repasó otra vez su proyecto de venganza. Le llevó a formularse preguntas. ¿Qué sabían en realidad de Don R? Un montón desde antes de estar en chirona, cuando había trapicheado farla para la mafia yugoslava. Las rutinas eran seguras. Recogía una llave en una consigna de Centralstation aproximadamente una vez por semana. Luego iba a un trastero de Shurgard en Kungenskurva donde pesaba de diez a veinte gramos cada vez. Vendía la mierda en el extrarradio norte, a veces en garitos de la ciudad. A veces a otros camellos, a veces directamente a los compradores. Trabajos sencillos. Sin embargo ganaba bien. Lo hacía de maravilla. Ahora sabía mucho más sobre el perico. Österåker había tenido su parte positiva; J-boy era una enciclopedia andante de la farlopa en Estocolmo.

Anteriormente: todo el tiempo había sido consciente de que el rey yugoslavo, Rado, estaba detrás. Pero también de que no había conexiones directas con Don R. Los que le suministraban farla a Jorge no mencionaron jamás su nombre. Nunca se los encontró en el trastero de Shurgard. Qué raro que Mrado no le hubiera matado en el bosque. Los yugoslavos debían de tener miedo de que le echara encima a Radovan tanta mierda que le pudiera hacer daño de verdad.

Deseó saber tanto sobre el jefe yugoslavo como debían de imaginarse que sabía.

La circunstancia sobre la que Jorge tenía que meditar: si intentaba conseguir información sobre R dentro de lo que él conocía mejor, la venta de coca, ¿no se ponía en riesgo él mismo? ¿No ponía en riesgo a sus colegas: Sergio, Vadim, Ashur? Todos tíos que de una u otra forma habían estado implicados en la pirámide de farlopa de Radovan. Debería averiguar otras cosas sobre la mafia yugoslava.

¿Qué más sabía sobre Radovan de su tiempo en Österåker? Lo primero y principal de todo lo que sabía: el jefe yugoslavo estaba implicado en un montón de otras actividades además de sus negocios de perico. Extorsión, dopaje, tráfico de tabaco. ¿Pero qué sabía él que tuviera peso? Sólo algunas cosas: la coca de Rado venía por la ruta de los Balcanes, por la antigua Yugoslavia, donde se procesaba y empaquetaba la mierda. No como casi todo el resto de la farla de Suecia, que llegaba vía la península Ibérica, Inglaterra o directamente desde Colombia y el resto de Latinoamérica. La ruta de los Balcanes era el canal habitual para la heroína.

Más: sabía de qué restaurantes se decía que Radovan los controlaba para blanquear dinero. Sabía de una serie de personas que habían sido amenazadas o apaleadas por haber desafiado partes del imperio de R: la venta de coca en el centro, las máquinas de Jack Vegas en los garitos

del extrarradio oeste, alcohol casero en lugar de garrafón de contrabando en los restaurantes de Sollentuna.

Pero, de nuevo, nada estaba directamente conectado con R. No se podía demostrar nada. Jorge debería dejarlo. Aceptar la humillación. Muchos eran agredidos por hombres como Mrado. ¿Quién se pensaba que era? ¿Adónde podía llegar? Por otra parte, J-boy, el latino con redaños, el visionario de las fugas, era más grande que los broncas grandullones del extrarradio con sueños de *bling-bling* y coches caros. Él iba a ser algo. Ganar una pasta gansa. Si Osteråker no le había detenido, tampoco lo iba a conseguir ningún gordo serbocroata.

Empezaba a oscurecer.

Un día penoso.

La casa no era el sitio adecuado para empezar. Jorge tenía que pensar. Estructurar.

Se marchó de allí. Pensaba dejar el coche en Södermalm. Era peligroso ir por ahí con él demasiado tiempo.

No podía abandonar los pensamientos sobre R y sus conexiones con la ruta de los Balcanes. Jorge conocía a un tío, Steven, en Österåker. El tío cumplía condena por tráfico de caballo desde Croacia. Quizá fuera una manera de empezar. Averiguar si Steven estaba libre. Si no: averiguar quiénes eran los cómplices de Steven. Los que más sabían de la ruta de los Balcanes.

Al día siguiente llamó a Österåker desde una cabina. Disimuló la voz. Preguntó si Steven había salido ya. Le recibió un tono burlón en el otro extremo. Jorge no reconoció quién era.

—¿Steven Jonsson? Le quedan por lo menos tres años. Llama entonces.

Cerdo.

Jorge llamó a Abdulkarim, Fahdi, Sergio. A todos en los que confiaba. Ninguno sabía demasiado respecto a Steven y el tráfico de caballo. Algunos habían oído el nombre pero no controlaban con quién trabajaba.

Tres días de llamadas continuas. Sin éxito.

No podía ponerse en contacto con Steven de manera segura. Las conversaciones telefónicas podían ser escuchadas, si es que estaban permitidas. Las cartas podían ser abiertas en controles al azar. En la prisión no había correo electrónico.

Observó la casa. Esperaba algo sin saber por qué.

Miró al tejado plano.

La mirada fija en la nieve.

Se preguntó: ¿Cómo consigo ponerme en contacto con Steven? Aprender sobre la heroína que viene por la ruta de los Balcanes. Era un área perfecta. Jorge nunca había estado implicado. No había riesgos para él o sus amigos.

Se convirtió en una idea fija. Una meta obsesiva con Rado/Mrado como objetivo.

A veces veía gente junto a la casa. R en persona que llegaba al domicilio. Todas las tardes hacia las seis llegaba una mujer con una niña de unos siete años. Debían de ser la mujer y la hija de R. Volviendo del colegio y del trabajo. Nunca solas. Siempre con un tío fortachón de aspecto eslavo; evidentemente un lacayo en la jerarquía de los yugoslavos. Más adelante, Jorge se enteró de quién era ese tío; se llamaba Stefanovic, guardaespaldas personal y máquina de matar de la familia de Radovan Kranjic.

La mujer conducía un Saab Cabriolet.

Radovan conducía un Lexus SUV.

La familia feliz.

Cuando Jorge vio a la hija de siete años, pensó en la foto de Paola que Mrado le había enseñado en el bosque. Jugaban sucio. Jorge también sabía jugar sucio. Hacerle algo a la niña. Sin embargo no se sentía capaz. Una niña inocente. Además, parecía demasiado peligroso.

La casa estaba fuertemente vigilada. Cada vez que se acercaba alguien, el acceso hasta la puerta se iluminaba automáticamente con focos. A veces, si Stefanovic estaba en casa, salía y le abría a Radovan. Parecía que le avisaban de que alguien se acercaba a la casa con algún tipo de sistema de alarma.

Jorge abandonó la idea de que esperar en el exterior de la casa le fuera a dar algún resultado. Era infructuoso.

Cuatro días más tarde: otra idea. Volvió a llamar a Österåker. Preguntó por Steven. Preguntó por qué se le había condenado. Preguntó cuándo le habían condenado. En qué juzgado.

Le dio las gracias a Suecia por el principio de información de acceso público o como se llamara. Jorge llamó al tribunal de Estocolmo. Les pidió que le enviaran la sentencia de Steven Jonsson. Sin problemas; ni siquiera le preguntaron cómo se llamaba.

Un día más tarde, en el buzón de Fahdi: una sentencia. Tribunal de Estocolmo. Delito grave de estupefacientes. Seis kilos de heroína. Directamente desde Croacia, fresca. Los acusados eran Steven Jonsson, Ilja Randic, Darko Kusovic. A Steven le habían impuesto seis años. A Ilja, seis. Darko, dos años. El último tío debía de haber salido.

No fue difícil localizar a Darko. Tenían su móvil en el 118 118.

Jorge llamó.

—Hola, me llamo Jorge. Soy un antiguo colega de Steven de Österåker. Quería saber si te importaría que te preguntara unas cosas.

La voz de Darko sonaba malhumorada:

—¿Quién coño eres?

—Tranquilo. Cumplía condena con Steven. Estábamos en la misma galería. Me gustaría que quedáramos si tienes tiempo.

Jorge fue con pies de plomo. Hablaba con amabilidad. Recurrió a algunas historias del trullo sobre Steven. Consiguió que Darko comprendiera que de verdad había estado en la celda contigua a la suya. Jorge soltaba risitas. Se hacía un poco el tonto.

Siempre funcionaba.

Al final Darko dijo:

—Vale. Yo ya he dejado eso. Ahora me dedico al mantenimiento de Saabs a jornada completa. Podemos quedar pero sólo con una condición: no quiero acabar metido en líos. ¿Lo pillas? He dejado todo eso. Te puedo contar lo que hacíamos Steven y yo pero a mi manera. Nada más. Ahora soy honrado.

Jorge pensó: *Yeah, right* ^[58]. Honradísimo.

Acordaron quedar.

Cuatro días más tarde iba a ver a Darko. En el bolsillo le quemaban cinco billetes de mil. Una buena parte de los ingresos del trabajo para Abdulkarim iba para el proyecto de odio: un sector que te da y también te quita.

Quedaron en un café de Kungsgatan. Tras el mostrador, magdalenas de arándanos y ciento cincuenta tipos de café diferentes. Hasta arriba de cuarentones y madres de baja por maternidad. Los temas de conversación de la clientela resumidos: chicos, amigas, modelos de cochecitos de bebé.

Tras unas frases amables iniciales más la promesa de tres mil coronas, Darko empezó a hablar. En medio del parloteo, su voz oscura le describió los preparativos de los chicos importantes cuatro años antes. Pese a sus objeciones por teléfono, parecía no importarle que alguien pudiera oírle.

Darko era un profesional de la ruta de los Balcanes. Conocía cada vía de contrabando entre Afganistán, Turquía, Tayikistán y los Balcanes. Y desde ahí: la frontera con Eslovenia, Italia, Alemania. Controlaba los puestos de aduanas a lo largo de toda la frontera de la antigua Yugoslavia. Qué pasos fronterizos estaban peor vigilados. Qué funcionarios de aduanas hacían la vista gorda a cambio de dólares. Quién era caro, quién era barato.

Jorge, impresionado. Preguntó específicamente por Radovan.

Darko sacudió la cabeza:

—No te lo puedo decir. Podría tener problemas. Tengo un hijo, de ocho años.

Jorge pensó de nuevo en la foto del móvil de su hermana que Mrado le había puesto delante en el bosque aquella tarde. Presionó:

—Venga. Ayúdame un poco. ¿Dos mil pavos más por la información?

—¿Por qué tendría que confiar en ti?

—Joder, llama a Steven y pregúntale si crees que me voy a ir de la lengua. Fumábamos porros a escondidas en las duchas durante todo el tiempo que estuve en el trullo. Yo nunca se la jugaría a un colega de Steven.

Darko pareció relajarse cuando oyó el nombre de Steven.

—Eres cabezota. Por cinco mil te cuento toda la historia.

No tenía sentido regatear. Jorge dijo:

—De acuerdo. Cinco.

Darko siguió contando. En realidad, él y Steven no habían trabajado para R salvo en dos ocasiones. La primera vez introdujeron cuatro kilos de heroína escondidos en el cargamento de madera de un camión. El valor en la calle superó el millón y medio. Habían planeado todo el itinerario desde cero: habían conseguido tíos que condujeran, vigilado a los tíos que condujeron, sobornado a los funcionarios de aduanas, encargado protección a otros chicos duros organizados de Belgrado.

La segunda vez no introdujo caballo sino otra cosa. Peor.

Jorge se interesó. Le acribilló a preguntas.

Darko, presionado. La mirada huidiza. Apuró el café. Sugirió dar un paseo.

Salieron.

Era un día frío de febrero. Aire fresco y cielo azul. Jorge hablaba de cosas irrelevantes. Creaba confianza. Seguía parlotando.

—Tenías que haberlo visto. En verano. A Steven le mandaron quince semillas de cannabis metidas en pasas y las plantó en el jardín. Ya sabes que el cannabis necesita mucha agua.

Darko escuchaba. Se dejaba entretener. Parecía relajarse.

—El problema más gordo era regar las plantas. A Steven se le ocurrió un truco tremendo, se ponía allí y fingía mear sobre las plantas al mismo tiempo que les echaba un vaso de agua por encima. Un mono descubrió el asunto, claro. Se acercó. Se montó un follón de la hostia: ¿Te estás meando en el césped? Steven dijo que no. El mono tenía que demostrar que se había meado, se puso a cuatro patas. Empezó a oler la hierba. ¿Me sigues? Como un perro. Steven le dijo al cabrón del mono: Aquí tenemos la prueba, lo sospechaba desde hacía mucho; los monos y los perros: los dos tenéis los mismos genes. ¿Te imaginas cómo nos descojonamos?

Darko sonrió.

—Ya había oído esa historia antes. Steven es un tío de puta madre.

Subieron por Kungsgatan.

Parecía que Darko iba a hablar.

Transcurridos quince minutos más empezó a contar.

—Steven y yo trabajábamos juntos con un serbio, Nenad. Un tío fenomenal. El tipo tenía buenos contactos en Belgrado. Se rumoreaba que había pertenecido a los Tigres, que en Srebrenica había matado a treinta bosnios sólo con las manos. Primero sacó a los hombres a la plaza con las manos atadas a la espalda y les pegó hasta que se arrastraron en su propio vómito. Luego violó a sus mujeres delante de ellos. Entonces no sabíamos que era de los hombres de Radovan. Cuando hicimos el trabajo del caballo fue con instrucciones directas de R. Nos llevamos el veinte por ciento del valor. Estuvimos de fiesta medio año, luego volvió a ser hora de hacer negocios. La segunda vez que trabajamos para Radovan fue bajo las órdenes de Nenad. Creo que fue un año antes de entrar en chirona. Quedamos en Kafe Ogo, ya sabes, el antiguo garito de Jokso. Nenad se presentó, nos dijo que podíamos

llamarle patriota porque él siempre apoyaba a Serbia. Esos tíos iban en serio. Nenad era de los duros, con tatuajes de guerra en los nudillos. Había dos tíos más sentados en la mesa. Recuerdo que estuvieron con el pico cerrado toda la conversación. Pero yo conocía a uno de ellos de los garitos, Stefanovic. Un tío más joven que trabajaba para Radovan en esos tiempos. Nenad nos hizo la pelota. Habló de que nuestros transportes anteriores habían sido un éxito. Sabía mucho sobre mí, pero no era raro porque trabajábamos con frecuencia para los yugoslavos. Yo mismo soy serbio.

Darko hizo una pausa. Los ojos le brillaban. Iluminados por viejos recuerdos. Por los subidones. La emoción. ¿O qué?

Atravesaron la plaza de Hötorget.

—Nenad describió el plan. Era un gran cargamento de caballo. Lo llevaríamos con camiones, como las otras veces, desde la región de Belgrado. Y dijo que estaría bastante cortado, ocuparía mucho espacio. Entonces no entendimos nada. Planificamos todo el asunto. Conseguimos dos trailers con matrícula alemana y en cada uno cabían dos contenedores. Arreglamos lo de los conductores, las aduanas, los permisos. Toda la historia. Oficialmente llevarían piezas de maquinaria desde Turquía por los Balcanes. Nenad nos dio unas reglas. En cada contenedor hacía falta al menos dos metros cúbicos para la carga. Cuando nos fuimos a reunir con nuestras personas de contacto en las afueras de Belgrado, vinieron en un viejo autobús del ejército vestidos con ropa militar y armas automáticas. Habían traído cuatro mujeres. Pensé que nos iban a invitar a vodka y a divertirnos un rato con las chicas. Después de un rato lo pillé. En ningún momento se había tratado de llevar caballo. Íbamos a llevar personas. Primero pensé que eran refugiadas.

Jorge y Darko continuaron por Vasagatan a paso lento. Pasaron Centralstation. Los taxis hacían cola. Jorge preguntó:

—¿Quiénes eran las personas de contacto?

—Ni idea. Pero trajimos a las chicas hasta aquí. No se les permitió salir ni una sola vez. Ese verano hacía un calor de la hostia. Cuando atravesamos Alemania los termómetros marcaban treinta y seis grados. Quién sabe cómo consiguieron resistir el viaje. Treinta horas en dos metros cúbicos, prueba tú a ver qué tal. Bueno, tenían agua. Las descargamos en Södra Hammarbyhamnen, que en aquella época era una zona industrial sin construir. Puedo ver sus caras delante de mí cuando salieron de los contenedores: hartas de llorar, de color gris oscuro. Bolsas en los ojos que les echaban veinte años de más. Si lo hubiera sabido antes de cargar, joder. Podría haber dicho que no. Pero tenían agua.

Jorge no hizo caso del arrepentimiento de Darko. En ese momento no importaba si las putas habían tenido agua o no. Preguntó:

—¿Quién os recibió?

—Radovan, Nenad, Stefanovic y algunos más.

—¿Radovan?

—Sí. Le reconocí por las fotos que había visto en Kafe Ogo.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de que no era caballo lo que llevé en esa ocasión.

—¿Quiénes eran los otros?

—Ni idea de quiénes eran los demás, aparte de Nenad y Stefanovic. Lo siento.

—¿Cuánto os sacasteis?

—Ciento cincuenta cada uno. Eso cubría todo. Incluidos los sobornos y los salarios de los conductores.

Jorge ardía por dentro.

Se quemaba.

Odio.

Una pista.

Radovan metido en el tema de las putas.

Jorge reanudó la caza.

Capítulo 32

El problema de lujo de JW: había ahorrado trescientas ochenta mil en cuatro meses y aun así había gastado como un jeque del petróleo; ¿qué iba a hacer con el dinero?

Pronto llegaría el momento del BMW: quizá dentro de un mes. Quizá dentro de dos. Pese a todo, sería probablemente uno de segunda mano. Las alternativas que barajaba era un estupendo BMW 330 Ci M-Sportpaket del 2003. Un aún más estupendo BMW 330 Cabriolet con navegador del 2004. Y el modelo más estupendo de todos: un BMW Z4 2,5. Este último coche lo miró en la web Blocket. Era una pasada, plateado con tapicería de cuero, de cero a cien en seis segundos. Un coche de pijo. Era taaan de su estilo...

Era un problema típico de los chicos malos. Sobre el papel JW no ganaba dinero y según el registro del gran hermano vivía del préstamo del CSN^[59] y de becas, en total siete mil quinientas coronas al mes. El coche tenía que registrarse y asegurarse. En consecuencia, el gran hermano vería que había comprado un coche de trescientas mil pese a que no declaraba ingresos ni patrimonio. El gran hermano empezaría a hacerse preguntas. En el peor de los casos el gran hermano sospecharía, empezaría a investigar a JW en general.

La solución estándar para los chicos malos consistía en blanquear el dinero negro.

JW estudió más. No era de lo que más se había escrito en relación con estructuras económicas. Difícil encontrar información. Preguntó a Abdulkarim sobre maneras inteligentes. El árabe contestó:

—JW, tío, mira, yo economista, no. Yo, un patero normal. Suecia no se fía de mí para nada. Yo no necesito dinero limpio. Yo estoy fuera de esto.

JW intentó explicar las ventajas de estar a buenas con el sistema.

Abdulkarim, con una sonrisa torcida:

—Tú vienes a Londres porque tú eres mi economista. Tú tienes que pensar. Si encuentras la forma, tú me lo dices. Entonces yo blanqueo el diez por ciento.

El árabe tenía razón en una cosa: mantenerse al margen era una alternativa. No registrar los coches, no asegurarlos, no comprar viviendas, funcionar siempre con metálico.

Pero no era el estilo de JW, él iba a ir en serio.

Tres días después de su vuelta de Robertsfors, JW se preguntó: ¿Qué tengo de allí? La simple respuesta: nada. Pero de todas formas, muy en el fondo, sabía que había sido agradable ir allí. Agradable sentirse seguro. No tener que jugar. Poder volver a hablar con su dialecto normal. Poder ir por ahí vestido de cualquier manera. Poder tumbarse en la cama todo el día sin tener que necesitar llamar a la gente para saber qué iban a hacer por la noche.

Al mismo tiempo sentía desprecio. Sus padres no controlaban nada. Su pasado no encajaba.

Además se había traído de allí una nueva pista: el chico de Camilla era yugoslavo. ¿Qué significaba eso? En principio era información que debería pasar a la policía.

¿Pero la policía avanzaba algo? JW les había proporcionado la historia de Jan Brunéus, el profesor que evidentemente había utilizado a su hermana. ¿Por qué no se ponían en contacto? ¿Pasaban de la preocupación y el dolor de la familia Westlund?

Al mismo tiempo era muy agradable haber pasado el testigo a la policía. Podía dedicarse a otras cosas. Camilla no podía quitarle demasiada concentración de su carrera.

JW aprendió sobre el blanqueo de dinero. La clave para el éxito era el traspaso de un sistema económico a otro. El traspaso desde zonas sucias a zonas limpias. Un ciclo de traspasos. Un traspaso en tres pasos vitales: colocación, ocultación, blanqueo. Sin ellos no se cerraba el círculo.

La colocación era imprescindible porque se vendía al contado. Por muy exclusiva que fuera la gente que compra, no se vende coca usando otros medios de pago. Una frase ocurrente: *Cash is king for cocaine consumers*^[60]. La ventaja del dinero en metálico: no dejaba rastro. El inconveniente: resultaba sospechoso. A la gente le extrañaban los fajos de billetes de quinientas. El metálico había que traspasarlo. Colocarlo. Convertirlo. A otra divisa, en unos y ceros electrónicos en una cuenta bancaria, en acciones, opciones u otros instrumentos. En algo que no llamara la atención, que fuera fácil de manejar, que estuviera un paso más allá de tu fuente de ingresos ilegales.

El paso número dos se trataba de la ocultación. Dar la cara con actividades empresariales u otros mecanismos que ocultaran las fuentes de ingresos: cuentas de bancos en países con un buen nivel de confidencialidad. Se trataba de romper la cadena. Crear capas de transacciones. Que no pudiera verse de dónde había venido el dinero. Utilizar testaferros. Utilizar cuentas numeradas. Utilizar sistemas que cortaran tu conexión con esas maravillosas coronas.

El último traspaso era el más importante, se trataba del blanqueo en sí, de la reintegración del dinero en tu economía. Cuando el metálico se había colocado, ingresado en cuentas, el dinero se había ocultado y no podía seguirse el rastro hasta ti, tendría lugar la última fase: centrarse en de dónde había venido, la creación de una quimera de fuentes legítimas. Con frecuencia, fuentes que pagaban impuestos. Fuentes normales.

El blanqueo conseguía que te vieras obligado a jugar de acuerdo con las reglas del Estado. Perdía la deliciosa flexibilidad del metálico. Lo introducía en el sistema financiero, en el que todo está meticulosamente regulado. Toda la información se guardaba. Todos los activos se contabilizaban. Cada traspaso se registraba. Ningún activo viene de la nada. Pero se podía fingir.

Quieres blanquear. Quieres romper la cadena. Al mismo tiempo quieres conseguir una bonita cadena para mostrársela a las autoridades. Había dos alternativas. O bien meter el dinero en algún lugar donde la confidencialidad pusiera fin a las investigaciones del gran hermano. La respuesta a las preguntas indiscretas: hay una transacción registrada pero lamentablemente no hay autorización para mostrarla. O bien utilizar el sistema para crear una pista. La respuesta para el gran hermano: claro que hay transacciones registradas, mira aquí.

Todo el asunto requería preparativos. JW iba a tener un BMW, sin más. Registrado y asegurado.

Había prisa. Quería ponerse en marcha lo antes posible.

Una semana más tarde había comprado en la Red tres empresas sin actividad por seis mil coronas cada una. Se inscribió como miembro del consejo de administración. La actividad de una era eventos-marketing; el de las otras dos, comercio de antigüedades. Perfecto. Arregló lo del capital social de cada compañía, cien mil coronas, con un pagaré. Él se convirtió en deudor de las compañías; una manera de evitar tener que meter coronas de verdad a nombre de las compañías. Se hizo un contrato a sí mismo en la compañía de eventos y marketing. Finalmente dio nombre a las compañías. Se llamaron JW Empire Antik AB, JW Empire Antik 2 AB y JW Consulting AB. Sonaba suficientemente profesional.

Se puso en contacto con gente en Londres, amigos de Fredrik y Putte que estudiaban en la London School of Economics. Niños bien con padres que pagaban cien mil al semestre por una buena formación. Conocían a otros allí que ya trabajaban, banqueros de inversión. JW hizo varias llamadas. Al otro lado del auricular, voces nasales de clase alta. Chicos que trabajaban día y noche e intentaban legitimar su propia opinión de sí mismos. Él siempre se refería a los chicos que le habían dado sus nombres. Abría puertas. Daba nuevos nombres. Británicos, indios, italianos. Medio mundo trabajaba en Londres.

Al final, tras cuatro días de llamadas a Londres, la factura telefónica estaba seguro por encima de las tres mil coronas, consiguió hablar con un hombre de Central Union Bank, Isla de Man. Un paraíso fiscal con una enorme ventaja: secreto bancario. Perfecto.

Acordaron reunirse la misma semana que JW estaría en Londres con Abdulkarim.

JW había quedado con Sophie por la noche para cenar en Aubergine, en Linnégatan.

Estaba en casa sentado en la habitación navegando. Babeando por objetos que comprar. Coches alucinantes. Calculó con Excel su histórico de compras. Nuevos métodos de ventas. Análisis de *cash flow*. Beneficios del blanqueo.

Apagó el ordenador.

Se levantó. Era hora de ir a ver a Sophie. JW con el vestuario habitual: vaqueros de Gucci, mocasines, camisa azul de rayas de Pal Zieri con puños dobles. Se puso el abrigo de cachemira.

Fue andando a Aubergine. Las aceras estaban bordeadas de nieve sucia. Los zapatos eran más resbaladizos que una cáscara de plátano sobre lubricante. Vio a Sophie a través de la ventana. Siempre estaba guapa, siempre. Pero uno no lo notaba al ciento por ciento cuando estaba sentada. Cuando llegó, ella se levantó. La belleza le golpeó con un duro rechazazo. Joder, qué rica estaba.

Llevaba vaqueros estrechos, Sass & Bide, zapatos negros de punta fina y un top negro escotado, probablemente de la tienda de Nathalie Schuterman de Birger Jarlsgatan. Sophie era cliente habitual.

Él guiñó un ojo, fingió flirtear con ella.

Ella sonrió. Se abrazaron. Se dieron un beso rápido.

JW se sentó. Pidió una cerveza. Sophie ya tenía una copa de vino tinto ante sí.

El restaurante estaba en un local en forma de L. Las ventanas eran grandes. Las mesas lacadas de negro, discretas. En el ángulo de la L estaba la zona de bar. Unas intrincadas estructuras de hierro hacían de lámparas de techo de luz suave. La clientela consistía en abogados y chicos de finanzas tomándose la cerveza-de-después-del-trabajo, pibones tomándose la primera y parejas de Ostermalm cenando *tête-à-tête*.

Pidieron la cena.

JW rodeó a Sophie con un brazo.

Ella tomó un pequeño sorbo del vino.

—Pareces cansado.

A veces ella actuaba de una manera que le ponía nervioso. Cuando fijaba la mirada no la retiraba nunca.

—Creo que estoy durmiendo demasiado poco.

—Pero la semana pasada me dijiste que estabas cansado porque habías dormido demasiado. Dormiste hasta las tres de la tarde. ¿Es tu récord?

JW pasó el dedo por el borde del vaso de cerveza.

—No creo. Eso fue el fin de semana que fui a casa de mis padres. Uno se queda atontado cuando duerme demasiado. Estuve en plan tranquilo en su casa.

—Qué raro. Siempre hay un motivo para el cansancio. Pueden ser cosas contradictorias. En realidad es absurdo. Uno se cansa de dormir demasiado poco o en exceso, por la oscuridad del invierno o por la luz primaveral. Dicen que a uno le da sueño pasarse todo el día vagueando o haber sido demasiado activo.

—Es verdad. Todos quieren tener excusas para estar cansados. Cansado porque se ha entrenado demasiado fuerte en el gimnasio o porque se ha estrujado los sesos en un examen. La gente siempre tiene motivos para estar cansada. Pero yo sé por qué me estoy quedando dormido ahora. Salí anoche.

JW siguió contándole. Sobre su noche de fiesta. Las bromas locas de los amigos. El subidón de la coca. Siguió parloteando. A Sophie se le daba bien escuchar, hacía preguntas relacionadas en las pausas correctas, asentía en los momentos correctos, se reía con las bromas correctas. Sophie conocía parte de la realidad, sabía que JW vendía a los chicos pero no sabía en qué medida. Ni de lejos.

Sophie se inclinó hacia atrás. Se quedaron sentados en silencio un rato. Escucharon a hurtadillas la conversación de la mesa de al lado.

Al final, ella preguntó:

—¿Qué otros amigos tienes además de los chicos?

En la cabeza de JW: proceso de análisis a una estresada velocidad máxima. Rebuscó mentiras preparadas. ¿Qué cojones iba a decir? ¿Que sus únicos amigos eran los chicos, parecer una persona con pocos amigos? ¿Inventarse otros amigos? En plan Mállgan. No, no era capaz de retener más mentiras en la cabeza. La respuesta fue: haz concesiones, cuenta la mitad.

—Me relaciono algo con otro grupo. Te vas a reír.

—¿Por qué me iba a reír?

—Porque son como macarras.

—¿Macarras? —Genuina sorpresa en la voz.

—O sea, por el estilo. Salimos de fiesta, entrenamos. En plan tranquilo.

—JW sentía la necesidad de justificarse—. La verdad es que son guais.

—No me lo podía imaginar de ti. A veces me pregunto hasta qué punto nos conocemos bien. ¿Cuándo puedo conocerlos?

Un error de cálculo. JW no pensaba que ella fuera a involucrarse así. Normalmente no se interesaba por la gente fuera de su círculo. Ahora de repente quería conocer a Abdulkarim, Fahdi y Jorge.

¿Era una broma o qué?

JW se esforzó. Tenía que mantener el tipo. Dijo:

—Quizá. En algún momento.

La necesidad de cambiar de tema de conversación pasó a ser desesperada. Empezó a hablar de Sophie. Solía funcionar.

Sacó el asunto de su relación con Anna y otras chicas de Lundsberg. Charla sobre conocidos. El asunto favorito de Sophie. JW se preguntó si sabía lo que había pasado entre él y su amiga Anna, en el fiestón de Lövhälla Gärd. Pero por qué iba a importarle, hacía casi medio año.

Sophie le recordaba a Camilla. Daba miedo.

Camilla era como Sophie con una diferencia: de alguna manera Camilla no controlaba tanto.

Y entonces se dio cuenta. Todavía tenía la sensación de que Sophie jugaba con él, se hacía la difícil, mantenía las distancias y quizá fuera sólo su manera de decirle que quería que él le ofreciera cercanía. Que se abriera más. Que la dejara entrar. Que le contara quién era él en realidad. Que le contara lo que él no se atrevía. Igual que Camilla. Dura, manteniendo las distancias con sus padres, especialmente con Bengt, cuando seguro que sólo era una manera de cerrarse porque no había una verdadera cercanía. Ir de dura porque no se atrevía a exponerse. ¿Y era eso, la falta de cercanía, lo que la había seducido de ese capullo de Jan Brunéus? JW no sabía si quería saberlo.

Unos días más tarde, la planificación del viaje a Londres a toda máquina. JW consiguió los billetes de avión. Reservó un hotel de lujo. Se

encargó de que los incluyeran en la lista de invitados: Chinawhite, Mayfair Club, Moore's. Hizo las gestiones para conseguir un guía en Londres, encargó una limusina, reservó mesa en los mejores restaurantes, comprobó los mejores clubes de *striptease*, se puso en contacto con reventas para conseguir asiento en los partidos del Chelsea, investigó los horarios de apertura y cómo ir a los almacenes de lujo: Harvey Nichols, Harrods, Selfridges.

Abdulkarim tenía que quedarse contento. Lo único que le molestaba a JW era que no sabía a quién iban a conocer ni por qué. La única información que le había dado Abdulkarim: «Se trata de negocios a lo grande».

Iban con frecuencia a casa de Fahdi. Él, Fahdi, Jorge y Abdulkarim a veces. Fahdi veía películas viejas de Van Damme y porno.

Hablaba de tíos a los que les había partido la cara y del Mal con M mayúscula: Estados Unidos. JW y Jorge hacían un organigrama de sus contactos y vendedores. Planificaban los lugares de almacenaje, aseguraban las zonas de venta, estrategias de venta y sobre todo la introducción. En el primer lugar de su lista había un gran envío desde Brasil.

El chileno resumaba odio y resolución. El chico tenía su proyecto aparte: vengarse de los tíos que le habían machacado.

En general JW se sentía a gusto con ellos. Eran sencillos comparados con sus colegas de Stureplan. Algo más clase B en sus hábitos, pero tenían los mismos valores que los chicos: tías, dinero, vivir la vida.

Una tarde en casa de Fahdi fue consciente de aspectos del negocio de la farla que hasta entonces había pasado por alto.

Jorge, Fahdi y él estaban sentados en los sofás. Llamaron a los camellos y acordaron lugares de encuentro.

El televisor, puesto de fondo. Pasaban las escenas de acción filmadas a cámara lenta de *Misión imposible 2*.

Patadas y golpes sangrientos y divertidos. Para Fahdi, inspiradores.

Empezó a hablar de un tío al que había disparado hacía dos años.

Al principio JW se partía.

Jorge quiso saber más.

Le preguntó a Fahdi:

—¿No tienes miedo a acabar en el trullo?

Fahdi se rió y dijo con orgullo:

—Yo miedo, nunca. Miedo es para maricas.

—¿Y qué vas a hacer si aparece la pasma?

—¿Has visto *Leon* ?

—¿*Qué* ?*

—¿No entiendes?

—¿Es que tienes armas en casa?

—Claro, *habibi* . ¿Queréis ver mi arsenal?

JW tenía verdadera curiosidad. Acompañaron a Fahdi a su habitación. La puerta del ropero chirrió. Fahdi rebuscó en la oscuridad. Tiró algo sobre la cama. Al principio, JW no vio lo que era. Luego lo comprendió, ante él, sobre la cama, había una escopeta de postas con los cañones recortados, Winchester. Doble cañón. Dos cajas amarillas con cartuchos de la misma marca que la escopeta. Dos pistolas de la marca Glock. Un machete con cinta aislante en el mango. La cara de Fahdi resplandecía como la de un niño feliz.

—Y vais a ver lo mejor. —Se volvió a inclinar hacia el interior del ropero. Cogió una carabina automática del 5—. Del ejército sueco. Guay, ¿eh?

JW fingió estar tranquilo. En realidad estaba en estado de shock. El hogar de Fahdi era el nido de las águilas. Un bunker de guerra totalmente armado en el extrarradio gris.

Jorge sonrió.

Cuando más tarde JW llegó a casa esa noche no llamó a Sophie.

Le costó dormirse.

Capítulo 33

Mrado debutó como negociador de paz. Salió bien. Pensó: Quizá debería haber hecho carrera en las Naciones Unidas. Luego se interrumpió a sí mismo: Que le den por culo a la ONU, traicionaron a Serbia.

Durante tres semanas se había reunido con jefes. Magnus Linden, un ultraderechista duro medio tonto. Líder de Hermandad Wolfpack. Ahmad Gafani, líder de los Fittja Boys con el tatuaje clásico de ACAB en la nuca: *All Cops Are Bastards* ^[61]. Naser, líderes de los albaneses. Apenas hablaban sueco pero le clavaban al pueblo sueco millones todos los años. Hombres con demasiado poder. Psicópatas. Sin respeto. Sin inhibiciones. Al mismo tiempo, tíos sin planes claros. Se dio cuenta: los yugoslavos seguían siendo los mejores. Los demás necesitaban que los organizaran.

Los Ángeles del Infierno y Bandidos habían reabierto la guerra. Ya había dos muertos, uno de cada banda. Los Fittja Boys luchaban por parte de las ganancias de los tres robos de vehículos blindados que habían realizado junto con tíos de Original Gangsters. En el penal de Kumla había miembros de OG y Bandidos en guerra. En el de Hall, un miembro de los Ángeles del Infierno había matado a un hombre de Naser clavándole un bolígrafo. Cuatro golpes rápidos en la garganta. Chop-chop.

Es decir: acababa de estallar la tercera guerra mundial en la jungla de Estocolmo y sus correspondientes satélites del extrarradio. A esto se le añadía el proyecto Nova de los mamones de la policía. Mrado estaba convencido de que ellos manipulaban la guerra. Sacaban ventaja de la escalada de odio y violencia. La gente estaba dispuesta a cantar para mandar al enemigo a la trena. La gente estaba dispuesta a arriesgarse en la guerra, a bajar la guardia, a rebajar la seguridad. La pasma podía infiltrarse. Extraer información. El resultado hasta la fecha: más de treinta habían sido condenados.

Mrado iba de camino a una zona industrial en Tullinge, cerca del cuartel general de Bandidos. Importante para Mrado en este tipo de reuniones: no quedar *en* el bunker de Bandidos. Tenía que ser terreno neutral.

La noche anterior había dormido de pena. Se había despertado a las tres y media. Sudoroso. Asqueroso. La sábana se le había enrollado. Imágenes de Lovisa. Jugando en el jardín, en la habitación, en el sofá delante del vídeo. Construyendo un muñeco de nieve con la nariz hecha con una de sus ceras. El insomnio era agotador. El whisky no funcionaba. Poner el estéreo y escuchar baladas serbias tampoco funcionaba. Con tres, cuatro horas de sueño por noche se podía

funcionar bien algunos días seguidos. Pero no varias semanas seguidas. Tenía que hacer algo con su vida.

Tres días antes había hablado con un miembro de Bandidos. Le había pedido que le diera un mensaje a Jonas Haakonsen, el líder de Bandidos en Estocolmo, que Mrado quería mantener una conversación sobre ciertas áreas de su actividad. Había dejado su número de móvil. Dos horas más tarde: un SMS. Un lugar. Una hora. Y: «Ven solo». Nada más. Por lo que Mrado había oído, era el estilo de Haakonsen. Melodramático. No corría riesgos. Mrado pensó: Venga, coño, esto no es ningún *thriller* de espías durante la guerra fría.

Mrado había conocido a Haakonsen en el torneo de golf de gánsteres del año anterior. Golf, una fantástica iniciativa de un antiguo miembro de OG. Todos los que hubieran cumplido una condena de dos años o más y tuvieran licencia federativa de abonado eran bienvenidos. El año anterior habían jugado en el campo de golf de Ulriksdal. Cuarenta y dos participantes. Cuellos anchos y brazos tatuados hasta lo absurdo. Mrado se sentía pequeño en comparación. Habría sido la ocasión perfecta para discutir el reparto de mercado si Mrado hubiera tenido entonces esa misión, aunque seguro que había micros en cada *tee*, bunker de arena y *green*.

¿Qué se sabía de Bandidos? Las estrellas más brillantes del cielo de las bandas de la Suecia central. Reclutaban en los núcleos más duros de chicos inmigrantes, por medio del club filial, X-Team. Dos bases en el área de Estocolmo: Tullinge y Bålsta. El crimen más reciente: habían secuestrado a un miembro de los Ángeles del Infierno. El tío había aparecido tres días después. La piel como la de un leopardo, en cada centímetro cuadrado, marcas redondas de quemaduras de cigarrillos. Las rodillas hechas trizas. Las uñas arrancadas. La causa final de la muerte: ingestión forzada de gasolina. No era de extrañar que las bandas de moteros estuvieran en guerra.

El negocio de Bandidos era como el de los Ángeles del Infierno pero con más droga. Es decir, contrabando de alcohol, protección, algo de delitos económicos, por ejemplo, fraude con facturas, chanchullos con el IVA. Además, se dedicaban a la venta de heroína y cannabis.

Mrado se fijó en los carteles de indicación hacia Tullinge. Disfrutaba cada vez que se sentaba tras el volante del Mercedes. Motor V8. Asientos deportivos de cuero. Llantas verdaderamente anchas.

Cambió a una marcha más corta, la potencia pura del coche rugió. El disfrute de la conducción al máximo.

De fondo, parloteo en la radio que se interrumpió para las noticias. Algo sobre la guerra de los estadounidenses en Oriente Próximo. Mrado tenía sentimientos encontrados. Odiaba a Estados Unidos al mismo tiempo que le encantaba que machacaran a los musulmanes.

La lucha. La luz contra la oscuridad. Europa contra Oriente. La responsabilidad eterna de los serbios. ¿Y quiénes se lo agradecían? Que hubieran resistido durante siglos. Que hubieran mantenido cerrada la puerta al resto de Europa. Que se hubieran sacrificado. El propio Mrado había luchado. Ahora se quejaban sobre la obligación de llevar velo y los fanáticos fundamentalistas. Culpa vuestra. Los serbios habían hecho lo que habían podido. Les había dado por el culo el resto del mundo, con los Estados Unidos de América en primer lugar. El pueblo de Serbia no debía nada a nadie.

Bajó el volumen. Las autopistas eran un coñazo. La semana siguiente pensaba llevar a Lovisa a Kolmården, al delfinario. Quizá ir por carreteras secundarias. Disfrutar.

El cielo estaba gris. ¿Febrero era el mes más inútil? Mrado no había visto el sol en cuatro semanas. Los coches de alrededor estaban manchados de nieve, sucios, sin gusto. Grises.

Los problemas le daban vueltas en la cabeza. La preocupación/la angustia como música de fondo en lugar de la radio.

Radovan estaba perdiendo la confianza en él. Quizá llevara tiempo rumiándolo, qué sabía Mrado. Cuanto más lo pensaba, más claro le parecía que Rado jamás había confiado en él.

Él mantenía en secreto ciertas cosas, como que las compañías de blanqueo de dinero/los videoclubes funcionaban de pena. Sobre todo: no le había dicho que pensaba organizar el reparto del mercado para que le beneficiara. Con toda probabilidad, Rado estaba cabreado por la solicitud de Mrado de una mayor parte de los beneficios. Rebotado por el fiasco del Kvarnen. En realidad, había sido pura suerte que se hubiera librado de una larga condena. Un puntazo por parte del abogado de los yugoslavos, Martin Thomasson. Mrado necesitaba asegurarse contra la volubilidad de Rado. Debería hablar más con Nenad.

En la parte positiva, Mrado había resuelto lo de Jorge. Lo mejor de todo: Mrado era necesario para dividir el mercado en la guerra de los gánsteres.

Caían copos de aguanieve. Los limpiaparabrisas se movían a la velocidad más lenta. Aumentó la potencia del aire caliente hacia los cristales. Las manos colgando, apoyadas sobre el volante. Notaba una cierta rigidez en sus movimientos. El chaleco Kevlar le pesaba.

Giró en dirección a Tullinge. Siguió los indicadores.

Siete minutos más tarde había encontrado el sitio. Naves grises, bajas, alineadas. Nieve en los tejados. Contenedores verdes alineados. Carteles de Ragnsells^[62] a lo largo de los muros de uno de los edificios. La zona cercada. Mrado sabía dónde estaba el bunker de Bandidos, no era ahí.

Sin embargo, tenía la sensación de que era el territorio de ellos. Por otra parte, si se metían con él podían contar con que habría pérdidas; en vidas.

Aparcó el coche. Se quedó sentado un minuto. Comprobó palpando que la navaja estaba bien colocada en la bota. Sacó su revólver, el cargador estaba lleno. No había bala en la recámara; una vieja medida de seguridad. Finalmente: le mandó un SMS a Ratko: «Voy a entrar. Te llamo en dos horas como máximo. M».

Respiró hondo.

Ratko solía estar a su lado.

Cerró los ojos diez segundos.

Nada de pasos en falso.

Salió del coche. Le aterrizaron en las cejas grandes copos de nieve. No se veía bien.

Más allá, al otro lado de la cerca, se adivinaban dos personas que se le acercaban. Mrado se quedó quieto. Las manos a los lados. Se veía mejor a las personas. Chicos grandullones. Chaquetas de cuero, emblemas en los bolsillos del pecho. El logo de Bandidos. Uno llevaba barba oscura, probablemente un patero. Bandana a la cabeza. El otro era rubio con cicatrices en la cara.

El de la barba se quitó un guante y le extendió la mano.

—¿Mrado?

Mrado le dio la mano.

—Eso es. ¿Y tú eres...?

—Vicepresidente del capítulo de Estocolmo. James Khalil. ¿Vienes solo?

—Eso es lo que se acordó. Yo mantengo los acuerdos. ¿Te sorprende?

—Para nada. Bienvenido. Enseguida vas a ver a Haakonsen. Acompáñame.

Mrado conocía la jerga. La clave era el respeto. Frases cortas y duras. Ni un atisbo de inseguridad. Cuestiona cuando puedas cuestionar. Sin ser irrespetuoso.

Fueron hacia uno de los contenedores. Las grandes botas de los hombres de Bandidos dejaban huellas profundas en la nieve. A treinta metros se puso en marcha un camión. Salió de la zona. Mrado percibió

varios ruidos provenientes de la misma dirección. Comprendió que el trabajo habitual continuaba en la zona.

James metió la llave en el cerrojo enorme de un contenedor de carga. Abrió. Encendió una lámpara. Mrado vio una mesa colocada. Tres sillas. Algunas botellas en la mesa. En el techo, una linterna de construcción en un plafón de acero. Sencillo. Práctico. Inteligente.

Antes de entrar, Mrado dijo:

—Doy por descontado que esto es seguro.

James le miró. Pareció plantearse un sarcasmo, pero se arrepintió.

—Por supuesto —dijo—. Trabajamos con los mismos principios que vosotros. Trabajar pero sin que se note.

James se acercó a una de las sillas. Se dejó puesta la chaqueta de cuero. Le pidió a Mrado que se sentara. El tío de la cara con cicatrices se quedó en el exterior del contenedor. James se sentó. Le ofreció una copa. Le sirvió whisky a Mrado. Intercambiaron frases de cortesía. Dio sorbos al whisky. Esperó en silencio.

Pasaron tres minutos.

Mrado pensó: Si no viene dentro de cinco minutos, me voy.

Levantó la mirada del vaso en dirección a James. Una ceja inquisitiva. James comprendió.

—Llegará en cualquier momento. No era nuestra intención hacerte esperar.

La respuesta le bastaba a Mrado. Era importante que comprendieran de verdad con quién estaban tratando.

Dos minutos más tarde se abrió la puerta del contenedor. Jonas Haakonsen entró, encorvado.

Mrado se levantó. Se dieron la mano.

Haakonsen se sentó en la tercera silla. James le sirvió whisky.

Jonas Haakonsen: al menos un metro y noventa y cinco de altura, el pelo en una cola de caballo y barba rubia poco espesa. El blanco de los ojos inyectado en sangre. La chaqueta de cuero con los emblemas habituales. En la espalda Bandidos MC, Stockholm, Sweden. El logotipo con letras grandes. Alrededor, dibujos bordados de machetes. Tenía algo de loco en los ojos. A Mrado le recordaba lo que había visto en el rostro de algunos de los hombres de Arkan. Ojos en blanco, ojos de tiburón.

Ojos como los de los guerreros psicópatas. Podían pasar al ataque en cualquier momento.

Haakonsen era el hombre que hace que des un rodeo de un kilómetro para evitar encontrártelo. El tío que podía hacer que todo un experto en chuparse trena se callara cuando él tenía algo que decir.

Se quitó la chaqueta de cuero. Aparentemente, el frío del contenedor no le molestaba. Debajo de la chaqueta llevaba un chaleco de cuero. Bajo el chaleco: una camiseta negra de manga larga. El texto: *We are the people your parents warned you about* ^[63]. Tenía el cuello totalmente tatuado. En uno de los lóbulos de la oreja: los rayos de las SS. En el otro lóbulo: las letras BMC, Bandidos MC.

Mrado pasó de aquella pose. Pero los ojos... Sabía lo que habían visto esos ojos. Lo sabían todos. Jonas Haakonsen a los diecinueve años en Dinamarca. Líder de una banda de chicos del sur de Copenhague que robaban oficinas de correos y trapicheaban con drogas blandas. Dieron un gran golpe, la oficina de correos de Skanderborgs Centrum. Tres chicos. Entraron en tromba cuando el vehículo blindado iba a recoger los billetes de la oficina. Sus armas: una escopeta de postas de cañones recortados y dos hachas. Uno de los guardias pensó con rapidez. Echó el cierre a la bolsa de seguridad de los billetes. Pero Haakonsen pensó más rápido, se llevó de un tirón la bolsa de seguridad; y al guardia. Los ladrones cambiaron de coche en algún punto de la autopista. Se dirigieron a las zonas rurales danesas. El guardia en el maletero, como en una película de gánsteres americanos. Le encontraron tres días después. Tambaleándose por una carretera en las cercanías de Skanderborg. Delirando con una camiseta enrollada alrededor de la cabeza. Sangre seca por todos los lados. Los sanitarios de la ambulancia le quitaron la camiseta; le habían sacado los ojos. Haakonsen le había presionado para que le diera el código de la bolsa de seguridad. El guardia no lo sabía pero Haakonsen fue implacable. El guardia no tenía nada que decir. Haakonsen le sacó los ojos a ese hombre con los dedos. Uno a uno. Consiguió ocultarse tres semanas. Después le cogieron. A Haakonsen le cayeron sólo cinco años, debido a su juventud. Salió después de tres. Más rabioso que nunca.

Haakonsen dio un trago de whisky. Dijo con un ligero acento danés:

—Vaya, el famoso Mrado. ¿Le has partido la cara a algún portero últimamente?

—En alguna ocasión, en alguna ocasión —dijo Mrado y se rió—, incluso yo me tengo que mantener en forma, ¿no? —Mrado, sorprendido. No se esperaba que un tío como Haakonsen estuviera enterado del incidente del Kvarnen.

—¿Y cómo está el padrino? —continuó Haakonsen.

—Muy bien. Radovan vive y está bien. Los negocios van sobre ruedas.
¿Y tú?

—Mejor que nunca. Bandidos están en Estocolmo para quedarse.
Tendréis que tener cuidado.

¿Una broma o una advertencia?

—¿Cuidado con qué? ¿Con unos mecánicos alfeñiques que se las dan de cachas?

—No, no estoy hablando de los Ángeles del Infierno.

Mrado y Haakonsen se rieron en voz alta. James sonrió.

El ambiente se relajó. Charlaron del Mercedes de Mrado, del tiempo, de las últimas noticias en su mundo, que a un hombre de la banda de Naser se lo habían cargado con un bolígrafo. Según Haakonsen, el trabajo lo habían hecho de manera profesional:

—No es tan difícil acertar con el bolígrafo, pero para matar rápido hay que retorcerlo.

Después de diez minutos, Mrado interrumpió la conversación para ir al asunto:

—Sabrás por qué quería verte. —Miró a Haakonsen a los ojos.

—Me lo puedo imaginar. Me ha contado un pajarito que ya has hablado con Magnus Linden y con Naser.

—¿Así que sabes lo que quiero?

—Una conjetura con fundamento es que quieres que paremos la guerra con los Ángeles del Infierno. Quieres que las demás bandas se calmen.

—Más o menos, pero déjame que te explique.

—En un momento. Primero, quiero dejar claras algunas cosas. Somos hombres de honor. Estoy convencido de que los serbios tenéis vuestras reglas. Nosotros tenemos las nuestras. Bandidos es una familia. Si haces daño a uno de los nuestros, has hecho daño a todos. Como a un animal, si le cortas una zarpa, le duele todo el cuerpo. Hace dos meses mataron a tiros a Jonny Carlgren, *Bonanza*, en Södertälje, en mitad de la plaza. Bonanza había ido al Systembolaget^[64] con su pareja y otros dos hermanos. Cuatro tiros en el estómago, pero el primero fue en la espalda. Delante de su chica. Se desangró en media hora. ¿Te das cuenta? El primer disparo se lo dieron en la espalda. No le dio tiempo ni a darse la vuelta.

—Con todos mis respetos, ya lo sabía.

—Permíteme que termine.

Mrado dio marcha atrás. Quería mantener el buen ambiente. Asintió.

—Bonanza era mi hermano. ¿Lo entiendes? Mi hermano de Bandidos. Nosotros no olvidamos eso. Nada puede lograr que dejemos de lado lo que tiene que hacerse. Los Ángeles del Infierno van a pagarlo. Caro de cojones. Al que planeó lo de Bonanza nos lo cargamos hace un mes. Y ahora vamos a por el tío que lo hizo.

Se quedaron en silencio diez segundos. Las miradas fijas el uno en el otro.

—Tenéis todo el derecho a vengar a un hermano de armas muerto. Pero como acabas de contar, ya lo habéis hecho. Y si no me equivoco, vosotros disparasteis a Micke Lindgren. Empate a uno, sencillamente. Lo importante es que al continuar os perjudicáis a vosotros mismos. La situación no es tan sencilla, aunque te comprendo. No se trata sólo de Bandidos y los Ángeles del Infierno. Jonas, nosotros llevamos en esta ciudad mucho más tiempo que vosotros. Actualmente, eres grande y me gusta tu estilo, sin duda, pero la primera vez que yo rompí un hueso humano tú montabas en BMX y comías chicle. Cuando yo conseguí mi primer millón con la coca, tú habías robado algunos supermercados. Yo conozco las posibilidades de esta ciudad. Hay sitio para todos nosotros. Pero tenemos que actuar correctamente. ¿Por qué nos vemos en un puto contenedor? En pleno invierno. Sabes la respuesta. Tú y yo estamos en el punto de mira del proyecto Nova. La operación de la pasma. Están detrás de nosotros. Si sólo te planteas tus movidas contra los Ángeles del Infierno en lugar de planificar tu defensa contra el siguiente golpe de Nova, te estás cargando a BMC. Nos dividimos nosotros mismos en la guerra mientras que ellos pillan a uno detrás de otro. Con mi propuesta machacamos a los cabrones de la pasma.

Mrado siguió convenciendo. Haakonsen se opuso a todo lo que se relacionaba con la paz con los Ángeles del Infierno pero escuchó el resto. A veces asentía. Presentaba puntos de vista propios. Se interesaba. No se notaba que James Khalil estaba en la habitación, estaba sentado en absoluto silencio. Mrado y Haakonsen discutieron las cuotas de mercado durante una hora.

En principio, el presidente de Bandidos aceptó el concepto.

Al final alcanzaron un acuerdo preliminar.

Mradoapuró su vaso. Haakonsen se levantó. James se puso en pie. Abrió la puerta. Mrado salió primero. En el exterior seguía nevando.

De camino a casa en el Mercedes, Mrado tenía la sensación de que el acuerdo era impecable. Bandidos disminuirían la protección de guardarropas en el centro. Disminuirían el negocio de la farla en el centro. Podrían hacer lo que quisieran con los temas económicos. Aumentarían la actividad de protección en general. Aumentarían el negocio de cannabis.

Perfecto. Favorecía a Rado. Favorecía a Nenad. Pero sobre todo a Mrado. La actividad de los guardarropas estaba a salvo, lo que significaba que Mrado quedaba asegurado.

Llamó a Ratko. Hablaron unos minutos.

Se decidió a llamar también a Nenad, el más cercano de sus colegas. Le contó lo que acababa de pasar. Nenad: evidentemente satisfecho.

—Nenad, quizá tú y yo podríamos hablar de negocios propios algún día. ¿Qué me dices?

La primera vez que Mrado sugería algo que bordeaba la traición a Radovan. Si Nenad no era el adecuado, Mrado podría contar sus días en terminología informática: cero y uno.

Capítulo 34

La estrategia era importar directamente. Comprar de la fuente, Suramérica. En este caso, nada de acuerdos directos con un cártel. Aún no eran tan grandes. Por otra parte: los contactos de Abdulkarim unidos a la mentalidad de Jorge podían conseguir que les tocara el gordo.

El punto crucial era la introducción. Tan grande y con los riesgos tan minimizados como fuera posible.

Hasta entonces habían traído cantidades pequeñas. Por medio de mulas, por correo, en botellas de champú, en tubos de pasta de dientes, en paquetes de golosinas. La expansión requería mayores cantidades.

La misión principal de Jorge: introducir el producto. Vender no era problema, el cuello de botella estaba en la introducción.

Jorge había pasado las últimas semanas como sigue: en el coche en el exterior de la casa de Radovan, en casa de Fahdi planificando la importación, en el extrarradio sur para conseguir nuevos contactos.

Necesitaba gaita para odiar a Rado.

Necesitaba del odio hacia Rado para seguir consiguiendo gaita.

Vivir a la fuga. Odiar, planificar, dormir; la vida era sencilla.

Todo por la gracia de Abdulkarim. Un milagro que el árabe aceptara el proyecto de odio de Jorge. Probablemente no comprendía el alcance, no sabía que el latino tenía intención de destruir totalmente al jefe yugoslavo. Indirectamente, Jorge le debía al árabe fidelidad por acogerle, por el alojamiento, por los cuidados tras la paliza de Mrado. Abdulkarim había invertido mucho en Jorge-boy. En realidad no se podía medir con dinero. Abdul nunca decía nada. Pero Jorge lo sabía: esperaba su compensación.

En ese día iba a tener lugar su primer envío de verdad, planificado durante meses. La mula brasileña. Algo grande.

La regla era no utilizar a nadie que llamara la atención. Jorge sabía de ella más de lo que debería: Silvia Pasqual de Pizzaro. La persona de contacto de Sao Paulo se lo había contado. Tenía veintinueve años. De Campo Grande, cerca de Paraguay, donde el paro estaba disparado. Sólo había hecho la primaria. Tuvo su primer bebé, una niña, a los dieciocho. Desde entonces había vivido con su hija y su madre. El segundo hijo llegó a los veinte, el tercero a los veintidós. Los padres de

todos los hijos habían desaparecido. La madre de Silvia trabajaba como costurera y estaba enferma de los pulmones.

Él mismo podía hacerse una idea: la pequeña familia al borde de la ruina. Silvia Pasqual hacía lo que hiciera falta por unos reales. ¿Triste? No. La vida es así. Uno tiene que arriesgarse para llegar a algo. Jorge lo sabía.

Jorge dio las instrucciones sobre el método. Se habían comprado dos maletas de cabina de Samsonite Large, Magnesium Lite. Lo inteligente del asunto: el tirador telescópico era de aluminio, hueco. Perforado con una broca de cuatro milímetros en la parte superior, bajo el asa de goma. Cabían seiscientos gramos de coca en el tirador de cada maleta. Precio total en la calle: al menos tres millones. Dinero fácil.

Lo último que se vertió fueron bolas de naftalina machacadas. En caso de mala suerte y de inspección con perros, el olor acre distraería los olfateos. Se cerraron los agujeros con soldadura. Se volvieron a colocar las asas de goma. Podían revisar el interior de las maletas todo lo meticulosamente que quisieran. Podían revisar a Silvia todo el tiempo que quisieran, palparla por todos los lados, hacerle rayos equis, sentarla en un retrete durante tres días arrestada en la aduana. No encontrarían *nada* *.

No era suficiente. Se repetía a sí mismo: hazlo bien. Jorge había oído hablar de muchísimos métodos de envío ingeniosos que se habían ido a la mierda porque en la aduana habían despertado sospechas. Una vez que creían que alguien era sospechoso no aflojaban. La solución de Jorge residía en las detalladas instrucciones que le habían dado a Silvia por medio de la persona de contacto en Brasil. Se lo había aprendido de memoria: iba a Suecia a visitar a unos familiares que vivían a las afueras de Estocolmo. Se iba a quedar una semana. Le dieron un número de teléfono que proporcionar si le preguntaban: uno de los móviles de tarjeta de Jorge. Le dieron una dirección: un chalé que pertenecía al padrino de Fahdi. Le dieron ropa por valor de cincuenta dólares, no tenía que notársele que era una analfabeta muy pobre de las zonas rurales brasileñas. Se aprendió algunas frases sencillas en inglés. Quizá lo más importante de todo: volaba vía Londres, no tenía que reflejarse en el billete que venía desde Río.

Debería salir bien.

Sábado por la tarde. Un día claro. Por fin.

Jorge se inclinó contra la verja que rodeaba la iglesia amarillenta de Odenplan. Ante él, el hotel Oden. Jorge ya llevaba así dos horas. Esperaba a Silvia Pasqual de Pizzaro.

Debería haber llegado hacía una hora. Jorge: una cierta preocupación, pero probablemente la situación estaba bajo control.

Llamó a Arlanda, el avión había llegado con treinta minutos de retraso. Quizá la mujer había tenido problemas con los autobuses. Con los funcionarios de control de pasaportes, los perros, la policía de Arlanda. Jorge esperaba que hubiera habido suerte.

Más allá, en la calle Karlavägen, pero a la vista, estaban aparcados sus coches. Uno: lo había robado Petter. El otro: lo había alquilado Mehmed con un permiso de conducir falso. Con estilo.

Sus ayudantes, Petter y Mehmed; tíos espabilados. Vendían coca como nunca. Jorge planeaba al máximo. Petter y Mehmed llevaban las conversaciones con los subordinados y los camellos, mantenían los contactos, vendían, corrían la voz. Producían beneficios. Ambos eran chicos del extrarradio. Ambos se metían una raya de vez en cuando.

Petter: un amante de la zona al sur de Söder. Se sentía en el extranjero en cuanto pasaba Liljeholmen en dirección al centro. Fanático del Hammarby. Fiestero. El canal de venta perfecto para la clase obrera sueca.

Mehmed: tunecino. Distribuidor de los chicos inmigrantes/bandas de macarras. Le encantaba presumir en su Audi A4 por las calles de Botkyrka Centrum. Un héroe dentro de su territorio.

Ahora Mehmed estaba sentado esperando en uno de los coches. Se reuniría con Silvia en la habitación de su hotel tan pronto como llegara. Sacaría la coca de las maletas Samsonite. Bajaría al coche. Iría al piso de Petter. Le daría la mierda. Petter la pesaría, comprobaría la calidad, la volvería a empaquetar. Después le sacaría las bolsas a Jorge. El plan debería ser a prueba de fallos.

La tarea de Jorge era sobre todo vigilar la transacción. Petter y Mehmed, buenos tíos; pero también los típicos tipos que harían lo que fuera por dinero. Por ejemplo, jugársela a Abdulkarim y Jorge con el envío de farlopa. Nadie confiaba en nadie. Pero J-boy era más listo, había implicado a un tío más, un informático que en el pasado solía comprarle directamente a él. El informático fue contratado sólo para ese día. Llevaría a cabo una pequeña farsa para realizar el control. El tío estaba sentado en su coche en Odengatan un poco más lejos. Jorge se dijo: Joder, qué organización más de puta madre.

Esperó. Le recordaba la espera en el exterior de la casa de Radovan. Pero con la diferencia de que en esta ocasión sabía que iba a pasar algo. Se preguntó: ¿Qué había avanzado en cuanto a Radovan? Sobre todo: el odio de Jorge había alcanzado su máxima intensidad. Más fuerte cada día. Respiraba odio. Comía odio. Soñaba odio. Darle una paliza a Mrado con un bate de béisbol, en las rodillas, la boca, la frente. Disparar a Radovan en el estómago con una escopeta de postas. Intentó calmarse. Pensar con lógica. ¿Cómo podría mandar a R al trullo sin poner en riesgo su propio medio de vida?

La información de Darko fue útil. Jorge se había movido para saber sobre el tal Nenad. El tío se sacaba un pastón con las putas. Jorge ya conocía el nombre de antes, Nenad también era un personaje en el ambiente de la coca. Nadie sabía cómo. Todos sabían que nadie podía relacionar a Rado y Nenad. Pero sucedería. Jorge estaba seguro. Al fin y al cabo era una pista.

Jorge preguntó a sus contactos que iban de putas. No era difícil encontrar de éstos; Fahdi era uno.

Aburrimiento a la espera de Silvia Pasqual de Pizzaro.

Jorge recordó. Unos días antes, Fahdi llevó a Jorge al burdel, un piso en Hallonbergen. Pasillos abiertos con soportales, escaleras con eco, plantas con macetas secas. Fahdi hizo tres llamadas antes de ir. Le explicó cómo funcionaba: método boca a boca. La primera vez que iban, todos los clientes le daban su nombre auténtico a la madame, Jelena. Luego se usaban alias y contraseñas. El acuerdo: el nombre real no se podía apuntar en ningún sitio. Todas las putas trabajaban con alias. Los clientes tenían que ser recomendados por otro antes de que les dejaran entrar. Probablemente la madame comprobaba a la gente de alguna manera.

En la Red había una página web anónima, el servidor en algún lugar de Inglaterra, con fotos de las chicas. Podías sentarte en casa y elegir de entre lo mucho que había. O bien te las mandaban a casa o bien ibas tú al piso de Hallonbergen. Fahdi prefería Hallonbergen.

Jorge se había imaginado algo exquisito/lujoso.

En lugar de eso, la mierda más cutre que J-boy había visto. La mala energía le envolvió en el umbral de la puerta. Una entrada con papel pintado rojo. Dos sofás de terciopelo con lamparones y una alfombra oriental falsa. Olía a humo y sudor. De fondo: Tom Jones. Menuda mierda.

Jorge y Fahdi se dejaron puestos los abrigos. Una mujer se les acercó. Demasiado maquillada. Pelo corto y teñido de rojo. Busto enorme. Uñas arqueadas, largas, que debían de ser falsas. Del cuello colgaban perlas artificiales. Los dedos, sobrecargados de anillos. El vestuario, el más raro que había visto Jorge. Una chaqueta negra que tenía un aspecto correcto, pero cuando se giró vio que la espalda de la chaqueta tenía una abertura en V que casi le llegaba hasta el culo. Hablaba sueco mal. Reconoció a Fahdi. Intercambiaron unas frases de cortesía. Jorge entendió, era la madame del burdel, Jelena.

Jorge y Fahdi se sentaron. Esperaron.

Después de un cuarto de hora salió un hombre a la entrada. Volvió la cara mientras salía del piso. Acuerdo tácito: no se habían visto nunca. La mujer recogió a Fahdi. Por la puerta de la cocina Jorge atisbo una

cafetera en la encimera. Una sensación rara. La madame del burdel se tomaba un café como en cualquier otro puesto de trabajo.

Cinco minutos más tarde, la mujer llevó a Jorge a una habitación. En medio había una cama ancha. Mal hecha. Un sillón. Un estor bajado. En la cama: la puta.

Jorge se quedó en el umbral. La miró. Era delgada. Nariz pequeña. Quizá había sido guapa. En la actualidad, sin expresión. La ropa: una camiseta gris. Pantalones negros. Mini sobre ellos. Zapatos de tacón alto. La imagen típica de puta.

No, estaba equivocado. Aún era guapa y ella le miraba tanto como él a ella.

—Hola —dijo Jorge.

—Hola, guapo. ¿Qué tal? ¿La primera vez aquí? —marcado acento de Europa del Este, pero así y todo comprensible. Bien. Jorge había pedido expresamente una que hablara sueco.

—¿Qué cuesta una mamada?

—Cuatrocientas. Para ti. Eres guapo.

—Sáltate la charla. Te pago quinientas si me cuentas algunas cosas.

—¿Qué? ¿Yo te dice guarrerías?

—No, quiero saber cómo llegaste a Suecia.

La chica se quedó paralizada. Era de esperar. Probablemente le habían dado instrucciones estrictas de no hablar con nadie de nada más que de follar/coño/polla.

Jorge intentó que se relajara.

—Pasa de eso. Te pago trescientas por la mamada.

La chica aceptó. Se desabrochó los pantalones.

Se bajó los calzoncillos.

Jorge no tenía erección.

Empezó a chuparle.

La sensación era rara. Sucia.

Jorge sorprendido, no pensó que fuera a sentir nada. Le pidió que parara. Sentía náuseas.

Ella no pareció notar nada. O, más probablemente, le daba igual que él hubiera empalidecido y se hubiera sentado en la cama.

Dos minutos de silencio. Sacó el dinero.

Hizo un nuevo intento.

—Te doy mil pavos si me cuentas algo de Nenad. —Mostró dos billetes de quinientas.

Sorprendentemente, empezó a hablar. La teoría de Jorge: como había pagado por sexo, no podía ser un madero. Por el contrario, se convirtió en un ser que ella conocía; un putero siempre era un putero.

—Yo no sabe mucho. Todas oye hablar de Nenad.

Jorge pensó que su voz sonaba tierna.

—¿Y qué es lo que habéis oído contar de él?

—Nenad mandar. Nenad peligroso. Ellos miedo de él.

—¿Quiénes? ¿Vosotras, las que trabajáis, o vuestros chulos?

—Todos. Las chicas, los chulos. Los puteros. Él hace cosas a gente. Él trabaja para Don R.

Jorge pensó: Cuenta mucho, pero en realidad nada.

—¿Qué es lo que ha hecho? —preguntó.

—Violar, pegar. Cosas malas, usar chicas para vicio. Todas mucho miedo. Pero yo pasa de él.

—Y de Don R, ¿qué cuentan de él?

Ella alzó los ojos. A Jorge le pareció ver que sonreía.

—Don R. Ellos hablan él siempre con arma, él mata por insultar, él controla esta ciudad. Él jefe de Nenad y Nenad es jefe de chulos pequeños y ellos son nuestros jefes. Ellas dicen Don R muy frío. Él ves fuerza. Trae mal olor. Pero yo piensa exagerado. Don R no es frío. Don R no trae mal olor. Don R olor de Hugo Boss.

Jorge se sentó junto a ella sobre la cama. Era especial. No podía decir qué era, pero tenía algo. Estaba claro.

Llamaron a la puerta. Jorge se levantó.

La madama se asomó. Preguntó cuánto tiempo más iban a seguir. Vio que los dos estaban vestidos. Jorge se marchaba. Ella asintió.

La madama le acompañó hacia fuera.

Fahdi estaba en la entrada hablando con un hombre con una sudadera con capucha y una americana encima.

Jorge y Fahdi salieron del piso.

—¿Quién era ése con el que estabas hablando cuando salía?

—El chulo de las chicas. El que controla. Vaya trabajo de la hostia.

Jorge despertó de sus pensamientos. Miró el móvil. De vuelta al presente; Odenplan, esperando a la correo, Silvia Pasqual de Pizzaro.

Jorge vio el número de la pantalla. Reconoció las cifras antes de oír el tono de llamada. Era Mehmed.

Quería saber por qué no pasaba nada.

Silvia debería haber llegado al hotel hacía mucho. Algo iba mal.

Terminaron la conversación.

Siguió esperando.

Miró fijamente hacia el hotel Oden.

Un taxi paró al otro lado de la calle, Top Cab. Precio fijo desde Arlanda: 350 coronas. El conductor salió primero. Abrió el maletero, sacó las dos maletas Samsonite. Una mujer salió de la parte trasera.

Evidentemente ella. Vestida con vaqueros negros, abrigo de lana negra. Gorro con orejeras.

Silvia Pasqual de Pizzaro. Por fin.

Entró en el hotel llevando las maletas rodando tras de sí. La arena de la acera rechinaba bajo las ruedas.

Jorge siguió de pie. Mehmed siguió sentado en el coche, esperaba la señal de Jorge.

Jorge observó la entrada del hotel durante diez minutos. No entró ni salió nadie más. Buena señal. Si los maderos les estaban siguiendo,

probablemente querrían entrar en el hotel, pillar al correo al mismo tiempo que tenía lugar la entrega.

Jorge llamó a la recepción del hotel. Preguntó si ya le habían dado habitación a la mujer. Le dieron el número directo de la habitación. Llamó a Silvia. Contestó. Un inglés de mierda. Había pasado la aduana sin problemas. Nadie la había seguido. Todo parecía en orden.

Jorge mandó un SMS a Mehmed. Le vio entrar en el hotel. Sus instrucciones eran encargarse del almuerzo y enviarlo a la habitación de Silvia. Cuando el camarero bajara, Mehmed le preguntaría si Silvia estaba sola en la habitación. Si la respuesta era positiva: hora de subir a recoger la coca.

Jorge había ido hasta la otra esquina del hotel. Veía la entrada desde un lado.

Esperó.

El teléfono en la mano. Si alguna persona sospechosa entraba en el hotel Oden, él llamaría directamente a Mehmed. El plan B en caso de una posible persecución: Mehmed tiraría la mercancía por la ventana que daba a Hagagatan. Jorge podría recoger la mierda ahí. Correr al coche. Arrancar disparado desde ahí.

No pasó nada raro.

Empezaba a oscurecer. Las luces de neón amarillas verticales del hotel relucían débilmente.

Pasaron diez minutos. Jorge había calculado en quince minutos el tiempo para sacar la coca.

Pasaron cinco minutos más.

Salió Mehmed. Se rascaba la cabeza; la señal, todo bajo control. En una mano llevaba una bolsa de papel de NK. Empezó a caminar hacia su coche. Jorge observaba a distancia. Por lo que podía ver, nadie le seguía.

Jorge vio a su controlador propio, el informático, salir de su coche. Sincronizado a tope.

Caminó rápidamente tras Mehmed. Llegó a su altura justo delante del coche. Se saludaron. Jorge sabía lo que se estaban diciendo. Intercambiaron unas frases de saludo ensayadas. Mucha gente en la calle a estas horas en fin de semana. Merecía la pena hacer teatro. El informático preguntó en voz alta qué había comprado en NK. Mehmed le contó que una chaqueta. Jorge vio que el informático miraba en el interior de la bolsa.

Todo fue rápido. El informático metió la mano en la bolsa.

Sacó la mano.

Se chupó un dedo.

Probó.

Hablaron cuarenta segundos más. Se separaron. Mehmed entró en su coche. Arrancó.

El informático siguió andando por Karlbergsvägen con el móvil en la mano.

Jorge recibió un SMS: «Buena».

Ni Silvia ni Mehmed se la habían jugado. La mercancía en la bolsa de NK era auténtica. Lo del informático había sido una solución buenísima.

Jorge arrancó su coche. Fue hasta el coche de Mehmed, que estaba en el semáforo en rojo de Dalagatan.

Luego se marcharon de allí.

Iban a ir a Sättra. El piso de Petter. Jorge miró a su alrededor. Comparó los coches. Se fijó en si alguien llevaba detrás más tiempo de lo normal. Él y Mehmed habían decidido una ruta más complicada de lo necesario. Si alguien quería seguirles se notarían rápido. Jorge no iba a repetir el error de cuando Mrado y Ratko le siguieron con facilidad hasta el campo.

Fueron por Sankt Eriksgatan. Hasta la isla de Kungsholmen. Todo el camino entre Mehmed y Jorge: un Saab 900 rojo. Todo el tiempo tras Jorge: un Jaguar. Pero Jorge y Mehmed habían ido en línea recta hasta ese punto. Muchos conductores llevaban el mismo camino que ellos. De momento no tenía nada de raro que los mismos coches hubieran ido en fila todo el camino desde Fridhemsplan.

Vigilante.

Giraron a la izquierda después de Fridhemsplan. Hacia Rålambshovsparken. El rascacielos de DN a la derecha. El Saab rojo todavía seguía entre ellos.

Por el puente Västerbron. Ya había oscurecido. El tramo del puente iluminado desde abajo con focos. Jorge opinaba que era el lugar más bonito de la ciudad.

Atención al máximo. Le parecía ver que la camisa se le movía en el pecho izquierdo con cada latido. Se decía a sí mismo: Ahora hazlo bien. Conviértete en tres coma dos kilos más rico.

Algo en el Saab rojo llamó su atención. Un movimiento en el asiento trasero.

Jorge volvió a mirar.

Algo iba mal.

Llegaron al punto más alto del puente.

Los perfiles de la ciudad contra una cortina azul oscuro. Los cuerpos pequeños de las torres de las iglesias como cánulas en el campo visual.

Jorge sacó el móvil. Llamó a Mehmed. Le dijo que cambiarían de camino al final del puente.

Jorge siguió observando el interior del Saab. Vio varios movimientos en el asiento trasero. Las personas se estaban poniendo algo. Puso las luces largas. Iluminó la parte trasera del Saab.

Los hombres del asiento trasero se veían tan claramente como en un soleado día de sol, se estaban poniendo algo que parecía chalecos pesados. Sólo podía ser una cosa: chalecos antibalas.

Joder.

Jorge pisó el freno a fondo. Se dio con la frente en el parabrisas.

Miró el Saab. También se paró.

Miró el coche de Mehmed. También se había parado, unos treinta metros más adelante. Por fin se había dado cuenta de que la cosa iba jodida.

Jorge miró más allá, hacia Hornstull.

Luces azules por todos los putos lados.

*Mierda **.

Un cálculo rápido. El Saab entre el coche de Jorge y el de Mehmed era sospechoso. ¿Enemigos, la pasma? Tenía que actuar ya.

Los tíos del Saab salieron. Tres. Dos de ellos fueron corriendo al coche de Mehmed.

Alguien tocó el claxon detrás de Jorge. La pregunta evidente en el tráfico de hora punta: ¿por qué alguien había pegado un frenazo en mitad del Våsterbron?

Jorge salió de su coche de un salto.

Corrió hacia el coche de Mehmed. Los tíos del Saab se giraron. Corrió más rápido.

La suerte de Jorge: conservaba el entrenamiento de la fuga. Era rápido. Alcanzó el coche de Mehmed al mismo tiempo que los hombres del Saab.

Todo fue muy rápido.

Uno de los hombres abrió la puerta del coche de Mehmed. Otro se volvió hacia Jorge. Le agarró la mano. Intentó hacerle algún tipo de llave. Mehmed le gritó a Jorge:

—¡Corre, coño! ¡Es la pasma!

El tercer hombre que vino corriendo desde el Saab se tiró sobre Mehmed e intentó empujarle contra el asiento. El que agarraba a Jorge del brazo sacó un par de esposas. Bramó:

—¡Policía! Sois sospechosos de delito de estupefacientes. No vayas a liarla ahora, joder. Todos nuestros efectivos os están esperando ahí abajo, en Hornstull.

A Jorge le entró el pánico. Le dio al madero una patada en los cojones con todas sus fuerzas. El hombre aulló. Jorge sólo tenía una cosa en la cabeza: la coca del maletero. Agarró el tirador de la puerta. La abrió. Cogió la bolsa de NK. El policía que estaba junto a la puerta del coche de Mehmed se abalanzó sobre Jorge. Este dio un paso a un lado. Se mantuvo libre. El policía al que le había dado una patada en los cojones sacó un arma. Gritó algo. Jorge salió corriendo. El policía que había intentado tirarse sobre él le siguió. Jorge aumentó la velocidad. El hombre era rápido. Jorge lo era más. Gracias a Dios por el tiempo en Osteråker y el poco entrenamiento que había realizado últimamente. El madero aullaba tras él.

Concentración en la cabeza de Jorge. Venga, más rápido, joder. Zancadas ligeras. Zancadas largas.

Corrió junto a la barandilla del puente. La gente salía de sus coches y miraba todas las luces azules que subían por el puente en dirección contraria.

En la cabeza de Jorge: Corre, Jorge. Sin Asics Duomax con supersuelas. Sin las vueltas alrededor de los barracones de Osteråker en las piernas.

En los últimos meses, apenas nada de entrenamiento salvo saltar a la cuerda.

Sin embargo era rápido.

Apoyando bien el pie en cada zancada.

El asfalto vibraba.

La oscuridad de Estocolmo gritaba en azul.

Giró la cabeza. La ventaja había aumentado. El capullo del madero, demasiado cansado.

Jorge vio Långholmen bajo el puente. ¿Qué altura podía tener el salto? ¿Peor que los siete metros del muro de Österåker?

Se dedicó. Lo había conseguido una vez. Podía conseguirlo otra.

Jorge, el rey de las huidas. El fugitivo de leyenda. Nada le iba a parar.

Cogió impulso. Saltó sobre la barandilla. Miró hacia abajo. Era difícil ver en la oscuridad. La bolsa de NK colgada del pliegue del codo. Se descolgó. Debería reducir la caída en aproximadamente dos metros. Se soltó.

Cayó.

Capítulo 35

JW, sentado en el autobús del aeropuerto de Skavsta pensaba: tengo por delante dos horas de desasosiego. Dios, lo que siento no poder volar desde Arlanda.

Intentó jugar con el móvil: Mini-Golf, Chesswizz, Arkanoid. Se había convertido en el rey de las descargas de juegos. Estaba empezando a ganar en el móvil al ajedrez. Orgullo mezclado con emoción. ¿Cómo de bueno podría llegar a ser?

Abdulkarim viajaría dentro de dos días con British Airways, en *business*. Desde Arlanda.

Fahdi volaría con SAS. También desde Arlanda. Típico.

Era lo que había. Volaban por separado con distintas compañías, distintas horas, distintos lugares. Según la filosofía de Abdulkarim, la precaución era un atajo. JW pensó: ¿Atajo para quién? Desde luego para mí no, joder: dos horas en un autobús, al menos una hora y media de espera en Skavsta, luego al menos dos horas desde Stansted al centro de Londres. Enhorabuena.

Empezó una nueva partida de ajedrez. Notaba los problemas de concentración, la irritabilidad del estrés. Empezó a jugar con el papel donde había escrito los códigos de reserva. Ryanair no tenía ni billetes.

Aeropuerto de Skavsta, que según JW daba a la palabra *beis* un nuevo contenido. Anchos tubos fluorescentes iluminaban el vestíbulo de facturación. Del techo, que parecía estar formado por gruesos tubos de metal, colgaba un avión blanco de hélices. El suelo era de plástico laminado. Las paredes de plástico laminado. Los mostradores de facturación de, adivina, plástico laminado verde.

Una cola serpenteaba ante dos mostradores. JW puso su equipaje en el suelo. Una de las piezas era una bolsa Louis Vuitton de tamaño grande. Precio: doce mil coronas. El único problema en un sitio como Skavsta era que todos creían que era falsa. Pero también existía el riesgo de que la robaran de los carros de transporte de equipaje si se daban cuenta de que era auténtica.

Siguió jugando al ajedrez. Empujaba con el pie el equipaje que tenía ante sí. Concentrado en el móvil. La cola tardó más de cuarenta minutos. Pensó: Ryanair, vaya mierda.

Tras la facturación su único equipaje de mano era una bolsa negra de Prada con correa para colgar del hombro.

El control de seguridad fue meticuloso. Los británicos tenían miedo de los hombres bomba islámicos. JW esperaba que Abdulkarim viajara sin su gorro de oraciones. El cinturón de Hermés de JW hizo saltar la alarma. Se lo tuvo que quitar y pasarlo por la máquina de rayos X dentro de una bolsa de plástico azul.

Pasado el control de seguridad, llamó a Sophie. Charlaron. Ella sabía de su viaje y sabía con qué amigos iba. Tras unos minutos, repitió la antigua pregunta:

—¿Cuándo los voy a conocer?

JW cambió de tema de conversación:

—¿No podrías recomendarme algunos bares guais en Mayfair?

Sophie había ido a Londres más veces que JW a Estocolmo antes de mudarse a vivir allí. Ella soltó una retahíla de sitios. Siguieron charlando: de la última fiesta de Jet-set Carl, la última tía de Nippe, el último subidón de farla de Lollo. Nada sobre los amigos de JW.

Tenía hambre. Según los letreros, había un restaurante en algún lugar.

Lo buscó; un sitio cutre, gastado y viejo. En el menú había tres platos: *fish'n'chips*, espaguetis boloñesa y chuleta de cerdo con patatas fritas y salsa bearnesa. Delante de JW, en la cola, había dos chicas de diecisiete años con pañuelos palestinos y gorros de lana bien calados. Se quejaban de que no hubiera opción vegetariana. La cajera gruñó: «Podéis tomar patatas fritas con salsa bearnesa». Las activistas declinaron la oferta. Se quejaron un rato y luego se fueron al quiosco del aeropuerto y se compraron Snickers y zumo Festis.

JW pidió *fish'n'chips* y fue a sentarse. Esperó a que anunciara su número.

Cogió el último número de *Café*, que había comprado en la terminal del centro. Se entretuvo ojeando un artículo sobre la nueva moda de estampados florales para hombres. JW pasó las hojas rápidamente. En realidad no estaba interesado. Sólo necesitaba tener los dedos ocupados con algo.

Llegó la comida. El pescado estaba cubierto con al menos medio litro de salsa *remoulade*; toda una bomba de grasa. Comió y pensó en llamar a su madre cuando acabara. Contarle lo que había averiguado sobre la relación de Camilla con su profesor de la Komvux. O lo del Ferrari.

Había tantas cosas raras... Sin embargo no era una buena idea. Se preocuparía innecesariamente. Mejor que la policía terminara de investigar. Realizar las averiguaciones de manera profesional en lugar de las pesquisas de JW. Encontrar soluciones. Desenmarañar, interrogar y esclarecer. Desentrañar la vida de Camilla.

El embarque en la puerta. La gente se puso en fila. JW se sentía cansado, sería agradable dormir en el avión.

Se realizó un segundo control de seguridad. Comprobaron otra vez los pasaportes. Los pasajeros tuvieron que salir a la pista, donde hacía viento y un frío que pelaba. Luego al avión. Incluso las azafatas eran más feas que las de los vuelos desde Arlanda. Encontró un asiento, puso la bolsa de Prada en el suelo. Una azafata le pidió que la pusiera arriba. JW se puso testarudo. Insistió. La azafata ni siquiera intentó ser amable. La bolsa fue para arriba.

Puta mierda. JW se prometió a sí mismo: La próxima vez, *business class*.

Realizaron la demostración de seguridad. JW leyó su revista. El avión despegó.

Se inclinó hacia atrás. Cerró los ojos.

Se relajó.

—¡Pip, pip! —gritó alguien tras él.

Se volvió. Pensó: Este día va a ser lamentable. JW no los había visto al embarcar. Detrás de él estaba sentado un grupo de hinchas de fútbol ya demasiado alegres. Uno de ellos seguía gritando con la cara totalmente enrojecida. Los otros tíos se reían históricamente.

Una azafata se acercó por el pasillo con pasos decididos:

—Disculpen, ¿puedo ayudarles en algo?

El chico señaló el botón del techo.

—He apretado este botón, pero no venía nadie, así que he dicho «pip» yo mismo.

Los chicos se partían.

La azafata le reprendió. Más carcajadas.

Menudo día. JW dio las gracias a Dios por su reproductor de mp3; pero las risas de los hinchas se oían por encima de la música.

Dos horas más tarde: aterrizaje en Stansted. JW siguió amodorrado a la manada de pasajeros por el control de pasaportes hasta la recogida de equipajes. Jugaba al Chesswizz en el móvil. Sus dos maletas aparecieron por la cinta de equipajes. Parecían estar intactas. Un alivio.

Pasó la aduana. Bajó por las escaleras mecánicas hacia el Stansted Express.

JW calculó el tiempo total de su viaje. Vuelo: aproximadamente dos horas. Pero los otros desplazamientos: autobuses, metros, taxi más el tiempo de espera, en total serían seis horas. Ryanair era una puta mierda.

Llegó el tren. Una voz de mujer grabada pregonó: *This train leaves for London Liverpool Street Station in three minutes* ^[65] .

Subió. Se sentó de manera que pudiera ver su Louis Vuitton en el compartimento de equipajes. Volvió a coger su ejemplar de *Café* . En Inglaterra hacía mucho más calor que en Suecia. Sudaba. Se quitó el abrigo de Dior. Se lo puso sobre las rodillas.

El revisor tenía un marcadísimo acento *cockney* , así que JW apenas le entendió cuando le sugirió que comprara en ese momento el billete de vuelta.

JW sacó el móvil y mandó un SMS a Abdulkarim diciéndole que había aterrizado. Mandó otro a Sophie: «Hola, guapa. Acabo de aterrizar. Hace calor. He dormido bien en el avión. ¿Qué haces? Nos vemos en unos días. Besos, J».

Unas horas más tarde estaba tumbado sobre la cama del hotel, recién duchado y cansado. Había hecho algunas llamadas a los amigos de Londres de Fredrik y Jet-set Carl. Quería organizar la noche. Probar la vida nocturna. Salir de fiesta y, sobre todo, conseguir contactos.

El hotel estaba en Bayswater. Un sitio para turistas: moquetas en todos los espacios. Incluso en el baño.

También había hecho reservas de hotel para Abdulkarim y Fahdi, las cancelaría al día siguiente y conseguiría habitaciones seguras en un hotel de lujo si algo parecía sospechoso. Según JW: un jaleo de narices. Según Abdulkarim: sus teléfonos podían estar pinchados. La policía podría averiguar dónde iban a alojarse, con quiénes se iban a poner en contacto, qué iban a hacer en Londres. De ahí los cambios.

JW pensó en Sophie. Ella le había presionado mucho sobre quiénes eran sus otros amigos. ¿Qué quería? ¿Por qué estaba interesada? Aún no sabía si lo que ella verdaderamente quería era intimidad. La superficialidad era una virtud en su ambiente. En sus momentos más

negros, JW sospechaba que le había calado. Que el juego quizá llegaba a su final.

¿Y por qué era tan importante? ¿Por qué sentía que él nunca valía tal cual era? ¿Qué quería alcanzar? Esta última pregunta reflejaba otra: ¿qué había querido alcanzar Camilla? Algo la había empujado. JW no podía decidirse sobre si averiguarlo era su misión o la de la policía.

Capítulo 36

Tiene que cambiar pronto. Cambiaría.

Lo arreglaría todo. Radovan que se había enfriado; un mal presagio. R notaba que Mrado no le veía como había visto a Jokso. Y había diferencia; Jokso había sido un verdadero gurú, el hombre que había llevado a los serbios a la cumbre máxima de los bajos fondos de Estocolmo. Unidos, fuertes, leales. Radovan no tenía lo que hacía falta; un cobarde, un divisor. Un falso. Mrado empezaba a vislumbrar su propio camino: quizá deberían ir solos él y Nenad.

Pero se arreglaría. En ese día no iba a pensar en la mierda. Era su día de visita con Lovisa. Planeado. Detallado. Enormemente deseado. Desde la tarde del miércoles hasta la tarde del jueves. Demasiado corto, pero así y todo...

La tarde anterior habían alquilado la última película de Disney. Habían comido palomitas. Habían bebido Fanta. Mrado había salteado albóndigas Mamma Sean y había hervido patatas. Incluso había hecho col fermentada. Había ayudado a Lovisa a pelar, cortar y echar ketchup. Lamentablemente, no le gustaba la col fermentada, lo único serbio del plato.

Qué maravilla.

Todo el día era para ellos. La última vez se había ido a la mierda. Mrado no había podido recoger a Lovisa de la guardería, se había visto obligado a partirle la cara a un yonqui que había amenazado a Nenad. De alguna manera, el tío había conseguido el número de Nenad y había llamado a casa de su mujer y sus hijos. Está bien meterse y comprar mercancía, pero nada de molestar a la familia de Nenad. Mrado y Ratko buscaron al pringado. Castigaron al tío: nariz rota y heridas importantes en la frente. El efecto de golpearle la cabeza contra la pared de cemento de la escalera de Grödingevägen 13.

Dicotomía: Mrado quería ver a su hija, sin embargo la fastidiaba con frecuencia. Siempre se arrepentía después. Se justificaba a sí mismo: alguien tiene que traer pasta para poder dar a Lovisa una buena vida. Mejor que sólo quejarse, como hacía su madre, la zorra de Annika Sjöberg.

Eran las ocho y media. Lovisa estaba viendo la televisión matutina. El pelo encrespado como el de un trol. Mrado dio vueltas en la cama durante tres minutos. Se levantó. Besó a Lovisa en la frente. Bajó al 7-Eleven y compró zumo Tropicana con extra de pulpa, leche y cereales

Start. Preparó el desayuno: hizo café, sirvió zumo. Untó mantequilla en pan crujiente para Lovisa.

Se sentaron a ver la televisión. Lovisa manchó el suelo. Mrado se bebía el café.

Dos horas más tarde estaban en el autobús de camino a Gärdet. Mrado había elegido no coger el coche por todas las críticas que le habían hecho por haber ido con Lovisa a demasiada velocidad. Odiaba tener que ceder a las críticas de Annika, pero más le valía tener cuidado, al menos en la ciudad.

La nieve estaba blanca en el campo de Gärdet. Lovisa hablaba de un muñeco de nieve que había hecho en la guardería.

—Olivia y yo hicimos el más grande. Las señoras que nos hacen la comida nos dejaron una zanahoria y se la pusimos de nariz.

—Qué bien. ¿De cuántas bolas estaba hecho?

—De tres. Luego le pusimos un sombrero. Pero los niños lo destrozaron.

—Qué asquerosos. ¿Y qué hicisteis?

—Pues se lo dijimos a la seño.

Mrado apenas podía creerlo. Miró a su alrededor en el autobús. Nadie parecía notarlo; ahí estaba sentado el hombre que había machacado la cabeza de un yonqui hacía dos semanas y ahora era la perfecta figura paterna.

Se bajaron del autobús junto al museo Tekniska.

Lovisa corrió hacia las máquinas e instalaciones del exterior de la entrada. Llevaba una cazadora acolchada roja con borreguillo en el cuello. En las piernas pantalones acolchados verdes y en los pies botas de piel para niños. La contribución de Mrado: las botas. Su hija no iba a ir por ahí con calzado cutre de goma.

Su hija estaba llena de vida y de energía despreocupada. Igual que había sido él cuando era niño en Södertälje. Recordó: con tres años Lovisa solía abalanzarse corriendo escaleras abajo; no le importaba la caída. Sólo lanzarse. Pleno ataque. Una cosa era segura: su energía no se malgastaría de la misma manera que la de él.

Mrado se dirigió a las instalaciones. Tenía frío. Lovisa saltaba en una plataforma delante de algo que parecía una gran antena parabólica. Mrado fue hasta allí. Lovisa le pidió que leyera el cartel. Algo sobre los susurros pese a la distancia. Lovisa no lo pillaba. Mrado lo entendió.

Se lo mostró. Fue hacia una antena parabólica similar situada a veinte metros de distancia.

—Quédate aquí, Lovisa. Papá te va a enseñar una cosa muy chula.

Los susurros se oían pese a la distancia, como si su boca estuviera pegada al oído de ella. A Lovisa le encantó. Susurró acerca de su muñeco de nieve. Acerca de Shrek. Acerca de las albóndigas de papá y la col fermentada de la noche anterior.

Se rieron.

En el interior del museo se quitaron los abrigos. Mrado se había preparado; llevaba una americana bajo la cazadora. No quería que se le notara la funda del arma. Olía a cafetería. Mrado había investigado y planeado; tras la visita tomarían algo.

Fueron de sala en sala. Teknorama: la sección experimental para niños del museo.

En la sala: medidas de potencia. Mostraban cómo convertirte en más fuerte de lo que eras. Aparejos/bloques/palancas/tornillos/cuñas. Mrado en la parte corta de un balancín, Lovisa en la larga. Mrado: ciento veinte kilos de músculos. Lovisa: veintiséis kilos de niña. Sin embargo, su lado se vencía por el peso. El de Mrado se elevaba. Parecía que Lovisa pesara más que papá. Lovisa se desternillaba. El alma de Mrado reía.

Siguieron adelante. En cada sala probaron máquinas/instalaciones de inventos/mecanismos. Lovisa charlaba. Mrado hacía preguntas. Alternando sueco/serbio.

Después de tomar algo se fueron a casa.

Lovisa volvió a ver la película de Disney. Mrado preparó una comida de verdad: salchicha Falu con macarrones integrales, ketchup y ensalada. Descansaron una hora en el sofá. Se adormecieron. Lovisa en los brazos de Mrado. Pensó: No necesito nada más en la vida.

Se marchaban. Lovisa se puso el abrigo. A Mrado se la traía floja que Annika se quejara: no pensaba ir al gimnasio en transporte público.

Eran las cuatro de la tarde. No había mucha gente en el gimnasio. Mrado entrenaba las piernas. Hacía gestos. Gruñía. Resoplaba.

Lovisa jugaba en la colchoneta de estiramientos. Mrado intentaba sonreír entre gesto y gesto. Lovisa estaba acostumbrada.

Un tío de recepción se arrodilló junto a la colchoneta. Dijo con pronunciación infantil:

—¿Qué haz hecho hoy con papi?

A Mrado le encantó la respuesta de Lovisa:

—¿Por qué hablas como la abuela?

Dieron las cinco y media. Mrado, meticuloso con la hora. El ambiente ya estaba mal tras la metedura de pata de hacía dos semanas, cuando Lovisa le había estado esperando cuarenta y cinco minutos en el exterior de la guardería. Mrado había ido a zurrar al yonqui. Al final, el personal de la guardería había acabado llamando a Annika para que fuera a recogerla. Nada bueno.

Tras el gimnasio fueron a Gröndal. Tráfico de hora punta en la autovía Essingeleden. Escuchaban música serbia en el coche. Lovisa intentó cantar.

Giraron pasado Stora Essingen. Se dirigieron hacia Gröndal.

A ciento diez en un tramo de setenta. Mrado no podía evitarlo. Desaceleró. En Gröndalsvägen el máximo era a treinta. Mrado se esforzó. Respetó la velocidad.

Condujo con cuidado hasta su casa.

La dejó delante del portal. Se quedó sentado en el coche.

Vio que marcaba el código de apertura. Abrió la puerta con las dos manos, era pesada. Desapareció en el interior.

Se había marchado.

Se sintió lleno de calor humano.

Un día de paternidad.

El día siguiente al de la visita, de vuelta a la realidad. Durante los últimos dos meses Mrado se había reunido con las personas/líderes más importantes de los bajos fondos de Estocolmo y Suecia central. Ladrones/violadores/asesinos/reyes de la droga; importaba una mierda lo que hubieran hecho con tal de que fueran influyentes.

Avances inesperados. Mrado, sorprendido. Escucharon, calcularon, preguntaron. La mayoría contestó: estaban de acuerdo; para hacer frente a los cerdos de la pasma hacía falta un reparto y acabar la guerra.

La consecuencia: el acuerdo sobre la creación de cárteles criminales de Estocolmo estaba tomando forma. Podría ser un éxito para Mrado.

En la parte negativa: el proyecto Nova cosechaba víctimas, incluso entre los yugoslavos. Dos chicos de Goran en prisión. Acusados de fraude fiscal grave.

La división del mercado en resumen: Bandidos aceptaron renunciar a la venta de cocaína en el centro y al chantaje de guardarropas. Por el contrario, aumentarían la actividad de protección, especialmente en los municipios del extrarradio sur. Los Ángeles del Infierno aumentarían el tráfico de alcohol en toda la Suecia central. Disminuirían la actividad de protección. Aumentarían la actividad de delitos fiscales todo lo que quisieran. La liga Naser: difíciles de influir. Pensaban seguir con la heroína como de costumbre. Original Gangsters: llevarían el robo de vehículos blindados en toda Suecia. No era en realidad un área en la que compitieran. Sin embargo, habían prometido reducir el negocio de la coca en el extrarradio. Vía libre en los municipios al norte del extrarradio. Fucked for Life conservaban el negocio de marihuana en el sur de Estocolmo y lo reducirían en el norte.

Mrado había organizado. Había evaluado diferentes mercados. Cuotas. Áreas. Había sopesado. Analizado. Hablado con más de cuarenta personas diferentes. Negociado. Había suavizado cuando había hecho falta. Había sido implacable cuando había sido necesario.

La mayoría confió en él, le tomaron por un yugoslavo con honor. Vieron las ventajas de su propuesta y los riesgos de Nova.

En resumen: estaba cerca del reparto del mercado. Lo mejor de todo: los guardarropas del centro, la niña de sus ojos, estaban quedando a salvo.

Según el propio Mrado: era un genio.

Quedaba por convencer: Magnus Linden, de la Hermandad Wolfpack.

Iban a verse en el pub Golden Cave de Fittja. Zona neutral.

Mrado adoraba su Mercedes más que de costumbre. Era consecuencia de las pinturas que se había dejado olvidadas Lovisa. Mrado había fijado la caja al parabrisas como un icono. Ceras. Pensó: Pronto será miércoles otra vez.

Poco tráfico. Conducción agradable. Pensaba en la Hermandad Wolfpack.

Formada por una serie de internos de Kumla hacía siete años. El fundador, autoproclamado presidente, Danny Fitzpatrick, *The Hood*. Según él mismo, se le ocurrió la idea de fundar la Hermandad, tras varios años en la trena, cuando se dio cuenta de que «éramos muchos los que íbamos a tener que vivir con que la policía de vez en cuando echara gas lacrimógeno en nuestros pisos y nos persiguiera con

metralletas». El objetivo había sido copiar el sistema jerárquico de los Ángeles del Infierno: *Hang around. Prospect*, miembro, sargento de armas y presidente. Pero, tras algunos años, las cosas se fueron a la mierda en serio; el presidente de la Hermandad entró en una lucha de poder contra el hermano de Radovan. Estalló la guerra entre los yugoslavos y la Hermandad. Duró dos años, a tres personas les costó la vida. Pero ya habían pasado muchos años. Había un nuevo presidente de la Hermandad: Magnus Linden. Los yugoslavos se tranquilizaron. Pero quedaban las cicatrices.

Mrado aparcó el coche. Antes de cerrarlo con llave rezó su habitual plegaria al dios de los coches.

No presentía nada ante la reunión con Linden, salvo una débil esperanza en un reparto del mercado con éxito. Sin nervios. Sin miedo.

Entró en el pub.

Vio a Magnus Linden inmediatamente. El tipo irradiaba maldad.

El pub estaba casi vacío. Una mujer de mediana edad tras la barra apilaba vasos. La hora de las comidas había terminado hacía dos horas. El local estaba en semioscuridad. De fondo, Led Zeppelin: *Stairway to Heaven*. Un clásico.

Linden se levantó. Los brazos caídos a los lados. Ni un amago de saludo. Iba de duro.

Mrado, en su nuevo papel de negociador, pasó de que Linden pasara. Alargó la mano. Buscó la mirada de Linden.

Se quedó así tres segundos más.

Linden se echó atrás. Estiró la mano. Estrechó la de Mrado.

—Bienvenido. ¿Quieres comer algo?

Se había roto el hielo.

Pidieron cerveza. Charlaron.

A esas alturas, Mrado ya conocía el juego. Hablaron de motores, coches, motos.

Linden repartió sus sabias palabras, a Mrado le sonaban como la filosofía de los Ángeles del Infierno:

—Si conduces un coche japonés, eres marica.

Mrado estuvo de acuerdo. Sinceramente. Había tenido muchos coches en su vida, pero nunca uno asiático, y eso jamás iba a suceder.

La conversación se desarrolló con fluidez.

El enfoque de Linden, diferente al de muchos otros; el tío era un racista total. Todo el tiempo metía en la conversación la caída de los negratos/ los judeocomunistas y el Movimiento de Resistencia Sueco, una especie de organización formada por antiguos *skins*. Mrado no estaba interesado. ¿Dónde estaba el dinero en esa charla de mierda?

Linden sacudió la cabeza.

—¿Por qué habré pensado que una persona de raza eslava lo iba a entender?

Mrado se cansó.

—Escucha, pequeño Hitler. Paso de tus teorías racistas. Sabes lo que quiero, se trata de todos nosotros. Corta las gilipolleces y en lugar de eso contesta las preguntas. ¿Entráis en el reparto o no?

Presionar a Linden era arriesgarse. Con toda seguridad habría pegado a gente hasta hacerla sangrar por menos de eso. Pero Mrado no era gente.

Linden asintió. Se había decidido.

La cuestión ya estaba resuelta.

Mrado con un subidón de alegría mientras se marchaba.

Llamó a Ratko para contárselo.

Llamó a Nenad:

—El trato con la Hermandad también está listo. Como ya te he dicho, estamos en una posición segura. Nuestros mercados están a salvo.

—Joder, qué bien trabajas, Mrado. Pídele a Dios que mantengan lo que han prometido. La venta de coca en el extrarradio está subiendo a toda velocidad. El cielo es el único límite. ¡Lo que vamos a ganar ahora!

—Tiene toda la pinta.

Mrado llevaba tiempo pensando en dónde estaba Nenad. ¿Estaba con o contra el jefe? Mrado había oído chismes, sabía que también Nenad había tenido conflictos con Radovan. Existía la posibilidad de que Nenad

estuviera igual de cabreado que él. Una posibilidad que tenía que verificar. Mrado probó:

—Haga lo que haga Radovan, estamos a salvo.

—Sí, haga lo que haga Radovan.

Nenad hizo una pausa. Se quedaron callados.

Luego continuó:

—Mrado, jugamos en el mismo equipo, ¿verdad?

Eso último: Nenad ponía a prueba a Mrado igual que Mrado pensaba ponerle a prueba a él.

Nenad estaba a bordo; Mrado y Nenad en el mismo bando contra Radovan.

* * *

PROYECTO NOVA: LA NUEVA ARMA DE LA POLICÍA CONTRA LAS BANDAS DE DELINCUENTES DE LA REGIÓN

Tienen numerosos antecedentes, cada vez están más organizados y son más violentos y entrenan a sus jóvenes seguidores para que roben y vendan droga

Estocolmo, marzo

Los robos con violencia, delitos de estupefacientes, agresiones graves, proxenetismo y delitos de armas son su día a día. Pese a las operaciones especiales de la policía, la criminalidad de las bandas de Estocolmo se ha convertido en más avanzada, violenta y organizada. Apenas pasa un día sin que los periódicos contengan artículos sobre robos de vehículos blindados, proxenetismo o agresiones que han tenido lugar en el área de Estocolmo.

Organización

Muchos de los delincuentes son criminales expertos con sólidos antecedentes que anteriormente actuaban sobre todo de manera individual o en agrupaciones menores. Este nuevo desarrollo indica mejor una organización y mayor cohesión.

Una de las cuestiones más importantes para Karin Götberg, jefa de la policía regional, son las acciones más duras contra la delincuencia de bandas y el proyecto Nova de la policía de Estocolmo, que se puso en marcha durante el año pasado tras un tiempo de marcado aumento de los delitos graves en la región.

A ciento cincuenta personas se les ha asignado lo que se llama la «marca Nova». Significa que todos los policías saben que la captura de esa persona tiene máxima prioridad, independientemente de qué delitos se le imputen. «No vamos estar esperando éxitos. Poder encerrar a siete u ocho está bien si se puede, pero quizá no siempre funcione. Vamos a mantener una presión constante sobre ellos. Si se unen todos los asuntos que hay en la región, en general se consigue una condena contra ellos», dice Leif Brunell, jefe del grupo de investigación de estupefacientes de la dirección regional y jefe operativo del proyecto Nova.

Prestigio entre los delincuentes

Cuando se asignaron las marcas Nova, estar señalado por la policía se consideró casi como un símbolo de status entre los delincuentes.

«Se convierte en una especie de símbolo de prestigios, pero a la larga resultará muy incómodo para ellos, ya que se vuelven más visibles y no quieren serlo», dice Lena Olofsson, inspectora que trabaja en el proyecto Nova.

Los delincuentes más violentos están organizados en redes complejas y se especializan en diferentes delitos. Los conflictos pueden surgir cuando varias bandas compiten por el mismo mercado.

Hay un código de honor que ha dado lugar a altercados entre las diferentes bandas; por ejemplo, los Ángeles del Infierno y Bandidos MC. También la denominada red yugoslava ha tenido conflictos internos. Ahora mismo los problemas son especialmente agudos en el sur de Estocolmo.

Los jóvenes aspiran a entrar en las bandas

El reclutamiento de nuevos miembros para los grupos criminales es importante. Es habitual que los delincuentes más experimentados planifiquen para que los «novatos», más jóvenes, cometan el delito. A veces los mayores y más experimentados participan como «padrinos».

Capítulo 37

Quedaron en Sollentuna Centrum. Allí Jorge se sentía en casa. Calles cubiertas, las tiendas habituales: H & M, Systembolaget, Juguetes B & R, Intersport, Duka, Lindex, Teknikmagasinet. E ICA. Jorge recordaba cómo la comida que había comprado allí había caído al suelo cuando los yugoslavos le pegaron una paliza. Luego recordó todas las veces que había mangado allí cuando era niño.

Volvió a Jorge el miedo a que le reconocieran. Había pasado una vez hacía tres semanas justo en Sollentuna. La peor zona para Jorge, donde más personas le conocían. Esa vez había ido a ver a un tío de Malmvågen que trapicheaba para él. Por la escalera pasó una mujer que conocía a la madre de Jorge. Intentó bromear, le llamó con acento chileno:

—Jorgelito, ¿has estado en África y te has puesto moreno?

Él pasó. Salió de la casa con el corazón latiéndole de pánico más deprisa que un ritmo de *drum'n'bass*.

Se convenció a sí mismo: Todo está bien. Estoy muy abajo en las listas de la pasma. He cambiado de aspecto. Soy otro tío. Ella era la primera en varios meses que le había reconocido.

En la tienda de prensa se compraron una Coca-Cola cada uno: Jorge, la prostituta del burdel de Hallonbergen y su anexo, un tío que Jorge no había visto nunca.

El tío: un vikingo gigantesco. Por lo menos, dos metros cinco. El pecho de un metro de ancho y ninguna diferencia entre el ancho del cuello y el de la cabeza. Dudoso que el tío pudiera caminar sin que le chocaran los muslos entre sí, fricción entre músculos tremendamente grandes.

—Es Micke —dijo la chica.

Jorge se preguntó si el tío gigantesco era su novio o su chulo. No se atrevió a preguntar. Se avergonzó por haberle pagado por sexo una semana antes. La pregunta interna: ¿se avergonzaba porque fue penoso o porque estaba mal?

Jorge arqueó una ceja. Señal para ella: ¿Por qué viene?

La chica entendió. Dijo:

—Tranquilo. Sólo quiere venir. Mirar que a mí no me pasa nada.

—¿Va a escuchar todo lo que decimos o qué? No puede ser.

El tío contestó con una voz más aguda de lo que esperaba:

—Tranqui, flacucho. Caminaré unos metros por detrás.

Tope raro. En realidad ¿por qué había venido con él? J-boy no se arriesgaba. J-boy sabía lo que podía implicar vigilar mal a los tíos grandullones. Dijo:

—Puedes andar cerca de nosotros, pero ve delante. Que yo pueda verte todo el rato.

El tío gigantesco le miró fijamente. Se crujió los nudillos Jorge no hizo caso. Repitió:

—Si ella quiere que le dé la pasta, haced lo que digo.

A la chica le pareció bien y aceptó.

Atravesaron el centro. Salieron por las puertas automáticas. Hacia el parque detrás del recinto ferial de Sollentuna. En silencio.

El tío gigantesco todo el tiempo seis, siete metros por delante. Jorge, el camello más satisfecho de la ciudad. Había engañado a la bofia a lo *grande* *. Sin duda el golpe de drogas más flipante de la historia. Había recogido la bolsa de NK con la coca delante de las narices de la pasma. Se había largado corriendo, los maderos eran viejos cansados, se había descolgado del puente y había saltado. Había aterrizado en la nieve de Långholmen. El pie aguantó la caída. Casi le dio algo cuando cayó en la cuenta de que Långholmen era una isla. Luego respiró aliviado: Suecia es un país maravilloso; en invierno, hay hielo. Se dirigió a la parte sur, hacia Hornstull. Corrió sobre el hielo. Era fino. Pero aguantó. Corrió entre las casas a lo largo de Bergsunds Strand. Salió por el otro lado, en Tantalunden. La cosa tranquila. En Ringvägen cogió un taxi.

Lo segundo mejor de todo el asunto: quizá tuvieran problemas para enchironar a Mehmed. Con suerte no podrían demostrar tenencia de cocaína. Por otra parte, el Estado solía poder demostrar lo que el Estado quería demostrar. Claramente, algo muy penoso para ellos; normalmente cambiaban la cocaína por otra sustancia y conservaban el producto verdadero como prueba. Pero en este caso habían dejado que Mehmed se fuera con *the real stuff*^[66]. Probable explicación: sabían que alguien probaría la mierda y querían llegar a los vendedores realmente grandes. Perdedores; J-boy no era tan fácil de pillar.

La única pega: ¿cómo había pasado? La respuesta más probable era que Silvia, la correo, la hubiera cagado.

Quizá había contestado mal a las preguntas de la aduana.

Quizá había perros en la aduana. Quizá, temible idea, alguien les había delatado.

En ese momento pasaba. La coca era suya/de Abdulkarim. Al menos tres millones de coronas en la calle, en bruto. Las localidades del extrarradio de Estocolmo estaban allí para que ellos las tomaran.

Jorge y la chica se acercaron a la zona de bosque. El tío gigantesco se mantenía más adelante. La nieve era espesa, hermosamente blanca. El camino, bien enarenado. Jorge con zapatillas de deporte en los pies; contento con la cuidadosa gestión de los parques.

Ella se giró hacia él, indicó que estaba lista para hablar.

—Me alegro de que hayas venido —dijo él.

—Esto cuesta.

—Claro. Lo que acordamos.

—Sí. ¿Dónde quieres que yo empiezo?

—Puedes empezar contándome cómo te llamas.

—Me llamo Nadja. ¿Qué quieres que yo te cuento?

—Empieza desde el principio.

Fue parca en palabras en su relato. Jorge pensó: Es guapa. Aún queda ese algo especial: iba de dura al mismo tiempo que quería comunicar. Él lo notó. Ella era fácil de convencer. Demasiado entusiasta. La primera vez que la vio en el burdel del piso le había dicho que Don R olía a Hugo Boss. Jorge lo había comprobado con la gente que lo sabía. Era correcto. A Radovan le encantaba Hugo Boss. En todas sus formas. Trajes, camisas, abrigos. Loción para después del afeitado.

¿Cómo podía saber que Rado olía a Hugo Boss? Sólo había dos maneras. O bien se lo había contado alguien, pero era poco probable, o bien le había conocido de cerca.

La posibilidad número dos la convertía en la pista más interesante de Jorge hasta la fecha.

Quería contar algo. Él estaba impresionado con su valentía.

Le contó que había llegado a Suecia hacía seis años de Bosnia-Herzegovina. Dieciocho años. Violada cuatro veces por la milicia serbia durante sus primeros años de la adolescencia. Había pedido asilo aquí.

Vivió durante dos años en las instalaciones para refugiados en las afueras de Gnesta. Pensaba que sabía en su país lo que significa el término «burocracia». Entonces supo lo que era de verdad. La vida era un asco. Fue a clase de sueco para inmigrantes dos horas diarias. Tenía facilidad. Aprendió rápido. Por lo demás se pasaba el resto del día tumbada en la cama. Veía la teletienda y películas matutinas en un sueco que no entendía. Una vez intentó comprar en el centro de Estocolmo; sus dos mil coronas al mes, mil después de lo que mandaba a su familia en Sarajevo, no dieron para nada. No volvió a hacerlo. Se quedaba en la habitación. Dormía, veía la televisión, escuchaba la radio. Casi al borde de la apatía. Pensaba que sólo el dinero podía salvarla. Una tarde, una vecina de pasillo de las instalaciones la invitó a maría. La sensación: la única experiencia agradable que había tenido desde antes de la catástrofe en Bosnia. Continuaron así: se reunían en la habitación de la vecina varias veces por semana. Sólo sentadas. Fumaban. Se relajaban. El inconveniente: la necesidad de pasta se volvió desesperada. Dejó de mandar dinero a la familia. Apenas ayudaba. Las deudas crecían. La solución le vino por la misma vecina, algo que hacía ella misma: dejar entrar en la habitación a algún tío alguna vez por semana, hacerle una paja, quizá chupar un poco. Se ganaba algunos cientos. Después por la noche se volvían a reunir en la habitación de la vecina. Liaban porros grandes. Daban caladas más profundas. Olvidaban toda la mierda.

Funcionó algunos meses. Luego aparecieron otros hombres. Ex yugoslavos, serbios. No reconocía sus caras. Sin embargo reconoció su estilo. Los chicos de Arkan. Le decían a ella y a la vecina lo que tenían que hacer. Cuándo lo tenían que hacer. Cuánto tenían que cobrar.

Aumentó el número de clientes. El dinero entraba.

No le concedieron el asilo. Posibilidades de elección: quedarse ilegalmente o volver a su hogar arrasado por la guerra y los recuerdos de las violaciones. Eligió lo primero. Acabó aún más metida en el sistema de los chulos.

La dejaron vivir junto con otras chicas en un piso fuertemente vigilado. A veces iban allí maderos. A veces las llevaban a otros sitios. Decidieron que tenía talento para algo más que la lengua sueca, así que hacía los llamados trabajos de alto nivel: acompañar al restaurante y estar guapa. Quizá dejarse ligar por algún tío que invitara a copas. Quizá ir en minifalda a fiestas en grandes casas y hacer de camarera. Viejos que manoseaban/sobaban. La arrastraban a una habitación contigua. Puteros que nunca le pagaban directamente a ella.

Y cada noche cuando llegaba a casa se liaba un porro. Se tomaba unos cuantos Sobril. A veces remataba el porro con anfetas; en la jerga de los yonquis: una bomba atómica.

Los chulos serbios les proporcionaban la droga. Se encargaban de que se mantuvieran tranquilas.

Después de medio año: si no recibía su dosis diaria de maría o anfetamina, tenía abstinencia.

Jorge hizo pocas preguntas. La dejó contar a su ritmo. Se sentía como un verdadero psicólogo. Como Paola, que siempre le escuchaba. Pero no sólo eso, también sentía algo por Nadja.

Cayó en la cuenta de lo que era: sentía compasión. Y algo más: una especie de ternura.

Estaban empezando a aproximarse a información interesante. El tío gigantesco giraba la cabeza con regularidad. Comprobaba que seguían allí. Que la distancia no era demasiado grande. Jorge supuso que nunca dejaban a las putas en el exterior sin vigilancia.

Jorge miró a Nadja.

—¿Me puedes dar detalles sobre eso de los trabajos de alto nivel?

—Hace como dos años. Casi siempre nos llevan a un sitio de maquillaje primero. A arreglarnos. Eligen ropa para nosotras. A veces cosas caras: seda, faldas de raso. Zapatos de piel muy buenos. Una maquilladora me enseña a andar con esos tacones. Recta. Nos enseñan de qué vamos a hablar, qué vamos a hacer con los viejos.

—¿Dónde?

—En todos los sitios. En chalés, extrarradio bueno, creo. Restaurantes de Stureplan. Otros barrios de la ciudad. Cuatro, cinco veces voy el fin de semana con un viejo. También chicas suecas.

Jorge modificó la técnica de entrevista. Quería hacer las preguntas correctas. Sin presionarla demasiado, ella debía seguir hablando. Quería que ella contara por sí misma.

—¿Qué hay que hacer si uno quiere participar en una de esas ocasiones?

—¿Qué es eso?

—Quiero decir que si yo quisiera participar en una de esas fiestas en chalés, ¿qué tendría que hacer?

—Yo ya no hace trabajos de nivel. Yo ya no bastante joven y guapa. Yo ahora voy al final. Demasiada mierda de anfetamina. Si tú quieres ir a fiesta, tú tienes que tener mucho dinero. Las chicas allí no baratas. — Una sonrisa falsa.

—Pero si de todas formas quiero ir, ¿con quién tengo que hablar?

—Hay muchos. Tú preguntas de Nenad. Habla con él.

—No puede ser. ¿Hay otros? ¿Quién solía organizar las mejores fiestas?

—Suecos. Clase alta.

—¿Tienes nombres?

—Intenta Jonas o Karl. Ellos mandan a las maquilladoras.

—¿Sabes cómo se llaman de apellido?

—No. Apellidos suecos difícil. Nunca nos dicen. Pero sí el mote.

—¿Tenían motes?

—Sí, Jonas: *Jonte* . Karl parecido a *Yate Karl* .

—¿Quién más está relacionado?

—Habla con Don R si tú atreves.

—¿Solía participar él? ¿Sabe tu novio que has estado con él?

Ella se detuvo.

—¿Cómo sabes eso?

Jorge: menudo olfato de Sherlock.

—Sencillamente lo sé.

Siguieron andando. De vuelta hacia el centro comercial.

—Micke no es mi chico. Él vigila para Nenad. Para Don R. Él no sabe todos con los que yo estoy. ¿Por qué tiene que saber?

—¿Por qué te permite que hables conmigo así?

—Micke no como otros. Él odia a Don R. Micke me promete me ayuda a salir de mierda.

—¿Porqué?

—Me dice que él odia a Don R. Trabaja sólo por dinero. Ellos han pegado a él.

—¿De qué hablas?

—Micke es buen hombre. Le rompen pie un cerdo serbio que trabaja para Don R. En el gimnasio. Mrado le tira el peso más grande en el pie. Luego el serbio le tira al suelo pegando, sin motivo. Para él no es nada

importante. Por eso Micke trabaja para Nenad. ¿Entiendes? Aunque Micke es grande. ¿Entiendes cómo es el hombre que tú preguntas?

Jorge lo entendía.

El odio.

El impulso.

La persecución.

Capítulo 38

Abdulkarim y Fahdi llegaron a Londres dos días después que JW.

Lo primero que hicieron después de aterrizar fue recoger la pistola. Cogieron un taxi para ir a Euston Square, donde esperaba un chico negro junto al puesto de periódicos de la estación. Le entregaron un sobre con la cantidad acordada. El tío contó rápidamente y asintió. Luego les dio una nota.

Abdulkarim se negaba a que les engañaran, se encargó de que el chico no desapareciera, le retuvo. En caso de que no hubiera arma, el chico se llevaría el golpe.

Las consignas tenían cerradura de combinación. El chico les llevó directamente a la correcta. El código de la nota funcionó. En la consigna había una bolsa de deporte. Fahdi cogió la bolsa y metió la mano. Palpó. Dibujó una amplia sonrisa.

El resto del primer día, JW se los llevó de visita turística con un guía contratado. Abdulkarim, felicísimo, no había estado en el extranjero desde que había llegado a Suecia cuando era un chaval, en 1985.

Vieron el Parlamento, el Big Ben, London Dungeon, se dieron una vuelta en la Noria del Milenio. Lo favorito de Abdulkarim: London Dungeon, el museo del terror con las figuras de cera retorcidas, las guillotinas, los hierros de los garrotes, las horcas.

El guía era un sueco de mediana edad que llevaba diecisiete años viviendo en Londres. Acostumbrado a los viajes de estudios y a grupos de turistas del centro de Suecia. El guía no se aclaraba con sus clientes de ese día, quizá pensaba que eran buenos chicos normales. En cambio, Abdulkarim y Fahdi le acribillaron a preguntas. ¿Dónde está el club de *striptease* más cercano? ¿Tienes idea del precio del perico? ¿Nos puedes ayudar a comprar costo?

En la frente del guía se veían gotas de sudor nervioso. Seguro que estaba cagado.

JW sonrió.

Al final del día, el guía parecía estar asustado de verdad. Mirada huidiza, probablemente con miedo de que apareciera un *bobby* detrás de la siguiente esquina y le pillara. Le dieron las gracias y le dejaron una buena propina.

Antes de marcharse, Abdulkarim preguntó:

—Esta noche vamos ir a The Hothouse Inn. ¿Te apuntas?

The Hothouse Inn: JW había conseguido entradas. Era uno de los sitios de *strip* más lujosos del Soho.

Lo alucinante: el tío dijo que sí.

Abdulkarim se burló:

—¡Huy, digo en broma! No vamos a ir de verdad. Qué guarrada. ¿Te va eso?

El guía se puso totalmente colorado. Los semáforos en rojo de la calle palidecieron en comparación. Se dio media vuelta y se fue.

Se partieron de la risa.

Día dos. JW, Abdulkarim y Fahdi invadieron el distrito de compras.

Londres, la ciudad prometida de los almacenes de lujo: Selfridges, Harrods. Pero lo mejor de todo: Harvey Nichols.

Habían reservado una limusina para todo el día.

JW se había trasladado al hotel de Abdulkarim el día anterior, cuando Abdulkarim consideró que parecía seguro. Fahdi se trasladó un poco más tarde el mismo día.

Empezaron con un *brunch* de hotel tamaño XL: salchichas, beicon, costillas, muslos de pollo, patatas fritas, tortitas con sirope, siete tipos diferentes de pan, muesli, cereales Kellog's, huevos revueltos, tres tipos diferentes de zumo de naranja recién exprimido, mermelada, Marmite, Vegemite, montones de quesos (stilton, cheddar, brie), mermelada, Nutella, helado, cóctel de frutas. En grandes cantidades.

Se inflaron. A Fahdi le encantaron los huevos revueltos, se puso dos platos hasta arriba. Las mujeres de mediana edad de la mesa de al lado le miraron boquiabiertas. Abdulkarim pidió zumo recién exprimido cuatro veces. JW se avergonzó, pero no del todo. Se ajustó los gemelos y miró a las vecinas de mesa. Les guiñó un ojo.

De alguna manera, disfrutaba.

La limusina les recogió a la una.

Abdulkarim estaba encantado, presumía de cuánto iban a ganar con la coca que había conseguido Jorge por medio de la brasileña. Habló de

cómo se iban a hacer con Londres. Todas las pibas iban a probar a Abdulkarim. Todos los *hooligans* iban a probar a Fahdi.

En realidad, Abdulkarim no había hablado de otra cosa la noche anterior; la famosa huida de Jorge del puente Västerbron. JW estaba impresionado. Tenían tres kilos de farlopa. Justo lo que hacía falta, cantidad.

Pararon delante de Selfridges. Abdulkarim abrió la puerta y miró el exterior. Gritó en un inglés horroroso:

—¡Vámonos de aquí! No parece lo suficientemente bueno.

JW miró de reojo a Fahdi y soltó una risotada. ¿Abdulkarim se había metido una raya antes de desayunar?

El conductor no hizo ni un gesto. Probablemente el comportamiento de Abdulkarim no era nada comparado con el de la gente famosa y rica de verdad que habría llevado.

Siguieron en el coche. Las aceras estaban abarrotadas y las calles estaban llenas de coches. Los típicos autobuses de dos plantas pasaban haciéndose hueco, se dirigían a las paradas.

La limusina se detuvo frente a Harvey Nichols.

Entraron en los almacenes y encontraron rápidamente la sección de caballeros. Era gigantesca. Para JW, el amante de las compras con debilidad por el lujo, fue uno de los momentos más felices de su vida.

Babeó, disfrutó, bailó la danza del consumo. La meca de las marcas: Dior, Alexandre of London, Fendi, Giuseppe Zanotti, Canali, Hugo Boss, Prada, Cerruti 1881, Ralph Lauren, Comme des Garçons, Costume National, Dolce & Gabbana, Duffer of St. George, Yves Saint Laurent, Dunhill, Calvin Klein, Armani, Givenchy, Energie, Evisu, Gianfranco Ferré, Versace, Gucci, Guerlain, Helmut Lang, Hermés, Iceberg, Issey Miyake, J. Lindeberg. Christian Lacroix, Jean Paul Gaultier, CP Company, John Galliano, John Smedley, Kenzo, Lacoste, Marc Jacobs, Dries van Noten, Martin Margiela, Miu Miu, Nicole Farhi, Óscar de la Renta, Paul Smith, Punk Royal, Ermenegildo Zegna, Roberto Cavalli, Jil Sander, Burberry, Tod's, Tommy Hilfiger, Trussardi, Valentino, Yohji Yamamoto.

Tenían de todo.

Abdulkarim hizo que le acompañara un dependiente por la tienda con un carrito de la compra. Eligió trajes, camisas, zapatos y jerséis.

JW miró por su cuenta. Eligió un *blazer* de Alexandre of Savile Row, un par de vaqueros de Helmut Lang, dos camisas, una de Paul Smith y otra de Prada, y un cinturón de Gucci. El importe final fue de mil libras.

Fahdi parecía estar al margen. Se sentía más cómodo con una chaqueta de piel sencilla y vaqueros, y en consecuencia compró un par de vaqueros de Hilfiger y una chaqueta de piel de Gucci. El precio sólo de la chaqueta: tres mil libras. Gucci, el atributo favorito de todos los amantes del lujo.

JW pensó en lo mucho más fácil que sería todo cuando consiguiera dinero limpio. La posibilidad de utilizar tarjetas de crédito era atractiva. La sensación que anhelaba: poder poner una American Express Platinum Card en el mostrador.

Les ayudaron a llevar las bolsas a la limusina. Los dependientes estaban acostumbrados. Londres era el lugar adecuado para los asquerosamente ricos.

La limusina continuó por Sloane Street, la calle del desfile de las tiendas insignia: Louis Vuitton, Prada, Gucci, Chanel, Hermés se encontraban una tras otra.

Los ojos de JW se pegaron a las seductoras líneas de los logotipos. Después de algunos minutos, Abdulkarim empezó a gritar.

Se bajaron.

Abdulkarim salió corriendo hacia la tienda de Louis Vuitton. JW vio sus pantalones ondeando y el chaquetón demasiado corto sobre la americana y pensó: Debería ser ilegal vestirse así.

El portero de la tienda miró a Abdul primero con escepticismo: ¿un pirado moreno? Luego vio la limusina. Le dejó entrar.

Pasaron una hora y media más a lo largo de la calle.

La factura final de JW fue de cuatro mil libras, además de lo que se había gastado en Harvey Nichols. Trofeos para mostrar a los chicos en casa: un portafolios de piel de Gucci, un abrigo de Miu Miu, una camisa de Burberry. No estaba mal.

Un pensamiento se le pasó por la cabeza: ¿eso era vida o era un bluf? JW se sentía eufórico, casi extático. Sin embargo no podía evitar relacionarlo con cómo debió de sentirse Camilla cuando iba con el hombre de Belgrado en su Ferrari amarillo. ¿Cuánto se parecían ella y JW?

Almorzaron en Wagamama al final de Sloane Street, una cadena de restaurantes asiáticos de moda con decoración minimalista en blanco. Abdulkarim se quejó de que demasiados platos llevaban cerdo.

—Mañana vamos a celebrar —dijo— y vamos a comer a un sitio *halal* .

Fahdi pareció sorprendido:

—¿Qué vamos a celebrar?

Abdulkarim sonrió.

—Amiguete, mañana nos reunimos con los tíos que hemos venido a ver aquí. Mañana sabremos si vamos a ser millonarios.

Capítulo 39

Mrado, sentado en el sofá de casa después del entrenamiento. Músculos cansados. Pelo mojado. Y lleno; se había metido dos latas de atún con pasta y un cóctel proteínico. Además, Ultra Builder 5000, dos pastillas Metandienon, esteroides andrógeno-anabolizantes de primera.

Estaba vagueando. Veía *Fight Club*, Eurosport. K-I, Elimination Tournament. El antiguo campeón de K-I, Jörgen Kruth, era el comentarista. Analizaba los golpes, las patadas y los rodillazos. Su voz nasal, lánguida, hablaba un lenguaje claro: al tío le habían dado demasiados golpes en la nariz.

Uno de los más grandes, Remy Bonjasky, estaba machacando a su oponente en el cuadrilátero. Arrinconó al tío. Le dio rodillazos en el estómago. Le dio patadas bajas en las pantorrillas. El oponente gritaba de dolor. Bonjasky le lanzó dos ganchos de izquierda rápidos. Al tío no le dio tiempo a poner los brazos en guardia. La protección salió volando. Antes de que al juez le diera tiempo a interrumpir, Bonjasky finalizó con una patada circular que le dio en la oreja izquierda. Un verdadero KO: el oponente desmayado antes de llegar al suelo. Mrado no habría podido hacerlo mejor.

Los últimos días, Mrado había estado de un humor excelente. El entrenamiento iba a tope. La serotonina fluía. Dormía mejor. Las bandas, bajo control; había tenido éxito. La mayoría lo suficientemente de acuerdo para que la idea funcionara. Sabían lo que había; mientras todos se mantuvieran dentro de sus áreas el negocio funcionaría. La pasma perdería. La pasta fluiría.

Sonó su móvil.

En el otro lado: Stefanovic.

—Hola, Mrado. ¿Qué tal todo? —dijo formal. Mrado se preguntó por qué.

—Todo bien. ¿Y tú?

—Bien, gracias. ¿Dónde estás ahora mismo?

—Estoy en casa. ¿Por qué lo preguntas?

—Quédate ahí. Vamos a recogerte.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Es tu turno, Mrado. Vas a ver a Radovan. *Bila mu je sudena* . —Luego colgó.

Bila mu je sudena : es tu destino, Mrado.

La cabeza le daba vueltas. El sofá le resultaba incómodo. Se levantó. Bajó el volumen del televisor. Dio una vuelta alrededor del sofá.

El código de los gánsteres: si te recogen, no vuelves nunca. Como en las películas de mafiosos. El puente de Brooklyn bajo la lluvia. Te llevan en coche por él. Tú no regresas.

Los pensamientos en barrena. ¿Debería largarse? En ese caso, ¿dónde podría desaparecer? Su vida estaba ahí. Su piso, su actividad, su hija.

¿Qué problema tenía Radovan? ¿No podía olvidar que Mrado le había pedido una parte mayor de los ingresos de los guardarropas? ¿Sabía que Mrado había diseñado la división del mercado de manera que beneficiara a su negocio de los guardarropas? Peor: ¿percibía el jefe yugoslavo su falta de confianza? No, no podía ser.

Mrado le había servido a Rado el mercado delictivo de Estocolmo en bandeja de plata. El jefe yugoslavo debería estar agradecido. Quizá todo estuviera bien, quizá R no tuviera intención de hacerle daño.

Se sentó en el sofá. Intentó pensar con claridad. No tenía sentido largarse. Mejor aceptarlo como un hombre. Como un serbio. Mrado tenía sin embargo una cierta ventaja, era su actividad la que se había protegido en el acuerdo de reparto del mercado. Debería estar a salvo.

Doce minutos más tarde sonó el telefonillo. Otra vez Stefanovic. Mrado se guardó el revólver y el cuchillo junto a la pierna, en el interior del pantalón. Bajó las escaleras.

En la calle había un Range Rover con cristales tintados. Mrado no había visto el coche antes. No era uno de los vehículos de Radovan o Stefanovic.

La puerta delantera del coche estaba abierta.

Mrado se sentó en el asiento del copiloto. Al volante: un serbio joven. Mrado le había visto antes, uno de los chicos de Stefanovic. En el asiento trasero: Stefanovic.

El coche arrancó.

Stefanovic:

—Bienvenido. Espero que estés bien.

Mrado no contestó. Aguardaba a ver el ambiente. Interpretaba la situación.

—¿Hay algo que te preocupe? ¿Por qué estás tan callado?

Mrado giró la cabeza. Stefanovic, vestido impecablemente con traje. Como de costumbre.

Mrado volvió a mirar hacia delante. Aún había luz, pero estaba empezando a anochecer.

—Todo bien. Ya te lo he dicho por teléfono. Olvidas rápido. ¿O es que hay algo que te preocupe a ti? —Desprecio evidente al remedar a Stefanovic.

Stefanovic se rió artificialmente.

—Si estás de mal humor es mejor que no hablemos. Hay riesgo de que salgan muchas chorradas, ¿verdad?

Mrado no contestó.

Atravesaron la ciudad y salieron a la carretera de Lidingö.

El silencio en el coche hablaba un lenguaje claro. Algo iba como el culo.

Mrado evaluó sus alternativas: sacar su Smith & Wesson y levantarle la tapa de los sesos al conductor. Quizá funcionara, pero Stefanovic podía estar armado. Le daría tiempo a hacerle unos cuantos buenos agujeros en la nuca antes de que el coche llegara a pararse. Otra alternativa: volverse, meterle a Stefanovic un tiro en toda la jeta. Incluso eso era igual que si se cargaba primero al que conducía, a Stefanovic podría darle tiempo. La última idea: disparar a ambos hombres al bajarse. La mejor hasta el momento.

Pensó en Lovisa.

El coche aminoró la marcha. Giró por un estrecho camino de gravilla con una cuesta muy empinada en el bosque de Lill-Jansskogen. Totalmente adecuado lo del Range Rover, pensó Mrado.

Al final el coche se paró. Stefanovic le pidió que se bajara.

Mrado no había estado nunca en ese sitio. Miró a su alrededor. Stefanovic y el conductor se quedaron sentados en el coche. Lo típicamente acostumbrado. No había nada que Mrado pudiera hacer; ni siquiera los veía a través de los cristales tintados. Disparar no tenía sentido.

Estaban en un alto. Ante él se levantaba un único edificio: una torre de veinte metros. Surrealista.

¿O qué era? Recorrió con la mirada el cuerpo de cemento pintado de rojo de la torre; vio la explicación, era una torre de saltos de esquí.

Aparentemente, se encontraban en algún lugar de los límites de Lill-Jansskogen junto a una torre de saltos de esquí que no parecía haberse utilizado desde hacía mucho. Era un mal presagio.

Se abrió la puerta de la parte inferior de la torre. Un hombre que reconoció le hizo una seña para que entrara.

El interior del piso inferior de la torre estaba reluciente. Renovado. Un pequeño mostrador de recepción. Carteles en las paredes: *Bienvenidos al centro de conferencias de Fiskartorpet*. Espacio para hasta cincuenta personas. Perfecto para *kick-off*, fiestas de empresa y conferencias.

Vistazo rápido hacia atrás; Stefanovic y el conductor se habían bajado del coche.

No era una situación para intentar trucos. El hombre que le había recibido le pidió el revólver a Mrado.

Se lo entregó. La culata de avellano era resbaladiza al tacto.

En la parte superior de la torre había sólo una estancia. Grandes ventanas en tres direcciones. Todavía no estaba oscuro del todo, Mrado veía Lill-Jansskogen. A lo lejos, Östermalm. Más allá, el Ayuntamiento. Torres de iglesias. Al fondo: se vislumbraba el estadio Globen.

Mrado pensó en ese momento: ¿Por qué no construye nadie un restaurante de lujo en este sitio?

En medio de la sala había una mesa cuadrada. Grandes candelabros. La mesa puesta.

Al otro lado de la mesa: Radovan de traje oscuro.

Le dijo en serbio:

—Mrado, bienvenido. ¿Qué te parece este sitio? Con estilo, ¿eh? Lo descubrí yo. Un día que estaba corriendo por el bosque, por aquí abajo. Estaba recorriendo los senderos para uno y otro lado y me asaltó la curiosidad. Corrí hacia arriba y más arriba. Encontré esto.

Mrado eligió estrategias. El estilo duro. El estilo seguro de sí mismo.

Su elección fue el estilo directo al grano.

—Es bonito, Radovan. ¿Por qué tengo el honor de ser invitado a cenar?

—Vamos a eso después. Déjame que te lo acabe de contar. Esto es en realidad una vieja pista de saltos de esquí. La cerraron a finales de los ochenta y desde entonces ha estado vacía pudriéndose. El verano pasado compré el sitio y estoy acondicionándolo. Va a convertirse en un centro de conferencias. Local de fiestas. Puede ser un sitio de la leche para fiestones de los buenos. ¿Qué opinas?

Radovan bordeó la mesa. Acercó una silla a Mrado. Sólo eso, que Mrado hubiera tenido que estar de pie más de un minuto, era otra mala señal más.

Radovan siguió hablando de la torre de saltos:

—¿Te haces una idea de cuántos sitios olvidados como éste hay en Estocolmo? La semana pasada traje por avión a siete polacos que van a rehacer la parte inferior. Va a haber un restaurante con un excelente reservado aquí, arriba del todo. La gente puede hacer aquí lo que quiera. Radovan trae las chicas, se encarga de la comida, la bebida, todo el rollo.

Entró en la habitación una mujer con un carrito de bebidas. Sirvió Dry Martini. La aceituna brillaba, atravesada por un palillo. Cuando se abrió la puerta, a Mrado se le pusieron los pelos de punta. Notó instintivamente que estaban fuera: Stefanovic, el conductor, el hombre que le había recibido abajo. Listos para ser violentos si era necesario.

Radovan no corría riesgos.

Mrado pensó: No es buena idea hacer ahora algo sin pensar; pero por otra parte nunca lo era.

La mujer volvió con el entrante: tosta Skagen. Sirvió vino blanco. Empezaron a comer.

Tras algunos bocados, Rado soltó los cubiertos. Tragó.

—Mrado, es importante que entiendas nuestra situación. Ya sabes mucho de lo que voy a decir, pero escucha a Radovan. Estamos entrando en una nueva fase. Nuevos tiempos. Nuevas personas. Otras maneras de trabajar. Como ya sabes. Hoy en día hay muchos más participantes en el mercado sueco que cuando empezamos hace veinte años. Entonces éramos sólo nosotros y algunos ladrones de bancos viejos y vagos, Svartenbrandt y Clark Olofsson. Pero Suecia ahora es diferente. Las bandas de moteros han venido para quedarse. Las bandas de jóvenes y de las cárceles están bien organizadas, la UE disuelve las fronteras. El mayor cambio es que en la actualidad competimos incluso con los albaneses, la mafia rusa, un montón de maleantes de Estonia y otros. No sólo Europa occidental se ha vuelto más pequeña. El Este está aquí. La globalización y todo eso.

Mrado estaba sentado tranquilo. Sabía que a Rado le gustaba oír su propia voz.

—Jugamos en un mercado internacional. Y en ese concepto se encuentra la solución. Tito lo gestionó metiéndose en medio. Sabíamos poco de economía de mercado. Pero aquí, en el Oeste y en los países libres del Este, nos encargamos de que la gente consiga lo que quiere; el máximo regulador del mercado. Porque el crimen en realidad no es más que justo eso: la esencia de la economía de mercado. El crimen no está regulado, es libre, dirigido por la oferta y la demanda. Sin participación del Estado. Sin planificación, decisiones comunistas o supervisión estatal. Al contrario, al igual que en el mercado, triunfa el más fuerte. Es el futuro. Y para llegar a él tenemos que trabajar adaptándonos. Elegir áreas de acuerdo con lo que en cada momento maximice las ganancias en relación con el riesgo. Vigilar los gastos alternativos. Invertir permanentemente, inyectar activos en las nuevas filiales. Comercializar nuestro capital de violencia. Reclutar, fusionar, disgregar. No podemos ser lentos de movimientos. Es significativamente más efectivo utilizar consultores y trabajar en células propias, como pequeños empresarios, por usar un símil. Se puede aprender de esas redes terroristas islámicas. Apenas se conocen entre sí. Sin embargo, trabajan con un mismo objetivo. Si un grupo acaba en chirona, no afecta a la unidad. Tenemos que trabajar así. En lenguaje fino se llama planteamiento celular. Fuera con la vieja organización jerárquica. Algún sueco de la vida empresarial dijo: Derriba las pirámides. Yo creo que suena bien.

Mrado sólo le miraba fijamente. Había dejado de comer.

Entró la mujer. Retiró los platos. Rellenó las copas de vino.

—Conocemos nuestros negocios. Pero nos organizamos mal. Ésa es la pega. Hace algunos años se hablaba mucho de la nueva economía. No sé si funcionaba para la gente normal. Pero para nosotros, Mrado, se trata del nuevo mercado. Tenemos que integrar una nueva manera de pensar. Salir de nuestro estrecho grupo étnico. Reclutar nuevos miembros en el extrarradio. Establecer alianzas con organizaciones rusas y estonias. Descentralizarnos. Apostar más por el *outsourcing*. Controlar los flujos, quizá no siempre las propias actividades principales. ¿Me sigues?

Mrado asintió lentamente. Mejor sería esperar al final del monólogo medio histérico de Radovan.

—Vale. Las drogas van bien. La coca es un éxito de la hostia. Las putas van aún mejor. No te imaginas cuánto lo habían deseado los hombres suecos durante todos esos años de corrección política. Están dispuestos a pagar lo que sea. Y esa ley de maricones que prohíbe contratar los servicios sólo nos ha fortalecido. Los burdeles son tan grandes como en Las Vegas, las putas de lujo están en todas las fiestas de viejos de

Djursholm. Es fantástico. Tú participaste cuando montamos el servicio de *call girls*. ¿Te acuerdas?

—Radovan, lo que cuentas es interesante, pero lo conozco. ¿Adónde quieres ir a parar con todo esto que tenga que ver conmigo?

—Gracias por sacarlo tú. Has servido bien a esta organización. Me has servido bien a mí. Serviste bien a Jokso. Pero los tiempos cambian. No tienes lugar en lo que estoy describiendo. Lamentablemente. Lo siento. Lo que has hecho, el acuerdo de reparto del mercado, es fantástico. Gracias a tus contactos. Tu perfil. Pero eso ya se ha terminado. No puedo confiar en ti. ¿Por qué? En realidad ya sabes la respuesta. Ha ido creciendo en ti durante varios años. La respuesta es: porque tú no confías en mí. No me ves como nuestro líder. Como aquel cuyas órdenes han de seguirse sin concesiones. Exiges demasiado. En el nuevo mercado, los individuos deben actuar por cuenta propia. Pero nunca actuar en contra de los intereses de Radovan.

El tono de Radovan se endureció:

—Mrado, mira por la ventana. Estocolmo. Ésta es mi puta ciudad. Nadie me la puede quitar. Es de eso de lo que se trata todo lo que he dicho. Éste es mi mercado. Tú no lo has entendido. Te crees que es mérito tuyo que entre pasta. Que tú y yo aún trabajamos hombro con hombro. Olvídate. Yo soy el nuevo Jokso. Yo soy tu general. Tú sólo tienes que tenerme agradecimiento por el pan que te ganas. Tu pequeña vida. Tu estúpido puesto. Y luego tienes las narices de exigir más de los ingresos de los guardarropas. Exigir. Así no funciona. Pero lo peor de todo es que has intentado hacerme un doble juego. Tu única motivación en el reparto del mercado ha sido tu propio beneficio. Está bien trabajar por el beneficio propio, pero nunca contra mí.

Mrado intentó interrumpir a Radovan:

—Radovan, no sé de qué me hablas. Yo no te he hecho ningún doble juego.

Radovan le interrumpió, casi gritó:

—¡No digas chorradas! Sé lo que sé. Estás fuera del juego. ¿No lo entiendes? Nadie desafía a Radovan. Estás fuera del negocio de los guardarropas. Expulsado. De vuelta a la casilla uno. Me conoces después de todos estos años. He tenido los ojos puestos en ti. Sé cómo piensas. Más bien sé cómo no piensas. No me ves como tu jefe, tu oficial, tu puto presidente, como debería ser. Pero ya se ha terminado. Estás acabado como artista, gordo.

Mrado esperó una bala en la nuca.

No pasó nada.

Radovan hizo una seña a la mujer con el carro de la comida.

Sirvió el plato principal.

Mrado lo supo entonces: le iban a dejar vivo.

En una nueva situación. Degradado.

Con deshonor.

Radovan dijo en tono normal:

—¿A que esta carne está fabulosamente tierna? Me la traen en avión directamente desde Bélgica.

Capítulo 40

Aparte del proyecto odio-hacia-Radovan-Kranjic, la vida de Jorge iba a tope. Ganaba un pastón. Se sentía a gusto con Abdulkarim, Fahdi, Petter y los demás hacia abajo en la cadena de ventas. Se había sentido a gusto con Mehmed y era una pena lo del tío; aún no estaba claro si la pasma podría acusarle. Se sentía a gusto incluso con el chico de Östermalm, JW. Pero el tío era raro. Parecía llevar una doble vida. Se movía en mundos separados. Tenía aires de superioridad. Al mismo tiempo, evidentemente ansioso por aprender de Jorge, preguntaba con honradez. Y, sobre todo, el chico tenía unas ganas bestiales de dinero sucio.

Simultáneamente, Jorge envidiaba la otra vida de JW: Stureplan. Jorge había ido de fiesta por ahí muchísimas veces. Había invitado a pibas a tomar champán a lo grande. Había untado a los porteros, se había saltado las colas. Había conseguido llevarse rollos a casa de lo que había en el mercado de carne.

Sin embargo faltaba algo. Veía a los chicos suecos. Por mucha pasta que gastara, no alcanzaba nunca su nivel. Jorge lo notaba. Cada patero de la ciudad lo notaba. Por mucho que lucharan, se pusieran cera en el pelo, compraran la ropa correcta, fueran honorables y llevaran cochazos, no formaban parte de ellos.

La humillación siempre estaba a la vuelta de la esquina. Se notaba en las reacciones de los dependientes, en los rodeos que daban las ancianas en las aceras y en las miradas de los maderos. Aparecía en los ojos de los porteros, las muecas de las tías, los gestos de los camareros. El mensaje, más claro que la política de segregación de la ciudad de Estocolmo; al final siempre eres sólo un patero.

JW, Abdulkarim y Fahdi estaban en Londres. Iban a organizar algo grande. La misión de Jorge en casa era mantener todo en orden. Encargarse de poner en marcha el cargamento de primera que había introducido Silvia. Sin problema, se vendería como helados Magnum en un día de calor.

Jorge se había procurado un piso en Helenelund. La proximidad de su antiguo barrio le hacía bien. Se lo realquiló a un contacto de Abdulkarim. Decorado con bienes de consumo: televisión de pantalla plana de cuarenta y dos pulgadas, DVD/vídeo, estéreo, X-box, portátil.

Le encantaba la vida del nuevo Jorge. Jorge, el mestizo con marcha al andar.

Le encantaban sus nuevos amigos. Costumbres. Los hermosos fajos de billetes.

Le corroía: el odio.

Tres días antes se había visto con Nadja, la puta. Aún quedaban preguntas. ¿Quién era ese tío gigantesco y cómo podía ayudar a Jorge? ¿Quiénes eran los tíos que había nombrado: Jonas y Karl, alias *Yate Karl*? ¿Cómo podría colarse en el tema de las putas de Radovan?

Estaba estresado. No había conseguido nada. Había dejado de vigilar desde el coche la casa de Radovan porque no tenía sentido. Quizá debería plantárselo de otra forma. Centrarse en la información sobre la actividad de venta de Radovan. Pero no. Era una amenaza demasiado grande contra el propio Jorge y las personas que quería.

La pista de las putas era mejor. Además, el trabajo para Abdulkarim le ocupaba cada vez más tiempo. Había que reemplazar a Mehmed. Había que reclutar chicos nuevos. Las ideas de Jorge: quizá su primo, Sergio. Quizá Eddie. Quizá su colega, Rolando, cuando saliera de Österåker. Sergio era un héroe que había ayudado a Jorge a salir de Österåker. Hasta la fecha le había recompensado con unos insignificantes billetes de mil. Debería ser mejor pagado. Jorge quería ofrecerle participar en las ganancias de la farla. Y a Eddie, lo mismo. Y a Rolando; el tío le había enseñado a J-boy una pasada sobre coca. Debería serle rentable.

Había llamado a la madame al menos veinte veces en los últimos días. Quería pedir hora con Nadja. Verla otra vez. No necesitaba ningún paseo. Sólo necesitaba hacerle unas preguntas más durante diez minutos. Y algo más: quizá que volviera a hacerle una mamada. Pensó: No, resultó raro incluso antes de conocerla. Quería verla por otro motivo.

Al final, Jorge dio con la madame. Él repitió el alias que le habían asignado la primera vez que fue. Ella le dio el visto bueno. Podía ir esa misma noche.

Cogió el metro para ir a Hallonbergen.

Llovía. Hacía más calor. Olía a puesto de *grill* callejero Sibylla. La última vez, Jorge había venido en coche, pero ésta el rey de los mapas había mirado las Páginas Amarillas. Había memorizado. Lo habría encontrado con los ojos cerrados.

La casa roja de pasillos abiertos con soportales de un tono más marrón tenía un reflejo rosado a la luz del atardecer.

Marcó el código de apertura del portal. Subió en el ascensor. Salió al pasillo. Llamó a la puerta. Oscuridad en la mirilla: el ojo de alguien en el otro lado. Dijo su alias en voz alta.

Abrió la puerta el hombre con el que habló Fahdi la última vez que había estado. La misma ropa. Sudadera con capucha y americana encima.

Jorge volvió a dar su alias. Le dejaron pasar.

Preguntó por Nadja.

La misma música en la sala de espera. Tenían una imaginación deficiente.

El hombre sólo asintió y guió a Jorge a la habitación. Abrió la puerta. Le dejó entrar.

La misma cama. Igual de mal hecha que la última vez que había estado ahí. El mismo sillón. El mismo estor.

En la cama: otra puta.

Jorge se quedó en el umbral, se volvió. El tío ya no estaba detrás de él.

Miró a la chica de la cama. También era guapa. Más pecho que Nadja. Falda mini. Top muy escotado. Medias de rejilla.

—Quería a otra. Nadja.

La chica contestó en un sueco medio comprensible:

—Yo no comprende.

Jorge dijo en inglés:

—Quiero ver a Nadja.

Quizá fue instintivo. Jorge no era cualquiera, al fin y al cabo era un fugitivo, siempre totalmente atento. En circunstancias normales, la tensión al máximo por los cabrones de la pasma. Pero también por Radovan.

Se dio la vuelta sin entrar. Salió corriendo a través de la sala de espera. Oyó gritar su alias al hombre de la sudadera con capucha y la americana encima. No se giró. Jorge ya había abierto la puerta. Corrió por el pasillo. Escaleras abajo. Fuera. Lejos.

Jorge nunca había visto una expresión tan desencajada como cuando la chica nueva en la habitación de Nadja comprendió por quién preguntaba. Evidentemente, el nombre de Nadja era lo mismo que el pánico.

Algo no iba bien.

Algo iba asquerosamente mal.

El día siguiente. Jorge sentado en el retrete, aguas mayores. Llamada entrante en el móvil; número desconocido. En sí no era inusual en el móvil de Jorge. Los que llamaban ocultaban sus números con frecuencia. Se decidió a contestar pese a lo embarazoso de la situación.

—Hola, me llamo Sophie y soy la novia de JW.

Jorge sorprendido a tope. JW le había hablado de Sophie. Pero ¿por qué le llamaba? ¿Y cómo había conseguido Sophie su número con las estrictas órdenes de Abdulkarim de no dar el número a desconocidos?

—Ah, hola. He oído hablar mucho de ti.

Ella se rió.

—¿Qué has oído?

—Lo mucho que sueña él con formar una familia contigo.

Un corto silencio en el otro lado. Ella no había entendido la broma.

—Verás, JW está en Londres, así que esto quizá te parezca un poco raro, pero me preguntaba si querías quedar. Tomar un café o algo así.

—¿Sin JW?

—Sí, mejor. Quiero conoceros, a sus otros amigos. Pero es tan cerrado... Ya sabes cómo es, no habla de algunas cosas.

Jorge sabía a lo que se refería. JW llevaba un doble juego.

—Vale, podemos quedar algún día antes de que vuelva JW. No tiene nada de raro.

El instinto de Jorge decía: No. Pero la curiosidad: En realidad, ¿por qué no? Él también estaba interesado en saber más sobre JW. Quizá tener algún día la oportunidad de acompañarle en su otro mundo.

—Creo que vuelve dentro de cuatro días. ¿Nos vemos esta noche?

Así lo acordaron. Sophie parecía satisfecha.

Él siguió sentado, acabó con lo suyo.

Pensó. Tenía que ser cuidadoso. Había algo raro en la desaparición de Nadja. Algo raro en el comportamiento del hombre de la sudadera con capucha. Sabían que quería ver a Nadja. ¿Por qué no le habían dicho

que no estaba? La cuestión más importante: ¿Dónde estaba? Y ahora: de repente llamaba la chica de JW. ¿Había alguna relación?

Conclusión: no correr riesgos con Sophie. Podía ser un marrón.

Por la noche cogió el tren de cercanías para ir a T-Centralen. Jorge aún no tenía coche. La prioridad cuando el proyecto Rado estuviera resuelto: comprar un buen coche.

Iba a ver a quien aseguraba llamarse Sophie. Fue andando desde T-Centralen. No había nieve en las calles.

Jorge recordó su permiso vigilado de Österåker, cuando iba andando justo por ahí. Un día caluroso de agosto. Tres monos en fila. Si hubieran sabido para lo que tenía pensado usar las zapatillas Asics... Pringados.

Giró a la derecha por Birger Jarlsgatan. Los luminosos de neón que había sobre Sturegallerian parpadeaban. El logotipo de Nokia multiplicado.

A diez metros de Café Alberts paró a un tío joven. La gorra ladeada. Un macarra en territorio equivocado. Le ofreció cien coronas por un favor.

El tío entró en Alberts.

Salió un minuto después.

Un minuto más.

Salió Sophie.

Jorge la miró fijamente. Sophie: la tía más maciza que había visto. El sex-appeal personificado. Bufanda de punto negra colocada con desenfado. Cazadora negra de cuero estrecha de tipo motociclista, sin refuerzos en los codos ni los hombros. Vaqueros estrechos.

Sabía que JW pegaba en Stureplan. Pero esto: *abbou*, menudo pibón.

Sophie le miró inquisitiva.

Totalmente claro que estaba sola. Jorge, satisfecho. Se sentía más seguro. Sonrió.

Se saludaron. Ella sugirió Sturehof. No había problema para entrar. El motivo, evidente: Sophie siempre entraba.

Pasaron junto a la zona de restaurante y entraron en la de bar.

Jorge pidió una cerveza para él y una copa de vino tinto para Sophie.

—Bueno, Sophie, me alegro de conocerte. Perdona si me he comportado raro en la puerta de Alberts. A veces me pongo un poco de los nervios.

Ella ladeó la cabeza. Jorge pensó: ¿entendía por qué no había querido entrar en un sitio que había sugerido ella?

—¿Es que no te gusta Alberts?

—Alberts no tiene nada de malo, pero hay mucho ruido.

—¿Y te parece que aquí no?

—Sólo estoy de broma. —Jorge cuidadoso. Pronunció la palabra «broma» lo menos patero que pudo. El sonido de la *sk* pronunciado en la parte delantera de la boca. Nada de sonidos de Rinkeby.

Dejaron ese tema. Sophie empezó a interrogarle. ¿A qué se dedicaba? ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a JW? Entre las respuestas, él hacía preguntas de comprobación. Quería estar seguro de que Sophie era quien decía ser. Parecía estar limpia.

La sensación de Jorge: Sophie genuinamente interesada por la vida de JW. Pero también algo más: ella entrevistaba. Profundizaba. Quería saber cosas que Jorge no estaba seguro de que JW quisiera que ella supiese. No estaba tampoco seguro de que Abdulkarim lo aprobara. Independientemente de lo buena que estaba.

Se contuvo. Contó que él y JW solían ir en plan tranquilo. Ver vídeos. Jugar con videojuegos. Tomar cerveza. Jugar al fútbol. Salir de fiesta a veces. Pero nada del negocio de la farlopa.

—De fiesta —preguntó Sophie—. ¿Por dónde?

Jorge sin una buena respuesta. Masculló algo sobre un bar en Helenelund.

Sophie preguntó:

—¿Os metéis algún tirito de vez en cuando?

Jorge dio un sorbo de cerveza, pensó en lo que iba a contestar. Se arriesgó:

—Alguna vez. ¿Y tú?

Ella guiñó un ojo.

—Alguna vez. En ocasiones me pregunto si JW no se mete de vez en cuando alguno de más.

—No creo. Controla mogollón. Es un tío con estilo. Con clase: ¿sabes? Él me enseña sobre vuestro mundo. —Jorge sorprendido de sí mismo. Se había abierto a un extraño.

Sophie se abrió a su vez, le contó sus pensamientos. Que últimamente JW estaba perdido. Estudiaba peor. Tenía un ritmo de sueño raro. Dormía fatal. Quería conocer a JW para poder ayudarle.

Jorge escuchaba. Comprendió la razón de que ella quisiera quedar con él.

Pasó el tiempo. Charlaron de otras cosas: películas, los garitos de Stureplan, los estudios de Sophie, el estilo de vestir de JW, la familia de Jorge.

Una combinación extraña: el fugitivo mestizo de palo, el rey de la farla del extrarradio, junto a la pija más guapa de toda la ciudad.

Aún más extraño: se lo estaban pasando bien.

Dieron las doce. Llevaban tres horas sentados hablando.

Con posterioridad Jorge pensó: La casualidad teje juegos extraños. Conoces a alguien por primera vez en tu vida. Al día siguiente ves a la misma persona otra vez. Oyes una palabra que nunca has oído antes. Unas horas después se utiliza precisamente esa palabra por segunda vez. O alguien que conoces resulta ser familiar cercano de alguien conocido y nunca se había comentado. O precisamente cuando estás pensando en alguien esa persona se sube en el metro. ¿Cuáles son las posibilidades? Sin embargo, sucede.

O quizá no sea la casualidad. Quizá la existencia se encuentra en una red tupida de coincidencias. Pedazos de información. Unidos, enlazados entre sí por lo que llamamos casualidad.

Jorge lo simplificaba. Su único credo: *cash is king* ^[67] .

Sin embargo, no podía evitar pensar: lo que acababa de pasar en Sturehof debía de haber sido una pura casualidad.

O no.

Un grupo de chicos pasó a su lado. Chaquetas, camisas con el cuello desabrochado. Vaqueros rectos. Gemelos. Relojes caros. Hebillas anchas de cinturones con la forma de los monogramas de las marcas de lujo.

Sobre todo: pelo engominado hacia atrás.

Los chicos de oro de Stureplan.

Sophie se levantó. Los abrazó y besó en la mejilla uno a uno. Se rió de sus bromas.

Según Jorge: era evidente que fingía estar exageradamente contenta de verlos.

No presentó a Jorge. Quizá era esperar demasiado. No obstante, le dolió.

Los pijos desaparecieron en el interior de Obaren, la zona de fiesta de Sturehof.

Él preguntó:

—¿Quiénes eran?

—Nadie en especial. Sólo unos conocidos. —Sophie parecía cohibida. Jorge pensó: Se avergüenza de no haberme presentado.

—¿Amigos de JW?

—Algunos le conocen.

—¿Quiénes?

—El de la chaqueta de rayas es Nippe. El del abrigo negro se llama Fredrik. También es amigo de Jet-set Carl. ¿Le conoces?

En la cabeza de Jorge: ¿Jet-set Carl? Le sonaba familiar.

Volvió a pensar. Jet-set Carl.

Buscó en su memoria. Yate Karl.

—Jet-set Carl. ¿Quién es?

Sophie le habló de los clubes y las fiestas.

—Jet-set Carl es el organizador de fiestas más grande de Stureplan. Aunque, sinceramente, es bastante baboso con las chicas.

Esto último requería su atención.

El grito en la cabeza de Jorge, el que se decían entre sí los toreros de los dibujos animados del toro Ferdinand en Nochebuena: «Vamos a por él» [68]

Capítulo 41

JW se levantó temprano. Sentía su propia tensión interna. Conocía la agenda, iba a ser ese día. Si todo funcionaba, conocerían a los tipos importantes. Los que tenían contacto directo con los cárteles de Suramérica. Los que podían conseguir entregas grandes. Los que le darían a JW una carrera meteórica dentro del sector de la farlopa.

Se sentó solo en la zona de desayunos del restaurante del hotel y esperó a que Abdulkarim y Fahdi bajaran, leyó un periódico británico y tomó café. Se sentía inusualmente inquieto.

Había gastado más de sesenta mil coronas el día anterior. Ropa, cartera, zapatos, comida, club de *striptease* en el Soho. Por la noche fueron a Chinawhite, donde una mesa costaba al menos quinientas libras; valía lo suyo. Y, por una vez, la farla no la podían proporcionar ellos. Lo fuerte no era que se hubiera gastado ese dinero. Lo era el pensar lo que dirían sus padres si se enteraran.

Mandó un SMS a Sophie. La notaba distante, y al mismo tiempo ella quizá fuera la persona que mejor le conocía. La única a la que él había revelado su doble vida. Pero no le había revelado todo, no se atrevía a hablarle de sus orígenes. Se avergonzaba de su familia simple de suecos medios y no quería sacar el asunto de Camilla. Le hacía dudar. Si no podía contárselo a su novia, ¿qué seguridad tenía en ella?

JW dejó el periódico. En su cabeza cristalizaron dos pensamientos claros. Uno, que tenía que estar más con Sophie. El otro era más difícil, contarle sus orígenes. Pero quizá ella incluso podría ayudarle a averiguar algo más.

Fahdi bajó a eso de las diez y media. Desayunaron juntos y esperaron a Abdulkarim.

No bajaba.

Dieron las once.

Pasaron quince minutos más.

Fahdi parecía preocupado. Sin embargo no querían despertar a Abdul innecesariamente. ¿Había algo que JW no sabía? ¿Había algo desconocido para él a lo que Fahdi le tenía miedo?

Dieron las doce.

Al final subió JW. Llamó a la puerta de la habitación de Abdulkarim.

No se oía nada.

Volvió a llamar.

Nada.

Alternativa: o bien Abdulkarim se había quedado sopa después de la juerga de la noche o le había pasado algo. De ahí el estrés de Fahdi. JW pensó: en realidad, ¿a quiénes iban a ver en ese día?

Golpeó fuerte. Puso la oreja en la puerta.

No se oía nada.

Volvió a golpear.

Al final oyó la voz de Abdulkarim desde el interior.

JW abrió la puerta.

El árabe estaba sentado en el suelo.

Abdulkarim dijo:

—*Sorry* . Me he retrasado con la oración de la mañana.

—¿Rezas?

—Lo intento. Pero soy mala persona. No siempre tengo fuerzas para levantarme.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué que?

—Sí, que por qué rezas.

—Tú no entiendes, JW, porque tú eres vikingo. Yo me inclino ante Alá. Mi cuerpo hacia la tierra con que está hecho. Él habla para mí y todas las personas, negros o blancos, vikingos o pateros, ricos o pobres; Alá, el verdadero, él es su creador y señor.

Abdulkarim iba en serio.

A JW le sonaba a chorradas de alto nivel, palabras vacías ensayadas. Pero no había tiempo ni ganas para discutir la elección vital de

Abdulkarim. Pensó: Ya descubrirá por sí mismo lo que cuenta, pasta o Alá.

Ahora tenían prisa.

Abdul se saltó el desayuno.

JW, Abdulkarim y Fahdi de camino al norte, hacia Birmingham. Tardarían dos horas y media en taxi, una limusina con sitio para las piernas. Abdulkarim no quería que fueran apretados en un día tan importante.

Estaban de camino; hacia los tíos grandes.

Podrían haber ido en tren, autobús, avión. Pero esto era mejor, más seguro, más tranquilo. Sobre todo, más al estilo *gangsta*. ¿Quién coño va traqueteando en un autobús cuando hay limusinas?

Abdul se rió ante la planificación del asunto para ese día. Había recibido una llamada de un desconocido. Se había acordado el sitio y el lugar: estación central. *Don't be late* ^[69].

Iban de camino; hacia el campo.

El conductor tenía puesta la radio. *Drum'n'bass* retumbando en los altavoces de las puertas traseras del coche. Ultrabritánico.

Era un indio joven. Abdulkarim se había aprendido una nueva palabra inglesa: *Pakis* ^[70]. JW pensaba: Por favor, Abdulkarim, date cuenta de que ahora no es momento para usar esa palabra.

En el exterior se desplegaba un hermoso paisaje. Ondulado, fecundas comunidades de cultivo con campos sembrados. Más abajo de la carretera, ríos serenamente serpenteantes.

El paraíso inglés.

La primavera había llegado. Comparado con Estocolmo, hacía calor.

Abdulkarim estaba cansado y se adormiló apoyado contra la ventana. Fahdi y JW intercambiaron comentarios cortos y evaluaron la vida nocturna de Londres.

—¿Alguna vez has estado con una *stripper*?

JW pensó en las películas porno que solían estar puestas en casa de Fahdi.

—No, ¿y tú?

—¿Crees que soy maricón o qué? Claro que sí.

—¿Aquí, en Inglaterra?

—No, joder. Son demasiado caras. La libra se cotiza demasiado alta.

JW se rió.

Pensó en su relación. En el exterior era meramente profesional, pero proporcionaba una agradable charla intrascendente. JW veía que Fahdi era verdaderamente cariñoso. No juzgaba nunca, no despreciaba, no se burlaba de nadie. Fahdi era humilde. Satisfecho con dos cosas en la vida: hacer músculo y echar un polvo de vez en cuando. El negocio de la droga: más porque estaba unido a Abdulkarim por algún motivo que porque buscara subidones, pasta o poder.

El conductor empezó a hablar. Mencionó Stratford-upon-Avon y a Shakespeare. JW miró y vio un cartel con el nombre de una población y debajo: *The home of William Shakespeare*^[71].

Pasaron por las afueras de Birmingham. Urbanizaciones con jardines bien cuidados. Edificios de viviendas apiñados con cuerdas para tender la ropa atadas en líneas paralelas en pequeños patios. Las zonas industriales parecían lo más británico que JW podía imaginarse.

Entraron en la ciudad. Las casas eran más bajas que en Londres; por lo demás, se parecía. Casas de ladrillos rojos, casas unifamiliares estrechas con escalera de acceso a la entrada y ventanas largas y estrechas, Starbucks Café, McDonald's, librerías, sitios *halal*. Nada de árboles, nada de bicicletas.

El taxi se detuvo en un puente junto a la estación de tren. Por debajo pasaban los trenes a alta velocidad. El ruido era ensordecedor.

Se bajaron. Pagaron al taxista y cogieron su número. Acordaron llamarle en cuatro horas si necesitaban coche para volver a Londres.

Bajaron las escaleras que daban a la zona de la estación.

El lugar de encuentro que se había acordado era delante de la librería y tienda de prensa del vestíbulo de la estación.

No hubo problema en ver quiénes eran los que les esperaban; delante de la tienda, inmóviles, había dos hombres grandes con chaquetas oscuras de piel, vaqueros de Valentino negros y grandes zapatos negros de piel. ¿Es que llevaban uniforme o qué? Ambos de aspecto británico, pelo grisáceo, piel gris. Uno llevaba el flequillo hacia abajo cortado recto. JW pensó que parecía un peinado romano. El otro llevaba un corte con raya al lado perfectamente peinado.

Abdulkarim fue directamente hacia ellos y se presentó con su mezcla de inglés y sueco de patero.

Ninguna sorpresa. Ninguna sonrisa.

Siguieron a los hombres a un minibús. Les indicaron los asientos traseros y subieron.

El hombre de la raya al lado, según JW de extrema derecha, aspecto severo, preguntó cómo había ido el viaje. JW pensó: Está clarísimo que es británico a juzgar por el acento.

Abdulkarim charló un rato. Cuando llegaron a una zona industrial el ultra sacó tres tiras de tela y pidió a Abdulkarim, JW y Fahdi que se taparan los ojos. Luego les dijo que se sentaran en el suelo del minibús.

Obedecieron.

Tumbados en el suelo en silencio, con los ojos vendados.

Los británicos pusieron la música a todo volumen.

La sensación de JW: una de las primeras veces en su vida que tenía miedo de verdad. ¿En realidad a quién iban a ver? ¿Adónde los llevaban? ¿Qué podría pasar si Abdulkarim empezaba a montarla? Todo parecía mucho más grande y peligroso que cuando había planificado el viaje en la segura Estocolmo.

Una cosa era indudable; iban a reunirse con tíos importantes que no se dejaban ver.

Tras veinte minutos Abdulkarim preguntó:

—¿Cuánto tiempo más vamos a estar como sardinas?

Los británicos se partieron. Le informaron: sólo unos minutos más.

Tras unos diez minutos, JW notó que iban por otra superficie. Quizá fuera grava, quizá piedra.

El ultra les pidió que se quitaran las vendas y se sentaran. JW miró al exterior. El paisaje primaveral que había visto por el camino les rodeaba. Iban por un camino de grava estrecho hacia unos edificios.

Fahdi parecía no comprender. Miró de reojo a Abdulkarim, que irradiaba emoción y curiosidad, sobre todo por la posibilidad de hacer negocios gordos.

El minibús se paró. Les pidieron que bajaran.

Ante ellos había un gran granero construido en piedra y madera con un bonito diseño, a su lado una vivienda y una serie de invernaderos alrededor. JW no terminaba de entender; eso era un paraíso campestre. ¿Dónde estaba la mercancía?

Salieron dos hombres del granero. Uno de ellos era enorme, no sólo alto sino también gordo. Sin embargo, tenía presencia, como un boxeador de pesos pesados. Llevaba su peso como un arma, no como un lastre. El otro era más bajo y de constitución más enjuta. Vestido con un abrigo de cuero hasta los pies y zapatos de punta.

Los fetiches de los reyes de la droga suelen ser los coches rápidos, relojes caros y tías buenas. Pero sobre todo adoran los diamantes. En la oreja del hombre del abrigo de piel: un brillante enorme. Su lenguaje corporal era claro, era él quien mandaba.

Abdulkarim tomó el control de la situación y alargó la mano.

El tío del abrigo de cuero dijo en un dialecto difícil:

—Bienvenidos a Warrick County. A este sitio le llamamos la fábrica. Yo soy Chris. —Señaló al hombre enorme que había a su lado—. Y éste es John, quizá más conocido como *the doorman* ^[72]. Durante mucho tiempo trabajó echando a gente. Ahora ha encontrado un sector más lucrativo. Ya sabéis, antes echaba a las mismas personas a las que hoy proporcionamos sustancias. Por cierto, disculpad la incomodidad de tener que tumbaros en el suelo. Seguro que entendéis nuestra exigencia.

Abdulkarim se esforzó por hablar inglés. Sonaba, conscientemente o no, como un rapero americano.

—Entendemos. Sin problemas. Nos alegramos de estar aquí y creo que conoceros va a ser muy rentable.

Chris y Abdulkarim hablaron algunos minutos. Intercambiaron frases de cortesía; los grandes negocios requieren largos rituales.

—Yo creo de verdad que nuestros no-sé-cómo-se-dice-en-inglés van a estar satisfechos.

Chris completó:

—*Principals*, se dice así, o sea tu jefe.

JW miró a su alrededor. Más allá, tras uno de los invernaderos se veían otras dos personas. Llevaban armas colgadas de los hombros, visibles a la clara luz del día. Más lejos, en el camino, dos personas más. El lugar estaba estrechamente vigilado. Empezó a captar la idea: después de todo quizá no fuera ninguna tontería estar en el campo.

JW contó al menos seis invernaderos en fila. Aproximadamente de treinta metros de largo, dos metros de alto. La vivienda era grande y todas las ventanas tenían las persianas echadas. Del granero salían ladridos.

Chris les invitó a pasar a la casa.

En el interior olía a pis de gato. En la entrada había monos de trabajo y guantes colgados en ganchos fijados a la pared. Chris se quitó el abrigo. Les condujo a una cocina grande de aire rústico. Era un contraste extraño. Chris con el pedrusco en la oreja y lo que JW pensaba que era un traje hecho a medida en esa cutrez de casa.

Les invitó a sentarse. Preguntó qué querían beber. Tras pedirlo, les sirvió a los tres whiskis generosos. La bebida era buena: Single Malt, Isle of Jura, dieciocho años. Se sentaron. John se quedó de pie apoyado contra la pared; no les quitaba el ojo de encima.

Chris parecía contento.

—De nuevo, bienvenidos. Antes de que empecemos debo pedirlos que dejéis aquí vuestras armas. —En medio de su cara sonriente, JW lo vio con claridad, dirigió los ojos hacia Fahdi—. Y que paséis un pequeño control de seguridad.

Fahdi miró a Abdulkarim.

Una encrucijada; o bien se relajaban de una vez con la seguridad o se iban a casa. Podría ser una trampa, los que tenían ante ellos podrían ser agentes de estupefacientes de alto nivel. El factor decisivo para Abdul fue que el pedrusco de la oreja de Chris era auténtico, se notaba. Ningún inspector de narcóticos llevaría uno así; no sólo porque fuera caro, también por la historia de no parecer amariconado.

Abdul dijo en sueco:

—Está bien, hoy jugamos con sus condiciones.

Fahdi sacó la pistola y la puso sobre la mesa delante de él. Chris se inclinó hacia delante. La cogió en la mano, la sopesó, le dio la vuelta. Leyó lo del cañón.

—Buena. Zastava M57, 7.63 mm. Fiable. Casi tan imposible que se atasque como una UZI.

Soltó el cargador. Cayó sobre la mesa.

Luego les pasó a una habitación contigua.

En el interior estaban sentados los dos hombres que les habían llevado en el minibus. Les pidieron a Abdulkarim, JW y Fahdi que se quitaran los jerséis y los pantalones, los calzoncillos se los podían dejar puestos. Dieron una vuelta a su alrededor lentamente. JW miró de reojo a Abdulkarim, parecía ser la cosa más normal del mundo: que dos medio psicópatas que les acababan de obligar a echarse al suelo en un minibus les registraran completamente. Supuso que al árabe le habían registrado antes.

Dieron el visto bueno.

Cinco minutos más tarde estaban otra vez en la cocina.

Les saludó la sonrisa de Chris.

—Ya hemos cumplido con las formalidades. Me estresan mucho los hombres grandes con pistolas pequeñas. Servidor no es que sea muy grande pero, ¡menuda pistola tengo! —dijo riéndose mientras se agarraba la entrepierna. Se giró hacia John como buscando apoyo—. Vamos a sentarnos aquí tranquilamente a disfrutar de un buen whisky. ¿Qué tal en Londres?

La charla y las cortesías se extendieron durante media hora. Abdulkarim en el papel de líder del grupo. Habló con verdadero entusiasmo de sus noches en Londres, los sitios que habían visitado, las compras, London Dungeon y el guía al que habían asustado.

—Londres es una ciudad de verdad, ¿sabes? Comparado, Estocolmo es un pis en el Misisipí. Pero tenemos metro.

JW se partía por dentro. ¿Cuántas posibilidades había de que Chris entendiera su parloteo sobre ríos americanos?

Después de rellenar los vasos tres veces, Chris se levantó y dijo:

—Vamos a los negocios. Quiero enseñaros esto. Me imagino que tendréis curiosidad.

Salieron de la casa y fueron hacia el granero en fila detrás de Chris.

Se veía a las personas con armas al hombro más lejos, detrás de la casa.

Chris se detuvo ante la entrada. En el interior se oían ladridos.

—Como he dicho, a esta finca la llamamos la fábrica. Enseguida entenderéis por qué. Antes de enseñaros más dejadme deciros sólo esto: nosotros resolvemos vuestros problemas. Cumplimos. Durante el último año hemos realizado con éxito envíos por más de cinco toneladas de mercancía. Conocemos esto. Enseguida lo comprenderéis.

Abrió la puerta.

Entraron.

La pestilencia golpeó a JW, un olor acre a suciedad y heces.

A lo largo de las paredes había jaulas.

En las jaulas: perros.

El tamaño de las jaulas era de dos por dos metros y al menos cuatro perros en cada jaula.

En el techo había tubos fluorescentes.

Cuando entraron en el granero les recibieron ladridos ensordecedores.

Los animales parecían histéricos. Se movían frenéticamente y ladraban a los visitantes.

El pelo de algunos animales estaba deteriorado, y había muchos despellejados y con heridas. Los de otras jaulas estaban mejor. Ciertos perros tenían un pelo largo y peinado y mejor humor. Algunos de los perros parecían estar anestesiados, estaban amontonados en el suelo.

Chris dijo:

—Dejadme que os presente nuestro primer producto de entrega. Lo hemos usado con éxito en países como Noruega, Francia y Alemania.

Por uno de los pasillos se aproximó un hombre hacia ellos. Vestido con una bata blanca de médico y botas de goma.

Chris saludó:

—Hola, Pughs. ¿Puedes mostrarles lo que quiero decir?

Pughs asintió. Abrió una de las jaulas en las que los animales estaban tranquilos y sacó un perro con el pelo lustroso. JW pensó que era un golden retriever.

Pughs agarró la piel del animal justo debajo de las patas delanteras y dijo con voz ronca:

—Yo les opero. Me llaman veterinario, pero es una chorrada. Yo soy cirujano. Mirad aquí. —Acercó el perro—. He insertado bajo la piel de este chuchito cuatro bolsas que contienen en total seiscientos gramos de farlopa.

JW se inclinó hacia delante. Lo que señalaba Pughs no parecía otra cosa que un pliegue de la piel entre las piernas del perro. No veía ninguna cicatriz.

—Tarda un mes en curar y otros dos meses en que el pelo crezca lo suficiente.

Continuó Chris:

—Hemos enviado más de treinta animales. Ha funcionado todas las veces. Pero la mayoría de los animales que hay aquí los hemos recibido directamente de Suramérica. Así que tenemos montones.

JW se giró antes de continuar por el granero. En las jaulas había al menos un total de cincuenta animales. Calculó: si la mitad de los animales habían traído mercancía, habían introducido quince kilos sólo con ellos. Quince kilos en las calles de Estocolmo; casi quince millones. Estaba impresionado, tenían un negocio enorme en un granero en el campo.

Pughs volvió a meter al perro en la jaula.

Chris les guió y cruzaron una puerta.

Entraron en una nueva sala de techo alto. En el suelo había dos grandes máquinas de metal verde. Dos hombres trabajaban en una. A JW le pareció que las máquinas se parecían al torno de manualidades del colegio.

Chris explicó:

—Nuestro siguiente producto. Fabricamos latas de conserva. Mirad bien. Las máquinas son exactamente iguales que las que usan, por ejemplo, en Mr. Greenpacking. Las llenamos con el producto que se haya pedido. Lo enviamos por vía aérea.

Abdulkarim hizo su primera pregunta. Parecía impresionado:

—¿Por qué mandáis la mierda por avión? ¿No es más barato con barco?

—Buena pregunta. En la aduana están pisándonos los talones todo el tiempo. Saben cómo hacer controles aleatorios en los envíos grandes de partidas de conservas. A algunos amigos míos les cayó una condena gorda por eso hace algunos años. Aún se están pudriendo en la trena. Veréis, tenemos contactos en una empresa de catering. Venden comidas para los vuelos. La idea es fácil. En un vuelo determinado hay, por ejemplo, diez comidas que llevan conservas con nuestro contenido. Diez personas han encargado la comida especial de que se trate, por lo general vegana. Comen bien pero no abren la lata de conservas que se incluye en la comida. En lugar de eso la echan al carro de la basura que

las azafatas pasan por el avión después de la comida. De la basura, es decir, de las latas de conservas llenas se encarga luego nuestra gente de gestión de residuos del aeropuerto. Lo bueno de esto: los que encargan la comida ni siquiera necesitan ser nuestra gente. Sólo contratamos a unos críos que vayan a Ibiza y les decimos que pidan comida vegana y ya está resuelto. La semana pasada enviamos de esta manera cuatro kilos de anfetaminas a Kos.

—¿Y ha pasado alguna vez que algún crío revoltoso haya cogido una lata y no la haya tirado como vosotros queréis?

—Ha pasado. El crío revoltoso nunca volvió de Kos.

JW fascinado. Esto era grande, inteligente, surrealista de la leche.

Era una industria de empaquetado de droga, un ensueño de transporte, maravillosa filosofía de logística.

Joder.

Chris les llevó hacia delante. John iba el último de la fila.

Salieron del granero, hacia los invernaderos.

Abdulkarim preguntó a Chris por estadísticas. ¿Con qué frecuencia tenían éxito en los envíos? ¿Qué volúmenes de cargamentos podían asumir? ¿Qué cantidades importaban? ¿De qué países? ¿A quiénes representaban?

Chris explicó. Recibían mercancía de todo el mundo. La cocaína venía directamente de Suramérica. Warrick County funcionaba como el regulador máximo de los precios. Reempaquetaban, revendían sus productos, repartían los riesgos, elegían destinos, mantenían la demanda.

Un cártel de distribución europeo de alto nivel.

La respuesta de Chris a la última pregunta de Abdul fue:

—Pensaba que te habían informado. Somos una filial de un cártel. No importa cuál, pero te damos un buen precio. Garantizado.

Se acercaron a los invernaderos. JW descubrió que eran más grandes de lo que había visto antes.

Chris se paró ante uno de ellos y señaló:

—Aquí cultivamos de todo.

Abrió la puerta.

No notaron humedad. Por el contrario, la temperatura era fresca.

JW se esperaba una jungla de Cannabis Sattiva. O aún mejor, hileras de plantas de coca.

No.

A lo largo del suelo, en largas hileras crecían repollos pequeños, inmaduros.

Abdulkarim parecía un signo de interrogación en negrita. Se había imaginado lo mismo que JW.

JW cayó en la cuenta solo; se le cayó la mandíbula, se quedó boquiabierto.

Fahdi miró a Chris; ¿era una broma o qué?

Chris abrió los brazos y se rió.

—Lo habitual. Todos reaccionan como vosotros. Coño, ¿no cultivan hierba? ¿No cultivan coca? Olvidaos. Cultivamos repollos. Por si no lo habéis pensado antes. Aquí no habéis visto aún nada ilegal. Habéis visto perros. Pero ¿habéis visto nieve? Habéis visto a dos tíos enlatando, pero ¿habéis visto con qué llenaban las latas? Daos cuenta. No corremos riesgos. Si hay una redada aquí al menos tenemos una cierta posibilidad de protegernos. La mierda en sí la almacenamos en otra población. Cuando se va a introducir en animales, latas o lo que sea, se transporta aquí, bajo las más estrictas medidas de seguridad, y todo tiene lugar muy rápidamente. Hemos minimizado la posibilidad de que los cabrones de la pasma nos pillen.

Abdulkarim seguía mirando los cultivos de repollos.

Chris continuó:

—Aquí no estamos listos aún, pero es nuestro tercer y más grande producto.

Se sacó unas fotos del bolsillo de la chaqueta y se las enseñó a Abdulkarim y a JW. En la primera foto: una planta de repollo del mismo tamaño que las del invernadero. En la siguiente foto: una planta un poco más grande. Tenía en el centro una bolsa de plástico firmemente atada, de unos cinco centímetros de alto y cuatro de ancho. Siguiendo foto: la misma planta, un poco más grande. Las hojas habían empezado a doblarse alrededor de la bolsa. Siguiendo foto: otra vez la planta con la bolsa. Las hojas la ocultaban casi totalmente. La foto siguiente: la planta en formato final. No se notaba la bolsa en absoluto. Última imagen: tres cajas llenas de repollos.

JW lo comprendió antes que Abdulkarim.

—¡Por Dios!

Chris le pasó las fotos a Abdulkarim.

—Sí, eso. ¡Por Dios!

Abdulkarim miró a JW.

JW dijo en sueco:

—¿No lo ves? Cultivan la planta con la mierda dentro. Mira las fotos de las cajas. Joder, pueden mandar todo lo que quieran.

Abdulkarim dijo:

—*Allahu Akhbar* .

Abdulkarim estaba totalmente acelerado en la limusina en el camino de vuelta. Iba tumbado en un asiento y cantaba con una Fanta en la mano. En la nariz, restos de coca.

JW estaba de subidón desde antes de meterse la raya.

Fahdi intentaba comunicarse con el conductor. Quería que cambiara de emisora de radio.

La reunión de Warrick County había concluido con las explicaciones de Chris sobre ciertas condiciones económicas. Abdulkarim aseguró que lo estudiarían. Se despidieron. Chris le dio a Abdulkarim una papelina; en ella estaba el polvo que acababan de consumir.

JW preguntó por qué no cerraban el trato ya. Tenía los cálculos claros, obtendrían grandes ganancias.

—No, no entiendes. Yo no soy el jefe máximo. Chris tampoco el jefe. Mañana se reúnen los gánsteres de verdad. Si tienes suerte, podrás ir.

Era la primera vez en todo el viaje que JW lo había pensado: Hay alguien por encima de Abdulkarim.

Dos días más tarde cambiaron de hotel. Abdulkarim le pidió a JW que esperara en su habitación todo el día. Iba a pasar algo, estaba clarísimo.

JW vio la tele, fumó pese a estar prohibido, jugó con el móvil. Se sentía más inquieto que nunca. Intentó leer pero no hubo manera. Llamó a Sophie. No contestó. Pensó en ella, se hizo una paja, se corrió en una de las toallas del hotel. Tomó champán del minibar, volvió a fumar, miró

anuncios de televisión británicos. Mandó SMS a Sophie, a su madre, a Nippe, Fredrik, Jet-set Carl. Volvió a jugar con el móvil, se preparó un baño pero pasó de bañarse. Leyó la revista *FHM*, miró las tías buenas de las páginas centrales.

A las tres salió a la calle y se compró un Twix y medio litro de Coca-Cola *light*. Luego pidió que le subieran un sándwich Club a la habitación.

Pensó: ¿Por qué no viene Abdulkarim?

Cuando volvió se sentó en la cama y subió las piernas. Pensó en Camilla. Cuando volviera a Suecia desenmarañaría los hilos de una vez por todas. Volvería a llamar a la policía; tenía que saber qué habían averiguado. Pero ahora mismo: a centrarse en el negocio de la coca.

Al final, a las cuatro, llamaron a la puerta.

Abdulkarim esperó fuera.

—Quieren que tú estés. Yo le he contado qué hemos visto. Discutimos todo. Ahora él quiere oír tu opinión. Quiere que tú eres su calculadora. Es la hora. Hora de negociar. Tú y el jefe.

El corazón de JW dio un vuelco. Entendió lo que significaba.

—Ha ido rápido para ti, amiguete. ¿Te acuerdas cuando te recogí delante del Kvarnen? Suerte de la leche que tú no dijiste no. Yo no preguntaría una segunda vez. ¿Lo sabes? Y ahora te sientas en la mesa de negociación con el jefe. Mi jefe. No soy yo el que se sienta ahí.

JW se preguntó si percibía un atisbo de envidia.

Se puso su *blazer* recién comprado y elogió a Harvey Nichols por la ropa guay.

Cogió el abrigo de cachemira.

Se sentía preparado para todo.

Abdulkarim le dijo a qué hotel tenía que ir, al Savoy. ¿No era genial? Savoy, uno de los diez mejores del mundo.

Estaba en el West End. El restaurante del hotel tenía una estrella en la *Guide Rouge*.

JW entró directamente. La seguridad en sí mismo lo arreglaba todo, igual que en casa, en Kharma. Se anunció en recepción. Después de dos minutos vino un hombre con traje oscuro de corte elegante con un pañuelo de seda en el bolsillo del pecho. Tenía el pelo engominado hacia

atrás y una actitud indolente. Era imposible equivocarse: un verdadero rey de la cocaína.

El hombre se presentó en sueco con un ligero acento extranjero.

—Hola, JW. He oído hablar mucho de ti. Me llamo Nenad. A veces trabajo con Abdulkarim.

Falsa humildad. En realidad debería ser: Abdulkarim trabaja para mí.

Era agradable hablar en sueco. Charlaron. Nenad estaba en Londres sólo para una noche. Las negociaciones tenían que ir deprisa.

JW se reconoció en Nenad; un tío de Stureplan con el pedigrí equivocado.

Se sentaron en el vestíbulo del hotel. Nenad pidió coñac, el mejor XO.

Del techo colgaban grandes arañas de cristal. Bajo los sillones de piel de diseño clásico había auténticas alfombras orientales. Los ceniceros eran de plata.

Nenad hizo preguntas. JW completó lo que Abdulkarim no había comprendido o había malinterpretado. Nenad parecía haber pillado la mayor parte. Reconocía el potencial, conocía los riesgos y las posibilidades. Tras discutir una hora llegó al objetivo: en primer lugar querían un cargamento lo más grande posible, preferentemente con formato repollo.

JW estuvo de acuerdo.

Siguieron discutiendo. Los precios en Inglaterra, sobre todo los precios en Estocolmo. Métodos de almacenamiento, métodos de envío, mayores cuotas de mercado. Estrategias de venta, trucos de trapicheo, nuevas personas que reclutar. Formas de pago al cártel: Money Transfer, sistema SWIFT o contado.

JW había aprendido mucho en sus conversaciones con Jorge. Oyó cómo las palabras, puntos de vista y manera de pensar de Jorge salían por su boca.

A Nenad le gustaban la manera de hablar y las ideas de JW.

Cuando acabaron, encendió un puro.

—JW, repasa todo lo que hemos dicho una vez más. Esta tarde, a las siete, vamos a negociar con la otra parte. Quiero que estés a mi lado. Tienes que tener todos los cálculos claros.

JW se levantó y le dio las gracias a Nenad. Casi le hizo una reverencia.

—Nos vemos luego. Va a ser divertido.

JW se sentía como si flotara.

Se acordó del momento en el taxi ilegal de Abdulkarim en que se decidió por primera vez a ayudarlo a vender farlopa. Ahora, siete meses más tarde, hablando de grandes negocios con Nenad en el Savoy.

JW estaba metido en el juego.

De verdad.

En breve iba a negociar un acuerdo del copón.

Capítulo 42

Dos cosas malas. Una, le habían humillado. Dos, le habían quitado su manera de ganarse el pan.

Tres cosas buenas. Aún estaba en la organización; no le habían tirado a la calle del todo. Le quedaba su ímpetu; posibilidades de salir adelante, quizá sin R. Y tres, aún estaba vivo.

Habían pasado dos días desde lo ocurrido en la torre de saltos de esquí de Fiskartorpet. Mrado recordaba las explicaciones de Radovan con detalle. Podía citar cada palabra/entonación/gesto.

Rado se había encendido. Maníaco. Lleno de poder. Dispuesto a matar.

Pero no había pasado. Mrado se había marchado como tras una reunión normal con R. El final de la cena: habían hablado de asuntos normales, coches, sitios de marcha, blanqueo de dinero, ideas para hacer pasta.

Sin embargo le habían convertido en un don nadie.

Silencio en el Range Rover de vuelta a casa. Lo único en lo que pensaba Mrado: Jokso nunca habría manejado una situación de esa manera. No habría sido tan histérico. No habría largado a su mejor compañero.

Mrado continuó con su vida pese a la degradación. Iba al gimnasio. Iba a Pancrease. Luchaba con más frenesí que el que había empleado desde hacía mucho tiempo. Omar Elalbaoui, satisfecho.

—¡Buena energía en los golpes, Juggernaut! —gritó junto al *sparing* de Mrado en el cuadrilátero. Que Elalbaoui gritara en Pancrease era una excepción.

Se preguntó: ¿debería pasar de las órdenes de Rado y hacerse la ruta de los guardarropas por la noche? Antes siquiera de haber terminado de pensarlo se dio cuenta de qué impulso de mierda era. Idea kamikaze.

Pero, por otra parte, Radovan no era inmortal. Se creía que era Jokso pero, al igual que en el caso de Jokso, todo podría serle arrebatado fácilmente.

En la cabeza de Mrado: existía la posibilidad de romper el monopolio de Rado.

La idea necesitaba perfeccionarse.

Los pensamientos de Mrado fluían sin cuajar. Al mismo tiempo, lentamente, se estaba empezando a formar la idea: su fuerza residía en sus contactos, se tenía que poder derribar a Rado, engañar al cabrón traidor. Si había pensado redecorar la jerarquía yugoslava, existía la posibilidad de que también hubiera dado la patada a alguien más. Mrado tenía que averiguar a quién.

Indagó rumores. Hurgó en los cotilleos. Ratko sabía una parte. Bobban, una parte. Radovan estaba quitando de en medio a otros.

Mrado adivinó. Probablemente Goran no. Stefanovic no. ¿Podría ser su amigo Nenad?

Mrado inició los preparativos para lanzarse el día siguiente.

Pensaba jugar como en el póquer, aunque había ido de puta pena la última vez en el casino: *the big slick*. Binario, todo o nada. Mrado se había decidido. Apostaría todo; *all in*.

Mrado, contra el hombre más poderoso de los bajos fondos de Estocolmo. Esto exigía planificación.

Mrado, contra el heredero del trono de Jokso.

Mrado, contra un idiota. Mrado ganaría la partida; sólo hacía falta el convencimiento de creer en ello.

Sacó su cuaderno, que había estado sin usar desde que buscó al fugitivo latino.

Pensó en todo lo que había hecho por Rado sólo para encontrar a ese panchito. Le había roto los dedos al primo del fugitivo. Había zurrado a su novia. Había esperado en su coche día y noche y había preguntado a los sin techo en el exterior del albergue. Había machacado al propio latino. ¿Y cómo se lo había agradecido? Mrado se había decidido; no podía terminar con una humillación.

Escribió en la parte superior de una hoja del cuaderno: asegurar mi vida.

Empezó a escribir una lista de acciones.

Cambiar de vivienda. Alternativas: vivir como huésped, realquilar un piso, comprar un chalé por medio de un testaferro, conseguir una caravana.

Miró lo que acababa de escribir: conseguir una caravana; no era probable. Sin embargo, lo dejó. Se trataba de una tormenta de ideas. Había que escribirlas todas.

Continuó:

Cambiar de coche.

Conseguir un perro: pitbull terrier, pastor alemán u otro perro de lucha.

Mantener siempre puesto el chaleco Kevlar.

Conseguir un revólver aún más ligero. Llevarlo siempre encima.

Conseguir una alarma mejor para el coche y para la posible vivienda.

Conseguir guardaespaldas. Posibles personas: Ratko, Bobban, Mahmud.
¿En quién se puede confiar?

Dejar de entrenar en Fitness Club.

Dejar de entrenar en Pancrease.

Dejar de ir a comer a Clara's y Bronco's.

Cambiar de móvil y de tarjeta.

Empezar a entrenar en otro gimnasio.

Cambiar de hábitos. Conducir por rutas diferentes para ir al mismo sitio. Cambiar el horario de los entrenamientos.

Conseguir que Lovisa se mudara, cambiara de colegio y conseguir dirección secreta.

Conseguir apartado de correos.

Escribir y recopilar pruebas sobre lo que sé de los negocios de Radovan y guardarlo a buen recaudo. Mi mejor seguro.

Volvió a mirar la lista.

Fiel a sus costumbres, subrayó una palabra: Lovisa.

Lo más importante. Lo más difícil.

Llamó a su madre, el objeto de su odio, Annika.

No hubo respuesta.

Grabó un mensaje en el contestador. Esperaba que le devolviera la llamada pese a todo el follón que había habido por el juicio.

Se decidió de nuevo; intentaría ir contra R. Pero tenía que tomárselo con calma. No tenía sentido precipitarse. Los preparativos eran fundamentales.

Dos días más tarde. La voz indolente de Nenad al teléfono:

—Mrado, ¿estás en un lugar seguro?

—Claro. ¿Qué tal? ¿Cuándo has vuelto de Londres?

Se despertó el interés de Mrado. El tono de Nenad indicaba algo.

—Volví hace unos días. Resultó fantástico. ¿Ha pasado algo por aquí? ¿Cómo está tu hija? ¿Tu línea es segura?

Nenad dejó caer la última pregunta como si hubiera preguntado por el último encuentro de K-I en la televisión, algo totalmente normal.

—¿En estos días? ¿Cuando tú y yo estamos señalados por los maderos de Nova? *Ich don't think so* .

—¿No podríamos quedar en el exterior de Ringen dentro de veinte minutos? Es importante.

Tiempo gris en el exterior. La dureza del mes de marzo había ralentizado el tiempo. Y el centro comercial Ringen era tan gris como el tiempo. Enfrente de Ringen: la enorme entrada del hotel Clarion con focos de colores.

Eran las tres y cuarto de la tarde. Un domingo.

Nenad llegó con el cuello de piel del abrigo subido; visón contra su barba de tres días. Mrado vio en su mirada algo que nunca antes había visto en los ojos de Nenad. Mrado pensó: ¿Es pánico/miedo o sólo confusión? A Nenad le había pasado algo, era evidente.

Entraron en el Clarion.

Nenad habló con una chica guapa de la recepción. Claramente bien planificado; había reservado un minispá.

Subieron un piso. El olor a cloro se notaba ya desde el pasillo.

Se anunciaron en la recepción. Les dieron toallas con el monograma del Clarion en hilo dorado. Zapatillas de felpa. Un juego de botellas a cada uno: gel de ducha, champú, suavizante, leche hidratante. Albornoces de rizo.

La puerta de la piscina estaba empañada.

Fueron directamente a las duchas. Pasaron de la bañera.

Nenad había hecho una buena reserva, incluía una minisauna privada.

La minisauna tenía espacio para tres personas en el banco superior y tres en el inferior. Los clásicos paneles de madera cubrían paredes y techo. En uno de los lados una ventana redonda que daba al puente de Skanstull; ultraurbano. Molaba.

Se sentaron cada uno sobre su toalla.

Mrado estudió otra vez la cara de Nenad. Ese algo diferente en sus ojos seguía ahí y también parecía cansado. No era el ser habitual seguro de sí mismo. Algo iba mal.

—Mrado, ahora mismo eres el único en quien confío.

Mrado fue al grano:

—¿Qué ha pasado?

—Un follón de cojones.

—No me sorprende del todo. Todo tú irradias que hay follón. Déjame adivinar. ¿Movida con Rado?

—Bingo. Sospechaba que lo sabías. Me ha dado la patada. Degradado. Humillado.

—Cuenta. —Mrado, táctico: pensaba esperar para soltar su bomba.

—Volví de Londres anteayer. He cerrado un pedazo de trato. No te imaginas lo grande que es. ¿Qué sucede entonces? Rado me llama a casa a la una de la madrugada. Estoy enrollándome con una tía guapísima de Östermalm que me he traído a casa. Voy para allá. O sea, a su casa. Stefanovic me pasa a la biblioteca. Una verdadera audiencia clásica de Rado. Luego me da una larga charla sobre sus putas ideas, un montón de cháchara sobre el nuevo tipo de organización. Termina con que ordena que yo ya no voy a ser responsable del negocio de la farla y voy a ser degradado dentro del trabajo de las *call girls*. Que soy un puto don nadie. Que me puedo olvidar de mi papel en el grupo. Y, ¿sabes?, sólo me quedé sentado allí, tragando. Sentía la presión, si la hubiera montado eso podría haber sido el fin. Stefanovic estaba encima. Mierda. Ese es el agradecimiento. Ese cabrón. A mí que acababa de cerrar un asunto enorme en Londres. El más grande hasta ahora.

La reacción de Nenad, a diferencia de la de Mrado: más sana/más infantil/más iracunda. Mrado le envidió. Esa era la manera correcta de plantar cara a la mierda. Cabrearse.

—Nenad, a mí me pasó lo mismo el día anterior.

La boca de Nenad parecía un agujero negro, abierto en medio del calor de la sauna. Ambos sentían lo mismo. Pero sobretodo sentían alivio por no estar solos. Alguien con quien compartir la mierda. Alguien con quien planear el contraataque.

Charlaron durante dos horas. Dentro y fuera de la sauna. Sentados en sillas reclinables de madera en la antesala de la sauna. En las duchas. En la piscina. Vertieron cazos de agua en la estufa. Dejaron que subiera el vapor. Respiraron por la boca. Discutieron. Analizaron. Explicaron.

¿Por qué les habían degradado? ¿Cómo era la situación ante las posibles reacciones? ¿Aceptar las circunstancias o devolver el golpe directamente?

Mrado contó con detalle cómo él mismo había intentado conseguir un trozo mayor del pastel de los guardarropas y el trabajo del reparto del mercado. Qué personas quizá pudieran ser de ayuda. Con quiénes había logrado una buena relación, Jonas Haakonsen de Bandidos, Magnus Linden de Hermandad Wolfpack y otros. Pero sobre todo le habló de la sensación de crisis de confianza entre él y R.

Nunca antes habían hablado tan abiertamente sobre la situación dentro de la organización. Y lo que daba fuerzas era que compartían muchísimos puntos de vista sobre Rado.

Cuando se separaron habían quedado fijados tres principios. Ahora estaban ellos solos. Iban a mantener la boca cerrada sobre esto. Y la única salida, la caída de Radovan o la de ellos.

La guerra podía empezar.

Capítulo 43

Estaba claro: a ella le había pasado algo. Jorge había llamado a la madame al menos quince veces al día en las últimas cuarenta y ocho horas. El resultado: había dejado de contestar en el móvil. Los tonos de llamada sonaban sin respuesta. Probablemente se había hecho con un nuevo número. Antes de eso le había dado la misma respuesta todas las veces: «Lo siento, no tengo ni idea de quién es Nadja». Seguro; *mentirosa* *.

En conjunto, el contexto claro: la desaparición de Nadja, el pánico en los ojos de la puta en su habitación, las mentiras de la madame.

La pregunta dura: ¿era culpa de él? La idea le corroía. La filosofía de base habitual de Jorge: nadie es responsable de otros. La vida es demasiado corta para sentarse a esperar a que llegue pasta. Coge lo tuyo y que los demás se apañen por su cuenta. Funcionaba con la venta de coca. Funcionaba con el negocio de los cigarrillos en Österåker. Funcionaba cuando había ventajas materiales directas para J-boy. Pero aquí había otra cosa que le impulsaba.

Jorge se veía a sí mismo como el antagonista de los yugoslavos. Y la guerra contra ellos implicaba peligros para otros. Eso ya lo sabía. Habían amenazado con hacer daño a Paola. Ahora había desaparecido Nadja. ¿Dónde estaba? ¿Qué sabía?

Cuando supiera lo que le había pasado, incluso eso tendría que resarcir Radovan. El proyecto R se volvía cada vez más importante.

Abdulkarim y Fahdi en casa de vuelta de Londres. Evidentemente, tenían allí un negocio enorme en marcha. Abdulkarim había llamado. Se había mostrado reservado. De todas formas se notaba: su voz estaba al borde del éxtasis. Informó brevemente; en unos meses llegaría un cargamento. No dijo de qué, ni cuánto, ni de quién, ni exactamente cuándo, ni cómo. Hasta entonces venderían los gramos que había conseguido Jorge recientemente por medio de la brasileña. Más otros cargamentos pequeños que esperaban. Sobre todo continuarían ampliando el mercado. Más canales de venta, áreas, personas implicadas.

La coca se estaba convirtiendo en algo realmente grande. Jorge estaba contento de haberse quedado en Suecia. Pensó en cuando JW se agachó sobre él en el bosque. Le explicó la gran expansión por el extrarradio de Abdulkarim. Y ahora entraba más pasta que en la mayor empresa bursátil. Los predestinados pasos de un tío del extrarradio.

En el mundo de las ideas de Jorge, el dinero se convertía más y más en un medio, no en una meta. Un instrumento con potencial para realizar el proyecto R.

Siguiente fase: trabajarse lo de Yate Karl.

Jorge sabía lo siguiente: Radovan llevaba actividades basadas en la prostitución. Nenad era el responsable. A las chicas las traían de la antigua Yugoslavia y otros países del Este. Al más puro estilo *Lilja 4-ever*^[73]. Además, había mujeres suecas implicadas. El burdel donde había estado Nadja era una parte de la actividad. El lugar lo gestionaban la madame, Jelena Lukic y el tío de la americana. Jorge había investigado; nombre: Zlatko Petrovic. Nadja había tenido un chulo propio o novio: el tío gigantesco, Micke. El papel de este último, poco claro. Más interesante: el burdel del piso no era el único en el imperio de putas de Radovan. Había más. Se ejercía la prostitución en sitios más elegantes con chicas más elegantes. Nadja se lo había contado: hombres suecos participaban en fiestas cuyo único objetivo era que los pobres diablos pudieran mojar. Probablemente le pagaban muy bien a Radovan. Además, al jefe yugoslavo le proporcionaría contactos y protección. El inconveniente: nada señalaba directamente a Radovan, ni siquiera a Nenad. Todos sabían quién estaba detrás pero nadie había visto nada. Con una excepción: Nadja había visto a Radovan en una de esas veladas. Tenía que encontrarla. Saber más.

Según Nadja había dos personas relacionadas con las fiestas para conseguir chicas: un tal Jonte y un tal Yate Karl.

Según Sophie: un tal Jet-set Carl; el chico de oro de Stureplan, organizador de fiestas, el fiestero número uno.

Según Jorge: los nombres se parecían demasiado para ser casualidad.

Por la noche. Jorge en marcha. Sentado con Fahdi en casa del gorila. Vodka, Schweppes Schizan y hierba en la mesa. Vasos de Ikea, cubitos de hielo a medio derretir en un plato hondo. Papel de fumar y encendedor. En la tele: a Jenna Jameson se la estaban tirando dos tíos cachas americanos, el volumen quitado. En el estéreo: Usher. Fahdi informó con seriedad:

—Primer negro con tres éxitos en la lista de Billboard en Estados Unidos. Cerdos racistas.

Fahdi había sido claramente influido por Abdulkarim. En general opinaba que USA se deletreaba Satán. Aprovechaba cada oportunidad para mostrar su desprecio por ese país.

La idea de Jorge para esa noche era sencilla. Iban a ir al centro. A asaltar Stureplan. Encontrar a Jet-set Carl. Luego, Jorge hablaría con el

tío. Al final: él y Fahdi se conseguirían una rubia cada uno. Con suerte, poder irse a la casa de ellas.

Fahdi hablaba de Londres. Enseñó con orgullo su chaqueta de Gucci. Describió a las *strippers* más caras, las tiendas más lujosas, la pasada de gente. Describió la pistola que había tenido allí.

Jorge, moderadamente impresionado. Recordaba el arsenal que Fahdi escondía en el ropero. El tío era un ejército andante.

Apuraron las bebidas.

Jorge se levantó.

—¿Nos llevamos un poco de diversión?

Señaló hacia la cocina, donde básculas y papelinas se encontraban esparcidas junto con bolsas de cierre con coca.

Fahdi también se levantó.

—¿Para nosotros o para vender?

—Para vender no. Yo ya casi he dejado de vender directamente al consumidor final. Además, ése es el territorio de JW. No competimos entre nosotros. ¿Cuándo vuelve?

—Ni idea. Tiene que arreglar unos asuntos en Inglaterra. Se queda unos días más.

Jorge pensó: Fahdi, los chicos de *Dos tontos muy tontos* eran listos en comparación. No entendía las reglas del juego. La pirámide, algunos vendían en la calle, otros vendían al vendedor y otros vendían a los vendedores de los vendedores. Jorge en la actualidad, casi arriba del todo. Pero Fahdi tenía virtudes: una especie de bondad y, naturalmente, su fuerza muscular.

Pidieron un taxi. La grabación automática del otro lado de la línea: «¿Desea un taxi para Rosenhillsvägen ahora mismo? Pulse uno».

Jorge dijo:

—¿Por qué tienen que gritar siempre justo el nombre de la calle al doble de volumen que el resto de la frase para que a uno le piten los oídos el resto de la noche? —Jorge pulsó uno.

Bajaron. Entraron en el taxi.

La noche de Estocolmo en el centro.

Stureplan en plena acción.

Se bajaron junto a Svampen^[74]. Miraron a su alrededor. ¿Por dónde empezar?

Los sitios de marcha del centro de Estocolmo tenían su propia separación de clases. Kharma, Laroy, Plaza y Köket: arriba del todo. Los más ricos/los más pijos/los mejores. Sturehof, Sturecompagniet, Hotel Lydmar: el siguiente nivel. Bien/pijillo/público algo mayor. Spy Bar, Clara's: gorilas de la mafia yugoslava/garitos de famoseo. The Lab, East: clientela propia. Undici, Crazy Horse: garitos cutres para vikingos de los de toda la vida.

La ecuación sencilla: Jorge y Fahdi tenían que entrar en la clase superior. Lo más difícil. Sobre todo para dos hombres inmigrantes con la palabra «patero» escrita en la frente con letras luminosas.

Empezaron en Köket. Una cola tremenda, chicas de diecisiete años con tan poca ropa encima que pasarían frío en una noche de verano. Chicos de Östermalm inmaduros con abrigos y pelo engominado. Pijos más mayores, salidos, con abrigos más lujosos, también con el pelo engominado. Tíos que se pasaban la vida alrededor de ese sitio. Trabajaban en las compañías de inversiones que rodeaban Stureplan, almorzaban/cenaban en los restaurantes de Biblioteksgatan, Birger Jarlsgatan y Grev Turegatan, vivían a un tiro de piedra de ahí, en Brahegatan, Kommendörsgatan, Linnégatan. Y, por supuesto, salían de fiesta por allí.

Delante del todo de la cola se vislumbraba al legendario Paddan. Verdadero nombre, Peter Strömquist. Una personalidad en Estocolmo. Hijo de millonario. Con sobrepeso. Invitado obligado en todas las fiestas a las que un pijo que se precie soñaba con que le invitaran. Conocía todo y a todos. Buena señal que estuviera entrando en Köket.

Desde la perspectiva de Jorge: la sensación de sentirse fuera de lugar acentuada. La masa de personas era la repetición de la sociedad feudal. Algunos compraban el derecho a entrar. Algunos jugaban a ser pequeños príncipes en el territorio de Estocolmo. Otros eran reyes, como el Jet-set ese. Algunos vendían sus almas haciendo de muñecos de lego, los porteros. Los pateros, abajo del todo, con suerte podían acceder mendigando.

El único truco que conocía para entrar era sobornar.

Fahdi abrió camino. Echó a las chicas a un lado. Un billete de quinientos enrollado en la mano. El portero le miró primero sin comprender. Mensaje: ya sabes de sobra que aquí no vas a entrar. Vio el billete. Miró a Jorge.

Les dejó entrar.

Lleno de gente.

La música retumbaba, algo que sonaba más bien como distintos tonos de llamada de móvil.

En el bar, un grupo de chicos atacaban a dos tías con la ayuda de champán en cubiteras. Las tías bailaban sin irse muy lejos. Pestañeaban. Se dejaban invitar.

Fahdi fue al bar. Pidió dos cervezas.

Jorge bajó por la escalera a la planta inferior del local. Pasó por la cabina del DJ. Esa noche pinchaba DJ Sonic. El tío normal que se había convertido en la mascota simpática de los chavales de Östermalm. A la vista, una clase en viaje de estudios. Sonrió como si las reconociera al noventa por ciento de todas las pibas que se cruzó.

Jorge reconoció caras. Nadie le reconoció a él. Gracias a Abdulkarim y a la crema autobronceadora. Pese a eso, J-boy seguía siendo un panchito. No valía nada.

Paró a una chica al azar.

Mirada de sobresalto.

—Tranquila, tía, sólo quería saber si has visto a Jet-set Carl esta noche.

Respuesta en blanco. No sabía de quién hablaba.

Siguió preguntando. Fahdi apareció con dos cervezas en la mano. Preguntó a Jorge qué estaba haciendo.

No tenía sentido explicárselo.

Se alejó de él bailando.

Preguntó a más.

Las tías, bronceadas. Los tíos, todos se parecían a JW. Jorge subía y bajaba la escalera. Se agachaba y preguntaba a la gente al oído. Intentó parecer neutral. Justo en ese momento no quería que pensarán que estaba ligando.

Siguió durante cuarenta minutos.

Al final una chica le gritó al oído, apenas se oía por la música:

—Casi siempre está en Kharma.

Jorge intentó encontrar a Fahdi en la multitud. No le veía. Intentó llamarle al móvil. Ni siquiera oía la señal de llamada; ¿qué posibilidades había de que Fahdi oyera su móvil con la música de fondo?

Pasó de él.

Jorge salió a la calle. Subió por Sturegatan. Mandó un SMS a Fahdi: «Me voy a Kharma. Ve ahí luego».

La cola parecía una masa orgánica disfrazada de esperanza humana. La humillación peor que el frío bajo cero; el racismo escupido directamente a la cara.

Momento adecuado. Mirada adecuada. En la mano del portero el dinero. Quinientos pavos. Contacto visual. La mano del portero hizo una seña. Pasa. Jorge estaba dentro. Se lo repitió a sí mismo: J-boy, estás dentro.

Perfecto *.

En el bar pidió una Heineken en botella. Miró alrededor. Reconoció a algunos pateros afortunados en una mesa. Jorge se acercó. No le reconocieron. Sin embargo se notaba que sentían un vínculo, sabían que él estaba en la misma situación que ellos. Donde no pegaba y feliz.

Charlaron un rato. Pusieron nota a las tías. Elogiaron escotes. Elogiaron culos. Jorge les invitó a una raya rápida. Vueltos contra la pared. En el dorso de la tarjeta de crédito, esnif, esnif. Funcionó.

El mundo aumentaba el ritmo. Jorge a tope.

Preguntó al camarero por Jet-set Carl.

—Muy fácil —contestó el tío del bar—, siempre viene a eso de la una, está en la taquilla y recibe a la gente.

Jet-set Carl: el tío de las putas.

Jorge esperó. Los inmigrantes de la mesa atacaban a las chicas de instituto de Djursholm. Choque cultural de magnitud. Las tías seguro que nunca habían siquiera hablado con alguien de un país de fuera de Europa, salvo el niño adoptado de la clase de al lado. El punto de vista de los tíos, sencillo: todas las tías suecas me desean y por eso mismo son putas.

Jorge observó el juego. Los tíos invitaban a copas. Hacían todo lo que podían. Las tías aceptaban y bebían. Al mismo tiempo los despreciaban. Según Jorge, la única posibilidad de los pateros era que alguna de las pibas cogiera una buena cogorza.

Dio la una.

Un tío que podía ser Jet-set Carl estaba de pie junto a la taquilla detrás de la entrada. Vestido con americana de raya diplomática. Vaqueros. Mocasines con la hebilla de Gucci. Saludaba a todas las guapas que entraban.

Todas las vibraciones gritaban: La confianza en sí mismo de este tío nunca flaquea.

Jorge se aproximó.

—¿Qué tal?

Jet-set Carl se volvió sorprendido.

—¿Eres Jet-set Carl?

El tío se esforzó por sonreír.

—Claro. Así me llaman los que me conocen. —Énfasis en las palabras: los que me conocen; mensaje para J-boy: seas quien seas, tú NO me conoces.

—He oído decir muchas cosas buenas de ti. No sólo que llevas este sitio y que eres un tío genial. También otras cosas.

Jet-set le puso la mano en el hombro a Jorge. Eran de la misma altura.

—Perdona, pero no sé de qué me hablas.

—He oído hablar de ti y de Jonte. Juntos lleváis temas divertidos.

Algo en la mirada de Jet-set Carl. Un brillo pícaro. Luego volvió a su ser habitual y jovial.

—Discúlpame, me alegro de conocerte. Lo siento, tengo que seguir trabajando. Ya hablaremos más tarde. Que te lo pases bien.

Jorgelito plantado. Sin embargo, había visto algo en la mirada del tal Jet-set.

Jorge mandó otro SMS a Fahdi. Recibió respuesta: «Noche de suerte. Alá está conmigo. Me voy a casa de un pibón». Fahdi había ligado. Felicidades.

Jorge volvió con los inmigrantes de la mesa.

Dieron las dos. El éxtasis de la coca se terminó. Fue al aseo.

Sacó treinta miligramos de perico. Se metió una raya gorda.

El subidón se disparó. Una fantasía de energía. Pasó a la marcha más alta.

Salió del local.

Se dirigió otra vez a Jet-set Carl.

—¿Podemos hablar un momento?

Jet-set Carl hizo un gesto de evidente molestia.

—Lo siento, tengo que trabajar. ¿Podemos hablar más tarde? —Hizo un gesto con la mano.

Jorge quería hablar en ese momento. Mucho.

Demasiado tarde.

Jorge sintió que le levantaban por detrás. Intentó girarse pero tenía la cabeza inmovilizada con una llave. Brazos anchos. Guantes de portero.

Gritó. Le llevaron en volandas. Fuera.

Pensó en el subidón: ¿Dónde está Fahdi cuando hace falta?

Jorgelito expulsado. Era un perdedor enorme con el honor manchado. Patero en Kharma, *beware*^[75]. En realidad, no eres bienvenido. Propaga el mensaje.

Pero sabía una cosa: ni los yugoslavos ni ninguno de sus aliados volverían a mandar a la mierda su dignidad.

El subidón de la coca, enorme.

Jorge no se rindió.

Era su noche.

Era la noche del proyecto.

El maricón de Radovan se iba a enterar. Con o sin Jet-set Carl. A la mierda con él. Jorge conseguiría suficiente información de todas formas.

Sólo necesitaba hablar más con Nadja.

Fahdi le había dado el número de Zlatko Petrovic. Jorge le había llamado un par de veces sin éxito.

Estaba en medio de Stureplan. De fondo: tíos con carritos de salchichas, adolescentes borrachos, pijos pasando frío, cuarentones alcoholizados.

Sacó el teléfono. No había más SMS de Fahdi, lo que significaba que esa noche había conseguido jugar fuera de casa.

Marcó el número del chulo, Zlatko.

Sonó el tono de llamada.

Al final, por primera vez en ese número, contestó alguien.

—¿Sí?

—Hola, quería pasármelo bien esta noche.

—Pues has llamado al sitio correcto. ¿Tienes un nombre?

Jorge dio el alias de Fahdi.

Zlatko contestó:

—De acuerdo. Claro que nos podemos encargar.

—Vale, quiero a Nadja.

Silencio al otro lado del auricular.

Jorge repitió:

—¿No me has oído? Me gusta esa Nadja.

—No sé lo que quieres. Pero ya no está con nosotros. *Sorry*. —El tono de la voz de Zlatko era más frío que un vodka helado.

—¿Y dónde puedo verla? Era muy buena.

—Tú escúchame bien: no vuelvas a preguntar por Nadja. No está con nosotros. Sé quién eres. Una palabra más sobre esa puta Nadja y te machacamos.

La conversación se terminó; Zlatko había pulsado el botón rojo.

Jorge sentado en un taxi camino de casa de Fahdi. Angustiado. En plena subida de coca.

En su retina: Paola y Nadja. Y los otros: Mrado, Ratko, Radovan. Los iba a machacar. Se vengaría por él. Vengaría a Nadja. Radovan pagaría

con balazos en los ojos. Una paliza en el claro de un bosque. La cara de Paola desencajada.

Fragmentos caóticos de la existencia.

El odio.

Paola.

El odio.

El cabrón de Radovan.

Pendejo *.

El taxista le miró preocupado:

—¿Quieres que te suba, colega?

Jorge dijo que no. Pidió al taxista que esperara.

A casa de Fahdi. Jorge siempre tenía las llaves encima; necesitaba poder acceder a las llaves de los almacenes, las bolsas con cierre y las básculas que guardaban allí. Abrió. Llamó. No había nadie en casa. Fahdi debía de haber conseguido lo que más deseaba.

Al ropero.

Jorge sabía lo que deseaba. Fahdi les había enseñado orgulloso sus cosas a él y a JW hacía un mes. Se inclinó hacia el interior.

Rebuscó. Sacó la escopeta de postas. La abrió presionando la pieza del lateral. Metió dos cartuchos tan grandes como paquetes de caramelos. Se metió un puñado de cartuchos en el bolsillo delantero de los vaqueros. Le abultaban el bolsillo.

Metió la escopeta bajo la chaqueta. No se notaba nada. Estaba bien eso de los cañones recortados.

El taxi seguía abajo.

El subidón palpitaba.

Se metió los últimos miligramos de coca mientras el taxi arrancaba. No quedó claro si el taxista notó algo.

Aceleraron por la autopista.

Hallonbergen.

Soplaba un viento frío en el pasillo abierto. Accidentalmente tiró un trineo con el pie. Evidentemente, había familias normales con niños que eran vecinas del burdel.

Llamó a la puerta.

Alguien quitó la tapa de la mirilla. Una voz desde el interior:

—¿Cómo te llamas?

Parecía la madame. Jorge esperó que el tal Zlatko no le hubiera contado nada de su conversación hacía cincuenta minutos. Volvió a dar el alias de Fahdi. Incluso hacía falta una contraseña. Sabía ambos.

Abrió. Era ella, la madame con su extraño atuendo: chaqueta con abertura a la espalda. Maquillada en exceso. Daba miedo.

Jorge cerró la puerta tras de sí. Fue al grano:

—Quiero ver a Nadja.

La madame se quedó inmóvil. En guardia al ciento por ciento.

Dijo con su terrible sueco con acento del Este:

—Oye, ella ya no aquí. Si tú eres que llama a mí cien millones vez, tú *piss off*^[76].

Agresividad inesperada. Curtidamente amenazadora.

J-boy se sentía a punto de explotar. El estado de ánimo explosivo de la coca en olas contenidas golpeaba contra el interior de su frente. Era la última vez que un serbio le jodía.

Dio un paso hacia la madame.

—Zorra de mierda, o me dices dónde está Nadja o te machaco.

Potente elevación del tono de voz por parte de la madame:

—¿Quién coño tú piensas que eres?

El efecto de la elevación de la voz: de las sombras, desde el pasillo, apareció Zlatko.

La madame montó un escándalo. Gritó a Jorge que se largara. Que se iba a arrepentir.

Zlatko se puso a treinta centímetros de Jorge, el aliento le olía a mierda, y dijo con voz tranquila:

—¿No te lo acabo de decir por teléfono? ¿No te enteras? Deja de remover eso. Lárgate.

Estilo superserbio. Le recordaba a Mrado.

Sentía la paliza en la espalda. Piernas. Brazos.

Jorge sacó la escopeta.

Un disparo a Zlatko.

El estómago desapareció. Lo sustituyó un agujero.

Picadillo de vísceras en la pared que tenía detrás.

La madame gritó.

Un tiro más; desapareció su cabeza. Masa encefálica en los sofás de terciopelo.

El retroceso golpeó a Jorge en el hombro. Le hizo daño.

Jorge abrió el arma. Metió la mano en el bolsillo del pantalón. Volvió a cargar, dos cartuchos nuevos.

Un hombre salió del pasillo. La cara lívida. Torso desnudo. Los pantalones desabrochados. En estado de shock.

Jorge disparó. Falló. Un agujero de un metro cuadrado en la pared de yeso. Una nube de polvo.

Corrió hacia él. El viejo tropezó con sus pantalones caídos.

Lloró. Rogó.

Jorge se puso junto a él. El cañón doble contra su cabeza.

Revisó sus bolsillos. Encontró una billetera. Sacó un permiso de conducir.

Leyó en voz alta:

—Torsten Johansson. Tú no me has visto nunca.

El viejo siguió tumbado, sollozando en el suelo.

Por lo demás, el piso estaba en silencio.

—Dame tu móvil. Tumbate boca abajo. Pon las manos sobre la cabeza. Tengo unas cosas que arreglar.

El viejo no se movió. Estaba tumbado con la cabeza escondida entre los brazos. Las rodillas dobladas en posición fetal.

—¿Es que no entiendes el sueco? Haz lo que te he dicho. Ya.

El viejo se estiró. Se tocó el bolsillo. Sacó un móvil. Se lo dio a Jorge. Puso las manos sobre la cabeza.

Jorge otra vez:

—Tú no me has visto nunca.

Miró en las habitaciones de las putas. En una de ellas había una chica acurrucada contra la pared, la cabeza entre las rodillas; no era Nadja.

Jorge salió al pasillo. No miró los cuerpos. Pasó por en medio del caos. Hacia la cocina.

Estaba guarrísima. Una mesa pequeña de madera blanca y una silla de estructura de tubos de acero y un cojín mullido. Manchas de café por todos lados. En el frigorífico había propaganda de las pizzerías de Hallonbergen sujeta con imanes promocionales de la campaña electoral de los socialdemócratas de 2002.

En la mesa había un ordenador portátil. Más o menos lo que Jorge se había imaginado.

Lo mejor era que estaba encendido. Jorge se sentó en la silla. El ordenador tenía el cable enchufado a la pared. Pregunta: si lo desenchufaba, ¿seguiría funcionando la batería o se apagaría?

Jorge no era precisamente un friki de los ordenadores. Pero sabía una cosa: si el ordenador se apagaba existía el riesgo de que luego le pidiera algún tipo de contraseña para poder volver a encenderlo. Si no lograba entrar de nuevo, se jodería todo el asunto.

Valoración con un cerebro lleno de cocaína: no podía quedarse en el piso muchos segundos más. ¿Había tocado algo?

No.

Se arriesgó; sacó el cable.

Miró la pantalla.

Dios quería a Jorge.

El ordenador seguía encendido.

Corrió hacia la puerta. A través del recibidor. Estaba a punto de poner la mano en el picaporte de la puerta cuando se oyó un teléfono. El tono de Sony Ericsson, Old Phone; sonaba como un teléfono antiguo de los de disco. Llamaban al móvil de alguien. Probablemente el del putero, el de la madame, el del chulo o el de alguna prostituta. Miro el del putero. Ese no era el que sonaba. Jorge escuchó. Vio la sangre. La masa en paredes y suelo. Al final lo oyó. Venía del bolsillo del chulo.

Sujetó la escopeta en una mano. El ordenador en la otra. Difícil de maniobrar. Soltó el ordenador. Palpó el bolsillo de la chaqueta del chulo. Las vibraciones, claras.

Sacó el teléfono. En la pantalla una combinación de letras: JSC. Sólo podía ser una persona: el cabrón ese de Carl.

Jorge contestó:

—Yes .

—Hola, soy yo. ¿Puedes mandarme a casa en un taxi a la de las tetas grandes?

Jorge perplejo. El tío parecía por la voz que estaba hasta arriba. ¿Qué le iba a decir? ¿Intentar imitar a Zlatko?

En lugar de eso, farfulló todo lo bien que pudo:

—Lo siento, no está aquí.

—Joder, qué pena.

El único pensamiento: tenía que decir algo inteligente. Algo que le llevara a algún lado.

—Eh, oye, ¿para cuándo era la próxima movida grande?

—Tú deberías saberlo, organizador. El 29, en dos semanas. ¿De verdad que la de las tetas grandes no está? —Jet-set Carl balbuceaba más que un boxeador profesional después de un KO.

A Jorge se le ocurrió una idea genial:

—Lo siento pero no. Oye, una cosa más. Hoy ha venido un tío aquí que tiene que poder ir a lo del 29.

—Venga ya. No puede ser.

—Joder, que sí. Tiene el visto bueno de Nenad. Sólo quería que tú lo supieras también. Su alias es Daniel Cabrera.

—Vale, ¿necesitas una contraseña?

—Sí, sería estupendo. ¿Puedes hacérmela llegar?

—¿Hacértela llegar? Hablas como un abogado. Ahora te la mando. Hablamos.

Jorge se metió el móvil en el bolsillo. La escopeta bajo la chaqueta. El ordenador en la mano.

Echó un vistazo rápido a los cuerpos. Sintió náuseas.

Pensaba que estaba inmunizado después de toda la violencia en vídeo que había visto de niño. En realidad era lo contrario, se sentía peor debido a toda la mierda que había visto en la televisión. O bien era sólo el efecto de la coca.

Se cubrió la mano con la manga de la chaqueta para coger el picaporte de la puerta. Ningún equipo de CSI iba a encontrar sus huellas dactilares.

Salió. Notó que el móvil de Zlatko vibraba en el bolsillo; el SMS de Jet-set Carl.

En el exterior estaba oscuro.

Hallonbergen by night ^[77] .

Sin gente.

Capítulo 44

JW de camino a la Isla de Man. Manx Airways tenía seis vuelos diarios. Se tardaba apenas una hora desde Heathrow al aeropuerto en las afueras de Douglas, la capital de la isla. A diferencia de volar con Ryanair, resultó sencillo, agradable, bonito.

Aún estaba como soñando; la mercancía que se iba a poder enviar desde Warrick County. El establecimiento de precios de venta y las curvas hacia arriba. La situación de la farla: un futuro brillante. Las ideas del árabe se iban a hacer realidad. JW se convertiría en un burgués.

Habían pasado dos días desde que se había reunido con Nenad en un hotel de Londres. El hombre que era el superior de Abdulkarim tenía un estilo totalmente diferente al del árabe. Era agradable conocer al mítico jefe en la sombra. Acercarse a la cumbre.

La negociación con Nenad y los británicos salió bien. Se reunieron en una de las salas de juntas del hotel. Nenad había reservado una, pero lo primero que hicieron los británicos fue pedir cambiar de sala. A Nenad le gustó; su conciencia de la seguridad más alta que la de Abdulkarim.

La sala de las negociaciones estaba decorada con muebles rococó. En el centro había una mesa de madera de avellano de forma elíptica, los apliques de cristal de las paredes proporcionaban una iluminación suave. Era un poco diferente al salón de Abdulkarim.

Los británicos parecían *hooligans*. Muy lejos del estilo de Chris, el tío que había recibido a JW, Abdulkarim y Fahdi en la fábrica de empaquetado. El que mandaba tenía cincuenta y tantos, con pelo canoso peinado hacia atrás y ropa informal, jersey de piqué de Paul & Shark, chaqueta de Burberry y pantalones de Prada. Cara con cicatrices y jerga relajada. Irradiaba poder y seguridad en sí mismo. El otro tenía sobrepeso, pero no compensaba su tamaño con ropa ancha; cuando el jersey de Pringle le marcaba los michelines causaba una impresión algo ridícula. Pero tras las frases de cortesía, desapareció esa impresión inmediatamente; el gordo era un genio implacable. JW tenía un cuaderno y una calculadora ante sí. El gordo calculaba de cabeza.

Negociaron los precios de la mercancía, diferentes calidades, métodos de envío, sistemas de pago. Repasaron los riesgos y los ingresos. La aduana, la policía de estupefacientes, redes que les hacían la competencia, empresas que se podían utilizar como tapadera. Maneras de asegurarse de que no se la jugaran a ninguna de las partes. Lo que pasaría si desaparecían algunos kilos en el camino. En realidad, ¿quién corría con el riesgo del envío?

Los británicos eran precavidos. Funcionaban de una manera que parecía muy meditada. Después de dos horas, Nenad pidió hacer una pausa.

Subieron a la habitación de Nenad, compararon la posición de la negociación con sus cálculos. El acuerdo que Nenad quería conseguir consistía en coca con un noventa por ciento de pureza dentro de repollos a menos de trescientas cincuenta el gramo. Probablemente serían dos contenedores con mil quinientos repollos en cada uno. Los quinientos del exterior sin farla como medida de seguridad contra los penosos controles de aduana y de sanidad. En total: dos mil repollos llenos de nieve. Cincuenta gramos por pieza de verdura, es decir, cien kilos de cocaína que se enviaría con camiones y en ferry. Haría falta sobornar a la empresa de transportes para que separaran los contenedores de los que tuvieran repollos normales y tenerlos vigilados, además de sobornar al verdadero abastecedor de repollos. En Suecia necesitaban cubrir el transporte, la reducción de la vigilancia de los contenedores así como los gastos habituales de venta y distribución. El precio final de los británicos: entre treinta y cuarenta millones. El precio en las calles de Estocolmo después de descontar el ajuste de precios: de setenta a ochenta millones. Un beneficio de la leche.

Después de una hora y media en la habitación, Nenad estaba decidido. Estaba claro que merecía la pena apostar por ese acuerdo. Fijó un límite por arriba para el precio máximo aceptable y un cierto nivel de seguridad, el más alto.

Bajaron.

Siguieron negociando con los británicos. El ambiente era bueno. Bajo la superficie se notaba la actitud de los británicos: Sabéis que no vais a hacer mejor negocio en ningún otro sitio. Les daba ventaja mentalmente. Les daba fuerza psicológica.

La negociación se alargó, estuvieron dos horas más. JW se cansó de tantas cifras, deliberaciones y cálculos. Al mismo tiempo le encantaba la planificación.

Cuando dieron las dos, las partes habían alcanzado un encuentro preliminar. La tensión se relajó. Nenad se dio la mano con el mayor de los británicos. Se miraron a los ojos: el código de honor sellaba el acuerdo.

Darían una respuesta al día siguiente a las doce para confirmar que la compra había sido aprobada.

Nenad y JW se sentaron en el piano bar del hotel.

El yugoslavo pidió dos coñacs.

—JW, gracias por tu ayuda. Le transmitiré mis felicitaciones a Abdulkarim.

—Gracias por haberme permitido participar. Ha sido muy interesante. Creo que al final hemos alcanzado un buen acuerdo.

—Yo también. Después de nuestra copa voy a confirmar algunas cifras con Estocolmo y espero que todo el asunto sea aprobado.

—¿Quién lo aprueba?

—JW, a veces es mejor no preguntar.

JW no contestó. Había visto la misma expresión fría en Abdulkarim cuando había salido el tema de su jefe; el árabe nunca había mencionado a Nenad, aunque JW le había dado la tabarra. La jerarquía de la venta de droga tenía compartimentos estancos entre sus estratos.

—Una cosa más. Tú nunca me has visto. No me conoces. No me llames por mi nombre en un bar. Nunca menciones mi nombre a nadie.

JW lo entendió. Asintió.

—Si lo haces, sería una pena —dijo Nenad seriamente.

—Tranquilo, lo entiendo. De verdad. Lo entiendo.

El avión era pequeño, con sólo dos hileras de asientos.

JW tuvo que apagar el móvil. El desasosiego le perturbaba. Pensó en el trabajo de la policía. ¿Habían logrado algo? Quizá se habrían puesto en contacto mientras estaba fuera. Si no fuera así, ¿debería llamar a su madre y contárselo? La sentía distante. A Bengt lo sentía aún más distante, fuera de la foto.

En el exterior hacía un tiempo británico, gris. Ni siquiera veía el mar, aunque volaban bajo.

El capitán informó: doce grados en el destino.

El avión atravesó la neblina en la aproximación para el aterrizaje.

Chispeaba.

La isla apareció abajo. Con colinas cubiertas de árboles a los que les estaba estabando saliendo nuevo follaje.

JW en la Isla de Man. Iba a organizar la estructura.

Douglas se encontraba junto al mar. La sensación que daba era intensamente británica. Hoteles, bancos, institutos financieros por todos los lados. En general se veía poca gente; el invierno era temporada baja, sólo banqueros y gente de finanzas en las calles. Bien vestidos, bien situados y conformes con las reglas del juego en la Isla de Man. El paraíso del secreto bancario.

Por supuesto había otros sitios en Europa que eran igual de buenos: Luxemburgo, Suiza, Liechtenstein, las Islas del Canal. Pero el inconveniente era que esos sitios despertaban sospechas. Los de Hacienda y los inspectores de delitos económicos reaccionaban directamente ante cuentas en esos países. La Isla de Man era más discreta y como mínimo con la misma normativa ventajosa.

La base de la idea de la jurisdicción *off shore* : tiene que ser fácil constituir compañías; potente normativa de secreto empresarial; el secreto bancario, aún más potente; la ausencia de presión fiscal, garantizada.

JW se alojó en un pequeño hotel para esa noche. El servicio, inmejorable, todo el personal le dio la bienvenida con su nombre. Genial.

Caminó por el paseo marítimo hacia la sede del Central Union Bank. Hacía un mes que había cerrado la reunión con Darren Bell, un *senior associate* . Según fuentes seguras: Darren Bell era una persona de máxima confianza.

El edificio al que iba a entrar era superespectacular. Se veía a cien metros de distancia. Los diez metros inferiores eran totalmente de cristal. Las escaleras mecánicas que iban al segundo piso, algunos ficus enormes y los sofás grises de Ligne Roset se veían claramente desde el exterior. JW cruzó unas puertas giratorias de tres metros. Se anunció en recepción.

Miró a su alrededor. Unas estructuras de lámpara de cristal y metal cromado colgaban de cables finos. El suelo era de mármol. Los sofás Ligne Roset, vacíos. Pensó: ¿Alguna vez se sienta alguien en ellos?

No había tiempo para preguntarse nada más. Un hombre salió de un ascensor y se presentó. Era Darren Bell.

Estaba impecablemente vestido con un traje gris de dos botones, pañuelo de seda en el bolsillo del pecho, camisa azul de rayas blancas y gemelos de oro. La corbata tenía un dibujo de rayas diagonales en rojo, gris y azul y estaba atada con un nudo pequeño muy inglés. Zapato inglés con picado de Church. A JW le gustó el estilo; era, en resumen, corporativo al máximo.

Él iba menos formal. El nuevo *blazer* con una camisa blanca debajo, sin corbata. Pantalones de algodón negros planchados con raya. Correcto

pero ligero y completamente adecuado: el cliente tiene que ir menos arreglado que su asesor.

Subieron en el ascensor. Charlaron de cosas intrascendentales. Darren Bell con su acento irlandés: la amabilidad personificada y ojos que comprendían.

La sala de conferencias era pequeña, con vistas a la ensenada. Dos cuadros impresionistas colgados de la pared. Era un día nublado. Darren Bell bromeó: *Welcome to the typical Isle of Man soup* ^[78] .

Darren le pidió que le explicara sus necesidades.

Le contó lo que necesitaba. Sobre algunas partes no era posible contar todo. Pero lo más importante sí se lo podía explicar, que necesitaba una cuenta con secreto bancario a la que se pudieran transferir fondos con facilidad. Si fuera posible, ingresos por Internet. O en efectivo directamente en la oficina del Central Union Bank en Gran Bretaña. Además hacían falta dos empresas con sede en la Isla de Man. Una con actividad principal dentro de las soluciones financieras para pequeñas y grandes empresas. La segunda no tendría actividad de momento, pero debía estar lista para ser activada con poca anticipación. La identidad del propietario de ambas compañías debía estar protegida por la normativa de confidencialidad. Para las compañías hacían falta cuentas protegidas por el secreto bancario. Por último, la compañía de financiación tenía que poder preparar documentación relativa a un préstamo a una sociedad anónima en Suecia.

Darren Bell tomaba notas. Asentía. Todo era posible. La normativa de la isla permitía casi todo; iba a preparar una propuesta. Pidió a JW que volviera al día siguiente.

Al día siguiente JW volvía a estar sentado con Darren Bell. El banquero con la misma ropa salvo la camisa. Eso rebajó la impresión. JW se preguntó: ¿Por qué no se ha cambiado por lo menos de corbata?

Darren puso sobre la mesa una serie de hojas de Power Point impresas. Cifras, explicaciones gráficas sobre las posibilidades de transferencia, depósitos, costes de transacciones. Explicó lo que había preparado en las últimas veinticuatro horas. Dos compañías listas con cuentas asociadas. Total secreto sobre la propiedad según la jurisdicción de la isla. Una cuenta más, a nombre de JW, sin posibilidad de que pudiera acceder a ella nadie más que quien tuviera una combinación de cifras determinada. Por último sacó borradores de contratos de financiación, de préstamo, de depósito, de confidencialidad, escrituras de apoderamiento y de autorización, listos para ser cumplimentados. El coste de las cuentas: medio punto de la suma ingresada anualmente, cargo mínimo de mil libras al año. Las compañías: cuatro mil libras por cada una en un cargo único. Tres mil de cargo fijo anual.

Documentación de préstamo: cuatro mil libras. En total: al menos doscientas mil coronas para JW.

JW pensó: Darren Bell tiene un trabajo genial de la leche.

Darren parecía satisfecho.

—Creo que todo está en orden. Sólo necesitamos tener los nombres de vuestras compañías.

JW estaba encantadísimo. John Grisham^[79], puedes retirarte. Esto era de verdad. JW sería pronto el dueño de su propia estructura de blanqueo de dinero. Fantástico.

Capítulo 45

Mrado, en el centro comercial Ringen. En el supermercado ICA. Se preparaba para un día entero con Lovisa, a la que iba a tener esa semana.

No había dormido en toda la noche. Sólo había pensado en ese día y en su futuro.

Tenía que hacer la compra. En su casa, la despensa, el frigorífico y el congelador normalmente estaban vacíos. Pero desde que el tribunal había establecido su derecho a ver a Lovisa, ser un buen padre se había convertido en algo muy importante para Mrado. Un reciente descubrimiento: la comida casera no era lo suyo. Pese a ello, intentaba preparar el desayuno, el almuerzo y la cena cuando tenía a Lovisa en casa.

No conseguía acordarse de cuándo era la última vez que había comprado tanta comida.

En una mano, la cesta roja de los clientes. En la otra, la lista de la compra. Era difícil coger la comida y mirar la lista al mismo tiempo. Una mano ocupada con la lista, la otra para coger las cosas: ¿quién sujetaba la cesta? Mrado tuvo una idea de negocios: fabricar soportes de listas de la compra para las cestas. Permitir que los clientes pudieran tener una mano libre para coger los artículos. Tal vez una pinza con la que sujetar la lista a la cesta. ¿Quizá también una para el móvil? Al lado, publicidad de los artículos rebajados. Mrado siguió buscando.

Cogió más cosas: macarrones, ketchup, albóndigas de la marca Mamma Seans, tomates; la verdura es importante. Iba a ser un padre con hábitos sanos.

Pensó en su otra lista; tenía que asegurar su vida y la de Lovisa. Neutralizar los riesgos. Proteger a Lovisa. Conseguir que se mudara. Protegerse a sí mismo. Ya había vendido su coche y había cambiado de móvil. En esa semana iba comprarse un chaleco antibalas mejor, conseguir un apartado de correos y estudiar las alarmas para el hogar del mercado.

El pacto entre él y Nenad le daba seguridad. A Radovan le iban a dar por el culo. Iba a lamentar haberles dejado colgados. Radovan iba a aprender, a la manera serbia. Valía jugar duro pero no traicionar a los amigos. ¿Quién cojones se creía que era?

Mrado buscaba un buen postre. Se paseó entre los congelados y la sección de repostería. Helado o pastel, ésa era la cuestión. No,

sencillamente no podía comprar cosas poco saludables. Se decidió por una macedonia de fruta. Cogió naranjas, manzanas, kiwi y plátano. Se sorprendió a sí mismo: realmente era buenísimo.

No pegaba en esos sitios. Era curioso; la misma inseguridad que se apoderaba de las personas a las que extorsionaba, a las que arrancaba confesiones, a las que amenazaba de muerte, la sentía él en lugares completamente corrientes. En el supermercado, en la pizzería, en la calle. Pensaba que la gente le observaba, que le descubrían. Veían a un ciudadano sucio, un parásito criminal, un mal padre.

Y sin embargo, cuando él los miraba, a las personas de la tienda, le resultaba evidente que eran ellos los que necesitaban llenar sus vidas. Sentir la tensión, experimentar subidones. Sentir la adrenalina, dispararse en el cuadrilátero del Pancrease. El nivel de serotonina cuando le rompías la nariz a alguien. El crujido, como tablas resacas, cuando los dos nudillos más prominentes de la mano chocaban con el cartílago de la nariz. Mrado sabía lo que era vivir.

Hojeó una revista de móviles que había cogido del expositor de prensa que había antes de las cajas. Nuevas prestaciones: televisión en el móvil, pagar con el móvil, porno en el móvil.

Alguien le llamó por su nombre.

—Mrado, ¿eres tú?

Mrado levantó la mirada. Se avergonzó inmediatamente. Leer gratis en lugar de comprar, ¡qué vergüenza!

—¿Qué tal?

Mrado reconoció al tipo. No le había visto desde ni se sabía cuándo. Un antiguo compañero de clase de Södertälje, Martin. El cerebritito de la clase.

—Martin, me alegro de verte.

—Joder, Mrado, hacía siglos que no te veía. ¿Quizá fuiste a la reunión de antiguos alumnos? ¿Cuándo fue?

La reunión de antiguos alumnos: diez años después de que Mrado hubiera terminado noveno. Entonces tenía veintiséis años. Primero pensó en pasar de ir. Luego optó por darles en las narices. El matón que habían odiado seguía siendo un matón. Con una diferencia, ahora ganaba una pasta gansa. Antes de ir pasó una hora en un pub cercano con Ratko. Se metió tres cervezas grandes de alta graduación y dos whiskis generosos. Entonces se sintió preparado para ir.

—Claro, la reunión de antiguos alumnos. Sí. ¿Qué haces ahora?

Mrado quería cambiar de tema. La reunión de antiguos alumnos había terminado en un fiasco: Mrado pegándose con dos antiguos provocadores. Nada había cambiado, aún le rechazaban. No comprendieron en quién se había convertido.

—Trabajo en los juzgados —contestó Martin.

Mrado sorprendido. Martin con cazadora verde, vaqueros desgastados, gorra de Von Dutch. Parecía tan joven, tan blando... No era precisamente del tipo abogado.

—Interesante. ¿Eres juez o qué?

—Sí, trabajo de juez en el Tribunal de Segunda Instancia. Apelaciones, ya sabes. Hay muchísimo trabajo. Tenemos una escasez de personal enorme, nos machacamos. No es raro trabajar sesenta horas a la semana. Sólo nos encargamos de la seguridad jurídica en el país. No es nada importante. Para nada. Las valoraciones de este país a veces te dan en qué pensar. En Estados Unidos valoran a los universitarios de manera totalmente diferente. No, los juzgados no valen nada. Sinceramente, es una absoluta locura. Si me fuera a un bufete ganaría tres veces más.

—¿Y por qué no lo haces?

Martin se echó hacia atrás la gorra Von Dutch.

—Resulta que creo en esto. Tribunales que funcionen, un poder judicial en el que trabajen los mejores juristas garantiza el Estado de derecho. La posibilidad de que las personas puedan llevar sus fallos y decisiones a una instancia superior. Plazos de instrucción más cortos, sin errores, fallos meditados y homogéneos.

Mrado esperaba no tener que hablar de sí mismo. Dijo:

—Estarás contento de trabajar en algo en lo que crees.

—No sé si aún creo en ello. Quiero decir que juzgamos a la gente a toda velocidad, pero el montón de expedientes crece exponencialmente. Los delitos son más, más graves, más inteligentes. La policía no da abasto. Los juzgamos tan pronto como podemos pero después de dos años vuelven, después de haber cumplido poco tiempo y haber sido puestos en libertad. Con frecuencia cometen exactamente el mismo delito por el que les condenamos. ¿Cambian? Para nada. Las jodidas bandas van a hacerse pronto con esta ciudad. Quizá uno debería ofrecerles sus servicios a ellos. Mejor salario. Ja, ja. Por cierto, ¿qué haces tú?

En la mente de Mrado: ahí está. ¿Qué respuesta a esa pregunta se le da a un juez? A Mrado de alguna manera le caía bien el tío. Al mismo

tiempo pensaba: Es inútil hablar con alguien que es un fanático de la ley; si se enteraba de los negocios de Mrado se montaría una buena.

—Me dedico a la teca.

Pensó: Voy a soltar lo de siempre, en realidad sí que llevo una empresa así. Aunque facture menos de cien mil al año, pero de todas formas es la tapadera perfecta.

—¿Eres carpintero?

—Más o menos. Principalmente me dedico a la importación.

De repente Mrado quería dejar de hablar, no mentir más. Puso la revista de teléfonos móviles en su cesta. Empezó a caminar hacia las cajas.

—Martin, me alegro de verte, me tengo que ir ya. Voy a ver a mi hija.

Martin sonrió. Volvió a ponerse la gorra sobre la frente. Tenía un aire moderno.

Se dieron la mano. Mrado se puso en la cola de la caja. Pensó: El tío juzga a gente como yo a diario. Sí él lo supiera...

Martin desapareció en el interior de la tienda.

Mrado no podía parar de darle vueltas. ¿Y si lo supiera? ¿Y si sólo había sido amable? Joder, debería dejarlo. Por mí. Por Lovisa.

Al mismo tiempo otra voz gritaba en su interior: ¿Quién eres si lo dejas? ¿Quién eres si no te arreglas con Radovan? Un cero.

Martin vivió en la misma calle que Mrado hasta noveno. Después se mudó a un barrio más elegante, al norte de la ciudad.

Él le recordó a Mrado el tiempo del colegio. Mrado llegó a Suecia con sus padres cuando tenía tres años. Mano de obra inmigrante. Saab-Scania. Södertälje necesitaba gente. Unos años antes Suecia había eliminado la obligatoriedad de visado para los yugoslavos. Södertälje estaba lleno de griegos, finlandeses, italianos, yugoslavos. Después inmigraron los sirios y los turcos. En esa época los yugoslavos estaban unidos. No había diferencia entre serbios, croatas y bosnios. Tito era su héroe. Qué equivocados habían estado. Ingenuos. Crédulos. Habían creído que se podía confiar en los croatas y los bosnios. En la actualidad: Mrado ni mearía sobre un bosnio aunque estuviera quemándose.

Se llamó el proyecto del millón. Y todos trabajaban mucho. Mrado en lo suyo. Cada día pegaba a alguien o eran otros los que le pegaban. Siempre eran agresivos, iban armados. Eran más. Aguantó. Nunca dijo nada en casa. Cerraba los puños. Aprendió a recibir golpes. Sobre todo,

aprendió a golpear. *Shootfighting* a nivel básico: dar patadas a los huesos delgados, golpear en el estómago, morder, arañar, apuntar a los ojos. Ya entonces se convirtió en el maestro de los trucos de lucha. El rey de los agarrones. Un nombre en Södertälje.

Le empezaron a respetar. Iba a su aire. Nadie se interponía en su camino. Después de acabar noveno no volvió a ver a nadie del colegio. En lugar de eso, hizo la formación de electrónica y telecomunicaciones en el propio instituto de Ericsson, en Telefonplan. Lo dejó en segundo y empezó a trabajar como portero. Luego, ascenso directo en la carrera de los yugoslavos. Y ahora iba a llegar a la cima.

Mrado miró a la cajera. Pensó: Si fuera un padre de verdad tendría la tarjeta ICA. En cambio sacó un fajo de billetes. Contó billetes de cien.

La cajera no prestó atención.

Vio a Martin ponerse a la cola. Miró hacia otro lado.

* * *

MEMORANDO

(Confidencialidad según el capítulo 9, párrafo 12 de la ley de confidencialidad).

PROYECTO NOVA

Fuerzas conjuntas de la dirección regional contra la delincuencia organizada.

Delincuencia relacionada con los Balcanes en Estocolmo.

Informe número 9

Antecedentes

El siguiente memorando se basa en los informes y las sospechas del grupo de investigación de delitos económicos de la policía del distrito de Norrmalm y de la Unidad Especial para Bandas en colaboración con las fuerzas conjuntas de la Dirección Regional contra la delincuencia organizada en Estocolmo (en adelante denominados conjuntamente el Grupo de Investigación). Los métodos empleados comprenden una visión general a partir de las experiencias recopiladas por la policía de Estocolmo, recopilación de información por parte de personas dentro de las redes criminales, los denominados soplones, escuchas técnicas así como interconexión de los registros requeridos.

El memorando se elabora con motivo del asesinato de dos personas que ejercían dentro de la denominada mafia yugoslava, descrita con más

detalle en el informe número siete (en adelante denominada la Organización).

El dieciséis de marzo se encontraron dos cadáveres en un piso de Hallonbergen. Hay fuertes sospechas de que se trata de un asesinato. El Grupo de Investigación ha podido establecer que se les quitó la vida con violencia. Durante largo tiempo, el Grupo de Investigación tenía planeado vigilar ese piso, ya que había sospechas de que se utilizaba como burdel. La fecha y hora de la muerte de las personas asesinadas se ha establecido en algún momento entre las tres y las cinco de la madrugada del quince de marzo. La causa de la muerte en ambos casos se debió a disparos con proyectiles de gran calibre en el estómago y en la cabeza, respectivamente. El material orgánico se ha enviado al SKL^[80] para su análisis. No ha podido identificarse el arma, probablemente una escopeta de postas tipo Winchester, repetidor de palanca, modelo 12, calibre 12-80. Se han iniciado los interrogatorios con vecinos de Hallonbergen. Debido al momento del suceso, probablemente habría muy pocas personas despiertas que hayan podido ver a sospechosos en la zona. El Grupo de Investigación sospecha que los sucesos están relacionados con conflictos internos dentro de la Organización.

Además, desde el trece de marzo de este año está desaparecida una mujer que probablemente trabajaba como prostituta en el burdel arriba mencionado.

Víctimas

ZLATKO PETROVIC. Proxeneta directamente bajo las órdenes de Nenad Korhan (que a su vez está a las órdenes de Radovan Kranjic, descrito en el informe número 7), número de identidad 700712-9131, nacido en la antigua Yugoslavia, actualmente Serbia-Montenegro. Llegó a Suecia a los seis años de edad.

Anteriormente, ha trabajado como portero y ha sido entrenador de deportes de lucha. Últimos ingresos declarados: 124 000 coronas, ingresos por trabajos realizados como entrenador de deportes de lucha, trabajo extra como portero y ganancias por juego.

Condenado previamente por lo siguiente. 1987: agresión. 1989: robo, tenencia de armas (cumplió seis meses de prisión). 1990: intento de asesinato, robo (cumplió seis meses de prisión). 1997: amenazas, tenencia de armas, abuso sexual (cumplió ocho meses de prisión). 2001: proxenetismo, agresión (cumplió un año de prisión).

A Petrovic se le ha calificado como muy violento, en especial con las mujeres. Desde finales de los noventa se cree que ha regentado uno o varios burdeles en pisos en diferentes poblaciones del extrarradio de Estocolmo junto a Korhan. Actúa en Hallonbergen desde 2002 en adelante.

Durante los últimos tres meses, el Grupo de Investigación ha intentado infiltrarse en sus actividades. El infiltrado (X), bajo el nombre de Micke, anteriormente orientado hacia la base de reclutamiento de la Organización, actuó como «subproxeneta», denominado «vigilante de las putas», de la prostituta que ha desaparecido. Ha detectado una serie de personas y visitantes sospechosos que han tenido contacto con la prostituta durante las últimas semanas. Probablemente existe una relación con los asesinatos (ver más abajo el informe de X, Anexo 1).

JELENA LUKIC. La denominada madame, directamente a las órdenes de Korhan, 720329-0288, nacida en la antigua Yugoslavia, actualmente Serbia-Montenegro. Llegó a Suecia a los dos años de edad.

Anteriormente ha trabajado como masajista y pedicura. Sus últimos ingresos declarados se elevaron a 214 000 coronas, ingresos procedentes de capital, trabajo como masajista así como algunas ganancias por juego.

Anteriormente sólo se la había condenado por infracciones de tráfico.

Desde finales de los noventa, Lukic ha ejercido el proxenetismo. Korhan pasó a encargarse de su «local» con tres o cuatro prostitutas en 2002, cuando ella empezó a ejercer su actividad junto con Petrovic, principalmente en el burdel de Hallonbergen arriba mencionado. Se cree que Lukic también habría llevado y administrado una actividad de las llamadas *call girls* con entre siete y ocho mujeres, principalmente ciudadanas suecas. Las mujeres de dicha actividad se contrataban para los denominados eventos para, por ejemplo, utilizarse en situaciones de representación con clientes de empresa extranjeros como «chicas de compañía» en reuniones de clubes de caballeros y fiestas privadas.

Conflictos internos

El Grupo de Investigación ha recopilado información que indica que se han avivado los conflictos internos dentro de la Organización. Un hombre desde dentro de la Organización que ejerce como guardaespaldas de Radovan Kranjic ha revelado a las fuentes de información del Grupo de Investigación que ha tenido lugar el «despido» de algunas personas que ejercían dentro de la Organización. Mrado Slovic (descrito en el informe número 7) y Nenad Korhan han sido «degradados» y relevados de sus puestos como responsables del cobro de guardarropas y venta de cocaína, así como proxenetismo en Estocolmo. Kranjic ha decidido que ellos dos bajen en la jerarquía y que sus funciones y áreas de responsabilidad las asuman otros. La hipótesis de trabajo del Grupo de Investigación es que se trata de eliminar las amenazas contra Kranjic.

El Grupo de Investigación sospecha que el asesinato de Petrovic y Lukic está relacionado con los conflictos internos arriba descritos. Un hombre, que fue detectado por X, visitó el burdel de Hallonbergen varias veces en los días previos a los asesinatos. El hombre incluso se había

puesto en contacto con la prostituta desaparecida y al menos en una ocasión se había visto con ella fuera del burdel. Lo que sucedió entre ambos no queda establecido debido a que a X no se le permitió estar cerca de la prostituta en esa ocasión. El hombre tiene el pelo oscuro, es de color y de unos treinta años. Desde el trece de marzo de este año la prostituta no ha tenido más contacto con X, por lo que la policía ha dado parte de su desaparición. El Grupo de Investigación baraja más teorías sobre el motivo de ambos crímenes, entre ellas una es que Kranjic quiere evitar que Korhan, debido al conflicto interno, se independice y ejerza el proxenetismo por cuenta propia. Otra hipótesis de los motivos es que Korhan y Slovovic hayan cometido los delitos para desestabilizar los negocios de Kranjic.

Acciones

El Grupo de Investigación sugiere las siguientes acciones motivadas por el informe precedente.

Continuar la búsqueda del hombre de treinta años que se ha visto con la prostituta en varias ocasiones.

Continuar la búsqueda de la prostituta desaparecida.

Búsqueda de las demás mujeres que se cree que han ejercido la prostitución en el burdel.

Búsqueda de los hombres que se cree que han contratado servicios sexuales en el burdel.

Continuar el trabajo de investigación sobre Slovovic y Korhan.

Presupuesto para las acciones: ver anexo 2.

Comisario judicial Björn Stavgård

Investigador especial Stefan Krans

Capítulo 46

Jorge, angustiado. Llevaba una semana en casa en la cama; como enfermo. Abdulkarim había preguntado:

—Hey, Jorge, ¿qué te pasa, joder? ¿Fiebre o qué? Tienes que vender.

Lo había estado pensando toda la noche una y otra vez. Reproducía el suceso en su interior. *Play/rewind-play/rewind*. A veces fotograma a fotograma. Como un reproductor de vídeo.

El tiroteo no estaba planeado, fue peligroso. Una gilipollez de la hostia.

Repasó la situación otra vez. Con suerte no habría dejado rastros de ADN. Sólo había entrado, disparado al cerdo yugoslavo, cogido el ordenador y el móvil. No había tocado nada con las manos, incluso había agarrado el pomo de la puerta con el jersey. No había luchado y no se había arañado la piel ni había sangrado. Todo el tiempo había mantenido el gorro puesto; probablemente no se le habían caído pelos. Debería estar limpio.

El putero seguramente mantendría el pico cerrado. Si delataba a Jorge, delataba sus propias costumbres. En el piso no le había visto nadie más, la puta de la habitación ni había levantado la mirada. ¿Le habría visto alguien por la zona? ¿A las cuatro de la madrugada? La pasma llamaría a las puertas. Preguntaría a cada vecino de Hallonbergen. Corría el riesgo de que alguien le hubiera visto. Pero ese riesgo era pequeño. La descripción se ajustaría a miles de personas más.

Debería estar a salvo.

Podría haber huellas, porque el tiempo había estado revuelto. Por otra parte, lo primero que hizo Jorge la mañana siguiente fue llenar el calzado con piedras y tirarlo al agua en la ensenada de Edsviken.

El mayor peligro era que Fahdi empezara a sospechar. Que comprobara su arma. Que descubriera manchas de pólvora o que faltaban cartuchos. Que lo relacionara con los últimos noticiones de los bajos fondos.

Todos especulaban. Teorizaban. Analizaban. Abdulkarim sospechaba que algún putero que no podía pagar había tenido miedo de quedar al descubierto. Se habría asustado y quitado de en medio a los únicos que podían destruir su vida. Fahdi sospechaba de otros yugoslavos. Había rumores de luchas internas. Divisiones en la mafia de los garitos. JW sospechaba de otras bandas. Especulaba sobre el reparto del mercado

del crimen organizado de la ciudad para calmar la guerra entre Los Ángeles del Infierno y Bandidos.

Jorge se mantenía en un segundo plano. Una cosa era ocultarse tras una huida pacífica de una pena de cárcel por un delito de drogas y otra cosa muy distinta era huir de un doble asesinato.

Su esperanza: ninguna pista le señalaba.

Independientemente de eso: Jorge deseaba poder enviar un mensaje a Radovan. Sólo para que el yugoslavo supiera a quién tenía detrás y por qué. El mensaje: Esto es sólo el principio, el pago por lo que has hecho con Nadja y contra mí.

Suerte en el baño de sangre: el ordenador que cogió no se apagó después de desenchufarlo. Mala suerte en el baño de sangre: hacían falta contraseñas de acceso para salir del estado de reposo, control-alt-suprimir, nombre de usuario y contraseña. Jorge no conseguía entrar. Necesitaba ayuda.

Mierda.

Quizá pudiera encontrar a algún *hacker* que lo pudiera solucionar, acceder al ordenador más buscado de Estocolmo en ese momento. Pero no en ese día. Iba a ver a Paola.

Estaba a punto de verla, la primera vez tras la fuga. El periodo más largo de su vida sin que se hubieran visto. Le había visitado en Österåker unos meses antes de pirarse. Se quejó de que se había vuelto un chulo. ¿No entendía el ambiente en el que se encontraba?

Jorge ya no se atrevía a robar coches. Tenía más miedo que nunca a los controles policiales. Antes de disparar al chulo y a la madame, si la pasma le hubiera pillado habría vuelto al trullo. Apenas le habrían añadido pena por la fuga. Lo había hecho muy bien, sin violencia, sin otros delitos, sin nada por lo que juzgarle. Lo peor que podía pasar: que tuviera que cumplir el tiempo que le quedaba sin libertad condicional. En cambio ahora, tras disparar en Hallonbergen con la escopeta de postas, era distinto. Si le cogían podría caerle cadena perpetua. Al menos doce años. Su anterior miedo a que le pillaran parecía ridículo. Esta vez iba en serio.

Sin embargo, cuando Paola le mandó un SMS no pudo mantenerse más en casa. Necesitaba tranquilidad. Necesitaba el contacto con su otra mitad.

¿Cómo había conseguido Paola su número de móvil? No conocía a nadie que se lo hubiera podido dar. Posiblemente Sergio. En ese caso era un peligro. Paola no podía tener ese número por su propia seguridad. Jorge tenía que cambiar de número.

Fue en transporte público. Incluso se compró un bono. Se había acabado el colarse.

Se bajó en la estación de Liljeholmen.

La estación de hormigón, renovada. Según Jorge: sin mejorar. El metro con el que había llegado se dirigía a Norsborg y él iba a Fruängen. Tenía que esperar cinco minutos.

Se quedó en el extremo del andén. Le gustaba esa zona. Los pocos metros a los que no solía llegar el tren cuando paraba. Territorio desierto, un apéndice abandonado, apartado, una zona olvidada de la jungla de Connex^[81]. Borrachos que se meaban sobre los raíles, bandas que robaban los móviles a los jóvenes, parejas que hacían el amor, ratas y palomas que se cagaban. Sobre todo, grafiteros que atacaban la tristeza del cemento con sus aerosoles. Los guardias de seguridad no se molestaban, las familias se quedaban en el centro del andén para evitar correr si venía un tren corto.

Llegó el tren que iba a Fruängen. Jorge se subió.

La voz del conductor sonó en los altavoces: Tren con destino a Fruängen. Jorge reconoció la voz, un agradable acento africano, había ido con ese conductor antes. Jorge se rió fuerte. Pensó: ¿Es Daddy Boastin^[82] el que conduce?

Hägersten, más exactamente, Västertorp, se aproximaba. Se veía la calle Störtloppsvägen cerca de la piscina. Pronto iba a poder ver a Paola.

El barrio obrero era un paraíso comparado con la barriada de Sollentuna de Jorge. El edificio de la piscina de tejas amarillas con esculturas de mármol en el exterior se levantaba como un acogedor punto de reunión en medio de todo.

Se dirigió al portal de Paola.

Marcó en la puerta el código que le había mandado en un SMS.

El ascensor no funcionaba. Subió las escaleras, pensó en JW. Era un buen tío. Un amigo. Jorge sentía la cercanía. Se había abierto hacía unos días y le había expresado su deuda de gratitud. Le había dicho al chico de clase alta: Nunca me había salvado nadie. Habría muerto allí. Vio que JW se daba por aludido: Si tú no hubieras venido.

Estaba en el último piso.

Esperó unos instantes.

Llamó a la puerta.

Y ahí estaba ella. Más de un año desde que se habían visto por última vez. Lágrimas en los ojos. Más guapa de lo que recordaba. Más gruesa.

Se abrazaron/estrujaron/lloraron.

Ella olía muy bien.

Se sentaron en la cocina en sus sillas de barrotes. Dos pósteres en la pared: uno del Che Guevara y el otro una pintura abstracta de Servando Cabrera Moreno.

Paola puso la televisión.

A Jorge le parecía que el pelo le destellaba. Totalmente negro, más oscuro que el suyo. Él volvió a mirarla a la cara. Había semejanzas con su padre. Pero algo iba mal. Pese a que las lágrimas ya se habían secado, ella parecía triste.

—¿Cómo está mamá? —El dialecto chileno, más fuerte que de costumbre, el sonido normal de la S, un tono más suave que el español de España.

—Como siempre. Le duelen los hombros. Se pregunta lo que haces y por qué.

Puso agua en dos tazas. Echó una bolsita de té en una de ellas.

—Puedes decirle que estoy muy bien y que hago lo que tengo que hacer.

—¿Cómo que lo que tienes que hacer? Eres inteligente, podrías haber cumplido el tiempo que te faltaba y luego haber empezado a estudiar.

Sacó la bolsita de té. La puso en la otra taza. Por lo menos bastaba para dar color al agua.

Jorge opinaba que ella lo hacía todo muy lentamente.

—Venga ya, Paola, no vamos a discutir. He hecho mis elecciones. Todos no pueden vivir como tú. Yo os quiero, ya lo sabes. Díselo también a mamá.

—Yo acepto tus elecciones. Pero haces daño a mamá, eso lo tienes que entender. Ella pensaba que después del colegio te enderezarías. No es sólo que ella no entienda tu mundo. Aparte de eso, se entristece. ¿No puedes ir a verla?

—Ahora no es posible. Tengo que arreglar mi vida. Ahora no estoy a salvo. Ni un pelo.

Dejaron ese asunto. Paola se quedó callada un rato.

Luego le habló de sus estudios. Su vida: el novio, con el que no le iba bien; la implicación en la asociación de estudios de literatura; amigos que iban a participar en un intercambio en Manchester. Una vida ordenada. Una vida normal. A Jorge le resultaba ajeno. Le preguntó a Jorge por el pelo rizado, el color oscuro de piel, la nariz torcida. Él se rió.

—Ya sabes la respuesta. Estoy huyendo. ¿No me has reconocido?

Ella sonrió.

En la cabeza de Jorge: imágenes del pasado. Él y ella en el parque de atracciones de Liseberg cuando fueron a visitar a la hermana de su madre en Hisingen. Pasaron un día en Gotemburgo. Él tendría quizá siete años y Paola unos doce. Querían montarse en la montaña rusa de agua Flumeride, la atracción número uno, y habían mentido sobre la edad de él para que le dejaran subir. Los brazos de Paola alrededor de él en la barca de plástico que representaba un tronco hueco. Lentamente hacia arriba. Al oído, en español, para que los demás que iban en el tronco no entendieran, le susurró: Si no prometes ser bueno te suelto. Jorge aterrorizado. O quizá no, creyó entender. Se giró. Paola sonriendo; estaba de broma. Jorge se rió.

—Qué callado te has quedado. ¿Estás enfadado? —preguntó Paola.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a Liseberg? Nos montamos en el Flumeride.

De repente ella con voz seria:

—Jorgelito, en realidad, ¿de quién huyes?

Silencio durante un rato.

—¿Qué quieres decir? De la pasma, por supuesto.

—Hace unos meses me amenazaron en la universidad, y no fue la policía.

Los ojos de Jorge se ensombrecieron; no era por efecto de las lentillas.

El odio.

—Lo sé, Paola. No volverá a pasar. El que lo hizo va a recibir su merecido. Te lo juro por la tumba de papá.

Ella negó con la cabeza.

—No tienes que darle su merecido a nadie.

—No lo entiendes. No puedo vivir si los que te amenazaron no reciben su castigo. Toda la vida me han estado jodiendo. Rodríguez, las asistentes sociales, los maderos. Y ahora los cabrones yugoslavos. En Österåker aprendí a mantenerme en segundo plano cuando conviene pero a levantarme cuando hace falta de verdad. Yo soy alguien. ¿Lo sabías? Gano un pastón. Estoy yendo hacia arriba. Tengo una carrera. Un plan.

—Deberías volver a pensártelo una vez más.

—No quiero hablar de esto contigo. ¿No podríamos relajarnos sin más?

El acaloramiento se calmó tan rápidamente como había venido.

Hablaron de otro tema.

El tiempo pasó rápidamente. Jorge no se atrevía a quedarse mucho tiempo. Acabaron el té. Paola sirvió más. En esta ocasión una bolsita nueva. Con un poco de agua fría para que Jorge se lo pudiera tomar rápidamente.

En la entrada había una cómoda de Ikea que reconoció del piso en el que habían crecido juntos, en la calle Malmvägen. Botas de piel de tacón alto, zapatillas de deporte, mocasines y un par de botines Bally colocados en fila.

—¿Te puedes permitir comprártelos? —Jorge señaló los botines.

—Me los ha regalado el gilipollas de mi novio.

—¿Por qué?

Paola volvió a sonreír.

—No te das cuenta de muchas cosas, niño. ¿No me ves? No puedo llevar tacones altos. Voy a ser madre.

El metro solía adormecerle. No en esa ocasión. Iba a tope.

J-boy iba a ser tío.

¡Qué fantástico!

Necesitaba tiempo para asimilarlo.

Tenía que darle tiempo a atacar a ese cerdo antes de que Paola tuviera el niño.

Tenía que darle tiempo a ganar un pastón antes de que Paola diera a luz.

Su hijo iba a tener todas las ventajas que pudiera darle un tío forrado.

Su hijo iba a tener un tío que daba su merecido a los que hacían daño a la familia Salinas Barrio.

Capítulo 47

Las estructuras de blanqueo de dinero eran complicadas, pero JW había estudiado. Constantemente salían nuevas normativas, directivas de la UE, comisiones y comités. Colaboración entre bancos, instituciones financieras y emisores de tarjetas de crédito. Se reducían las cantidades mínimas a partir de las cuales había que informar, se aumentaban los cruces de datos, más investigación. La UE presionaba al departamento de Inspección de Hacienda. Hacienda presionaba a los bancos. Los bancos presionaban a sus clientes.

Cuando crecían las cifras no era posible mantenerse por debajo de los límites a partir de los cuales era obligatorio informar a las autoridades. Los sistemas bancarios estaban interconectados, un ingreso efectuado en una determinada cuenta en una oficina era visible en todas. Los registros electrónicos relacionaban las cantidades sospechosas.

Sin embargo, JW era un maestro en métodos de blanqueo. Había creado contactos, generado confianza y tejido soluciones. Su compañía sueca tenía personas de contacto en cada banco y cuentas propias con línea de descubierto. Las sonrisas y las explicaciones sobre una filial muy dependiente del metálico dedicada a los muebles ingleses antiguos deberían funcionar. Mientras se creyeran que se dedicaba a negocios serios, todo iría bien.

En su portafolios de Prada llevaba cien mil coronas mientras iba a ver a sus dos personas de contacto, una en el Handelsbanken, la otra en el SEB.

Había vuelto hacía una semana. La planificación era estupenda con dinero negro para ingresar y dos maneras de transferirlo a la isla. Una de las maneras: por medio de supuestos pagos por trabajos de marketing a la compañía británica que utilizaba su número de cuenta de la isla. A JW se le había ocurrido la idea a partir de los escándalos de los sobornos de Ericsson y lo inteligente era, por supuesto, que no se trataba de ingresos en cuenta, sino de pagos. Tenía mejor aspecto, nadie se extrañaba: un comprador de muebles ingleses claro que necesita promocionarse en Inglaterra. Las personas de contacto se lo tomarían como la cosa más normal del mundo. Y la otra manera, para diversificar sus métodos: empaquetar billetes de mil y enviarlos por correo a la Isla de Man. Luego encargaba a alguien allí que recogiera el paquete e ingresara el dinero en la cuenta de la compañía de la isla. Era más peligroso, pero no era posible viajar personalmente con mucho dinero en metálico. Los detectores de los aeropuertos saltaban directamente con los hilos de metal de los billetes.

Los bancos de Suecia no sospecharían de los ingresos que eran pagos de alguna cosa. Las facturas las había hecho él mismo. Ni un diseñador gráfico a jornada completa podría haber conseguido unos logotipos más reales para una compañía de marketing británica. Joder, estaba encantado.

Las coronas se transferían de manera electrónica por medio de los pagos en Suecia o los ingresos en la isla. Las cuentas de la isla las controlaba su compañía. El secreto bancario cortaba todas las vías de búsqueda hacia las compañías. El dinero era suyo, indetectable desde Suecia. Por lo tanto las compañías de la isla le prestaban dinero a su compañía sueca. Era la auténtica reintroducción en su economía. Dinero totalmente limpio, legal. Lo bueno del asunto era que todos pueden ser ricos con dinero prestado. El gran hermano no se extrañaría. Los intereses y las condiciones de devolución estaban fijados de acuerdo con las condiciones del mercado. Y hasta eran deducibles.

En el Handelsbanken cogió primero su número de turno y se puso luego a mirar las pantallas de televisión. La Bolsa estaba subiendo. JW ya había comprado algunos valores: Ericsson, H & M y SCA. Una buena combinación; Ericsson, las acciones de telecomunicaciones que habían subido más de un trescientos por cien. H & M, la compañía que funcionaba incluso en épocas de crisis. Y SCA, la tranquila seguridad del bosque. Sazonado con dos pequeñas empresas, una compañía de productos informáticos que fabricaba *routers* y una compañía de biotecnología que desarrollaba medicamentos contra el Alzheimer. En general las acciones eran una forma más de filtrar su dinero. Las ganancias de la Bolsa estaban sujetas a impuestos, se consideraban normales, no se cuestionaban. Se integraban en el sistema. Un futuro paso en el carrusel del blanqueo de dinero; quizá se pondría en contacto con algún agente de Bolsa para blanquear cantidades aún mayores.

Además, la Bolsa le proporcionaba buenos temas de conversación con los chicos. Los chicos y las acciones, como Abdulkarim y la coca. Cuanto más dinero, más conversación.

JW miró cuántos números faltaban para que fuera su turno: era peor que para facturar en el aeropuerto de Skavsta. Las cincuenta mil coronas que había sacado del portafolios de Prada le pesaban en el bolsillo interior del abrigo de Dior. JW pensó: si alguien le acuchillara, el fajo de billetes detendría la navaja y le salvaría la vida.

Pensó en la granja de envasado en la campaña inglesa. Chris, el tío que llevaba el sitio, no era más que un mandado de los *hooligans*, que eran los que mandaban de verdad. Por primera vez en su vida había podido estar en un entorno importante. Le parecía estupendo y terriblemente difícil no contárselo a Sophie.

Era el turno de JW en la caja.

Fue hasta allí.

Se dio cuenta de que le sudaban las manos.

Intentó sonreír.

—¿Está Annika Westermarck?

La cajera le devolvió la sonrisa:

—Por supuesto, ¿quieres que la llame?

Un fallo de cálculo por parte de JW. Había pensado que podría ir directamente al despacho de Annika Westermarck para darle el dinero allí. Evitarse tener que sacarlo en la caja normal.

Annika Westermarck apareció detrás del cristal vestida con un traje oscuro de cuidado estilo bancario, igual que la vez anterior que la vio y le contó lo de su actividad con los muebles.

JW se inclinó hacia delante.

—Hola, Annika. ¿Qué tal?

—Todo bien. ¿Cómo estás?

JW sacó el estilo de empresario:

—Pues de maravilla. Este mes nos ha ido muy bien, y eso es estupendo. Ha habido tres decoradores que han comprado una barbaridad de juegos de sofás. —Se rió.

Annika mostraba un interés educado.

JW ya le había explicado anteriormente que los pagos estaban relacionados con los costes de marketing en Inglaterra. La había preparado; todo su negocio de muebles antiguos ingleses se basaba en las compras adecuadas en Gran Bretaña, por lo que era preciso un marketing sólido. Ella pareció entenderlo.

Sacó el fajo, cincuenta mil en una funda de plástico, al mismo tiempo que sujetaba la factura falsa en la otra mano. Lo pasó bajo la ventanilla de la caja.

Annika sacó los billetes. Se mojó el dedo, una costumbre asquerosa, y los contó.

¿Era desconfiada?

Ella dijo: «Mmmm».

JW intentó charlar:

—No se siente uno muy cómodo cuando va por ahí con todos los ingresos del mes en el bolsillo.

Ella le pasó un papel.

—Aquí tienes tu recibo.

Todo estaba bien. Ella no se había extrañado, se había tragado su historia entera. Un ingreso en metálico de cincuenta mil: no tenía nada de especial. Lo que ella no sabía es que iba a ingresar otras cincuenta mil en el SEB, además de las cincuenta mil que había enviado por correo. Dentro de dos días su compañía de la isla sería ciento cincuenta mil coronas más rica.

Pensó: ¿Reaccionaría ella si el mes siguiente apareciera con un pago de doscientas cincuenta mil? El tiempo demostraría si funcionaba.

Dio las gracias y se marchó.

Norrmalmstorg, flanqueado de bufetes de abogados, parecía un estadio. Por fuerza todos tenían que ver cómo brillaba, el ganador que era.

Empezó a caminar hacia el SEB y se puso a Kent. La amarga seguridad de ser sueco: «Voy a robar un tesoro. El que se esconde al final del arco iris. Es mío, eres tú». Pensó en sus padres. ¿Cómo reaccionarían si se enteraran del asunto de Jan Brunéus? ¿Seguirían sin hacer nada? ¿Se hundirían en la autocompasión y la tristeza? Quizá hicieran frente al asunto. Hacer algo al respecto. La pelota verdaderamente estaba en su tejado, para presionar a la policía. Averiguar lo que había sucedido de verdad.

Subió por Nybrogatan. Habían abierto una tienda nueva donde antes estaba la peluquería. JW pensó: Ésta debe de ser la calle con más quiebras de la ciudad. Ningún negocio duraba más de un año.

Eran las horas centrales del día. Debería estudiar y quería quedar con Sophie más tarde esa noche no podía decidirse.

Pensó: En realidad soy un genio social. La versión sueca de *El talento de mister Ripley*. Encajaba con los chicos: se aprendió las maneras de la clase alta, interpretaba, se reía en el momento correcto, jugaba con su jerga. Pero también encajaba con Abdulkarim y el grupo de camellos, su jerga de Rinkeby, el romanticismo de la violencia, las matemáticas de la droga. Funcionaba con Fahdi, un gorila blandito y letal. Se llevaba bien con Petter y los otros camellos. Y con Jorge había una relación especial.

El otro día había resultado evidente. JW y Jorge estaban en casa de Fahdi con el orden normal. La mesa de la cocina rebosando de pesas, bolsas de cierre y papelinas. Pesaban, rebañaban las bolsas, mezclaban con fructosa, sencillamente, aumentaban los márgenes entre un diez y un veinte por ciento, al mismo tiempo que comentaban los éxitos de Jorge en el extrarradio y el viaje a Londres de JW.

Después de un rato Jorge dijo:

—Nunca me había salvado nadie. Habría muerto allí si tú no hubieras venido.

JW pensó: era verdad, si no hubiera recogido a Jorge en el bosque, apaleado, machacado, el chileno habría fallecido. No se reconocía a sí mismo, sentimental por haber hecho bien algo bueno.

JW sonrió:

—No pasa nada, todo lo hacemos siguiendo las órdenes de Abdul, ¿no?

—En serio, *hombre**, me salvaste la vida. Eso no lo olvidaré jamás. — Jorge alzó los ojos. La mirada fija, seria, llena de significado. Dijo—: Haré lo que sea por ti, JW. Siempre. No lo olvides.

En ese momento JW no pensó mucho en ello. Pero ese día, de camino al banco en Nybrogatan, lo recordó. De alguna manera la sensación era buena, que una persona en el mundo hiciera cualquier cosa por él. Era una seguridad. Quizá hasta auténtica amistad.

Decidió comer antes de la visita al banco. Entró en el Café Cream de Nybrogatan y pidió una chapata con salami y brie y una Coca.

Se sentó solo en un taburete alto junto a la ventana y miró al exterior. El mundo de la *high society* ^[83] era pequeño. Reconoció a más de un tercio de las pibas de Östermalm de entre diecinueve y veinticuatro años que pasaron por delante. Lo mismo en cuanto a los pijos en torno a los veinticinco; hombres con traje con los que normalmente se encontraba en Kharma o en Laroy, pero allí en vaqueros, con camisa con el cuello desabrochado, chaqueta y mono de coca en la mirada. Lo único que era igual: el pelo engominado hacia atrás. Pensó: ¿en qué mundo había vivido Camilla? ¿En el Stureplan oscuro o en el luminoso?

Le trajeron el bocata. JW lo abrió y descubrió su mala suerte. Normalmente era omnívoro. Al dejar su casa aprendió rápido a que le gustara casi todo, aquello que muchos rechazaban: arenques, sushi, caviar, cebollitas en vinagre. Y ya quedaban sólo dos cosas que no soportaba: las alcaparras y el apio.

Dentro de la chapata: ensalada y alcaparras. En la ensalada: trozos de apio.

Mierda.

Dedicó diez minutos a quitar toda esa porquería.

Luego comió rápidamente mientras que jugaba una partida de ajedrez en el móvil.

Se bebió la Coca, dejó media chapata y se marchó.

Saludó a dos chicos con los que se cruzó. Eran colegas de algún garito.

Siguió por Nybrogatan hacia arriba. A la izquierda estaba el mercado; JW ahora compraba allí con mucha más frecuencia.

Las puertas giratorias de la entrada de la oficina del SEB no eran automáticas. Había que empujar.

Tan pronto como entró, JW tanteó en el portafolios el otro envoltorio de plástico, cincuenta mil más.

Cogió número. Estaba casi vacío, aunque en el local también había cajeros automáticos y máquinas de cambio de monedas.

Las pantallas de la Bolsa del techo se actualizaban. JW las observó.

Entonces le llegó el turno.

Miró a su alrededor, podría haber policías u otras personas sospechosas, pero todo parecía estar bien. La cajera tenía el pelo teñido de rojo de *henna* .

JW preguntó por su persona de contacto, también allí era una mujer.

La cajera le informó de que no estaba, pero que podía hacer la gestión con ella. No era lo mejor pero valía.

—¿Qué tal? —dijo una voz detrás de él.

JW se giró. Vio a Nippe con una piba. Nippe miró el fajo de billetes que JW acababa de pasarle a la cajera.

Joder.

JW se controló. Se puso en plan tranquilo, impasible. En su cabeza: Joder, qué torpe soy, Nippe ha visto el fajo en manos de la cajera. ¿Qué le iba a hacer?

—Hola, Nippe. —Miró a la piba.

Nippe se la presentó:

—Es Emma.

JW dio un gran suspiro.

Nippe le miró inquisitivo.

—Emma sólo vive en la fantasía, pero es estupenda.

Ambos tenían cara de interrogación.

JW lo intentó otra vez:

—¿No os acordáis del arbusto trepador de Cache, el programa de televisión?

Canturreó y terminó de nuevo con otro suspiro profundo.

JW sonrió, se arrepintió de inmediato, se avergonzó; era tan ridículo...

Era un memo, un friki.

Nippe dijo:

—No he oído nunca esa canción. Pero, oye, ahora tengo que hacer una gestión. Cuídate. Nos vemos.

Nippe fue a la caja que le tocaba.

La cajera le dio a JW el recibo de su pago.

Se encaminó a la salida.

Nippe no le saludó cuando JW salió por las puertas giratorias.

¿Un nuevo distanciamiento?

De camino a casa se preguntó qué había resultado más penoso: que Nippe hubiera visto el fajo de dinero o su mierda de broma.

Capítulo 48

Nenad llamó desde un nuevo número de teléfono; aparentemente, incluso él había empezado a realizar cambios en su vida para mejorar la seguridad. Mrado y él hablaron de cosas intrascendentes, luego comentaron el asesinato del chulo y la madame. ¿Qué coño había pasado? Acribillados a balazos. No se sabía quién era el autor. Nenad, amedrentado. Antes de que Radovan le hubiera apartado, Zlatko y Jelena eran de sus mejores colaboradores. Las preguntas bullían entre Nenad y Mrado. ¿Había sido Radovan, que quería limpiar la dirección? ¿Un putero que no quería problemas matrimoniales? ¿Algún otro?

Las sospechas de Mrado: o bien un putero al que le había entrado el pánico o, en el peor de los casos, la competencia. También podían ser los rusos. Podrían ser los Ángeles del Infierno. En ese caso los disparos eran una evidente declaración de guerra.

El problema de Nenad: ¿qué representaba eso para él? Si no era obra de Radovan, ¿recaería la sospecha sobre él?

Aún más importante era que siguieran adelante con sus propios planes.

Nenad le explicó su idea: a Mrado le sonó a música folk serbia.

—Verás, tengo a un tío a mis órdenes, un árabe, Abdulkarim. En principio, él se encarga de todo el tema de la coca. Me informa con regularidad. Yo he negociado todos los negocios más grandes, he marcado las pautas y los he dirigido. Ahora mismo tenemos una idea de ampliación que hasta el momento ha sido un éxito. Vender en el extrarradio a precios reducidos. Los demás pueden seguir vendiendo un gramo por aquí y otro por allá en los sitios de moda de centro y en las fiestas de los ricos. A mil coronas el gramo. Pero nosotros..., nosotros vendemos veinte gramos aquí, veinte gramos allá. A setecientos el gramo. Volumen de venta. Lo petamos.

—Eso me lo contaste anteayer. ¿Qué pasa ahora?

—Una buena pregunta. ¿Cómo mantengo el control sobre Abdulkarim ahora que Radovan me ha degradado? Abdul es leal a Rado y me va a puentear. No va a aceptar mis órdenes. Va a seguir adelante como siempre, como si yo no existiera. Escucha, normalmente no controlo qué tíos emplea el árabe, pero Abdul envió a Londres a un tío especial, en realidad un verdadero pijo, para que me ayudara con las negociaciones. Un chaval estupendo. De mente rápida. Lleva apenas un año trabajando para Abdul. Conoce el sector de la farla bastante bien. De confianza. Según el árabe, el tío es un quiero y no puedo. En realidad, es del campo y quiere prosperar. Tiene un hambre de la hostia. Trabajaba

conduciendo un taxi ilegal para Abdul sólo para poder salir de fiesta con sus colegas y beberse el dinero extra en champán. Va de fiesta por Kharma, Köket y esos sitios. El chaval hace un doble juego. Según Abdul, sus colegas ni siquiera saben quién es en realidad. Todo eso parece un poco triste, pero es bueno para nosotros.

A veces Mrado se hartaba de Nenad. Tanto parloteo... Se sujetó el móvil entre la cabeza y el hombro. Se ató los zapatos. Se acordó de que le hacía falta un manos libres. No quería estar en casa cuando tenía esas conversaciones. Salió.

—Ve al grano, Nenad.

—Tranquilo. Se llama JW, sabe todo sobre el acuerdo que he cerrado en Londres. Calculó cada libra y cada corona. Revisó las rutas de envío, las personas que se pueden emplear, los camellos. Podemos utilizarle.

—Ahora empieza a ponerse interesante.

—Quiere lo mismo que todos los demás: pasta. Pero más. Según Abdulkarim, incluso se ha abierto cuentas en una isla del Canal. Imagínate, el tío se cree que va a ser multimillonario. Eso dice mucho de sus ambiciones.

—Estoy de acuerdo, el tío hará lo que sea por dinero.

—¡Bingo! Tú y yo nos mantenemos en un segundo plano. Continuamos con lo que hablamos en el Clarion. Jugamos con el cabrón de Rado. Fingimos dejarnos humillar. Abdulkarim puede encargarse de la coca. Creerse que yo estoy fuera del juego. Nosotros seguimos trabajando para Rado con la mierda que nos deje hacer. Tú estás desconectado de los guardarropas, yo estaré desconectado de la farla. Cuando llegue el cargamento: Rado ya habrá colocado a alguien para ser el jefe del árabe, probablemente a Goran. Pero eso da igual. La cuestión es que tenemos a nuestro hombre dentro, el pijo. Sólo tenemos que encargarnos de hacerle una oferta que no pueda resistir. Será nuestro hombre infiltrado en las líneas enemigas.

Mrado caminaba por Ringvägen. De repente adoraba a Nenad.

El chulo farlopero estaba en éxtasis.

—Cuando llegue el cargamento, y, créeme, es grande de cojones, más kilos de los que levantas tú en el gimnasio, el alijo más grande que nunca ha habido en Suecia, entonces nosotros estaremos ahí. Preparados para recuperar lo que nos pertenece. Preparados para vender.

A Mrado se le puso la piel de gallina.

—Eres fabuloso. ¿Cuándo quedamos para hablar? ¿Hoy?

—Claro, quedamos esta noche en Hirschenkeller. Tengo ganas de un buen filete y una cerveza grande.

Mrado se rió. Colgó. En la pantalla del móvil: diecisiete minutos de llamada. Su oreja: roja y caliente. ¿Demasiada radiación del móvil o excitación por el avance?

Mrado yendo a casa desde el gimnasio. Iba a recoger a Lovisa e irían al teatro infantil de la calle Atlasgatan en Vasastan. Se tomó una barra de Gainomax Recovery.

Mrado y Nenad: el nuevo tándem. El gordo y el flaco. Una combinación invencible. Habían estado en contacto a diario, la planificación había continuado. ¿Cómo iban a machacar a Rado? El padrino quiero y no puedo serbio.

El dolor de cabeza de Mrado: Lovisa tenía que cambiar de colegio. Annika no había entendido de qué hablaba Mrado. Pensaba que quería tocarle las narices, como siempre. ¿Cómo lo iba a hacer?

Algunos días el insomnio le dejaba hecho polvo.

Cuando llamó Nenad, Mrado entendió inmediatamente de qué se trataba.

Encendió el altavoz del teléfono.

—He hablado hoy con él.

—¿Y? ¿Qué ha dicho?

Nenad, el maestro en enrollarse:

—Quedamos en Texas Smokehouse para comer. Le llamé y le invité, sin más. No reconoció mi voz en ese momento. Claro que me ayudó en Londres, así que quizá no sea tan raro. Le dije sólo que quería charlar, quizá se asustó. Se imaginó que algo se había jodido. El caso es que quedamos.

—¿Qué dijo?

—El tío es un pijo quiero y no puedo al cuadrado..., hostia, no: al cubo. Se notaba en Londres pero ahora aún más. Saludó a todas las pibas guapas de Östermalm con las que nos cruzamos por la calle. En realidad es increíble que el árabe y él funcionen bien juntos.

Mrado giró en dirección a la guardería de Lovisa. Estaba esperando junto a la verja. A Mrado se le encogió el corazón; si a ella le pasaba algo, sería el fin. Nenad seguía parlotando.

—Venga ya, ve al grano. Tengo que colgar enseguida.

—Tranquilo. El chaval ese, JW, es un tipo legal. Está con nosotros. Pero va a costar. El trato es éste: él se encarga de controlar el cargamento grande de farla. Me informará directamente de cómo vaya avanzando. Cuándo se espera la llegada. Dónde se espera que llegue. Cómo se va a enviar. Cómo se va a almacenar. Quiénes van a vigilarlo. Cuanto sea el momento nosotros nos ocupamos del resto. Además, él va a encargarse aparte de los canales de venta.

—Suenan fantástico.

—No has oído el resto. Él puede encargarse del blanqueo de dinero a lo grande. En serio. Nada de videoclubes de mierda. Nada de lavanderías. En plan bien. Cuentas cifradas. Empresas fantasma. Paraísos fiscales. Todo.

—Suenan de cojones. ¿Qué es lo que quiere?

—El veinticinco por ciento del pastel.

Mrado se atragantó. El chaval se tenía en muy alta consideración. Tenía que meditarlo.

—Nenad, tengo que colgar. Voy a recoger a mi hija. Luego hablamos.

Mrado tenía una noche y un día con Lovisa.

La vida.

Meditar la oferta de JW, una perita en dulce.

Lovisa abrió la verja. Mrado no tenía fuerzas para hablar con las profesoras.

Ella fue hacia el coche.

¡Cojones, que todo tuviera que ser tan complicado...!

Capítulo 49

El proyecto R debía seguir adelante. La visita a su hermana le había hecho bien. Jorge recuperó el ánimo pese a que Hallonbergen volvía todas las noches.

Planeó la siguiente acción. Lo que había pasado en el burdel había resultado oportuno. No era más que lo correcto, tras todos los días penosos en busca de Radovan. Algo a lo que ir: se había invitado, por medio de Jet-set Carl, a una especie de fiesta de putas de lujo. Le habían mandado un SMS con una contraseña al móvil del chulo muerto. Esa misma noche había escrito la contraseña, tras volver a casa de Fahdi. El piso estaba vacío. Jorge repuso la escopeta. Limpió el cañón. La metió en el armario. Luego tiró el teléfono del chulo en una papelería. La tarjeta SIM a una alcantarilla.

El evento al que se había invitado tendría lugar ese día. Preguntas: ¿qué era exactamente? No sabía si se le consideraba invitado o uno de los subordinados de Nenad. Quizá esperaban de él que vigilara, organizara o se encargara de las putas. Aún peor: no sabía cómo iba a ir, la dirección.

Pasaba de las primeras dudas. Se resolverían en el sitio.

La última: la solución estaba en seguir a Jet-set Carl todo el día.

Jorge conocía la dirección del rey de los pijos.

Realizó la maniobra bien; a las ocho de la mañana ya estaba sentado en un Saab con lunas tintadas robado. No quería que se le escapara Jet-set Carl por muy madrugador que fuera. Tomó café. Meó en una botella de plástico. Escuchó la radio.

Quizá exageró al estar allí a las ocho en un fin de semana; el tío no salió hasta las doce y media.

Jorge pensó: ¡Menuda vida! Jet-set Carl organiza fiestas, esnifa coca, se tira putas. Nunca ha necesitado luchar. No tenía ni zorra idea de la vida de barrio. Mimado, el dinero de papá, apestosa confianza en sí mismo hasta lo absurdo.

Sin embargo, era el sueño de Jorge: vivir así. Sabía que todos y cada uno de los invasores que fumaban maría querían ser Jet-set Carl. Pero a los pateros no les dejaban pasar. Más les valía dejar de soñar.

Jet-set Carl iba vestido con un abrigo negro y un jersey con capucha debajo. Gorro. Zapatillas Stan Smith. Jorge no pudo evitar darse cuenta

del parecido en la vestimenta con el tío al que le había reventado el estómago a tiros dos semanas antes en Hallonbergen.

Arrancó el coche. Para nada; Jet-set Carl caminó sólo dos manzanas hasta el 7-Eleven de Storgatan. Compró leche y pan tostado. Volvió a desaparecer en su portal.

Jorge se relajó en el coche. Se comió una ensalada de pollo que se había llevado. Pensó sobre sí mismo: Empiezo a ser un profesional de la vigilancia, incluso me he acostumbrado a la comida de chicas. ¿Quizá debería abrir mi propia empresa?

Dieron las cuatro. Jet-set Carl volvió a salir. La misma ropa que antes; es decir, aún no estaba listo para la acción.

Jorge salió del coche. Se mantuvo a una buena distancia. La capucha de la chaqueta sobre la cabeza. En la nariz, un par de gafas de sol de espejo. Jorge en ese momento: un auténtico Fletch, el especialista en disfraces.

Jet-set Carl se movía en un área reducida. Dentro de su territorio marcado con meadas. Entró en Tures en Sturegallerian. A unos setecientos metros de donde vivía. La geografía era sencilla en el rectángulo de oro, Karlavägen-Sturegatan-Riddargatan-Narvavägen.

Jorge se sentó en el Grodan, al otro lado de la calle. Leyó un periódico. Bebió una Coca. Vio a Jet-set Carl a través de los grandes ventanales de Sturegallerian. El tío estaba tomando café con una piba de Östermalm. Quizá la más guapa que Jorge había visto en su vida.

El tío se pasó la mano por el pelo. Se pringó los dedos. Jorge se preguntó con cuántas tías saldría al mismo tiempo.

Pasaron dos horas. Se despidieron con un abrazo. ¿Jorge lo había visto bien? ¿Había intentado darle un beso en la boca? ¿La chica retrocedió? No estaba claro.

El tío se fue a casa solo.

Dieron las seis y media.

Jorge aún en el coche. Se preguntaba cuándo iba a pasar algo.

Aburrido.

Pensó en todas las horas en el exterior de la casa de Rado.

Pensó en todas las personas que le habían ayudado.

El brillo azul del reloj digital del salpicadero marcaba las siete.

Se abrió la puerta del portal. Jet-set Carl salió, ahora vestido más como Jorge le recordaba. El mismo abrigo que antes pero debajo se entreveía una camisa con los botones superiores desabrochados. Las zapatillas Stan Smith cambiadas por zapatos de punta de piel recién cepillados. El pelo engominado hacia atrás.

El tío fue manzana abajo. Abrió un coche enorme, un Hummer. En los laterales, anuncio de vodka con letras blancas. El coche era una herramienta de marketing del copón. Jeeps urbanos, podéis retiraros. Este monstruo, más ancho que un camión.

Jet-set Carl condujo en dirección sur. Jorge se mantuvo detrás a varios coches de distancia. El Hummer se veía de lejos. El capó estaba un metro por encima del techo de los coches normales de los vikingos. A Jorge le parecía que era la hostia.

Fueron por Nynäsvägen a través de Enskede. El estadio Globen estaba iluminado como una bola de cocaína gigantesca. Atravesaron Handen/Jordbro. Desvió a la izquierda. Carretera 227. La oscuridad se hizo más compacta. Campos fríos a lo largo del camino. Un coche entre Jorge y el Hummer. Con suerte impedía que Jet-set Carl pudiera ver qué vehículos iban detrás de él.

En el asiento trasero de Jorge había un traje cuidadosamente doblado. En una percha colgada de la ventana trasera, una camisa de rayas planchada y una corbata. Por seguridad, por si había exigencia sobre el tipo de vestimenta en el sitio al que iba.

Aumentó el número de edificios. Pasaron por un puente bajo. En un cartel: *Bienvenidos a Dalarö* .

El Hummer giró a la izquierda nada más cruzar tras el puente. El coche que había entre ellos giró a la derecha. Jorge en una encrucijada mental: ¿se atrevía a continuar detrás de Jet-set Carl? Una oportunidad/riesgo acojonante. Aprovechó la oportunidad. Intentó no pensar en el riesgo.

Siguieron por la carretera de Smådalarö.

Tras cinco minutos al volante, Jet-set redujo la velocidad. Puso el intermitente a la derecha. Subió por un camino de gravilla y pareció detenerse. Jorge pasó de largo. Miró todo lo que pudo. Era difícil ver algo. No había farolas que iluminaran el camino.

Siguió conduciendo. El camino terminaba en una explanada sin salida. A su alrededor, un campo de golf. Jorge aparcó el coche. Se puso la capucha. Miró a su alrededor. Salió del coche.

Más lejos había una casa grande. Delante, un sendero de gravilla. Cartel: *Posada de Smådalarö* . Algunos coches aparcados en el exterior.

Jorge desanduvo el camino que había recorrido conduciendo. Se mantuvo en el arcén. Hasta el lugar en el que había entrado Jet-set Carl. Jorge identificó rápidamente dónde había girado; una reja de metal negro cercaba el desvío. En un lado de la verja había una cámara y un gran cartel: *Área privada. Vigilado por Falck Security* .

Jorge se mantuvo lo suficientemente lejos. Subió por el bosque junto a la verja. Bosque; le recordaba lo que no podía olvidar: los golpes de Mrado con la porra de goma. Una cosa segura, J-boy nunca se rendía. Ya lo habían comprobado. Dos cerdos yugoslavos destrozados a tiros. Ten cuidado, Radovan: Jorgelito va a por ti.

Tras una hora de pasar frío, Jorge vio a un coche girar hacia la verja, pero no llegó a distinguir si el conductor se identificaba ante la cámara antes de que abrieran.

Luego no pasó nada en cuarenta minutos.

Eran las nueve.

Oscuridad en el bosque.

Jorge vio a alguien moverse por el interior de la verja. Miró fijamente. Ya veía con claridad. Dos personas. Tras la verja. Con gorras. Evidentemente, eran algún tipo de guardias.

Veinte minutos más tarde empezaron a llegar coches: BMW, Mercedes, Jaguar, algunos Porsche, unos pocos Volvo, un Bentley, un Ferrari amarillo.

En algunos casos la cámara reconocía a las personas que llegaban. Las verjas se deslizaban sin ruido. Los coches entraban. En otros casos: uno de los guardias salía por una puerta lateral. Intercambiaba algunas palabras con las personas del coche. Se abrían las verjas.

El procedimiento se repetía con cada coche. Al menos veinte. Jorge entendió lo que tenía que hacer. Intentó ver la ropa de los hombres que llegaban en los coches. Vio algo: sin duda chaqueta.

J-boy: el profesional de los profesionales, *divino* *, estaba preparado.

Volvió a su coche. Se puso la camisa y el traje. Dudó sobre la corbata. Al final pasó de ella.

Volvió conduciendo hasta la verja. Hacia la cámara. Las mariposas del estómago a toda máquina. El sudor de las manos llenó el espacio entre él y el volante. Su coche, el único Saab. Mediocre y sospechoso.

Bajó la ventanilla. Miró a la cámara.

No pasó nada.

Se quedó sentado. Intentó relajarse.

Saab. Un patero. Sin corbata.

Uno de los guardias salió por la verja.

Unas mejillas redondas y pálidas se inclinaron.

—¿En qué puedo ayudarle?

Jorge rebajó el acento de Rinkeby hasta el mínimo.

—¿Hay que esperar mucho para entrar? ¿Hay cola para aparcar?

—Disculpe. Ésta es un área privada. ¿Le trae algún asunto aquí?

Jorge sonrió abiertamente.

—Se podría decir que sí. Va a ser una noche fabulosa.

El guardia se quedó pensativo. Parecía influirle la seguridad de Jorge.

—¿Cuál es su nombre?

—Dile a Carl que soy Daniel Cabrera.

El guardia se alejó dos metros. Habló por un móvil o un walkie. Volvió. La serenidad del tirano había vuelto.

—No sabe quién es usted. Le ruego que abandone este lugar ahora.

Jorge se mantuvo tranquilo.

—¿Me estás tomando el pelo o qué? Vuelve a llamarle. Dile que soy Daniel Cabrera y le dices que Moët está de camino. Que mire su móvil si no se acuerda.

El guardia volvió a alejarse. Habló por su teléfono.

Jorge esperaba tener suerte.

Tras veinte segundos se abrieron las verjas.

J-boy estaba dentro.

Aparcó su coche junto a los demás. Contó cinco Porsche. ¿Qué sitio era ése?

La casa ante él era grande. Tres plantas. Columnas alrededor de la entrada. Estilo Beverly Hills. ¿Había de eso en Suecia? Evidentemente: sí.

Se oía música en el interior.

Un hombre salió en ese momento de su BMW. Se dirigió hacia la entrada de la casa. Jorge echó a caminar detrás del tío, que rápidamente miró hacia atrás. Vio a Jorge. Pasó. Siguió caminando. Jorge le alcanzó. Le ofreció la mano.

—Hola, me llamo Daniel. ¿Va a estar bien esto? —Se rió.

El hombre miró hacia atrás.

—Suele estar bien. No te he visto antes.

—No, acabo de volver después de estar unos años en Nueva York. Es una ciudad fabulosa. Ya la echo de menos.

Alcanzaron la entrada. Jorge pensó: En realidad no sé en calidad de qué me han invitado. La puerta se abrió desde el interior antes de que llegaran a ella. La sujetaba un tío con traje, peinado con raya al lado y pómulos marcados. Otro guardia pero con ropa más formal. Saludó al hombre con el que Jorge acababa de llegar, que pasó hacia dentro. Observó a Jorge. Sospechoso. Extendió el brazo. Jorge se quedó parado justo en el exterior de la puerta. El guardia le preguntó el nombre. Jorge usó más aire de seguridad en sí mismo que nunca:

—Soy Daniel Cabrera.

El guardia dijo:

—¿Conoce a Claes?

Jorge supuso que se refería al tipo con el que había intentado hablar de camino hacia la puerta. El tío acababa de quitarse el abrigo, había desaparecido tras una gran puerta de madera oscura. Jorge se arriesgó:

—Por supuesto que conozco a Claes.

El guardia: seguía sospechando. Llamó a alguien por su móvil.

Asintió con la cabeza.

A Jorge:

—Disculpe. No me habían informado de que estaba invitado. Bienvenido.

J-boy, todo un James Bond.

Parecía que entre los organizadores había un grado de confusión tan grande como el del propio Jorge. Había pensado que iba a trabajar para Nenad. Ahora parecía que era un invitado.

Sólo había que seguir el juego.

Una chica del guardarropa llegó para cogerle la cazadora. Un alivio quitársela. Ahí no pegaba. Ella le pidió el móvil. Jorge no se preguntó por qué. Lo entregó. Además, era inútil discutir.

Al principio no se había dado cuenta. Tampoco cuando el tipo, Claes, colgó su abrigo ni cuando la chica le cogió la cazadora. Pero volvió a mirar a la chica del guardarropa. La minifalda era tan corta que se le veía la parte inferior del trasero. Medias negras rematadas con encajes que le llegaban al principio del muslo, dejando veinte centímetros de provocativa piel desnuda. El top rosa; no en plan fulana barata, pero lo suficientemente abierto como para que su escote se convirtiera en un claro objetivo de las miradas de los clientes del guardarropa.

Evidentemente no era una chica de guardarropa normal. Era una especie de prostituta cara muy arreglada.

Jorge abrió la puerta de madera oscura por la que había desaparecido Claes hacia el interior de la casa.

Atravesó un pasillo. El sonido aumentó. Música de fiesta. Risas y charla.

En el otro extremo, otra puerta oscura. Justo antes de que la fuera a abrir, Jorge notó un olor a humo de puro.

Al otro lado de la puerta.

Irreal.

Una habitación llena de personas.

Viejos. Bien vestidos, muchos con traje y corbata. Algunos, como Jorge, con traje pero sin corbata, algunos botones de la camisa desabrochados. Otros con americana y pantalones desparejados. Sienes plateadas. Profundas arrugas en las mejillas cuando sonreían. Todos parecían tener entre cuarenta y sesenta años.

Unos pocos guardias/organizadores. Todos más jóvenes. Hombres. Vestidos sobriamente con americana, pantalones más claros. Jersey de cuello alto oscuro o camisa sin corbata. Jet-set Carl se dejó ver brevemente y pasó de largo. Una copa de champán en cada mano.

Lo chocante: todas las chicas eran variaciones de la chica del guardarropa. Minifaldas, minishorts, mallas. Tops, camisetas, blusas que mostraban más de lo que ocultaban. Ligueros a la vista, senos de silicona de punta, tacones de aguja, labios relucientes cubiertos de brillo.

Una chica para cada gusto: chicas pequeñas, delgadas, altas. Tías con mucho pecho. Teñidas, rubias, asiáticas. Chicas con mirada hambrienta. Chicas con mirada vacía.

Sin embargo, no resultaba sórdido. Jorge, asombrado. Algo diferente, un aire hogareño. Se mezcló con la masa humana. Calculó por encima. Al menos cuarenta hombres y el mismo número de mujeres, probablemente más, además al menos una decena de personal. La música retumbaba. Puros humeantes en manos arrugadas.

Estaba claro que era una especie de burdel, aunque aún no había averiguado cómo funcionaba. Sin embargo, el ambiente era como de una gran fiesta privada. Puramente en teoría: podría tratarse de los invitados del dueño de la casa y sus respectivas parejas. Pero no había manera de que todos esos viejos tuvieran novias tan jóvenes. Demasiado bueno para ser verdad. O los conocidos del dueño de la casa más unas tías que hubieran llevado allí para alegrar el ambiente. Pero flotaba algo más en el aire.

Jorge miró a su alrededor.

La habitación era grande. Del techo colgaba una araña enorme. Había focos fijados a lo largo de las paredes. En las esquinas, altavoces. Una parte de la habitación acogía un bar del que se encargaban un chico y cuatro chicas. Estaban muy ocupados sirviendo bebidas. La mayoría de los hombres en grupos o rodeados de chicas. Bajo la araña bailaban cinco chicas; en cualquier otro lugar sus movimientos se habrían interpretado como innecesariamente provocativos.

Jorge se puso junto a la barra. Pidió un gin tonic. Se sentía inseguro. ¿Cómo debería actuar? En realidad ¿qué quería conseguir ahí? ¿A DÓNDE COJONES HABÍA IDO A PARAR?

Dio un gran trago a su bebida. Pidió un puro, Habana Corona. Cosas de calidad. La chica de detrás de la barra le ofreció un encendedor. Pequeño, llama intensa. Ella ponía morritos. Jorge miró a otro lado. Dio una calada.

Intentó pensar con claridad. El pánico no podía dominar.

Tranquilo.

¿Reconocía a alguien? ¿Le reconocía alguien? Los hombres: suecos, buena presencia. Postura, carisma, actitud. Claras señales de poder.

Jorge no reconocía ni una sola cara. A la inversa, nadie debería poder reconocerle. El personal: gorilas yugoslavos y Jet-set Carl más alguna de su gente, los organizadores. Pijos. Jorge no creía que el tío le recordara de Kharma, aquel día el chaval iba hasta arriba. El mayor riesgo: que tras el tiroteo de Hallonbergen Jet-set Carl sospechara especialmente. Por otra parte era evidente que había optado por organizar esa fiesta. El tío no era miedoso.

Jorge no había visto ni a Radovan ni a Nenad. Debería averiguar si estaban ahí.

Se lo tomó con calma; uno entre unas cien personas. Los invitados debían de pensar que era guardia. Los guardias pensarían que era invitado.

Jorge recorrió la habitación con la mirada. Meditaba el siguiente paso. Escuchó a dos hombres a su lado en la barra.

Uno: la mirada esquiva. Observaba ininterrumpidamente a las tías de la habitación. El otro, más tranquilo, daba caladas largas a un grueso puro. Parecían conocerse bien.

—Estas fiestas son cada vez mejor.

El hombre del puro se rió.

—En mi opinión, este año lo han organizado de la leche.

—¡Qué mujeres trae! Me vuelvo loco.

—Precisamente de eso es de lo que se trata. No estuviste en casa de Christopher Sandberg hace dos meses, ¿verdad?

—No, no fui. ¿Estuvo bien?

—¡Huy, de maravilla! Christopher es un anfitrión tan bueno como Sven.

—Me he enterado de que Christopher ha comprado una casa nueva cerca de la vuestra.

—Es verdad. En Valevågen. La empresa debe de irle muy bien, porque se ha hecho con una buena casa. —El viejo sonrió.

—Tengo entendido que ha hecho un gran trabajo en Alemania.

—Sí, allí el mercado ha subido como la espuma. Por lo visto han crecido un treinta por ciento en un año.

—Joder. Oye, mira ésa con las trenzas. Vaya melones.

—De tu estilo.

El hombre de la mirada huidiza observó fijamente. Babeaba por la chica. Luego dio un sorbo a su bebida.

—Hay una cosa que me pregunto. Sé que estas fiestas son seguras y todo eso, pero ¿cómo sabemos que la policía no consigue entrar? Me despierto con sudores fríos en mitad de la noche cuando pienso en la fiesta del año pasado aquí. Quiero decir, si Christina se enterara..., ya me entiendes.

—No hay peligro. Tienen a la policía bajo control. Los que le ayudan a montar esto son buenos organizadores. Los que mueven los hilos dentro de nuestras estimadas fuerzas de orden público no tocarían estas reuniones. Por lo que he oído, los chicos que llevan esto hundirían a los guardianes de la justicia si molestaran. Los jefes de policía también hacen tonterías a veces. Se trata de averiguar cuáles.

—Joder qué bien. Me gusta eso.

Los viejos brindaron.

Jorge casi en estado de shock. ¿Radovan estaba detrás de todo eso? En ese caso era un puto genio.

Los hombres del poder con ayuda de la mafia yugoslava. Una combinación de la hostia, imbatible.

Hasta esa noche. J-boy les iba pisando los talones.

Se quedó de pie junto al bar. Intentó ver si estaba ahí Radovan o alguien que conociera.

Tras un rato se interrumpió la música. Alguien cuchicheaba en un micrófono.

Los hombres al lado de Jorge se callaron.

Las tías dejaron de bailar.

Los focos se dirigieron hacia el bar.

Un hombre se puso de pie sobre la barra. Con precaución, con miedo a resbalar. No era precisamente un atleta joven: sobrepeso, con traje pero sin corbata. Pelo canoso bien peinado. Los ojos: en la luz ambiental de la habitación parecían totalmente de color blanco lechoso.

—Hola a todos. Me alegro de veros aquí esta noche.

El viejo tenía en una mano una copa de champán. En la otra un micrófono.

—Como ya sabéis suelo organizar esta fiesta una vez al año. Creo que es muy agradable que los muchachos tengamos la oportunidad de quedar nosotros solos.

Tras la palabra «muchachos» el hombre hizo una pausa retórica. Esperaba las risas que siguieron.

—Espero que todos os lo paséis bien. Enseguida me voy a callar para que podamos volver a poner música y estar de fiesta toda la noche. Antes de hacer el brindis de la noche quiero aprovechar para dar las gracias a los que han hecho posible esta velada. Radovan Kranjic y Carl Malmer. Entre otras cosas organizan eventos como éste. Un aplauso para ellos.

Las personas de la habitación aplaudieron. Jorge se dio cuenta, los hombres claramente con mayor entusiasmo que las mujeres.

El tío de la barra hizo un brindis.

Le ayudaron a bajarse.

Subió el volumen de la música.

Algunos viejos empezaron a bailar con las chicas en la pista.

Una hora más tarde.

La fiesta se había salido de madre. *Eyes wide shut* pero en la realidad, versión de Smådalarö. Ya no había charla. Los viejos tras los coños jóvenes. Las chicas preparadas para ofrecer. Era evidente, se trataba de comerciar.

Por todos los lados, los viejos metiendo mano a lo bestia a las chicas. Manos por dentro de los sujetadores, dedos entre las piernas, lenguas en las orejas. Discoteca de adolescentes pero con dos diferencias: treinta años de diferencia entre los que se metían mano y sólo los tíos pagaban por la diversión.

Sin excepción, las chicas dispuestas.

Destacable sobre todo, lascivia salvaje en los ojos de los viejos.

Jorge intentaba mantenerse en movimiento. No quedarse demasiado tiempo en el mismo lugar. Evitar llamar la atención. Bailó un cuarto de hora con una chica alta y guapa con acento del Este y que tenía las pupilas como ojos de aguja. Hasta arriba de coca o algún otro estimulante. Pensó en Nadja. Los fragmentos de su relato empezaban a

cobrar sentido. Lo único que no cuadraba era que no se viera a Radovan.

Durante un cuarto de hora, Jorge estuvo sentado en un sillón y mantuvo una conversación incomprensible con un viejo que se dedicaba a los instrumentos financieros. Pese a todo, funcionó bastante bien.

Durante un cuarto de hora desapareció en un baño.

Se enteró del nombre del viejo que daba la fiesta: Sven Bolinder. ¿Quién era?

Algunos viejos y chicas empezaron a desaparecer de la habitación. Jorge, preocupado: ¿se iban a casa? Preguntó a la chica de Europa del Este con la que había bailado. Cuando contestó, Jorge a punto de gritar de la sorpresa; era más fuerte de lo que se esperaba.

—Han subido a las habitaciones. ¿Vamos arriba a mirar?

Joder *.

Las habitaciones.

El viejo que daba la fiesta no sólo llevaba a las putas. También ponía la habitación.

Era de alto nivel. Estupendamente hecho. La forma más habitual, más sucia, más sencilla de prostitución; tú vas, tú pagas, te dan una habitación y una chica; reconvertido para que diera la sensación de que me invitan a una fiesta sin mi mujer, resulta que allí hay un pibón impresionante, le gusto, nos vamos a una habitación vacía de la casa y nos lo pasamos bien.

Declinó la oferta. Nada de habitación para él.

Pensó: ¿Qué he conseguido? Nada de nada. Ninguna prueba más contra Radovan. Tengo que hacer algo ahora. Antes de que todos se vayan para conseguir lo que han venido a buscar.

Surgió una idea.

Jorge fue hasta el camarero. Fingió estar borracho.

—Perdona. ¿Hay aquí algún teléfono desde el que se pueda llamar?

—Lo siento, creo que no. Si necesita taxi ya me encargo yo.

—No. Necesito hacer una llamada. He dejado mi móvil en el guardarropa. ¿Podrías prestarme el tuyo un momento?

Jorge agitó un billete de mil.

—Te pagaré, por supuesto.

El camarero apartó la mirada del billete. Siguió preparando la bebida, hielo picado y fresas en la batidora.

Jorge estaba jugando fuerte. Probablemente tenían instrucciones en cuanto a los móviles. O quizá sólo le habían pedido que dejara su móvil por mera cortesía. Debería funcionar.

—Está bien. —El camarero le pasó su teléfono.

—Voy afuera a llamar. Necesito un poco de silencio. ¿Vale?

—Tranquilo.

Bien hecho, J-boy.

Jorge cogió el teléfono. Le dio la vuelta. Lo que esperaba. Los yugoslavos y los niños tenían algo en común, les gustan las virguerías electrónicas. Independientemente de a qué grupo perteneciera el camarero, Jorge había adivinado correctamente. El tío tenía un móvil con cámara.

Jorge se puso en marcha. La atención de los viejos era inexistente. La vigilancia de los organizadores se había reducido desde que la gente había empezado a desaparecer de la habitación de la fiesta hacia las habitaciones.

Jorge fingió hablar. Tenía el teléfono algo separado de la oreja. En realidad, la cámara a toda máquina. Hacía fotos sin parar. Pasó olímpicamente de si el camarero estaba extrañado. Miró rápidamente algunas fotos. La calidad espantosa, no se atrevía a usar el flash. Mala iluminación y distancia; las imágenes con grano y oscuras. Apenas se notaba que en las fotos había personas.

No funcionaba. Borró las fotos.

Intentó acercarse más a los sillones.

Era difícil tomar posición.

Decidió arriesgarse. Sujetó el teléfono ante sí. Hizo nuevas fotos. Volvió a mirar. Eran algo mejores pero se seguían viendo mal.

Por si acaso. Abrió el menú de MMS. Seleccionó que quería enviar fotos. Escribió su propia dirección de Hotmail. Mandó una foto. Luego dos más.

Alzó la vista. Vio que el camarero se le aproximaba. Seguido del guardia de la entrada.

Hostia.

Mandó dos fotos más.

Sonrió.

Volvió al menú principal. Sujetaba el móvil.

El camarero gritó para que se le oyera por encima de la música:

—Dijo que iba a salir. ¿Qué ha hecho?

Jorge fingió no entender.

—Tranquilo. Sólo he hablado un poco. Pero me he quedado aquí.

El de seguridad no parecía contento.

—Nada de móviles aquí dentro, ya lo sabe.

Jorge repitió:

—Sólo he hablado un poco con un socio. ¿Qué problema tienes? —Jorge se esforzó para sonar seguro—. Quizá debamos hablar de esto con Sven Bolinder.

El guardia dudó.

Jorge siguió; le había funcionado en la verja.

—Venga, vamos a hablar con Sven. Parece ser que según tú no puedo pedir prestado un teléfono y hacer una llamada —Jorge señaló hacia Sven Bolinder. El cabrón del viejo estaba sentado en uno de los sillones, estrechamente entrelazado con una tía que parecía tener como mucho diecisiete años.

El guardia dudó aún más.

Jorge siguió forzando:

—Probablemente le encantará que le molesten justo ahora.

Tensión en el aire.

El camarero miró al guardia.

El guardia se rindió. Pidió disculpas. Se marchó.

Jorge fingió estar tranquilo. Su estado interno: extremadamente acelerado.

Sentía que tenía que marcharse de allí.

Fue al guardarropa.

Cuando la chica del guardarropa le dio su cazadora, dijo con un acento extranjero indeterminado:

—Qué pena que te vayas, guapo.

Jorge callado.

Sujetó la cazadora con la mano.

Salió.

No vio ningún guardia.

Arrancó el coche. Se dirigió a la verja.

Eran las doce y media.

La verja se abrió.

Salió a la carretera.

Lejos de Smådalarö.

Lejos de la mierda más enfermiza de este lado de los tiempos de Pinochet.

Pensó: los hombres poderosos divirtiéndose como reyes.

Idos a la mierda.

Jorge es el rey.

Capítulo 50

La sensación de jugar un doble doble juego era de cosquilleo. Al mismo tiempo era extraña y exigente; casi demasiadas mentiras de las que estar pendiente. El hecho era que JW necesitaba estudiar sus propias mentiras en lugar del examen sobre financiación externa, de lo contrario corría el riesgo de que se le fuera la lengua.

La gente creía que era un pijo. En realidad era plebe de mierda corriente y moliente que conseguía sus ingresos de la manera más sucia posible. Abdulkarim creía que se ganaba el dinero trabajando para él, administrando el negocio de la farla. En realidad, JW ganaba un pastón traicionando a Abdul en favor de Nenad.

Pero ¿a quién traicionaba en realidad? Por encima de los jefes había jefes. Trabajaba para Abdulkarim, que trabajaba para Nenad, que aparentemente trabajaba o había trabajado para otro. ¿Por qué si no todo este secretismo? ¿A quién traicionaba si trabajaba para Abdul pero trabajaba aún más para Nenad? Estaba claro, había alguien detrás. Pero ¿quién? ¿El mismísimo jefe de los yugoslavos, Radovan? ¿El jefe de otra facción de los yugoslavos? ¿Alguna otra banda? JW no quería ni adivinar. Además, en realidad no era problema suyo.

Habían pasado dos semanas desde la oferta de Nenad. En su interior bullían intereses encontrados. JW tenía ganas de pasta.

Al mismo tiempo debería tener miedo de aquel al que estaba traicionando, quienquiera que fuese. Sopesó. Las ventajas eran fáciles de ver. En primer lugar, el dinero. En segundo lugar, el dinero. En tercer lugar, lo mismo. Además ya estaba viviendo de forma más peligrosa de lo que quería pararse a pensar. ¿Por qué meterse en eso y no conseguir la máxima ventaja? No había ningún motivo. Si iba a vivir como un rey de la droga, pues a hacerlo a lo grande. Se lo había oído decir a Jorge, la máxima de los raperos gánsteres: *Get rich or die trying* ^[84]. Era la verdad del día.

El inconveniente era más difícil de calcular. Estaba constituido por el miedo. Aquel al que traicionaba con toda seguridad no iba a dar saltos de alegría. Aumentaba el riesgo de que le descubrieran los investigadores de narcóticos de la policía. Crecía el riesgo de que se la jugaran por varios lados.

Pero, se repetía a sí mismo, el dinero.

Le llevó dos días meditar el asunto. Eligió el gran golpe antes que a Abdulkarim, los peces gordos antes que a un árabe de clase B, la pasta antes que el peligro. Sencillamente, Nenad.

La estructura que había organizado en la Isla de Man le venía mejor aún de lo que se había imaginado.

En general, el viaje a Inglaterra había sido bueno. JW olvidó sus pensamientos sobre Camilla. La realidad de Estocolmo le estresaba. A veces se planteaba volver a cambiar de casa, cuando hubiera reunido suficiente dinero.

Abdulkarim estaba contentísimo con el cargamento gigantesco que iba a llegar. El acuerdo de Londres lo sentía como un éxito. Pero faltaban tres meses. Primero los repollos tenían que crecer bien. El árabe, JW y Jorge empezaron a planificar la organización para volúmenes mayores. No querían causar una gran caída de precios. Hacían falta más camellos y lugares de almacenamiento. Sobre todo, hacía falta un plan para los transportes y la logística.

Los bajos fondos de Estocolmo aún estaban sobrecogidos por el doble asesinato de Hallonbergen. Todos especulaban. JW pasaba del asunto. Un chulo y una madame tiroteados en un burdel. *So what?*^[85] No afectaba a su sector.

Al día siguiente se tomó un café con Sophie en Foam. El sitio de los domingos sobre cualquier otro para la gente de primera. La decoración parecía italiana, estilo Starck. El bajón del día siguiente no se notaba, las tías más puestas en una mañana de resaca de lo que era científicamente posible. Los tíos estaba arreglados, recién duchados, perfumados, lozanos.

JW y Sophie pidieron tortitas con jarabe de arce, plátano y helado. Era la especialidad del local.

JW le hizo la pregunta que llevaba tiempo pensando:

—¿Por qué tienes tantas ganas de conocer a mis otros colegas?

Sophie jugueteó con el helado y la cuchara sin contestar. JW pensó: ¿Por qué pide helado si no va a comérselo?

—Hola. Estoy hablando contigo.

Sophie levantó la vista.

—JW, venga ya. Claro que quiero conocerlos.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene?

—Quiero conocerte del todo. Llevamos juntos casi cuatro meses y pensaba que después de un tiempo llegaríamos a otro nivel. Ahora empiezo a entender que esto es el siguiente nivel. No saber nada sobre ti. Si tienes un montón de amigos y me los ocultas resulta raro.

—No los oculto. Pero no son interesantes. Son irritantes y memos. Nadie por quien preocuparse.

—A mí Jorge me pareció muy agradable. Charlamos la mitad de la noche. Vale, no es exactamente como tus otros amigos o los míos. Viene de un mundo que no conocemos. Me parece interesante. Un chico que ha tenido que luchar para llegar a algo. Porque a la mayoría de los que conocemos los pajaritos fritos les han venido volando directamente a la boca, como dice el rey. ¿Verdad?

—Quizá sí. El rey es demasiado. —JW pensó para sí mismo: ¿hasta dónde se enteraba Sophie? Continuó—: Nippe se preguntaba qué tío era ése con el que estuviste en Sturehof. ¿Tenías que ir a Stureplan con Jorge?

—No seas tonto. ¿Es que te avergüenzas? Muéstrate como eres. A mí Jorge me pareció estupendo. Un chico malo. De hecho me habló de su infancia. Gueto puro y duro, ¿sabes?, en su clase de segunda etapa de primaria había cuatro suecos. Y yo no conozco a nadie cuyos padres hayan nacido fuera de Europa. En mi opinión, Estocolmo es como Johannesburgo.

Las palabras de Sophie le afectaron. ¿Qué sabía realmente sobre él? JW quería cambiar de tema. Normalmente, en eso era experto. Pero en ese momento no se le ocurría nada.

Se quedaron sentados en silencio.

Miraron el helado, que se derretía.

Capítulo 51

Claro, Mrado necesitaba asegurar su vida; dificultar a Radovan que le hiciera daño. Sobre todo, dificultarle que hiciera daño a Lovisa. Pero entendía también que nunca estaría del todo a salvo. Se puede conseguir hacer difícil encontrar a alguien en Estocolmo, pero no imposible. El propio Mrado había localizado al latino fugado en unos días.

El mejor seguro de Mrado: había reunido tanta mierda sobre Radovan que debería bastar para al menos cien años en Kumla. Si Mrado lo entregaba, el historial del jefe yugoslavo incluía: inducción al asesinato, agresión, robo. Proxenetismo, delitos contra la Hacienda pública, tenencia de armas, blanqueo de dinero. El inconveniente para Mrado: él mismo estaba involucrado en la mayoría de los delitos. Cien años para Mrado significaban al menos cincuenta para él.

El código de honor era lo que los detenía a ambos. La ley básica no escrita: nosotros resolvemos nuestros propios problemas.

Mrado y Nenad aún no habían soltado la bomba. Iba a suceder dentro de unos meses. Radovan se iba a enterar; no tragaban con su mierda. Le dejaban. Mrado ya estaba preparando frases. «Cabrón viejo y acabado, nosotros vamos por libre». Pero mientras tanto se mantenían en segundo plano. No daba ningún paso precipitadamente.

Mrado había hablado con Ratko y Bobban. Tíos de confianza. Llevaban años trabajando con Mrado. Estaban con él. Otros de lado de Mrado: los chicos de las empresas de blanqueo de dinero. Algunos de los chicos del gimnasio. Pero algunos de éstos eran apuestas poco seguras. Y algunos eran decididamente unos mamonzos que se quedaban con Radovan.

Lo normal en situaciones de este tipo era que uno se pasara a otro grupo. Los tíos de la Hermandad Wolfpack se pasaban a Bandidos, los tíos de OG se pasaban a Fucked for Life.

En este caso, Mrado y Nenad eran bastante fuertes. Contaban con suficientes relaciones y contactos propios. La guinda del pastel era que toda la división del mercado se caería a pedazos si él se retiraba. El asunto se basaba en la confianza de las bandas en él. Podía llegar la guerra entre todos. Conseguiría que Radovan se desconcentrara. Les daría a Mrado y a Nenad un buen comienzo.

Mrado estuvo todo el día en casa haciendo llamadas para prepararse. Había conseguido un nuevo número de móvil, con suerte nadie le espiaba.

Había mirado pisos de alquiler subarrendados. Algunos en negociaciones. El más interesante en ese momento: uno de dos dormitorios de sesenta metros cuadrados en Skanstull. Siete mil al mes. Mrado había ido a verlo. Buenas condiciones para su situación. Estaba en el último piso de la finca y tenía verjas delante de la puerta y posibilidad de instalar sistema de alarma. Lo mejor de todo: el piso compartía terraza con el vecino. Desde la perspectiva de Mrado: si había follón uno podía entrar en el piso del vecino por la terraza. Perfecta vía de escape.

Llamaba a Annika como un loco. Ella ya sabía que Mrado estaba implicado en asuntos turbios y si eso afectaba a su vida y la de Lovisa sólo serviría para enfadarla más. Al mismo tiempo comprendía. Su hija podía estar en peligro.

La esperanza de Mrado era que Lovisa y Annika pudieran mantenerse lejos del piso de Annika durante el verano. La idea de Mrado para después del verano: que Lovisa empezara en un colegio nuevo. Que Annika cambiara de dirección. Cambiar de apellido las dos. Serían mucho más difíciles de localizar.

Llamó a Annika por enésima vez en esa semana.

De hecho contestó.

—Hola, soy yo.

—Hola.

—¿Estás enfadada?

—Corta ya, Mrado. Sabes que no quiero que hablemos. Nuestros putos abogados ya se encargan de hablar.

Mrado se mantuvo tranquilo. Hizo todo lo que pudo.

—Tienes razón, Annika. Yo también querría evitarme esta conversación. Pero ya conoces la situación. Pienso en Lovisa.

—No es normal lo tuyo. Me he quejado de tu estilo de vida durante diez años. En el tribunal incluso niegas en redondo que vives en el mundo de la criminalidad. Te defiendes diciendo que son exageraciones. Que yo miento. Y ahora, cuando has prometido enderezarte, y has conseguido derecho de visita cada dos semanas y patria potestad compartida, entonces llamas y exiges un montón de cosas.

—Sí, pero son exigencias para proteger a Lovisa. Y también a ti.

—Lo sé. Así de malo es el asunto. ¡Que tengamos que vernos implicadas en tu vida por tus errores!

—Pero ahora se trata de Lovisa, Annika. Siento que las cosas hayan salido así.

La conversación se desarrollaba en círculos. Mrado, en una situación en la que en todos los casos perdería. Si no protegía a Lovisa no se atrevería a dar el paso contra Radovan y su vida sería humillada hasta convertirle en nada; su calidad de vida se degradaría hasta quedar peor que mal.

Annika machaconeó sobre lo inútil que era Mrado. En circunstancias normales le habría colgado el teléfono. Pero no esa vez. Su última oportunidad para negociar.

—Por favor, Annika. Escucha un momento. Déjame terminar. Entiendo que estés tan cabreada. Yo también estoy cabreado. Pero por una vez no es culpa mía. Son otras personas las que nos amenazan a ti y a mí. La situación está fuera de control. Hay que proteger a Lovisa. Dentro de dos meses son las vacaciones de verano. Quiero que os mantengáis alejadas de Gröndal y de la ludoteca durante todo el verano. Yo pago encantado el alquiler de una casa en el campo o un viaje al extranjero. No hay problema por mi parte. Después del verano tenéis que cambiaros de casa y de colegio.

—Vas demasiado lejos. Ya te he dicho que no a eso diez veces.

—Escúchame hasta el final. Si accedes a lo que propongo no tenéis que mudaros lejos de Gröndal; siempre que Lovisa cambie de colegio, renuncio a la patria potestad y al derecho a visitas cada dos semanas.

Annika se quedó callada.

Él esperaba una reacción. Toqueteó una mancha de batido de chocolate O'boy que Lovisa había derramado en el sofá la última vez que había estado con él.

—¿Renuncias a la totalidad de las visitas?

—Sí. Luego quizá quieras ser amable y de todas formas dejarme ver a Lovisa alguna vez.

—Sólo si estoy presente.

—Eso lo discutiremos entonces. ¿Cómo vas a hacer para el verano? ¿Quieres mirar alguna casa? ¿Un viaje? Ya te digo que pago yo.

—¿Cuándo vemos a nuestros abogados para poner esto por escrito?

—Cuando quieras.

Hablaron cinco minutos más. Decidieron verse en el despacho de los abogados esa semana. Annika buscaría una casa de vacaciones.

Tras la conversación, sentimientos encontrados. Primero, triunfo. Que Lovisa estuviera más segura significaba que podía seguir adelante con el ataque contra Radovan. Luego sintió agobio. ¿Con qué frecuencia vería a Lovisa? Era importante recordar lo que le hacía un hombre: dignidad; nadie pisotea a Mrado.

Cuando Radovan estuviera fuera de juego, todo iría bien.

Dos horas después de la conversación con Annika, se reunió con Nenad.

Se sentaron en Kelly's, en la calle Folkungagatan. Eran las ocho. El garito ya estaba lleno de heavis trasnochados y blancos de clase baja. La esencia del local: una cerveza grande de graduación alta y partidas de dardos. Ruidoso y agresivo. A Mrado le gustaba Kelly's.

En primer lugar de la agenda estaba el gran cargamento de coca. Lo más importante, dos preguntas: ¿cómo iban a hacerse con el envío? Y ¿cómo lo iban a vender? Nenad, apartado de la cocaína por la traición de Radovan. Abdulkarim, el nuevo pez gordo.

El árabe no tenía ni idea de la doble lealtad de Nenad. El tío haría cualquier cosa para ganar puntos con Rado. Aunque Nenad le ofreciera una porción del pastel. Conclusión: lo mejor era dejar al árabe al margen de esto. Abdul no había sabido de forma oficial que Nenad no era el mandamás. Pero el árabe sólo se había hecho el tonto. Desde hacía mucho había comprendido quién estaba detrás realmente. Que Radovan perseguiría a todos los que le traicionaran, a todos los que tomaran partido por Nenad.

La solución se llamaba JW.

En lugar de usar a Abdulkarim, podían dejar que JW se encargara de desarrollar canales de venta paralelos. ¿Y el extrarradio? Abdul tenía más gente. JW conocía a la mayoría. Algunos latinos, árabes, suecos. Nenad se encargaba de la nueva estrategia de venta, a gente normal. No escaseaban las posibilidades de reclutamiento, porque Mrado conocía a algunos de OG que quizá estuvieran dispuestos a participar. La red de contactos había aumentado exponencialmente desde el trabajo de división del mercado. Hablaría con la gente.

Discutieron otra cuestión: los videoclubes de Mrado estaban en la mierda. Desde que Radovan había degradado a Mrado, el jefe yugoslavo había dejado de pasar dinero para las compañías. Habían transcurrido tres semanas desde eso. El problema: sin dinero en metálico, los impuestos de las compañías se basaban en los ingresos declarados del año anterior. Entonces, trescientas mil al mes. Ahora, menos de sesenta. En resumen: el gran hermano machacaría a las compañías con impuestos hasta la muerte. El resultado era una putada: Mrado se

quedaría sin acceso a dinero limpio. La posibilidad de conseguir una casa y un piso para la seguridad de Lovisa dependía de dinero limpio.

Joder.

Pese a ello, Mrado se sentía bastante satisfecho. Un buen día. El acuerdo con Annika, cerrado. La planificación con Nenad, en marcha. Pronto empezaría el juego. El precio en peso: cien mil gramos de cocaína. El precio en significado espiritual: iban a ser los reyes de la farla de la ciudad.

Capítulo 52

Había pasado una semana tras la noche de Smådalarö. Jorge se mantenía en segundo plano. La pasma aún en máxima alerta por el crimen del burdel, como el *Expressen* lo había bautizado. Qué chorrada; nadie se preocupaba por dos serbios criminales de la cabeza a los pies.

Jorge se quedaba en casa. A veces salía a la calle si hacía falta encargarse de necesidades directas en la venta y la distribución, pero no con frecuencia. En total había salido tres veces.

Abdulkarim estaba encantado mientras funcionara el plan: extender el polvo blanco por el extrarradio. Bajar los precios. Marcar las pautas. En lugar de: ¿Nos tomamos unas cervezas? Convertirlo en: ¿Nos metemos unos tiros?

Funcionaba. Jorge vendía a ocho contactos en el extrarradio norte. De Solna a Märsta. Tíos que conocían sus zonas. Conocían a las personas adecuadas. Vendían a pubs, pizzerías, discotecas, en los billares, centros comerciales, parques, en el exterior de los Servicios Sociales. Además distribuía en algunos de los municipios del extrarradio sur.

Jorge: un mini-Abdul en su propio territorio. Pero seguía queriendo evitar ser visto.

Petter, el tío del Bajen, era su *main man* ^[86]. Controlaba a los camellos. Se encargaba de la logística. Conducía el día entero con las bolsas. Se llamaba a sí mismo la furgoneta de los helados. Lo único que le faltaba era una musiquilla pegadiza.

Trapicheaba con gente de edades más bajas. Fiestas en chalés y pisos, en el exterior de los quioscos de perritos calientes y ludotecas. En salas de descanso, estaciones de cercanías, salas de espera, sótanos de viviendas en las ciudades dormitorio.

Una invasión de farla en el extrarradio gélidamente competente.

La pasta entraba. Abdulkarim era generoso. Hasta entonces, Jorge había reunido más de cuatrocientas mil. Guardaba la mitad de la guita en casa, en seis fundas de DVD de la librería. Billetes de mil enrollados uno al lado del otro, como cigarrillos. El resto estaba enterrado en una zona boscosa en el exterior de Helenelund. A la manera de los piratas.

Gastó una parte, pero conservaba la mayoría.

No tenía descanso. Se despertaba al menos una vez a la hora todas las noches.

Las imágenes del mundo de los sueños le perturbaban. Sofás recubiertos de masa encefálica. Los muros de Österåker desde el interior. Viejos con lenguas como pollas erectas.

No hacía falta ningún Freud para interpretarlo.

Jorge estaba asustado.

Si volvía al trullo sería probablemente con cadena perpetua.

No podía ocurrir ahora que iba a ser tío.

Necesitaba actuar.

Utilizar los aspectos positivos de la situación.

Södermalm. De camino a la calle Lundagatan. Para Jorge, terreno desconocido. La estación de metro se llamaba Zinkensdamm.

Jorge bajó del metro. Al subir por las escaleras hacia la salida le recibió una fuerte corriente en la cara.

El tiempo en el exterior, más suave. La primavera estaba llegando.

Lundagatan arriba. Skinnarviksparken libre de nieve. Jorge conocía la reputación: un nido de maricas.

Número cincuenta y cinco de la calle.

Marcó el código que le habían dado. Mil novecientos catorce. Jorge pensó: la gente tiene poca imaginación. Casi todos los códigos de los portales empiezan con diecinueve. Como los años.

Miró el tablón con los nombres de los vecinos en la escalera. Ahí, tercer piso.

Jorge había llegado al sitio correcto.

Subió en el ascensor.

Oyó música en la entrada.

Llamó a la puerta.

No pasó nada.

Volvió a llamar. Oyó que la música se detenía.

Alguien giró la cerradura en el interior.

Abrió un chaval con pantalones de punto y camiseta. Tenía el pelo alborotado, gafas redondas y un importante problema de acné. La caricatura de un friki de los ordenadores.

Jorge se presentó. Le dejó pasar.

Habían hablado dos días antes. Habían acordado hora y lugar.

Richard Ahl: un chaval apocado que estudiaba cinematografía en la Escuela Superior de Södertörn y se ganaba un dinerillo extra por las noches en el soporte técnico de Windows XP. Según él mismo: un tirador de primera que pasaba al menos ocho horas al día con un arma en la mano en las rutas de Counter Strike. Richard, el gurú ascendente del juego *online*.

—Hay que practicar si uno quiere ser profesional. ¿Sabes cuánta pasta hay en este sector? —le preguntó a Jorge después de explicarle a qué se dedicaba.

Jorge pasaba totalmente. Lo máximo a lo que jugaba era con la Gameboy, en su repertorio no estaban incluidas cosas más avanzadas.

Richard explicó:

—Counter Strike es el mayor exitazo de los juegos en red. Verás, este sector factura más que Hollywood —siguió contando.

Jorge había localizado a Richard por medio de Petter. Según Petter: el tío era un genio de la informática. Una pena que malgastara su talento con juegos. El chaval podría meterse sin duda en SÄPO, CIA o el Pentágono si se esforzara.

El piso: un estudio con alcoba. Apenas algunos muebles salvo la cama. Ropa y revistas por todo el suelo. Lo más chocante contra una pared: la mesa del ordenador, completamente abarrotada. Dos pantallas, una pantalla plana y una de modelo antiguo. Disquetes, CD y DVD, fundas, manuales, joysticks y mandos, teclados, periódicos, tres alfombrillas de ratón con diferentes motivos, una de ellas con un estanque con nenúfares de Monet, dos ratones diferentes, un portátil medio abierto, cables, una webcam, latas de cola ya bebidas y cartones de pizza vacíos.

El entorno natural de un friki de la informática.

Richard se sentó en la silla de la mesa del ordenador.

—Petter me dijo que necesitabas un poco de ayuda. Arreglar unos archivos gráficos y mirar en un ordenador.

Jorge no tenía claro haberle entendido. Se quedó de pie en medio de la habitación.

—Lo primero, necesito ayuda para acceder a este ordenador portátil. No tengo el nombre de usuario ni la contraseña y dentro hay información que es muy importante. Luego necesitaría tu ayuda para mejorar la calidad de unas fotos que he hecho con la cámara de un teléfono móvil.

—Eso. Lo que yo he dicho, ¿no? —El tío iba de chulo. Sabía que era listo. Pero no lo suficiente como para ser humilde.

Jorge le dio el portátil que se había llevado de Hallonbergen. Richard se inclinó hacia atrás en su silla de escritorio. Rodó hacia delante.

Abrió el portátil. Lo encendió.

El ordenador le pidió nombre de usuario y contraseña.

Richard escribió algo.

El ordenador contestó con un mensaje de texto: *No está conectado. Ha proporcionado un nombre de usuario o contraseña incorrectos. Por favor, vuelva a intentarlo o contacte con el personal de soporte técnico .*

Richard suspiró. Intentó con nuevas combinaciones de letras.

No pasó nada.

Volvió a empezar. Metió un CD.

Empezó a escribir en DOS.

No pasó nada.

Siguió tecleando. Escribía frenéticamente.

Jorge echó a un lado una pila de ropa sin lavar y se sentó en la cama. Ni siquiera intentó comprender lo que hacía el friki. Con tal de que consiguiera entrar en el ordenador. Miró a su alrededor. En las paredes: pósteres de las tres primeras películas de *La guerra de las galaxias* . Quizá ediciones originales. Luke Skywalker con pose mesiánica y la espada láser dirigida hacia el universo. Yoda, con una vara y cara arrugada. Sin duda imágenes estéticas. Jorge nunca había entendido la ciencia ficción.

Pensó en las chicas de Smådalarö. Muchas de origen de Europa del Este. Como Nadja. Algunas hablaban sueco bien. Algunas eran tías suecas. La mezcla: vikingas, pateras, asiáticas. Conocía la importación de mujeres del Este. Se encontraban en el país de manera ilegal. Estaban enganchadas. Vivían amenazadas por los chulos. No tenían mucha posibilidad de elección. Pero ¿las otras? ¿Cómo habían acabado en esa mierda?

Richard empezó a explicar:

—No lo consigo. La información que quieres está en el disco duro. He intentado reinstalar Windows XP, que es el sistema operativo del ordenador, con mi propio CD. El nombre de usuario y la contraseña son parte del sistema operativo, así que si instalamos uno nuevo desaparecen, había pensado yo. El problema es que este sistema tiene algún tipo de encriptación de la información en el disco duro. No basta con volver a instalar Windows. Tengo que desencriptarlo. Puede llevar un poco.

—¿Cuánto tiempo?

—En casa no tengo los programas para eso. Tengo que bajármelos. Currármelo un poco. Necesito tres, quizá cuatro semanas.

—¿De verdad que no lo puedes hacer más rápido?

—No lo sé. Tengo mucho que estudiar ahora.

Jorge pensó: mejor hacerle un poco la pelota al friki. Le dijo:

—Haz todo lo que puedas, te pagaré bien.

Richard cerró el portátil.

—También ibas a ver lo de las fotos —dijo Jorge.

Entraron en la página de Hotmail de Jorge. Bajaron las fotos.

Richard abrió un programa de tratamiento de imágenes de Adobe.

Hizo clic en «Abrir dentro de Archivo».

Aparecieron cinco fotos en la pantalla.

La primera: Sven Bolinder en un sillón con una chica joven en las rodillas.

Su cara de perfil.

La segunda: un hombre en otro sillón. Una chica sentada en el reposabrazos.

Se besaban.

Tercera foto: la espalda de un hombre que se metía mano con una chica contra la pared. No se veía ninguna cara. Mierda.

Cuarta: el mismo hombre contra la pared, miraba por encima del hombro de la chica. Amplia sonrisa.

Ultima: un cuarto viejo junto a un sillón. Una chica de rodillas en el sillón, una mano por encima del pantalón del viejo, sobre su polla. Él sonreía.

Todas las fotos: pésima calidad. Parecía que Jorge había fotografiado fantasmas borrosos.

Richard aumentó con el zoom las imágenes.

—¿Qué coño es esto?

Jorge no sabía interpretarlo: ¿el friki quería decir que no veía lo que había en las fotos o estaba impresionado por lo que acababa de ver que había en ellas?

—Fotos que quiero que se vean mejor. Sólo voy a ser yo el que las vea.

—Jorge, ¿a qué te dedicas en realidad? —Los ojos de Richard estaban abiertos de par en par.

—Relájate. No soy ningún detective de infidelidades si es lo que crees. Ni siquiera sé quiénes son esos viejos. No es nada peligroso. Tú sólo ayúdame.

Richard rezongó. Se volvió a girar hacia las pantallas. Empezó a hacer clic en los iconos del programa y en las fotos.

Siguió trabajando. Cambió la luminosidad. Probó diferentes soluciones, calidad de pixelado, conversión, contraste. Aumentó las imágenes, cambió la coloración, retocó partes borrosas.

Trabajaba febrilmente.

Pasó una hora.

Jorge preguntó cuánto tiempo le iba a llevar.

Richard indiferente:

—¿Esto? Puede llevarme toda la noche. Cuando me pongo no paro.

Jorge captó la indirecta. Dio las gracias.

Hablarían al día siguiente a la hora del almuerzo.

Salió.

Bajó por Lundagatan.

En el metro de camino a casa: pensamientos. Los asquerosos viejos selectos no estaban contentos con sus vidas. Obligados a tirarse a putas adolescentes para sentirse bien. La hipocresía de los suecos, desenmascarada. El mundo de los pateros era más honesto. La Suecia de los inmigrantes era más honesta.

Por algún motivo, esa noche durmió bien.

Al día siguiente, a las doce y media llamó el friki de la informática.

—¿Has arreglado las fotos?

—¿Que si las he arreglado? Parece que las han hecho con una cámara de doce megapíxeles y flash, por lo menos.

—¿Y?

—He pasado las fotos por algunas bases de datos. Pensé que te gustaría.

—¿Bases de datos?

—Sí. ¿No quieres sabes quiénes son los viejos?

Más de lo que Jorge se había esperado. Sintió que la piel se le erizaba.

Demasiado.

Richard continuó:

—El de la tía en las rodillas es Sven Bolinder. Presidente del consejo de administración y dueño principal de una de las principales compañías bursátiles de Suecia. Al que le besan, es el heredero de una empresa, no creo que la conozcas, pero es grande de cojones. El tío contra la pared con esa sonrisa de friki es amigo del rey y un verdadero pijo. Por último, pero no por eso menos importante, el hombre al que le están dando un masaje en la polla era el más fácil, es un Wallström.

Jorge no tenía ni idea de las compañías que le había dicho Richard. El mundo de la Bolsa no era lo suyo.

Pero entendió lo suficiente: eran peces gordos.

Él y Richard llegaron a un acuerdo. Jorge iría allí a recoger las fotos arregladas.

Salió disparado del piso. Fue corriendo a la estación de cercanías.

J-boy: como él siempre había dicho, el rey de los reyes. El cazador de gigantes de la Bolsa/finanzas; alarma en la ciudad. Jorgelito: el patero de los pateros al que desearíais no haber conocido jamás.

Una especie de victoria al alcance de la mano.

CUMPLEAÑOS DE LA PRINCESA:

GLAMUROSA FIESTA PARA LOS JÓVENES DE LA FLOR Y NATA DE LA SOCIEDAD

Svensk Damtidning

De: Britt Bonde

Fotografía: Henrik Oisen

El gran acontecimiento de antes del verano en los círculos glamurosos de la capital tuvo lugar naturalmente cuando la princesa Magdalena celebró su cumpleaños en Solliden el 10 de junio. La fiesta la organizó, por supuesto, el nuevo favorito de Stureplan, Carl Malmer, al que sus amigos llaman Jet-set Carl, organizador de eventos y amigo personal de la princesa. Presentes se encontraban papá el rey y mamá Silvia, así como toda la flor y nata de los jóvenes de la sociedad de Estocolmo, que además de disfrutar del champán y un bufé italiano bailaron con la música que E-Type ofrecía desde el escenario en un concierto especial de cumpleaños. La princesa estaba resplandeciente con su temprano y siempre uniforme «bronceado Saint-Tropez» y con Jonas a su lado. La princesa heredera Victoria felicitó a su hermana y le entregó su regalo: una caseta para perro con motivos lacados, Mini One, diseño de Ernst Billgren. Todos los amigos de la princesa pasaron juntos una larga velada y a las doce se ofreció un tentempié, tentación de Jansson^[87]. ¡Luego el grupo de la princesa siguió divirtiéndose toda la noche!

Las amigas de la princesa Sophie Pihl y Anna Rosensvärd estaban como de costumbre con espíritu de fiesta.

Carl Malmer, «Jet-set Carl», y su amiga (¿novia?) Charlotta «Lollo» Nordlander. Carl organizó la fiesta.

El grupo de chicos formado por el barón Fredrik Gyllenbielke, Niklas «Nippe» Creutz y Johan «JW» Westlund se divertieron en la pista de baile.

La protagonista del cumpleaños, la princesa Magdalena, abrazada por su Jonas.

PARTE IV

(TRES MESES MÁS TARDE)

Capítulo 53

JW vivía la vida marginal. Y durante ese tiempo Nenad tenía contacto regular con él. Habían pasado casi tres meses desde que JW se había decidido; quería jugar con los grandes. No entendía muy bien por qué él hacía falta en la ecuación pero aparentemente era importante para Nenad. Iba a recibir su parte del pastel. Tras regatear por aquí y por allí quedó en un quince por ciento. Si todo tenía éxito, llegaba todo el cargamento y la venta funcionaba sin fricciones a buenos precios, entonces sacaría más de seis millones. Por Dios.

El blanqueo de dinero lo resolvía todo. Hacía apenas tres meses todo había encajado. Las compañías y las cuentas en la Isla de Man, las compañías en Suecia, las facturas, los contratos de préstamo y los contratos de trabajo. Bien montado de la hostia.

A JW le gustaba su propia planificación. La colocación, cuando el dinero al contado de JW proveniente de la venta de farlopa se transfería como pago de costes de marketing inexistentes en Inglaterra. Él mismo se hacía las facturas de las empresas de marketing y publicidad inglesas que se había inventado. Todas tenían el mismo número de cuenta, es decir, una de las cuentas de su propia empresa en el Central Union Bank. No tenía nada de extraño; su negocio de mentira era, sobre el papel, de muebles antiguos ingleses. Sus dos personas de contacto en Handelsbanken y en el SEB le adoraban. Cada vez que les veía, JW les lanzaba cumplidos, les hacía reír y escuchar sus historias sobre nuevos sillones con tapicería de piel o mesas de centro con patas de mármol. La confianza era máxima. La fase uno del traslado, convertir el metálico en registros electrónicos, se hacía sin problemas. La siguiente fase, la ocultación, consistía en transferir el capital a la empresa de JW en la isla. La empresa tenía un nombre, K Solutions Ltd. Le gustaba lo recurrente de la K^[88]. El dinero estaba protegido, oculto, seguro. Nadie más que JW tenía permiso para saber cuánto había y dónde estaba.

La última fase era genial: el propio blanqueo. K Solutions Ltd. prestaba dinero a la tercera de las empresas suecas de JW, JW Consulting AB. Los contratos de préstamos estaban formalizados por el propio agente bancario de JW que documentaba las transacciones. El interés y las cuotas estaban fijados. Se habían adelantado cláusulas contractuales: *event of default , governing law , termination clauses* ^[89] ; todo según la jurisdicción de la Isla de Man. Desde la perspectiva de las autoridades suecas, la compañía sueca de JW recibía préstamos de una empresa extranjera. Y eso no tenía nada de extraño. Los contratos estaban en orden. Un ciclo sin fin muy estudiado: JW pagaba facturas a su propia compañía, que le prestaba dinero; él se pagaba intereses a sí mismo. JW Consulting AB se iba llenando, tenía ya en caja medio millón de coronas, completamente legales. Si alguien se preguntaba para qué quería el

dinero la empresa, la respuesta era obvia: cubría los costes iniciales del arranque de la compañía, por ejemplo, coche de empresa y teléfono móvil para JW. A eso se le unían las posibilidades de invertir falsamente el dinero y obtener ganancias que se convertirían en el capital propio total de la empresa. Y lo mejor de todo: los intereses de los pagos a la empresa de la isla eran deducibles.

La empresa sueca compró el BMW que JW anhelaba por doscientas mil coronas al contado. El resto a plazos. Oficialmente era de la compañía, pero JW disponía libremente de él. El día que lo recogió del concesionario fue uno de los mejores de su vida, en realidad mejor que el día en los almacenes de lujo en Londres.

Comprar un piso era más difícil. Las personas jurídicas normalmente no podían comprar viviendas. La empresa de JW no podía ser la que hiciera frente a los pagos de manera oficial. La solución fue que JW Consulting AB convocó junta general de accionistas. Se firmó el acta con la decisión de que JW se daría a sí mismo un dividendo de trescientas mil coronas.

El resultado de todas esas legalidades fue que la semana anterior había pagado trescientas mil coronas como señal por un apartamento de un dormitorio y salón de lujo recién renovado de sesenta metros en Kommendörsgatan. Precio total: tres millones doscientas mil. Lo valía; desde luego el apartamento no era enorme, pero bastaba. Suelo de parqué, techos altos, estuco, ventanas profundas, chimenea francesa creaban el ambiente adecuado. No le quedaba dinero para muebles estupendos, pero no pasaba nada; cuando llegara el gran cargamento y se hubiera iniciado la venta, JW se volvería loco comprando en Nordiska Galleriet. De acuerdo con su posición. En línea con la imagen que tenía de sí mismo.

Todo había ido muy rápido. En unos meses había pasado a vivir al mismo nivel que Nippe, Putte, Fredrik y los demás. Poseía coche y piso en Östermalm.

Las cosas sólo podían ir a mejor. Desde la primavera pasada se sacaba una media de doscientas mil al mes. Él y Jet-set Carl eran un equipo impresionante. Carl se encargaba de las fiestas, invitaba a la gente, se encargaba de las relaciones públicas. JW garantizaba el desmadre y narices hasta arriba. El dinero se mandaba de Suecia a la oficina de K Solutions Ltd. en la Isla de Man y de vuelta a JW Consulting AB. Era un proceso complicado, caro y que llevaba tiempo. Pero cuando llegara el cargamento grande, merecería la pena cada corona.

Había intentado explicarle el sistema a Abdulkarim. El árabe comprendió vagamente la grandeza de todo y quiso participar. JW se ensalzó a sí mismo, era el hombre de la planificación a largo plazo; hasta había organizado por anticipado una empresa en la isla y abierto cuentas. Ahora que Abdul estaba interesado había posibilidades de

llevarle también sus asuntos. Era fácil activar la otra compañía y poner en marcha un negocio aún mayor.

Incluso Nenad tuvo elogios, le parecía muy bien. Pidió participar. JW se puso en marcha encantado. Consiguió nuevas compañías existentes sin actividad actual. Abrió cuentas. Preparó contratos. En un mes el árabe, el serbio y cualquiera más que quisiera participar podrían comprar su acceso al sistema de JW. Entrada: dinero totalmente negro. Salida: pasta totalmente limpia.

JW sabía desde hacía tiempo que Sophie conocía a la princesa Magdalena. Pero la sensación de poder participar y además de verse en las páginas de la revista de cotilleos fue de una alegría comparable a la de la compra del coche.

Por lo demás, Sophie había dejado de preguntar por Jorge y los demás. ¿Quizá le había bastado con quedar con el chileno una vez? JW no estaba seguro, a veces parecía como si ella le estuviera dejando. ¿Era porque notaba que él tenía demasiados secretos? Su constante inseguridad. ¿Debería dejarle conocer a sus colegas de trapicheo? Era imposible. Un revólver sin seguro contra la sien de JW. Vale conocer a Jorge y contentarse con eso, pero los tacos del árabe y las bromas lerdas de Fahdi... jamás.

JW apartó la idea. Era agradable que Sophie hubiera dejado de preguntar. Al mismo tiempo crecía el miedo de que todo se fuera a la mierda. No podía estropearse todo ahora. No cuando estaba a punto de convertirse a sí mismo en una realidad.

Esperaba tener noticias de la policía sobre nuevos descubrimientos relacionados con Camilla pero no pasaba nada. A finales de junio, casi medio año después de haberles informado de lo que sabía, se decidió a llamar al investigador.

No le hizo ni caso. El policía le explicó que en realidad no tenía derecho a que se le hiciera partícipe de la instrucción del sumario sobre la desaparición de Camilla. Por la normativa de confidencialidad, ya sabes. Si el policía se dignaba a comunicarse con alguien, sería con los padres, Margareta y Bengt Westlund, no con JW. En el caso en cuestión no se había realizado ningún avance, por lo tanto no había nada de lo que informar.

Se quedó sentado con el auricular en la mano durante media hora y con la mirada fija hacia delante. No lo podía entender. ¿A qué demonios se dedicaban? Les había dado la cabeza del profesor de la Komvux en una bandeja de plata. Claro que Jan Brunéus tenía que ver con la desaparición de Camilla.

A veces sopesaba enviar a Fahdi a ver a Brunéus. Meterle un poco de presión para hacer hablar al profesor de la Komvux.

JW llevaba su negocio de coca de manera ejemplar. Pero mientras la cara de Camilla fuera lo primero que había en su retina cada mañana no podría tener paz.

Al día siguiente llamó a su madre. No había hablado con ella desde hacía meses.

—Johan, llamas muy pocas veces y no contestas cuando intento llamarte. —Lo primero que hizo fue hacerle sentir con mala conciencia. No era de extrañar que no llamara con más frecuencia.

—Lo sé, mamá; perdona. ¿Cómo estáis?

—Como siempre. Aquí arriba no cambia nada.

JW entendió. La añoranza aún se oía como un peso sobre su voz.

—Ayer me dijo una amiga que habías salido en una foto de *Svensk Damtidning*. Fui corriendo a comprar la revista. Pensaba llamarte hoy. Qué bien, Johan. En la fiesta de la princesa y todo. ¿Viste al rey?

—Pues sí. Estaba muy contento y parecía agradable.

—No sabía que conocías a esa gente.

—Son amigos de la universidad. Gente agradable.

—Papá ganó ayer con un boleto de lotería. ¿Te lo puedes imaginar? Rascó y le salieron tres dibujos de mil. Primero no lo vimos. Lo rascamos juntos. Lo máximo que habíamos ganado hasta ahora había sido cien coronas.

—Ah, qué bien. ¿Comprasteis más boletos luego?

—No. Nos fuimos a comer a Robertsfors.

A JW le alegró que le contara eso. Por lo que sabía, desde la desaparición de Camilla no habían salido, ni siquiera al único restaurante decente de Robertsfors.

—Mamá, hay algo que quiero contarte.

Margareta se quedó callada. Notó en la voz de JW de qué se trataba.

—La policía tiene nueva información sobre Camilla.

Él notaba la respiración de ella al otro lado del auricular.

Siguió contando. Soltó toda la historia de Jan Brunéus.

Cuando terminó, Margareta preguntó cómo podía saber eso.

Él evitó contestar.

—Mamá, tienes que llamar a la policía. Sé que no te gusta pero tienes que hacerlo. Enterarte de qué más han averiguado. Presionarles para que agilicen la investigación. Tenemos derecho a saber lo que pasó.

—Yo no puedo. Que llame papá.

JW habló con Bengt. El padre estaba de mal humor. JW volvió a explicarlo. Como si no quisiera entenderlo. Hizo preguntas tontas.

—¿Por qué asistía tan poco a las clases de la Komvux? Sabía perfectamente que las faltas de asistencia bajan la nota.

La frustración crecía. Al final JW casi gritó:

—¡Si no llamas a la policía no volveréis a saber de mí!

Era una amenaza que le pareció muy fea. Pero ¿qué podía hacer?

Pidió perdón.

Bengt prometió llamar a la policía.

JW sentado en su precioso piso nuevo, sobre la cama. Dobló las piernas contra el cuerpo.

Se planteó llamar a Sophie. Contarle todo sobre sus padres.

Sobre Camilla.

No, no era capaz.

Al día siguiente trabajó de nuevo en lo habitual, el proyecto de Abdulkarim, la venta de coca, la expansión, la colaboración con Jorge. Los preparativos para el gran cargamento con Jorge y Abdulkarim. El árabe había vaciado el mercado de coca deliberadamente. Quería forzar una subida del precio ante la llegada del cargamento. Para JW eso significaba más tiempo de estudio, lo cual le hacía falta.

Le filtraba información a Nenad como un colador. Le llamaba varias veces a la semana y le daba un informe. Empezaba a parecer normal.

Y así, un día de junio llegó el mensaje: los repollos de Inglaterra habían crecido del todo. Eran lo suficientemente grandes y compactos. En una semana llegarían, empaquetados en contenedores.

JW y Abdulkarim habían contratado una firma de logística verdadera. Schenker Vegetables AB. Habían contratado un almacén en las afueras de la ciudad donde se guardaría la mierda, habían hablado con los ingleses sobre las garantías de precio y los controles de calidad, se habían encargado de que los conductores adecuados se ocuparan del cargamento. Preparado y organizado al máximo.

Pronto inundarían las poblaciones del extrarradio de Estocolmo con grandes cantidades.

JW y Jorge habían planificado, pensado. Organizado a los camellos a partir de las nuevas cantidades que iban a estar disponibles.

La tensión se notaba espesa en el aire de los días previos al verano.

Si todo salía bien, dentro de unos meses JW sería multimillonario.

* * *

INFORME DE QUIEBRA

GENERAL

Deudores

Videospecialisten i Stockholm, Sociedad Anónima; 556987-2265

Videokamraten, Sociedad Anónima; 556577-6897

Domicilio social: Estocolmo

Representante

Administrador Christer Lindberg

Ekholmsvägen 35

12748 Skärholmen

Sustituto Evan Grönberg (fallecida)

Portholmsgången 47

12748 Skärholmen

Interventor

Mikhael Stoianovic

Capital social

100 000 coronas

Fecha de la quiebra

10 de junio de este año

Síndico de la quiebra

Göran Grundberg

RESUMEN DE ACTIVOS Y DEUDAS

El inventario de la quiebra muestra principalmente lo siguiente.

Activos

(principalmente metálico, 11 240,00 inventarios y activos actuales en forma de películas de vídeo y DVD)

Deudas

Deudas con prioridad (reclamaciones de Hacienda) 174 612,00

Párrafo 11 de la ley de prelación de créditos

Deudas sin prioridad 43 268,00

Deficit sobre el inventario 206 756,00

El inventario ha sido confirmado bajo juramento por parte del administrador de la compañía.

INTRODUCCIÓN

General

Desde hace un tiempo estoy investigando una serie de empresas que se sospecha que forman parte de lo que se denomina un entramado de blanqueo de dinero. Los deudores en cuestión Videospecialisten i Stockholm, Sociedad Anónima (en adelante, Videospecialisten) y Videokamraten, Sociedad Anónima (en adelante Videokamraten) están bajo sospecha de formar parte de un grupo de empresas relacionadas con la denominada mafia yugoslava de Estocolmo. Otras compañías que están en la misma esfera son Clara's Bar & Co AB, Diamond Catering AB y Rivningsspecialisten i Nälsta AB. Las actividades de las compañías son diversas, pero los denominados propietarios en la sombra son probablemente los mismos.

Los deudores

En septiembre del año pasado, Christer Linderberg adquirió Videospecialisten a Ali Köyglu, quien anteriormente llevaba una tintorería como actividad de la empresa. Según informaciones de Christer Lindberg, el precio de compra fue de ciento treinta mil coronas. No se ha podido confirmar la información con Ali Köyglu. Videokamraten lo compró Christer Lindberg en el mismo mes a Oz Izdan, quien anteriormente llevaba un videoclub como actividad de la empresa, entonces con el nombre de Karlaplans Video AB. Christer Lindberg afirma no recordar el importe de la compra. Öz Izdan se ha negado a contestar a preguntas sobre la venta. Según Christer Lindberg no se formalizaron documentos por escrito de la venta.

Christer Lindberg no ha sido diligente durante su periodo de propiedad. No ha llevado la contabilidad ni la dirección de la empresa.

Antecedentes de la insolvencia y momento en que tiene lugar

Las deudas son principalmente reclamaciones de Hacienda. Las compañías se han dedicado probablemente al blanqueo de dinero para los dueños en la sombra. Se ha llevado una contabilidad oculta y secreta que demuestra que los verdaderos ingresos ascienden a lo siguiente (medias calculadas a partir de los primeros seis meses de actividad): Videospecialisten: 52 017 coronas. Videokamraten: 46 122. Durante el periodo de noviembre a marzo del año actual se han presentado a Hacienda unas ganancias muy infladas para cada empresa y mes. Dinero que no ha sido resultado de los ingresos por la actividad de la compañía.

En abril se redujeron de manera marcada los ingresos a Hacienda y se cree que es porque se basaron en los ingresos verdaderos de la compañía. Hacienda calculó la base impositiva de las compañías según los ingresos declarados en anteriores años fiscales, es decir, basándose en los ingresos ficticios. Por lo tanto, la insolvencia ha sido causada por la carencia de medios con los que pagar las deudas contraídas con el fisco. El momento de la insolvencia ha tenido lugar a finales del mes de mayo para ambas compañías.

Quiebra, etcétera

El once de mayo de este año el Servicio de Embargos Ejecutivos solicitó que las compañías se declararan en quiebra. El tribunal declaró las compañías en quiebra el doce de mayo. Christer Lindberg no tenía ninguna objeción al fallo. Ha sido convocado en varias ocasiones a realizar una declaración jurada sobre el inventario de la quiebra. No se ha presentado voluntariamente. El doce de junio el tribunal tomó la decisión de que le trajera la policía, con lo que Christer Lindberg compareció. Declaró bajo juramento que no tenía conocimiento de que

parte de los ingresos declarados de la empresa no provinieran de la actividad del videoclub.

Sospechas de delito

El abajo firmante considera que Christer Lindberg ha sido lo que se denomina un testaferro en la empresa. No ha tenido control sobre la actividad, sino que sólo ha servido como la persona física responsable de la actividad de la empresa en algunos casos. Hacienda ha presentado una denuncia por sospecha de delito a la Autoridad de Delitos Económicos y se ha abierto un sumario. La investigación del delito en la quiebra se ha realizado en colaboración con Hacienda y la Autoridad de Delitos Económicos.

Göran Grundberg

Capítulo 54

Las vacaciones habían empezado hacía una semana. Su hija estaba por fin a salvo; Lovisa y Annika se habían ido a España tres semanas. Mrado pagó el chárter. También les había alquilado una casa de verano en Bergshamra, quince minutos al sur de Norrtälje. Una casa con ambiente genuino, paredes de madera rojas con esquinas blancas. Una gran superficie de césped para que Lovisa diera volteretas. Y la puta de Annika y sus amigos podrían divertirse como desearan, jugar al croquet, *kubb*, badminton. Debería ser el paraíso.

Mrado esperaba que se mantuvieran lejos de Gröndal todo lo posible.

Debería funcionar. La casa estaba bien equipada, había lavadora, lavavajillas, televisión y vídeo. Lovisa y Annika pasarían un buen verano, lejos de la ciudad. Era una solución temporal pero servía perfectamente por el momento.

Mrado se sentía relativamente seguro. Apenas hacía dos meses que había conseguido un nuevo piso. Había instalado alarma. Había comprado un coche nuevo. Se había hecho con un apartado de correos, había dejado de entrenar en Fitness Club, había cambiado de móvil.

Había contratado a Ratko como guardaespaldas: el antiguo colega contratado para encontrarse cerca de Mrado en los momentos delicados. Descubrir posibles subordinados de R antes de que les diera tiempo a actuar. Cubrir las ráfagas de bala con su chaleco kevlar. Ratko cobraba, pero lo valía. Lo importante era causar impresión a Radovan; Mrado bien protegido y jugando al mismo nivel que Don R.

Mrado había comprobado en quiénes podía confiar. Estaban informados: Ratko, Bobban y unos tíos del gimnasio. En unos días Mrado y Nenad saldrían a la luz. Le darían a Radovan su visión del concepto de camaradería serbia.

Riesgo de confrontación. Riesgo de paliza brutal. Riesgo de daños. Pero Mrado estaba seguro: cuando interceptaran el gran cargamento de coca, Nenad y él serían los nuevos reyes.

La división del mercado funcionaba perfectamente en principio. Los Ángeles del Infierno y Bandidos MC habían enterrado el hacha de guerra. Sólo que era un logro de Mrado. Bandidos habían dejado parte de la venta de cocaína en el centro de la ciudad y su actividad de chantaje en los guardarropas. Por el contrario, habían aumentado su actividad de protección en las poblaciones del extrarradio sur. Los Ángeles del Infierno habían aumentado el contrabando de alcohol en toda la parte central de Suecia, pero habían disminuido la actividad de

protección en Estocolmo. Original Gangsters seguía adelante con los robos de valores en transportes blindados. Habían reducido el negocio de la farla en el extrarradio. Vendían mucho en los municipios más alejados del norte. Los únicos que pasaban de todo eran la banda Naser, difíciles de influenciar.

En general, los grupos podían concentrarse. Consolidarse. Desarrollar áreas. Aumentar los márgenes. Aumentar los ingresos. Sobre todo, podían protegerse de los infiltrados del proyecto Nova.

Tras la degradación de Mrado y las complicaciones con los videoclubes, los problemas de sueño alcanzaron proporciones absurdas. Se metía pastillas como un jubilado con tensión alta. No estaba bien. Esperaba mejorar cuando hubiera plantado cara a Radovan.

Tres deudas gordas con Hacienda. En total, más de doscientas mil coronas.

La solución: sacrificar las compañías. El testaferro Christer Lindberg, vikingo elevado a la décima potencia, se llevaría el golpe. Era para eso para lo que le pagaban.

Y nada apuntaba a Mrado.

El problema que no había manera de solucionar era que Mrado necesitaba dinero fresco para financiar la protección de Lovisa en el futuro, sobre todo la posible compra de un nuevo piso para ella y Annika.

Sopesó la idea de Nenad: utilizar al genio del blanqueo de dinero, su chico, JW. Aparentemente, el pijo quiero y no puedo creaba fantásticas estructuras para el blanqueo de grandes cantidades. De todas todas, iba a hacer falta tras la venta del gran cargamento.

Mrado y Nenad de planificación intensiva. Faltaban dos días para hacer patente su deserción al jefe yugoslavo.

¿Por qué lo hacían antes de la llegada del cargamento? ¿No era innecesario? Mrado discutió el asunto con Nenad; no podía ser de otra forma. Era la manera serbia: haz saber a tu enemigo que es tu enemigo. Mrado y Nenad iban a hacerlo bien.

Además, Abdulkarim había sido informado hacía tiempo de que Nenad había sido apartado de la farla. El árabe también había sido informado de quién era su verdadero jefe. El tío seguro que llevaba tiempo sospechándolo. El cabrón del árabe había tomado claramente partido por R. Se negaba siquiera a hablar con Nenad, eso enviaba una señal clara: eres un pringado, yo estoy en ascenso. Con otras palabras, no importaba que Radovan supiera que Nenad iba a ir por su cuenta. Oficialmente, Nenad no había recibido ninguna información durante los

últimos tres meses. Rado y Abdulkarim pensaban que estaba fuera de juego. Su error: no tenían ni idea de la filtración en sus filas, JW.

El cargamento llegaría al aeropuerto de Arlanda el 23 de junio, en seis días.

El plan de Mrado y Nenad era sencillo. JW se encargaba de todo. Dos camiones de Schenker Vegetables contratados para recoger los contenedores. JW había hablado con los conductores. Sabían el destino final de los contenedores, no era los almacenes o las tiendas de ICA, Coops o Hemköps, sino las naves de almacenaje refrigeradas de Västberga. JW y algunos tíos más de Abdulkarim vigilarían el cargamento todo el camino desde Arlanda. Recogerían la mierda en la nave. Abdulkarim y unos operarios recogerían los repollos de farla. Y ahí era donde Mrado y Nenad entraban en escena. JW les había descrito todo lo que sabía. El chaval esperaría en las naves de almacenaje refrigeradas. Se encargaría de que Mrado y Nenad entraran. Luego era asunto de ellos reducir a la gente, probablemente Abdulkarim con su perenne acompañante Fahdi, más los tíos que ayudaran a vigilar el transporte. En el caso de JW, tenía que haber una maniobra fingida de algún tipo, tendrían que atarle o algo así. Si hacían falta armas no había problema.

Mrado estaba deseando que llegara el ataque.

Era el momento de salir del armario: presentarle a Radovan el hecho de que él era el enemigo número uno. Mrado y Nenad quedaron en el exterior del centro comercial Ringen, como siempre. Eran las doce de la noche. Cogieron el coche nuevo de Mrado, un Porsche Carrera. Tenía un aspecto divertido; Mrado tuvo que apretujarse para ponerse al volante. Nenad se sentó en el asiento del copiloto.

Se dirigieron a Näsbyark, la casa de Radovan. Irían sin avisar.

Mrado se sentía desnudo sin Ratko.

Nenad y él discutían todo el tiempo sobre lo que pensaban.

Nenad acababa de hablar con JW.

—Tenemos todo preparado, pero existe el riesgo de que Rado se eche para atrás cuando le contemos lo que vamos a decirle. Que opte por hacer cambios en parte de la planificación del cargamento. No hay mucho que podamos hacer al respecto, salvo ser flexibles.

Mrado se frotaba los nudillos de una mano. Conducía en silencio. Nenad dijo.

—¿Por qué estás tan callado? No vamos a un puto entierro. Hoy es un día grande, un día de celebración.

—Nenad, eres mi amigo. Me conoces. He trabajado más de diez años para Radovan. Antes de eso él y yo estábamos a las órdenes de Jokso. He luchado en la misma unidad que Radovan. Hemos vivido en el mismo búnker en las afueras de Srebrenica durante cinco semanas bajo un bombardeo masivo. Hoy le voy a comunicar mi traición. ¿Crees que estoy contento?

—Te entiendo. Pero no eres tú el que ha empezado. Radovan te humilló primero. Sin motivo. Así no se trata a un compañero de armas. Después de todo lo que hemos hecho por él. Todos estos años, sacrificios, riesgos.

—No me ha tratado como a un compañero de armas.

—Exactamente. No te ha tratado con la dignidad que te mereces. Mi abuelo me contó una historia de la guerra, de la Segunda Guerra Mundial. ¿Te he contado lo del ayuno?

Mrado negó con la cabeza.

—Mi abuelo había luchado con los partisanos. El invierno de 1942 le capturaron en Ustasa. Le metieron en un campo de prisioneros alemán en las afueras de Kragujevac. Las condiciones eran lamentables, no les daban comida, les pegaban a diario, no veían a sus familias. Sufrían enfermedades, pulmonía, tifus y tuberculosis y caían como chinches. Pero mi abuelo era duro. Se negaba a rendirse. Llegó la primavera y se aproximaba la pascua. Mi abuelo y algunos otros presos decidieron celebrar la pascua como Dios manda. Ya sabes, como los ortodoxos serbios, con ayuno. Trabajaban en algún tipo de factoría que fabricaba llantas. Desde las siete de la mañana hasta las doce de la noche, normalmente con una pequeña comida al día. Un carcelero alemán se enteró de que ayunaban y no comían carne, huevos o leche ese día para recordar el sufrimiento de Cristo. Habló con el jefe del campo y obtuvo permiso para encargarse de la comida extra. En el suelo, en la fábrica donde mi abuelo trabajaba como un esclavo, el carcelero dispuso una mesa de festín, jamón, salchichas, chuletas, hígado, pescado, quesos, huevos. Mi abuelo estaba en los huesos y muerto de hambre ya antes del día de ayuno. Tenía escorbuto, los dientes se le caían como a un crío de seis años. El carcelero les gritó: ¡El que coma se evita trabajar toda la semana! Imagínate la tentación, atiborrarte de comida una única vez. Poder descansar. Pero habían prometido cumplir el ayuno ortodoxo. El guardia intentó arrastrarlos a la mesa y obligarlos a comer. Un hombre no tuvo fuerzas para resistirse. El carcelero consiguió tirarle. Le sujetó las manos de alguna manera y le obligó a abrir la boca. Entonces intervino mi abuelo. Golpeó al alemán con una barra de hierro en la cabeza.

Mrado interrumpió el relato de Nenad:

—Bien hecho.

—Sí, el carcelero cayó a plomo. Cuando era niño siempre le preguntaba a mi abuelo cómo se había atrevido. ¿Sabes lo que decía?

—No. No he oído esta historia antes.

—Decía: No soy creyente ni religioso. Pero la dignidad, Nenad, la dignidad serbia... El carcelero estaba pisoteando el honor de ese hombre y por lo tanto también el mío. No hice eso por Jesús, sino por el honor. Mi abuelo acabó mal por lo que hizo. Recuerdo sus brazos arqueados cuando yo era pequeño. Pero nada podía con él. Sabía que conservaba su dignidad.

Mrado comprendió. Sabía que Nenad tenía razón. La dignidad estaba por encima de todo. Radovan había pisoteado la de Mrado.

Mrado debía devolver la patada. No había marcha atrás. Iban a la guerra.

Sólo uno de ellos resultaría vencedor. Mrado volvió a palpar una vez más. El revólver estaba en el bolsillo interior.

Dejaron atrás Djursholm. Pronto llegarían.

Näsbyark, tan tranquilo como siempre.

Aparcó el Porsche lejos de la casa de Radovan.

Se ajustaron los cierres de velcro de los chalecos antibalas. Comprobaron dos veces la munición de sus armas.

Se dirigieron serios hacia la casa.

El exterior estaba todo lo oscuro que puede estar en julio.

Radovan debería estar en casa. Conocían a su antiguo jefe. Cada dos jueves, el tipo jugaba al póquer por las noches con sus colegas de juego. Goran, Berra K y algunos otros tíos más mayores. Mrado pensó: a él nunca le habían invitado.

La partida solía terminar a las doce de la noche. Después, Rado se iba a casa.

Ya estaría en casa.

Mrado y Nenad subieron por el camino de gravilla hasta el acceso de la casa. Se encendió un foco automáticamente.

La puerta se abrió antes de que llegaran a llamar al timbre.

Stefanovic estaba en el hueco de la puerta con una mano dentro de la chaqueta.

Dijo con voz lenta, pronunciando claramente en serbio:

—¿Qué hacéis *vosotros* aquí a estas horas?

Mrado contestó:

—Venimos a ver a Rado. Suele estar en casa a estas horas. Es importante.

Stefanovic, totalmente vigilante. Delante de él: los dos hombres que Radovan había decidido degradar. Peligrosísimos. Uno, un asesino a sueldo, un mercenario, un extorsionador, una máquina de matar humana. El otro, un magnate de la cocaína, un traficante, rey de los chulos con debilidad por las acciones radicales.

Armados hasta arriba. Un paso en falso y la cosa podía explotar.

—Creo que Radovan ya se ha acostado. Lo siento. Podríais llamar mañana.

—No. Tiene que vernos ahora.

Stefanovic cerró la puerta. Mrado y Nenad se quedaron fuera.

Buscaron con la mirada movimiento tras las ventanas.

Pasaron tres minutos.

Entendieron que Rado había comprendido. Nunca se atrevería a dejarles entrar en su casa. ¿Cómo iba a saber si no habrían ido a cargárselo?

Stefanovic volvió a salir.

—Accede a veros. Acompañadme por aquí.

Stefanovic les guió ante él hacia el garaje; inteligente, él les veía pero ellos tenían que girar la cabeza para verle. Abrió la puerta del garaje. Mrado miró hacia el interior. Estaba a oscuras. Mrado adivinó un Saab y el Lexus de Rado. Además un Jaguar, una moto y el Range Rover que había recogido a Mrado para la reunión en la torre de saltos de esquí hacía tres meses.

Stefanovic les pidió que avanzaran. Posiblemente le diera tiempo a disparar a uno de ellos, pero no a los dos.

—Quedaos aquí. Voy a buscar a Radovan.

Se quedaron solos en el garaje. La puerta aún abierta. Mrado oyó un ruido y supo lo que era; Nenad sacó su pistola del bolsillo interior.

Mrado hizo lo mismo.

Oyó que la puerta de la casa se abría y volvía a cerrar.

No vieron a nadie, sólo oyeron la voz de Stefanovic:

—De acuerdo, queremos que volváis a guardaros las armas. Poned los brazos en cruz. Enseguida, vamos. Hemos decidido que tengáis vuestra conversación con Radovan en el garaje. Ya sabéis, su hija duerme en la casa y no quiere que la molesten.

Mrado siguió sujetando su revólver.

—Olvidalo. Aquí ya no va a pasar nada más incondicionalmente. Radovan tiene que llevar los brazos a la vista y a los lados cuando salga de la oscuridad. La cosa es sencilla. El que no lleve los brazos caídos va a acabar con el careto como un colador.

Mrado oyó que Radovan se reía en la oscuridad.

Al menos el tío conservaba el sentido del humor.

Salió. Los brazos caídos. Valiente.

Radovan, cara a cara con sus antiguos subordinados en rebeldía.

Mrado hizo lo mismo.

A Stefanovic se le veía. Los brazos rectos hacia abajo.

Nenad siguió el ejemplo.

Cuatro hombres en un garaje de lujo. Se miraban fijamente.

Radovan dijo:

—Y bien, ¿qué queréis a estas horas intempestivas de la noche?

—Ya te lo habrás imaginado. Sólo queríamos hacerlo cara a cara.

Radovan se rió.

—Sospechaba que iba a pasar. Nunca se te han dado bien los reveses, Mrado. Otro motivo más por el que no puedes estar en la cumbre. Y,

Nenad, tú tienes que aprender humildad. No puedes dejarme sin más en cuanto se te cambian las funciones, ¿verdad?

Mrado pasó de contestar a la provocación de Radovan.

—Se acabó. Hemos estado diez años juntos. Por Jokso, a las órdenes de Arkan, por Serbia. Pero se ha terminado. No sabes lo que es la gratitud, Radovan. No sabes lo que es el honor ni la justicia. Eso te debilita. Y te convierte en un perdedor.

Recuperó el aliento. Continuó:

—Podría haber sido diferente. Podrías haber construido esto sobre las mismas bases que Jokso. Sobre el respeto a los hombres y la humildad. Pero optaste por degradarnos. ¿Te pensabas que nos íbamos a tragar tu mierda? ¿Por quién coño me tomas? ¿Por un vikingo que se inclina y traga con que le den por el culo? Rado, tu tiempo ha llegado a su fin.

Mrado y Nenad salieron del garaje. No escucharon la posible respuesta de Radovan.

Capítulo 55

Examen retrospectivo de un método de extorsión de éxito. Habían pasado tres meses desde que Jorge había recibido las cinco fotos de los hombres poderosos. Le dio las gracias a Richard, el friki de los ordenadores, con toda su alma. Sorprendido de que el tío no hubiera solicitado participar en el cotarro. No se planteó en ningún momento llevar adelante el chantaje junto con J-boy.

Jorge había recibido las fotos impresas en papel fotográfico. La calidad seguía sin ser de primera pero se veía mejor quiénes eran y lo que estaban haciendo.

Escribió una carta para adjuntarla, se esforzó con el sueco:

La fotografía adjunta se le hizo en la fiesta de Sven Bolinder en marzo. Se le enviará a su esposa dentro de diez días. Para evitar que esto suceda, ingrese 50 000 coronas en la cuenta número 5215-5964354 del SEB como máximo dentro de una semana a partir de hoy.

Jorge se había puesto en contacto con un viejo yonqui. Había hecho que el tío abriera una cuenta en el SEB. Él se quedó la tarjeta del cajero y el número secreto. Sacaría el dinero ingresado lo antes posible.

Funcionó de puta madre.

Los cuatro viejos —uno salía en dos fotos— ingresaron la pasta dócilmente. Jorge no podía extorsionarlos a todos a la vez, puesto que la tarjeta tenía un límite de dinero disponible. Le metía mano a uno cada dos semanas.

Después de dos meses: J-boy doscientas mil coronas más rico.

El asunto más fácil de la ciudad.

Pobres diablos, no sabían que iba a volver.

Esperaba que Radovan se enterara de que alguien estaba jodiendo. Que alguien sabía a qué se dedicaba.

Abdulkarim metía presión.

—Tienes que organizar estructura. Conseguir más vendedores. Pronto viene un cargamento como de George Jung^[90].

Por fin, Abdulkarim le había dado información sobre el cargamento a Jorge. Se trataba de farla, claro. Muchos kilos, según el árabe, al menos cien. ¿Sería verdad? En ese caso, era el alijo más grande del que Jorge había oído hablar. Sus antiguos colegas de Österåker se desmayarían si lo supieran.

Habían cesado los comentarios sobre los asesinatos del burdel. Bullían otros rumores. Guerra dentro de la mafia yugoslava. Rebelión contra Radovan. Deserciones en la organización. ¿Qué implicaba para el proyecto de venganza de Jorge?

Unos días más tarde se enteró por Fahdi de quiénes eran los que habían dejado la organización: Mrado y Nenad. La casualidad le jugaba una mala pasada. Eran justo esos dos hombres los que estaban en segunda y tercera posición en su lista de odio, tras su antiguo jefe, Radovan. Mrado por el dolor. Nenad por Nadja.

A mediados de junio le llamó el friki de la informática. El tío había tardado lo suyo. Le echó la culpa a un campeonato de CS. Jorge pensó: Counter Strike, ¿qué más da? Deberías haber llamado antes.

Jorge intentó meterle presión. Sólo le iba a haber llevado unas semanas, y le había llevado dos meses. Pero no había mucho que pudiera hacer.

De todas maneras ya era el momento.

Recogió el ordenador en casa de Richard, el friki, ese mismo día.

Jorge, eufórico de camino hacia allí. Quizá había cosas en el portátil que pudieran hacerle ganar más pasta.

Subió por Lundagatan.

Llamó a la puerta de Richard.

Entró.

—Oye, yo no te conozco y no tengo ni idea de a qué te dedicas. Que lo sepas.

A Jorge el comentario le pareció extraño.

—¿Qué quieres decir?

—Nada en realidad. Sólo pensaba en el contenido del ordenador. Algunas cosas son, cómo lo diría, bastante tremendas.

Jorge sólo quería que le diera el ordenador y el contenido.

—Tranquilo, chaval. ¿Es que quieres más pasta?

—¿Pasta? No, sólo quería advertirte. Para que no te metas en líos.

Jorge no sabía qué esperar.

Le dio las gracias por la ayuda. Pagó. Se largó.

De camino a casa le dieron ganas de abrir el portátil en el mismo tren de cercanías. Se contuvo. Era mejor esperar.

En casa en Helenelund. Se sentó en el sofá.

Abrió el ordenador. La imagen del fondo de la pantalla: un ancho prado verde y cielo azul.

Miró el escritorio; no había demasiados iconos. Mi PC, la papelera de reciclaje, dos juegos de ordenador: Battlefield 1942 y The Sims; iTunes, Excel y el reproductor de Windows Media. Una serie de carpetas.

Empezó a revisar el interior de las carpetas, una a una.

Posteriormente pensó: si hubiera sabido lo que iba a encontrar, quizá no hubiera mirado.

Otra carpeta contenía páginas bajadas de Internet con imágenes de armas.

Una carpeta contenía archivos mp3.

La tercera carpeta: trucos para los juegos en inglés.

En la cuarta carpeta había nombres de chulos, sus alias y contraseñas. Al menos trescientos nombres. Jorge revisó la lista. Sobre todo vikingos, pero también algunos pateros. Fahdi también estaba. Jorge ya conocía su alias. Abdulkarim también estaba. Jet-set Carl también estaba. Los otros nombres no los reconoció Jorge; había que revisarlos más detalladamente. Una mina de oro en potencia.

Siguiente carpeta: borrador de la página web en la que se anunciaba el burdel. Fotos de mujeres. Textos cortos. Número de teléfono. Jorge pasó las imágenes. Chicas que posaban en habitaciones vacías con luces intensas. Encontró dos fotos de Nadja. Abandonada. Sola. Vulnerable.

La lista de nombres era buena. Las fotos de Nadja fueron duras de ver pero no devastadoras. Eso lo era el contenido de la última carpeta, un archivo MPEG que le hizo devolver.

Lo más enfermizo, lo más repulsivo que había visto.

Duraba cinco minutos. Lo suficiente para tener pesadillas toda la vida.

La escena de apertura: una habitación, luz fría, una mesa.

Dos hombres con pasamontañas arrastraban a una persona con una bolsa de tela sobre la cabeza. A juzgar por el cuerpo, era una chica.

Uno de los hombres: chaqueta de cuero oscura, cachas. El otro: con traje. Ambos hablaban en serbio.

Pusieron a la chica sobre la mesa a la fuerza. Con las manos atadas a la espalda. Se resistía todo lo que podía.

El grandullón le quitó la bolsa de tela. Una chica, hecha un mar de lágrimas. Rubia, aspecto nórdico. Gritó en perfecto sueco: ¡Soltadme, cerdos! Siguió dando berridos. Jorge no entendía todas las palabras. El grandullón dijo algo. Le pegó en un lado de la cabeza. Jorge reconoció su voz. Era Mrado. El tío trajeado le acarició la mejilla. Ella le miró a la cara, gritó. Unos segundos caóticos. La chica volvió a gritar: ¿Cómo coño pude estar contigo? Mrado sacó un revólver. Le metió el cañón en la boca. Ella se calló. El acero chirriaba contra sus dientes. Lloraba. El tío de la americana parecía cabreado. Le echó una bronca a la chica. No volverás a escupirme nunca más, puta de mierda. Se desabrochó los pantalones. Le arrancó a ella los suyos. Ella, tumbada inmóvil. El revólver aún en la boca. El hombre de la americana se sacó la polla. Obligó a la chica a tumbarse boca abajo. Mrado, con el cañón apoyado en la nuca, en lugar de en la boca. El tío de la americana la violó. Empujaba. Ritmo más rápido. Continuó durante dos minutos. Jorge vomitó. Había visto montones de pelis porno; pero esto era de verdad. El tío de la americana terminó. La chica, destrozada. Mrado levantó el arma. Miró a la cámara. Se le veían los ojos por los agujeros del pasamontañas. Dijo en sueco: Una advertencia para los que estéis pensando en jodernos. El último minuto. Levantaron a la chica hasta una silla. Los pantalones aún bajados. Mrado la golpeó en el estómago, en los brazos, en la cara. Las gotas de sudor salían volando. La sangre salía volando. Le rompió una ceja. Le rompió los labios. Las orejas inflamadas. Colgaban jirones.

La película terminaba de manera abrupta.

A Jorge la chica le recordaba a alguien, pero no identificaba a quién.

Lo único bueno: la repugnancia del vídeo. Debería ser una prueba de cojones contra Mrado. El tío iba a lamentar durante cien años haber apaleado a J-boy.

Por la noche.

Jorge no podía digerir la película MPEG. Supuso que se había utilizado como propaganda disuasoria para las putas que alteraran el orden.

Comprobó el archivo con más detalle; la película era de hacía aproximadamente cuatro años. ¿Ponían el mismo trailer una y otra vez?

Una parodia de sueño. Primero no conseguía dormirse. Cuando se dormía se despertaba varias veces cada hora. Fue al baño. Tuvo pesadillas. Le recordaba a las noches anteriores a la fuga de Österåker.

Estaba hecho una mierda. Vale ver porno y tan contentos, pero no violar y apalear en vivo delante de la cámara.

¿A quién le recordaba la chica violada?

Rebuscaba en la memoria.

Se sentía a gusto por haber acribillado al chulo y a la madame.

Ahora les tocaba a Mrado, el otro tío de la película y Radovan.

Los iba a machacar.

J-boy os está pisando los talones.

Por la mañana se tomó un café cargado. Tenía que ponerse en marcha. Tenía que olvidar. Era el gran día de Abdulkarim.

Iba a llegar el gran cargamento.

Jorge participó en los preparativos; iba a vigilar el envío junto con JW. Desde Arlanda hasta las naves de almacenaje refrigeradas.

En una hora se reuniría con Abdulkarim, Fahdi y JW para planificar.

Era una pasada. Lo que había visto en la película la noche anterior era más fuerte. Pero había que concentrarse.

El cargamento llegaría pronto.

* * *

¡ATENCIÓN! ¡URGENTE!

Confidencial.

Atn: inspector Henrik Hansson. Grupo especial

Número de fax: 08-670 45 81

Fecha: 22 de junio

Número de páginas (incluida ésta): 1

Asunto: operación Nevada, proyecto Nova

Se inicia la Operación Nevada

La operación Nevada se inicia mañana a las 10:00. Todas las unidades se reunirán en Bergsgatan, sala 4 D, para una sesión informativa interna.

Breves antecedentes

Johan Karlsson, infiltrado desde hace tiempo dentro del marco del proyecto Nova (bajo el nombre de Micke), tiene informaciones de que el objetivo planifica la recepción de un cargamento de cocaína muy grande. El cargamento llegará a Arlanda en el vuelo B 746-34 de Londres a las 8:00 horas de mañana. A continuación se llevará dentro de contenedores en camiones de la compañía de logística Schenker Vegetables a las naves de almacenaje refrigeradas de Västberga. El lugar exacto de la descarga no está confirmado por el momento.

Acciones planeadas

Hay muchas posibilidades de que varias de las personas de mayor rango dentro de la red mafiosa yugoslava de Estocolmo se encuentren presentes en la recepción del cargamento de cocaína. Por lo tanto, según las instrucciones actuales, la operación Nevada se esperará a realizar acciones hasta que sea posible capturar al mayor número de esas personas como sea posible. Actualmente trabajamos en la recopilación de información exacta sobre la hora de la descarga y en breve volveremos a informar sobre este extremo.

Las fuerzas de operaciones especiales, la dirección de investigación del proyecto Nova así como el grupo de narcóticos forman parte de la operación Nevada. Este fax se envía a todos los jefe de mando y de sección.

Capítulo 56

JW y Jorge estaban sentados en una furgoneta alquilada.

Esperaban, no hablaban mucho sino que estaban en silencio.

JW había realizado la planificación. Dos camiones de Schenker Vegetables recibirían los contenedores en Arlanda. Los tíos que conducían irían directamente a las naves de almacenaje refrigeradas de Västberga. Eran lo bastante espabilados como para entender que lo que transportaban era valioso, pero también como para no hacer preguntas innecesarias. JW y Jorge esperaban para seguir a los camiones. Vigilar que no se desviarán de la ruta, que no se llevaran algo del cargamento, que no se pusieran en contacto con personas sospechosas. Abdulkarim y Fahdi se reunirían con ellos en las naves. Cuando los conductores se fueran del lugar era el momento de que el árabe, JW, Jorge y varios más partieran los repollos y volvieran a empaquetar la farlopa. Llevarse, recolocarla. Ganar un pastón.

Por supuesto, lo que Abdul no sabía era que JW era el mayor quintacolumnista de la década. Había informado a Nenad de cada parte de la planificación. Según lo que habían acordado, Nenad llevaría armas, se haría con el control como pudiera, quizá ataría a la gente, JW incluido, y se llevaría la carga. Todo iría bien y con facilidad.

Abdul estaba acabado como artista.

Y nadie le echaría la culpa a JW.

Era estupendo.

Por la mañana, Abdulkarim había convocado una reunión ejecutiva de preparación. Había saludado con la mano abierta, como si hubiera hecho la mili. JW, Jorge, Fahdi, Petter estaban animados, preparados y sobre todo eran millonarios de coca potenciales.

El árabe repasó las reglas. Por supuesto, nuevas tarjetas y nuevos móviles. Después de la descarga se destruirían teléfonos y tarjetas y Abdulkarim repartiría nuevos teléfonos. Todos deberían llevar guantes puestos; el método tradicional de evitar dejar huellas dactilares. Fahdi llevaría en el coche la radio de la policía; el método más sencillo de enterarse de lo que sabía la policía y si sabían algo, hacia dónde se dirigían. Llevarían puestos vaqueros y jerséis de algodón azules, no muchos lo sabían pero los técnicos criminalísticos detestaban las fibras azules de algodón. En teoría era imposible relacionar una persona con esas prendas, ya que era con mucho el rastro textil más común que dejaban las personas tras de sí. En los bolsillos, pasamontañas, si la

bofia aparecía y conseguías escapar era mejor que nadie te viera la cara.

Finalmente, justo antes de que se fueran a marchar y, como una sorpresa negativa, Abdulkarim hizo su último movimiento: hizo que Fahdi les diera armas a Jorge y a JW.

—Chicos, necesitamos esto. Como los tíos de Inglaterra. No somos peores que ellos. Ahora es en serio. Si los cabrones de la pasma intentan joder, usáis esto directamente.

A JW le dieron una pistola negra. Brillaba. Era una sensación peligrosamente hermosa. Se sentó en el sofá de Abdulkarim y la sopesó en la mano. Una Glock 22. Fahdi le mostró las funciones: seguro, gatillo extra con mecanismo de seguridad y el cargador. Luego hizo una demostración de la manera correcta de usarla, para recibir el retroceso.

A Jorge le dieron un revólver. Se lo tomó con calma. JW se sentía indeciso; una mezcla de miedo y entusiasmo.

Jorge estaba tranquilo. Tenía ojeras y se quejaba de que había dormido de pena. Tenía el pelo más liso que de costumbre. JW pensó: ¿se había olvidado de usar las tenacillas?

Estaban aparcados delante de las verjas del vallado del muelle de mercancías y carga de Arlanda. Esperaban a los camiones. JW en el asiento del conductor y Jorge a su lado. El chileno miraba por la ventanilla.

El coche en el que estaban sentados olía a nuevo.

Tras diez minutos Jorge se giró hacia JW. Tenía una expresión extraña. Pensativo pero al mismo tiempo cansado.

—JW, ¿tienes alguna hermana?

JW tardó en contestar. En la cabeza le surgían preguntas caóticas. ¿Por qué preguntaba Jorge eso? ¿Sabía algo sobre Camilla? ¿Sophie le había contado algo?

JW asintió.

—Tengo una hermana. ¿Por qué?

Jorge contestó:

—Nada en especial. Sólo preguntaba. Yo también tengo una hermana. Paola. Sólo la he visto una vez desde la fuga. Resulta duro. Siempre la llevo conmigo.

JW perdió el interés. Jorge sólo quería charlar. No parecía conocer la historia de Camilla. Que su hermana estaba desaparecida, que había estado liada con su profesor de la Komvux y éste le había dado notas máximas a cambio de sexo. Que se había montado en un Ferrari amarillo con un yugoslavo desconocido. Que algo había ido jodidamente mal.

Jorge era un tío legal. Cumplía el mito de patero duro de gueto. Al mismo tiempo era una buena persona que había demostrado su agradecimiento a JW por haberle recogido del bosque.

JW dijo:

—Yo también llevo a mi hermana conmigo. Tengo una foto suya en la billetera.

Jorge volvió la cara hacia JW.

No dijo nada.

La conversación murió.

Observaron las rejas.

JW pensó que Jorge parecía no sólo cansado, también parecía estresado.

Tras media hora salieron los camiones, dos, con el texto *Schenker Vegetables* en letras verdes en los laterales de los contenedores. Habían visto varios vehículos similares y se sentían estresados. No podían pasar por alto los vehículos correctos. Imagina que fueran detrás de la carga equivocada. Acabar con un montón de repollos sin coca. Tanto JW como Jorge tenían en la mano notas con las matrículas apuntadas; en esta ocasión se trataba de los camiones correctos.

JW metió primera. Empezó a seguirles lentamente. Los camiones subieron por la rampa y bordearon la terminal. JW les seguía.

El único hueco de la planificación era justo la entrada a Arlanda. En teoría los conductores podrían habérsela jugado en el interior. Sólo ellos tenían derecho a acceder al muelle de carga en el interior de la zona de Arlanda. Pero el riesgo de que hubieran cambiado la mercancía por mierda sin valor era mínimo. Los conductores lo sabían; si se la jugaban a Abdulkarim y los demás, lo pagarían. Según el árabe, con la vida.

El cometido, importante. No perder de vista ni a los camiones ni a los conductores. Aunque los conductores no supieran exactamente lo que llevaban, eran demasiados kilos como para correr el más mínimo riesgo.

Los camiones pararon unos segundos junto a uno de los aparcamientos del exterior de Arlanda. Lo suficiente como para que a Jorge le diera tiempo a salir. Comprobar que el tío correcto iba en su respectivo vehículo. Si hubieran sido los tipos equivocados los habría hecho bajar, los habría metido en el coche. Luego se los habría llevado a Abdulkarim y a Fahdi para que se encargaran.

Jorge guiñó un ojo. Significaba luz verde: detrás del volante de cada vehículo el tío que se había acordado.

Siguieron conduciendo.

Era un día bonito. El cielo estaba azul con dos nubes solitarias.

Jorge parecía ausente. ¿Estaba asustado?

JW preguntó:

—¿Qué hay? ¿Estás estresado?

—No. He estado estresado en varias ocasiones. Sé lo que es. Cuando salí corriendo de Österåker, cuatrocientos metros a velocidad de récord, entonces estaba estresado de cojones. Una señal de eso es que huelo. Huelo a estrés.

—No te lo tomes como algo personal, pero tienes un aspecto lamentable —dijo JW y se rió. Pensó que Jorge se reiría.

Pero no lo hizo. Por el contrario, dijo:

—JW, ¿podría ver la foto de tu hermana?

Los pensamientos de JW volvieron a la anarquía. ¿Qué hostias quería Jorge? ¿Por qué toda esa charla sobre Camilla?

JW sujetó el volante con la mano izquierda. Con la derecha se tocó el bolsillo trasero. Sacó la billetera delgada de piel con el monograma: *Louis Vuitton*. Sólo llevaba billetes y cuatro tarjetas de plástico: Visa, permiso de conducir, la tarjeta de OKQ8 y la tarjeta de socio de NK.

Se la pasó a Jorge y dijo:

—Mira debajo de la Visa.

Jorge sacó la tarjeta de plástico. Debajo, en el mismo compartimento, había una foto de pasaporte.

El chileno miró a su hermana.

JW mantuvo la concentración en la carretera.

Jorge le devolvió la cartera. JW la puso en la guantera.

—Os parecéis.

—Ya lo sé.

—Es guapa.

Después, silencio.

Los camiones iban a poca velocidad. Las órdenes de Abdulkarim eran que bajo ninguna circunstancia podía ni pensarse en conducir con exceso de velocidad; la autopista de Arlanda era la vía favorita de la policía de tráfico.

Apenas una hora más tarde atravesaron las áreas del sur de la ciudad. Todo había transcurrido tranquilo.

JW llamó a Abdul.

—Estaremos en la entrada en cuarenta minutos. Los camiones han ido despacio. Los conductores están bien. Todo parece funcionar.

—*Abbou* . Nosotros llegamos en veinte. Allí nos vemos, *inshallah* .

Pese a los nuevos teléfonos y números Abdulkarim había decidido que todas las cifras, horas y similar se dividieran por cuatro. Es decir, JW y Jorge en realidad estaban a diez minutos de las naves de almacenaje refrigeradas de Västberga. Abdulkarim, Fahdi y los demás estarían ahí en cinco. Según JW, era un poco exagerado, si la policía les estaba vigilando estarían perdidos de todas formas.

Jorge parecía estar casi dormido en el asiento del copiloto. JW no le hacía caso. Fantaseaba sobre las finanzas perfectas del futuro. Se había puesto una meta: cuando hubiera ganado veinte kilos dejaría la coca. Lo estupendo de los cálculos: el objetivo se habría conseguido en un año.

Habían pasado catorce minutos. Los camiones iban marcha atrás hacia los muelles de carga, dársenas cinco y seis, junto a las naves de almacenamiento refrigeradas. JW aparcó el coche. Le dijo a Jorge:

—Este va a ser un día genial. Así que tú tranqui, tronco.

Jorge no parecía escuchar. ¿Estaba concentrado en otra cosa? ¿Qué coño estaba haciendo?

Bajaron del coche y se dirigieron a los camiones. Los dos conductores habían bajado. JW les dio las gracias y discutieron brevemente cuándo

podrían recoger los vehículos. Luego les pagó, a cada uno trescientas coronas, en la mano, y se puso de buen humor. Quizá pensaban que se trataba de tabaco, alcohol o alguna pequeñez de mierda. Era mínimo el riesgo de que se dieran cuenta de que acababan de llevar cien millones de coronas en cocaína al grupo de camellos más nervioso en ese momento a este lado del Atlántico.

Jorge bajó del coche y se dio una vuelta por los muelles. Estaba encargado de comprobar la zona.

Petter, que había llegado con Abdulkarim y Fahdi, se fue en dirección contraria. También observó la zona. Comprobó que todo estaba limpio.

Fahdi salió de una puerta de acero de la dársena cinco del muelle de carga.

Asintió a JW. Cruzó la mirada con Jorge a distancia. Significado: por ahora todo tranquilo.

Abdul abrió el contenedor de uno de los camiones para que JW pudiera mirar dentro. En la oscuridad divisó un palé y seis hileras de cajas.

Pasó de largo. En cambio, buscó con la mano en el interior de una de las cajas del palé que había detrás y cogió un repollo.

Fahdi tenía la mirada fija en el repollo.

JW lo sujetaba en la mano izquierda.

Presionó con el puño derecho entre las hojas blancas y tersas.

La notó claramente: la bolsa de plástico.

Capítulo 57

A veces no se puede hacer nada más que dar el siguiente paso; y el que va después.

Mrado no pensaba en la mierda ese día. Sólo hacía lo que tenía que hacer.

Se vistió más lentamente, más meticulosamente de lo habitual. Como una escena a cámara lenta en una película de acción, para destacar la importancia de la perfección.

No porque dudara o tuviera miedo, sino sólo porque todo debería ser perfecto.

Cuchillo: un Spec Plus US Army Quartermaster de veinte centímetros de hoja de acero de carbono negra con hendidura. Funda de piel negra de ternera; fijada alrededor de la pantorrilla con dos cintas de velcro.

Tiró de ella. Comprobó que la funda estaba bien colocada; estaba pegada a la pierna. Estable. Sin afectar al movimiento del pantalón en los desplazamientos rápidos.

Sopesó el cuchillo en la mano, desde luego, era americano pero también era el mejor cuchillo de combate que conocía. Lo balanceó. Pasó el pulgar por el filo. Estaba recién afilado.

Imágenes en la mente: la batalla por Vukovar. Lucha a bayoneta con un francotirador croata.

Sangre caliente.

Se puso los pantalones. Chinos negros finos: Polo Ralph Lauren, para un verano cálido. La ropa negra sentaba bien. Ropa ligera.

En la parte superior del cuerpo, una camiseta blanca.

Se miró en el espejo. Flexionó los tríceps. ¿Se le notaba un empeoramiento? No sería imposible; no había vuelto por el Fitness Club desde la degradación, hacía apenas tres meses. En cambio entrenaba en World Class, pero ahí no conocía a nadie. El disfrute se reducía. La asistencia bajaba. Los tríceps y otros músculos no se mantenían en forma. Dolía verlo.

Se puso la camisa, una beis de Hugo Boss.

Encima de eso: una chaqueta de lino oscura.

Nada de fundas ese día. Si la policía atacaba quería poder tirar el arma en cualquier sitio sin tener que explicar por qué llevaba encima una funda de pistola. Se alegraba de que su S & W fuera tan pequeña.

Aún se alegraba más de la munición que tenía: Starfire, proyectiles huecos, explotaban al hacer blanco. Funcionaban especialmente bien con las armas de cañón corto, en las que la velocidad de la bala era más baja; la expansión al hacer blanco, mayor.

Sujetó el revólver en la mano. Estaba limpio. Brillante. Tan hermoso con su acero inoxidable. El emblema relucía en un lateral, sobre la culata, con un texto grabado por encima del gatillo: *Airweight*.

Mrado recordó cuando se la quitaron en la torre de saltos de esquí de Fiskartorpet. Después de ese día: el arrepentimiento se convertiría en la herencia para ellos.

La guardó en el bolsillo interior.

Se ató los zapatos. A conciencia.

Preparado para el mayor golpe de su vida; cien millones en la calle.

Ciertos riesgos merecían la pena.

Nenad esperaba abajo, en el coche. Había vendido su anterior coche de lujo. Llamaba demasiado la atención. Ahora conducía un Mercedes CLS 55 AMG rojo, una máquina potente de formas suaves.

Nenad iba vestido con un traje de lino. Pañuelo en el bolsillo del pecho de la chaqueta. Pelo engominado. Un día grande requería ropa lujosa. El rey de la coca y los burdeles no rebajaba nunca el estilo.

La sensación del Mercedes en el interior del coche era elegante.

Salieron de la ciudad por el enlace del sur. Luego hacia el oeste. Hacia las naves de almacenamiento refrigeradas.

Discutieron la ruptura. El disfrute. El intento de Radovan de hundirles.

El cabrón estaba acabado. Los nuevos señores tenían las iniciales M y N.

El cambio dentro de la mafia yugoslava estaba próximo. En unas horas se convertirían en los reyes de la farla de la ciudad. De Suecia. Europa.

Pararon en Gullmarsplan. Iban a reunirse con Bobban. Ratko no había podido sumarse. Mrado se preguntaba por qué. ¿Acaso no estaba Ratko de su parte?

Como se había planeado, Bobban esperaba en el exterior de la terminal de autobuses, encima de la estación de metro. Conducía un Volvo XC90 e iba vestido con la habitual cazadora vaquera negra. Mrado pensó: este tío no cambia nunca de estilo.

Todos presentes: tres hombres contra Radovan.

En realidad no. Tres profesionales contra un árabe confundido y machacado por la droga, Abdul.

Además tenían un infiltrado de su parte. El chaval de Stureplan que controlaba.

Condujeron en caravana hacia Västberga.

Nenad tenía puesto tecno de gimnasio a gran volumen. Daba golpes con las manos en el volante siguiendo el ritmo.

Fuerza

Un partido fácil.

Un buen día.

La zona industrial de Västberga se veía desde lejos. Almacenes. Centrales de logística. Locales de almacenaje refrigerados. Las actividades que se desarrollaban en la zona consistían en una fábrica de llaves, técnicos informáticos pobres, firmas de coches, instalaciones de reciclado y talleres mecánicos de repuestos.

Mrado pensó en Christer Lindberg. El supervikingo que había tenido que declararse en quiebra personal para cubrir las deudas de impuestos de los videoclubes. Era su tipo de gente el de la zona.

Mrado sintió pena por él. El que entraba en el juego tenía que atenerse a las consecuencias y todo eso. El vikingo tenía la culpa.

Se dirigieron hacia las naves de almacenaje refrigeradas. El edificio era enorme. Más de setenta espacios de almacenaje con salas refrigeradas, desde más de doscientos metros cuadrados hasta habitaciones con menos de cinco. Carne, verduras, fruta, abrigos de piel; a todas las cosas les sentaban bien que las conservaran en frío. Según los rumores: en algunas salas se almacenaban órganos para el Instituto Karolinska.

El edificio era de chapa blanca con techo plano. Tristísimo. Banderolas en el exterior: *Bienvenidos al área industrial y logística de Västberga*.

Pararon el coche en el exterior de la valla que rodeaba los muelles de carga. Nenad le dio una llave a Mrado. Habían hecho juegos dobles, en caso de que uno de ellos cayera el otro podría marcharse en el coche.

Empezaron a caminar hacia el muelle de carga número seis.

Sabían lo que estaban buscando.

Bobban llegó con su deportivo utilitario. Aparcó en el exterior del muelle de carga cinco. El plan: un coche cerca y otro fuera. Si había problemas harían falta alternativas.

Además, la noche anterior Nenad había aparcado un Volkswagen alquilado junto a las banderolas, en la parte delantera del edificio de los almacenes refrigerados.

Constituía un tercer coche para la huida si hacía falta. Bobban se quedó sentado en su coche. Observó la zona. Llamaron al teléfono de Mrado, vibración silenciosa en el bolsillo.

La voz de Bobban:

—Le veo. Está de pie fumando en el muelle de carga seis. Sueco. Jersey marrón.

—Gracias. —Mrado colgó.

Evidentemente, Abdulkarim había apostado sólo un hombre en el exterior. Sin costumbre.

Mrado fue medio a la carrera hacia el muelle de carga. Vio al chico a veinte metros de distancia. Caminó más tranquilo. No quería asustarle.

El tío le vio demasiado tarde. Mrado, al estilo comando, le rebanó el cuello. El chico hizo un sonido gutural, no le dio tiempo a gritar. Mrado, preocupado por las manchas de sangre. Arrastró al tío bajo el muelle de carga. Ocultó el cuerpo. Bobban salió del coche. Saltó al muelle de carga. Podían pasar días hasta que descubrieran el cuerpo del chico bajo la parte saliente del muelle de carga.

Bobban se quedó de pie en el muelle de carga. Miró fijamente en otra dirección. Mantuvo la vigilancia.

Mrado jugueteó con su revólver. Acarició las formas suaves de la culata, estriadas para permitir un mejor agarre. Nenad se quedó de pie detrás de Bobban. Esperaban.

El aire estaba claro. A lo lejos se oían ruidos de motor de dos camiones que salían de la zona. No se veía a ninguna persona.

La gran pregunta: ¿había abierto JW la entrada a la sala refrigerada cincuenta y uno, como había prometido? La pequeña pregunta: ¿cómo de atento estaba Abdulkarim de sus acompañantes?

Mrado tocó el picaporte de la entrada. Estaba adaptada para introducir palés con alimentos. La idea era que se pudiera subir como una compuerta.

Nenad sacó su arma.

Capítulo 58

La descarga fue rápida.

Jorge tenía la cabeza como un bombo. Una mezcla de miedo, triunfo, confusión.

Asco.

Era la hermana de JW la que había visto en el vídeo del ordenador.

Violada, maltratada. Golpeada hasta dejarla hecha trizas. ¿Asesinada?

En el mismo momento en que Jorge se sentó en el coche con JW se le pasó por la cabeza que el chaval de Östermalm se parecía a alguien. Primero no sabía a quién. Tras media hora lo vio más claro que nunca.

*Ay, qué sorpresa **.

La hermana de JW; una puta. Capturada por los yugoslavos.

No tenía fuerzas para decir nada.

Habían metido las cajas con toros. Diez. Difíciles de maniobrar y pesados. No eran precisamente conductores de vehículos de carga.

Abdulkarim, eufórico. Fahdi, sudoroso. JW, tranquilo para ser él. Jorge no sabía cómo se encontraba.

El árabe ordenó a Petter que hiciera guardia en el exterior. El tío llamaría si veía algo raro. En esos días la pasma estaba encima.

La sala refrigerada tenía paredes blancas y vigas metálicas en el techo alto en las que poder fijar dispositivos de elevación. Abdulkarim maldecía, deseaba haber alquilado una grúa de interiores. El suelo era metálico. Olía a fruta fría. Había eco.

Temperatura fresca en todo el espacio.

Dos puertas, por la que habían entrado y otra en el otro extremo de la sala.

Cuatro palés sin coca, los que estaban en el exterior. Si la aduana hubiera hecho comprobaciones, eran su margen de seguridad; siempre había la posibilidad de que sólo comprobaran los repollos del principio.

Empezaron a sacar los otros repollos.

Jorge y JW rompieron los repollos. Los cortaron. Cogieron las bolsitas con polvo blanco.

Abdulkarim estaba de pie sin moverse y observaba. Pesaba y calculaba cada bolsa. Tenía que cuadrar al gramo.

Fahdi metía las bolsas en un juego de maletas que habían alineado contra la pared.

Jorge ya había abierto una de las bolsas. Metió el dedo. Se lo frotó contra la encía a la manera clásica. Sabía bien. Sabía a noventa por ciento.

JW estaba satisfecho. El acuerdo se había consumado.

Después de quince minutos en la sala refrigerada les quedaban tres palés por desembalar.

Treinta maletas con bolsas. Llenas de mantas viejas.

Casi habían terminado. Pronto cargarían la mitad de las maletas en la furgoneta de Jorge y JW y el resto en el coche en el que habían llegado Abdulkarim, Fahdi y Petter.

Abdulkarim con gran celo. Se anotaba el peso de cada bolsa. Se sumaba. Cada maleta debería contener 6,25 kilos de farla. Para guardarlas en diferentes escondites por toda la ciudad. Repartir los riesgos.

Entonces, pasó algo extraño.

Se abrió la puerta de los muelles de carga.

Jorge se giró. Miró al que entraba. Aún tenía un repollo en la mano.

¿Era Petter el que entraba?

No.

Tíos grandullones.

¿La pasma?

Quizá.

No.

Hombres con pasamontañas en la cabeza. Ambos con chaqueta. ¿*Reservoir dogs* o qué?

Armas en las manos.

Abdulkarim gritó. Se tiró al suelo. Jorge sacó su arma. JW se puso tras un palé. Fahdi de repente tenía su pistola en la mano. Disparos. Demasiado tarde. El más grande de los hombres, verdaderamente era enorme, tenía un pequeño revólver en la mano. Humo saliendo del cañón. Fahdi cayó. Jorge no vio sangre. El otro hombre, con un pañuelo en el bolsillo del pecho de la chaqueta, gritó:

—Tiraos al suelo cagando leches, si no la palma otro más.

JW obedeció. Jorge se quedó de pie. Abdulkarim se quedó de pie. Aullaba. Maldecía. Invocaba a Alá. Su perenne compañero de armas tirado en el suelo. Empezaba a verse sangre. Manando de la cabeza de Fahdi. El hombre del pañuelo en el bolsillo dijo con voz arrastrada:

—Cierra el pico y tumbate. —Dirigió su pistola hacia Abdulkarim.

El hombre que había disparado a Fahdi dijo:

—Tú también, latino de mierda, tumbate.

Jorge se tumbó. Soltó su arma. Apenas veía a JW tras la caja. Abdulkarim también se tumbó en el suelo. Las manos en la cabeza.

Jorge casi reconocía la voz del hombre del pañuelo.

Decididamente, sí reconocía la voz del hombre que había disparado a Fahdi.

Capítulo 59

JW, sentado con la espalda contra una caja. El suelo estaba frío. La postura era incómoda. Las manos estaban atadas con cinta de embalar un poco demasiado apretada.

Pero no tan atadas; parte del acuerdo con Nenad era que le pusieran la cinta de manera que tuviera oportunidad de soltarse. ¿Quién quería pasarse toda la noche sentado en una sala refrigerada?

Pese a ello la situación se había desbocado.

No hacía ninguna falta disparar a Fahdi, joder. JW no tenía ni idea de quién era el colaborador de Nenad, pero decididamente ese cabrón grande había cometido un error. Se había pasado de la raya de una manera terrible.

El pánico empezaba a dominar.

Abdulkarim estaba tumbado en el suelo con las manos a la espalda, la cinta de embalar rodeándole fuertemente las muñecas. Pero se negaba a cerrar el pico; el árabe gritaba, escupía, babeaba atropelladamente.

Jorge, sentado de la misma manera que JW, contra un palé, con las manos atadas a la espalda. Le miraba fijamente.

Escalofríos por la espalda de JW. La habitación estaba helada. Los yugoslavos eran fríos como el hielo.

Mierda.

Nenad y su colaborador desempaquetaron los últimos repollos. Los abrieron de la misma manera que Jorge, JW y Fahdi. Metieron las bolsas en las maletas. Pasaron de medir o probar el contenido. Hicieron caso omiso de los gritos del árabe. Ni siquiera miraron en dirección a JW.

Jorge seguía mirando fijamente. Pero no a los hombres de los pasamontañas que estaban robando cien kilos de coca; miraba a JW.

—Se lo has contado tú, ¿verdad?

JW pensó: ¿cómo podía saberlo?

—Tú, gilipollas, los has traído hasta aquí y ni siquiera sabes quiénes son en realidad.

—¿De qué hablas? No tengo ni idea de quiénes son.

JW giró la cabeza. Miró hacia Nenad. Tenía un repollo en la mano. Lo abría con cuidado con un cúter. Meticuloso para no fastidiar la bolsa. Unos pocos gramos tirados por el suelo; quizá diez mil coronas. Nenad no parecía preocuparse por la conversación de JW y Jorge. Quizá tampoco los oyera, los tacos de Abdulkarim lo impedían.

Jorge dijo en voz baja:

—En todo caso no es Fahdi el que se ha ido de la lengua. ¿Por qué iba a dejar entrar a alguien para que le saltara la tapa de los sesos? ¿Abdulkarim? No, él nunca traería hasta aquí a alguien que disparara a su mejor amigo. Entonces, ¿quién puede ser? Petter o tú; porque no soy yo. Y tú soltaste algo hace media hora que ahora me da en qué pensar. Me dijiste: «Tranqui, tronco». Yo nunca te había oído usar esas palabras antes. En realidad ¿por qué lo has dicho? ¿Cómo querías influirme? Eres un gilipollas total, JW.

—Cierra el pico.

JW miraba hacia delante. Apartó la mirada de Jorge. El chileno era más listo de lo que había pensado. Pero ¿qué importaba ahora? En unos minutos Nenad y su hombre se habrían ido. JW se soltaría y quizá ayudaría a Jorge con la cinta y luego desaparecería. Jorge, Abdulkarim y Fahdi, si es que sobrevivía, tendrían que apañárselas por su cuenta; *sorry*, chicos, así es la vida.

Quedaba un palé con repollos. Los yugoslavos trabajaban rápido. JW cerró los ojos y esperó a que se largaran.

Jorge volvió a hablar entre dientes:

—Escúchame, JW.

JW no hizo caso.

—Escúchame, coño. ¿Colaboras con esos tíos? ¿Sabes quiénes son? ¿Sabes lo que le han hecho a tu hermana?

Capítulo 60

Eficaces, execrables, experimentados. Le habían levantado el cargamento al árabe. Y lo mejor era: por extensión humillaban a Radovan.

Mrado y Nenad, el tándem invencible, no tragaban con mierdas. Se levantaron el montonazo de coca e hicieron polvo al viejo.

Abdulkarim había trabajado antes para Nenad, en la actualidad dependía directamente de R. Nunca se había podido imaginar que Nenad supiera una mierda sobre el negocio de la farla después de que el jefe yugoslavo le defenestrara. Imbécil.

Pese a la planificación y la información de JW hubo sorpresas para Mrado: uno de los ayudantes del árabe era el latino al que Mrado había pegado una paliza seis meses antes en el bosque al norte de Akersberga. ¿Qué hacía en una nave de almacenamiento refrigerada? JW había mencionado a un latino que trabajaba con él de forma paralela en este asunto, pero no había llegado a decir su nombre.

Era una coincidencia extraña. Mrado pensó: O bien han contratado a Jorge para este asunto o bien ha estado trabajando a las órdenes de Abdulkarim todo el tiempo. En ese caso también ha estado trabajando indirectamente a las órdenes de Nenad todo el tiempo; y aún más indirectamente, a las órdenes de Rado.

Irónico, pero no imposible. El latino sabía mucho sobre la farla. No era de extrañar que Abdulkarim hubiera querido reclutar al tío. Tampoco era de extrañar si Nenad no había controlado a todos los que trabajaban bajo las órdenes del árabe. Y si Nenad lo hubiera sabido, no era de extrañar que no se lo hubiera mencionado a Mrado. Nenad no podía saber que Mrado le había dado su merecido al latino.

Mrado constató: el latino se lo había buscado. Humillado por Mrado una vez más. Esta vez, estando sentado y atado y viendo a su patrón árabe moqueando en el suelo.

Parecía un chiste.

Les quedaba menos de un palé por descargar. Mrado estaba de pie junto a las maletas. Nenad junto a los palés. Sacaba los repollos. Los abría con la cuchilla, cuidadoso con la precisión. Era innecesario romper nada. Mrado recogía las bolsas. Llenó la última maleta.

El pasamontañas era incómodo.

Abdulkarim escupía en el suelo. Se negaba a calmarse. Gritaba tacos en árabe. Mrado adivinó, aproximadamente: Me voy a follar a tu madre/hermana/hija. El charco de sangre alrededor del gorila se había hecho grande. JW y Jorge, sentados con las manos a la espalda, cada uno con la espalda contra una caja. Estaban tranquilos.

Todo había salido según lo planeado. JW había hecho un buen trabajo. Se podía confiar en el chaval. Como había dicho Nenad: el tío quería subir. Había hecho de todo por la pasta. Había informado a Nenad y Mrado exactamente de dónde, cuándo y cómo iban a recibir la farla el árabe y su gente. No había más que ir allí, encargarse de su único vigilante en el exterior y entrar.

Casi demasiado fácil.

En tres o cuatro minutos acabarían. Mrado y Nenad en un coche. Bobban en el otro. Si había problemas tenían un coche extra para huir aparcado en un sitio seguro, en el otro lado de las naves. Accesible para cogerlo en lugar de los otros coches si se jodía algo.

Dentro de medio año, cuando se hubiera vendido la mierda, serían cien kilos más ricos.

Una pasada.

Entonces llegó la segunda sorpresa del día. JW se levantó. Evidentemente tenía las manos libres. Mrado había rasgado la cinta del chaval para que se pudiera soltar. Veía que no era necesario.

¿Por qué se levantaba? Abdulkarim podría deducir que había algo raro. Que JW había colaborado con Nenad.

Dijo algo.

Mrado miró en su dirección. Nenad levantó la mirada, se detuvo. Sujetaba un repollo en una mano, la cuchilla en la otra.

JW sujetaba una Glock con ambas manos. Apuntada hacia Nenad a una distancia de cuatro metros.

Los dientes, apretados. Los ojos, rendijas estrechas.

El chaval gritaba un balbuceo incomprensible.

¿Qué coño estaba haciendo el pijo?

Mrado escuchó más atentamente.

—Nenad, cerdo. Si te mueves, te disparo. A la cabeza. Te lo prometo. También va por ti. Si te mueves, Nenad muere.

Nenad soltó el repollo. Intentó mantenerse relajado. El repollo rodó por el suelo. Contestó a JW:

—¿Qué pasa? Siéntate.

JW se quedó en la misma postura.

Mrado evaluó a toda velocidad: ¿JW estaba desbarrando o el muy desgraciado era más listo de lo que habían calculado? ¿Se pensaba llevar todo el cargamento él? En ese caso, ¿cómo de seguro era con el arma? ¿Le daría tiempo a Mrado a sacar su S & W antes de que ese loco le pegara a Nenad un tiro en la cabeza o en el pecho? Conclusión: fuera lo que fuera lo que estaba haciendo JW, la situación era difícil; no era buena idea hacer movimientos bruscos. La distancia era demasiado corta. JW parecía estable con el arma.

Mrado se quedó quieto.

—Contéstame una pregunta, Nenad. Muy fácil.

Nenad asintió. Se le veían los ojos por los agujeros del pasamontañas. No apartaba la mirada del cañón.

—¿De qué color es tu Ferrari?

Nenad se quedó callado.

Mrado metió lentamente la mano en el interior de la chaqueta para sacar su arma.

JW volvió a preguntar:

—Si no me dices de qué color es tu Ferrari, disparo.

Nenad estaba inmóvil. Parecía pensar.

La pistola en la mano de JW, su dedo en el gatillo. No había tiempo con el que jugar.

Nenad contestó:

—Antes tenía un Ferrari. ¿Qué más te da? En realidad no era mío. Era de *leasing*.

JW levantó un poco la cabeza.

—Era amarillo, por si te interesa.

Los ojos de JW cambiaron. Locos. Salvajes. Impredecibles.

—Dime qué le hiciste a mi hermana.

Nenad se rió.

—Eres un retrasado.

JW quitó el seguro a la pistola.

—Cuento hasta tres, luego hablas. De lo contrario, mueres. Uno.

Mrado agarró su revólver dentro de la chaqueta.

Nenad dijo:

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

JW contó:

—Dos.

Mrado no tuvo tiempo de reaccionar antes de que Nenad empezara a hablar.

—Ah, ya sé a quién pensé que te parecías la primera vez que nos vimos en Londres. Entonces no caí. No podía imaginarme que fueras hermano de una puta.

Mrado pensó: ¿Por qué ha empezado a hablar con el chaval?

Una locura.

—Estaba muy bien tu hermana. Generaba mucha pasta. Incluso estuve liado con ella unos meses. Era la *call girl* más guapa que teníamos. Te lo juro.

Una pausa retórica.

Silencio en la nave de almacenamiento refrigerado. Incluso el árabe estaba totalmente quieto y callado.

—Sólo que era un poco bravucona. Cuando empezó con nosotros aún estudiaba y no se pasaba de la raya. Aparentemente fue su profesor, un viejo y fiel cliente nuestro, quien le recomendó nuestra manera de ganar pasta. Pero después de una temporada se subió a la parra. Intentó jugárnosla. No podíamos permitirlo. Tienes que entenderlo.

JW inmóvil. Los brazos extendidos. La pistola firmemente sujeta.

—Por cierto, ¿cómo lo has sabido?

—No es asunto tuyo, cerdo.

Mrado sacó su revólver. Lo dirigió hacia JW.

Le daba igual si Nenad hacía una especie de confesión ante JW. La situación tenía que acabar. Era el momento de que él gritara un poco.

—¡JW, baja el arma!

Apuntó su arma hacia el pijo.

JW no le miraba directamente. Probablemente, veía a Mrado por el rabillo del ojo.

Situación mortal. Drama de triángulo. Campo de tiro al blanco.

Si JW disparaba a Nenad, caería él también.

¿El chaval era consciente de la situación?

—JW, no es buena idea. Si haces daño a Nenad te vuelo la cabeza. Soy mejor tirador que tú. Quizá me dé tiempo a despacharte antes incluso de que te dé tiempo de disparar contra Nenad.

JW siguió de pie.

Mrado sentía que el poliéster del pasamontañas le picaba.

Nenad entendió la situación, mantuvo el pico cerrado. Dejó que Mrado se encargase de la charla.

Mrado dijo:

—Vuelve a guardar el arma y nos olvidamos de esto.

No pasó nada.

Abdulkarim empezó a aullar. Jorge se levantó y se alejó de su caja.

Entonces llegó la tercera sorpresa del día para Mrado. La peor.

Se volvió a abrir el acceso a los muelles de carga.

La pasma entró en tromba.

Hubo dos disparos.

Capítulo 61

Jorge en el caos.

JW había disparado. Mrado había disparado.

Nenad en el suelo. Un hervidero de policías. Pese a ello, el disparo contra Nenad les había asustado. Les había confundido. Mrado falló el disparo contra JW.

JW de pie. Indemne. La pasma había entrado justo a tiempo para distraer al yugoslavo.

Gas lacrimógeno en la nave refrigerada.

Mrado disparó salvajemente contra la pasma.

Se pusieron a cubierto. Se interferían. Gritaban órdenes. Amenazaban.

Jorge detrás de la caja.

JW junto a Jorge con un cúter en la mano. Cortó la cinta de sus manos.

Jorge se levantó. Se miraron.

Los ojos les escocían un huevo.

Corrieron hacia la puerta posterior.

Los maderos se dieron cuenta demasiado tarde de lo que pasaba. Se centraron en Mrado, que aún tenía el arma en la manos.

Jorge abrió la puerta.

Él y JW salieron corriendo a un pasillo.

Ni un madero.

Más adelante parpadeaba un tubo fluorescente.

No tenían dirección.

Hacia una escalera a lo largo de una pared.

Hacia arriba.

Treparon hacia el techo, una trampilla.

Subieron los escalones de tres en tres.

Oían a los maderos acercarse por el pasillo.

Jorge miró hacia abajo. Abrió la trampilla. Gritaron desde abajo: ¡Alto, policía! Jorge pensó: Idos a la mierda. J-boy ya conoce esto y tiene reglas inviolables: nunca te pares, a por todas, la pasma pierde.

Subieron al tejado. La chapa era lisa y grisácea, como si hubiera sido blanca. El cielo, claro.

JW parecía estar sin aliento. Aún sujetaba la Glock en la mano. Aparentemente, ya no le quedaba munición. Jorge, en mejor forma pese al poco entrenamiento de los últimos tiempos.

Corrieron por el tejado.

JW parecía saber adonde ir. Se puso en cabeza.

Jorge gritó:

—¿Adónde vamos?

JW contestó:

—Tiene que haber un coche, un Volkswagen, aparcado en la parte delantera, junto a las banderolas.

Los cabrones de los maderos surgían en tropel por la trampilla; tomaban posiciones. Corrían tras ellos.

Voz de megáfono distorsionada:

—Deteneos donde estáis. Poned las manos en la cabeza.

JW apuntó su pistola contra ellos. Una gilipollez.

Jorge oyó los gritos de los policías:

—¡Está armado!

Corrió más rápido.

Respiraba por la nariz.

Sentía el olor de su sudor.

Estrés no. Sólo esfuerzo.

Ningún estrés.

Siguió por el tejado.

El megáfono volvió a sonar.

JW sujetaba la Glock en la mano. Se volvió hacia los maderos. Se oyó un sonido estridente. ¿Era él quien había disparado?

Mierda; Jorge creía que no le quedaban balas.

Otro disparo más.

JW cayó. Se agarró el muslo.

¿Qué coño estaban haciendo los maderos?

No tenía tiempo de pensar.

Iba a toda velocidad.

Armonía en las zancadas.

Jorge jadeante. Jorge con ritmo.

En trance: sabía hacia dónde correr.

Recordó los entrenamientos en el interior de Österåker. Recordó su cuerda confeccionada con retazos de sábanas tensa sobre el muro de la prisión.

Corrió muy rápido.

Hacia el borde del tejado.

Ni siquiera miró abajo.

Saltó directamente. Fiel a sus costumbres.

Una caída más grande que en Österåker y el Västerbron.

Un pie crujió.

Vio el Volkswagen.

Pasó del dolor.

Avanzó cojeando.

Rompió la ventanilla. Abrió la puerta.

El asiento del conductor lleno de esquirlas de cristal.

Arrancó los cables del arranque de debajo del volante.

Si alguien sabía hacerle un puente a un coche, ése era él.

El rey.

El coche arrancó.

Adiós *, pringados.

EPÍLOGO

A esas alturas Paola ya habría dado a luz. Jorge encendió un pito, se inclinó hacia atrás. Una tumbona desvencijada. Una sombrilla con publicidad de Pepsi.

El pie iba muchísimo mejor.

Ko Samet: no era una de las islas más populares. Más arriba en la bahía que Ko Tao y Ko Samui. No había vuelos chárter suecos, no había turismo de masas de alemanes, no había familias con niños. Por el contrario: bungalós baratos, playas solitarias y mochileros de pelo lacio. Además: hombres de mediana edad solos y putas tailandesas.

La mitad de la guita cambiada a dólares en la bolsa de bandolera junto a la tumbona. El resto, en una cuenta en el HSBC. El banco con oficinas por todo el mundo. Le venía bien.

La playa, casi sin gente. Comprobó con la mano que la bolsa seguía ahí.

Recordó.

Había salido adelante. Jorge Bernadotte^[91]. Había conducido como un loco pese al tobillo torcido. La comparación era evidente: como la fuga de Österåker pero sin ruta de huida planificada. Iban tras él con medio minuto de retraso. Entró en Midsommarkransen. Muchas casas y callejuelas. La pasma no podía tenerle a la vista como en la autopista. Abandonó el coche junto al instituto de bachillerato de Brännkyrka. Se levantó uno nuevo en menos de treinta segundos. No se enteraban de nada. El hombre milagro volvía a atacar. Se quitó a la pasma de encima. Era más listo que la bofia.

Lo primero que hizo a continuación: fue al piso de Fahdi. Tenía las llaves. Entró cojeando en el dormitorio. Al armario. Sacó la escopeta que había usado en Hallonbergen. La metió en una bolsa de papel del supermercado Vivo. Salió cojeando.

Se arrepintió. Volvió a entrar en la habitación. Se llevó también la carabina automática y las otras armas de Fahdi. Las envolvió en su sábana.

Fahdi era un amigo. Si sobrevivía, no tenía que caerle más de lo necesario.

Entró en la cocina. En la mesa había, como siempre, balanzas, bolsas con cierre, papelinas, espejos y cuchillas de afeitar. Trescientos gramos de coca en varias bolsas de sellos.

Jorge metió las bolsas en la bolsa de papel.

Revolvió todo. Puso el sitio patas arriba sin montar escándalo. Con los guantes puestos. Sin dejar huellas. Encontró lo que buscaba: las llaves de los almacenes.

A la calle. Abrió otro coche.

Tiró la sábana con las armas en la ensenada de Edsviken.

Pasó el resto del día dando vueltas en el coche. Shurgard Self-Storage en Kungenskurva, Högdalen, Danderyd. Vacío los almacenes.

Al día siguiente: los almacenes en Rissne, Solna y Vällingby. El total de la captura: 1,2 kilos de farla.

Los tres días siguientes fueron agitadísimos. Vendió todo a un precio tan tirado que era de locos. Setecientas coronas el gramo.

Se vendió como la cerveza en una terraza un día caluroso de primavera.

Se consiguió un pasaporte un poco cutre; pagó demasiado pero no había tiempo para jugar al tío duro.

Reservó plaza en un vuelo chárter a Bangkok. Se arriesgó.

Funcionó. No se fijaban mucho en los pasaportes en los vuelos de salida del país.

Abandonó Suecia cuatro días después del fiasco de las naves refrigeradas.

No se había imaginado que fuera a resultar así.

Si era niño, Paola le había prometido que se llamaría Jorge. Un Jorgelito de verdad. Aunque él jamás tendría una vida de vikingo, al menos Paola sí podría conseguirlo. Hacer que Jorgelito creciera en paz. Sin asistentes sociales, profesores racistas, maderos capullos ni Rodríguez. Jorge organizaría la estructura, mandaría cada corona que pudiera a su sobrino.

Por la playa caminaba un europeo pálido cogido de la mano de una tailandesa joven.

Jorge cerró los ojos. Ya había tenido suficiente con los puteros, pero aún le quedaban algunos por quitar de en medio.

Pensó en JW en las naves refrigeradas, él al principio no había querido entender. Jorge le había presionado.

—He visto en una película que violaban y le pegaban una paliza a tu hermana. Eran esos tíos. Tienes que creerme.

JW miraba al frente fijamente. Murmuró:

—Cierra el pico, Jorge. Ciérralo ya.

Jorge continuó, susurrando a suficiente volumen como para que JW le oyera con claridad:

—Créeme. Has elegido el bando equivocado. Entiendo que no puedas replanteártelo. Has invertido en esos tíos. Pero tu hermana era una especie de prostituta. Esos tíos de la mafia yugoslava la han matado.

Entonces JW pareció reaccionar. Se volvió hacia Jorge. Recalcó:

—Cierra el pico antes de que te parta la cara.

Nenad y Mrado seguían sin preocuparse de JW y Jorge; abrían repollos, guardaban bolsas de coca. Abdulkarim seguía gritando. Pero Jorge vio que JW le estaba escuchando.

—JW, he vigilado a esos tíos durante varios meses. Sé a lo que se dedican.

Jorge le contó rápidamente lo del burdel de Hallonbergen. No mencionó los disparos al chulo y a la madame. Pero sí le describió la fiesta de las putas en Smådalarö. Cómo se comportaban los puteros, el aspecto de las tías, quiénes estaban allí. Destacó esto último describiéndole el aparcamiento en el exterior de la mansión. Coches de lujo en fila. Y fue entonces cuando a JW le entraron unas prisas de la hostia.

Jorge apagó el cigarrillo en la arena. Disfrutaba del calor. El sol le daba un bronceado auténtico. Era estupendo evitar el olor asqueroso de la crema autobronceadora. Además había vuelto a su aspecto normal. Pelo liso, cuerpo delgado, sin barba. Sólo la nariz rota recordaba el nuevo Jorge.

Se sentía seguro.

Sin embargo, tenía que seguir moviéndose.

La pasta no duraría para siempre.

Quizá mereciera la pena volver a casa pronto. Conseguir más coronas.

Conocer a Jorgelito.

* * *

El sonido de la llave arañando la cerradura. Se abrieron las puertas dobles.

Margareta se echó a llorar. Bengt parecía entero, miraba al suelo.

El mono cerró las puertas tras ellos.

La cara de Margareta tenía el mismo color que las paredes de Österåker, blanco hueso.

Al otro lado de la mesa estaba sentado JW. Margareta y Bengt se sentaron. Las manos de Margareta se extendieron por encima del tablero de la mesa y encontró las de JW. Las apretó con fuerza.

—¿Qué tal, Johan?

—Todo bien. Mucho mejor que en prisión preventiva. Aquí al menos se puede estudiar.

Bengt seguía mirando el tablero de la mesa.

—¿Y qué trabajo tienes en mente?

JW pensó: jamás perdonaría. Bengt: la esencia del sueco honrado. Sin embargo había venido. Quizá mamá le había obligado.

—Encontraré trabajo.

Bengt no contestó.

Siguieron hablando de otras cosas: la comida de la cárcel, la visita del abogado y los estudios de JW.

Comentaron los últimos días del juicio. El fiscal había intentado que condenaran a JW por intento de homicidio. Lo de las drogas se lo admitió a sus padres. Pero el disparo contra Nenad, jamás. Deseaba haber sido más hábil en el manejo del arma; a Nenad sólo le había dado en el hombro. El tribunal había creído su explicación, que se había asustado al entrar la policía, las amenazas de Mrado, la muerte de Fahdi, se le había escapado el disparo. Sin intención de matar, ni siquiera de hacer daño.

El tribunal se tragó esa parte. JW admitió su implicación en el tráfico de cocaína. Su explicación recurrente era que él sólo había ido a ayudar a

sacar la mierda. Le rebajaron la pena algunos años por eso y por su edad. De todas formas, le daría tiempo a pudrirse, a consumirse diez veces antes de salir.

Los chicos le habían dado la espalda. Hicieron como si jamás le hubieran conocido. Se lo esperaba. Los que estaban metidos en la mierda preferían no mirar hacia abajo; resultaba asqueroso. Pero había albergado esperanzas con Sophie. Sin éxito.

Sólo había una cosa que hacer: conseguirse una buena vida en el trullo. Podría vender su estructura de blanqueo de dinero a otros presos. Hacer *business as usual* ^[92] .

Sus padres no mencionaron a Camilla y JW no les había contado nada. La pasma no iba a sacar mucho de Jan Brunéus. No había hecho nada ilegal. JW cargó solo con la mierda. Les ahorró la verdad a Margareta y a Bengt. Le permitía dormir un poco mejor.

Margareta dijo:

—La semana pasada nos llegó una postal que me pareció desagradable.

A JW se le despertó el interés.

—¿De quién?

—No lo ponía. Pero estaba firmada algo así como *El Negrito* *.

—¿Qué ponía?

—No mucho; que esa persona se lo estaba pasando muy bien en el Sureste Asiático, que las playas eran bonitas y que había corales. Luego te mandaba trescientos mil abrazos de su isla a la tuya.

JW parecía indiferente.

—Ah.

—Johan, ¿es algún asunto raro?

—No, es un colega mío que se lo está pasando bien. Ni siquiera sabe que estoy en la cárcel. Cuando salga de aquí, yo también quiero viajar a un sitio soleado.

Bengt abrió la boca.

La volvió a cerrar.

Margareta se volvió hacia él.

—¿Qué pasa, papá? ¿Ibas a decir algo?

Bengt miró a JW por primera vez en ese día. JW le devolvió la mirada y pensó: quizá ésa era la primera vez que su padre le miraba de verdad.

—Cuando salgas de aquí no te vas a ir a un sitio soleado. Vas a buscarte un trabajo de verdad. Lejos de Estocolmo.

Bengt volvió a bajar la mirada hacia la mesa. No dijo nada más.

El silencio en la sala era denso.

—Johan, ¿no podrías contarnos cómo es un día aquí dentro?

JW dejó que la boca hablara sola. En su mente soltó a Bengt. Agradecido a Jorge para siempre. Trescientas mil coronas ingresadas en su cuenta de la Isla de Man. El chileno era una buena persona. No se había olvidado de quién le había recogido en el bosque pese a que JW los había traicionado a todos, había actuado a espaldas de Abdulkarim, había vendido su alma a los yugoslavos. Jorge tenía que haberse dado cuenta de que JW había jugado a dos bandas, pero también se había dado cuenta de que JW no sabía con quién estaba tratando. De que había sido un ingenuo.

Se acabó la hora de visita.

El mono acompañó a los padres para que salieran.

Margareta volvió a llorar.

JW se quedó en la mesa de la sala de visitas.

Sabía lo que iba a hacer con el dinero.

No sabía lo que iba a hacer con la relación con su padre.

* * *

El patio de la prisión de Kumla: césped corto, sin árboles. Bloques de cemento con la superficie pulida y barras de metal relativamente nuevas; gimnasio en el exterior. Mrado y otros tres serbios levantaban pesas.

Había un pacto no escrito. Por la mañana entrenaban los serbios. Después del almuerzo les tocaba a los árabes.

La vida entre rejas era mejor para él que para muchos otros. En el trullo era alguien. La reputación le protegía. Sin embargo, el clima era más duro de lo que recordaba de la vez anterior. Comprendió en la

práctica las lecciones de Stefanovic y las suyas propias. Las bandas reaccionaban. Los grupos mandaban. O eras parte o estabas jodido.

Lo que hacía polvo todo: iba a perder a Lovisa. Annika había interpuesto una demanda directamente tras la condena por drogas de Mrado. Había solicitado la patria potestad en exclusiva y un régimen de visitas para Mrado de una visita al mes en una sala de visitas de mierda con otra persona presente. Eso estrangulaba mentalmente. Le mataba lentamente.

La suerte de Mrado era que Bobban había ido al mismo sitio. Alguien con quien hablar. Alguien que le cubría las espaldas.

¿Cómo podía haber sido tan tonto el cabrón de Nenad como para no ver el parecido entre JW y esa puta a la que se había tirado hacía unos años? Todo había sido perfecto. Habrían reaccionado. Habrían escupido a Rado a la cara. Habrían vendido farla por valor de millones.

Y ahora: Radovan seguía dirigiendo la red más poderosa de Estocolmo, controlando los guardarropas de la ciudad, vendiendo farlopa, colocando alcohol, sentándose en su sillón de piel desgastado en Näsbypark, bebiendo whisky y sonriendo.

Mierda.

No era la justicia serbia. Algún día, Mrado se tomaría su tiempo con Rado. Le borraría la sonrisa. Lentamente.

Quedaba media hora para la comida. Los otros yugoslavos entraron. Mrado y Bobban se quedaron fuera.

Bobban se sentó en el bloque de cemento que hacía de banco de pectorales.

—Mrado, esta mañana he oído que han puesto precio a tu cabeza.

Mrado sabía que pasaría. Rado no olvidaba. Debía mantener el código.

—¿Por quién te has enterado?

—Un tío de mi corredor. Vikingo. Condena por robo a mano armada y agresión. Se ha enterado por unos tíos latinos.

Mrado se sentó al lado de Bobban.

—¿Latinos?

—Sí, es raro. Y un precio alto. Trescientas mil.

Gracias a:

Hedda, por haber aguantado, por toda la ayuda e inspiración. Amor.

Elis, por todas las lecturas, ideas y discusiones provechosas.

Sören, por la ayuda y la orientación. Sven, Helena, Göte, Yvonne y Lars por los puntos de vista y la crítica.

Mi padre, por las opiniones, y mi madre, por la esperanza.

Todos vosotros, que habéis leído y comentado: Jacob, Johanna, David, Anna, Birnik, Dennis, Bosse, Daniel, Hanna, Jaél, Mirjam, Lars, Jesper, Jenny, Johan, Pawel, etcétera.

Wahlström & Widstrand: Pontus, Annika, Gustaf y todos los demás.

Sanks.

* * *



JENS LAPIDUS (Estocolmo, Suecia, 24 de mayo de 1974). Es un abogado penalista y escritor sueco de origen judío.

Gracias a su experiencia profesional, como abogado criminalista, representando a algunos de los más conocidos criminales de Suecia tiene una visión única de un mundo al que la mayoría de la gente prefiere no mirar. Lapidus se sirve del tiempo que ha pasado en los juzgados y cuenta las cosas como son, sin que nadie se vea libre.

Su debut como novelista se produjo con *Dinero fácil* (2006). Más tarde publicó *Nunca la jodas* (2008) y *Una vida de lujo* (2011), tres libros reunidos como la *Trilogía Negra De Estocolmo* .

También ha editado *Guerra de bandas* , cómic que contó con la ayuda de Peter Bergting y que se basaba en las dos primeras novelas de la citada Trilogía.

Lapidus ha admitido que sus principales influencias son de escritores estadounidenses de intriga criminal, en especial James Ellroy, su autor favorito. En cine admira los trabajos de Quentin Tarantino y películas como *El Padrino* de Francis Ford Coppola o *El precio del poder* de Brian de Palma.

Notas

[1] Distrito muy exclusivo de una de las islas de Estocolmo con multitud de parques y zonas de bosque, originalmente un coto de caza perteneciente a la Casa Real. <<

[2] Literalmente, «El Coto Real». <<

[3] Barrio en el centro de Estocolmo. Centro financiero de la ciudad y exclusiva Zona residencial. <<

[4] Barrio periférico de clase trabajadora al sureste de Estocolmo. <<

[5] Barrio periférico de clase trabajadora al norte de Estocolmo. <<

[6] A lo largo del libro, todas las palabras con asterisco (*), han sido publicadas en español en el original (N. de la T.). <<

[7] La zona financiera y de ocio nocturno más exclusiva del centro de Estocolmo, dentro del barrio de Östermalm. <<

[8] Una conocida familia sueca, dueños o accionistas de múltiples empresas conocidas internacionalmente. <<

[9] Exclusiva tienda de decoración y mobiliario de diseño. <<

[10] Referencia a la costumbre popular sueca de quitarse los zapatos al entrar en una casa y dejarlos en el recibidor, incluso cuando se está de visita. <<

[11] Cadena de tiendas de ropa de precios económicos. <<

[12] Södermalm, o Söder, es el barrio de la isla sur de la ciudad de Estocolmo. <<

[13] Escuela de bachillerato para adultos. <<

[14] Nombre comercial de un medicamento basado en la buprenorfina que se utiliza de manera similar a la metadona. <<

[15] Barrio del extrarradio de Estocolmo habitado principalmente por inmigrantes. Se llama «sueco de Rinkeby» al sueco típico de los barrios de inmigrantes. <<

[16] Grandes almacenes muy selectos y conocidos. <<

[17] Marca propia de una cadena de supermercados de bajo precio. <<

[18] Novelas ambientadas en la alta sociedad sueca actual. <<

[19] Instituto de bachillerato de Estocolmo. Sus estudiantes son los hijos de las clases acomodadas. <<

[20] Precio especial sólo para vosotras. <<

[21] Yo no juego a los dardos, yo apuesto sobre seguro. <<

[22] Museo al aire libre con jardines, parque zoológico, sede de festivales populares, etcétera. <<

[23] Bajen es el nombre coloquial que se le da al Hammarby, un importante club que tiene secciones de diferentes deportes: fútbol, hockey sobre hielo, balonmano, etcétera. <<

[24] Humlan es el nombre coloquial de Humlegården, un conocido parque en la zona donde se desarrolla la acción. <<

[25] Dinero en efectivo. <<

[26] Mate de baloncesto. <<

[27] Negro con actitud. <<

[28] Allá voy. <<

[29] Lo que sea. Tanto da. <<

[30] Famoso artista sueco de hip-hop. <<

[31] ¡Y de qué manera! <<

[32] Que siga la fiesta. <<

- [33] Tiendas de segunda mano con fines benéficos que venden a precios económicos objetos donados al Ejército de Salvación. <<
- [34] Sospechoso. <<
- [35] Población cercana a Estocolmo. <<
- [36] Revista del corazón. <<
- [37] Club de moda de Östermalm. <<
- [38] Poblaciones del extrarradio con altos niveles de problemas sociales. <<
- [39] Renocida firma de diseño sueca fundada a principios del siglo XX. <<
- [40] El más famoso mago sueco. <<
- [41] Sin problemas. <<
- [42] Tercer semestre de una asignatura en la universidad. <<
- [43] Lo has pillado, nena. <<
- [44] Nada. <<
- [45] Una de las principales compañías suecas de seguros. <<
- [46] Periódico de los sin techo. <<
- [47] Jorge, el hombre. El retorno de Jorge. <<
- [48] Famoso periodista sueco que ha tratado temas controvertidos relacionados con la ciudadanía. <<
- [49] Protagonista de una famosa serie de novelas policiacas suecas. <<
- [50] Nombre coloquial de Sollentuna. <<
- [51] El hombre con el plan maestro. <<

- [52] Nombres de productos de juego: loterías, quinielas, quinielas hípicas, tragaperras, etcétera. <<
- [53] Es la letra de una canción famosa. <<
- [54] De vuelta a los negocios. <<
- [55] Compañía sueca de ferrocarriles. <<
- [56] Prostitutas de mayor categoría cuyos servicios se contratan por teléfono. <<
- [57] Somos la gente sobre la que te advirtieron tus padres. <<
- [58] Ya, seguro. <<
- [59] Organismo estatal de préstamos para estudios superiores. <<
- [60] El dinero en metálico es el rey para los consumidores de cocaína. <<
- [61] Todos los polis son unos cabrones. <<
- [62] La primera vez que iba solo a una reunión. <<
- [63] Somos la gente sobre la que te advirtieron tus padres. <<
- [64] Monopolio de licorerías de propiedad estatal. <<
- [65] Este tren partirá con destino a la estación Liverpool Street de Londres en tres minutos. <<
- [66] Lo de verdad. <<
- [67] El dinero es el rey. <<
- [68] Personaje del especial de dibujos animados de Disney que se repite todas las Nochebuenas. <<
- [69] No lleguéis tarde. <<
- [70] Término despectivo para «paquistaní». <<

- [71] El hogar de William Shakespeare. <<
- [72] El portero. <<
- [73] Película sueca sobre la trata de blancas en Suecia basada en la vida y suicidio de una adolescente lituana, víctima de una red de prostitución. <<
- [74] La Seta. Un pilar de hormigón con cabinas telefónicas y techo en forma de seta que es un punto de encuentro habitual en esta plaza. <<
- [75] Precaución. <<
- [76] Vete a la mierda. <<
- [77] Hallonbergen por la noche. <<
- [78] Bienvenido a la típica sopa de la Isla de Man. <<
- [79] Político y escritor de EE UU. <<
- [80] Laboratorio Técnico Criminalístico del Estado. <<
- [81] Compañía a cargo de la explotación del transporte público de la región de Estocolmo. <<
- [82] Rapero sueco de origen caribeño. <<
- [83] Alta sociedad. <<
- [84] Hazte rico o muere intentándolo. <<
- [85] ¿Y qué? <<
- [86] Hombre principal, mano derecha. <<
- [87] Tentación de Jansson es un plato tradicional sueco. <<
- [88] Cocaína en sueco se escribe con **k** y coloquialmente también se llama K. <<
- [89] Mora, legislación aplicable, cláusulas de rescisión. <<

[90] Famoso narcotraficante estadounidense. <<

[91] Apellido de la familia real sueca. <<

[92] Negocios, como siempre. <<

